

MUY PROFUNDO

A woman with long dark hair, wearing a vibrant green dress, stands on a grassy hill. She is holding a long, flowing white fabric that catches the wind and billows upwards. The background is a dramatic sunset sky with soft, golden light breaking through scattered clouds. The overall mood is romantic and serene.

*Enamorarse,
no fue lo complicado...*

ANA COELLO

Nova Casa Editorial

Publicado por:

Novo Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, Ana Coello

© 2015, De esta edición: Novo Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Cubierta

Vasco Lopes

© Maryia Bahutskaya / fotolia

Maquetación

Noemí Buesule

Impresión

QP Print

Corrección

Claudia Márquez

Leya Olmos

Daniel García P.

Primera edición: Junio de 2015

Segunda edición: Noviembre de 2015

ISBN: 978-84-16281-41-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase al Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ANACOELLO



muy
profundo

Nova Casa Editorial

∞DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS ∞

Cuando los sueños se palpan apenas con las puntas de los dedos, cuando los momentos atrapan, envuelven, es entonces cuando se comprende que todo cambiará. He vivido cada momento de esta historia sin poder darle el significado real que en mi interior tiene. Desde que la aventura de este escrito comenzó ya nada fue lo mismo en mi vida. Inicié tecleando ideas, situaciones, sentimientos. Sin embargo, no contaba con que se aproximaría mi cambio de piel. La transformación más trascendental que he podido experimentar surgió justo cuando estaba por terminar. Un hermoso motivo esperado, anunciado, ansiado, se hizo real y en medio de malestares que me dificultaron disfrutar esto como suelo, logré terminar *Muy profundo*.

Después, a poco menos de dos años, la retomé. Debía editarla, cerrar los puntos que me parecía no habían acabado correctamente. Y fue entonces cuando mi destino nuevamente volvió a demostrarme que, pese a todo, la magia existe y mi segundo motivo anunció su entrada en mi existencia. Acabar supuso nuevamente un suplicio, algo muy costoso, aun así, lo logré y concluí. No quise entender por mucho tiempo lo que esta historia me marcó, lo que de verdad implica en mi interior. Empecé el viaje de Kyana, la protagonista, siendo una persona, y lo terminé siendo otra completamente diferente. Así que por todo esto *Muy profundo* lo dedico y agradezco a mis hijos, mis soles, mis tesoros, mis razones, los responsables de que esta historia tenga, hasta donde yo creo, su magia.

Imposible dejar a un lado a ese hombre que me acompaña en el camino, que confía y cree en mí muchas veces más de lo que yo lo hago. A mi madre; cómplice eterna. A mi hermana; oreja de mis ideas y responsable de la parte gráfica de mis historias. Mi hermano, mi padre y mi familia, que junto con mis motivos y pareja, lo son todo.

Tampoco dejaré a un lado a esas personas que están conmigo sin vernos, que me guían, ayudan, impulsan y creen en mí desde la lejanía. También debo agradecerles porque no tienen la menor idea de lo que su presencia en mi vida ha implicado, ha sido tanto que ya nunca seré la misma sin ustedes. María Mercedes, amante fiel de este libro desde que vio la luz ya hace un tiempo, alguien especial que pese a no conocerme, creyó en lo que mis líneas decían. A Nany y Gaudin, adoradas compañeras de este viaje, cómplices y colaboradoras extraordinarias, amigas por supuesto. A cada una/o de mis Coemas, lectoras/es y seguidores que han ido junto conmigo pues creen y disfrutaban de lo que hago. A cada uno/a de ello/as también les agradezco

porque de no ser por ustedes no tendría la confianza suficiente para atreverme a dar los pasos que doy, me inyectan ánimos y ganas de seguir sin rendirme jamás. Como muchas veces me han dicho: el cielo es el límite, y con su ayuda yo ya lo he rozado. Gracias a Nova Casa editorial que abrió las puertas a *Muy profundo* y dio vida a mi sueño dorado.

Gracias por darme el coraje, valentía y amar lo que yo amo.

— Parte uno —



«TÚ Y YO»

«La felicidad no es algo dado, sino un sentimiento por el que se debe luchar, por el que pelear, y sé que cuando se ha sufrido lo valoras aún más. Obtenerla es inalcanzable, casi imposible, un sueño lejano y demasiado fantástico. Pero si llega, es un regalo que se debe cuidar, que se debe sujetar fuertemente sin dudar».

∞ 1 ∞ el comienzo

—¡No me puedes hacer eso, mamá! —lloré con más ganas en la sala de aquella casa en la que viví casi toda mi vida.

—Mi amor, no te pongas así... Es una gran oportunidad, sabes lo que he luchado para llegar ahí... no te obligaré a nada. Solo piénsalo. Regresarás en un año si lo deseas, pero dame este tiempo —la miré entre sollozos. No quería, no, no y no. ¡¿Qué haría yo en ese horrible lugar?! ¡¿Qué?! Estaba a nada de terminar *high school*, unos meses. ¿Cómo iría hasta allá? No conocía a nadie. A hacer nuevos amigos, adaptarme a las normas de la nueva escuela, las tutorías... ¡no!

Mamá subió a su habitación un tanto decaída. Nunca discutimos, en general hemos tenido una relación fácil, a pesar de mi edad. Sin embargo, esta vez era muy difícil mantenerme indiferente. Unas horas antes, cuando cenábamos, me dio la «gran noticia»: la ascendieron nuevamente. El cargo era de mucha mayor relevancia y el sueldo ni se diga. ¿El problema? El problema radicaba en que era del otro lado del país: Myrtle Beach, Carolina del sur. Absurdamente lejos de mi vida actual. Sin poder evitarlo y sin ser una chica propensa al drama, lagrimeé muchas horas sin moverme, ahí, en ese sitio que tanto amaba.

Al día siguiente, por la noche, y después de horas tristísimas en las que me la pasé sollozando con mis amigos, ella entró a mi habitación. Casi no ingerí nada en la cena y sabía que no había dormido bien.

—¿Podemos hablar? —Asentí limpiándome la nariz con el pañuelo desechable; jamás me había sentido más impotente, confundida y perdida. No obstante, es mi madre, nada le podría negar y aunque me dolía como los mil demonios sabía que no tenía opción, no desde que me lo dijo. —Si no puedes con esto... —cerró los ojos colocando una mano sobre mi pierna— Lo entenderé. No me iré sin ti, no cuando nos queda tan poco tiempo juntas —negué con tristeza conteniendo el llanto por milésima vez en el día. Dios, qué molesto era tener todo el tiempo ese maldito nudo en la garganta.

—Iré —casi fue en un susurro y con nada de convicción. Mi madre me

miró asombrada, perpleja.

—¿Lo dices en serio? —no daba crédito a mis palabras.

—Sí, es un año. Pasará rápido. ¿Cierto? Yo... tampoco quiero separarme de ti y esto... siempre fue tu sueño —sus brazos se enroscaron alrededor de mi cuerpo agradecida, mientras yo sentía que me aventaba al precipicio sin ver.

—No te arrepentirás, mi cielo. Te lo juro. Es un lugar muy bello, con mucho turismo, hay mar también. ¡Dios, gracias, muchas gracias! No tienes idea de lo que significa esto —no sabía para ella, aunque lo imaginaba, pero para mí: un cambio total de vida; comprendí mordiéndome el labio mirando mi habitación aún envuelta en su cuerpo. Suspiré deprimida. Lo hacía por ella, porque la amaba más que a nada. Sin embargo, la decisión hizo sangrar mi corazón de una forma desconocida, a pesar de que mis amigos, tristes también, me aconsejaron hacerlo. Gracias a la tecnología, no sería difícil seguir en contacto, además irían y yo a mi vez, también. Diez meses no eran el fin del mundo y sí un viraje total en la vida profesional y personal del ser más importante para mí.

Nací en México, para ser más exacta en Monterrey, Nuevo León. Mis padres se separaron cuando era aún muy pequeña, ni siquiera tengo recuerdos de haber compartido el mismo techo algún día. Así que para mí eso no ha sido tan complicado o mejor dicho, nada.

Cuando cumplí seis años, a mi madre Irina, que estudió turismo, se le presentó una oferta de trabajo que no pudo resistir. Luchó incansablemente para que algo así sucediera. Sin embargo, el problema radicó en que era en Los Ángeles, California, en una agencia de viajes llamada Travel and Escape, muy conocida en el sur del país. Mi padre Leonardo, la apoyó, permitiéndole que me llevara, haciéndose responsable de mis gastos y bienestar, como siempre. Ahí hemos vivido los últimos doce años. Ella ha ascendido en puestos, en ese momento era la responsable de desarrollar los nuevos proyectos, y amaba con locura a lo que se dedicaba, tanto que no dudó en cambiar su residencia por lo mismo... y yo, yo no la detendría. Lo cierto es que no he tenido una vida difícil, complicada, llena de problemas. Al contrario, he sido feliz y estoy muy agradecida por ello.

La escuela a la que me inscribió estaba a unos diez minutos de la nueva casa, ubicada en un lindo barrio del condado de Horry. Algo a favor dentro de tanto cambio.

No dejaba de pensar mientras caminaba rumbo a mi nueva vida, en lo increíble que era encontrarme ahí, en lo triste que había sido dejar lo que

hasta ese momento era mi entorno, mi mundo y en lo desesperadamente sola que me sentía sin mis mejores amigos, sin el asombroso ruido de la ciudad, sin... todo lo que me acompañó siempre.

Tuve varias fiestas de despedida. Millones de cartas rogándome regresar cuando pudiera. Una lista interminable de correos electrónicos a los que prometí escribir cuanto antes. Dios, todo era tan gris, o por lo menos así lo sentía. Aunque debo admitir que, una vez tomada la decisión, no me dediqué a quejarme, lo asumí e intenté poner buena cara... Sin embargo, cuando mi madre no me veía, lloraba en compañía de los chicos hasta que casi quedaba deshidratada. Me dolía mucho dejarlos, me dolía mucho todo.

Esa mañana desperté muy temprano, en realidad los nervios no me dejaron dormir en absoluto, así soy yo, de sueño ligero. Desayuné cereal, mientras mi madre caminaba nerviosa de un lado a otro. Ella y yo somos muy similares, así que difícilmente teníamos problemas, excepto cuando insistía que le contara todo lo que me pasaba con lujo de detalle, y yo, que suelo ser algo reservada, poco detallista, no la podía complacer. Eso le pone los nervios de punta, aun ahora.

Como buena madre quisiera saber todo sobre mí, y yo pienso que sabe lo más importante, solo que dar detalles es algo que me fastidia. Ambas leemos mucho, disfrutamos viendo películas románticas con un gran tazón de palomitas y helado a un lado y vivimos nuestras vidas entre semana sin coincidir hasta la cena. Siempre la esperaba con la comida ya preparada y ella se encargaba de recogerlo todo después. Nuestra organización siempre fue perfecta.

Arribamos a ese sitio hacía apenas tres días, por lo que todo era un gran caos. Lunes: mi madre comenzaba en su nuevo trabajo y yo tendría que asistir a finales de septiembre a mi nueva escuela. ¡Oh, qué emoción!... no, para nada.

La casa era agradable. Tres recámaras amplias en la planta alta. Cada habitación tenía su propio baño y ventanas enormes que permitían entrar chorros de luz por doquier, eso me encantaba. La planta baja tenía una estancia donde estaba el comedor y la sala compartiendo un inmenso rectángulo, pero que a la vez brindaba cierta privacidad en cada parte. La cocina no era grande, aun así, un sitio ideal para que las ideas culinarias fluyeran. Todo era madera, cada detalle, así que resultaba muy acogedora.

La recámara que elegí era espaciosa, con un gran armario. No es que tuviera mucha ropa, sin embargo, sí tenía demasiados recuerdos: libros,

películas, en fin... cosas que se van acumulando en dieciocho años sin que te des cuenta. El cuarto tenía una gran ventana que daba hacia la parte trasera de la casa. Adoro perder la mirada en el exterior, por lo mismo eso era ideal y una de las razones por las que lo elegí.

Para esas fechas ya refrescaba, a pesar de estar tan cerca de la playa. En realidad el clima no era muy diferente de donde vivía, así que para mí eso era lo común. Esa mañana, decidí vestirme con lo que solía: jean, playera negra con manga corta cuello «V» y Converse del mismo color. Mi cabello largo, castaño muy claro y un poco ondulado, lo sujeté con una coleta baja ya que no solía complicarme por esas cosas del arreglo si he de ser sincera. Soy un tanto perezosa a la hora de invertir tiempo en trivialidades absurdas. Me puse un poco de máscara, sabía que enfatizaba el color miel de mis ojos y favorecía a mis largas pestañas no tan oscuras como me gustaría. Miré satisfecha el espejo que proyectaba mi reflejo. Sí, me sentía lista para el primer día. Resoplé. Ahí iba yo, derechita a un mundo que cambiaría mi vida.

Al estar a unos metros de la escuela me detuve observándola. Era grande, no tanto como la anterior, aun así... imponente. Las palmas de las manos me sudaron y mi corazón brincó un poco nervioso.

Chicos caminaban hacia aquellas puertas apresurados. Otros llegaban en sus autos y los iban estacionando en donde podían. Existía algo que me hacía sentir muy ansiosa. Ser la nueva ¿qué más?

Avancé respirando hondo, queriendo mostrar mucha más seguridad de la que en realidad sentía. Si no hubiera sido porque me consideraba inteligente y poco temerosa, seguramente hubiera dado la media vuelta y huido rumbo a casa. Revisé otra vez todo en mi cabeza y decidí que no me dejaría intimidar, enfrentaría como siempre lo que sucediera. Llené de aire mis pulmones por milésima vez sujetando bien mi mochila y moví los pies con decisión.

Al entrar a la escuela no fue difícil dar con la oficina principal. Empujé una pesada puerta y justo frente a mí, una señora regordeta con cara amable me sonrió, estaba de pie tras un mostrador, tenía papeles y folletos a su alrededor.

—Hola, ¿necesitas ayuda? —preguntó al verme desorientada. Sentí un rubor subir hasta mi rostro. Solté un suspiro y me acerqué.

—Hola, soy Kyana Prados, es mi primer día aquí. Vengo de California —sonrió asintiendo y de inmediato me explicó con paciencia todo lo concerniente al instituto y mis clases.

Salí de ahí expectante. Los pasillos ya estaban abarrotados, se escuchaba el

bullicio por doquier. Mi escuela anterior tenía el cuádruple de estudiantes; sin embargo, me sentía familiarizada y nunca me resultó tan amenazante. Ingresé, intentando no poner atención a las miradas curiosas sobre mi persona.

La primera clase era matemáticas. Gracias al cielo el salón no se encontraba retirado, así que di sin problema con el aula. Al sonar el timbre entré junto con el río de personas y me acerqué tímida al maestro mientras todos se acomodaban y murmuraban, con un poco de delirio de persecución imaginé sobre mí. Eso de ser «la nueva» apestaba.

—Buenos días... Soy Kyana, la señorita Stevens dijo que esta es mi primera clase —el profesor me observó serio, tomó el papel que le tendí e indicó un lugar sin decir más.

Sentí un nudo en el estómago y caminé por el salón, nerviosa. Sentía las miradas sobre mí, por lo mismo no quise ver a nadie a los ojos, sabía que debía encontrarme ya colorada por la vergüenza. Justo en el extremo derecho del salón, a un lado de la ventana, estaba el sitio que señaló el maestro; me senté sin perder tiempo.

—Muy bien, clase, hoy se integra a esta escuela la señorita Kyana Prados —todos giraron con descaro a verme. Diablos. Me sentía como una rata de laboratorio o un mono de circo. Perfecto—. Ella cursa el último año, viene de California, así que espero que cuente con su apoyo —los cuchicheos no se hicieron esperar. Saqué mi cuaderno e intenté ignorarlos fingiendo una amigable media sonrisa.

—Bienvenida señorita Prados. Soy el señor Edwards, su nuevo maestro de matemáticas. —Asentí con gentileza. Un segundo después comenzó la cátedra. Bien.

—Pz, pz —escuché tras de mí. Volteé con discreción para evitar que mi nuevo profesor me viera.

—Hola, soy Lana, bienvenida —parecía simpática. Tenía el cabello corto y unos grandes ojos que me estudiaban amistosos.

—Gracias, soy...

—Kyana, lo acaba de decir... lindo nombre —sonrió guiñando un ojo como percibiendo que me hallaba nerviosa. Regresé el gesto mordiéndome el labio como solía hacer cuando me sentía así y puse de nuevo atención a lo que se explicaba.

La clase pasó rápido, las matemáticas no eran mi fuerte, pero me defendía y las encontraba entretenidas.

Una hora y media después sonó de nuevo el timbre, justo en ese momento el señor Edwards gritó atareado la tarea para la siguiente clase. La anoté con velocidad y metí todo en mi mochila.

—¿Así que vienes de California? —deseó saber un chico como de mi estatura de cabellos castaños y rostro atractivo que se encontraba al lado de Lana.

—Sí —tendió su mano para presentarse.

—Soy Max... —le di la mía sonriendo un poco más relajada. Solía ser recelosa. Por otro lado, no conocer a nadie era algo que nunca había experimentado, así que supongo que mi actitud era normal.

—Hola... tú ya sabes quién soy... —señalé mirando a Lana un tanto divertida y dejando de lado mi nerviosismo.

—Sí, Kyana, es poco usual, ¿no? —se refería a mi nombre. Nos dirigimos los tres hacia afuera del salón.

—Mi madre... es de ideas claras y siempre le gustó, o eso dice...

—Kyana, suena bien y... no lo había escuchado, ¿no, Max? —este asintió observándome fijamente, parecía que se repetía una y otra vez mi nombre en su cabeza. Sonreí tímida.

—Acompáñanos, vamos a la cafetería, ¿te sientas con nosotros? —preguntó aún pensativo sin quitarme el ojo de encima.

—Sí, ¡muy buena idea!, acompáñanos. Ha de ser muy difícil cambiarse de escuela a estas alturas. Imagino todo lo que tuviste que dejar. —Lana parecía muy parlanchina y en ese momento era justo lo que necesitaba; aunque el recuerdo de mi vida anterior me entristeció de inmediato. Lo notó, porque se colgó de mi brazo riendo—. No te preocupes, nosotros te vamos a ayudar, ¿verdad, Max? —El chico asintió comprensivo.

El comedor era muy agradable y muy... veraniego. La mitad se encontraba al aire libre y la parte techada contaba con grandes ventanas. Al fondo se encontraba la barra de comida, había mesas rectangulares y circulares por todos lados. Una vez que compré el almuerzo, los esperé y me guiaron hasta una mesa en la terraza donde se hallaban otros chicos. Por un instante no pude evitar percatarme que las divisiones eran las mismas que en mi otra escuela. Los grupos se diferenciaban, no se mezclaban y cada quien parecía tener su propio territorio ¡qué novedad!

—¡Eh! Ella es Kyana, viene de California, está por terminar igual que nosotros —levantó la voz Lana efusiva. Todos saludaron sonriendo mientras me hacían un hueco en la gran mesa. Comencé a masticar mis papas fritas

sonriendo.

—Hola, soy Billy —era un muchacho alto, demasiado rubio para mi gusto, lleno de pecas por todo el rostro, pero se veía agradable y sonriente. En segundos el resto comenzó a presentarse. La más alta se llamaba Sara, otra chica de rasgos asiáticos era Annie, Robert lo identifiqué como el rellenito y apuesto, Emma la de grandes pestañas, Ray el de lindos ojos y Susan la más extrovertida a mi parecer.

—Y... ¿Cómo es que llegaste aquí, Kyana? En general la gente se muda a Los Ángeles, no al revés —indagó la última en presentarse. De inmediato pusieron atención a lo que contestara. Dejé de comer.

—Bueno... a mi madre la ascendieron, tenía que venirse a vivir aquí —contesté y enseguida volví a morder mi almuerzo.

—¿En qué trabaja tu mamá? —quiso saber Ray.

—Desarrolla proyectos en una agencia de viajes que se llama Travel and Escape.

—Sí, ya sé cuál es —intervino Annie—. Y... ¿eres de California?

¡Oh no! Pensé. ¿Por qué tenían que preguntar eso?, mis amigos de Los Ángeles me advirtieron que ese condado era un tanto... conservador. No todos veían con buenos ojos a los latinos. Sin embargo, me arriesgué, nunca he negado mis orígenes y no iba a comenzar a hacerlo, si se levantaban y desaparecían... vería qué hacer.

—No, soy de Monterrey... México —se quedaron por un momento todos en silencio. Deseé salir corriendo.

—Guau... mis padres han ido ahí y yo a algunas playas, es hermoso... —soltó Sara relajando el ambiente. Todos comenzaron a hablar acerca de sus experiencias en el país vecino y el hecho de que fuera de allá pasó de lado. Volví a respirar con tranquilidad.

—¿Hace cuánto que vives aquí? —Lana sonreía curiosa, parecía que a ella la conversación nunca se le acababa.

—Desde los seis...

Las preguntas siguieron, me gustó que las formularan, no tenía nada que esconder y debíamos conocernos ¿no? Para cuando sonó el timbre ya sabían parte mi vida y yo casi nada de ellos. No me importó, habría tiempo. Por otro lado, siempre intentaba no ser tan complicada. Mi autoestima estaba en perfectas condiciones en aquellas épocas, así como la seguridad en mí misma, por lo que me dejé llevar como solía. Era tan fácil ser abierta y quien quería...

Todos caminamos hacia nuestras aulas. Sara, Ray, Max y Annie iban conmigo a literatura. Max hizo las presentaciones con el maestro Jhonson, este me saludó afectuoso y nos sentamos los cinco juntos del lado derecho del salón. Varios seguían viéndome tratando de investigar quién era. Pero como estaba mucho más tranquila para ese momento, y era mi materia preferida, no presté atención. El profesor, al percatarse de que ya conocía a algunos, no me presentó y entró de lleno a la explicación del tema del día. Estaban viendo literatura renacentista, de hecho el maestro comenzó recitando un pasaje de la Divina comedia, adoraba esa obra, la forma en que Dante viaja por el infierno y purgatorio para luego conocer el paraíso de la mano de Beatriz.

Absorta en su manera de narrar no hacía caso a nada más. Era asombrosa mi suerte, el señor Jhonson lo explicaba divinamente. De pronto, unas risotadas del lado opuesto donde me encontraba comenzaron a interrumpir la cátedra. Varios del grupo intentamos ignorarlos; sin embargo, cada vez eran más fuertes.

—Señor Russell, Drawson y Michaels. Los quiero ver acabando la clase y más vale que terminen de reírse porque a su entrenador no le va a gustar nada que se queden en detención y no puedan asistir a su entrenamiento esta tarde —las risas se extinguieron de inmediato. Me permití, ya sin poder evitarlo, voltear a ver a quién se dirigía mi maestro.

Eran tres muchachos enormes y bastante atractivos si he de ser sincera. Uno de ellos llamó mi atención. Cabello rubio, algo oscuro, tapaba parte de su frente dejando al descubierto unos ojos alargados e impresionantes, casi grises; rasgos masculinos y labios duros, grandes, bien proporcionados. Miraba al maestro irritado, aun así, no se atrevió a decir nada. Los otros dos lo observaban expectantes; al ver que se rendía ante la batalla, cedieron. *Guapos brabucones*, pensé riendo en mi interior con sorna.

El señor Jhonson continuó su narración, enseguida volteé dispuesta a deleitarme. Lo cierto fue que ya no pude poner mucha atención, arruinaron el momento. No soportaba a ese tipo de chicos por muy galancitos que fueran.

En mi escuela anterior también los había, bueno ¿en qué lugar no?, siempre prepotentes, seguramente estrellas del equipo de fútbol del instituto o algo por el estilo. Sentían que todo el mundo les tenía que rendir pleitesía. Creían que por dinero, o por su rostro, todos los mortales les temían y tenían que hacer lo que desearan. Definitivamente no los aguantaba... y al verlos menos. Sobre todo el que parecía llevar el título de «líder» se adivinaba asombrosamente insufrible. La mirada que le mandó al profesor era algo que

ni en mil años yo hubiera hecho. Fue como si intentase probar quién tenía el poder. En este caso fue evidente que quien llevaba el sartén por el mango era el maestro, cosa que me agradó y me arrancó una pequeña sonrisa de satisfacción.

Terminó la clase y todos salimos, excepto los castigados ¡ja!

—Son increíbles, ¿viste la mirada de Liam? —Sara preguntó a Max excitada y ruborizada.

—Sí, pero ya saben que no les sucederá nada... siempre es así —contestó un poco molesto.

—Yo creo que esta vez no les va a ir del todo bien... a Liam y Kellan les va fatal en literatura —les hizo ver Annie seria.

—¿Qué les pueden hacer?... nada... a ellos jamás le hacen nada, son las estrellas de la escuela, la temporada está por empezar, no se arriesgarán —replicó Ray sarcástico.

Los escuchaba e iba atando cabos poco a poco. Estaban en tensión, parecía que los admiraban y odiaban a la vez.

—Oigan... —y de pronto los cuatro me observaron como recordando que ahí estaba— la clase que sigue es ciencias... ¿saben dónde queda? —Ray sonrió aliviado por haber cambiado el tema.

—Sí, sígueme, yo también la tengo junto con Billy, Robert y Emma. —Rodeó mis hombros caminando de prisa. Solo alcancé a escuchar las risas de los demás mientras intentaba seguirle el paso.

En ciencias fue igual que en literatura, solo que esta vez fue mi acompañante veloz el que me presentó, por lo que el maestro le dio la tarea de conseguir un equipo para mí, así que me integró junto con él, Robert, Emma, Billy y otro chico que no había visto en el desayunador.

—Él es Edwin, es un genio en ciencias, da tutorías. —Rápidamente le di la mano sonriendo. No podía creer mi suerte. Tutorías...

—Yo soy Kyana, también daba tutorías en mi escuela anterior —me presenté feliz por conocer a alguien que hiciese algo así. Él se acercó de inmediato colocándose a mi lado mostrándose interesado.

—¿De verdad?, y ¿cuál es tu fuerte?

—Literatura, aunque también daba matemáticas, inglés y ciencias —me puso nerviosa de pronto su mirada tan penetrante, acomodé un pequeño mechón detrás de la oreja que se soltó de mi floja coleta sonriendo.

—Y... ¿te gustaría seguir haciéndolo? —preguntó curioso.

—Sí... la verdad sí...

—Perfecto, hoy mismo hablaré con el señor Laurence, sé que le va a encantar. Justo ahora andamos cortos de tutores —¡Guau! Excelente noticia. Me sentía feliz, todo parecía ir de maravilla y ¡era el primer día!

—¿En serio?... ¿puedes hacer eso por mí?

—Por supuesto. Ellos investigarán en tu antigua escuela y si les gustas... listo —dijo chasqueando los dedos sonriendo.

Me encantaba la idea, era una manera de estudiar, de garantizar una posible beca y ocupar el tiempo como solía. Así lo hice los últimos tres años y todo iba muy bien. Permanecía un rato después de clases y llegaba justo para hacer la cena en la casa. Mis días era ajetreados y llenos de cosas que hacer, así que la idea de que volviera a ser igual, me llenaba de tranquilidad. Por lo menos iba a tener cosas similares a mi antigua vida. Genial.

En el receso todos se conglomeraron en el jardín y continuamos conociéndonos. Eran muy agradables y fáciles. Su distintivo, y lo que tenían en común, era que pertenecían a diferentes clubes de alto rendimiento académico.

Atletismo fue mi última clase. La señorita Stevens me proporcionó unos *pants* del instituto, color verde chillón, de nylon, con una playera amarilla de manga corta. Junto conmigo estaban de nuevo Lana y Susan, así que en cuanto terminé de cambiarme, nos fuimos juntas hasta la gran pista de tartán que rodeaba la cancha de fútbol americano. Ahí la profesora Hilling se acercó, se presentó amablemente y separándome del resto del grupo mientras los ponía a trabajar en el calentamiento, intentó convencerme de que la pasaría bien allí, en su clase. Lo dudaba, sin embargo, no me desagradaba tanto como las demás.

Realizaba unas flexiones y ya estaba al punto del desmayo —no recordaba la última vez que había ejercitado mi cuerpo a tal punto—, sentí un balón rozar prácticamente mi mejilla. Elevé la vista buscando de qué dirección este provenía. El equipo de fútbol americano estaba en medio de la gran cancha, ni siquiera me percaté del momento en que comenzaron sus prácticas. Un muchacho corría a donde me encontraba. Lo miré fijamente esperando una disculpa porque casi me da de lleno en el rostro.

Pasó al lado de mí, tomó el balón que quedó a unos metros y regresó trotando aventándoselo a alguien que se encontraba en medio.

—No hay problema... —musité molesta, sin pretender que escuchara, sin embargo, lo hizo. Paró en seco, giró y me miró fulminándome. Sentí ganas de que la tierra se abriera; no era la mejor manera de comenzar en una escuela,

aunque odiara a esos presumidos brabucones, sabía que no debía meterme con ellos. Aun así no era ninguna chica asustadiza, por lo que decidí sostenerle la mirada firmemente.

—Roger, ¡vamos! —le gritaron desde la cancha. Él ignoró al que lo llamaba y continuó perforándome. Entendí a la perfección el mensaje: me estaba amenazando. Tragué saliva con dificultad y lo volvieron a nombrar. Sonrió al ver que bajaba la vista al fin y se fue corriendo triunfante. ¡Idiota! Grité en mi mente.

—¿Qué pasó?... —Se acercó Lana desconcertada. Sentía la boca seca y ganas de aventarle un poco de grava roja a la cara a ese gorila.

—No sé... creo que se molestó... —Mi reciente amiga miró a la cancha.

—Pero... ¿por qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porque ¡¿casi me da de lleno en la cara?! —bramé.

—¡Dios, Kyana!... Roger es muy vengativo y no le gusta que nadie le diga nada...

—Pero no dije nada malo —argumenté enojada, sacudiéndome el uniforme deportivo, estando ya de pie. Odiaba tener que cuidar lo que decía o pensaba simplemente por miedo.

—Lo sé, pero ellos son... muy especiales, ¿comprendes? —negué sin querer reconocer lo que ya sabía.

—Todos esos tipos siempre se creen «especiales» Lana. En todos lados es así, eso no es nuevo —continué caminando en dirección a mis compañeros, esperando que la maestra diera la siguiente instrucción.

—Max enfurecerá —enarqué una ceja intrigada.

No llevaba ni siete horas de conocer a Lana y veía que Max no le era indiferente, se expresaba de él como si fuera un sueño. Ciertamente era guapo, pero no era mi tipo. No es que tuviera uno bien definido, nunca me gustó alguien lo suficiente como para aceptar algo más que una amistad. Además prefería estar sola y hacer de mi tiempo un papalote. Tener novio me daba una tremenda flojera, por otro lado, en serio estaba convencida de que era una absoluta pérdida de tiempo. No, eso algún día vendría, quizá a los treinta, bueno, igual antes, por ahora estar así era genial.

La clase terminó en tranquilidad, aunque de vez en cuando sentía la mirada del tal «Roger» clavada en mi espalda. Lo ignoré todo el tiempo. Cuando la maestra silbó, todos corrimos a los vestidores.

Al salir encontré a mis nuevos amigos. Lana ya les contaba lo sucedido. Max me miró un poco consternado y preocupado. Sonreí relajada. No era

para tanto ¿O sí?

—Espero que esto no te traiga problemas, Kyana...

—Si es así, no estás sola... Que ese imbécil no se atreva a hacerte algo, estoy cansado de sus estupideces —Ray me guiñó un ojo muy sonriente. Max suavizó su expresión.

—No le harán nada —todos asintieron tratando de darme un apoyo moral que no comprendía totalmente. No pude salvo agradecerles confundida. ¿Tan terribles eran? Dios, esperaba no haberme metido en un gran lío.

—¿Vives por aquí? —indagó Susan cambiando el tema.

—Sí, en Mayfair St...

—Mi casa queda muy cerca y la de Robert también, si quieres nos vamos juntos... traigo auto.

—Gracias, Annie... —me sentía tan cansada que acepté de inmediato.

Preparé la cena mientras mi madre llegaba. Más tarde me duché, me puse unos pantaloncillos deportivos y comencé a realizar las tareas. Para cuando ella regresó, prácticamente ya había terminado.

El día siguiente no fue muy diferente del anterior; no tuve atletismo y sí historia. Esa clase solo la cursaba con Emma. El tema que se veía, lo comprendí con rapidez.

Cada vez sabía más sobre mis nuevos amigos, en general me caían bien e intentaban no dejarme sola ni un segundo. Debía admitir que eso era agradable, ya que aún sentía un poco de nervios por no conocer del todo el lugar. Además, me inquietaba el evento del día anterior con aquel jugador de fútbol americano, del que todos me advirtieron.

El miércoles ya fui prácticamente sin preocupaciones. En vez de ciencias tocó inglés, esa sí que era aburrida y más aún sin estar ninguno de mis nuevos amigos. Como si eso no fuera suficiente, las que parecían ser las «divas» de la escuela, me miraban como un bicho a punto de aplastar. De verdad no comprendía qué tenían en la cabeza como para sentirse hechas a mano. Seguro pertenecían al mismo clan que los brabucones de literatura, estos últimos no volvieron a dar problemas, sin embargo, era inevitable no notarlos en el salón. Grandes, bien formados, y parecía que llevaran tatuada la palabra «prepotencia» en la frente. Típico ¿no?

El día anterior me topé con Edwin, dijo que pronto tendría noticias acerca de las tutorías. No me quise ilusionar, así que solo le volví a agradecer.

Al dirigirme a atletismo me sentí de nuevo un poco ansiosa. No sucedió nada. Los del equipo no estaban. Lana comentó que entrenaban en el

gimnasio todos los miércoles, sonreí más tranquila. Esos días y los viernes eran pesados, contaba con cinco clases. Agotada fui a historia, la última materia. Un día largo ¿no es cierto?, pero gracias a Dios, Annie también tenía el mismo horario, por lo mismo me pudo dejar en casa cuando acabamos.

Para el jueves ya me sentía, casi, completamente familiarizada. Lo cierto es que fue muy sencillo, hasta ese momento...

Aún puedo recordar aquellas semanas con claridad asombrosa y cómo no, fue el parte aguas en mi vida, momentos decisivos estaban por venir y yo ni lo podía adivinar.

Estaba acomodando mis libros en el casillero cuando golpearon con algo mi costado. Sin poder evitarlo, resbalé, dándome un gran sentón. Cuando busqué al responsable, Roger me miraba enarcando una ceja, divertido. Sentí de nuevo la boca seca, sin más, se alejó soltando una enorme carcajada junto con otros tres gigantones que lo esperaban más adelante. Edwin llegó casi enseguida y tendió su mano para levantarme. La acepté indignada. Me sentía furiosa e impotente, ¡nadie hizo o dijo nada!, todos los que presenciaron lo ocurrido, en cuanto él desapareció, volvieron a ocuparse de sus asuntos. ¡Increíble!

—¿Estás bien, Kyana?

—Sí... —tenía la cara roja de rabia. Comencé respirar hondo intentando calmarme. Tenía ganas de salir tras él y gritarle unas cuantas cositas. No obstante, sabía que eso me perjudicaría más... así que me dediqué a intentar oxigenar de nuevo el cerebro.

—Eso era justo a lo que nos referíamos —masculló Edwin a mi lado.

—No te preocupes, ya se le pasará... —rogaba que así fuera, porque no me dejaría pisotear, pero tampoco podría permanecer mucho tiempo en ese lugar si yo me rebelaba. Tomé mi cuaderno de matemáticas y le sonreí, más tranquila. Respondió a mi gesto.

—En fin... eso espero yo también... Bueno, lo que venía a decirte es que... —parecía muy contento— ¡ya tienes el puesto! El señor Laurence quiere verte a las cuatro en Tutorías, creo que incluso ya tienes la primera.

—¿Estás de broma! ¿De verdad? —No lo podía creer, esa era una excelente noticia, ya no recordaba ni siquiera lo que acababa de suceder.

—¡Sí! Claro que es cierto, Kyana. Dice que tienes un gran historial — señaló con un gesto indescifrable, mirándome de pronto incisivamente.

—Eso es genial, Edwin. Muchas gracias... ahí estaré a esa hora —cerré mi casillero viéndolo entusiasmada. Observaba atento mis labios poniéndose

serio de repente.

—Bueno... si quieres te veo aquí a las cuatro, para decirte dónde es...

—Muchas gracias, está bien... de todas formas nos vemos en el almuerzo —parecía desconcertado. Pestañee encogiéndome de hombros. Me sentía feliz y lo demás no me interesaba.

—Sí, claro... hasta más tarde. —Lo dejé ahí confuso y me dirigí al salón casi dando brinquitos de la emoción.

Cuando llegué al comedor, ya todos comentaban lo sucedido frente a mi casillero. Era increíble cómo los chismes volaban a esa velocidad. Fingí demencia. Max me miraba irritado, y Ray, preocupado.

—Oigan, acabo de ver algo sobre una fiesta... —deseaba despistarlos. Funcionó. Todos se engancharon rápidamente y prefirieron cambiar de tema.

Faltaba un mes para la noche de brujas, ese mismo día pegaron la propaganda por todos lados, ya que también era el inicio de temporada de los «Piratas de Myrtle Beach», el equipo de fútbol americano. Todos comenzaron a discutir sobre lo que llevarían puesto y especulando el marcador de aquel partido. Al parecer el equipo era bueno. Los escuché sin participar. No negaré que me gustaban las fiestas ¿a quién no?, era una adolescente, se supone que eso me tendría que entusiasmar. Sin embargo, deambulaban algunas situaciones en mi cabeza que no me permitían total concentración: las tutorías, el evento con ese granuja y el comportamiento tan extraño de Edwin en la mañana... En fin, mi mente se hallaba un poco ocupada en ese momento.

Sonó el timbre, nos dirigimos a mi clase favorita: literatura.

Así pasó la mañana, logré salir despierta de inglés y terminé historia sin novedad. Poco antes de las cuatro ya estaba de pie frente al casillero esperando.

—Vamos... sígueme, Kyana —sonrió Edwin al llegar pasando un brazo por mi hombro posesivamente. Fruncí el ceño sin que lo notase. Lo seguí incómoda. No era muy afecta a ese tipo de demostraciones de cariño, prefería la distancia con las personas que percibía sentían algo por mí que no era amistad y eso era precisamente lo que temía en ese momento. Fingí que caía mi cuaderno, él lo levantó sonriendo. De inmediato puse distancia y comencé a preguntarle sobre el manejo de las tutorías. Las contestó todas muy amablemente sin darse cuenta de mi recurso. Sonreí más tranquila—. Es aquí —señaló un edificio que estaba a un lado de la escuela. Era pequeño, pero contaba con dos pisos. Se veía movimiento. Gente entraba y salía, parecía

muy formal.

Abrió la puerta, me dejó pasar y caminamos por un angosto pasillo. Era muy agradable el lugar.

Tocó en el último cubículo.

—Adelante —entramos y enseguida un hombre bien parecido de unos cuarenta años se levantó de su silla—. Hola, muchachos —Me tendió la mano y yo hice lo mismo con una sonrisa—. Tú debes ser Kyana ¿cierto?

—Sí... y usted el señor Laurence.

—Así es... siéntate —Me indicó una silla mirando a mi compañero—. Gracias, Edwin.

—Nos vemos luego, Kyana —Me guiñó un ojo antes de salir. Ese chico tenía una personalidad intelectual bastante interesante, pero... siempre tenía «peros». Seguro algo extraño sucedía conmigo, nadie era lo suficiente como para que yo quisiera dedicarle un tiempo exclusivo. Mamá siempre decía que se debía a que era demasiado independiente y poco afecta a las demostraciones de cariño.

—Bueno, Kyana. Edwin me habló de ti e investigué en California y se expresaron muy bien. Así que quería invitarte formalmente al equipo de asesorías. ¿Qué dices? —Me evaluaba sonriente al tiempo que hablaba.

—Que gracias... a mí me encanta hacer esto —contesté un poco nerviosa.

—Perfecto, requeríamos gente y qué mejor que alguien con tu experiencia.

—Gracias, Señor Laurence.

—Clay, ¿está bien? —Asentí y repetí su nombre de pila para indicarle que así me dirigía a él—. Ven, sígueme —dimos un pequeño tour por el sitio. Me mostró donde dejaría los recados cuando tuviera tutorías próximas o algún pendiente. Intentaba que fuera una asesoría a la vez para dar mejor calidad y me pidió mi horario para poder sincronizarse—. Kyana, ahora que veo tus clases, me doy cuenta de que solo tienes miércoles y viernes completos ¿Te interesaría tomar un caso que va muy mal en literatura a partir de hoy? —¿Qué? Lo miré un tanto consternada. Edwin mencionó algo sobre ello, pero de repente me pareció que necesitaba tiempo para analizarlo—. Sé que es muy pronto, sé también que dominas esa materia. No creo que te represente ningún problema, además, es un caso... algo especial, no se lo puedo dar a cualquiera y es urgente —Me veía atento esperando mi respuesta. Pensé con rapidez. Adoraba los retos y no podía negarme, menos después de darme esa oportunidad. Asentí.

Puso una mano en mi hombro aliviado.

—¡Muy bien!, muchas gracias por aceptar así... Sin previo aviso. Prometo que esto no volverá a suceder, siempre informamos con antelación, pero como te digo... es algo especial. Está esperando en el cubículo quince, sube las escaleras y la tercera puerta de lado derecho. Cualquier complicación me avisas de inmediato, ahora tengo una junta por lo que no puedo acompañarte, aun así, no dudes en interrumpirme si no van las cosas bien ¿de acuerdo?... ¡Mucha suerte! —Al subir la escalera me observó sonriente y con sus manos en las bolsas del pantalón, parecía más relajado que cuando lo vi unos minutos antes. Al llegar al segundo piso, conté tres puertas y abrí expectante. ¿A qué se refería con «especial»?

El cubículo se veía aún más diminuto con él adentro, estaba de espalda tocando la pantalla del móvil distraído. Tragué saliva mordéndome el labio. ¡Diablos! Era uno de los muchachos de mi clase de literatura. Respiré profundo y caminé hasta él.

Alzó la vista un segundo y de inmediato volvió a su celular. Era realmente guapo, no pude evitar fijarme que iba vestido con una playera gastada, jeans kilométricamente largos, para poder cubrir aquellas interminables piernas, y tenis negros. Lástima de persona. Últimamente cuando parecía que tenía buena suerte, la vida me daba un revés.

Dejé de observarlo. Me senté frente a él y comencé a sacar mis apuntes de la materia.

—Me dijo el señor Laurence que necesitas ayuda en literatura —soné más dura de lo que pretendía. No se inmutó y asintió muy concentrado con su aparatito riendo por algo que ahí veía—. Soy Kyana y...

—Un segundo —Me silenció con un ademán. Sentí humillación y una furia desconocida aflorar dentro de mí. ¡En serio todos esos chicos eran iguales! Aguardé perforándolo con la mirada intencionalmente. Se tomó su tiempo el muy descarado. Cuando dejó de escribir, se dignó a verme con esos ojos asombrosamente grises. Lo cierto era que moría por aventarle justo en medio de la frente ese aparatito que acababa de dejar sobre la mesa. ¡Idiota!

—Ahora sí... ¿Me decías?

—Yo no te decía nada, tú eres el que está aquí por algo —Le recordé alzando las cejas, retadora. Su quijada se tensó. No lo conocía aún, pero parecía algo... descolocado. Quise reír.

—Sí, porque el maestro de literatura me amenazó...

—Espera... —Lo silenció con el mismo gesto que usó hacía un segundo—. Yo solo vine a explicarte literatura, las razones por las que estás aquí,

créelo... me dan lo mismo ¿de acuerdo? —Gocé con la manera en que se le distorsionó la expresión engreída, me miró confuso y sin comprender. De pronto se puso serio, recargó ambos brazos sobre la mesa y se acercó a mí sin miramientos. No me moví ni un centímetro aguantándole la vista.

—No pensaba decirte los motivos por los que estoy aquí...

—¿Ah, no? Muy bien... entonces comencemos —continué retándolo. No se movió, parecía divertido e intrigado.

—Solo una cosa, no pienses que por esto podemos llegar a ser amigos, tú y yo no nos conocemos afuera de estas cuatro paredes, ¿de acuerdo? No quiero que hables de mí con nadie, ni que digas que me das estas clasecitas ridículas —sentí su aliento muy cerca de mi rostro. Evaluaba mi reacción.

—Me parece perfecto... tú y tu amistad no me interesan y será un placer cumplir tu petición, se hará justo como dices —Ese juego de palabras comenzaba a alterarme, sentía mi lengua cada vez más filosa y lista para contestar lo siguiente. Yo no solía ser así, ese chico en menos de diez minutos logró exasperarme con su pedantería.

No supo reaccionar, me evaluó un momento más, como buscando alguna señal de arrepentimiento. Al no verla, se sentó de nuevo en su lugar. De pronto su celular sonó. Fui más rápida que él, puse una mano sobre el aparato, logrando así que me observara atónito.

—Yo también tengo condiciones... mientras estemos aquí, no quiero que nos interrumpan, ¿de acuerdo? —Me mordí enseguida el labio sintiendo que había ido demasiado lejos.

Lo tomó evadiendo mi mano y contestó mirándome con asombrosa prepotencia.

—Ahora no puedo hablar, te marco en una hora —Y colgó. Ya no lo veía, buscaba en mis apuntes el punto de partida.

—¡Ah! Y por favor sé puntual —agregué sin prestarle atención. No contestó, aunque sentí sus ojos clavados sobre mi cabeza, eso no logró que le hiciera caso. Engreído.

Comencé preguntándole temas al azar para saber por dónde podía empezar. Pensé que no podría contestar nada, no obstante, para mi sorpresa, respondió bastante. Continué sin mirarlo a los ojos casi el resto de la tutoría.

—Muy bien, entonces partimos de la literatura medieval... —jugaba ya con un lápiz asintiendo indiferente. El tiempo se fue volando, el tema me apasionaba. Yo le indicaba qué anotar y él lo escribía extrañado. Parecía que no estaba muy acostumbrado a las órdenes. De pronto cerró su libreta

levantándose rápidamente.

Observé el reloj, las cinco en punto. Me miró desde la puerta sonriendo.

—Recuerda: puntualidad, Kyana, y por cierto... me llamo Liam —salió sin que pudiera decir nada más.

Tomé mis cosas sin poder definir bien lo que sentía. Por un lado quería reírme, de verdad su cinismo resultaba refrescante y algo nuevo para mí. Pero por el otro, quería ir y darle un buen puntapié para verlo perder esa envergadura de prepotencia.

∞ 2 ∞
CONFUNDIDA

Caminé a casa pues ya no estaba Annie por ahí. Llegué rendida e hice lo de todos los días. Cuando mi madre entró, se puso feliz al saber que había sido seleccionada de nuevo para impartir tutorías.

—Ves, mi niña, todo va saliendo muy bien, Myrtle Beach no es tan mala después de todo. —Asentí aún nostálgica. No, no era malo, aun así, no era «mi» hogar. Me abrazó de pronto por lo que respondí al gesto con sinceridad. Estaría poco tiempo y las cosas iban mejor de lo que imaginé, así que no más quejas.

—Sí... lo sé, hasta ahora así parece. —Tomó mi rostro entre sus manos.

—Kyana, estoy muy orgullosa de ti. Sé el esfuerzo que el cambio está implicando para ti y te juro que te lo agradezco muchísimo —sonreí con los ojos rasados al igual que ella, últimamente las lágrimas salían con facilidad.

—Sé lo importante que es esto para ti, mamá, no hubiera podido vivir tranquila sabiendo que si no accedía a venir contigo, no habrías aceptado este trabajo.

—Hija, es el último año que probablemente estaríamos juntas, no iba a desaprovecharlo ni siquiera por esta oportunidad.

—Lo sé... —susurré volviendo a acurrucarme contra su pecho.

Terminé casi a medianoche mis deberes. Era demasiado perfeccionista, cualidad o defecto heredado por ambos padres, así que me demoraba mucho con cualquier cosa. Por supuesto, como consecuencia, al día siguiente tenía unas pequeñas ojeras. Me vestí cómodamente y dejé mi cabello suelto debido a la pereza. Bostezaba cada dos segundos. Cuando me vi al espejo decidí que un poco de máscara ayudaría, en serio se notaba mi cansancio. Tomé mi mochila, la ropa de atletismo, desayuné apenas si un jugo y pan. Un segundo después, mientras me lavaba los dientes, sonó la bocina del auto de Annie pues quedó en pasar por mí y salí a toda prisa, subiéndome de inmediato al Peugeot.

Al llegar, los chicos hicieron comentarios absurdos sobre mi cabello. ¿Qué tenía de raro? No pude evitar avergonzarme por sus miradas. No me

consideraba fea, tampoco una beldad. Era delgada, por lo que estaba muy consciente de que no contaba con un cuerpo escultural, ni llamativo; sin embargo, me sentía contenta con mi figura, creía que era proporcionada sin tener demasiadas curvas, no muy alta, cabello largo ondulado en las puntas, piel apiñonada, nariz más bien pequeña, y boca, para mi gusto, un poco más carnosa de lo normal, aun así, no muy ancha. En general me sentía simplemente cómoda conmigo... siempre fue así. Lo cierto es que no me creía alguien a quien obligatoriamente se debía voltear a ver, como parecía sucedía en ese momento.

Matemáticas pasó rápidamente. En cuanto terminó nos dirigimos a la cafetería, ahí ya estaban los demás.

—¿Qué vas a hacer el fin de semana, Kyana? —De inmediato me observaron esperando mi respuesta. Ya comenzaba a sentirme parte de ellos, era una sensación agradable.

—No lo sé... acabar de acomodar la casa, supongo...

—Y... ¿No te gustaría ir a la playa? Pronto llegará el frío y no será posible.

—¿Cuándo?

—Mañana, desde mediodía. Por la noche encienden fogatas. Se pone muy bien.

—Suena divertido... Sí, sí voy —sonreí entusiasmada. Sin perder el tiempo comenzaron a intercambiar anécdotas acerca de sus excursiones al mar en los años anteriores. De verdad eran divertidos y lo mejor: me caían muy bien.

Ya en literatura me hallaba revoloteando entre la poesía y el cómo la narraba el profesor Jhonson, cuando sentí una mirada clavada en mí, intenté ignorarla, pero al seguir percibiéndola giré buscando él o la responsable.

¡Era Liam! Me observaba triunfante. Que lo viera era justo lo que estaba buscando. Enarqué una ceja en señal de indiferencia volcando los ojos con fastidio y volví a perderme en las líneas del profesor. Si creía que me iba a desbaratar o le iba a abanicar las pestañas, estaba completamente perdido. Varias veces durante la clase sentí que insistía, como ya sabía que era él, meforcé a no voltear de nuevo. Engreído.

Cuando terminó la hora, salí junto con mis amigos, ignorándolo por completo. Si soy sincera era complicado no verlo; su presencia era imponente o es que yo así lo percibía. Escuché una carcajada procedente del salón que se parecía mucho a su voz. En serio no lo soportaba ¿Qué quería probar? ¿si era cierto lo que dije la tarde anterior? Se llevaría una sorpresa, estaba decidida a que se topara con la pared, no me iba a humillar ante nadie y mucho menos

ante alguien como él, por otro lado, en serio amigos como esos, no me interesaban en lo absoluto.

Ciencias fue la tercera clase, después atletismo. Calentamos media hora y luego la maestra Hilling nos puso a dar vueltas, trotando en la pista. Tras unos minutos todo el equipo de americano salió. Sentí un poco de nervios, esperaba de verdad que ese tal «Roger» se hubiera olvidado de mi existencia. Pero un par de balones salieron disparados en dirección a mí. Al parecer, el entrenador se molestó, le gritó frente a todos y no volvió a suceder. Gorila vengativo.

Me puse como propósito no voltear ni una vez a la cancha, había demasiados indeseables ahí. Sí, ya sé, es increíble que apenas llevara una semana y ya tuviera... «conflictos» con dos tipos de esa calaña. Lo positivo era saber que contaba con esos chicos amables y bastante agradables.

Al terminar el día quedamos en que Annie pasaría por mí y nos veríamos con los demás en la playa a las doce. Mi madre habló avisándome que no hiciera de cenar, quería comer fuera de casa y ya había reservado. Comida italiana, mi favorita.

Eran las doce del día y la playa se encontraba abarrotada, prácticamente la escuela trasladaba ahí. Pronto encontramos a los chicos, se hallaban sentados bajo un par de grandes sombrillas muy coloridas y con varias toallas tendidas sobre la arena.

Sara y Susan tomaban el sol relajadas. Dejé todas mis cosas y buscando un poco de sombra me acomodé cerca de ellas. El clima era realmente agradable. Me quité la blusa y me dejé el short exponiendo así el bañador naranja con azul de dos piezas que llevaba puesto. Unos comenzaron a jugar voleibol de playa, otros se metieron directo al mar.

Billy, al ver que solo observaba sonriendo, me invitó a jugar cartas. Unos minutos después se hallaba frustrado porque no lograba ganar. Cuando los que estuvieron en el mar salieron, empezaron a provocar a los demás para que nos metiéramos. Así que sin mucha insistencia fuimos para allá gritando y corriendo. Eran muy divertidos, chapoteamos, reímos y jugamos como unos niños. Siempre me gustó el agua y aunque estaba fría, la gocé. Más tarde, Max y Lana sacaron unos pequeños refrigerios y todos nos sentamos relajadamente.

—¡Ey! Veo que hay un nuevo integrante en tu «clan» —estábamos tan inmersos en nuestros asuntos que nadie notó cuando alguien se acercaba. Era Roger junto con otros tres chicos. ¡Diablos! Max lo miró con indiferencia

entendiendo que el comentario iba para él.

—Hola, Roger...

—Esta... —dijo, señalándome despectivamente— «amiguita» tuya, no tiene muy claro que aquí hay... ¿cómo decirlo?... Que no somos iguales. Así que... «mexicanita», espero entiendas que no hay mucho espacio para gente como tú... —sentí que la furia e impotencia viajaban vertiginosas por todo mi cuerpo. ¡¿Qué le ocurría?!

Lana, que estaba a mi lado, me tomó del brazo en clara advertencia de que no hiciera nada.

—Esa es tu opinión y si no tienes más que decir... —contestó Max muy tranquilo mostrándole con un ademán que se marchara. Roger soltó una gran carcajada de burla.

—Solo advertirte —giró, al mismo tiempo que con su pie aventaba arena sobre mi rostro y comida. ¡Estúpido! ¿quién se creía? Max, Ray y Robert se levantaron furiosos. ¡Dios! Parecía que no iba a terminar bien. Me incorporé rápidamente para tratar de calmarlos soltándome de Lana.

—¡Ey! ¡Ey! Tranquilos... —escuché otra voz que comenzaba a conocer.

—¡Dile a tu amigo que nos deje en paz! —Vociferó Max rojo de rabia. Liam me vio apenas si un segundo y se puso en medio de los dos grupos.

—Roger, vámonos. Te estamos esperando para comenzar el juego... —posó una mano sobre su pecho para tratar de tranquilizarlo y alcancé a notar una mirada de amenaza. El gorila patán, como lo apodaba en mi cabeza, respiró hondo y levantó las manos como rindiéndose. Sin embargo, me miraba con clara advertencia. Liam entendió el mensaje girando para verme de nuevo un instante. No logré comprender lo que intentaba decirme con los ojos, pero quedé más angustiada, no parecía relajado, al contrario.

—Tienes razón... allá seguro está más divertido —escupió Roger de repente. Robert y Ray tenían cada uno, una mano en los hombros de Max. Desaparecieron igual de rápido como llegaron.

Muda y con los ojos bien abiertos, permanecí ahí, de pie. ¿Era en serio todo eso?

—¿Estás bien? —Me preguntó Billy preocupado.

—¡Imbéciles! —Bramó Max soltándose de sus amigos—. Kyana, no vamos a permitir que pase nada ¿de acuerdo? —Todos se encontraban ya muy cerca de mí, una lágrima de furia resbaló por mi mejilla. Nunca me sentí tan impotente y asustada. En Los Ángeles tenía muchos amigos, conocía a mucha gente y aunque nunca intenté ser la más popular ni nada parecido, sí mantenía

una buena relación con casi todos, jamás viví algo semejante.

—No se preocupen, esto tiene que pasar ¿no es así? —se miraron sin poder contestar.

—No estás sola... —susurró al fin Sara intentando relajar el ambiente, situación que no logró. Respiré hondo, no iba arruinarles el día, así que intenté sonreír quitando con la mano la arena de mi boca. Sacudí el sándwich y le volví a dar una gran mordida. Todos sonrieron aliviados.

La tarde ya no transcurrió igual a pesar de que nadie volvió a tocar el tema. No me dejaron sola ni un segundo, aunque no se veía ese aquelarre de monstruos por ningún lado.

Más tarde comenzaron las fogatas y música. Los observé sentada sobre la arena abrazando mis rodillas. Todos se portaban conmigo genial, apenas llevaba seis días de conocerlos y me sentía bastante cómoda a su lado. Sin embargo, al verlos, extrañaba demasiado mi hogar anterior.

El sábado por la noche, seguramente habría en la casa de alguien una pequeña reunión o una gran fiesta de las que solía celebrarse cada fin de semana. Mis mejores amigos: Jane y Raúl, estarían junto a mí y discutiendo algún tema inútil, al mismo tiempo que veíamos bailar a los demás. Eran muy especiales para mí, por lo mismo la despedida fue muy dura. Los conocía casi desde los siete años, crecimos juntos y teníamos miles de sueños que ya no presenciaría o permanecerían congelados hasta mi regreso. Era triste comprender el porqué yo me encontraba en Myrtle Beach y ellos allá, justo donde moría de ganas por estar.

Billy se acercó y me jaló para que bailara con los demás. Dudé un segundo... al final accedí. Después de todo, esa ya era mi vida, haría que también valiera la pena.

El domingo nos dedicamos a terminar de acomodar la casa. Para la hora de la cena ya no había más qué hacer. Acabé todas mis tareas y preparé la tutoría que tendría que darle a ese insufrible. Debí decir que no cuando tuve oportunidad, reflexioné evocándolo. Sentada en mi escritorio, con el lápiz en la boca, recordé su mirada del día anterior. ¿De dónde salió? ¿por qué me vio así?... Sacudí la cabeza para despejarla. Qué importaba lo que él pensara o cómo llegó ahí. Era la misma clase de persona que sus amigotes ¿no? Fue así como mi mente de nuevo voló a Roger, no comprendía por qué me odiaba tanto, en realidad no le había hecho nada... y ahora tendría que tener cuidado de no cruzarme por su camino, cosa poco complicada por el tamaño del instituto.

Bufé frustrada. Cerré mis libros abatida, guardé todo y me acosté muy inquieta. Lo que ese tipo practicaba se llamaba acoso psicológico.

Por la mañana no tenía muchos ánimos. Annie fue por mí, ya era una rutina. Comenzaba la segunda semana en ese colegio y habían pasado tantas cosas, que no lo podía creer. Llegué justo a tiempo a matemáticas. En el receso volvieron a planear el siguiente fin de semana, no pude negarme.

Cuando sonó el timbre, me dirigí al salón con los compañeros que compartía literatura. Justo en la puerta y obstruyendo el paso se encontraba Liam, junto con otro de los chicos con los que siempre se sentaba. ¡Fabuloso, jamás se cansaban!

—Hazte a un lado —exigió Max irritado, comenzaba a pensar que lo odiaba. Liam lo miró por debajo del hombro burlándose. En serio era pedante. Se quitó con un ademán de reverencia, como si fuera a pasar la realeza. Mi amigo pasó sin importarle y cuando fue mi turno, me observó ya serio, lo ignoré de inmediato siguiendo a los demás. Era a propósito, verificaba si cumplía mi parte del trato y claro que lo cumplía. No solo por él, sino también por mí, no deseaba que me relacionaran con alguien así, ni siquiera en algo tan simple como las tutorías.

En ciencias Edwin no me dejaba sola ni un momento y yo ya no sabía cómo actuar. Era un buen chico, consiguió que volviera a dar las tutorías, era inteligente y existían temas de conversación con él, pero no deseaba nada con nadie. ¿Eso era tan difícil? Tenía ya muchas cosas en la cabeza como para que se agregara un pretendiente que no llamaba mi atención en lo absoluto. Robert lo notó y como no queriendo la cosa, me libró los últimos treinta minutos de él. Le agradecí con la mirada, gesto que respondió con una linda sonrisa.

En el receso no los pude ver porque fui a buscar unos libros a la biblioteca de la escuela, apenas si tuve tiempo de cambiarme para atletismo. Caminando a la cancha sudaban mis manos, estaba nerviosa. Lana me encontró casi al entrar, la calma llegó al verla, enseguida se nos unió Susan con gran aspaviento, como siempre. Ya habíamos terminado de calentar, la profesora Hilling tomaba el tiempo a cada uno al correr, mientras los demás repetíamos abdominales, lagartijas y puros ejercicios extenuantes... Definitivamente el atletismo no me encantaba, pero ahí seguiría, era lo que menos me desagradaba, digamos que ya le tenía un poco, solo un poco de cariño.

En mi turno comencé a correr alrededor de la pista lo más rápido que podía, cuando sin más, sentí un golpe seco en mi costado que provocó saliera

disparada en dirección opuesta logrando que me diera un fuerte raspón del lado derecho y cayera sobre uno de mis dedos que tronó enseguida. Levanté el rostro adolorida y lo vi de nuevo. ¡Maldición!

Roger jamás se rendiría, alguien debía ponerlo en su lugar.

—¿Qué te pasa?! —grité aún sobre el piso con grava hasta dentro de la boca. Liam llegó en un segundo, incluso antes que nadie. Se puso en medio de los dos mirándolo furioso.

—¿Qué sucede contigo, Roger?! —Él reía cínicamente sin contestarle, solo observándome.

—Te dije que no era lugar para ti... —abrí los ojos atónita, ese tipo estaba loco.

—No digas estupideces... —lo regañó Liam.

—Ahora resulta que defiendes «mexicanitas», no me vengas tú con eso, Liam —vi cómo apretaba la quijada al escucharlo, mientras yo no lograba ni siquiera moverme.

—Si te suspenden un partido nos vas a joder la temporada ¿comprendes?

Mi expresión se congeló, por un momento creí que le reclamaría por lo que me hizo. Me sentí una estúpida, claro que le preocupaban sus propios intereses, era el capitán del equipo, algo así no podía permitirlo.

De repente, sin que me diera cuenta, ya todos estaban ahí. Mi maestra y el que reconocí enseguida como el entrenador de su equipo, se encontraban uno de cada lado mío.

—¿Estás bien, muchacha? —Asentí adolorida. La profesora Hilling me ayudó a incorporarme.

—¿Es increíble que sucedan estas cosas, Josh! ¡Date cuenta del tamaño de Roger y el de Kyana! —gritó furiosa. El entrenador parecía afligido.

—Lo sé... jamás había sucedido... —Yo estaba en medio de los dos escuchándolos discutir—. ¡Roger!... —lo llamó su maestro muy molesto. Este apareció enseguida sin remordimiento en los ojos—. Llévala a la enfermería en este instante y asegúrate de que esté bien... después hablaremos —Al escucharlo sentí que mis piernas fallaban.

—¡Por supuesto que no! —Vociferó gracias a Dios mi maestra—. No quiero que ninguno de tus hombrecitos se le acerquen, son demasiado... toscos —sentí que volvía a entrar aire en mis pulmones—. Lana y Susan, acompáñenla ustedes y después vengan a decirme qué pasó —Ambas se acercaron a mí enseguida—. ¡Y tú! —dijo señalando a Roger—, no quiero volver a ver algo así o te juro que te borraré esa sonrisita cínica del rostro —

De verdad estaba furiosa, supongo se daba cuenta de que había sido deliberado.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Lana preocupada. Sonreí para tranquilizarlas, nunca he sido partidaria del melodrama, por otro lado, no solía tener accidentes de ningún tipo.

—Creo que me di un buen raspón, lo que duele mucho es el dedo —Ambas agarraron mi mano y vieron que mi dedo meñique estaba completamente fuera de su lugar.

—Dios... te lo rompiste... —murmuró Susan llevándose una mano a la boca. Protegí el dedo con la palma, un tanto asustada. Jamás me había roto un hueso, dolía horrible por muy pequeño que este fuera. Suspiré aguantando la sensación.

—No es nada, seguro me entablillan y ya... —Sus rostros estaban completamente desenchajados, así que opté por hacerme la fuerte, era lo mejor, ¿no?

—Cuando sepan los chicos se van a poner furiosos, sobre todo Max, desde que terminaron su amistad no lo soporta.

—De qué hablas... ¿cuál amistad? —Ya iba a poner mis ojos en blanco, cuando escuché esas palabras. No entendía nada, entre ellas se miraron mortificadas.

—Es una larga historia, Kyana. En resumen: Max y Liam fueron mucho tiempo muy amigos hasta que un día, todo cambió.

—Liam cambió... —corrigió Susan a Lana—. Incluso Kellan, Roger y el resto no eran así... —De pronto se detuvieron frente a una puerta, entré y vi a dos enfermeras escribiendo algo en los ordenadores. Ingresé confiada.

—Hola... sucedió un accidente en la cancha y la maestra nos mandó —anunció Susan. Una de ellas se levantó rápidamente.

—¿Qué pasó? —Le expliqué *grosso modo*—. ¿Algo más que te duela? —En un acto reflejo froté mi costado derecho a la altura de la cadera y las costillas. Ardía. La mujer se percató con suficiencia—. Ahora te atiende... Una de ustedes vaya con la señorita Hilling y dígale que ya nos estamos encargando, ¿de acuerdo? —Susan salió enseñada.

En efecto, me rompí el dedo, la enfermera dijo que era una fractura limpia ¿Qué era eso? No tengo idea, parecía ser buena noticia y ella una experta pues no tomó radiografía alguna. Lo inmovilizó pidiéndome que así lo dejara quince días. Limpió y desinfectó los horribles raspones, luego me dio unos ungüentos para evitar grandes moretones, pero debía ponérmelos después de

un necesario baño. Veinte minutos después ya estaba fuera.

—¿Todo bien? —preguntó Lana que se quedó esperándome.

—Sí... me siento mejor —faltaba media hora para las cuatro—. Debo irme, tengo tutoría... —recordé de pronto. Torció la boca.

—¿Segura? —Asentí serena. Mi amiga se encogió de hombros, besó mi mejilla y se marchó en dirección opuesta.

Me duché y coloqué el ungüento en los raspones. Tenía grava por todos lados, el chorro del agua sobre la piel dolió bastante. Aun así, lo logré sin problemas. Llegué puntual, él ya estaba ahí. Jugaba con un lápiz entre sus dedos, estaba serio. En cuanto entré, giró estudiando mi mano, intenté esconderla tras la cadera.

—Tu dedo, ¿está fracturado?

—Sí... —me senté sin darle mucha importancia sacando las cosas que necesitaba de la mochila sin mirarlo, no obstante, sentía sus ojos fijos sobre mí—. ¿Comenzamos? —alcé la vista. ¡Dios! Era demasiado guapo. Me veía confuso. Extendí un libro frente a él, empecé a explicarle y a subrayar algunas cosas. No ponía atención, seguía estudiándome, alcé los ojos ya molesta, un pequeño escalofrió recorrió mi cuerpo.

—Kyana... siento lo que pasó —apretó la boca dejándola tan solo en una línea. Me encogí de hombros indiferente, no tenía ganas de hablar, menos con él, si era sincera—. Eres muy extraña, ¿sabes? —volqué los ojos hastiada ¿Ahora se había comido un perico? O ¿por qué no se callaba? No tenía ánimos de escucharlo—. No vas a preguntar ¿por qué?... —negué pestañeando. ¿Qué le pasaba?

—¿Continuamos? —lo alenté de nuevo al mismo tiempo que pretendía seguir explicándole. No se movió ni un centímetro, estaba comenzando a colmar mi paciencia. Cerré fuertemente el libro, logrando que pestañeara—. Okey, veo que hoy no tienes ganas de esto... —comencé a meter todo en mi mochila—. Créeme, estoy muy cansada y hago un gran esfuerzo... —Ya iba a levantarme cuando me detuvo sujetando mi antebrazo. Miré su mano y luego su rostro abriendo los ojos de par en par sin poder evitarlo. Su contacto provocó una pequeña descarga que al parecer a él también, porque me soltó enseguida. Mi pulso enloqueció, incluso puedo jurar que no escuché nada por un microsegundo.

—Espera... eso es a lo que me refiero... cualquiera hubiera montado un drama y... no estaría aquí... —resoplé un poco exasperada.

—Es un compromiso que acepté y créeme que no lo estás poniendo fácil —

sonrió. Mi boca se secó con tan solo ese gesto. Y es que... se reía con los ojos. ¡Por Dios! Era demasiado... perfecto. ¿Qué me estaba pasando?, seguro el golpe ya estaba provocando alucinaciones. No existía otra explicación.

Tomó mi mochila como si fuese suya, sacó lo que recién usábamos, lo tendió frente a nosotros y me miró enarcando una ceja, esperando. Sonreí al comprender que iba a dejar que le diera la clase al fin.

La hora pasó rápidamente. Cumplía con lo que le pedía y hablábamos fluidamente sobre esos temas que detestaba. Todavía le faltaban varias cosas por entender, pero era evidente que había leído lo que le había pedido. Por otro lado, captaba todo con una velocidad asombrosa, en definitiva, dentro de sus cualidades se encontraban la retención e inteligencia. Debido a eso comprendí que tenía algún problema con el maestro o... mejor dicho con su carácter, lo segundo era más factible.

Faltaban tres minutos para las cinco, cerró todo sin que yo pudiera reaccionar.

—Te ves muy agotada y creo que ya fue suficiente... —abrí la boca para objetar. ¿Desde cuándo tanta consideración?, aunque la verdad era que sí me sentía adolorida, el golpe ya se había enfriado y comenzaba a sentirse peor. Asentí resignada. Tomó mi mochila y metió todo en su interior. Lo observé incrédula, así que en un arrebato de molestia se la quité frunciendo el ceño.

—Gracias, pero me rompí un dedo, no el brazo, puedo sola —lo dejé de nuevo confuso, levantó las manos simbolizando rendición.

—Solo quería ayudar, me queda claro que puedes, deseaba ser cortés —terminé de guardar lo que faltaba ignorándolo y me dirigí a la puerta—. ¿Tienes auto? —Me preguntó con interés. Negué y abrí—. Espera... —De verdad que era obstinado y yo ya no tenía ni paciencia, ni nada. Volteé irritada.

—¿Ahora qué!?...

—Yo te voy a llevar... —Y antes de que pudiera decir nada, me quitó la mochila y se la colgó en su ancho hombro. ¡¿Qué diablos se creía?!

—¡No te entiendo! —grité frustrada, sintiéndome en el límite—. El jueves me pediste no decir nada acerca de que estás aquí, ni siquiera quieres que mencione a alguien que te conozco —Me estaba mordiendo el labio desesperada, furiosa y confusa, lo hice tan fuerte que sangró, paré.

—Lo sé... y así va seguir siendo, pero...

—Pero nada... —intenté quitarle la mochila, era inútil, él reía divertido—. Yo también quiero que así siga siendo... —Le escupí. De pronto se puso

serio, acercó una mano a mi costado derecho y levantó la blusa levemente sin pedir autorización.

—¿Eso también? —miraba impresionado el enorme raspón. Bajé la tela de un tirón—. No lo voy a discutir, te llevo a casa —Y caminó sin esperarme. De verdad me sacaba de quicio, era un pesado, además ¿quién se creía para ordenarme? Bajó las escaleras a toda prisa, intenté seguirle el paso, pero me dolían los músculos del lado donde caí. ¡Maldición!

Cuando por fin llegué a la planta baja, no estaba. Lo que me faltaba. Resoplé sintiéndome fuera de mí. Anduve lentamente hasta el estacionamiento y lo busqué con la mirada unos minutos. ¡Agh, lo odiaba! Un enorme Jeep oscuro se estacionó frente a mí y bajó él. Torcí el gesto. Un vehículo así tendría que tener. Abrió la puerta del copiloto para que subiera, crucé los brazos sin tener la menor intención de moverme. Ni en sueños me treparía.

Se carcajeó ante mi actitud.

—Si no subes sola, yo te traeré cargando —Jamás se atrevería. Sin embargo, al ver que se acercaba de nuevo decidido, no quise ponerlo a prueba y caminé hasta él refunfuñando. Cuando llegué a la puerta tomó mi brazo y me ayudó a subir. Era la segunda vez que me tocaba, la sensación fue la misma que la primera, así que me aparté de inmediato. Abroché el cinturón de seguridad perdiendo la mirada en el exterior.

No entendía qué pasaba conmigo, en un segundo decía una cosa y al siguiente, me contradecía. Sabía que parecía una chiquilla, aunque él no se veía más maduro que yo de todas formas. Además, lo último que deseaba era quedar bien, así que no me importó. Ya sé, lo único que faltaba era sacarle la lengua y ganas no me faltaban, pero mis nervios estaban demasiado alterados en esos momentos, por su culpa obviamente y la del gorila patán por supuesto, así que no me moví.

—¿Por dónde me voy? —parecía muy divertido con mi actitud. Le di las señas rápidamente y en cinco minutos ya estaba frente a casa. Tomé mi mochila sin mirarlo.

—Gracias...

—De nada, Kyana —alcancé a escuchar cuando noté que salía del auto. Lo observé estupefacta, caminaba frente al cofre rumbo a mi puerta. Puse los ojos en blanco. ¡No podía ser, el chico se sentía un caballero! ¿Qué más iba a suceder ese día?, ¿llovería chocolate? Bueno, eso no sería trágico, al contrario... ¡Ah! Definitivamente estaba desvariando. Abrió sonriendo,

parecía muy relajado. Bajé sin tomar la ayuda que ofrecía—. Espero que sigas mejor...

—Sí, yo también... hasta luego y... gracias otra vez —anduve hasta mi casa sin voltear, ni esperar respuesta. Sabía que lo sucedido no fue su culpa; sin embargo, el hecho de que ese «Roger» fuera su amigo me obligaba a guardar cierta distancia. Por otro lado, él tampoco me inspiraba confianza, eso sin contar que alteraba mi sistema nervioso de una forma inusual.

Cuando abrí la puerta escuché su motor alejarse. Suspiré más tranquila sintiéndome de nuevo yo, aunque un poco adolorida, bueno, bastante adolorida. Subí arrastrando los pies. Encontré algo cómodo que ponerme y le hablé a mamá para infórmale sobre mi pequeño accidente y que deseaba dormir. Una vez segura de que me encontraba bien, salvo los raspones y la fractura diminuta de mi dedo, colgó: ella llevaría la cena.

No supe ni en qué momento con mi libreta en las manos y unos libros a un lado, quedé perdida en el país de los sueños. Mi madre intentó despertarme para que ingiriera algo, no tenía ganas, así que quitó todas las cosas que dejé sobre la cama y me cubrió con una cobija.

Por la mañana ella fue la que logró que abriera los ojos. Nunca me pasaba, normalmente yo ponía el despertador, pero por lo ocurrido el día anterior, ni siquiera me acordé. Me dolía todo, la playera del pijama se adhirió a los raspones y no tenía idea de cómo la quitaría, la buena noticia fue que el dedo inmovilizado no causó problemas. Tomé una ducha con sumo cuidado, me puse pantalones deportivos y una sudadera a juego, no aguantaba el roce del jean.

Apenas si alcancé a meterme algo en la boca cuando Annie tocó la bocina, debía irme.

—Te ves fatal —la observé torciendo la boca. Robert apretaba la quijada.

—Sí, Kyana, ¿no prefieres quedarte? —Mi amiga me observaba de reojo. Negué con firmeza. Ciertamente no me sentía muy bien; sin embargo, no me agradaba faltar a la escuela. Además ¿a qué me quedaba?, mi aprensión no me dejaría ni siquiera descansar.

—Ayer te esperé... me preocupaste —Le sonreí agradecida. Ambos me miraban mientras esperábamos que se pusiera la luz verde.

—Me trajeron... —solté bajito.

—¿Quién? —quiso saber Robert de inmediato. Giré hacia la parte trasera del auto donde él siempre se sentaba.

—A quien le doy tutorías —frunció el ceño extrañado.

—¿Y quién es?

—Me pidió que no lo dijera... lo siento, fue un trato —Me encogí de hombros indiferente. Todavía recordaba en lo que quedamos y presentía que ellos no comprenderían cómo podía seguir ayudando a alguien como él después de lo sucedido el día anterior. Para mi sorpresa Robert colocó una mano sobre mi hombro sonriendo.

—Menos mal que no te viniste caminando. Dijo Lana que te veías fatal —sonreí más serena.

Al llegar todos se me acercaron preocupados. Los tranquilicé intentando no darle tanta importancia. Pero Max, Ray y Edwin lucían molestos.

—Por favor... no pasó nada... estoy sana y salva —Les hice ver para que pararan. Apenas los conocía y no quería que se enfrentaran a ellos por mi causa. Sería absurdo. Los tres asintieron, supe que no logré convencerlos.

Matemáticas pasó sin nada de relevancia. En el receso no permitieron que pagara mi almuerzo. Me sentía inservible, pero a la vez no era tan malo saber que podía contar con ellos en tan poco tiempo. ¿Quién lo diría? Ya estaba de verdad muy encariñada con esos chicos.

—Ese imbécil —bramó Max por lo bajo a mi lado viendo a la puerta de la cafetería. Seguí su mirada intrigada. Era Liam y observaba nuestra mesa, bueno, en realidad a mí, me examinaba con ojos penetrantes. ¡Dios! Volteé al lado contrario de inmediato completamente ruborizada. ¿Qué le sucedía?

—¿Por qué mira para acá? —preguntó Annie un minuto después.

—Que ni se acerque, porque ahora sí ya no respondo —amenazó Ray. Gracias al cielo no lo hizo, porque mis nervios no estaban para eso.

—Te veía a ti —soltó Susan repentinamente. Enarqué las cejas fingiendo no entender.

—A lo mejor le remordió la conciencia... —Todos miraron a Lana atónitos y casi riendo.

—¡Claro que no! Para eso necesitas tenerla y él no la tiene... todos lo sabemos —Al parecer las cosas no eran tan sencillas en esta escuela. Demasiado resentimiento, demasiado odio, demasiado rencor acumulado y una larga historia. Me sentí insegura, comenzaba a sospechar que no tenía ni idea del suelo que pisaba. Billy me guiñó un ojo, probablemente mi rostro reflejaba mi preocupación.

—Tranquila, Kyana, olvídalo, «esos» ya eran así antes de que tú llegaras, es solo que... ahora no vamos a permitir que suceda más... —Ray parecía muy seguro. El timbre sonó y nos dirigimos a literatura. Lo que dijo ¿debía

relajarme? Porque estaba siendo todo lo contrario.

Cuando entré, varios compañeros dejaron de hablar para verme sin disimular su pena por mí. Intenté ignorarlos. Max pasó un brazo por mi hombro, no lo quitó hasta que me senté. Parecía que quería mostrarles que no estaba sola. Creo que funcionó, ya que la clase transcurrió tranquila, bueno, eso sin contar que Liam mantenía fija su mirada en mi espalda. Lo ignoré todo el tiempo. Estaba decidida a demostrarle que era una persona de palabra y que además, no me interesaba en lo absoluto. No entendía su juego...

La mañana pasó así, sin nada de sobresaltos. Terminamos historia y fue ahí cuando comenzó la ansiedad: otra vez lo vería y... eso me alteraba demasiado.

Llegué antes que él. A las cuatro en punto se abrió la puerta y apareció. Era tan alto que se veía pequeño el lugar. Cuando lo miré, me dedicó una gran sonrisa.

—Hola —le regresé un escueto saludo. Esperé a que se acomodara, fingiendo que hojeaba algo en mis apuntes—. ¿Cómo sigues?...

—Mejor... ¿comenzamos? —Le acerqué el libro señalándole con un lápiz lo que debía leer.

—Veo que ya tienes varios amigos. —Asentí desconcertada. ¿Por qué hablaba tanto? Me pregunté fastidia. Ah sí, el perico, eso debía ser, porque en serio no entendía a ese chico que tenía frente a mí y que sonreía como los mismísimos ángeles. Su celular sonó, por supuesto lo observé molesta. Lo sacó de su bolsillo sin perder la conexión de nuestros ojos y lo apagó—. Listo... —hice un gesto que pretendía ser una sonrisa, creo que no lo logré—. ¿Siempre eres así de... cuadrada? —lo fulminé molesta. ¡¿Cómo se atrevía?! No era enojona en lo absoluto, pero tal parecía que él sacaba lo peor de mí. Era pura contradicción.

—Si soy cuadrada, circular o la figura geométrica que prefieras, es algo que tú jamás sabrás, ¿de acuerdo? Ahora, ¿podemos empezar o vas a seguir parloteando?

—De verdad que eres difícil... —sonrió despreocupado y divertido. Iba a contestarle algo mordaz cuando elevó las manos en rendición—. Está bien, está bien, ya entendí, nada de parlotear —Y comenzó a leer con suma atención lo que indiqué.

Lo observé perdida en mis pensamientos. Así... concentrado, no parecía tan malo. Su cabello rubio y oscuro caía tapándole los ojos, tenía unas manos grandes y bien formadas, su espalda era muy ancha y parecía que el sol lo

favorecía aún más ya que su tez era bronceada, envidiable a decir verdad.

—Listo —alzó la mirada sin que tuviera tiempo de girarme a otra dirección. ¡Dios, qué vergüenza! Sonrió tiernamente. No supe qué hacer, pestañee varias veces confusa. Rápidamente logré recuperarme y comencé a preguntarle como si no me hubiera encontrado admirándolo deleitada. ¡Maldición!

Todo lo contestó sin error. Comentó algunas dudas y había cosas que anotaba concienzudamente.

Los dos miramos el reloj justo un minuto antes de las cinco. Tomé el libro para guardarlo, él lo detuvo sin tocarme.

—¿Te llevo?

—No... una amiga me está esperando, gracias... —alcancé a percibir decepción en sus ojos. Estaba enloqueciendo gracias a él. Ese chico me desconcertaba con mucha facilidad. Le sonreí sintiendo el labio temblar y guardé todas mis cosas. Al levantarme, sujetó mi hombro con cautela.

—¿Tienes algo con Max? —Me ruboricé enseguida. ¿Qué clase de pregunta era esa? Me solté observándolo confusa. Me sentía perdida, extraña, fuera de mí. Me gustaba y a la vez no, pues no comprendía la razón.

—No —sonrió y se puso de pie. Mi cabeza llegaba justo a su pecho, con mi metro sesenta y tres no daba para más. Giré de inmediato y salí de prisa como un animalillo asustado huyendo del cazador.

Annie me esperaba en la entrada principal junto con Robert.

—¿Sabes? Me parece tan gracioso lo de tu «alumno secreto»... me intriga... —encogí los hombros con indiferencia, ya no quería evocarlo.

—Sí, es algo extraño —acepté recordando la última hora, sin poder evitarlo. Aún me sentía alterada, con cierto hormigueo incómodo y desconocido en mi estómago.

Por la tarde hablé con Jane, mi amiga de L.A., más de dos horas, cosa común entre nosotras.

—Y ¿qué?... Hay chicos guapos, o son todos como los de aquí... —Me mordí el labio aliviada de que no pudiera verme. Me conocía muy bien y con tan solo ese gesto, se hubiera dado cuenta de que algo sucedía. Liam eclipsó mi mente de repente. Suspiré molesta por esa intromisión a mi cabeza. ¿Qué estaba pasando? Me caía mal, no debía estarlo evocando cada dos por tres, ¿o sí?

—Pues... algunos... los típicos...

—Mmm... pensé que ya pescarías novio —Siempre le intrigó el porqué a

todos les decía que no. Por supuesto que yo le intenté explicar una y otra vez mis razones; sin embargo, parecía que para ella no eran lo suficientemente válidas. Me creía más un ratón de biblioteca, que una adolescente común, decía que debía salir de los libros un poco y experimentar.

—Pues no... ya sabes que me gusta disfrutar de mi tiempo, Jane, eso no ha cambiado aunque esté a miles de kilómetros de allá.

—Ya esperaba esa respuesta —rió decepcionada. Ella sí había tenido algunas parejas al igual que Raúl y a ambos los vi sufrir en más de una ocasión, así que prefería permanecer sin problemas de ese tipo.

Al terminar la llamada, lágrimas de tristeza y nostalgia escaparon de mis ojos. En general no podía quejarme, pero los extrañaba demasiado, sentía un pequeño agujero en el pecho cada vez que pensaba en el día de la graduación y que yo no estaría...

La mañana siguiente llegó barriendo un poco, como suele pasar en esos casos, la tristeza. Me sentía mejor físicamente aunque no del todo en el área sentimental. Escogí unos jeans más holgados, sujeté de nuevo el cabello y no hice más, mi ánimo se encontraba un tanto oscuro.

El día fue tranquilo, comenzaba a sentirme parte de ese nuevo mundo. En la clase de literatura volví a ser consciente de esa, ya familiar mirada clavada en mí varias veces. Continué ignorándolo, a pesar de que conseguía poner mis sentidos en alerta. Saberlo en el mismo salón generaba en mi interior una sensación... desconocida, era como tener erizados los vellos de todo el cuerpo sin descanso.

La maestra de atletismo me dio la hora libre debido a mi condición. Fui a la biblioteca y adelanté mis deberes.

Por la tarde mamá llegó radiante. Al parecer todo le estaba saliendo de maravilla. De vez en cuando me observaba de una forma peculiar. Yo le sonreía intentando despistarla. Piqué un poco de la cena y en cuanto terminamos me encerré en mi habitación. No dijo nada, me conocía mejor que nadie, sabía que ese día estaba muy triste. La sensación de nostalgia no conseguí apartarla de mí. Supongo era normal con todo ese cambio. No tenía tareas pendientes, todo lo hice en la escuela. Sobre la cama, abrazando una almohada, dejé brotar unas cuantas lágrimas de melancolía, extrañaba mucho a mis amigos, mi antigua escuela, mi antiguo hogar.

Por la mañana la tristeza no era tan fuerte. Miré por la ventana, más serena, el cielo estaba despejado y las copas de los árboles se mecían decadentemente, como presas de un lindo vals, sonreí.

Jueves ya, no cabía duda que el tiempo no se detenía nunca, este avanzaba sin piedad, estuvieran las cosas bien o estuvieran mal.

A la hora del almuerzo todos planeamos el día en la playa, parecía que iba a ser el último en algunos meses; el meteorológico pronosticaba que el frío comenzaría la siguiente semana.

Inglés fue, como solía, muy aburrido. Después historia. Emma ya me esperaba apartando un sitio para mí. Al acabar, ella y yo nos pusimos de acuerdo para realizar un trabajo en común que nos dejó el profesor y salí disparada al edificio de tutorías.

«Mi alumno secreto» ya estaba ahí... Sobre la mesa redonda donde solía explicarle, se encontraban todas sus cosas, él se hallaba de pie a un lado de la ventana. Tragué saliva sintiendo que costaba pasarla.

—Lo siento... —conseguí decir agitada. Liam me sonrió triunfante, no comprendí ese gesto, lo miré desconcertada.

—Parece que no eres tan cuadrada después de todo —observó enseguida el reloj para luego verme. Me mordí el labio, nerviosa. ¿A qué venía eso? Me senté y en tiempo récord saqué todo lo necesario de mi mochila—. Tranquila... —dijo al acomodarse frente a mí relajadamente.

—Lo siento, tenía que ver lo de un trabajo en equipo. No vuelve a suceder —recargó sus brazos sobre la mesa acercándose a mí mirándome de una forma que no entendí, pero que me alteró muchísimo.

—No te preocupes... esas cosas pasan, ¿no es así? —Mi boca se secó sin saber qué decirle—. Aunque sí, ya rompiste tú una de tus reglas, ¿no es cierto? —enarcó una ceja con burla.

—Yo... bueno... sí... ya te dije que no vuelve a suceder... —Me costaba respirar teniéndolo tan cerca, lo peor era que parecía disfrutarlo.

—Entonces... yo puedo romper una de las mías, ¿no? —quiso saber examinando mi reacción. Pestañeé sin comprender.

—¿A qué te refieres? —volvió a alejarse cruzando sus enormes brazos detrás de la cabeza.

—Pues, a que jamás seríamos amigos —Cada vez entendía menos y al parecer eso lo divertía porque soltó una enorme carcajada. Volvió a acercarse a mí un poco más serio. No pude evitar emitir un gemido de sorpresa—. Me gustaría conocerte más... —Me quedé muda, perdida en su mirada, sentía un millón de hormigas caminando frenéticas dentro de mí. Sacudí la cabeza intentando comprender.

—Yo creo que no es buena idea... —solté de pronto pegándome al respaldo

de la silla para poner distancia entre los dos. ¡Dios! ¿qué le ocurría?

—Y eso... ¿por qué? —preguntó extrañado e inquisitivo. Tomé un mechón de mi cabello intentando pensar. ¡Agh!, mis neuronas parecían haber renunciado.

—Pues... porque... no. No te comprendo —acepté por fin.

—Kyana, me gustaría ser tu amigo, ¿soy más claro?

—¿Mi amigo?, ¿para qué? —Ahora él parecía confuso, frunció el ceño.

—¿No puedes tener más amigos?

—Sí... —estaba enrulándome uno de mis mechones, nerviosa.

—¿Entonces? —sus ojos tenían una mezcla de verde botella con gris increíblemente única y por si fuera poco, su mirada me estaba provocando mareos, me sentía como flotando. ¡Diablos, eso no era normal!

—Liam... ¿podemos comenzar? —rogué tratando de encontrar algo seguro a lo cual sujetarme, jamás había sentido cosas así.

—¿Lo pensarás? —Y se acercó aún más a mí. Temblé sin poder evitarlo, olía... delicioso. Asentí sin poder articular palabra. De inmediato relajó su postura—. ¡Perfecto! Comencemos —sudaban mis manos, aun así, conseguí terminar la tutoría dignamente—. ¿Te esperan de nuevo? —quiso saber cuándo guardábamos nuestros materiales.

—Sí.

—Bien, te veo mañana entonces... —Asentí y enseguida salió de ahí. Cuando se fue solté por fin el aire. Lo mantuve ahí desde que comenzó con su conversación tan extraña. Intenté relajarme y unos minutos después crucé el marco de la puerta.

Toda la tarde estuve confusa, distraída.

Emma fue a casa, se la presenté por supuesto a mamá, de inmediato congeniaron, las observé conversar animadas sin participar. No podía dejar de pensar en lo sucedido unas horas atrás. ¿Para qué quería ser mi amigo?, ¿sería un plan para molestarme? ¿o para fastidiar a Max? Era evidente que habían muchas cosas extrañas entre los dos.

—¿En qué piensas, cielo? —preguntó mamá sacándome de golpe de mis pensamientos.

—En el trabajo, ¿comenzamos, Emma? —asintió sonriendo.

Dos semanas de haber arribado a Myrtle Beach, el tiempo estaba pasando rápido. No volví a ver a Roger, así que... me sentía más tranquila. La mala noticia es que era viernes y ese día tenía atletismo, allí seguro me lo toparía.

La primera hora transcurrió en calma, al igual que el almuerzo. En literatura

llegué a temer por un momento que Liam se acercara. No lo hizo. Solo me observó al entrar dejando de hablar con uno de sus compañeros. Lo miré un segundo y enseguida me giré intentado ignorarlo.

La situación parecía complicada. ¿Cómo fue que llegué a eso en quince días? Mis recientes amigos lo odiaban, su compañero de equipo estaba decidido a hacerme la vida de cuadritos por algo que no alcanzaba a comprender, le daba asesorías clandestinas y ahora... quería ser mi amigo por alguna extraña razón. Me sentía confusa y desorientada. No quería traicionar la insipiente amistad de los chicos, además ¿qué sentido tenía que nos conociéramos más?, éramos sumamente diferentes. Yo odiaba a los de su clase y él se dedicaba a fastidiar y cansarle la vida a la gente que no pertenecía a su círculo, como yo.

En atletismo, hice lo mismo que el resto. Los del equipo de americano llegaron unos minutos después de haber comenzado el calentamiento. Pasaron justo frente a nosotros sin los cascos puestos.

Ahí lo volví a ver.

Me dedicó una sonrisa que no pude contestar. Giré a mi alrededor nerviosa para ver si alguien lo notó, todos seguían practicando sus ejercicios. Me concentré de inmediato intentando regularizar la respiración. Su sola presencia me alteraba demasiado, gracias a eso no vi cuando salió Roger.

Por fin terminó la mañana. Annie me avisó que no iba para su casa pues se tendría que quedar para realizar unos trabajos junto con Robert en la escuela. Quería pensar, así que me quedó estupendo el hecho de poder caminar y dejar volar mi cabeza.

Especulaba sobre lo que haría de cenar evaluando mentalmente mi despensa y frigorífico. Cocinar me encantaba y perder el tiempo pensando en alguna nueva receta era una de mis aficiones.

—¿Te llevo? —No había escuchado ningún auto acercarse, sin embargo, su voz era inconfundible. Lo miré sonriendo, sintiendo cómo de nuevo todo mi cuerpo despertaba, cosquilleaba completa y un calorcito desconocido me inundaba.

—No gracias, prefiero caminar. —Y eso hice. Las palmas de mis manos sudaban. No se rindió, me siguió despacio en su todoterreno.

—Kyana, no me cuesta nada. ¡Dios, eres tan difícil! —Se reía.

—Gracias, pero no... ¿qué sucede contigo? —Le pregunté sin dejar de caminar.

—Nada —dijo inocente—. Solo quiero ayudar a una amiga, ¿eso es un

crimen?

—Tú y yo no somos amigos...

—¡Auch!... eso dolió, Kyana —detuve mi paso y lo evalué desconcertada.

—¿Qué quieres de mí, Liam? —Él también detuvo el auto asomando parte de su cuerpo por la ventana, ya serio.

—Ser tu amigo, creí habértelo dicho.

—Sí... pero... ¿por qué? —Se demoró en contestar con sus ojos fijos en mí.

—Porque... me intrigas...

—¿Te intrigo? —enarqué una ceja un tanto divertida. Otra cosa que jamás me habían dicho. Era una mujer de pocos misterios. Ese chico estaba loco, pero sin poder evitarlo mi boca se secó, otra vez... ¿Qué me estaba sucediendo?

—Por favor, sube... —miré a ambos sentidos de la calle, torcí la boca indecisa—. Por favor... —caminé hasta su camioneta dándome por vencida. Me abrió la puerta enseguida. Tomó mi brazo para ayudarme a subir y por sus ojos, supe que sentimos la, ya tan común, descarga recorrer nuestros cuerpos. Manejó tranquilo—. ¿Ves qué no hago nada? —Tenía su mirada atenta al exterior. Perdí la vista por mi ventana un poco nerviosa. Con él no sabía qué sucedería, era como estar en suspenso todo el tiempo—. Entonces... ¿en qué estábamos? —preguntó relajado y sonriendo.

—En que... te intrigo —admití ruborizada. Su rostro cambió y frunció el ceño asintiendo—. Liam... ¿no podemos seguir así?, como hasta ahora —Me aventuré a preguntar ya bastante perdida con aquel juego.

—¿Por qué? —Ya se aparcaba frente a mi hogar. Giró y me estudió en el momento que apagaba el motor.

—Porque... no sé... no quiero problemas, acabo de llegar. —Se acomodó en su asiento viéndome pensativo.

—¿Qué clase de problemas? —quería sacudirlo, me desesperaba que fingiera no saber de qué hablaba. Por Dios, si él era parte del conflicto con esa forma que tenía de ser—. Kyana, no te estoy pidiendo nada grave o... insultante —bajé la vista hasta mis manos que tenía aferradas a la mochila.

—Lo sé...

—¿Sabes? Eres la primera persona que se comporta así conmigo... —parecía que lo decía más para sí mismo que para mí. Lo volví a ver fijamente ahora un tanto decepcionada.

—¿De eso se trata?, ¿por eso te intrigo? —noté cómo lo sacaba de sus

pensamientos. Abrió los ojos, atónito.

—No... Kyana, es solo que siento como si te estuviera pidiendo algo malo —desvié la vista a la calle mordéndome de nuevo el labio.

—Es que... compréndeme, no sé qué sucedió entre tú y los chicos... Veo que no se soportan, Liam. Además está Roger —levanté mi dedo entablillado para que recordara a qué me refería. Sujetó el volante, noté enseguida como sus nudillos se ponían blancos de lo fuerte que lo apretaba, miró al frente con fijeza.

—Lo sé...

—La verdad es que creo que lo haces por... fastidiarlos —solté sin más. Sus ojos se volvieron a posar en mí más serio aún.

—¿Por qué haría algo así? —Me encogí de hombros en señal de no saber—. Lo de Max y el resto... es algo que no tiene nada que ver contigo —intentó explicarme—. Max y yo solíamos ser amigos...

—Eso he escuchado.

—No sé, la vida de pronto cambia —Ya veía él de nuevo a la calle. Sonreí comprendiendo muy bien a qué se refería—. Hagamos una cosa... —me observó nuevamente acercándose más. Yo abrí los ojos sin querer moverme, mi corazón martilleó tan fuerte que creía que se saldría por la garganta—, seamos amigos secretos, ¿qué te parece? —Eso sí que era descabellado, pensé. Enseguida solté una carcajada—. ¿Qué? ¿no te parece buena idea?... lo haríamos por ti, a mí no me importa lo que digan los demás o piensen... —A mí nunca me interesó tampoco, no entendía por qué ahora sí, en especial todo lo referente a él—. ¿De qué te ríes? —quiso saber. Con un ademán que comenzaba a conocer, se echó el cabello hacia atrás sin tocarlo.

—Pues... es extraño... ¿no te parece? —intenté advertirle aún risueña.

—Entonces, ¿qué propones? —parecía entusiasmado con su loca idea.

—Lo pensaré —sentencié convencida de que era lo mejor. Me giré para abrir la puerta, pero quitó mi mano de la manija y quedó a unos centímetros de mi rostro observándome de la misma forma en la que se ve un delicioso pastelillo que está listo para comerse.

—No te vas a ir de nuevo sin darme una respuesta —tragué saliva con dificultad—. Vaya que me estás costando trabajo, Kyana... —Su aliento acariciaba mi rostro, olía tan bien. Me mordí el labio de nuevo sin poder evitarlo. Observó el gesto muy atento—. ¡Dios! ¿es qué siempre haces eso? —preguntó con la voz ronca deleitándose con mi gesto. Sentí que se acercaba más y más a mí lentamente, me iba a besar, ya no podía respirar. Se

humedeció la boca con su rosada lengua, sentía su aliento sobre mí y no sabía qué más hacer, me quedé ahí, congelada, petrificada.

Un auto pasó de pronto, volteé enseguida la cabeza evitando así que lo hiciera. Él se alejó desconcertado, parecía muy confuso. Aproveché su actitud y bajé de inmediato del auto.

Caminé de prisa hasta mi casa, sin virar, abrí rápidamente y entré. Me recargué en la puerta respirando agitadamente. No quería moverme o más bien, no podía, después de unos minutos escuché cuando prendió el motor y se alejó. Resoplé sintiendo las mejillas encendidas. ¡Dios, me sentía mareada!

inesperadamente deseado

Aventé mis cosas en el sillón, me dirigí a la cocina, serví un poco de agua en un vaso y me la pasé con dificultad. ¿Qué diablos fue todo eso?! Aún podía olerlo, sentirlo sobre mí. Su presencia me inquietaba, su cercanía me ponía a mil. ¿Era normal?, acaso Liam... ¿me gustaba? No, eso no podía ser, aunque nunca había sentido algo siquiera similar por alguien, siempre tuve chicos cerca y solo con él sentía que el corazón se me saldría por la boca, que miles de hormigas caminaban como desquiciadas por todo mi cuerpo, que mis terminaciones nerviosas, mis neuronas, cada célula, despertaban cuando estaba cerca. ¡Maldición!

No sé cuánto tiempo permanecí ahí, cavilando, sintiendo que no podía dar un solo paso ya que mis piernas eran gelatina. Escuché cómo se estacionaba el auto de mamá, ojeé el reloj distraída. ¡Ahg!, lo que me faltaba, no había hecho nada de cenar, estuve con Liam y en la cocina más de lo que pensaba, ni siquiera me di cuenta. Bufé.

Corrí al baño y me observé en el espejo. Tenía las mejillas completamente encendidas, me eché agua de prisa, sentía mi rostro hirviendo.

—Hola, mi amor —notó que la estufa estaba vacía. Sonrió divertida—. ¿Quieres que vayamos a cenar? —asentí entusiasmada—. Bien, me doy un baño y nos vamos.

Subió las escaleras evaluándome. Cuando ya no pudo seguir, me acerqué al sillón y me aventé en él. ¿Qué me estaba pasando? Tomé bocanadas de aire varias veces, deseaba dejar de sentir esa compresión en los pulmones, después de varios minutos, funcionó.

Cenamos en otro restaurante que le recomendaron.

—¿Sabes? Llevo días notándote algo diferente... —soltó. Un segundo después bebió de su vino.

—Seguro son los cambios —enseguida su mirada se tornó triste. Puse una mano sobre la suya, sonriendo—. Mamá, no te preocupes, estoy bien, de verdad. Tengo nuevos amigos, la escuela me gusta, todo va mejor de lo que esperé... —No le mentía, en serio lo pensaba.

—¿De verdad, Kyana?

—Sí, no te preocupes tanto, disculpa mis cambios de humor, es solo que a veces... extraño... eso es todo...

—Lo sé, mi amor. No puedo evitar pensar que no debí aceptar el trabajo.

—¡Ey!... Ya no digas eso... ¿Estamos juntas, no es así? Eso es lo importante.

—Eres a veces tan madura... —susurró con los ojos rasados. Agité su mano para que me viera de nuevo, odiaba que se sintiera mal. La adoro por encima de cualquier cosa.

—No es eso, es solo que te quiero... —No aguantó más, con lágrimas en los ojos se levantó y me abrazó fuerte. No tenía una sola queja respecto a ella; era comprensiva, prudente, inteligente y muy condescendiente conmigo. La admiraba por lo lejos que había logrado llegar y por jamás darse por vencida.

—Bueno... bueno... andamos muy melancólicas... —dijo sonriendo volviéndose a sentar en su lugar—. ¿Qué planes tienes para mañana, mi amor? —Me preguntó llevándose los *fettuccine* a la boca. Le comenté que iríamos a la playa, de nuevo—. Suena divertido. ¿Sabes?... Ralph, uno de mis compañeros de proyectos, me invitó a comer, no acepté hasta consultarlo contigo —estaba ruborizada, ya la había escuchado hablar de él, pero jamás pensé que le interesara.

—¡Oye, eso es fabuloso!

—¿De verdad lo crees? —continuó sin que pudiera contestarle, como era su costumbre—. Es divorciado y su exmujer vive en Utah, creo que podríamos ser buenos amigos... —lo decía para ella, así que no respondí, me gustaba verla así. Un par de pretendientes le había conocido, así que me entusiasmó que pudiera encontrar a alguien con quien compartir su vida, salir, pasear, divertirse.

Ray pasó por mí, alrededor de las doce. Encontramos a los chicos en el mismo sitio que el fin de semana anterior. Jugaron voleibol mientras yo los observaba pues con el dedo fracturado no me arriesgaría. Cuando terminaron, los hombres elevaron a las chicas para arrojarlas al mar y aunque lo intentaron conmigo, se detuvieron al recordar el porqué no había siquiera jugado.

Me senté bajo la sombrilla observándolos chapotear. El viento soplaba agradable y me llegaba la brisa del mar que tanto adoraba. Alcé el rostro aspirando la salinidad con deliberada lentitud.

—Al fin te dejaron sola... —Mi pulso se detuvo, podría jurar, unos

segundos. Giré de inmediato sabiendo de antemano quién era. Enseguida me sentí desorientada como el día anterior. ¿Qué tenía ese chico que me ponía así? ¿Por qué me sentía atraída como un metal al imán? ¿Por qué de pronto no recordaba ni cómo me llamaba?

—No puedo entrar por... el dedo —estaba a mi derecha, no lo pude ver bien ya que el sol me encandilaba. Volví a fijar la atención en mis amigos. Se veían cada vez más lejos y más divertidos, sus gritos se escuchaban hasta ahí. Mis palmas sudaban, mi corazón martilleaba. ¡Dios, qué calor!

—Mmm y... ¿crees que se molesten si me siento aquí? —sabía que estaba a solo un metro de mí, no lo miré.

—Preferiría que no lo hicieras —admití decidida. Ellos no me daban tanto miedo como lo que sentía cada vez que lo tenía cerca. Le importó un rábano y lo hizo justo donde estuvo de pie. Giré molesta, ya no traía los lentes de sol y me veía fijamente. Me quedé sin aliento.

—Siento lo que ocurrió ayer —desvié de nuevo la mirada, al mismo tiempo que, sin poder evitarlo, me mordía el labio. Lo odiaba, pero jamás lo pude evitar, si era presa de alguna emoción descontrolada, me salía ese tic—. Ese es tu signo de que estás nerviosa ¿no es cierto? —Conjeturó. Sentí que un rubor se plantaba en mis mejillas—. ¿Sabes?, no deberías hacerlo... —tenía de nuevo la voz ronca. Seguí ignorándolo, no sirvió de nada, él continuó—. Kyana, no te caigo nada bien, ¿verdad? —Bajé la vista hasta la arena y comencé a jugar con ella—. No comprendo por qué... sé que el primer día que nos conocimos fui algo...

—Pedante... —completé por él la frase.

—Sí y lo siento, es solo que estaba muy molesto por estar ahí... el Sr. Jhonson no me soporta y bueno... no le presto mucha atención... —dijo con sinceridad.

—Creo que no te das cuenta de cómo son ustedes, Liam —cometí el error de mirarlo nuevamente. Mi boca se secó enseguida y esa sensación de falta de aire regresó de inmediato, ya no podía retractarme, me tenía atrapada en sus ojos de color tan singular.

—Puede que tengas razón... a veces puedo ser...

—Insufrible... —volví a completar sin poder evitarlo. Él asintió sonriendo tranquilamente.

—Kyana... —Me iba a decir algo, no pudo, porque como si fuera víctima de un plan maquiavélico, apareció Roger.

—Te estábamos buscando, Liam —Al verme cambió su expresión

examinándome con desprecio—. Pero ¿qué haces con «esta»?

—¡Cállate, Roger! —lo silenció mi intruso, bastante molesto, poniéndose de pie.

—¿Qué diablos tienes que hablar con «la mexicanita»? —Me tenía harta así que también me incorporé acercándome a él, sintiéndome fuera de mí.

—No sé por qué no me soportas, la realidad es que no te hice nada y necesitas desquitar tu frustración con alguien, pero para que lo sepas, no te tengo miedo —lo tenía terriblemente cerca, su altura no me intimidó y mantuve mis ojos fijos en él. Lo odiaba, de verdad, y estaba cansada de sus estupideces. Su mirada se intensificó y las aletas de su nariz se abrieron peligrosamente, todo eso lo pude notar porque agachó la cabeza incrédulo hasta mí quedando a unos cuantos centímetros.

—¡Tú a mí no me hablas así...! —vociferó furioso.

—¡Basta! Roger. Déjala en paz. Es cierto lo que dice, no te ha hecho nada —Liam colocó una mano sobre su pecho deteniéndolo, parecía muy nervioso, nos veía desconcertado.

—Deberías tenérmelo, porque podría romperte la mano y no solo un dedo... —Me reí con sarcasmo. En realidad sí le temía, pero ya me tenía agotada y jamás fui una chica que se dejaba ningunear, no iba a comenzar ahora.

—Ya, Roger. ¡Dije basta!... Kyana, por favor... —me rogó ansioso el intermediario.

—¿No me digas que es tu «amiga», Liam? —lo desafió observándolo fijamente. Lo reté yo también con la mirada. Quería que se diera cuenta de que no podíamos ser ni siquiera eso. Pero él me vio decidido aceptando el reto.

—Sí, es mi amiga... y no quiero que te vuelvas a meter con ella. ¿Está claro? —En la última parte observó a ese desquiciado con los ojos cargados de amenaza. Roger se quedó atónito al igual que yo.

—No hablas en serio, Liam... Tú jamás tendrías una amiga como esta... —Me señaló con desprecio.

Y dale con lo mismo. Moría por dejar marcada mi mano sobre su odioso rostro, sin embargo, sabía qué sucedería si me atrevía, por otro lado, la violencia nunca me ha gustado, no se gana nada con ella.

—¡Ahora sí! Y si quieres que todo esté tranquilo entre nosotros, aléjate de Kyana ¿comprendes? —No daba crédito, no podía creer lo que estaba escuchando. Ni siquiera me di cuenta cuando los chicos se pusieron a mi lado

protegiéndome. Más amigos de ellos llegaron y pronto se hicieron dos grandes bandos. Liam me dedicó una mirada llena de disculpa, la situación se estaba saliendo de control. Tomó a Roger del hombro girándolo y se alejaron claramente molestos.

—¿Qué fue todo eso, Kyana? —preguntó Max igual de desconcertado que yo.

—Sí, Kyana. ¿Son amigos tú y Liam? ¿Desde cuándo?, ¿cómo? —Me bombardeó Sara incrédula. Los volteé a ver completamente confusa, temblando por el susto. Ese tipo estaba claramente demente.

Ray rodeó mis hombros sacudiéndome tiernamente.

—Déjenla en paz, no ven que está todavía aturdida... —me sentó sobre una toalla y esperaron a que se pasara la impresión. Roger ya me daba miedo, mucho miedo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Lana.

—Sí... —logré decir.

—Fue increíble cómo te comportaste con ese brabucón —me felicitó Billy. Sonreí insegura. Max puso una mano sobre mi rodilla.

—¡Ey! Tranquila... estuvo bien lo que hiciste...

—Y lo que hizo Liam... —reconoció Annie mirando a todos.

—Sí... no esperaba que hiciera algo así... —ratificó Robert. Miraba a cada uno todavía un tanto descolocada.

—Kyana... ¿en serio son amigos? —Edwin insistió, se veía triste.

—No lo sé... —admití sinceramente.

—Él no hace esto por nadie. Al contrario, es de los que disfrutan estos eventos y si pueden, ayudan... —No sabía nada de él, pero conmigo se portaba «bien». A excepción del primer día de asesorías, no podía juzgarlo como mal tipo.

—A lo mejor está cambiando —aceptó Billy desconcertado.

—De verdad no lo creo... —reflexionó Sara.

—Bueno... eso no interesa, lo que sí, es que le salvó el pellejo a Kyana, Roger enojado se vuelve loco —dijo otro.

—Eso es cierto —aceptó Robert.

El resto de la tarde no lo volví a ver. Cuando anocheció, comenzó la música a sonar y las fogatas a iluminarlo todo. Yo ya me quería ir. No me sentía cómoda. Varios comenzaron a tomar alcohol y cervezas, se veían muy divertidos, no podía evitar sentirme ajena a todo aquello.

Permanecí sentada, un poco callada y observándolos. Parecía que estaban

en una gran celebración en la cual yo no sentía ganas de participar. Cuando todos bailaban, le avisé a Annie que iría a dar un paseo por la playa.

Varios metros después, ya no escuchaba todo el barullo de la fiesta. Me senté frente al mar y dejé que mis pensamientos volaran. No parecía que llevaba dos semanas ahí. En mi vida anterior todo era tan similar cada día... Ahora no sabía cómo actuar. Existían ocasiones en que no me reconocía. Quería a Jane o Raúl junto a mí... como siempre fue, deseaba que me abrazaran y me dijeran que todo estaría bien, que esas sensaciones tan extrañas pasarían pronto... No estaban y yo, me sentía muy sola...

Liam me desconcertaba, ante él temblaba cada fibra de mi ser, me jalaba de una forma anormal, no comprendía mi cuerpo y mucho menos mi mente cuando se trataba de él. Roger me odiaba de forma gratuita y ahora presentía que debía cuidarme de su locura todo el tiempo. Mis nuevos amigos despreciaban a ese chico por el que mi esencia reaccionaba sin el menor incentivo. Estaba en un lugar nuevo, con gente nueva, con sensaciones nuevas y ya nada parecía que volvería a ser como solía, yo misma ya no me sentía igual.

Lágrimas comenzaron a escapar de mis ojos sin poder evitarlo. Hundí el rostro entre las rodillas que rodeaba con mis brazos y me dejé llevar por la nostalgia. Aborrecía no tener el control de las cosas, era desquiciante ser tan novata en todas esas extrañas emociones.

—¿Estás bien? —salí de mi escondite ya sin asombrarme por su presencia ahí y negué honestamente.

Claro que no estaba bien y él era parte de los motivos, uno bien grande. Liam se sentó a mi lado sin esperar invitación como me empezaba a dar cuenta, era su costumbre. Sin más, rodeó mi trémulo cuerpo con sus brazos y apoyó su barbilla en mi cabeza. El gesto me tomó por sorpresa, aun así, no me moví. Estaba muy cansada como para resistirme. Por si fuera poco, su olor llegó hasta un rincón desconocido de mis pulmones, de mi mente, era embriagador, delicioso. La calidez de su pecho me envolvió y experimenté una oleada de plenitud. Mis manos cosquilleaban, mi ser quería adentrarse en el suyo. ¿Qué era todo eso? Sin embargo, seguí llorando.

No dijo nada, dejó que me desahogara acariciando mi espalda cariñosamente al mismo tiempo que yo sollozaba sin poder parar. Sabía que debía alejarme, con él sonaban campanas de alerta en mi cabeza todo el tiempo, lo extraño era que mi cuerpo no me respondía, me sentía demasiado segura, peligrosamente feliz a su lado. Después de unos minutos el llanto

cesó y me separé con las mejillas húmedas.

—Kyana, siento lo que sucedió en la tarde...

—No es tu culpa... —admití con voz quebrada. Sin poder verlo venir, él acercó una mano hasta mi rostro y me limpió las lágrimas tiernamente con las yemas de sus enormes dedos. Me sentía presa de un embrujo. Dios, cada poro de mi ser lo sentí tensarse. La música de olas al chocar con la arena, se escuchaba a un par de metros, no había más luz que la de la luna y algunos faroles a lo lejos. Helaba, sin embargo, no lo sentí, ni eso, ni nada, solo su presencia, su cercanía, sus ojos fijos en mí, sus labios entre abiertos dejando salir de su interior un aliento cálido, fresco.

—Kyana... no sé qué me pasa contigo... —confesó perdido en mi mirada, demasiado cerca de mi rostro.

Y como envuelto en un trance, se acercó lentamente, con miedo. No podía moverme, aun sabiendo muy bien lo que haría. Dejó de limpiarme la mejilla, colocó su mano en mi cuello, con la otra empujó mi espalda hasta él, poco a poco, con suavidad. Contemplaba mi boca y mis ojos cada segundo. De pronto, sentí sus labios fuertes rozando los míos, cerré los ojos dejando de respirar. Su aliento era caliente y agradable, su boca tierna y me besaba con suma delicadeza, como si temiera hacerme daño, con ese inocente gesto.

Primero uno de mis labios, luego el otro. No tenía idea de cómo responder. Obvio no era mi primer beso, ya tenía un repertorio no tan largo, pero decente. Aun así, debo confesar que la mezcla de alientos y fluidos terminaba provocándome ganas de no repetirlo. Sí, ya sé que suena ridículo, pero es verdad. Por otro lado, era bien consciente de que ninguno fue deseado, se dieron porque después de una cita era la forma de cerrar la noche. En cuanto entraba a casa me limpiaba la boca y decidía olvidarme del chico y el evento.

Con él... con él era tan distinto. Con él era necesario, urgente, placentero, excitante y emocionante. Hundió su mano en mi cabello revuelto por el viento y continuó dándome pequeños roces sutiles, con sabor a seda, respirando mi aroma con cada probada, dejando salir su aliento con cada asombroso beso. Se sentía bien... muy bien en realidad.

Las hormigas corrían como locas dentro de mí. Comenzaba a sentirme mareada por la falta de aire en mis pulmones. Intenté igualar la manera en la que él acariciaba mis labios, necesitaba corresponderle. Sonrió sobre mi boca posando su frente sobre la mía. Abrí los ojos, me miraba como nunca nadie me había observado, parecía venerarme. Estaba abatido, confundido y a la vez ¿contento?

—Moría de ganas de hacer esto —susurró con voz ronca y enseguida volvió a acercarse para rozar de nuevo mi boca, parecía extasiado. No hablé. Era tan nuevo todo aquello, tan irreal... me volví a morder el labio presa del nerviosismo al que me sometía su presencia, su cercanía y... lo que acababa de suceder. Liam sonrió ante mi gesto separándose unos centímetros de mí—. ¿Tienes una idea de cómo te ves cuando haces eso? —indagó sacudiendo la cabeza. Rápidamente me detuve negando sinceramente. Las palabras por mucho que intentaba, no llegaban, sentía la boca seca, la garganta rasposa, la mente en blanco—. Pues... te recomiendo que no lo hagas con todo el mundo, porque te juro que les va a ser muy difícil resistirse...

Necesitaba respirar de una vez, no quería caer inconsciente frente a él, sería bochornoso. Me separé un poco más de su cuerpo, llenando mis pulmones del, tan anhelado, oxígeno. Recargué mi barbilla sobre mis rodillas perdiendo la vista en el mar, necesitaba despejar un poco mi cabeza, sentía que me había revolcado una ola y no lograba sobreponerme.

—¿Te molestó lo que hice? —preguntó de repente, preocupado aunque sin arrepentimiento en la voz. Sentía su mirada clavada en mí. Él tenía las rodillas elevadas, un poco separadas y recargaba sus brazos sobre ellas con sus manos colgando.

—Kyana —recosté mi rostro de lado para poder verlo. Tomó un mechón de mi cabello y lo colocó tras de mi oreja con suma concentración—. Quiero conocerte... por favor permítemelo... —era una súplica.

—Liam... no sé... —volvió a poner su brazo sobre sus rodillas mirándome interrogante.

—Pensé que... tú también querías... —parecía decepcionado. Jamás sentí algo siquiera cercano... apenas lo conocía y ya sabía que no quería despegarme nunca más de él. Por otro lado, no quería sufrir y algo me decía que así sería si daba ese paso. No, lo mejor era dejar ir eso que surgía, aunque sabía ya me sería muy difícil pues si pudiera describir esos estanques plateados posados sobre mí, lo único que podría decir sería que era celestial sentirse presa de tan enorme potencia y fuerza que emanaba, que sentía me envolvía y arrojaba sin siquiera tocarme, y lo que expresaba su iris, me integraba como parte de algo... de alguien, de él.

Sin más, mi cuerpo cobró vida propia, me erguí y acerqué una mano a su rostro, insegura, tanto que temblaba. Él la tomó posándola sobre su mejilla sin soltarla. Cerró sus párpados y absorbió mi olor como si oliese una exquisita flor que estaba dejando salir en primavera su rocío, su esencia. No

traía puesta la camisa, solo el bañador que le llegaba hasta las rodillas. Su cabello rubio ahora se veía más oscuro gracias a la carencia de luz, aun así, se podían observar ciertos destellos gracias a la luz de la luna reflejada en su cabeza. Sus músculos se adivinaban tensos, torneados y sus rasgos eran tan masculinos y únicos que dejaban a quien fuera sin aliento. Sí, a mí también. Sentí de nuevo la boca seca.

—Hueles muy bien... —sonreí con timidez. Abrió los ojos y me miró dulcemente.

—Liam... no sé qué hacer... no sé qué decir... —confesé. Besó mi mano manteniéndola ahí cuidando de mi dedo, era tan suave su forma de tocarme que lograba dejarme peor, más perdida, más... atontada.

—Nada... solo déjate llevar, por favor —sentí la necesidad de morderme de nuevo el labio, logré evitarlo.

—Es que...

—¿Qué, Kya? —Levantó mi barbilla acercándose a su maravilloso rostro—. Sé que tú también sientes lo mismo que yo cada vez que te toco, lo he visto en tu rostro, esto es... inevitable —El hecho de que me llamara igual que mi madre me confundió aún más. Quité delicadamente mi mano de su mejilla y giré para poder tomar aire de nuevo. Cuando sentí que mis pulmones respiraban otra vez con normalidad, lo volví a ver.

—Esto no está bien —murmuré.

—Por favor, no me alejes... no me ignores otra vez —lo decía con miedo.

—¿Ignorarte? —¿de qué hablaba?

—Sí... así has actuado desde el primer día y eso solo ha logrado que no consiga sacarte de mi cabeza desde ese momento —No entendía nada, solo hice lo que pidió y bueno, tal vez exageré un poquito, pero... —. Sé que yo te lo pedí..., fue un gran error... El primer día te evalué para verificar si realmente lo cumplías, por más que te miraba en clase, jamás volteabas, así continuaste... Cuando Roger te lastimó, le reclamaste obviamente molesta, pero no dejó de asombrarme... Al verte aparecer en las tutorías, no lo pude creer, pensé que el profesor Laurence entraría en cualquier momento diciéndome que solicitaste tu cambio... No fue así, te plantaste frente a mí decidida y no mencionaste el evento. Tus actitudes me desconciertan todo el tiempo —Jamás hubiera pensado algo así. Volvió a acomodar un cabello rebelde tras mi oreja y suspiró evaluándome—. El primer día que me porté como un... pedante y te exigí hicieras como si no nos conociéramos, me pusiste en mi lugar... Sé que se escucha pretencioso, odioso, lo cierto es que

no estoy acostumbrado a esas respuestas.

—Yo no quería sonar... —silenció mi boca colocando un dedo sobre mis labios.

—Lo sé, reaccionaste. Aquí nadie es así... Te veía reír con tus amigos muy divertida en el almuerzo y me intrigaba... Yo... conmigo... no ríes... —De verdad lo frustraba. Arrugó la frente como recordando mientras decía todo aquello de lo cual yo no tenía ni la menor idea.

—Liam, es solo que... —Se acercó a mí y sin darme tiempo de terminar, volvió a rozar mis labios. El puro contacto me dejó casi hiperventilando. ¡Guau!

—Lo siento, no puedo evitarlo —aceptó apenado—. Me atraes como si fueras un imán, no logro controlarlo —permanecemos en silencio mirándonos. Su cabello se despeinaba con el aire, se veía tremendamente sensual, impresionante.

Minutos más tarde, tal vez horas, no tengo idea... una brisa fría acarició mi piel que nada más estaba cubierta por un bañador que tapaba mis moretones y una pequeña falda de mezclilla. Ya no se escuchaba la música. Eso rompió el hechizo bajo el que me tenía presa. Se dio cuenta de que comenzaba a preocuparme. Ya regresaba de nuevo mi «yo» aprensivo que al parecer él mandó de paseo con su sola presencia sin la menor dificultad. Se levantó tendiéndome la mano. Acepté abrazándome por el frío que de pronto sentí. Sacó su móvil del short y miró la pantalla.

—Te llevo a casa.

—¿Qué hora es? —Ya titiritaban mis dientes. Rodeó mi costado frotándome para que entrara en calor, lo observé de reojo atolondrada. La sensación fue muy extraña y demasiado familiar al mismo tiempo. Siendo sincera me encantaba, era tan grande que además sí cubría mi cuerpo del aire que soplaba.

—Más de medianoche —me sentía muy bien a su lado. Era una emoción única, demasiado desconocida. Maravillosa en realidad.

—¡Maldición! Quedé en llegar a las doce —Mi madre no solía regañarme si se me retardaba, sin embargo, sí se preocupaba. Caminamos juntos hasta donde fue la fiesta—. Debo ir por mis cosas... —susurré de pronto alarmada. Besó mi cabello, claramente divertido por mis reacciones. Para Liam parecía de lo más natural.

—No te preocupes, vamos al auto y yo voy por ellas, ¿de acuerdo? —estaba muriéndome de frío, no me había dado cuenta en qué momento bajó de esa

forma tan abrupta la temperatura y por otro lado, no quería que nos vieran juntos. Comenzarían los chismes, las preguntas.

Su camioneta no se hallaba lejos. Prácticamente ya no había coches en el estacionamiento. Me ayudó a subir y me ofreció una sudadera que sacó de la parte trasera.

—Póntela, te ayudará a entrar en calor... Ahora vengo —rozó mis labios de nuevo con asombrosa confianza, como si lo hiciera a diario y desapareció. Cerré la puerta aún ruborizada y me la puse enseguida. Sentía las piernas heladas y mucho sueño. De pronto recordé que él no sabía cómo era mi bolso, ni nada de lo que llevaba. Lo esperé inquieta dentro del auto preguntándome una y otra vez ¿En qué clase de locura me estaba metiendo?

A los diez minutos apareció y me dio mis cosas.

—¿Cómo supiste? —indagué con la boca abierta. Se encogió de hombros indiferente.

—Digamos que... soy observador —Ya traía una playera encima y se había puesto unas sandalias. Prendió el motor y manejó de prisa. Saqué de mi bolso el celular, no tenía ni una llamada perdida. Solo un mensaje de Max.

«Siento lo que sucedió en la tarde, no te preocupes, comprendemos que te hayas ido, descansa». Sonreí más tranquila.

—¿Alguna novedad? —preguntó girando a la izquierda.

—No, solo un mensaje, de mi mamá nada...

—Un mensaje...

—De Max, pensó que había regresado sola a casa por lo que pasó en la tarde —De pronto se puso serio.

—Con razón...

—¿Estaban ahí?, ¿vieron que las tomaste? —soné más preocupada de lo que en realidad me sentía. Él negó.

—Nadie me vio, no te asustes, no saben que estamos juntos.

—No quise decir eso... —Me disculpé mirándome las manos.

—Lo sé, Kya... Eso es una de las cosas que me gustan de ti —fruncí el ceño sin comprenderlo.

—¿Te gusta que me preocupe?

—No, me gusta que no quieras decepcionar a nadie, tienes un sentido de la lealtad bien arraigado... Eso es raro ¿sabes? —Ya estábamos frente a mi casa, el auto de mamá no estaba. Suspiré aliviada. Apagó el motor y se incorporó al mismo tiempo que desabrochaba su cinto de seguridad para después aflojar el mío.

—Llegaste sin contratiempos —guiñó un ojo, orgulloso.

—Sí, gracias —volteé para abrir, me detuvo tomando mi rostro por la barbilla con una de sus manos.

—Espera... —lo miré nerviosa mordiéndome el labio nuevamente. Se acercó de inmediato y me besó sin que lo viera venir. Comenzaba a acostumbrarme a su roce; era ardiente y tierno, me besaba con tranquilidad y paciencia, como si intentara alargar el momento lo más que pudiera—. Tenemos una conversación pendiente... —murmuró sobre mi boca. Me alejé al instante angustiada, sabía que mi madre podría llegar en cualquier momento y no quería contestarle todo un interrogatorio que estaba segura haría si lo veía. Liam sonrió comprendiendo—. Tranquila, sé que ya es tarde. Mañana te marco, ¿de acuerdo?

Arrugué la frente desconcertada. ¿Bromeaba?

—Pero... no tienes mi número.

Elevó los hombros despreocupado.

—Me marqué de tu celular hace una rato y... ya lo tengo —sonreí impresionada, no tenía código de seguridad para bloquearlo, así que no era difícil.

—Eres increíble

—¿Creías que te me ibas a escapar tan fácilmente de nuevo? Eres muy escurridiza, Kya. Créeme que no me vuelve a suceder, contigo debo ir un paso adelante y eso... me gusta —rodé los ojos.

Él salió rápidamente y antes de que pudiera abrir, ya estaba ahí sujetándome del brazo para ayudarme a bajar de su alto todoterreno. No estaba acostumbrada a todo aquello; sin embargo, no me desagradó, como siempre pensé que sucedería. Al contrario, me gustaba saber que se preocupaba, que le importaba. Tomó mis cosas y me acompañó hasta la puerta. Todo eso era tan raro, me sentía torpe y muy nerviosa.

Abrí la puerta concentrándome muy bien en meter correctamente la llave a la primera. Prendí las luces y regresé. Me observaba de una forma que me dejaba sin aliento, traspasaba mis barreras sin siquiera notarlas, arrastrándolas a un lado como si fuesen hojas endebles, que no le impedirían jamás llegar a lo que realmente era. Iba a quitarme su sudadera cuando lo evitó. Tomó mi cintura con ambos brazos y bajó su rostro hasta el mío.

—No... quédatela..., ahora es tuya..., es mi primer regalo.

—Yo creo que no... —intenté decir. Su cuerpo tibio se fundía con el mío, su aliento suave acariciaba mi nariz agradablemente.

—Sh... —Me acercó más a él, por lo que enmudecí de inmediato. Tragué saliva perdiéndome en sus estanques color tormenta, fijamente. No sabía dónde colocar mis manos, me sentía de lo más tonta, así que las dejé descansar sobre su ancho pecho. Sonrió ante mi gesto complacido y rozó mis labios de manera más intensa que las otras ocasiones, invadiendo mi interior sin dudar, con firmeza, con seguridad, con urgencia.

Increíble. Sentir su boca sobre la mía de aquella forma era placentero, inigualable, mágico. Cuando finalizó me sentía mareada, tanto, que me sujeté de su playera en lo que recuperaba la oxigenación. Era como si un huracán me mantuviera justo en el ojo y no me dejara tocar piso. Respiraba con dificultad e incluso enfocar la vista me costaba trabajo.

Sus labios eran diferentes, únicos en realidad. En ese instante, sin saber por qué, comprendí que jamás los podría olvidar, era como si nuestras bocas se adecuara sin problemas, como si encajaran perfectamente. Con sus brazos me rodeó, dulcemente besando mi cabello.

—No sé qué me hiciste, Kyana... —pasé mis manos por su estrecha cintura sintiendo cómo el corazón se iba tranquilizando. Nos separamos sin muchas ganas—. Mañana te hablo... —dio un pequeño roce a mi boca y caminó hasta su camioneta sin agregar más. Parecía igual de desconcertado que yo. Cerré la puerta quedándome ahí, petrificada, sin siquiera poder pestañear. ¿Todo eso me estaba ocurriendo a mí?

Mi móvil sonó de repente. Lo saqué del bolso, era un mensaje: «No voy a permitir que te escapes... Descansa, Kya». Dejé de respirar un segundo, mis mejillas hirvieron con timidez. Sonreí bobaliconamente ante lo que leía una y otra vez.

Subí hasta mi habitación envuelta en una nube. Flotaba literalmente y es que no había otra forma de describir lo que ese chico generaba en mí. Me puse el pijama perdida en esa bruma deliciosa que me venía acompañando desde hacía horas. Cuando doblé su sudadera decidida a dejarla en algún sitio de mi armario, llegó su olor a mi nariz, la acerqué absorbiendo el delicioso aroma una y otra vez. Me acurruqué en la cama con ella aún entre mis manos. Me sentía... tan extraña... era como si el mundo hubiera cambiado de repente de dirección, como si miles de estrellas hubiesen explotado de repente en mi cabeza llenándola de una luz resplandeciente, cegadora, pero hermosa, demasiado en realidad. Cerré mis ojos perdiéndome en su fragancia masculina y fresca. ¿Eso sería estar enamorada? Me pregunté con una sonrisa imposible pegada en el rostro.

No supe cuando mi madre llegó, dormí profunda.

—¿Cómo te fue ayer, Kya? —Enseguida recordé la manera tan diferente en la que él lo decía y un rubor se instaló en mis mejillas. Dios, necesitaba hielo, o algo...

Por la mañana ambas despertamos más tarde de lo habitual. Nos encontramos al salir de nuestras habitaciones y sonreímos sin decir nada. Mi madre hizo panquecas y café, uno de nuestros almuerzos preferidos, aunque el café no solía consumirlo, me alteraba, cosa que no me agradaba mucho.

—Bien... estuvo divertido... y ¿a ti? —enarqué una ceja sonriendo. No era justo que la cuestionada siempre fuera yo. Tomó café nerviosa.

—Bien... muy bien.

—Llegaste tarde...

—Sí... tú estabas dormida cuando me asomé para cerciorarme de que ya estabas aquí.

—Y... Ralph, ¿qué tal? —masticué un pedazo de mi desayuno lleno de maple observando divertida cómo cambiaba de color su rostro tan fácilmente. Al parecer a las dos nos habían tomado por sorpresa el mismo día.

—Bien, fuimos a cenar y después a un bar... es un gran conversador —sonreí complacida. Mamá parecía tener la cabeza bastante lejos de ahí y bueno, yo igual, así que el resto del tiempo ambas permanecemos en silencio perdidas en nuestros asuntos. Era gracioso.

Más tarde ella se puso a trabajar y yo a realizar mis deberes. ¡Cómo costaba concentrarme! Su imagen no se iba por mucho que intentaba que lo hiciera, por lo mismo leía lo mismo una y otra vez. Estaba muy ansiosa. Mi cuerpo, sin comprender por qué, despertó de pronto. Tenía la certeza aplastante de que jamás podría ser la misma. Moría de ganas de que marcara, pero a la vez no quería que lo hiciera, no sabía qué decirle, cómo comportarme. Además, tenía mucho miedo de perder a mis amigos por eso... Ellos se portaron muy bien conmigo desde el primer día, no quería decepcionarlos. Por otro lado, si era realmente honesta conmigo, Liam y yo no teníamos nada en común, al contrario, nuestros mundos, nuestros intereses, nuestros gustos, eran completamente diferentes, equidistantes. ¿Qué era lo mejor? Vencida dejé mi frente sobre el libro. Mi interior era una marea de sensaciones y sentimientos que no tenía idea cómo acomodar, de cómo proceder con ellos.

Mi móvil comenzó a sonar justo en ese momento. Alcé la cabeza con los ojos bien abiertos. Las manos sudaron de inmediato como si se tratase de una alarma sísmica. Lo tomé temblorosa viendo el número desconocido en la

pantalla. No pude contestar enseguida. Lo dejé sonar varias veces, sabía que era él. Conté hasta tres y me atreví.

—Hola...

—Hola, Kya... pensé que no responderías...

—Yo... bueno, eso sería lo mejor —admití con sinceridad sintiendo la sangre correr por todo mi cuerpo como si la bomba de un motor muy potente se hubiese encendido en cuanto escuché su gruesa voz. No hablé por un minuto.

—¿De verdad? —preferí no contestar aquello, me sentía en serio una niña de cinco años.

—¿Qué tal tu día? —No respondió enseguida, seguramente se dio cuenta de mi cambio de tema.

—Aburrido y ¿el tuyo?...

—Haciendo los deberes.

—Más aburrido aún y dime, ¿vas a terminar pronto? —Sonaba ansioso.

—¿Por? —¡Ahg! Ya mordía de nuevo mi labio y el, ya tan común rubor, subió hasta mí al recordar lo que me dijo la noche anterior sobre esa manía que tenía.

—Quiero verte... —De pronto lo imaginé tocando a mi puerta y mi madre recibéndolo. ¡No!, moriría de la vergüenza. ¿Qué le diría?—. Kya, ¿sigues ahí?

—Sí...

—Entonces, ¿puedo verte? —Se oía serio, su tono de voz lo delataba. Y yo... podía pensar más fríamente cuando no lo tenía cerca, así que decidí lo más sensato.

—Creo que... no es buena idea —zanjé muy segura. Lo escuché resoplar. Evidentemente no le gustó mi respuesta. Lo cierto era que no quería fallarle a la gente que se portó tan bien conmigo, pero sobre todo, no quería fallarme a mí. Siempre criticqué a los chicos que eran como él, además, estaba Roger y lo más importante: no me reconocía cuando estaba a su lado. Definitivamente era por el bien de los dos. ¿Para qué cambiar el orden de las cosas?

—Kyana, sé todo lo que estás pensando, solo dame una oportunidad, por favor... —sentí, sin saber por qué, un nudo en la garganta. ¡Dios! ¿A caso todo eso era normal? Odiaba causarle sufrimiento, lo último que quería era que pensara que jugaba con él o que lo mortificaba a propósito. Sin embargo, apenas me estaba adaptando a mi nueva vida, todo parecía ir bien, no deseaba complicarme, no era ese tipo de chicas. Digo, no era que me gustara lo fácil,

pero tampoco me ponía en medio de las situaciones difíciles por mi propio pie. Y bueno, es verdad que todo el día anduve en una nube gracias a lo que sucedió la noche anterior, lo que mi cuerpo había sentido por primera vez. Sin embargo, en ese momento, creí que debía dejar de soñar.

—Liam... no quiero que pienses que estoy gozando con esto, te juro que no es así...

—No comprendo, ayer fue... especial... Sé que sentimos lo mismo... —Su voz era de completa desilusión. ¿Era en serio? Mis palmas sudaban e incluso me sentía mareada. ¿Cómo era que me había metido en aquella situación absurda?

—Apenas nos conocemos... no funcionaría.

—Kya, deseé llamarte desde que desperté, si no lo hice fue por miedo precisamente a algo así —Al parecer él también era sincero, demasiado.

—Liam, esto me... asusta, compréndeme —Ya estaba, se lo había dicho y eso era una total y absoluta verdad.

—A mí también, nunca había sentido algo siquiera cercano. Me siento como un idiota, ya no sé qué más hacer, contigo no sé cómo actuar...

—¿Por qué no hablamos mañana? —Me parecía que era buena idea, creía que los dos estaríamos más serenos y habríamos pensado mejor lo que ocurría. Muy probablemente yo era un capricho y aunque me costaría un poco de trabajo, al final cada quien seguiría sus vidas, fin de la historia.

—No, Kya. Mañana vas a encontrar otro pretexto.

—No, es en serio. Escucha...

—Acabo de estacionarme frente a tu casa. Toco el timbre o sales y damos un paseo. Elige.

—¿¡Qué?! —sentí un sudor helado, mariposas volaban despavoridas dentro de mi estómago y mi mente se quedó en blanco ¿¡Estaba loco?!

—Sí, Kya. Estoy decidido y entre más te resistas más insistiré. ¿Qué no entiendes que esto es más fuerte que los dos? Tienes cinco minutos para bajar o timbro... —Me quedé fría. El muy engreído me estaba amenazando. ¡Perdió por completo el juicio! Comenzaba a preguntarme cómo era que me convertí en un imán para maniáticos—. Cuatro... —comenzó a contar con total serenidad. ¡Tarado! ¿Por qué me hacía eso? Mis alternativas eran las mejores.

—¿Qué sucede contigo?, ¿¡enloqueciste?! Liam, por favor... —hice mi último intento.

—Tres y medio —parecía muy divertido con mis reacciones. Bufé

fuertemente para que escuchara. Él no me podía estar obligando, necesitaba pensar... Estaba convencida de que pronto le borraría esa sonrisita del rostro.

—Dame quince minutos, no me he bañado.

—Quince minutos... —aceptó riendo con desparpajo. ¡Idiota!

—¡Sí, quince! —grité indignada y colgué hecha una furia. Me las pagaría, en cuanto lo viera lo haría. Petulante, odioso, creído. ¡Agh!

Me duché en tiempo record, me puse un jean y una playera de manga larga blanca, mis tenis de diario, dejé mi cabello tal como estaba después del baño, solo sujetándolo con una banda negra para que no se alborotara y bueno, un poco de máscara no estaría de más. Bajé rápidamente sintiendo que en cualquier momento tocaría.

—Mamá, regreso en un rato, vinieron por mí... —grité desde abajo rezando porque no se asomara, creyendo que así ya no podría preguntarme más.

—No tardes, lleva tu celular —alcancé a escuchar.

Al cerrar lo vi. Se hallaba recargado en su enorme auto negro sonriéndome descaradamente. Mi corazón de inmediato se desbocó con cinismo, mis pulmones se alentaron y mi piel se sensibilizó imposiblemente. Conforme avancé mi voluntad fue doblegándose y mi enojo se fue esfumando, aunque no desapareció del todo. Me detuve a un metro de él dedicándole una mirada asesina, cargada de reproche, quería que se sintiera mal aunque fuera un poco. Lo cierto era que ya no estaba molesta, me sentía como un cubito de hielo, literalmente derretido gracias a los inclementes rayos del sol. Patética.

—Te ves preciosa... —Sus ojos chispeaban de una forma irreal. Sonreí en mi interior complacida. Fingí no escucharlo, pues era obvio que no le importaba en lo absoluto mi poco convincente enojo. Di la vuelta al auto para subir sin siquiera mirarlo. Me siguió, intentando ayudar, no se lo permití.

Un minuto después ya prendía el motor y arrancaba lejos de casa. Permanecí con los ojos al frente y los brazos cruzados. No dijo nada en todo el camino. Sin embargo, volteaba a verme de vez en vez. Aprendería que las cosas no funcionaban así conmigo.

Después de unos minutos y un poco de carretera, se estacionó frente a una playa donde apenas si había unas cuantas personas. La temperatura ya bajaba, aun así, era agradable el clima todavía. El mar rugía furioso sobre la arena, el cielo estaba completamente despejado. Solo el sonido de las gaviotas y las olas azotando era lo que se escuchaba.

Bajó del auto con habilidad, hice lo mismo sin esperarlo. Me quité los Converse para después caminar en dirección al océano. Necesitaba distancia,

su olor ya lo sentía como parte de mi oxígeno vital y eso... no me agradaba en lo absoluto. Permanecí muy cerca de las olas observando el horizonte. Necesitaba calmarme, ordenar mis ideas, mi cabeza era un gran huracán de emociones que no lograba ponerles nombre. Respiré la salinidad propia de ese lugar una y otra vez hasta que logré erradicar su fragancia, hasta que el olor a mar se impregnó en mí nuevamente.

Minutos más tarde, giré para ver dónde se encontraba. A unos cuantos metros, tranquilo sobre una gran frazada, en un lugar con sombra, se hallaba sentado mirándome con paciencia. Resoplé con la resolución otra vez en el piso y es que era imposible. Verlo era un espectáculo, lo que sus ojos proyectaban me dejaba perpleja, con serias dificultades, incluso para pasar saliva. Me dirigí a él vencida y me acomodé a su lado.

—Odio lo que me hiciste. No siempre te puedes salir con la tuya de esa forma —Le intenté reclamar después de un momento de silencio total.

—Lo sé... —admitió con su vista perdida en el agua que iba y venía.

—Entonces, ¿por qué?... —cuestioné bajito. No se movió.

—Porque... no pienso permitir que huyas ni de mí, ni de ti —refutó con seguridad. Abrí la boca impactada ¿Quién se creía?—. Sé que estás enojada... —reconoció jugando con la arena. Parecía ansioso, su actitud comenzaba de nuevo a doblegarme. Por otro lado, se veía demasiado atractivo con esa sudadera completamente cerrada color gris oscuro, su jean gastado y descalzo. Volví a sentir la boca seca. Percibió mi mirada y giró lentamente hasta quedar su rostro muy cerca del mío—. Kya... —acercó su enorme mano a mi mejilla con extremo cuidado. Cerré los ojos y recargué el rostro sobre su palma abierta. Okey, el enojo se desvaneció con ese simple gesto, pero ¿quién puede culparme? Ese chico despierta hasta mi última célula con tan solo estar cerca—. Sé que tienes miedo... juro que no pasará nada... haremos las cosas como tú quieras. —Murmuró quedamente. Sin más sentí sus labios sobre los míos acariciándolos decadentemente, rozándolos de forma suave, delicada. Apresó uno con cuidado, luego el otro, mientras su respiración se unía a la mía.

Todas mis defensas y argumentos se desmoronaron al sentir su sabor embriagarme, consumirme. Enredé una mano torpe en su cabello, enseguida sujetó mi cadera acercándome aún más a él. Celestial. Todas esas cursilerías que siempre critiqué hasta hartarme, comprendí de pronto por qué existían: tocaba el cielo sin dificultad. Liam me echaba a volar alto, muy alto.

—Está bien... —Me escuché decir al fin contra sus labios. A su lado sentía

que nada era más importante que el hecho de tenerlo así, junto a mí. Corría la sangre por mi cuerpo a toda velocidad, mi corazón bombeaba más sano que nunca, me sentía... ¿viva?, sí, más viva que nunca. Su cabello rozaba mi rostro gracias al aire fresco que soplaba. En cuanto me escuchó se separó con sus ojos grises bien abiertos. Sus pupilas estaban dilatadas y brillaban de una forma asombrosa. ¿Todo eso podía provocar en un chico?, era irreal.

—¿De verdad?...

—Sí... de verdad. No sé si es lo mejor, pero... que pase lo que tenga que pasar, tú ganas... ya no me importa —sonreí sintiéndome feliz con mi decisión.

Supe, en ese mismo momento, que jamás olvidaría su expresión; parecía un niño al que le dieron el mejor regalo del mundo, que presenció un espectáculo sin igual o que escuchaba la más bella canción. Me abrazó gritando emocionado, su actitud arrebatada logró que los dos quedáramos tumbados sobre la cobija. No me soltó una vez recostados, por lo que recargué mi mejilla en su pecho sintiéndome como nunca antes. No me había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta que lo tuve, así, junto a mí.

—¿Quieres que se enteren poco a poco en la escuela? —quiso saber aún con un timbre de excitación. Asentí, girándome para dejar mi barbilla sobre mis dedos entrelazados. Liam tenía ya, un brazo bajo su cabeza y con el otro jugaba con mi cabello.

—¿Te molestaría? —pregunté extasiada por sentirlo tan cerca.

—En realidad no, yo solo quiero que estés conmigo...

—Todo esto es muy extraño, Liam. Una semana atrás jamás lo hubiera pensado.

—En mi cabeza ya comenzaba a formarse la idea... —confesó sonriendo.

—No es verdad —lo regañé dándole un pequeño golpe en el pecho. Me sentía tan bien, ahí, con él. No tenía que fingir, actuar, nada, parecía que así era justamente como yo le gustaba. Increíble.

—Claro que sí, creo que fue en el mismo instante en que me pusiste en mi lugar. O antes... no lo sé —Ahora fui yo la que sonreí. De pronto recordé a mis amigos.

—¿Cómo hacemos?..., quiero decir..., ¿en la escuela? —No tenía ni idea de cuál sería la mejor manera de llevar ese asunto que tanto me preocupaba. Volvió a dedicar su atención al mechón que tenía entre sus manos, pensaba la respuesta.

—Creo que comenzaré a saludarte y tú deberías decirles que me ayudas en

literatura, así comprenderán mejor el hecho de que ya nos conocíamos —Si sabían quién era mi alumno secreto, entenderían lo ocurrido el día anterior. Sí, eso era una buena idea, así poco a poco verían nuestro acercamiento y con el tiempo... bueno, comprenderían ¿no?

—Liam, tú y mis amigos no se soportan y... es obvio que yo a los tuyos no les caigo nada bien por ser... de donde soy... —colocó con ternura una mano sobre mi mejilla para que lo mirara, pues bajé la vista hasta mis dedos que jugaban con un pequeño escudo que tenía su sudadera.

—Kya, voy a comportarme como sea necesario para que se suavicen las cosas entre ellos y yo. Necesitas saber que es muy difícil que seamos amigos, pero un trato cordial de mi parte te lo garantizo. En cuanto a mis amigos, no tienen otra opción salvo respetarte, porque ahora ya no me importa nadie lo suficiente como para arriesgarme a perderte... Por último, tienes que saber que me da igual dónde naciste... me importa quién eres, lo que siento desde el día en que te conocí, eso es todo —soltó con una seguridad abrumadora, demasiado madura, firme.

Me acerqué a él presa de una necesidad primitiva y lo besé por primera vez. Respondió pegándose más, enredando una mano en mi cabello. Me dejó marcar el paso y sin saber cómo, poco a poco, me fui soltando probándolo de forma más exigente. Su lengua invadió mi interior, de repente gemí ante la sorpresa. Una deliciosa sacudida viajó por todo mi cuerpo. Sujeté su melena entre mis dedos y los hundí ansiosa. Cada vez estábamos más juntos, mis labios cada vez se abrían más al igual que los suyos. Nuestras respiraciones comenzaron a agitarse a un ritmo vertiginoso y yo ya no recordaba ni dónde me encontraba, solo era consciente de su enorme palma pegándose a su ancho tórax, de su sabor inigualable, de lo increíblemente bien que me sentía.

Sus manos tomaron mi rostro dulcemente y comenzó a bajar el ritmo hasta que nos separó. Cuando todo terminó, sentí las mejillas muy calientes, los labios hinchados. Quería más de él, mucho más. Liam me estudió serio, bajé la vista avergonzada. Eso era justamente lo que me asustaba cuando estaba a su lado. No tenía control sobre mi ser, me sentía instintiva.

—Kya... —Su voz sonaba muy ronca esta vez. Me mordí el labio nerviosa alzando mis ojos con timidez. Acarició mi cabello acomodándolo—. No tienes una idea de lo mucho que me cuesta controlarme; jamás había sentido algo como esto... cada vez que veo tu boca ¡Dios!, no puedo evitar tener unas ganas tremendas de besarla... —Y rozó con un dedo mi labio inferior—. Quiero aprender a ir poco a poco, quiero que todo suceda a su

tiempo... a tu tiempo...

—Yo también...

—Lo sé, me doy cuenta de ello y por eso lo digo. No has estado con... nadie ¿no es así?... —El hecho de que me lo preguntara tan directo me avergonzó terriblemente. Me senté de inmediato negando, viendo hacia otro lugar. Él también se acomodó a mi lado—. No quería apenarte, lo siento... Es solo que... no lo entiendo...

—¿El qué?... —quise saber aún turbada. Miraba pensativo el mar. Seguro yo ya tenía las mejillas color escarlata.

—Eso... a mí me resultaste irresistible desde el primer momento y sé que no soy el único, ya tienes fila esperando a que cedas aunque sea un poco — No sabía si fila, por lo pronto Edwin sí quería algo conmigo; sin embargo, exageraba. Lo observé arrugando la frente con incredulidad—. Sí... es cierto, aunque es muy claro que tú ni lo registras. Estos días me percaté de que esas cosas las ignoras deliberadamente, simplemente decides no darles importancia. En serio es desconcertante... No soy celoso... —confesó mientras con su dedo delineaba círculos en la arena—. Pero... contigo... no sé... intentaré controlarlo... No me reconozco, todo esto está totalmente fuera de mi entendimiento, siento mi mundo al revés —admitió vencido.

—Liam, es cierto que no he tenido... «novio», eso no me vuelve una mojigata. Me doy muy bien cuenta si alguien quiere algo más que amistad conmigo. Lo que pasa es que estoy sola simplemente porque es algo que decidí desde hace algún tiempo... —giró interesado en lo que le decía.

—¿Decidiste? —repitió desconcertado.

—Sí, siempre me pareció una pérdida de tiempo. Las personas van dejando de ser ellas con el afán de agradar al otro y poco a poco se van perdiendo. Por otro lado, disfruto mucho mi independencia, manejarme sin complicaciones... Todos mis amigos han sufrido por la persona con la que están, al menos una vez. Yo... no quiero que me pase eso... —No entendía la expresión de su rostro, continué—. No te puedo negar que algunos buscaron ser algo más. La verdad es que nunca quise decirles que sí, simplemente no me nacía, me daba... flojera... Pero... contigo, contigo es diferente... no sé... tú despertaste algo en mí... algo que nunca había sentido por nadie...

—¿En serio? —Parecía incrédulo y a la vez satisfecho con lo que acababa de escuchar.

—Sí... no tengo por qué mentir —Le hice ver con calma.

—No creo que lo hagas, Kya. Es solo que nunca había oído que alguien

pensara así, hablas de una forma muy distinta a lo que estoy acostumbrado... Sinceramente espero poder alcanzarte...

—Exageras, es solo algo en lo que creía, ahora presiento que era solo porque no había llegado alguien que me hiciera desechar la idea —Me encogí de hombros indiferente. Sujetó con suavidad mi rostro y volvió a rozar mis labios tomándome de improvisto. Eso no tenía comparación con nada en el mundo, me encantaba, podía volverme adicta a ese roce, a su piel sedosa sobre mi boca, a su aliento mezclándose con el mío.

—Tendré mucho cuidado contigo, creo que eres demasiado peligrosa para mí —fruncí el ceño, se carcajeó—. No te extrañes, es la verdad, creo que nunca te querré dejar ir.

—Eso ya lo veremos, a lo mejor con el tiempo ya no... —¡Dios! No podía terminar la frase, no me gustaba pensar que no pudiera estar ya en mi futuro.

—Sé que no va a ser así, Kyana... Presiento que será al revés.

—¿Al revés? —¿Estaba loco?, ¿en qué mundo yo podría dejarlo? Me tenía comiendo de su mano en menos de una semana. Lo extraño era que se notaba genuinamente inseguro y eso sí que me parecía aún más difícil pues si algo yo sabía, era que los chicos como él, nunca sentían miedo al rechazo, eran demasiado soberbios, poseían demasiado ego.

—Sí... al revés —torció la boca pensativo. Esa expresión en sus ojos me erizó. Miré de nuevo el horizonte, deteniendo mi atención en el agua que se mezclaba con el cielo azul, él hacía lo mismo.

—Si tú lo dices —No quería insistir, debía tener sus razones, aunque la verdad era que no lo entendía. Decidí cambiar de tema, no lo conocía aún y no me apetecía presionar, no tenía ni idea de cómo funcionaba su cabeza—. ¿Sabes?, me encanta el mar, en... Los Ángeles solía salir a caminar y dejarme llevar... La arena en mis pies es... relajante; siempre quiero vivir donde esté cerca el océano, me calma, me da seguridad —sonreí sin verlo mientras hundía los dedos en la ya fría arena.

—Tienes un cabello muy brillante y... suave... Me gusta, me gusta mucho —anunció sin más mientras lo acariciaba deleitándose. Sonreí con timidez, me observaba con deseo, podía sentirlo—. Kya... ¿Por qué se vinieron a vivir hasta acá? Es muy lejos, ¿no crees?

—Mi madre... la ascendieron y el puesto era aquí.

—Y... ¿no pensaste en quedarte?

—Bueno, sí cuando me lo dijo... Lo cierto es que jamás le haría algo así, si yo no hubiera cedido, ella no habría aceptado.

—No imagino lo que debiste sentir. No podría irme, terminar en otro lugar mi último año... mis amigos, el equipo, todo y ahora... definitivamente menos contigo aquí —admitió con seriedad. Sonreí al escuchar lo último. Era demasiado tierno y me daba importancia.

—Sí... no ha sido fácil...

—¿Kya, ayer... que te encontré en la playa, llorabas por eso?

—Más o menos —admití. No iba a mentir, necesitaba que me conociera y esa era yo. Tomó mi rostro e hizo que lo mirara.

—¿Más o menos?...

—Sí, la verdad es que me asusté mucho por lo sucedido con Roger —Su rostro cambió enseguida tornándose muy serio, una vena en la base de la frente se le marcó por el esfuerzo con el que apretaba la quijada—. Además, ellos, mis amigos... han sido muy buenos, me tratan como si me conocieran de siempre, no quiero que eso cambie. Estas dos semanas fueron una locura, Liam. Me han pasado más cosas que en los últimos tres años. ¿Qué será cuando lleve el mes?

—Nada... estaremos juntos como ahora. Kya, escucha —colocó mis manos entre las suyas—; jamás he tenido que luchar por alguien... jamás me he dedicado a pensar en estrategias para atraer a una chica a mí y... tú... has puesto mi mundo de cabeza en unos días. Sé lo que sientes, sé que todo ha sido un torbellino, no eres la única y es que debes saber que has cambiado mucho más de lo que piensas la vida de los demás... —Se acercó poco a poco a mi rostro, volvió a besarme. Eran pequeños roces que me producían temblores de placer—. Tienes una boca tan suave, sabes... dulce... como un caramelo —De nuevo sus pupilas estaba dilatadas por el efecto que yo también tenía en él.

—Tú... sabes fresco —rió al tiempo que me rodeaba con un brazo—. Liam, ¿crees que es buena idea seguir con las tutorías? —Ahí estaba de nuevo mi «yo» aprensivo. Siempre fue así. Sentí que estaba empezando a perder el control de las cosas. Me erguí para poder saber qué pensaba.

—Sí.

—Pero... va a ser muy difícil... —En serio lo creía. ¿Cómo me concentraría con él a mi lado? Imposible. Me mordí de nuevo la boca nerviosa al ver su hermetismo y decisión. Enseguida notó mi gesto y eso lo ablandó, jugó con uno de mis mechones reflexionando. Parecía poner en juego toda su paciencia, no lo criticaba, yo podía ser muy exasperante en ese tipo de temas, sería un vicio difícil de quitar.

—Kya, no me pidas tanto, no ahora. No podré estar junto a ti en la escuela, me tendré que conformar con verte de lejos... —acarició mi labio inferior con su pulgar muy atento—, no podré besarte... Sé que te va a costar trabajo contarle esto a tu madre —abrí la boca para defenderme, no pude, definitivamente tenía razón. No sabía cómo se lo diría, seguro saltaría de la emoción y querría conocerlo de inmediato, pero... no tenía idea de si comprendería que todo hubiera sido tan rápido, ni siquiera yo lo entendía—. Te entiendo, iremos poco a poco, no haremos nada que pueda afectar a nadie, ¿de acuerdo?... Contigo es en serio y estoy dispuesto a ir lentamente, a hacer las cosas bien. Solo no me alejes también de ti en ese espacio, te lo suplico... —desvié un momento la mirada y regresé sonriente. Debía dejar mi aprensión de lado por esta vez.

—Te lo tomarás en serio. Para mí es importante y creo que para ti también pasar esa materia ¿no es cierto? —asintió triunfante—. Estaremos juntos, pero si no avanzamos tendremos que dejarlo... es lo honesto —sonrió con la mirada, tenía un color de iris poco común, atípico en realidad; el gris y el verde eran igual de intensos, tanto que no sabía qué color predominaba y en ese momento además, me veía de esa manera especial que juro hiperventilaría en cualquier instante. Definitivamente ya estaba pérdida por él—. ¿Liam?

—Está bien, tienes razón. Necesito pasar esta materia, prometo poner todo de mi parte, Kya... Aunque a veces no pueda aguantar y te bese —E hizo justamente eso. Me carcajeé contra su boca.

—Eres un pesado...

—Lo sé... —estaba divertido. En medio de aquello sonó mi móvil, lo saqué del bolsillo del pantalón. Max. Evalué a Liam desconcertada y contesté. Noté que él no sabía cómo actuar.

—Max, ¡hola! —saludé nerviosa. Liam apretó la quijada, enseguida volteó al horizonte para que no pudiera ver su expresión.

—Hola, Kyana. Ayer te fuiste y nos dejaste un poco preocupados, buscamos tus cosas por todo el lugar y nada ¿todo bien? —decidí que no estaba haciendo nada malo. Comencé a jugar con los hilos que salían a un lado de la frazada, ignorando el chico que tenía frente a mí.

—Lo siento, Max, no quería preocuparlos. Es solo que con lo que pasó ya no me sentía muy... cómoda —Eso era totalmente cierto. Mi... no sabía qué éramos, reflexioné en ese momento. Bueno... Liam, continuaba perdido en el mar. Era tan hermoso: su perfil perfecto, como esculpido en piedra, su quijada fuerte, su nariz recta, su boca... su boca me encantaba, me derretía;

era grande, bien delineada y muy suave. De pronto recordé que hablaba por teléfono. ¡Diablos!

—Sí, de verdad te comprendo, ya veremos cómo lo solucionamos, tú no te preocupes por nada. Kyana, me alegra escucharte bien, nos vemos mañana y hablamos. ¿Okey?

—Claro... hasta mañana, Max. Cuídate —colgué. Abrí la boca para preguntarle qué le sucedía, no lo hice, seguí jugando con el cobertor como si estuviera muy entretenida. Unos segundos pasaron cuando posó su mano sobre la mía suavemente, elevé la vista desconcertada.

—Kyana... no sé muy bien cómo manejar esto, pero verás que lo lograré ¿De acuerdo? Sé que tendré que poder, es solo que me da miedo hostigarte, presionarte, lo que dijiste sobre las parejas, me puso en alerta... No quiero que cambies por mí para agradarme, que dejes de disfrutar lo que te gusta, deseo que estés conmigo porque quieres, porque te nace, no deseo que hagas nada que no sea así...

—Pensé que... te había molestado que fuera... Max el que habló —Me sonrió aceptando que tenía razón en mi suposición.

—Un poco, pero ese es mi problema, definitivamente no tuyo, tendré que enfrentar el hecho de que él y otros cuantos, puedan estar contigo el tiempo que yo... no puedo —bufó—. Espero esto sea rápido, quiero que todos sepan que eres mi novia para que dejen de danzar a tu alrededor —admitió mirándome fijamente. Ahí estaba mi respuesta pensé satisfecha.

—Esto a mí también me perjudica y no creo que sea fácil, Liam... Date cuenta, eres el capitán del equipo, asediado y perteneces a los más... populares. —odiaba esa palabrita, sin embargo, era cierto—. Seguro muchas han de estar detrás de ti, buscando la manera de que estés con ellas y... yo...

—Sh... No entiendo aún cómo, pero debes saber que no tengo ojos para nadie más, Kyana. Sé que me vas a mantener más ocupado de lo que jamás he estado, contigo todo es... impredecible. Te juro que no tendrás ninguna queja de mi comportamiento, te demostraré qué tan en serio va todo esto —lo decía de verdad, lo veía en sus ojos, no dudaba y lograba que yo tampoco lo hiciera. Liam tenía una personalidad arrolladora, atractiva, pero a la vez transparente.

Junto a él me sentía segura, fuerte, capaz de enfrentar lo que fuera. No iba a ser fácil para los dos esconder lo que sentíamos un tiempo, aun así, sabíamos que era lo mejor. Sus amigos tendrían que irme «soportando» poco a poco; todavía no sabía cómo podría suceder ese milagro. Y los míos tendríamos que

suavizarlos. Llevaba poco tiempo ahí y no quería estropear nuestra reciente amistad. Acunó mi barbilla y me besó logrando sellar mi confianza por lo que acababa de decir.

El sol ya estaba prácticamente desapareciendo, la poca gente que se hallaba en la playa, se fue. Sentía que llevaba unos minutos ahí, eso me pasaba a su lado. Pero ya iba a anochecer. Tomé mi móvil y vi la hora. Casi era tiempo de cenar, mi madre no tardaría en hablarme.

—Nos tenemos que ir, Liam —acarició mi labio inferior con su pulgar, mientras sujetaba mi barbilla con el resto de la mano.

—Lo sé, Kya... —lo decía triste, añorando.

Sin previo aviso el deseo y necesidad por él me consumió. Enrosqué mis brazos alrededor de su cuello mientras me hincaba frente a su glorioso cuerpo. Me imitó de inmediato. Olvidé mi timidez por completo, lo acerqué más a mí, quería saborearlo, sentirlo... Respondió rodeándome por la cintura y la cabeza firmemente. Nuestros labios se movían como si supieran exactamente qué hacer. Sentí de nuevo su lengua entrar en mí, la movía explorándome ansiosamente. Esta vez la mía salió a su encuentro, lo que provocó un gemido de su parte al darse cuenta. Yo lo despeinaba un poco con una mano y me aferraba a su sudadera con la otra, lo pegaba más a mí sin poder ya evitarlo. Rodeada por él, sintiendo su gran mano enroscada en mi cintura posesivamente, escuchando su respiración agitada y sintiendo cómo intercambiamos nuestros fluidos, pensé que nada importaba, solamente él y yo. Lo que los demás pensarán era su problema, yo ya no podría volver a vivir sin sus besos, lo supe en ese instante.

Sujetó mi mano y la fue soltando poco a poco de su cabeza sin dejar de besarme. Iba bajando la velocidad sin que yo me diera cuenta. La posó en su hombro suavemente.

—Kya... —lo escuché de pronto a lo lejos, me separé a regañadientes, si no me aferraba a él, caería de lo mareada que de nuevo me sentía. Liam respiraba agitadamente, tenía los párpados aún cerrados como intentando volver a controlarse. Me tenía sujeta por la cintura. Fui sintiendo cómo su tacto se volvía más suave. Escondí mi rostro en su pecho e intenté llenar de nuevo mis pulmones. Costaba mucho trabajo. Su ancho tórax se tornaba grande y pequeño, sin lograr un ritmo regular. Mi cuerpo hervía, mis labios los sentía hinchados, las mejillas encendidas. De pronto soltó un ronco suspiro y me rodeó con ambos brazos, hice lo mismo. Recargó su pómulo en mi cabello, ambos respirábamos mejor después de varios minutos.

—¿Nos vamos? —susurró. Asentí sin tener la menor intención de moverme. Unos segundos después, me separó y nos levantamos juntos.

Sentía un descomunal rubor por todo el rostro. Tenía mucha vergüenza de encararlo, por unos minutos no supe quién era y es que cada vez que lo tenía así de cerca no pensaba, me dejaba llevar peligrosamente. Era la segunda vez que me detenía. Veía que a él también le costaba trabajo contenerse, sin embargo, lo lograba... cosa que yo no podía presumir.

Metí mis manos en las bolsas traseras del jean y viré a otro lugar. Liam dobló la frazada. Me sentía enterrada en la arena. Lo notó enseguida, con la cobija colgando del brazo, se acercó agachándose para encontrar mi mirada. Sonreía amorosa y comprensivamente.

—Te ves tan bonita así... definitivamente eres muy peligrosa para mí, aunque lo cierto es que ya no me importa en lo absoluto. Besas delicioso... —Me guiñó un ojo intentando que me relajara. Torcí la boca en lo que intentó ser una sonrisa, eso lo divirtió y me rodeó con el brazo guiándome hasta el auto—. De verdad eres increíble —¡Increíblemente estúpida! Pensé regañándome. Poseía información sobre sexualidad, era un tema que jamás me dio miedo, pero una cosa era leer, haber tomado unos cuantos talleres. Y otra era la práctica, esa sí que era muy, muy diferente. Por fin comenzaba a entender por qué las adolescentes a las que tanto criticaba eran tan impulsivas. Si sentían un cuarto de lo que yo, cuando lo tenía cerca, ahora no solo las comprendía, también las justificaba.

Estábamos por llegar cuando se detuvo.

—¿Qué sucede? —pregunté intrigada.

—Kyana, creo que sería buena idea que les digas en la primera hora lo de las tutorías, quiero saludarte en literatura. Entre más rápido demos señales, será lo mejor —parecía que ideaba algo y eso me alertó. Aun así, asentí fingiendo tranquilidad. Pensé que ya arrancararía, se arrepintió y me besó de nuevo intensa y rápidamente. Unos segundos después dio marcha al motor de nuevo. En cuanto se estacionó, bajé sonriendo. Fui consciente de su mirada sobre mí hasta que entré a casa.

¡Dios, estaba completa y perdidamente enamorada de ese chico! ¿En qué momento ocurrió todo eso? Ni idea, lo cierto era que flotaba, volaba en realidad.

∞ 4 ∞
difícil verdad

—¡Ya llegué, mamá! —olía a su especialidad: espagueti a la boloñesa. Bajó rápidamente las escaleras y, en menos tiempo de lo que pensé, ya estaba frente a mí examinándome. ¡Diablos!

—¿Cómo te fue?

—B-bien... —intenté esquivar su mirada y también a ella, me detuvo suavemente.

—¿Quién era el chico que vino por ti hace un «buen» rato?, ¿es uno de tus amigos? —mordí mi labio nerviosa y al ejecutar ese gesto supe que cometí un grave error. Si mentía no me creería, ¡maldito tic! Debía decir la verdad, era la mejor opción ¿no? Me dirigí a la sala sentándome con fingida indiferencia. Ella me siguió y se acomodó frente a mí, no lucía molesta, más bien intrigada y ansiosa—. Kyana... —la miré, no sabía qué decirle, ni cómo empezar.

—Es un chico de la escuela —escupí rápidamente, creyendo ilusamente que ahí se terminaría el interrogatorio. Posé mis ojos en una de las ventanas, no podía verla directamente.

—¿Y? —al ver que no contestaba continuó—. Hija, no tienes que contarme si no quieres, es solo que... es algo mayor... —sonreí para tranquilizarla. Sí, Liam con su más de metro noventa podía parecer enorme.

—No, tiene mi edad, lo que pasa es que... juega en el equipo de americano —mi madre abrió los ojos como platos, parecía muy confundida, sabía lo mucho que me fastidiaban esa clase de personas.

—¿Equipo de americano?, y, ¿a qué vino?, ¿a dónde fueron? —Está bien, ahora sí la veía preocupada. Al parecer solo la estaba alterando de más. Resoplé frustrada.

—A la playa, eso es todo.

—Y, ¿solos? —ya tenía arqueada una ceja inquisidora. Jamás vi a mi madre así, solía salir con chicas y chicos sin que le importara, le daba igual el sexo. En ese momento estaba claramente ansiosa ¿Qué le pasaba?

—Sí —asintió despacio, como repasando la poca información obtenida.

—Kyana, ¿qué hay entre tú y él? —Su pregunta me tomó desprevenida.

Abrí los ojos de par en par sintiendo que ese maldito rubor subía hasta mis mejillas delatándome. Me molesté, no entendía por qué últimamente no podía manejar mi cuerpo, ni mis emociones.

—¿Por... qué me preguntas eso? —indagué pestañeando. Sonrió cariñosa y comprensiva. Agarró una de mis manos y la sujetó mirándome.

—Basta con verte y me bastó verlo a él cuándo te esperaba fuera de su camioneta —no podía articular palabra, sentía la saliva pastosa, no lograba pasarla. ¿Era tan evidente?—. Kya, quiero que confíes en mí, siempre ha sido así, no eres muy detallista en tus conversaciones, pero... sueles decirme lo más importante y desde que llegamos aquí, algo cambió... —ahora parecía nostálgica, evaluaba muy atenta mi reacción. Bajé la vista, sabía que era verdad, le oculté algunas cosas, como lo del «gorila maniático» por ejemplo. Sin embargo, no eran muy graves, ¿o sí? Al final era una adolescente, tenía que experimentar sola mis problemas y también las soluciones.

—Mamá... él...bu-bueno... —tartamudeé. Me volví a morder el labio. Esperó con paciencia—. Nos gustamos —logré decir al fin. Ella dio un gritito de alegría acompañado de un par de aplausos. Puse los ojos en blanco. ¿Era en serio?

—¿De verdad? ¡Esa es una muy buena noticia! —parecía que le estaba diciendo que me graduaba con honores o... que me habían aceptado en la mejor universidad del mundo. ¿Qué era tan anormal que nunca me hubiese atraído nadie lo suficiente? Siempre me hizo sentir que lo era, pero con su reacción me daba cuenta de mi probable engaño. Quién sabe qué ideas se fabricó todo ese tiempo en esa cabeza que trabajaba a mil por hora.

—Eso creo...

—¿Cómo se llama? —comenzó el interrogatorio. Volqué los ojos en señal de fastidio, no le importó por supuesto, quería información y la obtendría.

—William, pero le dicen Liam...

—Lindo nombre y ¿cómo fue que se conocieron?, a ti no te gustan ese tipo de chicos —me recordó elevando de nuevo una ceja y ladeando levemente la cabeza. Otras palabras que tendría que tragarme pues en ese momento, paradójicamente, creí que existían excepciones.

—Es a quien le doy asesorías de literatura.

—Oh. —Al parecer no había más preguntas por lo que me levanté de inmediato. Me tomó del brazo deteniéndome—. Kyana, sabes que cuentas conmigo. ¿Verdad? —Asentí comprendiendo que esa era la típica preocupación de madre, ella me lo dijo desde que tengo memoria y lo cierto

era que siempre fue así—. Una cosa más, cuando salgas con él, solo dímelo por favor, confío en ti, pero esto también es nuevo para mí, ¿de acuerdo? — volví a aceptar.

Cenamos sin hablar más sobre el tema. Recogí las cosas de la cocina y la mesa. Cuando terminé, chequé mi correo electrónico. Tenía muchos de mis amigos de L.A., no me había podido meter al *mail* desde que llegué. Tomé aire y decidí que les contestaría a todos.

La alerta de mensaje de mi celular me desconcentró de inmediato, supe que era él enseguida.

«Esta tarde fue mágica, gracias por aceptarme, juro que no te arrepentirás... descansa».

Sonreí y le contesté enseguida.

«Para mí también lo fue. Eso espero y hasta mañana».

Lo mandé y lo dejé a un lado, intentando enfocarme nuevamente en todos los correos que debía contestar. Volvió a sonar, sonreí ruborizada.

«Una cosa más; por favor no te muerdas el labio... no aguantaré».

«Liam, lo harás... Buenas noches».

El móvil no volvió a sonar por lo que pude avanzar en mi labor. A los primeros que les contesté fue a Jane y Raúl, a ambos les conté todo lo sucedido. Ya no podía más, necesitaba decírselo a alguien y esa era la única forma de que ellos lo supieran, digo, estaba la mensajería instantánea en el móvil donde conversábamos casi a diario, pero no era lo mismo, no escribiría todo eso por ahí. Sabía que cuando lo leyeran se caerían de la silla y las alertas en el celular me enloquecerían. Todo era tan increíble que ni yo misma lo creía.

Por la mañana Annie pasó por mí, como ya era rutina tras dos semanas. Hablamos un poco sobre la playa y en cuanto llegamos al instituto, mi estómago se encogió. El todoterreno de Liam ya estaba ahí. Bajamos del auto y mi móvil sonó. Con dedos torpes lo saqué de la mochila.

«Te ves preciosa hoy... me enloquece tu cabello suelto».

Un rubor demasiado caliente llegó hasta mi rostro. Sabía que me estaba viendo desde algún lugar, sin embargo, venía con mis dos amigos y no quería voltear a buscarlo ansiosa.

«No puedo verte, pero... buenos días».

En cuanto entré a clase de matemáticas silencié el aparato por miedo a que continuara con sus mensajes. Lana y Max ya estaban ahí guardándome un lugar.

Se acercaba el almuerzo, miraba el reloj una y otra vez. Cada segundo me sentía más nerviosa. Quedé en decirles que lo conocía. Rogué desde que desperté que no lo tomaran a mal. El timbre sonó sacándome de mis pensamientos.

—Vamos con los demás —dijo Max animoso. Sonreí caminando junto a ellos. No quería buscarlo con la mirada, aunque moría por encontrármela. Debía verse tan perfecto como el día anterior. ¡Dios!, sentía que me había dado una poción mágica que me condenaba a ya no poder dejar de pensar en él.

Mientras almorzábamos permanecí atenta a un momento de silencio. Diez minutos después, se dio.

—Chicos... —los llamé nerviosa. Todos estaban ahí, incluso Edwin, que me veía coquetamente, lo ignoré y continúe—. Tengo que decirles algo... —parecían confundidos—. Sobre todo, después de lo que ocurrió el sábado. Yo... sé que no les parecerá, pero no creo sinceramente que tenga algo de malo, así creo que es justo decirles que la persona a la que le doy tutorías, bueno... pues, es Liam —solté rápidamente. Max, Billy y Ray me observaron extrañados. Nadie dijo nada, así que continúe—. Él... me pidió que no lo comentara, es por eso que no se los había dicho.

—¿De verdad?! —Por fin dijo Lana con una gran sonrisa rompiendo el horrible silencio. Acepté serena aguardando las reacciones de los demás. La mayoría de los hombres parecían serios, excepto Robert. Ahí comprendí lo que Liam quiso decir acerca de mi falta de atención.

—¡Lo sabía!, va mal en literatura, de esta no se salvaba —recordé esa conversación el primer día de clases.

—¿Y es por eso que te ayudó en la playa? —quiso saber Ray molesto con los puños apretados sobre la mesa.

—Supongo... —me encogí de hombros indiferente. Billy me miró cuestionador, de inmediato.

—¿Por qué nos lo dices, si él te pidió que no lo hicieras? Parecía que no tenías problema en guardarle el secreto —Su voz contenía reproche.

—Por lo que sucedió el sábado. Todo pasó porque se acercó a saludarme. Dijo que ya no le interesaba que fuera secreto y después de lo que ocurrió con... Roger... me pareció que lo mejor es que sepan esto —argumenté con suficiencia.

—¡Ey! —levantó la voz Robert con un ademán de calmar a todos—. Parecen la inquisición. Ella nos está contando algo que podría no contar.

Mientras le pidieron que guardara el secreto, lo hizo, eso habla bien de ti — Me guiñó un ojo y continuó—. Además, es cierto que ese día él la defendió, nos guste o no...

—Es verdad —avaló Susan—. Alguien debía darle la tutoría y fue ella, ¿qué tiene de malo? —Los chicos suavizaron poco a poco su gesto.

—Tienen razón, lo siento, Kyana, tú no tienes nada que ver en los problemas con ellos. Gracias por decirlo —sentí cómo iba aflojando el cuerpo lentamente. No había pensado que se pusieran así, no tenía nada de malo, pero su rivalidad era... vieja y comprendía que muy difícil de saltar. Se encogió de nuevo mi estómago. No quería tener que llegar a escoger entre ellos o él, eso iba a ser muy doloroso.

—Entonces, ¿él fue quien que te llevó a tu casa el día de lo de Roger? —preguntó Annie atónita. Asentí.

—¡Guau! Eso sí que es noticia. A lo mejor a Liam se le está ablandando el corazón... —conjeturó Emma.

Varios rieron como si eso fuera una broma por demás graciosa. Sentí mucha impotencia. No lo conocía como ellos, sin embargo, para mí hablaban de otra persona. Conmigo era cálido, tierno, atento, amable... me producía burbujas en la sangre todo el tiempo. Con todo y eso, no pude evitarlo y por un momento, dudé. ¿Si era como decían?, ¿si me hacía daño?, era ilógico que se fijara en mí, así, tan de repente, no porque me sintiera menos, pero éramos opuestos.

El timbre sonó y yo ya me sentía muy ansiosa, quería correr a donde fuera que estuviera, necesitaba que me abrazara, que me hiciera sentir segura, que quitara con un beso todas mis dudas. Ya no tenía tiempo. Todos sonrieron más tranquilos cuando se levantaron.

La mano de Ray me detuvo, tenía una mirada muy tierna, esperó impaciente a que los demás comenzaran a alejarse y volteó muy extraño. Lo observé confusa. ¿Seguiría molesto por lo de Liam?

—Kyana... —Okey, no parecía abochornado—. ¿Te gustaría... ir al cine conmigo el viernes? —abrí los ojos como platos. De él no lo esperaba. Me mordí el labio, nerviosa. Pestañeeé atónita.

—¿Qué-qué dices? —Era guapo, tenía unos ojos azules muy lindos, pero... no era él—. ¿Quieres que vayamos todos? —intenté que recapacitara.

—No, solo tú y yo —respondió serio. Se echaba nervioso el cabello para atrás. Bajé la vista negando.

—Lo siento, no quisiera arruinar nuestra amistad, ustedes son muy

importantes para mí, no deseo que eso cambie —metió ambas manos en las bolsas de su pantalón balanceándose decepcionado.

—¿Crees que... más adelante? —negué de nuevo. Me sentía furiosa conmigo, ¿cómo era que no me había dado cuenta?—. Bueno... muchas cosas pueden pasar ¿no es cierto? —sonrió. No me atrevía ya a decir nada. Un maestro lo llamó, aproveché la situación y salí de prisa rumbo a literatura con los puños apretados.

Estaba muy nerviosa. ¿Desde cuándo me sucedían a mi esas cosas?, digo, evidentemente sabía leer las señales, ¿no? Bueno, antes sí lograba detectarlo, en ese momento parecía que hasta en eso era nueva. Apenas había cruzado las puertas de la cafetería cuando sentí su mano en mi hombro.

Mi corazón se detuvo, era él, su olor.

—Kya... —lo miré ansiosa.

—Ya tenemos que irnos, por favor ahora no —Le rogué. Parecía abatido, preocupado. Caminó junto a mí importándole poco los demás.

—¿Qué quería Ray? —Su tono era serio y... extraño. Mi estómago cayó hasta el piso. Tal parecía que se dedicaba a espiarme, además, ¿cómo le diría lo que acababa de suceder?

—Liam, ¿me estás vigilando? —lo cuestioné alterada. Negó con las manos metidas en los bolsillos. Se veía impresionante con esa camisa negra fuera del pantalón desgastado y su cabello casi rubio alborotado.

Vi la puerta del salón y respiré profundo; Max, Annie y Sara estaban ahí. Entramos juntos. Liam se detuvo un momento en la puerta y yo seguí fingiendo serenidad.

—Te veo al rato —dijo casualmente despidiéndose con la mano, asentí lo más tranquila que pude. Al entrar, todos en el grupo nos veían curiosos.

Me senté junto a mis amigos del lado opuesto a mi novio, un poco más adelante. Los tres me evaluaban. Max era el único que parecía molesto, las chicas sonreían tontamente. El señor Jhonson pasó lista y enseguida llegó Ray, corriendo.

Después de disculparse, se sentó a un lado de Sara. No pude disfrutar la clase como solía. Estaba muy incómoda. Ray detrás de mí sin participar como era costumbre. Max a mi lado y de vez en cuando me veía tratando de buscar respuestas. Por si fuera poco, Liam me miraba todo el tiempo topándose con los ojos de mi amigo, e iniciaban una batalla silenciosa, donde ninguno planeaba retirarse.

¡Maldición! ¿Qué era todo aquello?

En ese instante deseé ser un avestruz y esconder mi cabeza dentro de la tierra donde nadie me pudiera sacar. Estuve dibujando garabatos sobre mi libreta toda la clase y gracias a eso no supe nada de lo que dijo el profesor. En cuanto sonó el timbre salí casi corriendo y no paré hasta que llegué a mi siguiente clase. Fue la hora y media más larga de mi vida y todo por sus tonterías.

No había nadie en el salón cuando me senté, recargué mi frente en la fría mesa, donde solía. Tenía ganas de gritar, todas mis emociones estaban tan revueltas, como si una batidora las hubiera mezclado hasta hartarse. Cerré mis ojos intentado tranquilizarme. Sabía muy bien que sería complicado ¿no es cierto?

—Kyana —alcé la vista, y para mi alivio, era Emma. Me observaba compadeciéndose, mientras sonreía—. ¿Estás bien? —negué con la cabeza viendo por la ventana. Se acomodó a mi lado—. Si es por lo que pasó en el almuerzo, no te preocupes, no es contigo... o bueno, en parte —admitió triste—. Es solo que... Liam y Max eran muy buenos amigos, Ray también... Entre Kellan, Ray, Max y Liam eran dinamita pura, pero... cambiaron. Unos se hicieron de una forma y otros de otra... ya no compaginan... ¿comprendes? —Acepté girando interesada en sus palabras—. Kellan y Liam entraron al equipo de fútbol y todo cambió... Cada vez coincidieron menos los cuatro y de pronto ya no se conocían. Liam y Kellan se volvieron... insoportables... Ellos, junto con los de su equipo, han pasado encima de muchos. Cosas como las que te ha hecho Roger suelen ocurrir. Nadie los para. No toleran a los que son diferentes, un día... —De pronto llegó Ray y ya no pudo continuar.

—Te fuiste tan rápido que el profesor pensó te sentías mal —Me miró preocupado. Emma posó una mano sobre su brazo mientras él la observaba.

—Fueron muy pesados todos con ella en el almuerzo, no hizo nada malo.

—Lo sé —Y volteó a verme—. Es solo que no queremos que te haga daño.

—¿Por qué lo haría, Ray? —quise saber ya harta. Se pasó una mano por el cabello pensando cómo me lo explicaría.

—Kyana, siempre hemos tenido problemas. Ellos son más, muchos más y tienen todo a su favor, sin embargo, no les basta, siempre han buscado la forma de fastidiar. Así ha sido siempre, bueno, ya había pasado un tiempo en el que no...

—Quiero saber qué fue lo que sucedió entre ustedes, no comprendo nada —exigí saber.

—Hola, chicos —nadie contestó—. ¿De qué hablan?

—De Liam y Kellan —Le informó Emma a Edwin. Su expresión cambió de inmediato y yo me quedé frustrada por mi nula respuesta.

—De esos imbéciles...

—Sí, le explicaba a Kyana por qué reaccionamos así cuando nos dijo lo de las tutorías —Edwin sonrió colocándose a mi lado.

—No es tu culpa, cumples con tu trabajo, solo cuídate.

—Es lo que le decimos, precisamente en literatura habló con ella frente a todos, unos minutos antes—Le notificó Ray enarcando ambas cejas. Edwin lo miró extrañado. ¿Qué, eso era todo un evento? ¡Ahg!

—Eso sí que es extraño, él solo habla con su grupo de amigos. Nunca se mezcla, solo cuando cometen alguna novatada o necesitan la ayuda de alguien —El trío me miró como si me estuvieran estudiando y le dieran al clavo con sus conjeturas.

—¡A sus lugares! —ordenó el maestro al entrar y tras él a toda prisa entraron Billy y Robert. El día se estaba tornando más atípico que ningún otro. Y lo peor era que cada vez me sentía con más ganas de verlo.

Edwin, Ray y Billy no me dejaban en paz. Emma me veía triste. Varias veces observé cómo miraba a Ray, él no se daba cuenta de sus sentimientos. Era muy bonita, agradable e inteligente. No podía comprender por qué no reaccionaba.

Robert notó mi hastío y volvió a salir en mi defensa. La clase fue más fácil que literatura, por lo menos no se hallaban los dos bandos en el mismo salón.

En el receso mandé al diablo a todos. Fui a la biblioteca, me escondí en un rincón y adelanté deberes. Necesitaba estar sola. El móvil continuaba en silencio, era lo mejor, necesitaba enfriar mi cabeza.

En atletismo el equipo de americano ya estaba fuera cuando llegué. La maestra Hilling no nos dio un respiro, lo cual me ayudó mucho. Supe, por sus ojos clavados en mí, que ahí se encontraba. Las veces que giré a buscarlo me rendí enseguida, todos eran igual de altos, traían sus cascos y uniforme puesto.

En cuanto terminamos tomé una ducha y me dirigí con las manos sudorosas al edificio. Subí las escaleras de dos en dos. La puerta no estaba cerrada como de costumbre, sino emparejada. Suavemente la hice a un lado para entrar y de repente se cerró tras de mí y ya tenía a Liam muy cerca. Me sujetaba por la cintura con posesividad.

—Hola... —susurró sobre mi cabello mientras lo olía. Dejé caer la mochila

y lo abracé escondiendo el rostro en su pecho. Su aroma me tranquilizó enseguida. Tener su espalda bajo mis palmas me generaba la sensación de que nada había pasado. Me separó lentamente, tomó mi barbilla con una mano y se agachó hasta rozar mis labios. Me tomé de sus hombros poniéndome de puntillas. Me acercó cada vez más a él. ¡Se sentía tan bien! De inmediato mi ansiedad fue disminuyendo y otro sentimiento se fue incrementando. Se separó para variar, en cuanto nuestras respiraciones comenzaron a agitarse y recargó su frente sobre la mía sin quitar su mano de mi mejilla.

—Dios... un minuto más sin besarte y enloquezco —tenía los ojos cerrados de nuevo y su voz era ronca debido a la excitación del momento. Yo aproveché para intentar normalizar mi oxigenación, poco a poco lo logré. Agarró mi mochila guiándome hasta la silla, se sentó a mi lado—. Te hice sentir incómoda en clase ¿verdad?

—Sí —acepté tranquila. Sujetó mi mano y la acercó a sus labios.

—Kyana, la sangre me hervía, Ray te invitó a salir, ¿no es cierto? —lo miré atónita mordiéndome el labio. Sonrió asintiendo— Te lo dije, sabía que pronto algo así pasaría —No parecía molesto.

—Liam, yo no tenía ni idea. Además, no fue un buen día —Ahora sí parecía preocupado.

—¿Por qué? —No quería mentir y pensaba que después de todo, él tenía parte de culpa.

—No tomaron bien que te dé tutorías, se molestaron —cerró su puño hasta dejar los nudillos blancos—. Me previnieron mucho sobre ti...

—Kyana... —No le permití hablar.

—Espera, no digas nada, quiero que sepas algo, confío en ti, Liam. No sé quién eras, no sé si quiero saberlo, solamente... no me traiciones, por favor. Eso es lo único que necesito. Si de verdad esto es un juego, dímelo y no habrá problema —Me observó abatido, acercó mi rostro al suyo desgarrado por mi petición, le dolieron mis palabras.

—Sé que todo esto me lo busqué, pero jamás, te juro, jamás te fallaré. No temas de mí... por favor, esto es real, mi única verdad —No le respondí, su mirada me decía que era sincero, no quería dudar, necesitaba creer—. Sí, he hecho cosas malas. En esos momentos no lo pensé... Recientemente era otro, pero... ya no puedo, te metiste en mi cabeza de esta manera tan abrupta, tan fuerte y... de repente, todo cambió, fue como si nada hubiera tenido sentido hasta ahora. Tanto que me estoy cuestionando todo peligrosamente. Lo que

hice no lo puedo cambiar, Kya, créeme que si pudiera lo haría. Lo que te puedo asegurar es que nada igual volverá a suceder. Te lo juro —claro que le creía. Me asustaba saber lo que llegó a cometer, aun así, le creía porque a mí me pasaba igual. Era como si me hubiera mudado de cuerpo, de sentimientos, todo tenía un sentido diferente ahora.

Acaricié su rostro trazando con la yema de mis dedos la línea de su nariz, de su quijada, de sus cejas y por último de sus labios. No se movió, mantuvo cerrados los ojos permitiendo que lo explorara con libertad. Me acerqué cada vez más, sin poder evitarlo. Su esencia me llamaba, cuando sintió mi aliento sobre su rostro, abrió los párpados y me abrazó besándome con arrebató.

Terminé sin darme cuenta, sentada sobre sus piernas. Me probaba sosteniéndome a un lado. Yo ya no pensaba, solo sentía... Me tenía completamente encadenada a él. Mis piernas colgaban a un lado de sus rodillas, me sujetó de la espalda como si tuviera miedo de que fuera a irme. Con la mano libre acomodaba mi cabello, mientras acariciaba mi rostro dulcemente, con suma ternura, con... adoración.

Un ruido del exterior me alertó y de pronto me di cuenta en dónde estaba. Podía entrar cualquiera. Si alguien nos hubiera visto así, no tenía ni idea de lo que hubiera podido pasar.

Me zafé a toda prisa, él también parecía desorientado. Ambos nos carcajamos al tiempo que me sentaba en mi lugar. Nos miramos fijamente mientras íbamos regulando nuestra respiración lentamente intercambiando cualquier cantidad de mensajes cálidos que podía incluso sentir por todo mi cuerpo. Cuando recobramos la capacidad pulmonar adecuada, saqué el libro de mi mochila. Él sacó su libreta y lápiz. Los cuarenta minutos restantes intenté explicarle algunos nuevos conceptos. No me costó trabajo, ponía atención, preguntaba y anotaba cada cosa. Al terminar guardamos todo, antes de salir me volvió a besar.

—No sé cómo... pero te estás metiendo hasta en mi sangre —rocé sus labios de forma fugaz en respuesta. Abrí la puerta y bajamos.

Iba delante de él despreocupada. Obviamente en la luna, giré sonriente para esperarlo.

—¡Liam! —gritaron. Reconocí esa voz, era Roger. Mi rostro se descompuso de inmediato. Mi novio en dos segundos, estaba ya frente a mí, serio. Cuando volteé, vi que no venía solo. También iba con Kellan y otro que ya había visto con ellos en literatura, se llamaba Luck. ¡diablos!

—El entrenador nos quiere ver en quince minutos —Le informó Kellan

mirándome extrañado y arrugando la frente.

—Bien —me tomó del antebrazo empujándome con suavidad para rodearlos e irnos.

—Espera, es en serio, ¿es tu amiga? —preguntó Roger burlón deteniéndolo por el hombro del lado opuesto al que yo iba. Liam lo miró amenazante. Me quedé paralizada, no quería problemas y parecía que eso era justo lo que sucedería.

—Ya te lo dije, ¿no?

—Cálmate, Liam —trató de suavizar las cosas Kellan al notar su reacción—. La pregunta de Roger es lógica. Nosotros, bueno, no... —Y me estudió con escrutinio—. Bueno, tú menos que nadie necesitas más amigos.

—Me parece que eso es algo que a ustedes no les importa —zanjó con decisión apretando la quijada. Yo veía a los cuatro frente a mí con la boca y garganta seca. Me sentía diminuta e insignificante. Todo era irreal, como salido de una película.

—Depende de para qué la quieras. Pensándolo bien esta «mexicanita» podría entretenernos un ratito, no está nada mal, al contrario y además... tiene una boquita... —Roger alargó el brazo hasta mí para rozarme el labio. Liam lo detuvo colocando ambas manos sobre su pecho y empujándolo con asombrosa fuerza. Su gigantesco cuerpo chocó de inmediato contra un muro del edificio, lo miró furioso. Kellan y Luck, sin perder tiempo, se pusieron en medio de los dos intentando serenarlos. Abrí los ojos dejando de respirar, sintiéndome en exceso nerviosa, perpleja. Deseaba salir de ahí, mis pies no se movían.

—No me digas que tú ya... ¡Ah!, es por eso ¿verdad? —conjeturó el gorila patán intentando zafarse del abrazo de Luck.

—¡Eres un imbécil! —Liam estaba justo frente a mí protegiéndome de lo que ahí sucedía. Kellan tenía una mano en su pecho.

—¡Ya, tranquilos! —Rugió el que detenía a mi novio—. Liam, ¡¿qué mierdas sucede contigo?! ¿por qué te pones así? —estaba frente a él evaluándolo confundido, parecía no reconocerlo.

—No seas estúpido, eso hasta yo te lo contesto, porque «esta» —respondió Roger señalándome—, es su nuevo juguete. Lo que no comprendo es por qué no la quieres compartir —Mis ojos se abrieron atónitos. No daba crédito de lo que escuchaba, sentí un agujero negro abrirse bajo mis pies. Al parecer los alcances de ellos iban más allá de mi imaginación—. O es que... ¿tienes algún interés en particular en ella? —continuó Roger más tranquilo y más

hiriente en su tono. Aún veía mucho odio en su asquerosa mirada. Sentí los ojos vidriosos.

¡No, eso no!, rogué en mi interior. Liam no era lo que ese mandril decía.

Kellan y Luck esperaron su respuesta con suma atención. Quería llorar de rabia, de impotencia, quería salir corriendo y nunca más volver. No iba ser tan fácil, ahí estaba la prueba.

—No tengo por qué contestar tus preguntas, Roger. Ni las tuyas, ni las de nadie. —reparó a los otros dos hecho una fiera. Incluso a mí me dio miedo verlo así; era otro. Roger aplaudió burlón. Mi cuerpo temblaba, mis palmas las sentía sudorosas.

—¡Basta! —exigió Luck duramente.

—Bravo, Liam. Estás haciendo justo lo que juraste nunca hacer, te estás acostando con una «mexicanita». En serio eres mi héroe porque realmente son mojigatas —sentí unas náuseas terribles, me daban asco sus palabras. Liam corrió hasta él, esquivando a Kellan, lo tomó por la camisa, estaban de la misma estatura y en voz muy baja le escupió algo que no alcancé a escuchar, pero que lo puso al fin un poco pálido.

Kellan y Luck tampoco lograron oírlo, aunque notaron lo mismo que yo. Liam lo soltó bruscamente, fue hasta donde yo me hallaba, rodeó mis hombros y me sacó de ahí mientras gritaba de lo más casual: «Ahora regreso».

No hablé, no podía reaccionar. Cuando llegamos a su camioneta, me ayudó a subir sin ningún tacto. Arrancó rápidamente y salimos de ahí. Unas cuadras antes de casa, se detuvo. Respiró profundo y me observó aún agitado, con las pupilas dilatadas. Lo vi de reojo demasiado ansiosa, yo mantenía abrazada la mochila con fuerza innecesaria, de inmediato perdí de nuevo la vista en la ventana, me encontraba en shock.

Tomó mi rostro con suavidad, deseaba que lo mirase. Su expresión ya era muy similar a la que yo conocía, solo que ahora también había culpa y algo más... preocupación, pensé.

—Kyana... discúlpame, de verdad perdóname —Las lágrimas comenzaron a salir sin que lo pudiera evitar. Se quitó el cinto de seguridad y me abrazó de inmediato ante mi reacción—. Por favor... tranquila... estás temblando... Kyana...

—¿Qué fue... todo eso, Liam? —logré preguntar al fin contra su camisa.

—Ellos no saben nada, no saben lo que siento por ti, no son malos —Me separé y lo examiné llorosa e insegura. Las palabras que escuché daban

vueltas en mi cabeza sin poder detenerlas. Su rostro estaba lleno de remordimientos, tenía los ojos rojos, vidriosos.

—¿Y qué es exactamente lo que sientes por mí? Todo parece irreal, Liam. Ni siquiera tiene sentido que te fijaras en mí, no tenemos nada en común, somos opuestos, nuestros amigos se odian. Esto no tiene forma de terminar bien —Al escucharme frunció el ceño mirándome serio y fijamente, silenció mis labios con su dedo índice.

—Kyana, funcionará, eso te lo prometo. Ahora no tengo respuesta para tu pregunta, solo sé que ni yo mismo lo puedo entender. No puedo dejar de pensar en ti a toda hora, te veo por todas partes, es como si... te hubiera estado esperando toda mi vida —sus palabras me dejaron sin aliento y olvidé por un momento, el incidente que acababa de presenciar y por el que tenía la vista nublada. Cerró los ojos, después los abrió y soltó mis manos poco a poco que estaban aferradas a mi mochila llevándoselas a la nariz para absorber mi aroma— Kya, jamás he reaccionado así con ellos. Esto, es, más fuerte que yo...

—Liam... —susurré. Me miró sonriente.

—Tú no tienes que decir nada, solo no te rindas por favor. Sé que va a ser más complicado de lo que pensamos. Solo te suplico que no te alejes, soporto todo menos eso —Me dio un pequeño beso para afianzar lo que acababa de decir—. Debo irme, escuchaste lo de la reunión —asentí—. ¿Crees que pueda venir a verte más tarde? —parecía intuir que me negaría. Sin embargo, para esas alturas, sabía era definitivamente muy tenaz.

—Sí —frunció el ceño

—¿Sí?

—Sí...

—¿Y tu madre? —me encogí de hombros restándole importancia y mucho más tranquila debido al cambio de tema—. ¿Le dijiste? —preguntó emocionado e incrédulo.

—Más o menos...—acepté intentando sonreír aún muy nerviosa. Me agarró por la nuca y me dio un súbito beso de excitación.

—¡Perfecto!, ¿te parece a las siete? —Asentí de nuevo. Le dio al volante un pequeño golpe de júbilo—. ¡Sí, sí! —repitió feliz. En ese momento agradecí a mamá por orillarme a que le contara lo que sucedía la tarde anterior. Si no lo hubiera hecho, no sabría si lo vería más tarde y después de lo que acababa de ocurrir, habría enloquecido. Me dejó en casa y partió de inmediato.

Terminando de cenar le avisé a mamá que mi novio iría y por supuesto

quiso saber qué haríamos. ¡Qué pregunta! No tenía ni idea, yo solo quería verlo, lo demás... no me importaba.

—No lo sé, pero por favor, sé discreta... —Nunca le había presentado un chico que me gustara, así que no tenía ni idea de cómo reaccionaría. Lo cierto es que alcanzaba a imaginarla recibéndolo con una gran sonrisa y examinándolo de arriba abajo.

El timbre sonó, ojeé el reloj, faltaban tres minutos para las siete. Mamá ya terminaba de ordenar la cocina, divertida por mi actitud. Me dirigí a la puerta con los ojos entornados en símbolo de amenaza. Abrí y ahí estaba él. Parecía fatigado.

—Hola... —Me saludó sonriente dándome un beso en la frente.

—Pasa —abrí por completo la puerta para que entrara. Observó todo atento. Dentro de mi casa se veía aún más grande.

—Es muy agradable, me gusta —admitió al tiempo que entrelazaba nuestros dedos mirándome con el ceño fruncido—. ¿Pasa algo?

—Te voy a presentar a mamá, hay que terminar con esto de una vez —rezongué, no muy contenta. Sonrió divertido y claramente feliz. Lo arrastré hasta la cocina. Ella ya estaba guardando el último plato cuando aparecimos ahí.

—Mamá... él es Liam —se incorporó rápidamente, no logró esconder su asombro. Elevó su mano, al tiempo que él hacía lo mismo.

—Mucho gusto, Liam. Soy Irina, la madre de esta jovencita.

—Mucho gusto, señora —Ella rio.

—No por favor, Irina está bien, ¿de acuerdo? —Mi novio asintió alegre. Mamá me observó de forma peculiar, sabía que ya estaba de mil colores—. Hija, tengo trabajo que terminar, se van a quedar... o ¿piensan salir?

—Vamos a salir —me escuché decir de pronto. Él sonrió divertido avalando con la cabeza lo que dije, era evidente que seguía mi improvisación.

—Perfecto, entonces los veo luego. Mucho gusto, Liam y no lleguen tarde.

—Lo prometo e igualmente, Irina —mi madre desapareció por las escaleras. En cuanto la perdimos de vista me abrazó.

—¿Ves?, no fue tan malo —Me tenía sujeta por la cintura al igual que yo.

—Sí, pero es la primera vez y...

—Espero que sea la primera y la última —besó mis labios con ternura. Me separé de inmediato nerviosa. Mi madre podría bajar, caminé a la puerta de prisa—. Oh, cierto, nos íbamos —Y salió tras de mí. Nos subimos al auto y arrancó—. ¿A dónde vamos?

—No sé, sorpréndeme, tú eres de aquí, no yo —sonrió divertido y puso el motor en marcha. En el camino me preguntó los detalles de cómo fue que le conté lo nuestro a mi madre. Al escucharlo soltó tremendas carcajadas. Al final de mi relato tomó mi mano y se la llevó a los labios, ya serio.

—Uno menos... —susurró con la vista al frente.

Quince minutos después se estacionó. Al ver el paisaje me bajé de inmediato. Era un mirador.

—¡Oye, esto es hermoso!

Rodeó mi cuerpo por detrás recargando su barbilla sobre mi cabeza.

—Lo sé, Myrtle Beach desde aquí se ve... increíble —No hablamos por unos minutos absorbiendo lo que nuestros ojos veían. La ciudad no era muy grande, al contrario. Las luces cálidas de las casas y edificios eran perfectas, se reflejaban en el mar como si fueran pequeños luceros titilantes. La noche lograba que todo se viera más hermoso, etéreo, fugaz: mágico. Me acerqué a un barandal de madera y recargué mi vientre ahí, él se colocó a mi lado con su mano en mi cintura—. Kyana, necesito explicarte lo que pasó a mediodía —lo miré torciendo la boca insegura—. Debo aclararlo —me aseguró. Acepté con los ojos, no muy convencida de querer saber—. Okey, verás, ellos y yo... nos hemos llevado de esa forma —admitió claramente avergonzado.

—Lo cierto es que nunca sucedió algo como esto. Roger puede volverse loco de repente, aun así, siempre lo he apreciado mucho. Y Kellan es mi mejor amigo. Ellos no comprenden... —miraba la ciudad perdido en sus pensamientos—. No es que tratemos así a las personas en realidad... es más bien una fama que no hemos querido desmentir, muchos han decidido creer lo peor de nosotros siempre.

—Al principio nos hirió y poco a poco ellos y yo nos fuimos protegiendo, hostigando un poco y permitiendo que los demás imaginaran el resto. No te puedo negar que he participado en cosas de las que no me siento orgulloso, sin embargo, jamás lo que escuchaste hoy... No quiero mentirte, aquí... son muy cerrados... conservadores... el lugar en donde naciste importa mucho para nosotros... —estaba muy serio y ya no me tocaba, comenzaba a pensar que esto era apenas el principio de algo más grande, un temblor recorrió mi cuerpo—. Nos educaron de una manera, Kyana. Como te has dado cuenta, no todos son así. Dentro de esas excepciones, no entro yo, ni... mis amigos. Tampoco les hemos hecho algo por ese motivo, pero... Kyana... ¡Maldición! Me siento tan avergonzado. —Lo vi sin mostrar ninguna emoción, lo cierto

es que dentro de mí las nubes rosadas e imágenes tiernas se desvanecían. Comprenderlo costó mucho trabajo. Nuestros mundos eran tan distintos y la forma en la que habíamos crecido, también.

—Sí es verdad que a los latinos, y a cualquiera en realidad, los fastidiábamos, tú sabes... —negué severa. Abrió los ojos para después cerrarlos con fuerza—. No sé... les rayábamos sus casilleros, les metíamos porquería y media adentro, los... amenazábamos, amedrentábamos... — mantenía escondido el rostro entre sus brazos que estaban recargados en el grueso barandal—. Nos burlábamos públicamente, situaciones de ese estilo. Los echábamos de las mesas, les quitábamos comida, dinero, rompíamos sus cosas, los hacíamos caer... «novatadas». En realidad: injusticias, abusos, atrocidades —admitió con un hilo de voz.

Me alejé azorada un poco más, decepcionada. Necesitaba distancia, cada palabra suya me estaba doliendo. Ese chico que tenía frente a mí, era un... No podía siquiera pensar las palabras y lo peor de todo era que... lo quería—. En cuanto a las chicas; jamás hemos hecho algo que no quisieran, eso te lo juro. Tú sabes que hay hombres y mujeres que están con uno y luego con otro. Así son... muchos, así... yo también fui.

—Por eso pensó que conmigo era igual, ¿no es cierto? —Ya me sentía para esas alturas enojada. Mi tono de voz lo hizo percibir mi desilusión. No se movió y asintió triste.

—Kyana, no puedo cambiar lo que fui... lo siento. Yo solo puedo cambiar lo que voy a ser a partir de hoy. Comprenderé si deseas... pensarlo. Además, debes saber que vas a enterarte de cosas que ahora no recuerdo. Por lo mismo necesito sepas que no las repetiré nunca. ¡Maldición! Me avergüenza tanto. Antes... lo presumía. No entiendo cómo es que todo está cambiando tan abruptamente dentro de mí —miró las luces parpadeantes, lleno de impotencia y frustración—. Me juré, incluso, que... nunca andaría con alguien que... viniera de donde tú vienes... —susurró arrepentido—. Y... llegaste, no comprendo aún lo que siento, pero estás en mí... muy dentro... Necesito ser mejor persona para poder merecerte. Lograste que cambiara y sin percatarme en menos de dos semanas, todo las creencias que sustentaban mi vida, todas mis ideas, mis sueños... ya no tienen sentido. Ya no sé nada, no estoy seguro de nada, solo que no puedo estar sin ti —sonaba desesperado, veía sus ojos rasados pese a la distancia.

No sabía qué decir. Abría la boca una y otra vez para hablar, no sabía qué... así que la cerraba arrepentida. Tenía ganas de consolarlo, de colocar una

mano en su espalda y asegurarle que todo estaría bien. Algo me lo impedía. Pensaba angustiada: ¿y si no cambiaba?, ¿y si... volvía a ser el mismo en poco tiempo? Yo estaría perdida por él, no habría marcha atrás, ¿si me decepcionaba? No volvería a creer en nadie.

Mi cuerpo y mi mente lo aclamaban a gritos. Tenía que intentar ser razonable, por otro lado, realmente creía que la gente podía cambiar. Necesitaba creer que así sería, porque no podía justificar lo que escuché salir de su boca. Rechazaba a las personas como yo y jugaban con el resto. Asqueroso, bajo, muy bajo.

—Probablemente cualquiera pensaría que soy un idiota por decírtelo, de cualquier manera te enterarías. Creo es mejor que los sepas por mí...

—¿Qué pasó entre Max, Ray, Kellan y tú? —Todo ese día fue lleno de noticias y cosas extrañas, saber eso era ya prácticamente saberlo todo o... por lo menos eso creía yo. Ilusa.

Permaneció en silencio un minuto. Levantó la cabeza y me observó.

—Los cuatro queríamos entrar al equipo de americano, solo Kellan y yo lo logramos. Se decepcionaron mucho, continuamos siendo amigos —agachó la vista hasta sus manos—. La realidad es que las cosas comenzaron a cambiar. Kellan y yo estábamos todo el tiempo rodeados de chicas, ligando. Nos invitaban a todas las fiestas, éramos ya muy conocidos y sin fijarnos, nos distanciamos. Pasaban semanas y no nos hablábamos, no nos veíamos. Yo no sabía nada de ellos, ni ellos... de nosotros. Un día me encontré a Max en una fiesta con... una chica. Él me saludó, deseaba presentarme a su «novia». Al ver quién era me quedé helado. Llevaban un par de semanas juntos y yo, sin saberlo... había estado con ella varias veces durante el tiempo que tenían de relación —Me miró apesadumbrado, afligido, culpable—. Te juro que no lo sabía —susurró arrepentido—. Esa misma noche, pero más tarde, ella me buscó. Yo hablaba con unos amigos, me arrastró hasta un lugar donde no había nadie y me rogó que no le dijera nada de lo que sucedió entre los dos y... antes de irse... me besó sin que yo lo viera venir. Max y Ray llegaron justo en ese instante... me odiaron. Kellan y Luck saben que es cierto, juro que no te miento. Cuando intenté arreglar las cosas, ellos ya tenían una verdad que no quisieron cambiar. Lo cierto es que sin saberlo, traicioné a mi mejor amigo de la niñez. Con el tiempo la situación fue poniéndose peor. Buscaban ridiculizarme en clase o cosas de ese tipo, yo no me dejaba y usaba todas mis armas contra ellos. Los comprendía, lo prometo, yo hubiera actuado igual o seguramente mucho peor... —En ese momento me miró

significativamente, comprendí enseguida a qué se refería. Sentí la boca seca. Todo era increíble, parecía salido de un cuento—. Meses después me nombraron capitán del equipo. Kellan, Roger, Luck y los demás comenzaron a protegerme. Un abismo de enormes proporciones se abrió entre nosotros, ya nada podía ser como solía. Sé que «aquello» jamás debió ocurrir, fue un error imperdonable, pero no tenía forma de saber. Así que comenzó una lucha entre ambos. Él es muy inteligente... es respetado por nuestros compañeros y los maestros. Yo no podía competir contra ello, así que continuamos imitando la manera de ser de quienes nos iban cediendo el equipo. Los típicos «populares», con mucha influencia... Todo iba tranquilo, bueno, en realidad ignorándonos deliberadamente por mucho tiempo. Hasta que... tú llegaste, Kyana. No sé qué ocurrió, lo cierto es que de pronto pusiste a todos en alerta de nuevo —asentí desviando la vista—. Te juro que no miento... No tendría sentido, no si quiero que los sepas todo, que me conozcas tal cual. Es verdad que en ocasiones les hice... cosas, era parte de todo. Sin intentar justificarme, ellos también saben jugar rudo. La diferencia es que nosotros no nos metíamos solo con... ellos. Era a todo aquel que nos retara o fastidiara —En ese momento comprendí lo de Roger—. Le hacíamos la vida imposible si alguien no nos caía bien. Si no podíamos directamente, pues... otro se encargaba, somos parte de lo mismo... —En serio me estaba confesando todo. Ya no podía, ni quería escuchar más, la cabeza me punzaba y sentía que era mucha información que acomodar. Vi el reloj del móvil, las nueve treinta.

—Necesito llegar a casa... —murmuré en voz apagada, sin mirarlo directamente.

No se atrevió a tocarme, abrió la puerta y subí sola. Entró un minuto después y prendió el motor. Estaba abatido, no dijo nada mientras manejaba con suma atención.

Llegamos quince minutos después. Apagó el auto, recargó sus manos en el volante y puso ahí su quijada un segundo.

—Lo siento —logró decir estudiándome ahora expectante, era evidente su preocupación, su temor.

—Lo sé...

—¿Qué va a pasar, Kya?

—Necesito ordenar todo, Liam. Estoy muy confundida... —Él asintió serio.

—Entiendo —era tan grande, tan guapo, proyectaba seguridad por cada poro del cuerpo, sin embargo, en ese momento, no. Sufría y le era nuevo el sentimiento. Estaba segura de que nadie jamás me creería si describiera la

imagen que mis ojos absorbían—. Kya, no quiero presionarte, sabes lo que siento y ahora también sabes quién soy, quién fui y lo que quiero ser... es todo lo que te puedo ofrecer... incondicionalidad y lealtad —de verdad se hallaba muy turbado. Me mordí el labio, no me importaba que él estuviera en frente, mirándome atento, estaba muy nerviosa, triste, decepcionada y desesperadamente enamorada de ese chico de mirada tan extraña, de sonrisa fácil.

—Liam, lo único que tengo claro es que... no puedo, ni deseo dejarte... —su rostro se tornó confuso, frunció la cejas sin comprender—. Solo quiero que vayamos poco a poco, despacio... esto... realmente me asusta... pero ya no puedo estar lejos de ti... es más fuerte que yo y... lo que hiciste, tienes razón... no lo podemos cambiar —al final susurraba más para mí que para él, observando mis manos atenta. Un segundo después me abrazó hundiendo su rostro en mi cabello. Escuché cómo suspiraba quebradamente mientras acariciaba mi pelo y espalda con ternura.

—No te voy a decepcionar, Kyana... Te lo voy a demostrar, así me lleve la vida. —No pude contestar nada, prefería ver qué sucedía. Me separé recordando que estábamos frente a casa y que mi madre me esperaba.

—Debo entrar...

—Lo sé. —Me dio un beso fugaz y bajó enseguida para acompañarme hasta la puerta. Abrí y lo miré con tristeza. Él acomodó un mechón tras mi oreja dulcemente.

—No me gusta que estés así, y... menos saber que soy el responsable, pero no podía ocultarte esto.

—Son muchas cosas, Liam, pero sé que voy a estar bien. —Intenté sonreír, no pude. Besó mi frente.

—Prometo mañana no complicarte el día, ¿de acuerdo? —Asentí cansada. Me metí y a los segundos, lo escuché arrancar.

Me recargué en la puerta, intentando tranquilizarme. Quería salir huyendo, ya no podía. Él me detenía, ni siquiera Los Ángeles me atraía. Una lágrima de dolor y miedo se escapó sin que lo pudiera evitar. Liam fue justo lo que siempre odié y esperaba, por mi bien, que estuviera dispuesto a cambiar, porque no existía otra forma de que estuviéramos juntos, no con el chico que describió en el mirador.

Respiré profundo intentando sosegarme, limpié mi rostro y subí. No quería que mamá me viera así y preguntara el porqué, esto era entre él y yo, nada más. Ensayé una sonrisa relajada y cuando me acerqué a su habitación, la

mantuve congelada.

nuestro secreto

Me encerré en la recámara. Tomé el pijama. Después de ponérmelo, me acosté. Metí la mano bajo la almohada y saqué su sudadera. Aún olía a él. Absorbí su aroma abrazándola ansiosa, no dormiría con facilidad. Eso solía pasar cuando algo me tenía inquieta.

Y es que la conversación con él en el mirador, sus confesiones, su... historia, dolió. ¿Cómo fue que los dos perdimos la cabeza y la razón por la clase de personas que juramos nunca aceptar en nuestra vida? Liam nunca quiso a quien no fuera igual a él. Yo... yo siempre odié a los de su clase. El destino era realmente extraño, al fin lo entendía: prejuizar, enjuiciar, rechazar... todo eso no tiene ningún sentido, ni justificación, menos si no se conoce desde el fondo las razones y porqués de las personas.

Perdida, observando a través de la ventana, acostada sobre la cama, me deleité contemplando las copas de los árboles mecerse tranquilamente, con el aire un poco frío del exterior. Sin darme cuenta eso logró relajarme, no supe cuándo al fin cerré los párpados.

Annie pasó por mí. Robert y ella quisieron saber con quién me marché a casa el día anterior.

—Con Liam —escupí rápidamente. Ambos me miraron y se carcajearon animosos.

—De verdad que las cosas están cambiando —expresó Robert, sereno. Lo observé sonriendo. No me preguntaron más, por lo que cambié el tema por algo de la clase de ciencias, funcionó.

En el almuerzo hablamos de cosas sin importancia, eran en serio agradables. No sabía nada de Liam para ese momento, por lo mismo me sentí más tranquila, aunque si era sincera, moría por verlo.

Cuando entré a literatura, no estaba. Pasaron varios minutos y no apareció. Mis palmas sudaron. Miraba una y otra vez la puerta. Ni él, ni ninguno de sus dos amigos se asomaron. Tomé mi mochila discretamente y busqué el móvil. Parpadeaba. Piqué la tecla central y vi que tenía un mensaje de Liam. No lo había escuchado.

«Kya... hoy tenemos entrenamiento especial... Te veo a las cuatro... Te extraño».

Sonreí, ahí estaba mi respuesta. Perdida escuchando al profesor, me di cuenta de que su ausencia la percibí desde que bajé del auto... Ya no lo podía evitar.

En el segundo receso nos reunimos en el jardín, bajo un árbol. Intercambiamos apuntes hablando distraídamente. Un alboroto se escuchó, enseguida alzamos la vista. El equipo de fútbol, todos iban llegando en diferentes autos.

Caminaban juntos rumbo a nuestra dirección, reían y se aventaban entre sí por algo que otros decían. Esa era la entrada trasera del instituto, estaba rodeada por grandes áreas verdes donde solían pasar el tiempo los estudiantes en el segundo receso y por donde se entraba si se venía del estacionamiento.

Nadie dejaba de verlos y es que era imposible, resultaban «llamativos», por así decirlo. Iban sin su uniforme, con sus grandes cuerpos y he de confesar que, en su mayoría, no eran nada feos. En un segundo grupo llegó él. Vestía una playera negra que, si bien no era ajustada, lograba que se adivinara su espectacular cuerpo, un jean ya gastado como los que solía usar y tenis oscuros.

Mi boca se secó. Reía por algo que le acaba de decir a Kellan. Bajé la mirada enseguida y continúe pasando los apuntes del día anterior sobre literatura, intentando concentrarme. Si lo veía a los ojos, sabía que notarían mi interés por él.

—Te está mirando —murmuró Lana en secreto, pasmada. Supe enseguida que se refería a mí, alcé el rostro, nerviosa. Ya estaba prácticamente a unos metros de donde me encontraba y... en efecto, lo hacía intensamente logrando con ese potente gesto que mi cuerpo despertara. Mis pulmones se hicieron pequeños y mis mejillas se enrojecieron. ¡Diablos!, no debería hacer eso, quería mandar todo al demonio y saltar sobre él.

Por un minuto juré que se acercaría, no lo hizo, solo elevó la mano saludándome con una enorme sonrisa dibujada en esos perfectos labios. Respondí con timidez, continuó por su camino. Intenté poner atención a lo que escribía, ¿qué estaba copiando? Observé mi libreta, desorientada. El ambiente se volvió a sentir cargado, no me atreví a encararlos.

—Le... gustas... —escupió Edwin seriamente con voz queda, como si al fin comprendiera todo lo que ocurría. Sentí un sudor recorrer mi cuerpo, mordí mi labio nerviosa.

—Kyana, ¿podrías explicarme lo de ayer? No comprendí muy bien esta parte —Annie señaló un párrafo de mi cuaderno que no era en absoluto complicado. La miré sonriendo y ella, en respuesta, me guiñó un ojo. Todos ignoraron el comentario de Edwin y continuaron con lo que hacían como si nada hubiera pasado. Sin embargo, Max y Ray sí me observaban intrigados de vez en vez, no se la tragaban.

Caminaba hacia mi clase de historia con Emma a un lado, cuando la alerta del móvil sonó. Lo saqué y discretamente lo leí.

«Me matas, ya quiero verte».

Esos mensajes me ponían de mil colores.

«En hora y media... también me gustas» Le contesté.

Mi amiga y yo nos sentamos en los lugares que solíamos.

—Lo que dijo Edwin, me parece que es cierto... —abrí los ojos como platos. Ella tenía la barbilla sobre sus manos elevadas por sus codos y me observaba sonriente, pícara en realidad.

—¿Q-qué dijo? —fingí demencia intentando sonar inocente. Emma rio dándose cuenta de que sabía perfectamente a qué se refería.

—Lo de Liam, tú a él le gustas.

—¿Por qué piensas eso? —logré preguntar sintiendo mis palmas húmedas.

—Por todo lo que ha estado pasando desde el sábado. Sé que no lo conoces, pero nosotros sí y... algo le interesa de ti —sacudí la cabeza negando firmemente y miré hacia el frente seria—. Kyana, algo está cambiando en él... ¿comprendes? —giré de nuevo mi rostro sin contestar—. Lo que sucedió en la playa, Liam no es así y... tú hablando con él ayer en el corredor... eso es más que extraño. A veces en el almuerzo, ve mucho a nuestra mesa, busca algo... Al parecer no lo íbamos a poder ocultar por mucho tiempo. No sabía qué era lo mejor a esas alturas. Puso una mano sobre mi hombro guiñándome un ojo—. No te preocupes, son conjeturas. Lo cierto es que no habíamos tenido tanto movimiento desde hacía mucho tiempo... —sonreí más tranquila al escucharla, en mi caso era igual. Lo único que no podía creer era que yo fuera el motivo.

En mi otra vida, constantemente las separaba, nunca fui un parteaguas. Vivía feliz, tranquila... Ya nada era como solía, ni siquiera yo. Sentía que no podía bajar de ese juego mecánico similar al de las ferias: donde te subes y en un segundo quedas de cabeza, para luego dar vuelta, a una velocidad estrepitosa. Todo era intenso, desconocido. Por primera vez en mi vida no tenía idea de nada.

Llegué unos minutos antes de las cuatro al edificio de tutorías. Me senté y comencé a repasar lo que le explicaría ese día. La puerta se abrió y entró cerrando tras de sí. No me dio tiempo de hacer nada; dejó caer su mochila, se hincó frente a mí y me besó tomándome por la cintura.

Sus arrebatos me encantaban. Rodeé su cuello respondiéndole deseosa. Sus labios exigían más y más, me invadió con su lengua y yo lo seguí sin dudar. Un minuto después se separó sonriendo, con los ojos cerrados, como siempre y recargándose en mi frente.

—Me hiciste mucha falta —tomé su rostro entre mis manos. Él abrió los ojos, tenía las pupilas dilatadas.

—Y tú a mí—admití. Sonrió triunfante. No era, ni soy, muy expresiva, así que al parecer sintió que había logrado avanzar un poco más conmigo al escuchar eso. Besó mi nariz al tiempo que se sentaba. Comenzó a sacar su material, relajado.

—¿Cómo fue tu día?

—Bien. Leí tu mensaje ya que había empezado literatura.

—Lo siento, olvidé decirte; para eso nos citó el entrenador —algo cambió en su mirada, una fugaz tristeza lo atravesó, enseguida volvió a ser el mismo. Supongo, que recordar lo del día anterior lo provocó.

—No pasa nada. ¿Y tu día? —intenté distraerlo.

—Veamos, contando que no pude verte en toda la mañana, pasable —me guiñó un ojo y comenzamos a trabajar.

Lucía cansado, tenía unas leves ojeras y aunque ponía atención, era evidente que pensaba en algo diferente a lo que le explicaba. Tenía un brazo descansando en el libro con el lápiz entre sus dedos, el otro lo detenía su barbilla en la palma de su mano sosteniendo todo su peso en el codo. Mientras yo hablaba contemplaba mi boca, mis ojos, mi cabello. Anotaba lo que le parecía más importante, pero no decía nada. Faltaban unos minutos para que la tutoría terminara.

—Liam, ¿sucede algo?, te ves fatigado y disperso —colocó ambos brazos sobre el libro.

—No dormí muy bien y... el entrenamiento fue fuerte —asentí—. Y distraído, un poco. Pero tú eres la culpable, no puedo dejar de verte. En serio no tienes idea de cómo me gustas, quisiera memorizarte —Me ruboricé enseguida. De verdad decía cosas que ponían mi corazón a martillar como un demente, sin embargo, lo entendía, sentía lo mismo.

—Terminamos —cerré el libro con resolución. Dudó.

—¿Segura?...

—Sí, creo que por hoy es suficiente —ahora fui yo la que le guiñó un ojo, sonriendo. Tomé mis cosas y comencé a guardarlas. Él hizo lo mismo. Ambos bajamos y caminamos hasta el estacionamiento, me guió hasta su auto y me ayudó a subir como si de una amiga se tratase.

—¿Sabes? Edwin y Emma creen que te gusto —Le comenté distraída. Sonrió divertido mirándome de reojo.

—¿En serio?

—Sí, de hecho él lo dijo frente a todos.

—Démosle un punto por ser tan observador.

—No bromees —lo regañé un tanto avergonzada—. Creo que comienzan a darse cuenta de que pasa algo —giré al exterior arrugando la nariz.

—¡Ey, Kya!, no te preocupes, eso es lo que queremos. No es fácil para mí esconder esta necesidad de estar contigo, quisiera que todos lo supieran. Muero de celos, sé que les interesas... —Ya no lo podía negar, me estaba dando cuenta de que era cierto, por lo menos con algunos.

—Liam, después de lo que me dijiste ayer ... —Su expresión volvió a oscurecerse—, veo muy difícil que Max y Ray lo tomen bien... no sé qué hacer...

Ya había apagado el motor frente a mi casa. Puso una mano sobre mi pierna.

—Kyana, tú no debes hacer nada...

—¿Cómo?, no quiero escoger entre tú y ellos —bajó la mirada contrariado—. Te escogería a ti... —musité. Sus ojos brillaron, pero no se veía feliz.

—Eso no va a suceder, tú no tienes que sacrificar nada, ya bastante has dejado. Es tiempo, lo sé. Confía... —asentí, intentando sonreír—. Lo haremos poco a poco, está resultando... —tomó mi barbilla, observó su alrededor y me besó delicadamente—. Y si todos se enteran abruptamente —abrí grandes los ojos—, también lo solucionaremos. No es tan complicado —Su seguridad me tranquilizó. Reflexioné sobre sus palabras durante unos segundos.

—De acuerdo, como dices: debe ser cuestión de tiempo. Ahora creo que tú debes ir a dormir... en serio te ves agotado —suspiró asintiendo. Bajé del coche y me acompañó hasta la puerta.

—Kya, hoy tengo una cena en casa, no sé si pueda venir, intentaré escaparme, ¿de acuerdo?...

—No es necesario.

—Claro que lo es, quiero estar contigo —Me perdí en su mirada y asentí atontada, por lo que generaban en mi interior esos simples gestos.

Me sentía alucinada, enamorada, más feliz que nunca en toda mi vida, a pesar de todo lo que podría venir. Preparé la cena y me subí a hacer mis deberes, sin poder tocar bien el suelo de lo ensoñada que me encontraba. Chequé mis correos electrónicos y vi que Jane me había contestado, en todo el día no me buscó por el móvil. Parecía feliz y muy sorprendida por la noticia.

Mamá llegó justo cuando pensaba contestarle. Así que lo dejé para más tarde.

Estaba en mi recámara cambiándole distraída al televisor, cuando escuché el timbre. Supe que era él al instante. No había llamado y pasaban de las ocho treinta.

—Kyana, te buscan —gritó mi madre.

Bajé lo más tranquila que pude y, hablando con ella, estaba él. Parecía actor de Hollywood. Traía un traje color gris oscuro, con una camisa azul celeste que combinaba perfectamente. Supuse se había quitado la corbata y llevaba un par de botones desabrochados.

—Hola —Ambos nos miramos embelesados. Mamá decidió desaparecer de nuevo a la cocina. Alargó su mano hasta tocar la mía una vez solos.

—Pensé que no vendrías...

—Imposible... nadie me detendría —Me dio un pequeño beso. Lo guié hasta el jardín y nos sentamos en uno de los sillones de la terraza—. Me gusta mucho tu casa, es cálida... —estudiaba todo atento.

A mí también me agradaba y el jardín era lo mejor. Un gran cuadrado, con árboles y palmeras alrededor, tenía un asador de piedra hecho especialmente para la casa, ubicado de lado izquierdo y una terraza amplia que se encontraba justo saliendo de la sala, en la que se hallaba un juego de muebles de mimbre oscuro, con cojines claros muy cómodos.

—Era muy formal ¿verdad? —toqué la solapa de su saco. Nos sentamos sobre el mismo sillón. Yo subí los pies y abracé mis rodillas como solía hacer, solo que girada a su dirección. Él se encontraba completamente recargado y también me miraba.

—Sí, un poco —tomó mi mano y se la llevó a la boca—, pensé que nunca servirían el postre... —sonreí fascinada. Resultaba tremendamente atractivo—. Me ves muy extraño —Ya tenía la boca seca y las mariposas revoloteaban dentro de mi estómago muy agitadas.

—Es que... luces muy bien —admití sin reparos. Se acercó hasta mi rostro y lentamente me besó. Saboreaba cada pequeño roce, lo hacía sin prisa, disfrutando.

—De haber sabido que el traje tendría esta reacción en ti, lo hubiera usado antes. —reí divertida—. Kyana... cuéntame de tu vida allá, ¿cómo se llamaban tus amigos?, ¿qué solías hacer? No sé... todo —Se puso cómodo esperando a que me animara a hablar.

—No sé por dónde comenzar, Liam —acarició mi rostro sonriendo.

—Por donde tú quieras... —torcí la boca pensando un segundo. Me agradaba la idea de narrarle mi vida, que supiera más de mí.

—De acuerdo, pero si te aburro me dices...

—Lo prometo —rió sacudiendo la cabeza. Le relaté todo o por lo menos lo más importante. Fui avanzando etapa por etapa. Me ponía mucha atención, reía o se ponía serio, dependiendo de lo que le dijera. Varias veces mis ojos se rasaron: revivir todo era difícil. Él, en respuesta, me besaba una y otra vez apretando mi mano, en señal de apoyo. Eso me reconfortaba de inmediato. En medio de la conversación me recargué sobre su pecho y continúe. Liam revolvía mi cabello con una mano y con la otra, rodeaba completamente mi cintura.

—Todo esto ha sido muy duro... —me enderecé para mirarlo de frente, asentí.

—No quería mudarme. Todo mi mundo estaba allá, pero, ¿sabes? No es tan malo, cuando este año termine, los veré en la universidad, queremos ir a la misma —Su rostro se oscureció. No me dio tiempo de preguntar, porque enseguida volvió a ser él. Colocó una mano sobre mi mejilla observándome, parecía querer llegar a un lugar en mi interior que ni yo misma conocía.

—Sé que voy a sonar muy egoísta, sé que esto te ha dolido mucho... pero, me alegra que estés aquí a pesar de todo —Lo abracé de inmediato.

—Ahora a mí también —acepté, de inmediato nos besamos. Rodeó mi cuerpo con sus largos y fuertes brazos, envolviéndome sin problema, mientras yo me aferraba a su cuello, enredando mis dedos en su rubio cabello. Como siempre, él puso fin al encuentro. En esa ocasión ya no me sentí extraña, sino muy enamorada, paseaba en las nubes, con tan solo tenerlo cerca. Me recostó nuevamente sobre su pecho, dando tiempo para recuperarnos poco a poco. Un segundo después cerré los ojos acurrucada ahí, en ese lugar celestial, mágico en realidad.

Llevábamos cuatro días juntos y era como si apenas fueran unas horas o

toda una vida. Con Liam todo era muy intenso, nada a medias. Mis sentidos estaban completamente despiertos, las horas sin él eran muy largas.

No tenía idea de qué sucedería... Solo sabía que no importaba, si él seguía a mi lado.

—Siento tanta paz cuando estoy contigo y... a la vez, todo dentro de mí es una revolución... —murmuró. Alcancé a sentir su aliento sobre mi cabello.

—Así me siento todo el tiempo —me acerqué de nuevo hasta su boca y rocé sus labios tiernamente. Me volví a acurrucar bostezando.

—Debes descansar, Kya...

—¿Qué hora es? —pregunté distraída.

—Casi las doce... —Me levanté como resorte. No tenía horario para verlo, pero... seguramente por la hora, mi madre no tardaría en ponerlo. ¡Diablos! Se incorporó tras de mí divertido—. Me voy —asentí nerviosa. Tomó mi mano y nos dirigimos hasta la entrada—. No te veré al finalizar las clases... —negué mordéndome el labio. Sentía que en cualquier momento mamá bajaría. Me besó instintivamente. Parecía disfrutar mi ansiedad y comenzaba a creer que era una parte de mí que le atraía—. Te marcaré, ten cerca tu móvil.

—Sí... —me dio un último abrazo riendo y se fue.

Subí las escaleras nerviosa, cuando casi pisaba el último peldaño, me llamó. ¡Maldición! Cerré los ojos y respiré profundo, caminé hasta su cuarto.

—Acércate, Kyana... —no se veía molesta, sabía que algo me diría. Señaló un lugar a su lado en la cama. Me acomodé y esperé—. Kya, es un poco tarde, mañana tienes clases —asentí dócilmente—. ¿Te parece bien a las diez treinta? —En realidad no, pero creía que era justo, prefería no estirar la cuerda, para ambas era nuevo todo. Asentí resignada—. Kyana, mírame... —La obedecí. Acomodó tras mi oreja un cabello—. Hija... esto va en serio ¿no es así? —fruncí el ceño confundida.

—Creo que sí —admití.

—Mi amor, es tu primera experiencia, solo ve con calma ¿de acuerdo?...

—De acuerdo... —Después de un abrazo y un dulce beso, fui directo a mi habitación, los ojos se me cerraban.

Por la mañana, el sonido de mi celular me despertó. Era Liam.

«Buenos días... este será un día largo y ya te extraño...».

Sonreí como una tonta y le contesté sin demora.

«Hola, encontraremos la manera... Buen día».

Prendí la regadera y volvió a sonar.

«Me conformaré con un beso...».

«Eso no te lo garantizo...».

Me di una rápida ducha y para cuando salí, ya tenía otro mensaje.

«Pues te lo robaré...».

Y lo peor era que lo creía capaz. Enrollada en la toalla sentí el, ya tan conocido, rubor y revoloteo de mariposas dentro de mí.

«Debes comportarte».

Dejé el móvil sobre mi cama y me vestí riendo. El frío ya comenzaba a ser más fuerte aunque aún habían horas en el día que el clima era muy agradable. Así que busqué algo abrigador, no bromoso para ponerme encima.

De nuevo una alerta de mensajería... Corrí a mi cama como si se tratase de una competencia.

«Lo intentaré, aunque... será muy difícil».

Seguir con eso era inútil, al final él haría lo que quisiera y yo... no podría negárselo; me encantaba tenerlo cerca.

«Nos vemos en la escuela. Inténtalo de verdad».

En un minuto ya tenía respuesta

«Veré qué puedo hacer al respecto...».

Desayuné de prisa. Annie llegó unos minutos después.

—Kyana... te ves... animada —señaló Robert en la parte trasera del auto. Con él había hecho una conexión especial, al igual que con Annie y Emma, no es que los demás no me cayeran bien, al contrario, pero parecía que ellos eran un poco más flexibles y... el resto, sobre todo Max, Ray, Billy y Edwin me hacían sentir que era la manzana de la discordia, eso no me agradaba del todo. En cuanto a las otras chicas, no me sentía muy afín.

Crucé la puerta de la escuela cuando la alerta de mi móvil sonó.

«Imposible, no podré resistirme... Ni hablar, te robaré un beso, eso seguro».

Giré discretamente, sabía que me estaba observando, sentía sus ojos clavados en mí, su presencia. Lo encontré recargado en un árbol a unos metros de donde me hallaba. Levantó la mano saludándome sonriente. Me puse de mil colores mientras Annie y Robert seguían mi mirada. Lo saludé tímidamente.

—Esto es realmente extraño —Mi amiga me evaluó divertida y desconcertada. Robert asintió.

—Te está viendo, de nue... —No lo dejé terminar porque lo fulminé con los ojos, levantó las manos rindiéndose—. Está bien, no diré más... —Annie

se carcajeó al instante.

—Gracias... —refunfuñé.

En matemáticas Max y Lana discutían por un trabajo en el que no se podían poner de acuerdo. Me senté a su lado y los observé sin prestarles mucha atención, solo podía pensar en sus labios, en sus manos, en sus ojos... ¡Dios, si seguía así haría combustión! Era tan bochornoso a veces estar enamorada. Al acabar la hora, nos fuimos a la cafetería mientras bromeábamos de alguna tontería. En cuanto Ray me vio, me saludó animoso.

—¡Hola, Kyana!, hoy te ves... muy bien... —Y pasó un brazo por mi hombro acompañándome hasta la mesa. ¡Maldición! De inmediato me sentí incómoda y por otro lado, no quería ni siquiera voltear, sabía que en algún lugar del gran comedor Liam nos estaría viendo y no estaría nada contento, yo no lo estaría.

Me zafé en cuanto pude y me senté junto a Emma y Annie.

Ambas me preguntaron algo sobre una serie de televisión que veíamos, mientras los demás discutían sobre fútbol. De pronto mi móvil sonó, sabía que era él, así que me aparté relajada.

«Kya, por favor escápate y ve a la parte trasera de la escuela, a un lado de la cancha, en el fondo, es seguro. Te espero».

Mis manos sudaron y sentí calientes mis mejillas.

«Liam, por favor, nos pueden ver».

Medio minuto después tuve respuesta.

«No hay nadie ahí nunca, inventa algo. Por favor, Kya...».

Respiré hondo.

«Está bien, ahí te veo en cinco...».

A quién engañaba, yo también moría por estar a su lado.

¡Genial...».

Me senté simulando poner atención a lo que hablaban. Dos minutos después me levanté, fingiendo recordar de pronto algo, con mi libro en mano.

—Ahora vengo —le dije a Emma. Ella asintió sonriendo y volvió a poner atención en la charla.

Salí a toda prisa y fui hasta donde me indicó. Conforme me acercaba, habían menos personas y cuando por fin llegué, no había nadie. Miré en todas las direcciones y nada, tampoco lo veía por ningún lado. De repente una flor naranja, apareció frente a mí. La tomé sonriendo completamente enamorada. Sus manos me hicieron girar hacia él, tomándome por la cintura.

—Liam... —susurré pegada a su rostro.

—Sh —me besó ansioso y tierno. No tengo idea de cómo lo hacía, pero lograba conjugar demasiadas emociones en tan solo un gesto, una expresión o un roce de sus labios con los míos, me hacía sentir el ser más especial del planeta—. Es injusto —declaró en mi oído dejando una estela decadente con su aliento. Lo abracé extasiada absorbiendo su olor.

—¿Qué...? —pregunté, deleitada.

—Que ellos puedan esta tan cerca de ti y yo no... —Al escuchar aquello me separé y coloqué una mano sobre su mejilla. Lo decía en serio, lo pude ver con claridad en sus ojos revolcados.

—No digas eso... ahora estoy aquí...

—Lo sé, es solo que... me siento muy... posesivo respecto a ti..., ni yo mismo lo comprendo —acomodé mis brazos alrededor de su cuello para tenerlo más cerca.

—Te extrañé... —admití.

—Imagínate yo, y además... vestida así, sentí que te saltaría encima en pleno almuerzo —no iba diferente a lo de diario, sin embargo, no le presté atención, tan solo pude sonreír al pensar en los rostros de todos si algo así sucediera.

—Eres insufrible y... no te atreverías...

—No me retes, créeme que hoy he tenido que hacer un esfuerzo titánico; Ray no te quería soltar y... todavía falta el resto del día —suspiró fastidiado. Acaricié su nuca intentando ignorar lo de mi amigo.

—Liam, es tiempo, tú mismo lo dijiste —asintió no muy seguro escondiendo su rostro en mi cabello.

El timbre sonó. Gimió quejándose.

—Vamos, es literatura —me tomó de la mano instintivamente—. Liam, no podemos entrar así...

—Camina y yo te alcanzo en unos segundos.

—Está bien y... gracias por la flor naranja es diferente y me gusta—admití llevándomela a la nariz. Él sonrió complacido.

—Tú eres diferente y me enloqueces, Kya —no logré dar el primer paso, cuando jaló mi brazo y me besó rápidamente.

—Lo siento —patrañas, en realidad no se sentía culpable. Puse los ojos en blanco y sacudí la cabeza sonriendo mientras me alejaba.

Ya dentro de la escuela apareció de nuevo a mi lado. Mantuve la flor escondida dentro del libro que me acompañó al encuentro. Las miradas curiosas no se hicieron esperar. Me importaba poco, en ese momento solo

podía pensar que me fascinaba. Guardé el libro en el casillero y saqué lo que necesitaba. Él me esperó fingiendo estar distraído. Unos segundos después nos encaminamos al salón.

—¿Crees que esta tarde me puedas poner al tanto de lo que ayer vieron? — Me preguntó Liam de pronto. ¡Vaya que era astuto! Ya cruzábamos la puerta, de inmediato me di cuenta de que mis amigos venían justo tras nosotros y obviamente escuchaban con suma atención lo que decía.

—Sí... no hay problema...

—De acuerdo, gracias. Esa fue la condición que el profesor puso para poder faltar —aclaró de manera casual, con desgarbo como solía. No supe si era cierto, pero asentí. ¿Qué más daba?, lo tendría un día más sin restricción. Nos separamos una vez adentro y me dirigí a mi lugar de costumbre, al igual que los chicos. Max y Ray me miraban confusos, mientras el primero se sentaba junto a mí. Me mordí el labio, sabía que Liam nos estaría observando.

—Ya no te vimos en la cafetería —era un especie de reclamo suspicaz. Fruncí el ceño.

—Tuve que ir a buscar unas cosas a la biblioteca.

—¿Y... Liam? —resoplé frustrada. Me desesperaba esa situación y no me gustaba nada mentir, pero... no iba a perder todo lo que había ganado.

—Liam, ¿qué?...

—Venía a tu lado.

—Sí, lo encontré en mi casillero —Me encogí de hombros como si eso fuese la cosa más normal del mundo y abrí mi libreta.

—¿En tu casillero? —preguntó sin creerlo. Lo miré torciendo la boca.

—Sí, justo ahí, ¿ya terminó tu interrogatorio? —soné dura pues me encontraba un poco molesta, el que fuera su amiga no le daba derecho a cuestionarme todo ¿no? Pestañeó varias veces y enseguida suavizó el tono.

—Lo siento... es solo que su actitud me parece muy extraña... no sé qué esté planeando y no quiero que te lastime —Le sonreí más relajada. Entendía que para él era muy difícil comprender las cosas, tenía un concepto de Liam que no podía refutar... se lo había ganado a pulso y me quería proteger, eso se lo agradecía.

—No te preocupes, Max, te entiendo y gracias, pero estaré bien —torció la boca inseguro.

—Eso espero...

Durante la clase sentí su mirada sobre mí, lucía... desesperado. Movía su cuerpo constantemente, no encontraba su lugar. Lo vi de reojo y algunas

veces me atreví a hacerlo directamente. Se daba cuenta, por lo que torcía el gesto en algo que pretendía querer ser una sonrisa. Prefería verlo enojado que así, su actitud provocaba unas ganas tremendas de cruzar el salón y abrazarlo. Kellan también miró a mi dirección varias veces, tenía la misma postura que Max conmigo: no comprendía nada. Intenté ignorar lo más que pude todo el entorno. Para mi fortuna, mi amigo permaneció muy atento a la clase y no cruzamos prácticamente palabra el resto de la hora.

Inglés fue mi siguiente materia, así que cuando salimos me dirigí directamente hacia allá. La odiaba: reglas gramaticales y todas esas cosas no eran lo mío. Como si eso fuera poco, «las divas», como las apodé en mi cabeza, pasaban la clase observando como bichos a todos, intentado dejar en ridículo a quien pudieran y lo peor de todo, es que el profesor no decía nada, continuaba con su aburrida cátedra. Varias veces sentí que me veían a mí con especial desprecio. No sabía quiénes eran, tendría que preguntar a uno de los chicos.

En cuanto entré, ese trío de cacatúas me aventaron una diminuta bola de papel, giré y las encaré. Dos de ellas se burlaban entre sí, tres más me desafiaban con la mirada y el resto reía cínicamente. Resoplé hastiada y me dirigí hasta el asiento más alejado. En ese momento caí en cuenta de que así fue mi novio... Algo molesto oprimió mi estómago y pecho. Humillar a las personas porque sí, para sentirse más fuerte era... insultante. Por otro lado, no quería más problemas, desde el lunes no veía a Roger, sabía que era cuestión de tiempo.

Terminando la clase salí de prisa. Ray me esperaba a un lado de la puerta. Lo vi con alivio, aunque extrañada, a decir verdad.

—Ey —caminamos juntos por los corredores rumbo al jardín, donde estaban los demás.

—Kyana, espera... —me detuve sonriendo—. Sé que el lunes te hice sentir incómoda con la invitación, solo quería decirte que... no era mi intención. Bueno, tú... ya sabes... me gustas —Lo miré atónita. Ya estábamos a unos metros de nuestros amigos, que por supuesto nos observaban curiosos. ¡Diablos!

—Ray...

—No digas nada, por favor. Entiendo que por ahora no... sientes lo mismo, solo quería que lo supieras... —tenía la mirada gacha y se hallaba muy nervioso. Sentí pena por él—. Kyana... nuestra amistad no va a cambiar por esto, ¿de acuerdo? —asentí sin poder articular palabra, ¿por qué yo, por qué a

mí?—. Todo seguirá como hasta ahora, te lo prometo.

—Yo, ¡lo siento, Ray —susurré apenada. Colocó una mano sobre mi hombro amistosamente.

—No te preocupes, estas cosas pasan, no es tu culpa —Un segundo después ya se dirigía al sitio donde se encontraban el resto de mis amigos. Lo primero que vi fue la expresión triste de Emma; sabía lo que había sucedido. Sentí un nudo en la garganta y la seguí. Me senté al lado de ella colocando una mano sobre su pierna sonriendo algo culpable. Ella intentó regresarme el gesto, no lo logró del todo.

—Te lo dijo ¿verdad? —acepté con una leve inclinación de cabeza. Me sentía avergonzada.

—A ti, te... gusta Ray ¿no es así? —asintió sin siquiera disimular—. Qué idiota... —musité sin querer. Emma me miró divertida—. Lo siento, es solo que... pienso que vales mucho la pena, no sé qué esperas —era cierto; era genial.

—Gracias, Kyana. Créeme que tú también. Es por eso que has puesto a todos de cabeza...

—No... estás molesta ¿cierto? —Me preocupaba que se alejara por lo que acababa de pasar.

—Claro que no, esas cosas pasan...

Atletismo fue exhaustivo, ya comenzaba a habituarme. En historia Emma y yo presentamos un trabajo que teníamos en común. Al salir, Annie y Robert me esperaban para irnos juntos. No había vuelto a ver a Liam, ni tampoco sabía nada de él.

Al llegar a casa agradecí, como solía y me bajé alegre. Entré y me dirigí a la cocina para decidir qué prepararía de cenar. El timbre sonó y sin preguntar, abrí. Supuse que eran ellos y que algo habían olvidado decirme.

Error, era Liam. Su expresión me dejó muda. Proyectaba un cúmulo de sentimientos y yo no lograba dar con uno que lo definiera.

—Hola...

Entró sin decir nada, cerrando la puerta tras él. Me miraba muy extraño, por lo que seguí en silencio. Sus ojos me estudiaban buscando algo que no comprendí. De pronto, alargó su mano y acarició melancólico mi mejilla. ¿Qué le sucedía? Tomó aire y posó sus hermosos ojos sobre los míos de una forma única, fuerte, cargada de potencia. Mis palmas sudaron, sentí de inmediato la saliva espesa.

—Kya, no sé cómo sucedió, pero... tienes que saber algo: yo... te quiero...

—abrí los ojos como platos ante esas asombrosas palabras. Las mariposas dentro de mí comenzaron a hacer su trabajo, solo que esta vez sentía que no me dejaban ni respirar pues revoloteaban frenéticas por todo mí ser—. Sé que... puede sonar muy prematuro, pero... es la verdad; te quiero, ya no puedo negarlo —me acerqué a él sin dudarlo y lo abracé. Dejó salir un largo suspiro de alivio y me rodeó posesivamente. Permanecimos así un rato.

—Liam... —musité contra su pecho cuando al fin el habla regresó. Me sentía tan segura así, envuelta en su olor, recargada en su amplio torso y a la vez tan perpleja, asustada.

—No digas nada, no ahora, solo quería que lo supieras... yo esperaré... — Las palabras se agolpaban en mi boca sin poder pronunciarlas. También lo «quería», lo que sentía no podía ser otra cosa, pero... algo me detenía, miedo supongo.

Un segundo después pegó con ligereza sus labios a los míos. Su roce era tierno, dulce, me demostraba con ello lo que acababa de decir. Pues acariciaba de manera sin igual mi boca. Su lengua me probaba con suavidad, su aliento se mezclaba con el mío de forma decadente. Respondí deseando transmitir por lo menos de esa manera lo que en mi interior había. Cuando se separó, sonreía mostrándome sus perfectos dientes.

—¿Segura que no eres un sueño? —no contesté, solo arrugué la frente sacudiendo la cabeza, todavía mis pulmones no funcionaban del todo bien, siempre me ocurría con él—. Jamás imaginé sentir algo como lo que tú me haces sentir, Kya. Sé que lucharé por ti, siempre, te lo juro —Y me volvió a besar. Era como estar en un mundo desconocido y hermoso. Con él todo era fácil, relajado y perfecto. Nuestros labios se separaron, apoyó su frente sobre la mía, como solía hacer, mientras mi pulso iba a toda máquina y mis mejillas las percibía sonrojadas. ¡Dios, me fascinaba!

—Tengo que irme, hay entrenamiento —me separé un poco, frunciendo el ceño. ¿De nuevo?

—Pero... ¿no entrenaron hace un rato? —Me di cuenta, justo en ese momento, que no confiaba por completo, ¿y cómo hacerlo?, todo lo que me dijeron sobre él y los demás, a veces hacía mella en mí, eran demasiadas cosas y no podía dejarlas de lado así nada más, por mucho que lo idolatrara. Sonrió despreocupado.

—Sí, ya va a comenzar la temporada y debemos tener mejor condición. Así es siempre —sujetaba uno de mis mechones enrollándolo en su dedo.

—¿Y nos veremos hoy?

—Claro, salgo a las ocho... —estudió mi cabello encadenado a su mano, parecía que eso le robaba toda la atención.

—Por cierto, mamá ya puso un límite de tiempo ayer —Me miró tranquilamente un segundo y enseguida continuó muy concentrado con lo que hacía.

—¿Ah, sí? Lo supuse, era lógico ¿cuál es ese límite? —A diferencia de cómo llegó, era otro, en serio parecía que se había quitado un peso de encima.

—Diez treinta —torció la boca asintiendo.

—Ninguna hora va a ser suficiente para mí, así que...

—¿Es verdad lo que me dijiste en literatura? —parpadeó sin recordarlo, parecía no entender de qué hablaba—. Que te explique lo que vimos ayer...

—¡Ah! Sí. El profesor Jhonson quiere hacerme la vida de puntos... —sonreí poniendo los ojos en blanco. Era imposible.

—¿Entonces? —arrugó la nariz rascándose el cabello dudoso.

—Pues... —En serio, tampoco ponía nada de su parte. Me puse de puntillas e hice que se agachara con mis manos enroscadas en su nuca.

—Trae tus cosas... te explicaré en la noche... —ordené fingiendo severidad.

—Pero... —negué firmemente.

—Nada, no quiero que esto nos afecte en las notas, ya te lo había dicho, así que... —era evidente que la idea no le atraía en lo absoluto, sin embargo, no estaba dispuesta a dejarlo ganar—. ¿Liam? —lo reté enarcando una ceja.

—Está bien, pero podré besarte ¿cierto?, si no, creo que no lo lograré —asentí solemnemente rozando sus labios. Era un chantajista, no me importó, a mí también me encantaba tenerlo sobre mi piel—. De acuerdo. ¡Dios!, es increíble lo que me haces hacer, Kyana —sonreí triunfante—. Debo irme, deben estar esperándome... —Me dio un beso fugaz, acarició mi mejilla y desapareció.

Cuando llegó más tarde, yo ya había adelantado mucho. Iba recién bañado, su aroma inundó mis pulmones. Le di un beso de bienvenida una vez que estuvo dentro de la casa y lo guié hasta la sala donde tenía extendidas mis cosas. Se sentó a mi lado en el piso y comenzó a sacar lo que necesitaba de su mochila. Justo antes de que tocara la puerta intentaba responder una ecuación desde hacía un rato y no lo lograba. La observé unos segundos, arrastró mi cuaderno hacia él, lo leyó un momento, lo puso de nuevo frente a mí y comenzó a explicarme como si fuera la cosa más sencilla del mundo. Para mi asombro era muy bueno en matemáticas y pude contestar todo gracias a su

ayuda. Cuando terminamos, fue mi turno.

De vez en vez me robaba un beso y continuábamos. Al acabar me ayudó a guardar todo y me recargó sobre su pecho. Acomodó su cabeza en el asiento del sillón cerrando los ojos.

—Kya...

—Mmm —Yo trazaba con un dedo el símbolo que tenía estampada su sudadera. Adoraba la sensación de sus enormes pulmones bajando y subiendo.

—Ray... volvió a insistir ¿no es cierto? —Enseguida me tensé y detuve mi mano—. Vi que te decía algo y... tu rostro te delató...

—Liam, yo... —tomó mi barbilla acercándola a su rostro.

—No pasa nada, te juro que los entiendo... no saben que estamos juntos.

—No sé qué decirte... —mis mejillas estaban completamente ruborizadas, mordí mi labio sin poder evitarlo, dejó de verme a los ojos y me besó con ansiedad.

—Sé que no tienes ningún interés en ellos. También sé que... si no es él, alguien más insistirá y eso me pone... celoso... no lo puedo evitar.

—No tienes porqué...

—Lo sé, te lo juro. Eso no cambia el hecho de que me sienta impotente...

—Lo siento —negó cariñosamente.

—Es algo que tendré que aprender a controlar... ya te lo dije, ¿quién te manda a ser tan irresistible? —me ruboricé enseguida sonriendo al tiempo que le daba un pequeño empujón.

—Ya, en serio, no quiero ocasionar más problemas entre ustedes...

—No lo harás, si ellos no cruzan la línea y se comportan como hasta ahora, yo me mantendré igual ¿de acuerdo? —Su respuesta no me convenció del todo. Sin embargo, poniendo las cosas al revés, sabía que también para mí sería muy difícil. Asentí y me volví a acomodar en ese sitio sin igual.

Habló sobre su entrenamiento. La temporada comenzaría en quince días. Me explicó un poco cómo se jugaba e intenté tomar nota mental de cada cosa. Eso era nuevo para mí, así que la verdad me costó un poco retener todos los términos que empleaba. La hora de separarnos llegó demasiado rápido. Lo acompañé hasta la puerta y nos despedimos a regañadientes, deseábamos más tiempo para estar juntos.

La mañana siguiente fue más fácil, me mandó varios mensajes durante el día. En literatura me saludó sonriente desde su lugar. Mis amigos comenzaban a acostumbrarse. No me decían nada, ni tampoco preguntaron si

Liam fue a casa el día anterior.

Para el segundo receso ya estaba muy ansiosa por verlo. La clase de inglés fue tan horrible como siempre. Historia logró animarme de nuevo. Al terminar corrí prácticamente hasta el edificio de asesorías. Ya estaba ahí. Me recibió como acostumbraba y trabajamos sobre la materia por la cual nos conocimos. Más tarde me llevó a casa y a las ocho regresó. Me ayudó de nuevo con matemáticas. Cuando acabamos, mamá bajó y comenzamos a conversar casualmente.

Me sentía muy feliz. Él a mi lado, acariciándome la mano y mi madre hablando ahí, fluidamente. ¿Qué podía ser mejor que eso? Poco antes de las diez desapareció dándonos espacio.

Comenzaba a conocerlo más y debo admitir que no me disgustaba nada de él, al contrario, era demasiado perfecto. Su forma de tocarme, de mirarme, sus manos alrededor de mí, su aliento sobre mi cabello... lo que me decía... sus mensajes... me tenía en una nube, era como un sueño, «mi» sueño.

❧ 6 ❧
avanzando

Viernes, la semana voló gracias a él. Parecía tan poco y tanto tiempo a la vez. Apenas llevábamos seis días juntos, en realidad no era nada; sin embargo, sentía como si hubiera estado a su lado toda la vida. No entendía cómo había vivido sin conocerlo, ahora ya no podía concebir un mundo sin sus besos y caricias.

Ese día me volví a escapar de mis amigos, ahora en el segundo receso y fui a su encuentro, en aquel lugar del miércoles. Nos besamos, nos acariciamos, nos miramos embelesados; eso era lo único que deseábamos. Para regresar a la escuela hicimos lo mismo que la ocasión anterior. Era emocionante y a la vez desesperante el hecho de que nadie lo supiera. Lo cierto es que teníamos nuestro propio mundo, en el cual nadie entraba, porque nadie sabía de su existencia, eso lograba que nuestros encuentros fueran intensos y únicos.

Historia ya había terminado y Annie me esperaba afuera con los otros chicos. Acomodaba mis cosas alegremente, cuando un golpe sordo en mi casillero me asustó. Alcancé a quitar las manos, de no haberlo hecho me hubiera roto por lo menos otro par de dedos.

—Hola, «mexicanita» —¡No!, ¡no de nuevo!, ¡maldición!, giré a ambos lados del corredor, no había nadie dentro de la escuela. Bufé frustrada. Se hallaba recargado en otro casillero muy cerca de mí, viéndome amenazante. Intenté abrir de nuevo mi *locker* con la intención de ignorarlo. Antes de que lo lograra, me detuvo atorando la puerta con su mano. ¡No otra vez!—. No acabes con mi paciencia, te advierto, es muy poca... —tenía ganas de salir corriendo, no lo hice, lo enfrenté enarcando una ceja, mientras cruzaba los brazos sobre mi pecho buscando parecer indiferente.

—¿Qué quieres?

—De verdad que tienes agallas... —me analizó de arriba abajo como quien evalúa a un rival en plena batalla—, pero no juegues con fuego... ahora no hay nadie que te defienda...

—Si piensas romperme la mano, hazlo, no tengo tiempo para esto —se carcajeó ruidosamente. Realmente me asustaba, no entendía por qué tanto

odio.

—Ganas no me faltan, lo cierto es que preferiría otra cosa —su tono me alertó y antes de que pudiera retroceder, alargó su fuerte brazo y apretó mi cintura pegándome a él. Sus labios estaban a un centímetro de los míos. Intenté zafarme desesperada, quería poner distancia entre los dos, era imposible, su tamaño era similar al de Liam: tipos muy altos, fuertes y que de un apretón podían romperme una costilla si deseaban.

—¡Suéltame! —exigí con la quijada apretada, volteando mi rostro. Me sentía muerta de miedo, sus ojos me decían con claridad lo que tenía en mente. Intenté darle un puntapié, no lograba ni siquiera mover las piernas por la posición en la que me tenía.

—¿Qué hay entre tú y Liam? —me preguntó casi rozando mis labios. Su aliento estaba casi dentro de mí. Sentí unas náuseas tremendas y continué forcejeando irritada. Al ver que no contestaba, me zangoloteó exigiendo una respuesta—. ¡Dime! ¡dímelo, con una mierda!... —rugió sobre mi boca. De pronto pegó sus labios a los míos con violencia y se separó sin soltarme. Sentí ganas de llorar, de golpearlo, de limpiarme de inmediato. Sonrió triunfante para un segundo después lamerse los labios con prepotencia.

—¡¿Qué diablos pasa contigo?! Estás enfermo, no hay nada. ¡Déjame! Me estás lastimando y además, eres un asqueroso, no vuelvas a tocarme —logré decir con voz temblorosa, me soltó con un pequeño aventón, que me hizo trastabillar al tiempo que limpiaba la zona donde dejó su aliento.

—Escúchame muy bien, más te vale que te alejes de él y de cualquiera de nosotros ¿comprendes?... No quiero volver a repetírtelo, eres apetecible, bastante, pero jamás me rebajaría por muchas ganas que te tenga. Y te advierto que la próxima vez no seré tan... «educado» y olvidaré mis prejuicios. Y diles a tus «amiguitos» que si todo esto es una estrategia, verán mierda, porque no lograrán lo que se proponen, nadie pasa sobre nosotros ¿está claro? —amenazó furioso de nuevo muy cerca de mí. ¡¿Qué le pasaba?! Una sensación molesta recorrió mi torrente. Los nervios me hicieron su presa y no lograba moverme.

—No sé de qué estás hablando... —intenté sonar muy segura, pero mi voz se quebró. Tenía miedo, su mirada estaba desorbitada, parecía no pensar con claridad.

—Espero que digas la verdad... si no es así...

—Sí no es así, ¡¿qué?! —no vi cuando Max y Ray entraron. Solté el aire contenido. Se acercaron furiosos ubicándose a mi lado. En ese momento

regresó mi alma al cuerpo—. No te acerques a ella ¿entendiste? Te juro que si lo haces de nuevo te arrepentirás. En serio estás perdiendo la cabeza, tantos golpes no te han caído bien —ambos estaban ahora frente a mí a unos centímetros de él. Continué limpiando mis labios, sin dejar de observarlo, con rencor y asco.

—¡Pero si aquí están los súper héroes! ¡Dios, si estoy temblando! —se burló—. No sé qué les ha dado esta «niñita» y me importa un carajo... —movió el rostro para clavar sus odiosos ojos sobre los míos, al tiempo que me amenazaba con un dedo—. Ya escuchaste.

—¡Lárgate! —rugió Max. El gorila patán, o mejor dicho, desquiciado, subió las manos en rendición, carcajeándose.

—Está bien, ahí se las dejo, disfrútenla rápido, porque hay fila —¡Tarado! Se dio la vuelta y desapareció tranquilamente. Lo observé alejarse, respiré profundo todavía temblando y pasando otra vez el antebrazo por la boca, tenía ganas de devolver el estómago, de lavarme con un desinfectante.

—¿Estás bien? —Asentí intentando pasar saliva. Las cosas con él estaban llegando demasiado lejos—. ¿Qué te dijo?, ¿por qué te amenazaba? —Me miraban preocupados.

—Yo no-no lo sé —¿Qué se supone que les dijera? Odié, literalmente odié, haberme metido en esa situación, todo se enredaba por mi culpa, por no decir la verdad, por temer perderlos.

Max rodeó mis hombros y me guió afuera.

—¡Es increíble! —Ray estaba rojo de la furia, apretando los puños con impotencia—. ¿No se cansan? —preguntaba a Max, ignorándome por un segundo.

—Sabes que no, así son, pero lo de ese imbécil ya es terquedad —entendí de inmediato que se refería también a mi novio. Bajé la mirada sin poder defenderlo. De pronto los dos me observaron.

—Kyana, a lo mejor deberías dejar de darle tutorías a Liam... Esto no va a terminar bien... créeme —Max estaba frente a mí, tomándome por los hombros, buscando mis ojos. Lo cierto es que lo único que quería era estar sola, no que me estuviera diciendo aquello.

—¿Qué pasa? —Se acercaron Annie y Robert. Al verme, se colocaron a mi lado, intenté sonreír, los labios no respondían.

—Le estamos diciendo que esas asesorías a Liam pueden traerle problemas —anunció Max. Robert lo observó confuso. Ambos me estaban esperando para irnos.

—¿Por qué lo dices?
—Porque Roger no la deja en paz...
—Es un mandril. No le puede hacer nada —argumentó Robert con firmeza.
Max tomó mi mano y le mostró mi dedo aún en recuperación.
—¿Nada? Ya no estoy tan seguro. Si quieren mi opinión, está fuera de control.
—¿Te hizo algo Roger, de nuevo? —dedujo Annie preocupada.
—No... —mentí. Ray me interrumpió.
—Porque llegamos nosotros.
—Piénsalo, Kyana, no los conoces, es por tu bien —Max lo decía en serio, pero eso era lo último que haría. Al pensar de nuevo en él, ojeé mi alrededor. Gracias al cielo no lo vi, aunque sabía que eso no garantizaba nada, siempre se las arreglaba para observarme sin que me diera cuenta.
—Bueno, basta, la voy a llevar a su casa, esto no debió ser nada agradable —Annie rodeó mis hombros mirándolos severamente; clara señal de que se callaran.
—Tienes razón, mañana nos marcamos... —Asentí sin pensar y los tres nos alejamos. Ya en el auto Robert fue el primero que habló.
—No tienes que hacer nada que no quieras... lo dicen porque se preocupan.
—Lo sé.
—Además, Liam no va a permitir que pase nada ¿no es así? —Giré de inmediato y lo miré con los ojos bien abiertos—. No te espantes, es obvio que a Liam le «caes» particularmente bien —Annie asintió concentrada en el camino. ¿Qué podía decir? Nada, la predilección de Liam hacia mí era tan notoria que lo que argumentara estaría de más—. Es solo que ellos no lo entienden, ciertamente es extraño...
—Y no lo has visto en literatura... —silbó Annie.
—Kyana, no lo conoces. Él... no toma nada en serio... —Robert ahora parecía algo tenso. Ahí iba todo de nuevo. ¡No por favor!
—Bueno, el fútbol sí... —admitió Annie mientras apagaba el auto frente a mi casa, con un dejo de sarcasmo.
—De acuerdo, solo eso —admitió Robert—. No quiero alterarte más, pero ten cuidado, no confíes demasiado, es todo... —quería gritarles que se callaran, no soportaba que hablaran así de Liam; sin embargo, no podía decirles lo que él me había confiado sin delatarnos. Era como vivir dos vidas y una no era en lo absoluto compatible con la otra. Lo cierto es que me daba terror que al final tuvieran razón. Robert sujetó una de mis manos apretándola

tiernamente—. Sé que no tienes idea de lo que hablamos, no llevas ni un mes aquí, pero ya estamos muy encariñados contigo y tenemos la obligación de advertirte —intenté sonreír, no pude.

—Gracias, Robert, lo tomaré en cuenta. Los veo después... —salí del auto y me dirigí a casa sintiendo nuevamente esa angustia en mi pecho, necesitaba verlo.

Fui directo a mi habitación y me recosté cerrando fuertemente los ojos. Ya no quería pensar... tenía ganas de desaparecer. Las cosas con ese chico se estaban saliendo de proporción y ¿cómo le diría a Liam lo que sucedió?, se pondría furioso. ¡Maldición!, ¿por qué me había metido en ese lío?, todo iba tan bien antes de todo eso... De pronto, sin más, sus labios sobre los míos inundaron mis pensamientos, sus manos acariciando de esa dulce manera mi mejilla, sus ojos perdidos en los míos, su aliento consumiendo el mío, sus narcóticas palabras despertando a todas las mariposas que no sabía existían dentro de mí. Esa era la razón. ¡Dios! Esperaba estar haciendo lo correcto y no dirigirme por mi propio pie a un gran problema.

—Kya... hija... —escuché que mi madre me hablaba a los lejos. No fui consciente en qué momento el sueño me venció, por lo mismo desperté desorientada. Ya era de noche. Se hallaba a mi lado moviéndome tiernamente—. Llevas mucho tiempo dormida, ¿todo bien? —estaba preocupada. Me senté y asentí, frotándome los ojos.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y media... —¡Guau! Más de tres horas desconectada del mundo. Me levanté de inmediato.

—Mamá, la cena... —sujetó mi brazo e hizo que me sentara a su lado sonriendo.

—No te preocupes, ya la hice, intenté esperarte, pero estabas profundamente dormida... te dejé un plato servido.

—Lo siento, creo que estaba muy cansada.

—Me di cuenta, ahora te aconsejo que eches agua a esa carita porque Liam está abajo... además, voy a salir con Ralph a tomar una copa, ¿de acuerdo?

—Al escucharla sonreí asintiendo contenta.

Me lavé el rostro pues aún tenía la almohada marcada y arreglé un poco el cabello que había quedado aplanado, por tanto tiempo recostada. Unos minutos después bajé. Lo busqué con la mirada. Estaba sentado en un sillón que daba la espalda a mí. Tenía el rostro hundido entre sus manos.

Me acerqué alegre de verlo.

—Liam —lo llamé sonriente. Se levantó enseguida al escucharme, me miró de forma extraña y enseguida me abrazó ansioso.

—Kyana, estaba muy preocupado —aspiré su aroma relajada. Junto a él todo parecía insignificante. Besaba mi cabeza una y otra vez mientras yo rodeaba su cuerpo deleitada.

Unos segundos después me separé lo indispensable. No le diría lo que ocurrió con ese tarado, no tenía caso. Definitivamente no sería quien generaría más conflictos, ya no.

—Me quedé dormida, lo siento —cerró los ojos un segundo, al abrirlos suspiró acomodando un cabello rebelde tras mi oreja.

—No sabía nada de ti...

—Lo siento... aquí estuve —se acercó, perforándome con la mirada lentamente, hasta que rozó mis labios.

—Perdóname tú a mí, creo que soy un poco... exagerado cuando se trata de ti. Es solo que te busqué y no daba contigo —parecía apenado, así que acaricié su melena rubia, que tapaba su frente.

—No pasa nada, ya estás aquí, eso es lo que importa y yo estoy indemne —sonrió asintiendo—. ¿Ya cenaste? —mi estómago comenzaba a exigir alimento. Negó—. Ven, vamos a ver qué hay... —Algo me iba a decir cuando mi madre apareció.

—Chicos, los dejo, regreso temprano, pórtense bien... —nos pidió, mientras verificaba llevar todo en su bolso.

—Claro que sí, Irina —me dio un beso, luego a Liam y salió rápidamente. La observé irse. Se arregló con esmero, cosa que no pasó para nada desapercibida, así que cuando desapareció solté la risa—. ¿De qué me perdí?

—De nada —tomé su mano y lo quise llevar hasta la cocina.

—Espera... —me detuvo por la muñeca. Arrugué la frente—. Sé lo que pasó en la escuela... —abrí los ojos sin saber qué decir. Recargó su cadera en el respaldo de un sillón y me arrastró hasta tenerme frente a él tomándome por la cintura. No estaba molesto, parecía triste—. Kyana, quiero que confíes en mí. Max y Ray me vieron salir y se acercaron para reclamarme ¿qué quería Roger?... —bajé la vista desconcertada. Eso no estaba en mis planes, con su dedo índice elevó mi barbilla para que lo viera—. ¿Te lastimó? —Ahora sí parecía molesto, negué enseguida—. ¿Entonces?

—Liam, está mal, cree que hay algo entre nosotros, digo, en eso no está equivocado, pero a él qué más le da. Piensa que es un plan de mis amigos para fastidiarlos... —mordí mi labio esperando su reacción. Me miró por un

instante y luego sonrió tranquilo.

—Ven... —Me rodeó con sus brazos—. Kya, no importa lo que suceda, necesito saberlo, no quiero que cargues con todo sola, estamos juntos. En serio me preocupé mucho... vine... toqué... te hablé... nada... Confía en mí, no haré nada estúpido, ni algo que empeore las cosas, te lo juro, solo quiero evitarte este tipo de situaciones... —asentí recargada en su hombro—. Max y Ray estaban furiosos, no sabes cómo me alivia saber que llegaron para defenderte. Roger pierde la cabeza con mucha facilidad.

—Estaban muy enojados, creen que es por lo de las asesorías, me aconsejaron dejarlas...

—¿Y qué les respondiste? —sentí cómo su cuerpo se tensaba bajo el mío.

—Que no, no pienso alejarme de ti, ni por ellos, ni por nadie... —Se separó mirándome con un brillo muy especial.

—¿En serio?

—Sí, Liam, y aunque lo que pasó me asustó porque ya sabes... Roger es un poco... agresivo... —frunció el ceño al escucharme interrumpiéndome.

—Te hizo algo, ¿verdad?

—No, solo me amenazó, no quiere verme junto a ti —decirle solo esa parte era lo mejor. Él sonrió de nuevo.

—Pues se quedará con las ganas, ni en un millón de años te dejaré —acercó mis labios hasta los suyos acariciando mi rostro—. ¿Por eso te desconectaste de todo?

—No, bueno, creo que sí... La verdad es que sí tenía mucho sueño, me sentía agotada —admití ruborizada.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, ahora contigo aquí, definitivamente sí —Lo abracé cerrando mis ojos y con una sonrisa amplia en el rostro. Era cierto, ya no me preocupaba lo sucedido hacía unas horas. Lo único que interesaba era tenerlo cerca.

—¡Dios!, ¿qué me diste, Kyana? —murmuró contra mi cabeza, mientras la besaba—. No me volverás a ocultar nada ¿verdad? —negué de nuevo, sin verlo. Tenía razón, debía confiar en él y me sentía mucho mejor una vez que lo supo «casi» todo—. Entonces cenemos, yo también tengo hambre —aceptó divertido al escuchar mi estómago torcer una tripa. Sonreí relajada, bastante animada.

Para nuestra suerte, mamá preparó suficiente. En lo que yo calenté la comida, él intentó poner lo necesario en la barra que daba al comedor, preguntándome el paradero de cada cosa.

Cenamos uno frente al otro conversando sobre cosas sin importancia. Al terminar, recogimos todo y nos fuimos a la sala.

—Kya... estaba pensando, ya que no podemos andar por ahora libremente por aquí, ¿quieres conocer Georgetown? Está a cuarenta minutos, te va a gustar y... podemos caminar sin que nadie nos note.

—Sí, me encantaría —la idea sonó maravillosa.

—¡Hecho! Mañana paso por ti a mediodía, ¿te parece? —sonreí al ver su emoción.

—Sí. Y hoy... ¿qué quieres hacer? —No tenía experiencia sobre qué se hacía con un novio, menos un viernes por la noche y más aún, sin poder salir de ahí. Ya sé, ingenua, pero era verdad. Solía estar con mis amigos, salíamos a cualquier sitio y hacíamos alguna tontería. Con él, con él era distinto, todo lo era en realidad.

—Esto —Y me besó, sonreí contra sus labios.

—Ya, en serio —me perturbada estar a solas con él, ya no confiaba en mi cuerpo, se estaba volviendo un experto en traicionar a mi conciencia.

—¿Tienes fotografías de tus amigos? —preguntó comprendiendo mi nerviosismo.

—Montones...

—Me gustaría verlas, no te imagino de pequeña —arrugué la nariz, no muy de acuerdo con mostrárselas. Ya sabes: coletas, *brackets*, caras de llanto—. Por favor... —suplicó mirándome con sus ojos más grises en ese momento, no tuve más remedio.

—E-están arriba —tartamudeé. Tomó mi rostro y me miró serio.

—Kya, no tengas miedo de mí, no vamos a hacer nada estúpido, contigo quiero hacer las cosas bien. Tú marcarás el paso, ¿de acuerdo? —Asentí, enseguida, sujeté su mano para guiarlo hasta mi habitación, más relajada. No sabía en realidad cuál era «mi paso», menos cuando me tocaba y me besaba como lo hacía, pues en esos momentos solo desea tenerlo aún más cerca. Decidí que no importaba, junto a él, nada importaba. Sabía, de alguna forma, que todo ocurriría cuando correspondiera, sin presiones, ni nada, solo porque lo queríamos.

De pie, en el marco de mi puerta, observó todo minuciosamente. Yo entré sin esperarlo y doble la cobija que mi madre me había echado encima. Abrí mi armario y saqué unas cajas.

—Te ayudo —me las quitó y las colocó sobre mi escritorio—. Cuántos libros... —silbó parado frente a mi guardarropa, revisándolo, sin tocar nada.

Sentí que un rubor me invadía. El único chico que ingresó hasta mi recámara fue Raúl y con él crecí, así que tener a Liam ahí... era irreal.

—Me gusta leer —intenté justificarme.

—Ya veo y... tienes un montón de música...

—Liam... —lo llamé ansiosa. Me sentía desnuda ante él. Giró y se acercó a mí enseguida. Al ver que le tendía un álbum, lo tomó encantado sentándose al borde de la cama. Me acomodé a su lado y lo abrí.

—Me encanta tu habitación, es como tú: dulce, sencilla y a la vez parece la de alguien de nuestra edad —No tenía remedio, me puse color escarlata de inmediato. Besó mi sien y observó atento lo que traía entre sus manos. Comencé a explicarle cada fotografía.

Así pasamos un buen rato. Rio con ciertas imágenes y me aduló hasta hartarse. Le describí cada evento en el que salía. Preguntaba si tenía alguna duda. Conoció a mi padre, a mis abuelos y a mis amigos. Las casas donde viví. Las fiestas de cumpleaños. Mis eventos escolares. Reuniones en casa de diferentes personas y amigos. En fin... más de mi vida.

Al llegar al último de los tomos ya nos encontrábamos acostados boca arriba, sobre la cama. Estaba recargada en su pecho y él sujetaba el álbum con una mano, mientras que con la otra acariciaba mi cintura. Era el de mis últimas fotos en Los Ángeles. Salía en unas divertida y haciendo diferentes gestos, en otras triste y llorando. Liam las miraba muy serio, intentando grabarse cada lugar, cada rostro. Al llegar a la última página, se me escaparon algunas lágrimas. Lo cerró dejándolo a un lado y me abrazó con ternura.

—A lo mejor no fue buena idea —dijo al fin. Elevé mi rostro, negué.

—Me gustó mostrártelas —Con él me sentía yo, no sentía la necesidad de fingir.

—Y a mí verlas, pero no quiero que estés triste, todavía es muy reciente...

—En serio no le agradaba verme así. Era asombroso; me adoraba, lo podía sentir, oler, incluso tocar. Comprenderlo llenó mi pecho de un sentimiento aún más hondo. Su alma iba llegando poco a poco a un lugar muy profundo de mi ser, lo que sentía dentro de mí ya era irreversible, indestructible, lo sabía.

—Sí, pero gracias a ti... ya no me siento así. No podría regresar —confesé. Me observó sorprendido; un segundo después acercó sus labios a los míos. Nos besamos con paciencia, lento. Mordió mi boca sensualmente, mientras me acercaba más. Poco a poco la intensidad fue incrementándose. Invadí su interior con mi lengua. Gimió en respuesta girándome sobre la cama para

quedar encima de mí. Recorrí su espalda con las palmas. Necesitaba memorizarlo, jamás soltarlo, ansiaba que su cuerpo quedara tatuado en mi tacto. Tenía enredada una mano en mi cabello y con la otra acariciaba mi rostro ansioso. Las respiraciones agitadas de ambos y el roce de la ropa contra la colcha, era lo único que se escuchaba. Me deseaba, lo deseaba, nos íbamos conociendo y comprenderlo lograba que el momento se tornara mágico, perfecto. De pronto paró abruptamente.

Abrí los ojos al no sentir sus labios. Me miraba ardientemente, tenía las mejillas encendidas y se hallaba sensualmente despeinado. Sentí la boca seca, observándolo deleitada. Estaba así por mí. Descubrir lo que podía generar en él fue amedrentador y encantador. Al ver mi reacción, la forma en la que lo contemplaba, sonrió besando mi frente. Sostenía su peso sobre sus codos, y respiraba igual de rápido que yo.

—Kya, no tienes idea de cuánto me gustas, y... no me lo pones fácil —No le respondí, no lograba que mi respiración se regularizara. Se quitó de encima y me abrazó para colocarme a su lado. Su pecho subía y bajaba, cada vez más lento. Tenía un brazo sobre sus ojos, no se movía. Si no nos hubiera detenido, las cosas habrían llegado demasiado lejos... ¡Ahg! Odiaba que mi cuerpo no me obedeciera, que hiciera todo lo contrario a lo que le ordenaba cuando se trataba de él, era como si pudiera accionar algún mecanismo en mí que desconocía y que me doblegaba ante el deseo de tenerlo cada vez más cerca.

Pasamos unos minutos así, ninguno de los dos habló.

—Kya, será mejor que bajemos. Tenías razón, venir a tu habitación no fue buena idea —admitió enseñando los dientes. Sonreí cándidamente. Acarició mi mejilla—. No me mires así, no sabes lo que provocas... —No tenía idea de a qué «mirada» se refería, solo podía verlo de ese modo. Besó mi nariz—. Vamos —bajamos agarrados de la mano.

Prendimos el televisor y encontramos una serie de comedia. Cuando dieron las doce mi madre no había llegado, aun así, Liam se levantó.

—Me voy, no quiero que llegue Irina y me encuentre aquí —No me gustó nada la idea, pero tenía razón. De cualquier forma, me alentaba saber que al día siguiente estaríamos juntos toda la tarde. Lo acompañé hasta la puerta, pero me detuvo cuando quise abrirla, tomó mi rostro con ambas manos e hizo que clavara los ojos en los suyos—. Kyana, no olvides, ni dudes, que ahora tú eres lo único que me importa... Haré lo que sea para que lo comprendas y para merecerte —Me abrazó enseguida. Supe, en ese momento, que aún se sentía ansioso por lo ocurrido en la escuela y mi desaparición por la tarde—.

Paso por ti a las doce ¿bien?

—A las doce —repetí, ahora lo detuve yo—. Liam... tú también eres ya lo más importante para mí —sonrió y rozó mis labios rápidamente.

—Eso espero, no me gustaría que me rompieras el corazón...

—No lo haré —prometí convencida.

—Nos vemos mañana, descansa —y se fue.

Esa noche dormí sin problemas. Pensé que gracias a mi gran siesta sería complicado, no fue así. Ni siquiera supe cuándo mi madre cruzó la puerta principal.

Por la mañana desperté temprano y preparé desayuno para las dos. La esperé para que comiéramos juntas y decirle sobre mi salida.

—Cuando llegué estabas bien dormida —tomó café sobándose la sien, al parecer las copas se le habían pasado. Reí para mis adentros.

—Sí, Liam se fue a las doce —comenzó a picar los huevos que preparé—. ¿Y tú? ¿llegaste muy tarde?

—Después de la una, creo que tomé de más, no soporto la cabeza —me levanté, le acerqué un analgésico y un vaso con agua. Me dio un beso y se los tomó rápidamente.

—Mamá... Liam me invitó a Georgetown, ¿hay problema? —normalmente no le pedía permiso, pero no sabía cómo se manejaban las reglas en cuanto a él. Dio otro sorbo de su café, mirándome serena.

—Kyana, no quiero parecer sobreprotectora, pero me da la sensación de que ese chico va muy en serio... —intentó sonar despreocupada, me encogí de hombros sin saber qué contestar.

—Nos estamos conociendo...

—Lo sé... por eso te lo digo. He visto cómo te mira... confío en ti hija... por lo mismo debo confesarte que me asusta un poco... Es demasiado rápido, abrupto ¿si me entiendes?

—Mamá, él también me gusta y... mucho, quiero intentarlo —respondí arrugando la nariz y enseñando los dientes, sonrió sin tener más remedio.

—Por supuesto, esa es tu decisión, pero debía hacer la observación. En fin... ve, conoce, diviértete. Solo recuerda pensar antes de actuar ¿de acuerdo? —Asentí alegre y continué comiendo. De pronto recordé que los chicos podrían llamar y mi madre seguro les diría dónde y lo peor: con quién estaba. Debía explicarle.

—Mamá, a lo mejor hablan mis amigos...

—No te preocupes, yo les diré que saliste, supongo que primero te

marcarán al móvil.

—Probablemente y gracias, pero... si lo hacen, no les digas que estoy con Liam... no les cae muy bien, ¿comprendes? —dejó su tenedor sobre el plato y me estudió frunciendo el ceño. Claro que esa sería su actitud. Resoplé.

—¿Eso por qué? —jugué un momento con la servilleta, no quería contarle todo, creía que podría pensar mal de Liam y que ella lo admitiera en mi vida sin restricción para mí era importante, vital.

—Pues porque... es complicado, ellos tienen una rivalidad de mucho tiempo y creo que... se pondrían un poco... «celosos» —era prácticamente la verdad, así que la miré sintiéndome no tan embustera.

—¿En serio? —sonrió divertida.

—Sí...

—¿Qué quieres decir con eso de «celosos»? ¿ya te han invitado a salir? —Casi dejó salir el aire contenido por la tensión. Mamá estaba muy intrigada, pero por otro tema al que yo supuse ¡Genial!

—Sí y... fue muy incómodo —confesé con una media sonrisa. Soltó una carcajada al ver mi expresión.

—¿Por qué?

—No sé... esas cosas no me agradan, ya lo sabes.

—¡Ay, Kya! ¿y cómo fue que aceptaste salir con Liam? —Buena pregunta.

—No sé... en realidad nunca me lo pidió... —Mi madre me escuchó como si estuviera contándole el chisme más interesante de la farándula.

—¿Entonces? —En ese momento descubrí que tenía ganas de que supiera parte de la historia. Yo solía omitir los detalles, así que no se sorprendería si no era muy explícita.

—Como ya te dije es a quien le doy tutorías de literatura y... supongo que le caí bien, aún no sé muy bien qué fue lo que pasó, pero insistió mucho para que fuéramos amigos... después de mucha insistencia, accedí.

—Es muy guapo sin duda y... juega fútbol americano, así que seguro es muy conocido ¿no es cierto? —las últimas palabras las entrecomilló con sus dedos.

—Sí... —susurré avergonzada. Parecía feliz de que yo le estuviera confirmando sus sospechas.

—Me lo imaginé y... ¿esa es la razón de su rivalidad?

—Supongo —no le mentía, solo omitía pedacitos, ¿no?—. ¿Ahora comprendes?, por ahora digamos que nadie lo sabe...

—Pues no veo cómo puedan esconder eso que hay entre ustedes, es

bastante evidente —zanjó confusa. Ahora me veía más seria.

—Es solo por un tiempo, queremos que entiendan poco a poco nuestra... «amistad».

—Kyana, tú y él... no son «amigos».

—No —confirmé arrugando la comisura de los ojos. De verdad no se daba por vencida. Resoplé de nuevo—. Pero no quiero problemas con ellos, me caen muy bien —posó una mano sobre la mía.

—De acuerdo, no te preocupes, les diré que saliste a hacer unos encargos si llaman ¿Okey? —suspiré más tranquila.

—Gracias, mamá...

—No hay problema. Pero... me gustaría que pudieras vivir lo que sientes sin esconderte, después de todo ellos son tus amigos, deberían entender que entre ustedes surgió algo —eso era justamente lo que quería, sin embargo, las cosas eran complicadas.

—Sí, sé que pronto así será...

En cuanto terminamos, ella levantó todo y yo me subí a cambiar. Puse un poco más de esmero en mi imagen. Elegí un jean que no estaba muy gastado y sí algo ajustado. Un suéter de punto, cuello alto café, unas botas cómodas, por arriba de los pantalones. Dejé mi cabello suelto alisándolo y me maquillé como siempre, bueno, con un poco más de atención.

A las doce en punto el timbre sonó, bajé enseguida. Liam ya le informaba a mamá acerca de nuestra excursión. Al verme, paró en seco la conversación.

—Hola... —sonreí tímida. Mi madre me observó también y sonrió aprobatoriamente. Caminé hasta él, al tiempo que me tendía la mano.

—Vayan con cuidado y no regresen muy tarde.

—Sí, Irina. Llegaremos a las nueve treinta, ¿te parece?

—Bien, si se les hace tarde, no olviden avisar. —Asentí y le di un beso de despedida.

Arriba de la camioneta fui consciente de su penetrante mirada sobre mí. Me devoraba con los ojos, enseguida me ruboricé.

—Te ves... preciosa...

—Tú también te ves... guapo —y por supuesto era cierto; llevaba un jean que, para variar, le favorecía, junto con un suéter negro de cuello alto y manga larga que realzaba su espectacular cuerpo. ¡Dios, me dejaba sin aliento! Me besó con dulzura cada uno de mis labios y arrancó.

—¿Qué quieres escuchar? —Me tendió su reproductor, lo revisé, la mayoría era de mis grupos preferidos así que no tuve ningún problema en escoger.

—Tienes buena música...

—Ayer me fijé que en eso sí coincidimos —escuché una canción que me encantaba mirando por la ventana atenta. De pronto una duda me asaltó.

—Liam, ¿puedo hacerte una pregunta? —me miró asintiendo con una sonrisa.

—Es que, bueno, no has hablado de tu familia y... —le hice ver intrigada. Alcancé a notar cómo su cuerpo se ponía en tensión, enseguida se relajó.

—No hay mucho qué decir —parecía indiferente.

—No es justo, tú ya lo sabes todo de mí... —lanzó un suspiro, sabía que tenía razón.

—Solo tengo un hermano, dos años mayor que yo, él estudia fuera.

—¿Dónde?

—En Harvard, ciencias políticas.

—¡Guau! ¿y tus padres?

—A ellos casi no los veo —zanjó. Parecía no tener muchas ganas de hablar del tema. Eso me hizo sentir en desventaja, él no se había cansado de preguntarme todo acerca de mi vida y yo se la conté sin dudar.

—¿No viven contigo? —continué insistiendo.

—Sí, pero viajan mucho, prácticamente no están...

—¿A qué se dedican?

—Trabajan para el gobierno.

—Mmm, entonces siempre estás solo —negó manejando muy atento.

—En mi casa trabaja mucha gente, nunca estoy completamente solo —De verdad estaba sacándole la información con tirabuzón. Por otro lado, sentía que no me decía todo. ¿Por qué le incomodaba tanto el tema?, ¿tendría una mala relación con sus padres?, ¿habría alguna cosa turbia? Sacudí la cabeza haciendo a un lado esas ideas; a lo mejor su vida con ellos en efecto no era muy interesante, no había mucho que decir y el hecho le daba igual o lo lastimaba.

—Liam... ¿Qué sucede?, ¿te estoy incomodando? —posó una mano sobre mi pierna.

—Eso nunca. Lo siento, es solo que... para mí no es un tema importante. —Lo observé por un segundo y después perdí la vista en el exterior sin poder creerle—. Kya, no es que no quiera decirte. Mis padres no son como tu madre, tenemos una relación un poco... distante, muy lejana... eso es todo —asentí sin mirarlo. Si no quería decir más por hora estaba bien, aunque no por eso dejaba de dolerme un poco—. Mejor dime, ¿en serio has leído todos esos

libros? Son un montón, yo creo que no he leído ni uno en lo que va del año... —era evidente que cambiaba de tema, pero si en realidad era así, no tenía caso seguir insistiendo.

El resto del camino conversamos sobre trivialidades, no volví a preguntar más sobre su familia y él no volvió a sacar el tema. Cuarenta minutos después llegamos.

Me llevó a los principales puntos de interés, parecía que conocía muy bien porque contestaba todas mis preguntas sin dificultad. Tomados de la mano caminamos mucho. Cada tres pasos lo detenía para tomar alguna fotografía de algo que me llamaba la atención y les pedíamos a diferentes personas que nos tomaran otras juntos. Moría por enseñárselas a Jane y Raúl.

Más tarde fuimos a la playa, alquiló un caballo y cuando menos me di cuenta, me invitaba a subir. Nunca me había trepado a uno y si he de ser sincera, me daba un poco de miedo, ya saben... no soy muy temeraria.

—Iremos juntos, anda, te va a gustar —me convenció con su sola mirada y no sé ni cómo acepté. Me ayudó a montar sin dificultad y luego subió tras de mí. Me sujetó fuerte por la cintura y lo hizo andar lentamente. El atardecer estaba comenzando y la vista era preciosa—. ¿Te gusta? —preguntó junto a mi oído. Enseguida sentí las mariposas en mi estómago y la piel erizada. Era hermoso, pero nada comparado con sentirlo tan cerca de mí, sujetándome de esa forma tan posesiva que me hacía sentir que nada podría suceder. Su cálido pecho me cobijaba y sus manos rodeaban mi cuerpo de una manera única, haciéndome sentir en el cielo.

—Sí... —logré decir con la boca seca. Besó mi cabello y continuamos. Lo manejaba sin dificultad, el animal le hacía caso en todo. No supe cuánto tiempo estuvimos ahí, lo cierto es que entre sus brazos podía pasar la eternidad y no importaba.

Cuando anocheció, regresamos y lo entregó. El frío se incrementó así que fue por nuestras chaquetas al auto y caminamos juntos por la playa, riendo y jugando. Le aventé un poco de agua, sin que él se diera cuenta y comenzó a perseguirme, al final me rendí sin remedio. Me tomó por la cintura cargándome a un costado de su cuerpo, no podía luchar, la risa no me lo permitía, cuando por fin me bajó, me ofreció su espalda para treparme, no lo dudé y me aferré a su cuello enrollando mis piernas en su cintura, me hacía sentir tan liviana como una pluma. Recargué mi barbilla en su hombro y seguimos riéndonos. Su olor me llenaba, era una mezcla de limpio, perfume y algo más... me encantaba.

Antes de las ocho nos dirigimos a un restaurante. Un lugar muy acogedor, con mesas pequeñas y velas que las iluminaban. La anfitriona nos ofreció una sin problema. El sitio tenía una vista impactante. Las luces de la ciudad centelleaban y se escuchaba el rugir del mar.

Al terminar mi platillo yo ya me sentía satisfecha en todos los sentidos, lo miraba feliz. Su expresión cambió de repente y tomó mi mano de forma solemne.

—Kya, necesito que sepas que estos días han sido los mejores de mi vida —Cuando me observaba así no podía evitar que mi boca se secase y que el pulso se me acelerara.

—Para mí también, Liam —Se acercó a mi rostro y rozó delicadamente mis labios—. Crees que... ¿entiendan lo que sentimos?

—Lo intentaremos, si no es así, no estoy dispuesto a dejarte, prefiero perderlo todo antes que eso... —lo decía en serio. La intensidad de nuestro sentimiento no era algo fácil de comprender, nosotros no lo hacíamos. Ya era inevitable, no podíamos separarnos. Kyana, lo vamos a lograr, después de todo no hacemos nada malo, es cuestión de paciencia...

—No estoy tan segura y la verdad es que... esto no me gusta... no quiero perderte.

—Eso no pasará, te lo juro, suceda lo que suceda —sonreí insegura. Eso esperaba.

Poco antes de las nueve salimos hacia Myrtle Beach. Llegamos justo a la hora que prometió.

Al entrar a la casa escuchamos voces en el comedor. Ahí se hallaban una mujer mayor que mi madre y un hombre bastante apuesto, un poco canoso, delgado y con rostro bien formado. Los tres tenían sus ordenadores abiertos y revisaban papeles. En cuanto nos vio mamá, se levantó.

—Hola... ¿cómo les fue?

—Bien. Buenas noches —giró hacia sus invitados y nos presentó.

—Mi hija, Kyana y él es Liam. Ella es Ely y Ralph —Ambos se pusieron de pie saludándonos con un fuerte apretón.

—Hola, chicos —señaló la mujer mirándonos aprobatoriamente.

—Mucho gusto —La siguió Ralph. Cuando lo tuve en frente, comprendí porqué estaba saliendo con él. Además de guapo, se veía muy amable.

—Estamos trabajando en un proyecto de la agencia... —Mamá parecía agotada; sin embargo, tenía un brillo especial en su mirada. Con que ese era el hombre en cuestión. Me pareció perfecto. Salimos a la terraza un segundo

después. Hacía más frío, pero no era insoportable y bueno, quería estar a solas con él.

Con una enorme sonrisa provocativa en esa boca que me aniquilaba, rodeó mi cintura con familiaridad y me sentó sobre sus piernas. De inmediato me acurrugué recargando mi rostro en su clavícula, cerca de su barbilla. Saqué el móvil de mi abrigo y comenzamos a revisar las fotografías haciendo un recuento del día. Definitivamente uno de los mejores de mi vida.

A las doce moría de sueño, no quería que se fuera, ambos estábamos en silencio. Él tenía recargada la cabeza en la pared y yo en su pecho con los ojos cerrados. Podía quedarme así por siempre.

—Kya, es hora de irme... —negué lentamente sin moverme. Elevó mi barbilla y sujetó con dulzura uno de mis labios para después hacerlo con el otro— No quiero que tu mamá tenga quejas sobre mí, yo tampoco quiero dejarte —Me levanté resignada, tenía razón. Cuando estuvimos de pie me abrazó amorosamente.

—Mañana no sé si podré verte —me separé enseguida mirándolo un tanto decepcionada—. La temporada comenzará pronto, nos juntamos los domingos para afinar estrategias y planear los juegos —asentí intentando comprender. Tenía miedo de que se estuviera arrepintiendo, de que necesitara espacio... Existían momentos en que me descubría desconfiada, eso me confundía y me hacía sentir mal. ¿Pero cómo evitarlo? Acunó mi barbilla, serio—. Por favor... soy consciente de que no confías del todo en mí, lo leo a veces en la manera que me miras. Te quiero, créeme que preferiría mil veces estar contigo que ahí. ¿Sabes algo? Antes no existía nada más importante y ahora... siento que me estorba. No quisiera despegarme nunca de ti... —no quería dudar, necesitaba creerle, si no sufriría mucho y lo haría sufrir a él. Sin embargo, era muy difícil, ni yo comprendía cómo podíamos estar juntos, cómo estaba sucediendo todo. Me sentía vulnerable, odiosamente insegura a veces. Paré mis pensamientos de inmediato, debía controlarme y ser inteligente.

—No tienes que explicarme, entiendo —caminé a la entrada de la casa olvidando mis tonterías. Detuvo mi andar y me volvió a abrazar.

—Kyana, el entrenamiento es todo el día, termina tarde. Si puedo escaparme no dudes que lo haré...

—Liam, no tienes qué hacerlo. Sé que eso es muy importante para ti, eres el capitán, no puedes escabullirte. Además, no soy una niña, ni quiero ser posesiva, te juro que entiendo, es solo que te extrañaré y todo esto es tan

nuevo para mí que no sé cómo reaccionar. No me hagas caso —Sin más me besó ansioso y le respondí de la misma forma. Era la verdad, tenía que entender y debía confiar en él. Me quería... lo sentía en cada caricia, en cada beso, en su mirada y en lo que hacía cuando estaba a mi lado. Él sonrió intranquilo.

—Y pensé que el posesivo era yo. Que me extrañes un poco me gusta...

—Siempre te extraño y no «un poco», sino mucho —sonrió complacido ante mi confesión. Besó mi frente absorbiendo mi aroma, adoraba que hiciera eso.

—Si no termina muy tarde, te marco, ¿de acuerdo?

—Sí —Diez minutos después ya estaba en mi cuarto tumbada boca arriba sobre la cama. No quería hacerlo sentir así. Era la segunda vez que decía que me quería y aún no podía contestarle. Creía que si lo hacía, quedaría completamente expuesta ante él y eso me asustaba.

Me puse el pijama y cuando salí del baño ya tenía un mensaje.

«Gracias por el mejor día de mi vida, descansa».

Tenía la capacidad de hacerme olvidar cualquier sentimiento negativo con tan solo un texto en mi móvil, increíble.

«Para mí también fue mágico. Suerte mañana».

Me acosté un segundo después, abracé su sudadera y me dejé llevar.

Por la mañana hice los deberes después de desayunar. Mi madre terminó al parecer muy tarde, pues continuaba dormida. Antes de las once sonó mi móvil, otro mensaje.

«Voy para el entrenamiento, muero por darte un beso».

«Yo también. Buen día».

Continué concentrada en matemáticas, esa materia ya nunca sería igual para mí, ahora siempre me lo recordaría a él.

«Estoy afuera, por favor, solo uno».

Reí sonrojada. En serio era increíble, debí suponer que haría algo así, esa era su manera: arrebatada, impulsiva y por eso era que estábamos juntos, eso lo sabía. Ya me había duchado, pero traía puesto unos pants viejos que no me gustaban en lo absoluto. Ni hablar. Me hice una coleta, revisé que no estuviera tan mal y bajé corriendo. Abrí la puerta y ahí estaba. Entró enseguida cerrando tras él, mientras me tomaba por la cintura. No lo dejé hablar y lo besé con tremenda ansiedad. Llevaba el conjunto deportivo del equipo, que para variar, se le veía espectacular y tenía aún el cabello húmedo. Dios, lograba alertar y entumir a la vez todos mis sentidos.

—Pensé que te molestarías... —admitió contento.

—¿Por qué?, yo también lo quería...

—Te ves... muy linda así —Me hizo un poco hacia atrás para observarme mejor. Entorné los ojos.

—No es verdad, es solo que no esperaba vinieras.

—Definitivamente me gustas de todas las formas —¿Cómo no quererlo?, ¿cómo no perder la cabeza por alguien así? Le di un pequeño empujón coquetamente. De repente se puso serio—. Creo que no iré, quiero estar junto a ti hoy, mañana, pasado, el resto del tiempo —acaricié su rostro conmovida. Mi corazón palpitaba frenético, incluso creí que lo podría escuchar.

—No puedes faltar, es tu responsabilidad. Estaremos bien —asintió desganado. Lo besé de nuevo y enseguida se fue sin mucho ánimo.

Dos horas después de eso Max me marcó para invitarme al cine. Irían todos y pasarían por mí alrededor de las cinco. Dudé en aceptar. Lo cierto era que no había salido con ellos el día anterior y necesitaba mantener la cabeza ocupada, no llevaba ni dos horas sin verlo y ya lo extrañaba demasiado.

La película fue de acción y suspenso, así que las dos horas pasaron rápidamente. Antes de entrar le mandé un mensaje a Liam, sabía que probablemente no me contestaría ya que debía estar jugando. Saliendo fuimos a un restaurante de comida rápida. Reímos y comentamos sobre los típicos errores de la cinta que acabábamos de ver.

—¿Pensaste lo que te dijimos el viernes, Kyana? —negué despacio observando a Max. Al parecer ya todos sabían a qué se refería porque no preguntaron nada.

—Ojalá lo evalúes, creo que es lo mejor —Ray lo decía en serio aunque sonreía para suavizarlo.

—Él no se ha portado mal con ella, me parece que exageran... —espetó Lana con simpleza. Annie asintió al igual que Robert y Emma.

—Es tu decisión, solo que queremos evitar problemas —Billy lo decía comprensivo.

—Chicos, les agradezco de verdad que se preocupen, valoro todo lo que han hecho por mí desde el primer día. Sé que entre ustedes hay... problemas desde antes que yo llegara, no quiero provocar más, pero no estoy haciendo nada malo, entiendan que yo asumí un compromiso y lo debo cumplir y él ha respondido.

—Tienes razón, probablemente exageramos. Tú no tienes la culpa de lo que antes sucedió, parece que él lo entiende mejor que nosotros —admitió Ray

pensativo—. Pero... si llega a suceder algo, ¿dejarás de ayudarlo? —Asentí muy segura—. En cuanto a Roger, se está pasando de la raya, si sigue así lo denunciaremos ante el concejo estudiantil... —todos estuvieron de acuerdo con Max y yo también, ya me tenía harta.

Pasaban de las ocho cuando mi celular sonó, al ver el número, me separé un poco de ellos. Me ubiqué junto a una ventana viendo el exterior.

—Hola...

—Hola, Kya. Acabo de ver tu mensaje... —al escucharlo olvidé dónde estaba. Comencé a jugar con la calcomanía que estaba adherida descuidadamente sobre el vidrio.

—Lo imaginé, ¿cómo va todo? —se escuchaba agitado.

—Bien, falta una hora ¿y tú?, ¿te gustó la película?

—Pues... sí, ya sabes... asesinatos... persecuciones... esas cosas...

—Intuyo que no son tu estilo —alcanzó a percibir divertido.

—No me desagradan, tampoco son mis favoritas...

—Es bueno saberlo —escuché que lo llamaban, seguramente su entrenador —. Kya, debo irme, en cuanto salga te marco ¿de acuerdo?

—Sí, suerte... —susurré triste. De pronto su tono cambió, ahora era serio.

—Te extraño...

—Igual yo —sonreí bobaliconamente. Moría por olerlo, por abrazarlo y por verlo.

—Con eso me conformo... me voy, cuídate —colgué y me dirigí de nuevo a la mesa. A las nueve ya estaba en casa. Mi madre aún no llegaba. Prendí el ordenador y revisé mis correos. A las diez el timbre sonó. Bajé tranquila, no quería decepcionarme.

Era él.

—Hola...—entró cerrando lentamente. En cuanto lo tuve cerca lo rodeé ansiosa—. Dios, te extrañé tanto... —susurró contra mi cabello mientras me daba pequeños besos. Me separé, busqué sus labios poniéndome de puntillas, él bajó la cabeza y me devoró ansioso—. No podía esperar hasta mañana, media hora es media hora —Me guió hasta la sala. Se sentó y como el día anterior, me acomodó sobre sus piernas. En ese momento me sentí completa y asombrosamente feliz.

—¿Cómo estuvo tu entrenamiento? —lucía agotado, demasiado.

—Largo... muy largo... así son, pero nunca se me había hecho tan pesado.

—Te ves exhausto, Liam —con un dedo comencé a recorrer sus cejas y sus pómulos. Cerró los ojos sonriendo lánguido. Continué trazando líneas en su

rostro delicadamente, no se movió, parecía muy relajado. Lo besé, respondió con ternura, despacito.

—Se siente tan bien, Kya —no contesté, me extasiaba su expresión de completo abandono—. Me hubiera gustado ir yo al cine contigo —paré.

Abrió los ojos sonriendo.

—¿Crees que a mí no?

—Ya iremos, ¿no es cierto?

—Es un trato —dije enarcando la ceja y ladeando levemente la cabeza.

—Mmm, ya verás, hay miles de cosas que quiero hacer a tu lado y te juro que las haremos... todas.

—Lo sé —escuché el auto de mi madre. Ambos nos separamos de inmediato. Vio el reloj. Ya era hora. Nos miramos con desilusión.

—¿Algún día sería suficiente el tiempo juntos?

No, ahora estaba convencida de que nunca sería así, Liam ya estaba en mí y yo... en él.

7 ¡quema!

Las dos semanas subsecuentes fueron más fáciles hasta cierto punto. Nos escapábamos en los recesos para vernos. Me mandaba mensajes todo el tiempo y yo... me sentía alucinada. Lo quería, eso ya era inevitable.

Continuamos con las asesorías sin problema. Más tarde iba a mi casa y dejaba su camioneta a unas cuadras para no levantar sospechas. La relación entre él y mi madre marchaba perfectamente. Literatura seguía siendo... complicada. Max y Ray revoloteaban alrededor, intentando llamar mi atención, y Liam se esforzaba para poder reprimirse. Los días que terminaba tarde su entrenamiento me iba con mis amigos y lo veía después, por lo menos media hora.

La intensidad de lo nuestro aumentaba sin poder detenerla. Desarrollábamos algunas tareas juntos, nos desafiábamos en juegos de mesa, conversábamos sobre miles de cosas sin parar y eso... eso era mágico, pues me dejaba fluir sin dificultad, sin aparentar, sin ocultar, sin esconder nada de lo que en realidad soy.

Roger no me había vuelto a molestar, aunque, cuando me lo topaba de lejos, me miraba amenazante, ¡demente! Nos coordinábamos fácilmente, pero cada vez lo sentía más ansioso, más desesperado. No decía nada, no había necesidad, yo sabía que no podíamos seguir postergando más la verdad. Era absurdo. Si se molestaban por lo que sentíamos no tendría más remedio que alejarme, por mucho que eso doliera. Llevábamos tres semanas juntos y... ya era demasiado.

La actitud de los chicos con él no cambiaba. Cuando se acercaba con algún pretexto sobre las tutorías, lo observaban molestos, sin ocultar su repudio. Los únicos que me apoyaban, pero desconocían nuestra relación, eran Annie, Robert y Emma. El resto seguía refiriéndose a Liam con desconfianza y rencor; a pesar de que él se comportaba diferente: respetuoso, agradable, ajeno a cualquier problema. No podía remediar nada, eso me llenaba de impotencia. Veía a sus amigos molestar, justo como él solía hostigar. Eran patéticos, desagradables, eso me dejaba sin armas ni argumentos.

Cinco semanas en Myrtle Beach y mi vida era, como podrán darse cuenta, muy diferente a lo que imaginé. Sentía como si hubiese estado ahí desde siempre. Claro que extrañaba a mis amigos, pero gracias a lo que sentía por Liam no era tan duro. A su lado nada importaba, solo él, sentía la urgencia de tenerlo a mi lado en todo momento.

Acostada sobre mi cama, el quinto viernes por la noche, suspiré ya echándolo de menos. Se acababa de ir. Al día siguiente sería su primer partido e iban a jugar como locales. A partir de ese momento, algunos días, los fines de semana no estaría, ya que los partidos eran en diferentes lugares. Todavía no le lograba decir lo que en realidad había en mi interior, pues cuando lo intentaba no salían las palabras, se atoraban ahí, en la garganta. Me sentía miserable, él no se cansaba de demostrármelo, era todo lo que jamás soñé. Sin embargo, entre mi poca expresividad y entre que me daba miedo decirlo, lo mantenía oculto, muy dentro, custodiado hasta que llegara el momento adecuado.

Esa noche llevó unas películas que pensó me gustarían. Mi madre estaba con Ralph, salían mucho, pero no lo llevaba a casa, supongo que por mí. Su sudadera aún olía a su esencia, la abrazaba cada noche. En ese momento la tenía pegada a mi nariz.

Al día siguiente todos iríamos al partido y aunque no se soportaban, era un gran evento en el pueblo. Por la noche se celebraría Halloween. Era tradición en Myrtle Beach juntar los dos eventos y todos estaban listos... menos yo. Liam, me rogó asistiera. No tenía muchas ganas. Verlo y no poder estar con él no era mi idea precisamente de diversión. Aun así, ya había quedado con los demás y Annie me llevaría un disfraz para que no tuviera pretextos. Suspiré afligida, ahí, en medio de la penumbra de mi habitación.

El jueves Max fue a mi casa después de la escuela. Liam y yo hacíamos tareas cuando escuchamos el timbre. Abrí despreocupada, una vez que supe que era él. Quería hablar conmigo y parecía nervioso. Esperé relajada a que dijera lo que pasaba. Sabía perfectamente que no estaba sola, era día de tutorías, por lo que Liam dejó justo en frente su camioneta, despreocupado.

—Kyana, ¿podemos hablar? —asomó su rostro al interior y lo vio. Liam lo ignoró y continuó con los deberes. Asentí. Salí sin cerrar, aguardé—. Sé que estás ocupada, pero quería ver si... ¿irías conmigo a la fiesta del sábado? —sentí que mi estómago se caía hasta el piso. ¿Desde cuándo me había convertido en un imán de chicos? Y para colmo, justo tenía que pedírmelo frente a mi novio. ¡Maldición! ¿por qué no cerré la puerta? ¡Agh!

—Pero si vamos a ir, ¿no? —fingí demencia. Sabía perfectamente a qué se refería, no se me ocurrió otra manera de esquivarlo. Metió las manos en su jean mirándome de una manera que no me gustó en lo absoluto. ¡Diablos! En serio... ¿Por qué a mí? ¿desde cuándo tan irresistible? ¡ah!

—Lo que pasa es que... me encantaría que fueras como... mi pareja —Si hubiera traído líquido en la boca, seguro lo saco todo de un jalón. ¡Qué!, ¿jamás se rendirían? Eso era por demás incómodo.

—Max... —Liam salió en ese instante con su mochila colgando, pasó en medio de los dos echando chispas.

—Se terminó el tiempo. Luego nos vemos —Y se fue sin voltear. ¡No! Quería salir corriendo tras él, explicarle, sin embargo, me quedé clavada ahí observando atónita cómo se marchaba, rugiendo su camioneta. Eso es impotencia pura.

—Qué bueno que se fue —soltó Max indiferente. Quería que la tierra me tragara, jamás hubiera querido que presenciara algo así, ¿por qué todo siempre se complicaba? ¡Ah! Al paso que iba me daría pronto una crisis de nervios.

—Max, lo siento, es mejor que sigamos como hasta ahora —zanjé respirando cortadamente. Las piernas me temblaban, quería que se fuera.

—Kyana, por favor, no pierdes nada... —¿No comprendía?, tenía ganas de cerrarle la puerta en la cara, pero yo no era así y él no tenía la culpa de mi temor o bueno, en parte sí, aunque no de mi silencio y todo eso era consecuencia de ello.

—No, de verdad no quiero que nuestra amistad se vea afectada, lo siento —articulé con poco tacto. Asintió sin decir más, mi tono fue muy claro y tajante.

—Está bien, comprendo y... no te preocupes, nada cambiará... tenía que intentarlo —¡Dios!, odiaba verlo así: abatido. Mi intención no fue esa, solo quería que se fuera y no volviera a insistir. Coloqué una mano sobre su hombro intentando suavizar las cosas.

—Max, me caes muy bien, en serio y... los quiero... como amigos... por favor entiéndeme —sonrió asintiendo amigablemente.

—Comprendo, mañana nos vemos y... como si nada ¿sí?

—Gracias...

En cuanto se marchó mis ojos se rasaron por la impotencia, cerré mis manos en un puño bien apretado sintiéndome profundamente frustrada, enojada y... extrañamente desolada. Me senté en la sala desconcertada,

recordando la huida de Liam. Decidí marcar su número, pero... ¿qué le diría? No importaba, ya tenía el móvil en la mano cuando sonó el timbre. Abrí desganada, triste, esperaba de verdad que no fuera de nuevo Max.

Error.

Liam apareció frente a mí, con el rostro desencajado.

—Lo siento... —susurró arrepentido. Lo abracé mientras cerraba tras él.

—No, no debí salir... —me sentía fatal por lo que acababa de suceder. Acunó mi barbilla y al mirar mis ojos enrojecidos, comprendió se sintió culpable.

—Kyana, no es tu culpa, perdóname... no debí reaccionar de esa forma...

—No te disculpes, por favor. Me sentí terrible... odio lastimarte, Liam — Con ambas manos agarró mi rostro y me besó dulcemente, aspirando con ansiedad mi aliento, mientras mis labios se movían sobre los suyos sin dificultad y sí con necesidad.

—Tú no eres la responsable, sabía que esto pasaría en cualquier momento, es solo que escucharlo fue... peor de lo que creí... Tuve que acopiar todo mi autocontrol posible para no cometer una estupidez —escondí mi mejilla en su pecho—. Cada vez me es más difícil ocultar lo que siento por ti. Te quiero y no deseo compartirte con nadie... necesito que todos sepan que estás conmigo... Ahora eres mi todo y no puedo seguir con este enredo —La situación nos estaba rebasando. Me arrastró hasta el sillón, sentándome a su lado. Elevó mi rostro hasta él—. Vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo?, pronto resolveremos esto, estoy seguro —En ese momento comprendí que ya no estaba dispuesta a seguir así, pero sospechaba sería aún peor que lo supieran a esas alturas y su confianza en mí se vería seriamente afectada.

Acarició de nuevo mi mejilla regalándome una hermosa sonrisa que tranquilizó mi culpa. Ya no hablamos más del tema e intentamos retomar lo que trabajábamos unos minutos antes.

No lo podía postergar más... a Liam no le importaba que todos lo supieran y se detenía por mí. No era justo, no permitiría que algo como lo del jueves volviera a suceder. Tenía que ser valiente, demostrarle que también podía luchar por lo que sentíamos, que yo también lo quería y llegaría por él hasta el final, pasara lo que pasara. Se los diría y que fuera lo que tuviera que ser. Si estaba a su lado, todo lo demás no era tan grave. Y no podría volver a ver esa expresión de angustia en sus extraños ojos.

Por la mañana me desperté temprano. Entre mamá y yo hicimos el aseo de la casa, que por cierto teníamos un poco abandonada. Mi móvil sonó, sabía

que sería él.

«Kyana... pensé en ti toda la noche... te extraño».

Las cosas que me decía me derretían como si fuese un helado junto al fuego, por no decir, que le sacaban alas a mis pies: volaba, en serio que sí.

«Yo no solo por la noche».

No se tardaba nada en contestar, así que esperé con el teléfono en la mano.

«Eso cambia todo mi día y lo sabes».

Un par de horas antes del partido, llegó. Lo pasé hasta la terraza ya que mi madre pululaba por todos lados sacudiendo, a conciencia, cada cosa. No me encontraba en lo absoluto presentable: un jean roto con una playera rosa ya vieja y el cabello agarrado en un moño mal hecho. En pocas palabras, hecha un desastre.

Cuando lo tuve en frente a solas, lo miré refunfuñando.

—Date cuenta cómo estoy... —rodeó mi cintura divertido. Esos pucheros lo doblegaban y yo ya sabía cómo usarlos.

—Hermosa, como siempre. ¿Sabes?, creo que nunca dejarás de gustarme —rodé los ojos riendo.

—Eres... —me jaló acercándose hasta su boca.

—Insufrible... lo sé... —Y me besó—. Me encantan tus labios...

—Mentiroso...

—¿Ahora quién es la insufrible? —Sonreí, tenía razón—. Quería verte antes del partido...

—Qué bueno que lo hiciste... —Nos abrazamos unos segundos. Cuando se separó no pude evitar entristecerme, eso de estar enamorada era tan hermosamente complicado.

—Me tengo que ir. Nos vemos en la noche... en la fiesta —torcí la boca insegura. No me gustaba nada la idea de ir y no poder estar juntos.

—Kya, ve, por favor, no puedo faltar, tú sabes que todo el equipo estará ahí... no me lo perdonarían —rozó de nuevo mis labios—. Encontraremos la forma de pasar tiempo tú y yo... lo prometo...

—Okey. Solo no te vayas a burlar de mi disfraz —Lo amenacé enarcando una ceja. Rio divertido.

—Por supuesto que no, sé que te verás sensual... como siempre —Le di un pequeño golpe en el pecho. ¿Sensual?, no, yo podía ser muchas cosas, pero sensual para nada.

—No bromees, es en serio... —lo regañé divertida. Me acercó a su cuerpo hasta que sentí de nuevo su aliento, acariciando mi rostro.

—Sé que me impresionarás, nunca dejas de hacerlo —apresó uno de mis labios y lo detuvo entre los suyos apenas si un segundo. Las hormigas ya estaban haciendo de las suyas en todo mi cuerpo—. Me voy... no te despegues de tu móvil —Asentí con la boca aún deseosa de más. Un minuto después, desapareció.

El lugar estaba abarrotado, todos los estudiantes y adultos de Myrtle Beach se encontraban ahí. Al parecer era un gran evento. El partido comenzó a las cinco y media en punto. Cuando el equipo salió, la gente enloqueció. Gritaban y aplaudían enardecidos.

Liam iba al frente con su casco a un costado como el resto del equipo y trotaba al centro de la cancha. ¡Dios! Mi boca se secó, se veía realmente espectacular y en él sí quedaba muy bien el término sensual. Demasiado.

Él me dijo que el rival era fácil; sin embargo, no se confiarían, deseaban seguir manteniendo el título, era un equipo muy respetado a lo largo de la Costa Este a nivel de *high school*.

Una hora después iban ganando veinte-quince. Puse mucha atención a cada jugada. Liam intentó explicarme, aunque debo confesar que me costaba trabajo seguirle, así que entre Ray y Billy iban respondiendo cuando les preguntaba. A las ocho acabó, el equipo del condado ganó cuarenta y cinco-treinta. La gente alucinaba aventando cosas a la cancha de la emoción, mientras ellos festejaban en el centro y se cargaban unos a otros. Liam me buscó con la mirada, cuando me encontró, sonrió. Nadie nos vio, a excepción de Emma, que caminaba a mi lado. Cuando me di cuenta de que notó el gesto, me ruboricé, en respuesta me guiñó un ojo.

Todas las chicas nos cambiamos en casa de Annie. El disfraz era mejor de lo que pensé, era un atuendo de época muy hermoso. Tenía un rojo carmesí intenso, con bordados que asemejaban oro cruzando el vestido muy provocativamente. Tenía un corsé que marcaba perfectamente mi figura y resaltaba un poco mi pecho, con mangas pegadas hasta la muñeca, la parte baja estaba adherida al resto y caía larga, una discreta crinolina iba debajo para poder levantarla un poco. Los zapatos eran cerrados, del mismo color del vestido, con una pulsera que rodeaba mi tobillo. Sara me hizo rulos más marcados, levantando toda mi melena castaña elegantemente con un listón dorado que se tejía por todos lados. Me maquilló divertida intentando igualar lo que en esos momentos de la historia se usaba.

Unas arreglaban a las otras. Era genial vernos a todas pululando como abejas detrás de alguna, disponiendo algo en su cabello o acomodando su

vestuario. El resultado, debo aceptar, me encantó. Realmente me sentía satisfecha con mi atuendo, una vez que me vi en el espejo. En las anteriores fiestas que asistí me hubiera ido disfrazada de cualquier cosa... Peter pan, duende, incluso bruja o una rosquilla gigante, jamás de cortesana. Le gustaría, estaba segura. Sonreí ante mi reflejo bobaliconamente pensando, sin poder evitarlo, en sus labios.

La fiesta era dentro de la escuela, en el domo de baloncesto. Cuando llegamos el lugar estaba casi lleno. Por dentro nos invadió la penumbra, solo había luces tenues que intentaban darle un toque escabroso. Colgaban imitaciones de telarañas, calabazas y fantasmas. Todo era negro y neón. Al fondo se encontraba un estrado donde tocaba un grupo. Las seis entramos riendo. Al vernos, los chicos se acercaron de inmediato, nos rodearon para ir juntos a la pista.

—¡Guou!, se ven muy bien... —Max me miraba al igual que Ray, de arriba abajo, inspeccionándome. Robert, que hasta ese momento apareció, e iba de Elvis Presley, tomó mi mano para que lo acompañase al sitio donde servían un ponche de frutas y refrescos.

—Toma —Me tendió un pequeño vaso, mientras él se servía otro—. En serio te ves bien, no sé cómo lograrás mantenerlos lejos, parecen moscas tras de la fruta —rodé los ojos y luego sonreí fingiendo angustia. La situación era algo cómica.

—Estando contigo, últimamente eso ha funcionado —soltó una sonora carcajada asintiendo.

—Lo sé, pero me voy ganar su odio y... todo por tu culpa... —lo miré suplicante abanicando rápidamente mis pestañas. Levantó las manos rendido.

—Está bien, está bien... ¿quién se resiste a ti? —Le dediqué mi mejor sonrisa agradecida y la verdad, un poco aliviada. Sabía que no le atraía en lo absoluto, de hecho estaba segura de que moría por Annie, pero no se atrevía a demostrárselo. Era lo más cercano a mi mejor amigo ahí. Por lo que estar a su lado era natural, relajante—. ¿Bailamos? —tendió su mano galante, yo acepté con ademán pomposo.

Un segundo después entró una despampanante chica vestida de hada robando la atención y miradas de todos los que estábamos ahí. Me costó trabajo reconocerla, cuando lo hice, vi que era del grupo insoportable con el que tenía la materia de inglés. A esas alturas ya sabía que era animadora, una de las líderes. Gracias a eso comprendí porqué se portaban así. Era bonita y tenía un cuerpo de miedo, a su lado iba otra igual de hermosa disfrazada con

el típico atuendo de Las mil y una noches. Y detrás de ambas, varias chicas más con atuendos provocativos. Impresionantes de verdad.

Las miré un momento pestañeando.

—Quitán el aliento, pero créeme... no quieres conocerlas —apuntó mi amigo con seriedad. Fruncí el ceño al escucharlo.

—¿Conocerlas? No las soporto, las tengo en una materia, son prepotentes —asintió sonriendo y se acercó a mi oído.

—Te contaré algo, pero... no lo repetirás, ¿okey? —asentí intrigada ante su tono, no solía meterme en la cotilla, pero no pude resistir saber lo que quería decir—. Esa chica, la que viene de Las mil y una noches, es una de las razones por las que Liam y Max se odian —mi pulso se detuvo enseguida, mi estómago se encogió, se apretaba y, de paso, se hizo moño. En cuanto me lo dijo se separó para ver mi reacción. Dejé de bailar mirándolo atónita.

—¿En-en serio? —tartamudeé. Mi cabeza trabajó a mil por hora.

No daba crédito. Eran odiosas hasta lo indecible, pero además, ¿cómo era que Liam se fijó en mí si ese tipo de chicas era el que frecuentaba? Una sensación muy molesta de inseguridad me embargó. Ella fue novia de Max, con la que Liam se... metió.

—Kyana... ¡Ey! —Robert chasqueaba los dedos frente a mí, cuando reaccioné, intenté sonreír—. Te fuiste por un momento...

—Lo siento.

—No te preocupes, esa reacción suelo producir en las chicas —rodeó mi cintura y me hizo girar al estilo Presley. Solté la carcajada olvidando mi desconcierto.

Bailamos unos minutos más, intenté seguir sus pasos de rock and roll, riendo cada dos segundos sin fijarme ya en lo que ocurría alrededor. En medio de un movimiento complicado, sin poder evitarlo, sentí su presencia. Giré a todos lados con el corazón martilleando. A algunos metros él, observándome. Y nada fue más importante, mis neuronas, pulmones y de más cuestiones orgánicas, se detuvieron. Vestido de caballero, parecía provenir de un cuento de hadas y no de mi realidad. Se acercó importándole poco todo, sus ojos los mantenía anclados a los míos sin la menor intención de esconder su atracción. Me puse nerviosa de inmediato ¿Qué pretendía? Robert le daba la espalda y cuando menos me di cuenta, ya estaba a su lado tocando su hombro, sin dejar de verme. Mi amigo volteó relajado, en cuanto lo vio, su expresión cambió. Se tensó en un segundo.

Mis palmas sudaron, mi respiración se hizo lenta... No perdía el contacto

visual conmigo y yo no tenía la fuerza para esquivarlo, me sentía presa de sus posos grises que invadían mi ser con una potencia avasallante, inigualable, deslumbrante.

—¿Puedo? —preguntó con firmeza, Liam, serio. ¿Le pedía permiso para continuar el baile conmigo?, anticuadamente encantador. Robert clavó sus ojos en mi dudoso, asentí pestañeando más no mirándolo, por lo que se fue sin objetar al respecto.

—Liam, se van a dar cuenta —dije cobardemente mientras me agarraba por la espalda baja y comenzaba a moverse.

—Tú tienes la culpa, estás tremendamente sensual, no me pidas que me aleje porque no lo haré... —zanjó con firmeza.

Le intenté seguir el paso torpemente sin saber muy bien en dónde acomodar mis manos. La música no era calmada, aunque sí se prestaba para bailar así, muy juntos. Se dio cuenta de mi conflicto, así que las tomó y las colocó sobre sus hombros sonriendo. Sentía las miradas de nuestros compañeros clavadas en nosotros, comencé a mordirme el labio, nerviosa y sin saber cómo actuar, posé la vista sobre su amplio pecho.

—Kya... por favor, deja de hacer eso, porque entonces sí no respondo... —solté mi boca y asentí completamente ruborizada. Toda la decoración era lúgubre, así que no podían distinguir muy bien mi ansiedad. Me llevaba suavemente, sin esfuerzo. Para mi asombro embonábamos a pesar de las estaturas tan dispares—. Kyana, no va a suceder nada, los conozco, si no me paso de la raya se quedarán tranquilos —alcé la mirada insegura. Cada vez que hablaba, se acercaba a mi oído por lo que sentía su aliento ahí, en mi lóbulo, dejando su estela cálida y eso me ponía aún peor.

—Felicidades —logré decir, me refería al partido, intenté cambiar de tema. Hizo un gesto con su cabeza en agradecimiento, entendiendo a qué venía eso.

—De verdad no sé cómo voy a controlarme hoy —Sus pupilas dilatadas, enviando mensajes que dejaban a mi piel erizada, me indicaban que realmente lo pensaba.

—¿Y crees que para mí es fácil? Liam, por favor, tus amigos no están dando brincos de la emoción al verte aquí, conmigo —Y era cierto, a lo lejos alcanzaba a ver a varios de ellos, observándonos sin comprender. Se encogió de hombros indiferente.

—Eres mi amiga y... mi tutora —rió cínicamente.

—Contigo no se puede —refunfuñé molesta por la poca importancia que le daba.

—No me pidas milagros, Kyana, por favor... —Su tono se tornó suplicante y aunque reía, lo decía en serio. Asentí completamente desarmada. La siguiente canción fue más rápida, así que no era necesario estar tan cerca, comenzó a darme vueltas y bailamos uno frente al otro, sonriendo más relajados.

De repente sus amigos se acercaron. Kellan le dijo algo que, evidentemente, no alcancé a escuchar por lo estridente de la música, él asintió. Un minuto después se acercó a mi oído.

—Tengo que ir a resolver un problema, ahora regreso —parecía molesto. No alcancé a comprender lo que sucedió cuando Emma, Sara y Susan ya estaban a mi lado.

—Kyana, ¡no inventes! No lo podemos creer. Nos tienes con la boca abierta —sonreí ruborizada.

—Liam... bailando... Con alguien fuera de su círculo de amigos. ¡Es realmente increíble! —dijo un grito Sara, impresionada. Intenté fingir que me daba igual.

—Además, te veía de una forma... —agregó Susan. Emma rodeó mis hombros al darse cuenta de que no sabía qué contestar.

—Seguro es porque le caes bien, después de todo le das asesorías y le has ido mejor ¿no es cierto?

—Puede ser, aunque de verdad es muy extraño, admítelo —reviró Lana, no parecía convencida. Nadie dijo más, por lo que comenzamos a bailar juntas. Cuarenta minutos después Liam seguía sin aparecer. Comencé a sentirme inquieta sin poder evitarlo.

Mirando distraída el lugar, lo vi. Iba a sonreír alegre cuando noté que a su alrededor revoloteaban las animadoras con cuerpos esculturales. Pestañee sintiendo cómo mis pulmones se comprimían. Quise gritar. Caminaba relajadamente hablando con Jen, la causante del odio entre mis amigos y ellos. La... chica tenía enredado un brazo en el de mi novio mirándolo coqueta, sonriendo de forma sensual. ¡¿Qué diablos?! Liam, para colmo, se reía divertido por algo que le decía prestándole toda su atención. Hacían una pareja impresionante y yo solo podía pensar que tenía ganas de desaparecer.

Una opresión en el abdomen, como si me hubiesen golpeado, apareció dejándome noqueada. Calor, mucho calor debido a la rabia inmensa que invadía mi ser. Detrás iban Kellan y Luck mirando los traseros de ambas descaradamente. ¡Increíble! Me giré, acopiando toda mi fuerza de voluntad. No quería seguir observando ese cuadro. De inmediato comprendí lo que él

dijo cuando escuchó a Max invitarme a salir. Definitivamente yo no era tan fuerte y no tenía ese autocontrol, no cuando se trataba de él y de esa mujercita que parecía sirena, con la que compartió más que una inocente amistad.

Todos bailaban en pequeños grupos o parejas. La fiesta era todo un éxito, no cabía un alfiler y yo... yo no sabía qué hacer. Mis palmas cosquilleaban, mi mente estaba nublada por el enojo y mi cuerpo no lograba moverse.

—Ahora regreso —grité buscando que no se dieran cuenta de lo que dentro de mí ocurría. Si abría la boca, echaría fuego. No di tiempo a que preguntaran nada y caminé en dirección contraria a Liam. Me abrí paso entre la gente con los brazos. Me urgía salir de ahí. Llegué por fin a una puerta, la abrí sin dudar, no me importaba a dónde diera, solo quería que me sacara de ese maldito lugar.

Uno de los jardines de la escuela, perfecto. No había nadie, agradecí que fuera así. Necesitaba tranquilizarme. Él no hacía nada malo ¿no? Pero al verlo regresar después de tanto tiempo con ese par a su lado y riendo con esa... «chica», generó que volviera a desconfiar. Entre ellos sucedieron cosas que en ese momento no lograba sacar de mi cabeza por mucho que me empeñaba, pues dolía como los mil demonios imaginarlo siquiera besándola, ya no digo algo más...

Sujeté con fuerza los pliegues de la pesada falda con manos sudorosas. Sentí que no podía respirar. Por si fuera poco el bendito vestido tan apretado y tieso en la parte superior, no ayudaba.

Encontré un árbol alejado, me senté con dificultad a sus pies de manera que tapara completamente la visión del sitio donde recién había estado bailando. Recargué la espalda sobre el tronco cerrando los ojos. Inhalé una y otra vez intentando tranquilizarme, no lo lograba. Luché intentando pensar en otra cosa. Imposible, mi mente se llenaba de esa imagen, sentí ganas de llorar.

Era como estar sobre arena movediza. Nunca, en toda mi vida, había sentido eso. Mi pecho ardía, mi corazón latía desbocado, furioso, mi quijada estaba tensa y lo único que quería era irme corriendo de allí. ¡Agh! Cerré mis manos en un puño encajándome las uñas en las palmas. Odiaba esa sensación de inseguridad, de poco autocontrol, de ira circulando como veneno por toda mi piel.

Con el transcurso de los minutos y el ruido de la noche, comencé a relajarme al fin. El sonido del móvil me sacó de ese estado. Era Max, no contesté. Necesitaba estar sola. Le puse silenciador y lo dejé a un lado con la pantalla dando al pasto. Lentamente fui regresando a mí. Pensé en el mar, en

la arena bajo mis pies, en la brisa colándose en mi rostro, en mi cuerpo, en el sonido de las olas cuando chocaban con la arena. ¡Pf!, esas terapias de visualización sí funcionaban, ya me sentía un poco mejor.

Cuando por fin recuperé el control, decidí que era tiempo de regresar. Estaba con mis amigos, podía ignorarlo fácilmente, bueno, no iba a ser tan sencillo, pero pondría todo mi esfuerzo. Ardía literalmente de celos, la rabia viajaba vertiginosa por mi interior. Quemaba, puedo jurarlo. Revisé el móvil, muchas llamadas perdidas. Las borré. Caminé de nuevo hasta la cancha metiéndome por donde salí con la mirada al frente y la barbilla elevada.

En cuanto me vieron Annie y Robert comenzaron las preguntas. Sonreí relajada, explicándoles que salí a tomar aire porque con el vestido me costaba respirar e inventé que no escuché cuando me marcaron ya que lo tenía en silencio. Asintieron comprendiendo y me arrastraron de nuevo a la pista. Los seguí, intentando parecer despreocupada. Crucé justo a su lado ignorándolo, continúe bromeando con Robert. Sentí sus ojos clavados en mí. Su problema. Varias veces el celular vibró en mi mano, no lo revisé, era él, ¿quién más?

No sabía lo que eran los celos hasta ese momento y realmente fueron horribles. Lava que tornaba en cenizas cada parte de mi cuerpo, de tan solo pensar en Liam con alguien más y si ese alguien era tan escultural, como la tal Jen, pues me sentía aún peor.

La noche continuó así; evadiéndolo, mientras él todo el tiempo buscaba mi atención. Varias veces se movió de lugar para ver si así lograba que lo observara. Soy demasiado orgullosa y no me doblegaría. Mi móvil seguía vibrando una y otra vez. Pasaba de las dos de la mañana cuando Annie anunció que debíamos irnos. Robert y yo la seguimos despidiéndonos de todos, moría por dejar ese maldito lugar y quitarme de una vez el vestido que me cercenaba.

Caminamos hasta su coche riendo y bromeando. Robert se detuvo en seco, sin más, por lo que casi nos estrellamos contra él. Las dos seguimos su mirada. Me quedé helada. Liam, estaba recargado en la parte trasera del auto de mi amiga, rabioso, con los brazos cruzados. Me fulminaba con sus espectaculares ojos, aún a la distancia. Tragué saliva con dificultad, sin embargo, continúe caminando sin prestarle atención. El corazón se me iba salir del pecho, martilleaba muy fuerte dentro de mí. Que se aguantara, no le haría caso por mucho que mi cuerpo rogara.

Cuando estuvimos a un metro, su voz me detuvo.

—Kyana, necesitamos hablar —exigió. ¡Por supuesto que no!, negué sin

mirarlo. Annie y Robert, de pie a mi lado, se hallaban completamente perplejos. Se acercó a mí importándole muy poco que no estuviéramos solos—. Yo te llevo a casa —ordenó. Realmente se escuchaba enojado. Aun así, volví a negar e intenté esquivarlo. Me tomó por el brazo, obligándome a voltear—. ¡Basta! Yo te llevo y... vamos a hablar —anunció decidido.

No me sentía del todo bien, el corsé cada minuto me molestaba más. No comprendía cómo en aquellos tiempos podían soportar esa tortura a diario. Era tan difícil respirar que contemplé aflojarlo ahí, en medio del estacionamiento. Lo único que quería era llegar a casa y olvidar esa horrible sensación de inseguridad.

—Kyana, quiero evitar un espectáculo, pero juro que si no te subes a mi auto lo haré, ya no me importa nada... —Eso último me lo dijo susurrando a mi oído para que mis amigos no alcanzaran a escuchar. Le presté atención indignada. ¿Cómo se atrevía? Pero al ver sus ojos supe que sería capaz, nunca lo había visto así, no conmigo.

Me solté de un tirón mirándolo igual de rabiosa. Busqué a mis amigos con la vista rogándoles comprensión. Ambos ya se encontraban fuera del auto con las puertas abiertas.

—Él me va a llevar, mañana les explico... —Annie sonrió intrigada, entornando los ojos.

—¿Segura? —asentí ruborizada. ¡Dios! ¿por qué hacía eso?

—Bien, y... no te preocupes, no diremos nada —Me guiñó un ojo Robert viendo después a mi novio con clara amenaza. Arrancaron y enseguida caminé al auto de Liam. Sabía que estaba a unos metros, pues al salir no pude evitar buscarlo con la mirada. Él venía tras de mí como si fuera mi sombra.

Quitó el seguro a la distancia, abrí la puerta de un jalón. Intentó ayudarme a subir, moví el brazo evitando que lo hiciera, no era momento para galanterías y atenciones. Cerró la puerta y un segundo después ya estaba arriba poniéndose en marcha.

Estaba furiosa, tanto que mis pulmones no los podía llenar del todo y me ardían con cada aspiración y exhalación. Quería gritarle, quería decirle que odiaba lo que estaba sintiendo, que tenía pavor de perderlo y que había muerto de celos al verlo con esa... hermosa chica.

Llegamos a mi casa enseguida e hice ademán de bajarme, él puso los seguros en ese instante. Giré desconcertada, arrugando la frente. Un sudor helado comenzó a invadirme.

—Por supuesto que no te irás, me dirás qué sucede —exigió enarcando una

ceja. Crucé mis brazos mirando a través de la ventana negando. Me portaba como una cría, lo sé; sin embargo, de verdad lo que estaba sintiendo me rebasaba, era nuevo para mí—. Kyana, ¿tienes una idea de lo mucho que me preocupaste cuando desapareciste?, fueron más de treinta minutos sin saber nada de ti. Te seguí y... no aparecías, te mandé miles de mensajes, te hablé otras miles de veces y nada. Creo que merezco saber qué pasó, por qué esta actitud —continué sin contestar. Annie me había apretado el corsé de más e intentaba poner toda mi concentración en respirar con normalidad, sentada costaba más trabajo—. Cuando regresaste ya estabas... distinta, busqué tu atención toda la noche y... no lo logré. Tenía miedo de acercarme, no porque nos descubrieran, eso me importa un carajo, sino porque no sabía cómo reaccionarías. Me ignoraste... lo hiciste sin ninguna dificultad —expresó con un dejo de asombro. Sonreí sarcástica. No tenía ni idea de lo mucho que me esforcé para que así pareciera.

Tomó mi barbilla virándola hasta él. En cuanto lo vi, me di cuenta de que no estaba jugando, realmente no entendía nada y estaba encolerizado.

—¡Basta!... Basta, por favor. No te he fallado, tú sabes lo que siento por ti, esto me está matando... Quiero que me digas qué pasa y quiero que me lo digas ahora... —era una orden, me zafé de su mano poniendo más esfuerzo del que en realidad necesitaba.

—Muy bien, Liam —hablé al fin, me di cuenta de que al iniciar me faltó más aire. Él esperó—. Llegas... y enfrente de todos... bai-las... conmigo... —seguía sin poder respirar bien, sin embargo, quería decirle todo—. Y después... te vas de repente, no te veo en más de media hora... y... —pasé los brazos para atrás intentando ver si podía aflojarlo. ¡Dios! No alcanzaba. Me miraba esperando que continuara sin percatarse de lo que ocurría—. Cuando... apareces... es con esa tal, Jen, riendo, ni siquiera me viste... venía colgada de tu bra-zo... sé qui-én... es ella —abrió los ojos sorprendido, enseguida apretó el volante observando el exterior—. Sí... —llenar de aire mis pulmones ya era imposible, quemaba, quemaba de forma espantosa—. Es... ¡Ay!, Liam... yo... ¡Dios!... —Me recargué en el asiento mirando el techo del auto con los ojos bien abiertos, asustada. Un sudor pastoso ya estaba en todo mi cuerpo, sentía las manos heladas y mi cabello adherido a la sien. Intenté que entrara algo de oxígeno, ya no podía, ardían, como brazas al carbón—. N-no me sie-siento bien... —logré decir en una sola frase. Viró de inmediato al escucharme y en un segundo ya sujetaba mi rostro entre sus manos.

—Kya, ¡Kya! —estaba completamente desencajado, pálido. Yo perdía el conocimiento. Nunca me había desmayado y al parecer escogí el peor momento. El negro comenzó a ser lo único que podía ver. Mi garganta escoció, mi pulso iba completamente irregular—. Estás transparente. ¡Mierda! —Lo escuché realmente asustado. Por un momento dejé de sentirlo a mi lado, de pronto me sacó cargando de la camioneta. No tenía fuerzas, me ahogaba. Envuelta en sus brazos corrió conmigo hasta la casa, una vez frente a la puerta, tocó ansioso. Mi madre abrió.

—¡Kyana! ¿pero qué sucedió? —intenté sonreír al escucharla para que no se alarmara, claro que no pude.

—No lo sé —admitió Liam desesperado.

—Pasa, pasa —Se escuchaba igual de asustada que él. Cuando menos me di cuenta me depositaba sobre mi cama.

—Ma-má... —Liam tomaba mi mano en shock.

—Kya, todo estará bien. Liam, espera afuera... —ordenó. En cuanto estuvimos solas, me giró como a un bulto y comenzó a aflojar el vestido. Conforme iba soltándolo sentía que más aire entraba. Esperó un momento sentada a mi lado—. Kya, hija, respira, anda, inténtalo —miré el techo y concentrándome en eso precisamente. Poco a poco comencé a sentirme mejor. La sensación de tener oxígeno suficiente dentro de mí fue incomparable, todo volvía a su lugar. Qué horrible es eso de no poder respirar—. Ya estás recuperando color... —tocó mi frente una y otra vez.

—Me... siento mejor... —logré decir con voz estrangulada. Me abrazó de inmediato.

—¡Qué susto me diste! —sonreí fatigada. Desapareció un momento y regresó con mi pijama. Me cambió como si fuera de trapo para meterme en las cobijas en cuanto acabó. Ya mis pulmones trabajaban casi con total normalidad.

—Lo siento, no podía respirar —admití bajito. Rio sacudiendo la cabeza.

—Lo sé, mi amor, ahora ya vas a estar bien —lo decía más para ella, que para mí.

—¿Y, Liam?

—Está afuera, ¿te sientes mejor? —asentí. Tenía que verlo—. De acuerdo... ¿quieres que entre? —No dudé y volví a asentir. Cerré mis ojos un momento, de pronto él estaba a mi lado hincado en el suelo tomando mi mano.

—Kya. ¡Dios! ¿cómo te sientes? —su voz se escuchaba quebrada.

—Estoy bien, era... el vestido, no me dejaba respirar... —acarició mi mejilla con el dorso de su mano.

—No me di cuenta, lo siento... —parecía sentirse responsable.

—No es tu culpa, además, ya pasó —asintió ansioso.

—Los dejo un momento solos, pero Kyana debe descansar... —mi madre se dirigió a la puerta no sin antes darme un beso sobre la frente.

—Sí, Irina, no tardaré.

—Cualquier cosa estoy afuera... —ambos asentimos.

En cuanto desapareció acarició mi mejilla con mayor confianza.

—Kyana, me diste el peor susto de mi vida, te veías muy mal —posé una mano sobre su cuello.

—Lo siento, no quería que sucediera...

—Sh, no digas nada, debes descansar... —no reconocí su tono, de verdad estaba asustado.

—Liam... —quería explicarle mi actitud de un momento antes. No me dejó.

—Mañana hablamos, ¿sí? Ahora debes dormir —tenía razón, me sentía agotada, mis ojos se cerraban. Me dio un pequeño beso en los labios y se fue. En cuanto desapareció, me quedé dormida.

El tórax dolía como si me hubiese pasado un auto. Al despertar, mamá preparó el desayuno mientras bromeaba sobre lo ocurrido la noche anterior y aunque a mí no me pareció divertido, esa parte sí fue graciosa. No tengo idea de cómo sobreviví con eso tan apretado por tantas horas.

Más tarde decidí retomar un libro de fantasía que no leía desde más de un mes atrás y que solía traer pegado a mí antes de que ese chico de ojos asombrosos apareciera en mi vida. Así que decidí que ese era el momento para terminarlo. En cuanto a Liam... aún me sentía... no sé, ¿dolida, dudosa?, creo que ambas y no podía dejar de evocar la expresión que puso cuando le alcancé a decir que sabía quién era, Jen.

A media mañana mi móvil sonó, era él.

—Hola, Kya... —Su tono de voz no era el de siempre, aunque se escuchaba abatido. Me ablandó enseguida. ¿Cómo lo hacía?, ni idea, pero bastaba escucharlo para que todo mi mundo girara en dirección contraria y mi pulso se enloqueciera pues deseaba tenerlo a un lado y poder contemplarlo sin restricción.

—Hola —susurré recostándome sobre mi cama mirando por la ventana.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Liam, lo de ayer, yo, no quería asustarte, lo siento...

—Eso ya no importa, ya pasó y estás mejor, pero... necesitamos hablar —expresó serio. Permanecí en silencio por un segundo, no me sentía preparada para verlo, sin embargo, sabía que él se saldría con la suya como siempre y por otro lado, ya no era una niña, tenía que aprender a enfrentar las cosas.

—Lo sé.

—¿Puedo pasar por ti... en una hora? —observé el reloj de mi despertador que estaba sobre la mesa de noche, pasaban de las once.

—Sí...

—Ahí te veo.

—De acuerdo —no dejé que dijera nada más y corté.

Una hora después tocaba la puerta. Bajé sin prisa y un tanto temblorosa.

—Hola... —musité al verle cerrando la puerta tras de mí. Me contestó con una sonrisa sin alegría. Su aspecto era peor que su voz, ambos llevábamos puestos unos *pants*, pero él, además, tenía unas tenues ojeras. Sus ojos parecían demasiado cansados, tristes y ansiosos. Supe que olvidaría mi enojo enseguida.

Caminé hasta su auto, abrió la puerta y me ayudó a subir. Cuando se trepó me ojeó por un instante y condujo. No sabía a dónde íbamos y no me interesaba. Me sentía confundida... quería abrazarlo y besarlo, por otro lado, desconfiaba y eso no lo soportaba. Los celos eran algo realmente espantoso, ahora comprendía el porqué de los crímenes pasionales, en serio sacaban lo peor de ti. Diez minutos después se estacionó frente a aquella playa que fuimos el día que comenzamos; estaba desierta completamente. Desabrochó su cinto y giró frente a mí.

—Kya... —Yo miraba el mar escuchándolo sin moverme—. Ayer... no sé qué es lo que pensaste. Jamás te fallaría. Hubo un problema con Roger. Además, lo que sucedió entre nosotros fue hace tiempo... no hay nada entre ella y yo... —Al ver que no reaccionaba me desabrochó el cinturón, acunó mi barbilla delicadamente para que lo mirase, no puse resistencia—. Entiendo lo que sentiste, te lo juro... Es espantoso, la sangre te hierve y tienes ganas de... salir corriendo —resopló evaluándome intensamente—. Kyana, te quiero, te lo juro... Si pudieras comprender lo que siento por ti, sabrías que no tienes nada que temer. Ayer que me ignoraste... sentí que enloquecería —me soltó vencido, pues no abría la boca. Se frotó el rostro desesperado y recargó su frente sobre el volante dejando salir un doloroso suspiro.

—Liam... yo... —me mordí el labio nerviosa. Le creía, sus palabras eran

sinceras, ambos sentíamos lo mismo, podía incluso palparlo—. También te quiero... —me escuché decir de pronto. Volteó de inmediato observándome incrédulo—. Sé que... no te lo he dicho, pero... —no pude seguir hablando porque me besó. Me rodeó ansioso pegándose a su cuerpo. Apresó mis labios de forma singular, saboreándose con calma y apremio al mismo tiempo, inhalando mi aliento, rozando con su lengua las comisuras de mi boca. Era como si quisiera besar mi alma, el tiempo se detuvo.

Me separé unos segundos después, intentando tomar aire; arrebatava todo de mí. Sonreí extasiada, lánguida. Coloqué mis manos en sus mejillas y lo miré a los ojos fijamente, estaba a un par de centímetros de mí. Se veía tan tierno, tan dócil, tan... hermoso.

—Lo sé desde hace mucho. Ayer... tuve miedo... no quiero perderte... ¿comprendes? —confesé al fin. Torció la boca en una sonrisa sensual, sus ojos chispeaban y el verde ganaba terreno. Me pegó a su pecho soltando el aire contenido, estaba feliz—. Así que he tomado una decisión, esto no puede volver a ocurrir. Liam... sé los diré esta semana... —solté de golpe.

Se alejó de mí sin darme tiempo de reaccionar, su expresión era de incredulidad y... temor.

—No, Kya. No tienes que contarlo, no quiero que tengas problemas, sé que poco a poco... —negué decidida. Ya era tiempo de mostrar mis agallas, de defender lo que quería, lo que sentía. El tiempo no funcionaba solo y la verdad, esa, se sabría de una vez por todas.

—Ya no me importa lo que suceda, esto está causando problemas entre tú y yo. Si todos lo supieran, si no fuera un absurdo secreto lo que sentimos... podrían comprender... no quiero ocultarlo... no debí permitir que lo hiciéramos nunca... —expresé segura de lo que le decía. Su mirada se tornó recelosa. Fruncí el ceño—. ¿No quieres que tus amigos sepan? —pregunté desconcertada. Besó mi frente sonriendo rodando los ojos.

—Eres necia. ¿Cómo puedes pensarlo? Digo, la idea no los hará felices... Lo cierto es que me importa poco... es solo que no quiero que sufras... Sé que te has encariñado mucho y ellos contigo...

—Sí, pero... te prefiero a ti...

—A eso me refiero. Kya, no tienes porqué escoger, no es justo —No, no lo era. Sin embargo, ya estaba harta de todo. Quería estar con él libremente, que fuera a mi casa sin esconderse y que dejara de estacionarse a unas cuerdas para que nadie sospechara. Deseaba ir al cine, a cenar y poder agarrarlo de la mano sin importarme nada. Moría por besarlo cuando quisiera, que me

abrazara cuando se nos antojara. Estaba enamorada de él y ya no estaba dispuesta a que las cosas continuaran igual, no tenía sentido, no estábamos obrando mal y no iba permitir que siguiéramos manejándolo como si así fuera, ya no.

Me encogí de hombros indiferente. Si no comprendían, claro que me dolería, aunque no tanto como alejarme de él o verlo sufrir por cosas que tenían remedio.

—Lo único que quiero es estar contigo, si no lo entienden, no puedo evitarlo... pero ya no lo ocultaré.

—Está bien, si eso es lo que deseas, lo haremos juntos... —replicó con seguridad. Negué de inmediato.

—No, Liam, creo que será mejor que lo haga sola. Tendrás mucho con tus amigos... Esta es mi parte.

—¿Segura?, no creo que sea lo mejor —tenía su enorme mano sobre mi pierna, me veía con una mezcla de felicidad y preocupación.

—Sí, muy segura, esto es ridículo. No hacemos nada malo y... si no lo pueden comprender... buscaré otros amigos... —El solo pensarlo provocó un agujero en mi estómago.

—Sabes que no es así, pero he crecido con ellos, sé que lo entenderán aunque de principio... les costará trabajo...

—Pues será su problema... —me defendí molesta. Sonrió al ver mi reacción.

—Me fascinas, Kyana —recargué mi espalda en su pecho mientras él rodeaba mi cintura.

—Mientras así siga siendo, estaré bien. Ahora, volviendo a lo otro... ¿Qué fue exactamente lo que pasó ayer con Roger? —Pese a que me hallaba más tranquila, no olvidaba lo sucedido y el mal sabor de boca que me dejó. Bufó.

—Intentó meter alcohol a la fiesta, por supuesto no lo hizo bien porque se dieron cuenta enseguida. Los maestros encargados de la seguridad querían verme para que llegáramos a una solución. Soy el capitán, por eso deseaban hablar conmigo, si no lo reportarían a la dirección y probablemente no se la pasaría tan fácil. Estamos en temporada, todo se complicaría... Así que Kellan y algunos más me buscaron para decírmelo. Fui y ya estaba ahí Jen y Kate. No es que seamos amigos, pero... hablamos, coincidimos en muchos lugares. En fin, cuando llegué me costó trabajo convencer a los profesores y la condición era que él se fuera. Roger tiene un carácter... difícil... —resoplé recordando todo lo que me había hecho. Ya no tenía el dedo enyesado, pero

recordaría su mirada siempre. Me dio un beso en el cabello y continuó.

—Y bueno, salió a regañadientes del lugar, lo llevamos entre todos hasta su auto, Jen y Kate lo terminaron convenciendo. Cuando regresamos ella se burlaba de la actitud de él, se puso difícil... era por eso que me reía... — asentí entendiendo todo, aun así, seguía sintiendo un poco de celos—. En cuanto te busqué con la mirada vi que me dabas la espalda, iba para allá, pero saliste de prisa. Por un momento no supe qué hacer... Tus amigos parecían tranquilos, pensé que era la oportunidad perfecta para darte un beso... —Y apreté un poco más mi cintura cariñosamente—. No te encontré, salí por la única puerta que se encontraba cerca y no te vi. Te marqué, te mandé mensajes y nada. Así que, preocupado, decidí esperar cerca de ellos. Cuando apareciste, varios ya te rodeaban. Ni siquiera me miraste... me sentí... desesperado... Quería acercarme, tu actitud decía que sería un error. No tenía idea de lo que te puso así... pero estaba seguro que era conmigo.

—Lo siento... —admití al comprender todo lo que provoqué.

—Tengo que decirte que para ser la primera vez que te enojas, me impresionaste. Tienes una fuerza de voluntad enorme, no me miraste ni una vez. Por mucho que cambié de posición me ignoraste sin problema. Eres orgullosa, Kya. Cuando te esperé en el auto de Annie me observaste tan fríamente que juré me mandarías al demonio. Por un momento creí que no lograría que habláramos, por eso tuve que... chantajearte —Le di un pequeño codazo—. Lo sé, lo sé, odias que te haga eso, pero no me dejas muchas opciones, contigo es todo o nada. Eres muy testadura.

—No es cierto... —me quejé frunciendo el ceño.

—Claro que sí, pero es una de las cosas que me gustan de ti, contigo nada es... fácil. Haces lo que sientes, no escondes lo que piensas. No tengo ni idea de cómo reaccionarás, por eso hago lo que hago. Es la única forma de doblegarte y como supuse... me mantienes ocupado todo el tiempo—giré entornando los ojos. Sacudió mi barbilla con dulzura—. Por eso estoy enamorado de ti; eres real y transparente, no haces nada que no quieras o sientas. En serio me divierte mucho no poder saber lo que hay en esa cabecita que me tiene embrujado... —Lo escuché atenta. Creo que me conocía mejor de lo que yo a mí misma.

—Liam... —murmuré aletargada por sus palabras, acercándome—. Siempre vamos a estar juntos ¿verdad? —Sí, lo sé, «siempre» es mucho tiempo, pero sentía la urgencia de saber que así sería, lo necesitaba. Acomodó mi cabello para atrás conmovido, emocionado por lo que le acababa de decir.

Era para él, una muestra más de afecto arrancada de mí.

—Te lo juro, siempre, ya no concibo la vida sin ti —escondí mi rostro a un lado de su cuello.

—Yo tampoco...

Más tarde llegamos a casa, se quedó a cenar. Entre los tres preparamos todo. Ya sentados conversamos de trivialidades, riéndonos varias veces por cosas que alguno decía. La hora de irse llegó demasiado rápido. Nos despedimos a regañadientes, odiábamos tener que separarnos.

—Te quiero —dije sonriendo ya sin tapujos. Liam sonrió más que feliz.

—Yo también, Kya, y no te imaginas cuánto... —me dio un beso tierno y se fue.

Esa noche no dormí muy bien, la angustia no me lo permitía. Aun así, estaba decidida, lo diría todo por la mañana. A pesar de estar segura, no pude evitar sentir temor. Me dolería mucho si los perdía, pero no era sano seguir ocultando mis sentimientos, no estaba dispuesta a continuar sacrificando mi relación con Liam. Ni en ese momento, ni en ningún otro.

Desperté muy temprano, estaba muy ansiosa. Me vestí lentamente, desayuné con calma, todo bajo la mirada curiosa de mi madre. Pobre, seguro la volvía loca con mis constantes cambios de humor. Mi justificación: ser una adolescente, lo normal era padecer de un carácter un tanto volátil ¿no?

Annie llegó a la hora de siempre. Entré a su auto. Ambos me miraron, esperando esa explicación que prometí. Robert fue el primero en hablar, estaba recargado entre los dos asientos.

—¿Y bien? —mordí el labio, inhalando todo el aire posible.

—Ya suéltalo, Kyana, nos tuviste en ascuas todo el domingo —Annie no arrancaba.

—Sí, ¿qué pasó con Liam? —agarré valor.

—Tuvimos un mal entendido —escupí esperando la siguiente, obvia, pregunta.

—¿Mal entendido?, ¿por? —mi amiga se hallaba sentada de lado, viéndome intrigada.

—Bueno, lo que pasa es que... a ver... no lo tomen a mal se los suplico, pero... debo decirles algo... —continuaba mordiéndome el labio, lo apretaba más de la cuenta. Los dos esperaron—. Liam y yo... pues, estamos juntos —solté cerrando los ojos un segundo. Ella se llevó la mano a la boca y Robert abrió los ojos como platos.

—¿Es en serio?, ¿desde cuándo? —preguntó él todavía muy impresionado.

—Desde hace unas semanas

—No es una broma, ¿cierto? —Annie me miraba incrédula.

—No, lo juro. Él y yo... nos queremos. Lo siento, sé que debí decirlo antes, pero... tenía miedo de su reacción. Ustedes solo hablan mal de él y... sabía que no lo entenderían, no quería perderlos... no quiero perderlos.

—Kyana, es que es... ¡Dios, es increíble! —admitió Robert pasmado, pestañeando atolondrado.

—Ni yo sé cómo sucedió, todo ha sido muy extraño. De repente surgió y ya no podemos estar separados, ya no deseo ocultarlo —acepté agachando la

mirada esperando que se molestaran por mentir todo ese tiempo. Robert colocó una mano sobre mi hombro.

—Kyana, ¿de verdad te quiere?, digo, ¿estás segura? —Asentí sin levantar el rostro—. No lo puedo creer, Liam... con razón ha estado actuando así...

—Ahora tiene más sentido su conducta en literatura, la manera en que te observa, lo del sábado en la fiesta —Annie reflexionó con su atención en la calle.

—Lo siento, debí decírselos antes, pero no miento, sucedió sin darnos cuenta.

—No te negaré que me preocupa, creo que no tienes ni idea de las reacciones que esto provocará. Sin embargo, no estás sola, Kyana, cuentas conmigo —observé a Robert agradeciéndole su gesto.

—También conmigo —declaró Annie—. La verdad es que algo no encajaba y ahora lo entiendo. Además, Kyana, los chicos no lo verán igual. Lo sabes ¿cierto?... Han sucedido muchas cosas entre ellos, cosas muy difíciles de borrar. —estrujé mis dedos, ansiosa. Estaba demasiado consciente de eso.

—Sobre todo Max y Ray, su rivalidad es... muy fuerte. Billy y Edwin probablemente también se molesten, y las chicas no sé cómo lo tomen —sabía que él tenía razón. Los más difíciles serían ellos.

—¿Cuándo se los dirás? —me estudió ella preocupada.

—Hoy... en el almuerzo... —torció el gesto y asintió, mirando a Robert.

—¡Pf!, espero que no se salga de proporción todo esto. Créeme, en parte entiendo que no lo hayas dicho. Como ya te has dado cuenta, sienten cosas por ti, sobre todo Max. No sé si lo comprendan y él menos que nadie... Después de todo es Liam con quien estás... ese es justo el problema... —cerré los ojos más nerviosa. Yo ya lo sabía y aun así, estaba dispuesta a enfrentarlo, a pesar del temor que en ese momento sentía por su reacción.

Cinco minutos después llegábamos a la escuela. En cuanto bajé del auto recibí el primer mensaje. Mis amigos me observaron resignados.

«Pensé que no vendrías... Te ves hermosa, como siempre...».

El rubor de diario invadió mi rostro mientras sonreía.

«Te quiero».

Le contesté. Un segundo después entró el siguiente:

«Yo también... y mucho».

—¿Era él? —preguntó Robert al ver mis reacciones. Asentí avergonzada, continuamos caminando por el estacionamiento.

En matemáticas presté atención durante toda la hora y media. El reloj

avanzaba más rápido de lo normal o por lo menos esa era mi percepción.

Cuando sonó el timbre yo ya era un manojo de nervios. Max, Lana y yo, nos dirigimos a la cafetería. Esperé que estuvieran todos. Annie y Robert me evaluaban preocupados, mandándome apoyo con sus miradas. De nuevo tomé aire, lista para lo peor.

—Chicos... —llamé su atención. A un lado de mí se hallaba Emma, y del otro Ray. Max lo tenía justo enfrente y el resto de ellos estaba repartido en los asientos—. Tengo que decirles algo —mordía el labio sin poder contenerme, en cualquier momento lo haría sangrar—. Sé que se molestarán y... de verdad lo siento mucho —Max se puso serio al escucharme, todos esperaban desconcertados. Miré sus rostros intuyendo que probablemente no me volvería a sentar ahí. Hice a un lado esa desagradable sensación de dolor. Llené mis pulmones y hablé de nuevo. Aquí iba—. Yo... estoy saliendo con Liam —por un minuto me miraron incrédulos como si esperaran que riera por el engaño.

—¿Es una broma? —preguntó Ray al fin. El silencio después de mi declaración se tornó aplastante.

—No, él y yo... estamos juntos —confirmé con seguridad. La expresión de Max me alertó; las aletas de su nariz se abrieron peligrosamente al tiempo que una vena en la frente se le marcaba. Estaba furioso.

—Kyana, no juegues con eso —advirtió levantándose de su silla levemente y apretando la quijada. Mi corazón dio un vuelco. ¡Maldición!

Me puse de pie enseguida temerosa. Lo desconocía.

—No estoy jugando —reiteré seria. Todos nos observaban, había miradas de desaprobación y molestia. Ray ya estaba erguido a mi lado. Sin más me hizo girar tomándome fuertemente del brazo. Pestañee aturdida sin poder creerlo.

—Déjame ver si entiendo, ¿nos estás diciendo que nos mentiste, que nos engañaste todo este tiempo? —tenía la quijada apretada, mostrándome los dientes bastante irritado. Me zafé con un jalón e hice a un lado la silla. Por muy enojados que estuvieran no tenían derecho a tratarme así.

—No me dejaron otra alternativa... se odian y yo no tengo la culpa. Por favor comprendan... —Los vi suplicante. Sus expresiones ya eran de odio. Annie y Robert preocupados se pusieron de pie inmediatamente, listos para intervenir. Eso se estaba saliendo de proporción como bien dijo mi amigo al recogerme.

—¿Por qué él? —alzó la voz Max dándole la vuelta a la mesa para

aproximarse a mí. Instintivamente retrocedí un paso. Ahora toda la escuela presenciaba el espectáculo intrigados, y yo comencé a sentirme ajena a todo aquello, ansiosa, incluso temerosa.

—Por favor, Max, cálmate —Le rogó Robert a medio metro de él. Lo ignoró y siguió avanzando hacia mí furioso. Sentí ganas de salir corriendo.

—Contéstame, Kyana, ¿¿por qué?! —Ray estaba a su lado, quería escuchar mi respuesta.

—Por favor, no se pongan así. No quería perderlos, no quiero escoger...

—¡Ah! ¿sí?, a mí me parece que ya lo hiciste —bramó furioso. Me sentí un ratón frente a los leones. Ya casi estaba sobre la mesa de al lado. Iba a responder, cuando sentí que rodeaban mi cintura de manera protectora, pegándome a su costado. Era Liam y estaba lleno de rabia e incredulidad.

—¡Basta! —exigió tajante, logrando de ese modo que se detuvieran abruptamente.

Todos mis amigos se levantaron ubicándose tras Max y Ray con los ojos muy abiertos.

—Estamos hablando con ella —me señaló el líder de ellos, rabioso. Liam lo ignoró acercándose más a él, haciéndoles ver que lo que acababa de decir era verdad y contaba con su apoyo.

—No hablaban, Max, le gritaban y dije ¡basta!, ¿qué les pasa? —sonaba un poco más tranquilo, quería calmar las cosas.

—¿No te das cuenta de que está jugando contigo? —bramó Ray viéndolo con odio. Intenté zafarme de Liam, me lo impidió sujetándome más fuerte. Alcé el rostro para verlo. Los encaraba con firme determinación, no cedería y tampoco me dejaría sola.

—No estoy jugando con ella, Ray.

—¿Ah no?, tú no tomas nada en serio, no te conoce... —parecía que en cualquier momento saltarían contra nosotros. Volteé hacia atrás, los amigos de Liam ya estaban a un lado de él escuchando todo, desconcertados, pero evidentemente listos para cualquier cosa que surgiera. ¿Era en serio? Llené de aire mis pulmones, demasiado nerviosa, preocupada.

—¿Qué significa esto, Liam? —quiso saber Kellan señalándonos. Mi novio seguía con la vista fija sobre Max.

—Lo que escucharon: la quiero, estamos juntos y créeme Ray, cuando te digo que ella es la única que sí me conoce —se escuchó un eco de impresión en todo el lugar. Nos observaban anonadados, sin dar crédito de lo que ahí ocurría.

—¿Es verdad? —preguntó Lana a un lado de ellos. Asentí con firmeza.

—Pues, no lo creo y escoge. Nosotros no podemos mezclarnos con ellos —ordenó Max, despectivo.

—¿Qué pasa con ustedes? Eso era justo por lo que no quiso que lo supieran. A mí me importa un carajo lo que crean, lo que piensen ustedes o cualquiera. Pero ella los aprecia, son muy importantes... no hagan esto —rogó Liam aturdido.

—Demasiado tarde, ¿no te parece? —Ray nos miraba con desprecio.

—Para nosotros sí, pero el problema es conmigo, no con ella ¿qué les sucede?

—Tú sabes lo que sucede, lo sabes muy bien —Max parecía menos molesto, me estudiaba desconcertado, desilusionado. Le sostuve la vista buscando que entendiera, que me comprendiera.

—No, no lo sé. Ella les ha demostrado su amistad... Lo que hay entre nosotros no tiene que ver con eso, con ustedes —Max negó dolido.

—Lo siento, Kyana, ya tomaste tu decisión... —lo decía en serio. La escena era absurda, irreal. Abrí los ojos pestañeando asombrada, sabía que eso podía ocurrir, pero no así, no de esa forma.

—Max, chicos, no le hacemos mal a nadie, esto es ridículo, ¿qué más da con quién esté? —intenté convencerlos, no cedían. Solo me miraban desaprobatoriamente, mientras que la mano de mi novio continuaba enredada en mi cintura, confirmando lo que yo decía. Un nudo en la garganta de enormes proporciones me hizo sentir que soltaría el llanto en cualquier momento. Los estaba perdiendo, es más, al parecer ya los había perdido.

No pude más. Me solté del brazo de Liam, rabiosa, dolida, impotente y me dirigí como pude hasta la puerta de la cafetería. No podía seguir ahí, no quería verlos más, juzgándome por algo que no los afectaba, por algo que surgió sin la menor intención de lastimar a nadie. La abrí y salí despavorida. Las lágrimas se agolparon en mis ojos, por lo que los pasillos los veía borrosos. Jamás pensé que las cosas llegarían a tanto. Me dolía, me dolía mucho, incluso más de lo que llegué a imaginar.

Salí del instituto. Me recargué en un barandal y comencé a llorar molesta, herida, triste. Intenté tomar aire, el llanto me lo impedía. Aferré fuerte el pasamanos y con la cabeza gacha continué sacando toda mi impotencia, sin poder evitarlo.

Escuché cómo las puertas se abrían, no presté atención, un segundo después él ya estaba a mi lado, abrazándome. Lo rodeé y dejé que mis lágrimas

humedecieran su pecho. Me besaba una y otra vez en la cabeza intentando tranquilizarme. Me sentía fatal, sabía que había hecho lo correcto, pero eso no lograba que desapareciera esa sensación de infelicidad de mi pecho.

—Lo siento... Kya... de verdad lo siento mucho —elevé mi rostro con aflicción. Él limpió tiernamente mis lágrimas. Mi dolor lo hacía sufrir, lo veía en sus ojos.

—No es tu culpa, sabíamos que sucedería, jamás debimos ocultarlo —susurré. Acarició mis labios con sus dedos y los probó dulcemente. Apoyó su frente contra la mía, tomando por ambos lados mi cabeza.

—Lo sé, pero no soporto verte así —Me besó en la punta de la nariz y volvió a protegerme con sus fuertes brazos. El timbre sonó logrando que sacara mi rostro de aquel lugar celestial. Liam sujetó mis manos.

—Debemos entrar —anuncié completa y absolutamente enamorada de él. No me iba a esconder más, lo peor pasó, debía intentar disfrutar lo que sentíamos. Estábamos juntos, eso era lo importante.

—¿Segura? —preguntó dudoso. Asentí torciendo la boca en lo que pretendió ser una sonrisa. Cerró los ojos por un segundo, llenando de aire sus pulmones y me hizo girar, rodeándome protectoramente. Cuando alcé la vista, la mayoría de mis amigos y de los suyos se hallaban de pie, a un lado de las inmensas puertas, mirándonos, aún desconcertados.

Los enfrenté con seguridad, no me agacharía, pues si lo hacía demostraría lo contrario a lo que sentía: duda. Pasé a su lado siendo consciente de cómo nos observaban. Kellan intentó detener a Liam, él se zafó serio y amenazante.

Al entrar a literatura me detuve sin saber dónde sentarme. Me besó en la base de la cabeza, guiándome a unos lugares vacíos que se encontraban hasta atrás. Se colocó a mi lado y tomó mi mano apretándomela para demostrarme que, en efecto, estaba conmigo de todas las formas posibles. Un segundo después todos entraron viéndonos incrédulos.

Max me ignoró al igual que Ray. Annie y Sara me sonrieron intentando tranquilizarme, la primera incluso me guiñó el ojo. Liam se acercó hasta mi oído.

—Ves, no todo está perdido —murmuró. Lo miré con algo de tristeza. Cuando el maestro cruzó la puerta se percató del nuevo acomodo del salón y elevó las comisuras de sus labios con clara satisfacción al vernos juntos.

La clase no fue tan difícil como creí. Por primera vez en semanas me sentí bien y en paz. Sabía que a su lado nada malo sucedería. Conforme transcurrieron los minutos no pude evitar estudiarlo embelesada, mientras

copiaba algo que el maestro escribía. Recordé cómo gritó ante todos que me quería y eso me hacía alucinar. Percibió mis ojos sobre él, volvió el rostro hacia mí regalándome una enorme sonrisa y guiñándome un ojo. Cuando terminó la hora, ambos esperamos a que todos salieran. Guardé todas mis cosas y me levanté.

—Espera... —me tomó entre sus brazos—. ¿Vas a estar bien? —asentí con firmeza. Me dio un pequeño beso tomándome dulcemente por la barbilla—. Debiste avisarme...

—Lo siento, la verdad es que no pensé que sucedieran así las cosas.

—Fuiste muy valiente, Kya. Me dejaste asombrado... Te juro que lograré merecerte —torcí el gesto ¿Merecerme?, si era todo lo que soñé. En tan poco tiempo Liam ya era parte vital de mi alma, de mi esencia, tanto que acababa de enfrentar lo poco que tenía seguro en esa escuela por estar a su lado.

Me acompañó a mi siguiente clase, para después irse corriendo a la suya. Al entrar ya estaban allí todos. Peiné el lugar para encontrar un asiento libre. No había, solo el que solía usar. Mis compañeros me observaban de formas indescifrables.

Robert sacudió la cabeza, molesto. Se puso de pie señalando la silla a su lado con una ceja enarcada.

—Este es tu lugar —declaró con firmeza importándole un bledo la actitud de los demás. Sonreí profundamente agradecida. Ray, Edwin y Billy me ignoraron deliberadamente. Emma se acercó y posó una mano sobre mi brazo.

—Lo van a entender... ya lo verás. Él... de verdad te quiere —dijo aún asombrada. Asentí colocando una mano sobre la suya—. Entiéndelos, esto pasará, no te dejaremos sola...

—Gracias, Emma —me guiñó un ojo y regresó al lado de Ray. Este la observó reprobatoriamente, a ella le importó poco.

Robert y yo trabajamos juntos sobre taxonomía humana ajenos a los demás. Era fácil estando a su lado, siempre relajado, siempre accesible, flexible.

—¿Sabes?, fue increíble cómo te defendió, me dejó atónito. Sinceramente lo creía incapaz de algo así... y mira que lo conozco desde niños —sonreí complacida. Yo todavía seguía en las nubes y mucho más allá, lo cierto es que me encontraba más enamorada que hacía unas horas—. Y cuando te fuiste ¡Uf!, su rostro... En serio todo esto es increíble —admitió sacudiendo la cabeza.

—Robert, sé cómo era, me lo confesó al comenzar, incluso el problema que

generó toda esta enemistad. —me miró interesado—. Está arrepentido —torció la boca no muy convencido—. Sé que será difícil que lo crean, te prometo que los entiendo, yo misma odiaba a esa clase de personas, aún las desprecio... Pero... lo quiero y él a mí... No lo esconderé más.

—No te preocupes, Kyana, déjale las cosas al tiempo, verás que todo se acomoda —resoplé frustrada, sabía que tenía razón.

—Ojalá.

Cuando acabó la clase recogí mis cosas y salí junto a mi amigo. Ya estaba esperándome a un lado de la puerta. Mi corazón martilleó fuerte, olvidando todo a mi alrededor me acerqué a él con las comisuras de los labios hacia arriba.

—Nos vemos —se despidió Robert sin mirarlo. Liam se colgó mi mochila sujetando mi mano.

—¿Cómo te fue?

—Bien. Emma no está molesta, Annie y Robert tampoco, a ellos les conté por la mañana —caminamos dirigiéndonos afuera.

—Eso es bueno, Kya —se llevó mi mano hasta sus labios. Sentí cómo nos miraban en los corredores, me importó poco, al igual que a él. Nada podía ser mejor que vivir lo que sentíamos sin escondernos, sin ocultarlo.

—Y ¿a ti? —se encogió de hombros indiferente.

—Quien me diga algo ahora, creo que lo mato... —lo decía en serio. Reí negando.

Llegamos hasta un árbol de ancho tronco. Se sentó y me jaló tierno para que hiciese lo mismo. Me acomodé de inmediato en el espacio que había entre sus piernas. Él las flexionó y recargó ahí su ante brazo. Junté mis rodillas contra mi pecho y las rodeé, recargando mi cabeza en ellas, mirándolo. Nos quedamos así un segundo sin decir nada. De pronto sonrió, me tomó por la cintura y me recargó en su tórax.

—Gracias... —susurré sobre su playera, olía tan bien. Tomó mi barbilla delicadamente para que levantara el rostro, mientras bajaba el suyo hasta mí.

—¿Por qué?

—Por estar conmigo, por ayudarme en la cafetería.

—No iba a dejar que te enfrentaras sola a ellos, Kya, recuerda que estamos juntos. Cuando los vi así, sentí que la sangre me hervía, si hubieras visto tu expresión... eso fue lo peor... parecías... asustada...

—No pensé que se pusieran de esa forma, creí que se me echarían encima —negó alzando las comisuras de sus labios, en lo que pretendía ser una dulce

sonrisa.

—Jamás lo harían, no son así —fruncí el ceño, confusa. No comprendí.

—Liam, tú no sientes lo mismo que ellos ¿verdad? Digo, parecen odiarte...

—Antes sí. Ahora... no sé... Desde que tú llegaste... han cambiado muchas cosas en mí. Despertaste a quien solía ser... Ya no hay coraje, incluso, siento agradecimiento...

—¿Agradecimiento? —no entendí.

—Sí, supieron estar a tu lado. Te cuidan. Te acogieron desde el primer día. Imagino que venías muerta de miedo y te tendieron la mano. Ojalá yo hubiera sido la mitad de noble...

—No digas eso, sé que lo eres. —Negó con seguridad.

—No, Kya, lo que hago, no lo hago por nada, lo hago por ti. Necesito ser lo suficiente bueno para ti —¡Dios!, ese chico me dejaba sin aire, le di un pequeño beso en los labios.

—Lo eres, para mí lo eres todo... —sonrió complacido. Mis palabras sosegaban su mirada turbia.

—Kyana, quisiera borrar lo que fui, lamentablemente no puedo. Deseo que te sientas orgullosa de mí. La reacción que hoy tuvieron me la he ganado a pulso y no sabes que mal me siento al ver que tú pagas por mis errores. Me siento tan... impotente... tan culpable —Me arrodillé frente a él y posé mis manos en sus mejillas, seria.

—Liam, escúchame bien: creo en ti, confío en ti, sé que harás mejor las cosas de ahora en adelante... Te quiero y sé que lo lograrás —sus ojos chispearon como dos luceros presenciando algo asombroso. Se irguió, rodeándome con sus brazos y me besó.

—Juro que no te voy a defraudar.

—Eso lo sé, por eso estoy contigo —Me recosté de nuevo sobre su pecho mirando hacia el frente. Mis amigos estaban sentados en un árbol a varios metros de nosotros. Pese a la distancia los veía sin problema. Parecían discutir algo, giraban sus cabezas hacia nuestra dirección una y otra vez. Adiviné enseguida sobre qué o más bien, sobre quiénes.

Poco antes de que sonara el timbre nos dirigimos a nuestras respectivas clases. Él tenía entrenamiento y yo atletismo. Me sentía más serena, feliz. Él era mejor de lo que siquiera había imaginado, no podía pedir más. Liam me llenaba por completo y opacaba sin dificultad la tristeza que me daba lo sucedido hacía unas horas.

¿Dudas? No, ya no, él estaba ahí, conmigo y parecía que quería que así

siguiera siendo, importándole poco lo que esto desencadenara. Después de lo ocurrido mi mente y corazón recibieron el permiso para dejarse ir por completo, para entregarse al sentimiento y vivirlo sin restricción, y así lo hice.

Lana y Susan me vieron al llegar a los cambiadores, dudaban en acercarse a mí. Les dediqué una mirada comprensiva y salí a la pista aún flotando. Qué genial era estar enamorada, era asombroso cómo casi todo se resbalaba pues nada era más importante que sus ojos, sus labios, sus manos.

—Kyana... —giré, iban hacia mí—. Danos tiempo, ¿sí? —asentí ecuánime, podía hacer eso—. Es en serio ¿verdad? Quiero decir... Liam nunca ha sido así... con nadie —preguntó Lana intrigada.

—Supongo —admití serena.

—No es nada contra ti, sabemos que... no era fácil confesarlo, digo, todo el día hablábamos mal de él, pero... con Liam es otra cosa...

—Los comprendo y no se preocupen, yo sabré esperar y... entender.

—Eso no quiere decir que justificamos su actitud hacia ti en la cafetería, fueron muy... agresivos —intervino Susan molesta. Lana asintió, de acuerdo.

—Sí, reconocemos tu valor y... las agallas de Liam al decir lo que siente por ti frente a todos. Ni en mil años nos lo hubiéramos imaginado haciendo algo como eso.

—En serio esperamos que todo salga bien entre ustedes, no queremos que te lastime.

—No se preocupen, si eso llega a suceder... ya veré... por ahora todo va bien, estaré bien —No les convenció del todo mi respuesta. Me daba igual, creía en Liam, nada me haría dudar, se esmeraba en demostrar día a día que podía hacerlo.

Cuando llegamos la profesora Hilling ya nos esperaba. Con una mirada fulminante nos puso a correr en sanción tres vueltas alrededor de la enorme pista. Ya hacía frío, así que no era tan malo, aunque hubiese preferido cualquier otra cosa. Lo cierto era que de esa manera podía ver mejor a Liam, por lo que no me quejé, tal como lo hicieron ellas.

Las tres íbamos trotando, yo iba en el carril central. De repente lo vi venir y, sin más, comenzó a correr a mi lado, completamente despreocupado.

—Creo que te falta condición... —se burló. Lo aventé fingiendo molestia, apenas si se movió—. No te ofendas, podría ayudarte, cuando quieras te entreno...

—Cuando necesite ayuda, la pediré. Vete a lo tuyo, engréido. Tu entrenador

te llama —Le mentí divertida.

—Está bien, te veo en la salida y... también te ves linda corriendo —me guiñó un ojo coquetamente. Puse los ojos en blanco. Unos segundos después regresó al centro del campo. Mis amigas o por lo menos eso fueron hasta hacía unas horas, escucharon y presenciaron todo, por lo que se observaban sin poder evitarlo, no lograron esconder su asombro.

Al salir de los vestidores Liam ya me esperaba. Al verme me dio un pequeño beso y se colgó de nuevo mis cosas. Caminamos hasta su camioneta sin fijarnos en nadie más. Rodeaba mi cintura con familiaridad mientras bromeábamos sobre mi manera de correr.

Ya en casa nos pusimos, o mejor dicho obligué a que nos pusiéramos, a cumplir los deberes. Me sentía extrañamente alegre, me sentía... libre. Aunque a ratos, sin poder evitarlo, perdía la mirada pensando en ellos. El último mes fue increíble gracias a Liam y en parte también a esos chicos que me recibieron de aquella manera cuando llegué. Si no lográbamos superar esto, los iba a extrañar.

—Van a entender, lo sé. Dale tiempo —dijo besándome el hombro. Giré y lo besé sonriendo.

—¿Ya te dije hoy que te quiero? —cambié el tema. Negó contemplando mis labios embelesado—. Pues te quiero —posó una mano bajo mi barbilla, ahora él fue quien tomó la iniciativa. Respiró mi aliento, probó mi interior y suspiró un segundo después con las pupilas dilatadas.

—Eres más de lo que imaginé...

Se fue justo a las cinco. Tenía entrenamiento. Gracias a su baja calificación en literatura contaba con un permiso especial para las horas de asesoría. Regresó a las ocho y media. Cenó, después vimos la serie que mamá y yo acostubrábamos los lunes; que, dicho sea de paso, había abandonado un poco por su causa. Él no sabía de qué trataba así que fui contestando sus preguntas. Poco antes de las diez nos quedamos solos. De inmediato me senté sobre sus piernas para acurrucarme.

—Kya, es asombroso pero... soy feliz. Sé que puede sonar extraño, sin embargo, sé que nunca lo fui hasta ahora... No sé, me siento... yo... —En ese momento quise comérmelo a besos. Me gustaba su sinceridad, su forma de expresarse, el no maquillar nada, el no pretender ser alguien que no era.

—También lo soy y mucho, Liam —confesé aspirando su aroma embriagador.

—Gracias por cambiar mi vida —musitó con voz cargada de significados.

Acaricié su rostro entendiendo perfectamente a lo que se refería, definitivamente la mía ya era muy distinta.

Al día siguiente Annie y Robert pasaron por mí. Liam insistió en llevarme, me negué. Necesitaba saber qué sucedió con los que solían ser mis amigos. Además, tenía muy claro que no debía alejarme de ellos.

—Kyana, siento mucho cómo se dieron las cosas ayer. En serio no creí que fueran a reaccionar de esa forma —Mi amiga lucía contrariada. Robert asintió, dejándome ver que pensaba lo mismo, aunque ya lo sabía.

—No se preocupen, los entiendo, ojalá y se les pase.

En la entrada de la escuela ya me esperaba a un lado de las escaleras. Me despedí rápidamente de mis amigos, ambos sonrieron entendiéndome y fui hasta él. Cuando me tuvo cerca me tomó por la cintura y me elevó levemente dándome un beso. ¡Eso sí que era perfecto!

—¿Cómo dormiste? —preguntó caminando rumbo mi casillero.

—Bien, ¿y tú?

—Extrañándote, pero... pasable. —Lo miré deleitada. No era de muchas palabras, pero él me dejaba muda con su manera de expresarse cuando estaba a mi lado.

Esperó a que tomara mis libros y me acompañó hasta matemáticas.

—No quisiera dejarte sola... —estaba preocupado, acunó mi barbilla aprensivo.

—Liam... sobreviviré, ya soy mayorcita.

—Lo sé, es solo que no puedo evitarlo. En fin... te quiero —Me dio un beso en la punta de la nariz y se fue. En el aula me acomodé en un lugar vacío. Max me veía de una manera que no alcanzaba a descifrar. Lana me saludó con la mano, tampoco se acercó.

Sentada, sola, evoqué el primer día de clases y sentí que había pasado un siglo. El maestro llegó un minuto después. No me hablaron en toda la clase, solo me ojeaban de vez en vez. Cuando el timbre sonó comencé a recoger mis cosas tranquilamente.

—Kyana, ¿podemos hablar? —era Max, estaba justo frente a mí. Asentí colgándome la mochila en el hombro—. Sé que ayer... nos pasamos de la raya. No quise asustarte, pero comprende que no confío en él. De verdad Liam no es lo que tú piensas —lo decía serio, aunque arrepentido. Ya no había nadie más en el salón.

—Max, sé lo que piensan de él y... en serio lo entiendo, pero lo quiero y sé que siente lo mismo. No pienso dejarlo, espero lo puedan comprender.

Ustedes son muy importantes para mí, por eso no se los dije, fue un error, lo admito —Por un instante sentí que volvería a ponerse como el día anterior. Respiró hondo y volvió a hablar con calma.

—Estás deslumbrada, sé que el tiempo me dará la razón, créeme.

—Aun así, me arriesgaré. Escucha, sé que no debí callar, en eso estuve muy mal. Tenía miedo de que sucediera lo que sucedió, no puedo estar sin él, no quiero —expliqué suplicante. Negó vencido. En cuanto alcé los ojos vi que Liam estaba ahí, adentro y había escuchado lo que acabábamos de hablar. Max lo ignoró y salió sin decir más. Me acerqué a él un poco triste, de inmediato me recibió entre sus brazos.

—Dales tiempo... —acepté contra su pecho un poco desanimada y bastante harta de esa palabra; sin embargo, solo eso podía hacer.

En la cafetería todos nos observaron. Mis amigos se encontraban afuera y los de él también, solo que en lados opuestos, como siempre. Con nuestro almuerzo en las manos caminamos y nos sentamos en una de las mesas de adentro.

—Parece que nadie está de acuerdo con esto... —susurré incómoda.

—No me interesa, tú estás conmigo, eso es lo único que quiero —apuntó relajado, rozó mis labios dulcemente, ratificando lo dicho.

—¿Por qué no pueden entender lo que sentimos? —quise saber mordiendo mi emparedado de pollo.

—Porque los cambios asustan, Kya. Créeme, contigo sé lo que es eso —sorbí un poco de mi jugo meditando lo que acababa de decir.

—Tus amigos también están molestos, ¿no?

—No, es solo que... prefiero estar contigo, lo tendrán que entender —notó que no había ingerido casi nada después de un rato, frunció el ceño—. ¿Qué sucede? ¿no tienes hambre? De por sí creo que ese raquíico sándwich no es suficiente alimento —Y de verdad no tenía, siempre comía muy bien, pero ante alguna situación que me sacara de mi centro, el apetito y el sueño invariablemente se iban. Otra buena herencia familiar. Tomó mi mano, se la llevó a los labios—. Todo va a estar bien, sé que parece difícil. Solo no te angusties, los conozco desde pequeño, todo caerá sin más. Quiero verte contenta.

—Te prometo que lo estoy, al fin me siento en paz, pero... en parte es como comenzar de nuevo —Así me sentía.

—Es solo diferente, todo tomará su rumbo y el acomodo de las cosas tendrá que ser otro. Eso a veces cuesta trabajo aceptarlo —No tenía ni idea de cómo

fue en general su vida, pero en ciertas ocasiones, cuando hablaba, me parecía escuchar a alguien mayor, a alguien que ya había pasado por varias situaciones difíciles. Suspiré comprendiendo que tenía razón. Le di una gran mordida a mi almuerzo y sonreí enarcando las cejas. Besó mi sien, divertido y continuó con su enorme hamburguesa.

Juntos nos dirigimos a literatura. Nos sentamos en el mismo sitio que el día anterior. Kellan entró y fue hasta nosotros.

—¿Cuánto tiempo va a continuar esto? —preguntó señalándonos a ambos. No estaba molesto, parecía intrigado e incluso un poco divertido.

—No sé a qué te refieres —contestó mi novio con voz crítica completamente recargado en su respaldo sin darle mucha importancia, acariciándome el cabello con atención. Fingí escribir algo en mi libreta. Kellan rio.

—Lo sabes muy bien, nos conocemos de siempre. Si quieres estar con ella a mí me da igual. Recuerda que eres el capitán del equipo, tu presencia es importante.

—Eso no va a cambiar. Pero no pienso exponerla más.

—Lo dices por Roger... —enseguida me puse en tensión al escuchar ese nombre. Seguí en lo que estaba.

—En parte —Liam continuó con el mismo tono sereno.

—Tú sabes cómo pararlo, a él y al resto... —Mi novio asintió.

—Pero esta vez... no quiero pararlo —dejé de escribir pestañeando confusa—. Quiero que entiendan todos que no me voy a separar de ella, que esto no es un juego y que tendrán que respetarla si quieren que las cosas continúen bien entre nosotros. —Lo veía amenazante y su tono no dejaba duda de lo que haría si no lo comprendían. Giré el rostro, nuestros compañeros de clase escuchaban la conversación, sin molestarse en fingir.

—De acuerdo, creo que has sido bastante claro. Veamos qué sucede... —dio un pequeño golpe a la mesa, chasqueando la boca y se fue a su lugar. El maestro ya estaba entrando. Así que todos volteamos al frente, esperando a que comenzara la clase. Yo no quise decirle más. Se encontraba muy serio e intentaba concentrarse en esa materia que tanto odiaba.

Me acompañó a ciencias como el día anterior, rozó mis labios. Todos ya estaban ahí excepto Ray. Robert movió sus cosas y señaló de nuevo el lugar a su lado.

—¿Cómo te fue? —confiaba en él y Annie más que en los otros chicos, además los quería y me dolía no poder pasar más tiempo con ellos.

—Todo igual —sonreí con tristeza. Posó una mano sobre la mía.

—No tienes idea de la revolución que ustedes dos están generando, nadie habla de otra cosa. Es increíble que personas tan opuestas estén... juntas. Eso no es nada común aquí —torcí el gesto insegura. No sabía si eso era bueno o era malo, esperaba que lo primero—. Kyana, no es un secreto que los chicos querían contigo algo más que una amistad, principalmente están celosos y... después, muy desconcertados con la actitud de Liam, parece un león cuando se trata de ti. Es como si fuera otra persona, sinceramente lo desconozco —ese era el primer comentario positivo que escuchaba sobre mi novio, me sentí mejor.

Al salir del aula y no verlo ahí, fui hasta mi casillero a guardar los libros. En cuanto lo cerré apareció su rostro. Ya estaba como siempre, rodeó mi cintura con posesividad pegándome a él de forma sensual.

—Te fui a buscar.

—Salí en cuanto timbró y como no te vi, vine a guardarlo todo —me dio un beso en la comisura de la boca.

—Lo sé, Robert me dijo... —me detuve en seco mirándolo atónita.

—¿Robert?

—Sí... Anda, vamos afuera —me hizo avanzar mientras yo lo observaba intrigada.

—Pero... él no te habla —le recordé. Sonrió encogiéndose de hombros.

—Pues ahora sí —enarqué las cejas con agradable asombro. Robert era de lo mejor. De pronto, recordé que debía hacer algo.

—Liam, debo ir a tutorías, encontré una nota del señor Laurence.

—Te acompaño —sugirió tranquilo. En menos de dos minutos estábamos ahí. Él se quedó afuera esperándome. Caminé hasta la oficina, estaba abierta. En cuanto me vio, sonrió. Ese maestro era por demás agradable.

—Kyana, pasa... —eso hice.

—Vi un recado tuyo, Clay.

—Sí, siéntate —me acomodé en la silla esperando. Él estaba revisando algo en una carpeta y enseguida lo cerró—. Kyana, has hecho un excelente trabajo con William, el maestro Johnson está muy contento con sus avances y sobre todo por su cambio de actitud, pero ahora depende solo de él, tú ya terminaste —no supe si me daba alegría por él o tristeza. Así nos conocimos y aunque sabía que las asesorías tenían esa función, fue un pretexto ideal para vernos más tiempo.

—Qué bueno, me da gusto —admití alegre y era cierto. Me sentía contenta

por él, después de todo trabajó duro y fue responsable: lo merecía.

—Lo imagino, supe que están juntos, ¿no es cierto? —mordí mi labio asintiendo. Sonrió—. Eso es muy bueno, a él le hacía falta una chica como tú. Todos se han dado cuenta de su cambio. Me da gusto por ambos, siempre he dicho que William es un buen chico, solo necesitaba direccionarse y creo que tú puedes ser buena brújula —me sentí complacida al escucharlo. Era como ratificar su esfuerzo por ser otra persona y al fin se estaba notando.

—Gracias —reconocí ruborizada.

—Bueno, ya tenemos otros que necesitan tu ayuda, pero aún estoy evaluando la mejor opción para ti y para ellos. No quiero saturarte. Te veo el jueves a esta hora, así te digo quién es y cuándo comienzas ¿Okey?

—Te veo el jueves entonces, gracias.

—A ti, buen trabajo —me guiñó un ojo, alegre.

Cuando salí del edificio Liam hablaba con Kellan, Luck y otros tres que reconocí como parte del equipo, no sabía sus nombres. Mi novio me daba la espalda, parecía que les explicaba algo, ellos lo escuchaban con suma atención. En cuanto Kellan me vio, elevó la barbilla señalando mi dirección sin ninguna expresión. Liam giró al instante tendiéndome la mano sonriendo. Dudé un segundo, junté un poco de coraje y me acerqué enganchándome a él.

Era incómodo a decir verdad y no sabía dónde posar la mirada, ni qué hacer. Notó mi actitud y con su brazo rodeó mi cintura infundiéndome confianza. Sus amigos solo me vieron un instante, pues Liam continuó su explicación. Discutían sobre una posible estrategia para el próximo partido que el entrenador le propuso. Yo... no entendí nada. Sus amigos lo escuchaban interesados, opinando. Para mí era como si hablaran otro idioma. De pronto algo sí entendí y era que tendrían otro entrenamiento el domingo y varios por las tardes la siguiente semana. Pf, lo vería poco en los próximos días.

—Entonces infórmenle a los demás —ordenó despidiéndose. Sujetó mi mano y nos alejamos. Mientras caminábamos bajó el rostro y me dio beso riendo—. Hubieras visto tu expresión, Kya —señaló divertido. Entorné los ojos, yo no le encontré la gracia—. Ellos no te van a hacer nada, he cambiado, pero no tanto como para que no sepan de lo que soy capaz si se atreven... —lo miré desconcertada al escuchar su tono. Era cierto, parecía un león como dijo Robert. Me rodeó por los hombros zangoloteándome cariñoso—. No me veas así, es la verdad —se detuvo poniéndome frente a él, con semblante serio—. Kyana, te quiero, compréndeme —se dio cuenta de que no

me agradaba oírlo hablar de esa forma, por mucho que eso implicara defenderme. Era asombrosa la sensibilidad que tenía para detectar mis estados de ánimo. Rogó con la mirada que lo entendiera.

Rodeé su cuello y me colgué para poder darle un beso. Lo hacía y para ser honesta, una parte de mí le agradecía que me hiciera sentir que no debía tener miedo, aunque definitivamente no deseaba verlo agredir a alguien por mi causa. Por otro lado, lo que realmente me preocupaba era lo que pudiera suceder cuando él no estuviera, no podíamos vivir sin separarnos.

Llegamos hasta el árbol del día anterior. Se sentó y me volví acomodar sobre su pecho.

—¿Qué sucedió con el profesor Laurence? —lo había olvidado por completo. Me giré emocionada.

—Lo lograste, ya te liberó el profesor Johnson.

—¿En serio? —me miró asombrado.

—Sí, y... ya no te daré más tutorías... —le informé con un dejo de nostalgia.

—Kya, eso es bueno.

—Sí, bastante, pero ya no tendrás pretextos para ir más tiempo a mi casa — Le hice ver con voz melosa y con un leve puchero. Rio extasiado.

—Eso no va a cambiar nada entre nosotros, lo nuestro sigue igual y créeme, seguiré necesitando tu ayuda en esa materia. ¡Dios, es que es aburridísima!, y no puedo entenderla del todo. Además, ya no nos escondemos ¿recuerdas?, puedo estar contigo sin restricciones, cuando queramos, como queramos y donde queramos —me recordó alzando ambas cejas un par de veces seguidas. Tenía razón, sonreí asintiendo. Me recargué en él otra vez.

—El jueves me dirá a quién voy ayudar ahora. ¿Sabes?, el señor Laurence ya sabe que estamos juntos, parecía contento —me dio un beso en la cabeza.

—Es asombroso cómo las noticias corren cual pólvora. Entonces seguro es el chisme de los profesores ahora.

—Yo creo que sí, además me dijo que han notado un cambio favorable en ti —le dije orgullosa. Enseguida me miró de esa forma en la que me derretía y aceleraba mi pulso dejándome la boca seca.

—Eso es por ti, ya te lo dije. Te mereceré, te prometí que haría todo lo necesario... —Me sentí presa de un trance.

—Te quiero, Liam.

—Y yo a ti, Kyana.

Tuve historia en la última hora. Emma se portó conmigo como si nada

hubiera sucedido, reímos y trabajamos juntas. Liam me llevó a casa y se fue enseguida a entrenar. Yo insistí que no lo hiciera, me iría con mis amigos o sola, se negó rotundamente y al final, como siempre, se salió con la suya. Comenzaba a darme cuenta de que era muy protector.

Los días pasaron y era triste ver que nada cambiaba. Kellan y Luck se acercaban a él aunque estuviera yo, pero al igual que Robert, Annie y Emma lo ignoraban, ellos hacían lo mismo conmigo.

Todo era mejor y peor que antes. Ya no nos escondíamos, podíamos ir y venir sin problemas. Comenzamos a crear nuestro propio mundo en el que nadie cabía y nadie importaba. En literatura nos sentábamos juntos. Cada cambio de clases me esperaba para acompañarme a la siguiente. El señor Laurence me asignó a una chica de primero que tenía problemas con ciencias. Liam se puso feliz como podrán imaginar.

Mi madre seguía saliendo con Ralph y poco a poco lo comencé a ver más en casa. Liam y él se llevaban de maravilla. Ya saben, hablaban sobre fútbol todo el tiempo.

Tres semanas después del primer partido jugaron fuera, por lo que no lo vi todo el día. Insistió que fuera, no me pareció buena idea. Se acercaban los exámenes y tenía mucho por estudiar, así que aprovechaba los tiempos que no estaba. Por muy enamorada, esa parte mía no cambiaba.

Annie y Robert seguían pasando por mí y era mi oportunidad para hablar con ellos. Cada día aceptaban más lo nuestro y eso me alegraba, me daba esperanzas respecto a los demás.

Max volvió a insistir, le respondí lo mismo: no lo dejaría.

Nos divertíamos tanto juntos. Conversábamos de todo sin problemas. Nos sentíamos bien al lado del otro y era evidente. Mi vida sin Liam simplemente ya era impensable, estaba convencida de que no era por el simple hecho de tener esa edad en la que se siente de esa forma tan intensa; él y yo nos compenetrábamos más cada día, cada hora, cada minuto.

No existía impulsividad en nuestro proceder, pero sí un gran deseo de poder estar siempre uno al lado del otro, no solo el tiempo que faltaba para terminar la escuela, sino una vida, una eternidad. Increíble, intimidante, mágico y demasiado real.

Te amo

Faltaban quince días para vacaciones navideñas. Llevaba dos meses ahí, mes y medio con él. Era el último viernes de noviembre. Liam tuvo que reunirse a solas con el entrenador, para ponerse de acuerdo sobre algo del último partido, antes de salir.

Me rogó que lo esperara. La última clase fue historia, así que Emma y yo permanecimos hablando sobre banalidades en el salón varios minutos después que terminó. Cuando vi la hora, salí de prisa, ya casi era el minuto de encontrarnos. Moría, como siempre, por verlo.

Iba rumbo a mi casillero, ya no quedaban muchos chicos en la escuela. Una vez que terminaban las clases todos desaparecían al instante. Alguien rodeó mi cintura provocando que mis pulmones se paralizaran. Enseguida supe que no era Liam. Aventé la mano que me sujetaba y giré furiosa. Roger. ¡Ah! ¡¿por qué?!, ¡¿por qué?! Llevaba semanas sin saber de ese gorila patán, maniático, si he de agregar algo a su extensa lista de defectos.

—Hola... —me saludó sonriendo, sarcástico. No contesté, decidí seguir caminando. Me agarró por el brazo haciéndome voltear de un jalón—. Me tienes miedo ¿verdad? —parecía muy divertido. Intenté zafarme, me apretaba con fuerza.

—¡Suéltame! —exigí molesta, apretando los dientes, al tiempo que con mi otra mano intentaba quitármelo de encima. Comencé a buscar con la mirada el rastro de alguien, quien fuera. Pero, como en las películas, todos desaparecían justo en el momento de mayor suspenso. ¡Maldición!

—Quería hablar contigo —había cambiado su gesto por uno totalmente angelical. Por supuesto sabía que actuaba.

—¡¿Qué quieres?! —grité molesta y nerviosa, mientras seguía luchando para que me soltara.

—Es tan difícil pescarte sola, no te deja ni un segundo, en serio. ¿No te agobia?

—¡Qué te importa! Suéltame, Roger, me estás lastimando —desde luego que no me hacía caso y continuó hablando.

—¿Recuerdas te dije que te arrepentirías si descubría que existía algo más entre ustedes? —claro que lo recordaba. No respondí y continué mirándolo fulminantemente—. Apuesto a que no tienes idea de quiénes son sus padres —soltó triunfante. Sonrió feliz al ver mi expresión confusa—. Pero ¿cómo?... Veo que no te lo ha dicho... —disfrutaba mi desconcierto.

—Roger, por favor déjame en paz, me lastimas. —Negó acercándose un poco más a él. De verdad me daba miedo, parecía un loco. Sentí de nuevo su aliento, no soportaría que me besara de nuevo.

—¿Por qué mierdas siempre hueles tan bien? —y pegó su nariz a mi cuello aspirando mi aroma. Mis labios temblaban. ¿Qué no había cámaras o algo para que ese maniático dejara de acosarme? Deseaba llorar. Lo empujé con toda mi fuerza, pero no lograba moverlo ni un milímetro. Se separó con la respiración agitada, su asquerosa mirada se hallaba fija en mi boca, al tiempo que se humedecía los labios con rabia contenida—. Tus queridos «suegros» —murmuró con voz ronca a un centímetro de mi rostro—, trabajan para el congreso, ¿y sabes qué es lo mejor?... que odian a la gente como tú... —no pude evitar abrir los ojos de par en par y observarlo horrorizada. No, eso no era cierto, él me lo hubiera dicho—. Sí, no me mires así... —se burló—. Ellos son de los que están a favor de la ley antiinmigrantes de Carolina del Sur, y créeme se van a molestar bastante cuando sepan que andas con su querido y maravilloso hijo...

—Yo estoy aquí legalmente... Además, ¿por qué me dices todo esto? —tenía perfecto conocimiento de esa ley y contaba con mis papeles debidamente reglamentados. No obstante, sabía muy bien que, como en todos lados, había gente extremista, racista. Rogué en silencio porque sus padres no fueran así, pero... entonces ¿por qué no me dijo nada? Sentí que un agujero se abría bajo mis pies.

—No es obvio, no soporto que uno de los nuestros ande con una como tú —escupió despectivo y al mismo tiempo pegándose más a él—, y créeme, sus padres tampoco. No los conoces, no tienes ni una jodida idea de con quién te estás metiendo. Se pondrán furiosos —escondió de nuevo su nariz en mi cabello. Una repulsión desconocida viajó por todo mi cuerpo, pero sus palabras me tenían muda, pasmada, horrorizada por lo que no me moví—. Su familia es muy poderosa e influyente, te pueden aplastar con un solo dedo si lo desean —sentí miedo y mucha rabia. Quise nuevamente alejarme, lo único que conseguí fue que me apretara aún más. Ya me estaba lastimando en serio, no me extrañaría amanecer con cardenales en la cintura y mis brazos—. Yo

solo te advierto por tu propio bien que te alejes; créeme, te estoy haciendo un gran favor —sonaba inocente, pero me miraba vencedor.

—¡Roger, suéltala! —eran Max, Billy y Ray. No lo hizo, se limitó a observarme rabioso. Caminaban justo tras él. Casi suelto un suspiro de agradecimiento.

—Estás advertida, luego no digas que nadie te lo dijo... Tu terquedad va a llevar a tener consecuencias que ni siquiera alcanzas a imaginar —y al parecer la idea lo hacía feliz. Dejé de respirar por un segundo sintiendo de nuevo su aliento muy cerca de mis labios.

—¡Que la sueltes! —ordenó Max gritando ya casi en su espalda. Roger asintió obediente. Acto seguido, tomó mi brazo con mayor fuerza y me arrojó usando su fuerza. Sentí como mi cabeza golpeaba contra la esquina de una torre de casilleros.

—¡Kyana! —Era Liam, corría hacia mí. La cabeza dolió muchísimo pues la esquina del mueble metálico me dio de lleno. Puse una mano en la nuca y al quitarla, tenía sangre. Él ya estaba arrodillado a mi lado con el rostro desencajado—. ¿Estás bien? —asentí realmente asustada. Roger debería internarse en un psiquiátrico, ¿por qué me hacía eso?

Mi novio posó la atención en el que solía ser su amigo completamente rabioso, se levantó en una fracción de segundo y lo empujó logrando que impactara estruendosamente en otra torre de casilleros.

—¡Te dije que no la tocas! —estaba fuera de sí. Lo observé atónita, jamás imaginé verlo así, no lo reconocía. Max, Ray y Billy se lo quitaron de encima, con mucho esfuerzo, pues no parecía tener intenciones de soltarlo.

—¡Liam, cálmate! —no me di cuenta cuando Kellan y Luck se acercaron, pero ya sujetaban a Roger. Todo lo veía medio borroso, los sonidos se agolpaban en mi cerebro y el dolor lo sentía machacando mi interior como si su intención fuera torturarme.

—No te tengo miedo, Liam —le escupió en la cara.

—¡Pues deberías, imbécil! No la vuelvas a tocar, no te le vuelvas a acercar, porque te juro que... ¡Déjenme, suéltanme! —exigió a mis amigos que apenas si podían controlarlo.

—¡Liam, por favor, tranquilízate! —no les hacía caso, e intentaba llegar hasta él.

Emma y Susan aparecieron de pronto a mi lado.

—¿Estás bien? Sangras... —yo ya no podía contestar, estaba completamente muda presenciando algo que no quería sucediera.

—Me juras ¿qué exactamente, Liam?... ¡¿qué?! —lo provocaba intencionalmente.

—¡Roger, basta! —ordenó Kellan, igual de irritado—. Ahora sí cruzaste la línea... ¿qué carajos pasa contigo? —lo ignoró, con su mirada asesina ubicada en Liam.

—No eres ningún tonto, no le dijiste nada sobre tu familia. Muy mal, pero no te preocupes, yo ya le informé quiénes son tus padres. ¡Mierda!, hubieras visto su cara... Con eso siento mi deuda saldada. Cuando sepan que andas con una como «esta» ellos se encargarán que lo de ustedes termine, lo sabes —Liam dejó de luchar, todos voltearon a verme con los ojos abiertos.

¡Qué!, ellos lo sabían, nadie me dijo nada, ¿por qué? Bajé la mirada unos segundos, sin saber qué hacer. Al levantarla mi novio ya giraba nuevamente hacia él. Sin que pudieran verlo venir se acercó y le dio un golpe en el rostro. Pude escuchar, aún a la distancia, cómo tronó su quijada. Cerré los ojos y comencé a morder mi labio con demasiada ansiedad.

—¡¿Cómo te atreves?! —Max lo separó enseguida con la ayuda de Ray y Billy; Liam, al lado de ellos se veía enorme y enojado era de verdad incontenible.

—Liam, por favor, no le des el gusto, te está provocando... ¿no ves que esto es lo que quiere? —mi amigo lo intentaba tranquilizar, mientras Kellan y Luck levantaban del suelo a Roger.

—¡No te tengo miedo, Liam!, y créeme, este golpe te va a costar muy, muy caro, voy a hacer que esta locura se acabe. Tú no puedes traicionarnos, tarde o temprano haré que todo vuelva a su lugar...

—Has perdido el juicio Roger y sabes que Liam sí puede y yo también. No te quedarán ganas de volver a hacer algo como esto... —lo amenazó Max—. Voy a ir al concejo estudiantil y créeme, te sacarán del equipo y si todos decimos los que le has hecho, incluso de la escuela. Llegaré hasta donde tenga que llegar, pero tú no volverás a hacer algo similar, te lo juro —Roger lo miró aturdido—. Kyana no está sola... Todos los hombres lo observaban amenazante. Eran una especie de muralla frente a mí.

—Está bien, está bien. Yo a ella no le haré nada más, no exageren. Además, ustedes no valen tanto la pena —dijo levantando una mano y con la otra se sobó la quijada. Lo que presencié era algo que jamás hubiera siquiera soñado. Todos se unían para ayudarme. Y yo sentía que me ahogaba por todo lo que acaba de enterarme.

—Por supuesto que no vuelves a hacerle nada. Si le tocas un solo cabello o

la volteas a ver, te juro no dudaré, sabes de lo que soy capaz, me conoces... y con o sin su ayuda, te aplasto, te lo juro ¡¿comprendes, imbécil?! —Liam ahora era el que hablaba, su tono me dio escalofríos.

Emma y Susan me ayudaron a incorporarme. Estaba un poco mareada, no sabía si por el dolor o lo que acababa de pasar. Liam se dio cuenta y se acercó a mí. Al ver su mirada recordé lo que Roger acababa de decir, me sentí decepcionada, dolida.

—Kya... —me llamó ansioso, negué con la cabeza, que por cierto estallaría con ese movimiento, me recargué en mis amigas sin permitir que me tocara, como era su intención.

—Liam, debemos ir a que la revisen—anunció Emma. Ambas me tomaron por la cintura para ayudarme. No supe cuánto caminamos pues todo era muy confuso, sabía que los chicos venían atrás y que Roger ya no estaba.

En cuanto llegamos, la enfermera me vio, se puso de pie serena.

—¿Qué sucedió?

—Me tropecé... —todos abrieron los ojos a causa de mi mentira. La mujer asintió sin creerlo del todo. Me llevó hasta el mismo cuarto blanco donde me enyesaron el dedo varias semanas atrás. Examinó la herida, me recostó en una camilla y fue a un pequeño mueble para sacar lo que necesitaba. Estaba boca arriba viendo el techo. Sentía la cabeza desconectada del cuerpo y un poco de náuseas.

—Kya... —me elevé un poco al escucharlo, su presencia llenaba el lugar.

—Liam, por favor... ahora no... —le supliqué fatigada. No se detuvo, se hallaba muy alterado.

—No, ahora sí, tienes que escucharme... —me erguí un poco con ayuda de los codos y lo observé adolorida. La enfermera ya iba a correrlo—. No te dije quiénes eran porque no me interesa lo que piensen. No me importa lo que nadie piense ¿no te das cuenta de que estoy harto, cansado? Odio que nadie comprenda lo que siento por ti... Que nadie lo crea siquiera posible. Que te hagan sufrir por mi culpa. ¡Maldición! Te he arrastrado a todo esto... —hablaba fuerte a pocos centímetros de mí. Lo escuché sin poder articular palabra, asombrada, desconcertada— y no puedo evitarlo... No puedo, ni quiero estar sin ti. Si ellos se oponen, será su problema. ¡Yo te amo... te amo y ya no puedo más! Quisiera desaparecer contigo... Quisiera que no existiera mi pasado, borrar todo lo que fui, todo lo que hice. Kyana, te amo por quien eres... por quien soy cuando estoy contigo... Te amo porque logras que sea mejor persona... porque te quiero para siempre en mi vida... porque crees en

mí sin importar nada... Te amo... y si tengo que dejar todo por ti lo haré... Te juro que lo haré... No me importa nada si no estás conmigo... —Mi corazón se detuvo. No podía creer lo que decía. De mis ojos salieron lágrimas sin poder evitarlo. Cada palabra se grabó en mi alma, en mi cabeza, en mi cuerpo. Yo también lo amaba y entendía su desesperación, su frustración. Nada parecía ser fácil entre nosotros.

La enfermera, con la boca abierta, quedó ahí, congelada en su lugar, observándonos estupefacta.

—Liam... —me senté como pude y lo acerqué de un jalón. Tomé su rostro entre mis manos olvidando por completo dónde y por qué estaba ahí—. Mírame... —sus ojos eran lo más hermoso y transparente que había visto nunca, pero además ahora estaban vidriosos, ansiosos—. Te amo, te amo... todo irá bien, sé que así será —él sonrió aún tenso, aunque con sus pupilas chispeantes, maravilladas. Con dulzura lo pegué a mis labios. Deseaba con todo mi ser que eso fuera suficiente y que lográramos olvidar la espantosa escena de hacía unos minutos.

—Mh, mh, mh —nos separamos a regañadientes. De pronto recordé dónde estábamos.

—Lo siento —se disculpó mi novio sin quitarme la vista de encima. Sonreí con timidez deleitándome con su presencia, con la potencia de nuestros sentimientos, con las miles de señales que nos mandábamos con tan solo ese inocente gesto.

—¿Creen que puedo atenderla después de esas lindas palabras? —preguntó la mujer sonriendo. Asentimos apenados. Al volver a recostarme vi a todos en la puerta, lo habían escuchado. Cerré los ojos girándome para que la enfermera me pudiera curar. Cinco minutos después terminó—. Listo, no fue tan grave, dos puntadas, se caerán solas. Ahora ve y descansa, si te duele tómate estos analgésicos —asentí sentándome con su ayuda sobre la camilla. Liam seguía ahí en una esquina, observándome de una forma que me hacía volar pese a todo—. Los dejo... —declaró la señorita saliendo enseguida de ahí, con cierta complicidad en su voz. Él se acercó en medio segundo y me abrazó. Cada molécula se acomodó en el lugar adecuado en cuanto lo tuve cerca, él era todo lo que necesitaba.

—Vamos, te llevo a casa... —me ayudó a bajar, tomándome por la cintura de forma posesiva, asegurándose que no pudiera caer.

Me sentía en las nubes, era como pasar del infierno al cielo en un tiempo récord. Salimos del pequeño cuarto y todos esperaban afuera, divididos de

nuevo.

—¿Cómo estás? —preguntó Max preocupado.

—Bien, solo dos puntadas... —intenté sonreír, eso hacía que doliera lo que me cosieron. Todos estaban a nuestro alrededor.

—La voy a llevar a casa —le informó Liam.

—Sí, es lo mejor... —declaró Kellan. Ya no me ignoraba, de hecho me sonreía con aceptación, con... admiración.

—Gracias... por todo... —Liam miraba a Max y a Ray. Ambos asintieron y enseguida salimos de ahí. No dijimos nada en todo el camino. Cuando llegamos quiso ayudarme a subir a mi recámara, me negué. Necesitaba estar junto a él y si mi madre llegaba no le gustaría vernos arriba. Se sentó en el sofá más grande para que yo recargara la cabeza sobre sus piernas.

—Kya, ¿te sientes mejor? —asentí con los ojos cerrados. Necesitaba pensar en todo lo que pasó. Era increíble lo que me sucedía. Mi mundo giraba muy rápido, cambiaba cada segundo. No hablamos un buen rato mientras me acariciaba el cabello, por lo que dormí un momento sintiéndome relajada.

Al escuchar el auto de mamá me levanté de inmediato.

—¡Ey!, tranquila —me toqué donde suturaron al sentir un pequeño pinchazo, por la brusquedad del movimiento—. ¿Te duele? —deseó saber ansioso.

—No, bueno, no mucho, pero... se siente hinchado —rió y me dio un beso en la sien.

—Hola, chicos —no iba sola; Ralph estaba detrás. No alcancé a saludarla cuando se acercó enseguida, dándose cuenta de mi palidez—. ¿Estás bien, Kyana?

—Sí, caí y... bueno... —agaché la cabeza—. Fueron solo unas puntadas.

—Hija, ¿qué sucede contigo? Dos accidentes en dos meses, no eres así —Ahora parecía divertida. Torcí el gesto.

—Lo sé, a veces pasa ¿no? —Ralph nos observaba desde la puerta, lo saludé con la mano. Mi madre lo olvidó por un instante.

—Lo siento, lo invité a cenar...

—No hice nada... —susurré culpable

Liam lo saludó con un fuerte apretón.

—Nosotros prepararemos la cena —propuso el acompañante de mamá, así que no objeté.

Cenamos los cuatro mientras conversábamos trivialidades. Al acabar, Liam me ayudó levantar, los tres no dejaron que hiciera nada debido al golpe.

Ellos querían ver una película, así que argumenté no aguantar mucho la luz del televisor. Mi novio agarró una frazada que solíamos tener a la mano y usábamos para salir a la terraza. Ya casi era diciembre, el frío aumentaba, aunque era aguantable, bueno, con él al lado todo lo era, en realidad.

Me acurruqué como siempre.

—¿No prefieres descansar, Kya? —negué contra su pecho. Estaba calentita a su lado y muy cómoda—. Perdóname... debí decirte... —aceptó de pronto. Me separé un poco para verlo.

—No me gusto enterarme así, pensé que confiabas en mí —era cierto. Además del hecho de que sus padres pudieran odiarme por ser lo que era.

—Y lo hago, es solo que... no me siento orgulloso de ellos. No tienes idea de cómo son. Antes solía pensar igual, ya no puedo... no después de conocerte. Me has cambiado por completo, tanto que a veces no me reconozco— recostó su cabeza en el respaldo—. Nunca fue fácil ser su hijo, desde que recuerdo hay muchas expectativas a mi alrededor... a Richard — así se llama su hermano— y a mí siempre nos han exigido ser los mejores. Él fue presidente de los estudiantes, ahora yo el capitán del equipo —resopló—. No le veo sentido. Imagínate, quieren que estudie ciencias políticas... —me dolía saber que así se sentía, que su vida no era tan sencilla—. La verdad es que iba a hacerlo, ¿qué más daba? Pero ya no, no me gusta, nunca en realidad. Tú me has despertado en tantas formas... ya no coincido con ellos... no tengo nada en común, creo que... jamás lo tuve.

—Lo siento, Liam —sacudió la cabeza con tristeza. No debía ser fácil tener unos padres así, vivir la vida así.

—Jamás vuelvas a decir eso, tú eres lo mejor que me ha pasado, no me arrepiento de estar a tu lado, es lo único bueno que he hecho...

—Liam...

—Es la verdad. Desde que te conocí cambió mi manera de ver la vida. Ahora seré lo que yo quiera. No permitiré que los prejuicios me limiten. Deseo ofrecerte lo mejor que tengo y te juro que lo haré. A pesar de ellos, a pesar de lo que sea... Te amo... En serio te amo y te mostraré siempre la mejor versión de mí mismo —Sus ojos estaban rasados. ¡Dios! Acaricié sus pómulos con las yemas de mis dedos.

—Lo sé, lo siento y yo también te amo. No sé cómo, ni cuándo, pero te metiste en mí... quiero estar siempre a tu lado...

—Yo también, Kyana y por lo mismo te juro que... no sé cómo... pero tú y yo envejeceremos juntos... Esto no es pasajero, no es por nuestra edad. Lo

que siento es genuino, poderoso, real, profundo —me acerqué hasta su boca sin separar mis ojos de los suyos y acaricié sus labios con los míos. Me respondió besándome lenta y suavemente. Una descarga de electricidad pura recorrió todo mi cuerpo—. Me enloqueces... —susurró sobre mi boca. La sensación fue avanzando y el beso se hizo más intenso—. Kya, espera... —me detuve—. Te deseo, ¡no sabes cuánto! Pero... vayamos poco a poco, además tu cabeza, tu mamá —no recordaba ni siquiera el golpe y menos dónde estaba. Él respiraba con dificultad y su voz era ronca como cada vez que subía de nivel nuestro contacto—. Sabes que quiero estar contigo, sin embargo, deseo que sea cuando estés bien, cuando estés completamente lista. No hay nada que quiera más en el mundo que ese momento sea mágico para los dos —lo amaba, en serio que sí. Quería ir más allá con él, lo cierto era que todavía no deseaba dar ese paso.

—Aún no lo estoy y también quiero que sea así —admití ruborizada. Sonrió, al tiempo que yo acariciaba sus labios con la punta de mi dedo.

—Eso lo sé, así que no me lo compliques, te lo suplico —torcí la boca avergonzada—. Eres tan hermosa, no me canso de verte... —le di un beso inocente.

—Tú también lo eres y... te amo.

—Me encanta escucharlo, Kyana —no volvimos a hablar de su familia. Entendía que era un tema doloroso y ahora comprendía porqué.

Al día siguiente me levanté sin dolor, ni molestia. Fuimos a cenar, después al cine. Al salir nos quedamos jugando maquinitas, fue muy divertido.

El domingo Emma, Annie, Robert y Susan fueron a mi casa por la tarde. Querían saber cómo seguía. Hablamos horas, no se cansaban de mencionar lo bien que pusieron en su lugar a Roger. Mi madre salió con Ralph. Liam tenía entrenamiento. Así que pasamos la tarde ahí; comiendo pizza entre bromas y tonterías.

Deseaba preguntarles el porqué de su silencio respecto a los padres de mi novio, pero no quise dar pie a nada. Primero: porque era a él a quien le correspondía decírmelo. Segundo: porque ahora sabía que era un tema demasiado doloroso. Y por otro lado, me daba cuenta de que de una forma algo torcida lo protegieron, pues si era sincera, esa era un arma que hubieran podido usar desde el principio y por alguna extraña razón decidieron no hacerlo. Deduje, en aquel momento, que seguramente el motivo era que ellos mismos habían compartido el pasado de Liam y el tema debía ser tan delicado que ni en las condiciones en las que se encontraba su relación lo

utilizaron.

Liam llegó antes de que se fueran. En cuanto entró me abrazó dándome uno de esos besos que me hacían temblar las piernas como gelatina. Cuando se dio cuenta de que ahí estaban los chicos, sonrió avergonzado por su impulsividad.

—Bueno... —anunció Robert levantándose—. Nos vamos, hasta mañana —Para mi asombro todos se despidieron de él, no sonrientes pero sí corteses.

—Veo que las cosas marchan mejor... —murmuró en mi oído mientras los veíamos irse.

—Parece que sí...

—Kya, hablamos Kellan, Luck y yo con el entrenador. Roger no se volverá a acercar, si lo hace lo sacarán del equipo y la escuela. No sé si Max hablará con el concejo. Si es así, contará con mi apoyo, pero por ahora quiero que te sientas tranquila. ¿De acuerdo? Le quedó muy claro lo que puede y no puede hacer. Ama jugar y el entrenador nunca se anda por las ramas, él lo sabe, así que te aseguro que no se meterá más contigo —estaba ahora frente a mí tomándome de las manos, con su rostro bastante serio.

—Me encantaría no volver a cruzarme con él.

—Eso no es posible, no a menos que lo expulsen, pero créeme que el entrenador tiene sus técnicas y nosotros... las nuestras. Quiero que confíes en que nunca más ocurrirá algo siquiera cercano a lo del viernes. Te prometo que haré todo para que te olvides de él lo que resta del año —lo miré desconcertada. ¿Qué técnicas?, ¿a qué se refería con «todo»?

—Liam, ¿le hiciste algo? —quise saber arrugando la frente. Con lo sucedido el viernes me daba cuenta de que por mucho que conmigo fuese dulce, tierno e imposiblemente cariñoso, ese no era el Liam que solía ser. Lo vi desfigurarse frente a mí, mirar con odio y rabia. Parecía muy seguro y decidido. Acomodó un mechón de cabello tras mi oreja, negando sin mucha convicción—. ¿Entonces por qué dices eso?

—Es un decir, Kya, tú solo por favor confía en mí, nada volverá a ocurrir... ¿Sí?

—¿No me dirás?

—No te hagas ideas, no hay nada, es solo que nos conocemos de siempre, ya no se acercará, eso es todo —zanjó dándome besos, que volví olvidar hasta respirar.

El lunes al entrar a matemáticas, Max se acercó a mí de forma amigable.

—Hola... ¿Cómo sigues?

—Mejor, no me duele... —respondí sonriendo.

—Kyana, lo siento, sé que hemos sido duros contigo. Es solo que es muy difícil... no nos pidas ahora que convivamos con él...

—No te preocupes, no lo haré —me miraba ya sin rencor.

—¿Te sientas con nosotros? —por un momento no supe qué decirle, llevaba varias semanas que no era así. Caminé a su lado y nos acomodamos como solíamos. Él, Lana y yo. Me sentí, en ese momento, feliz. Algo estaba cambiando y eso me alegraba. Cuando terminó la hora me levanté de inmediato, con la intención de ir a buscar a mi persona favorita, frené abruptamente y giré hacia Max dudando.

—Anda, nos vemos luego —me guiñó un ojo y salí a su encuentro.

Liam y yo nos sentamos en la mesa de siempre en la cafetería, envueltos en nuestra propia burbuja, que ahora era más fuerte sin comparación.

—¿Puedo? —preguntó Kellan con su bandeja en las manos. Mi novio asintió. No pude evitar una expresión de desconcierto—. No quiero interrumpir a los tórtolos, pero... necesito hacerte una pregunta, Kyana ¿Eres verdad que eres buena en literatura? —entorné los ojos aturdida. Era muy extraño escucharlo dirigirse a mí. Liam me besó en la sien al ver que no sabía qué decir. Parecía lo más normal del mundo para él estar ahí sentado junto a nosotros, como si nada.

—Sí, muy buena —avaló con orgullo. Kellan ya estaba sentado y devoraba a grandes mordidas su pizza, mientras yo no le podía dejar de mirar.

—Yo, bueno, sé que todo esto te suena extraño, pero... lo que pasa es que tengo un problema... uno muy gordo —anunció sin tapujos. Enarqué una ceja, estudiándolo con incredulidad—. En una semana son los exámenes y... no entiendo nada... Esa materia es una mierda de aburrida. No comprendo para qué sirve ver toda esa bola de tonteras. En fin, crees que... ¿podrías explicarme? —abrí los ojos y la boca, asombrada. Lo decía con una frescura que incluso me provocó ganas de reír. Giré hacia Liam pestañeando, él sonreía de forma extraña—. Lo sé, lo sé... nunca te he hablado y ahora me atrevo a pedirte esto... Pero sé, por este animal —se refería a mi novio, comprendí al ver que rodaba los ojos—, que explicas muy bien. En serio lo necesito —apreté la mano del aludido frunciendo el ceño, él me devolvió una mirada inocente—. No puedo reprobar, me sacarían del equipo. Si me ayudas haré lo que me pidas —no pude más y solté la carcajada. Liam sacudió la cabeza, tapándose el rostro con una mano. De inmediato comprendí que se coludieron. Embusteros.

—De acuerdo... —acepté, ya sin reír. Liam besó mi boca importándole poco el lugar donde estábamos y que los maestros nos pudieran ver. Kellan soltó el aire feliz.

—¿En serio, lo harás?

—Sí, lo haré, pero tendrás que poner de tu parte... Tú eres el que lo necesita, tú eres el que tiene que trabajar duro y hacer lo que yo diga, si no, no hay trato —le advertí alzando ambas cejas con suficiencia. Movié la cabeza asintiendo una y otra vez—. Bien, entonces te veo en el segundo receso en el jardín con tus apuntes... ¿De verdad vas muy mal? —quise saber dudosa.

—Sí, Kya. Ya sabes, no se nos da mucho y es cierto lo que dice, los del equipo no podemos reprobamos... necesitamos cierto promedio —asentí todavía desorientada, no daba crédito de lo que ahí ocurría.

—Bien, lo haremos entonces.

—¡Muchas gracias!, me vas a salvar el pellejo —me pareció simpático, sus ademanes eran exagerados y lucía nervioso.

—Me debes una... —le recordé fingiendo seriedad.

—Por supuesto, cuenta con eso —un segundo después cambiamos el tema y nos enfrascamos en cosas sin sentido. La sensación fue muy agradable, me gustó.

En literatura, nada cambió. Liam y yo nos sentamos donde siempre. Sin embargo, el ambiente no se sentía tan cargado. En ciencias fue igual. En el receso nos dirigimos a «nuestro árbol», nos gustaba sentarnos ahí. Kellan apareció casi enseguida con sus apuntes en la mano.

—Aquí estoy —anunció sonriente. Tomé su libreta y la empecé a hojear atenta. Era un desastre, no tenía ni idea de cómo lo podría ayudar.

—Kellan, por Dios, esto está... terrible... completamente revuelto, no tiene ni pies ni cabeza.

Me encontraba a un lado de mi novio con su mano enroscada torno a mi cintura. Cuando le dije eso, alzó las cejas haciéndole ver que era muy estricta. Kellan se rascó la cabeza, nervioso.

—Te dije que no era fácil, ella es muy exigente —le hizo ver Liam con tono burlón. Le di un pequeño codazo riendo. Su amigo estaba claramente agobiado, por lo que solo torció el gesto.

—No te preocupes, Kellan. Si quieres nos vemos en la noche en mi casa, algo se podrá hacer —Enseguida vio a Liam buscando su aprobación de forma provocadora. Dios, eran insufribles. Rodé los ojos. ¡Hombres al fin!

—Nos vamos juntos, después del entrenamiento, ni creas que te voy a dejar solo con ella. Te conozco muy bien casanova —lo fulminé con la mirada y volví a dirigir mi atención a su amigo.

—Muchas gracias, Kyana. Eres lo máximo, además de...

—¡Ey!, no empieces... con ella eso no surte ese efecto —lo interrumpió mi novio bromeando. Recargué la espalda en Liam con los ojos en blanco.

—Tranquilo, fiero, ya sé que esta damisela es intocable... —aceptó burlón haciendo un gesto de rendición. Sacudí la cabeza alegre, parecía que todo se iba acomodando y ver a Liam en acción directa con su amigo, no supe porqué, pero me gustó—. Ahora me voy, no quiero interrumpir su momento de idilio, ni que este energúmeno me salte encima... Nos vemos más tarde —Kellan me guiñó un ojo amigablemente, ambos chocaron las manos y desapareció relajado.

—¿Qué fue todo eso? —le pregunté ya que estábamos solos.

—¿Qué?

—Pues eso, venir a pedirme ayuda. Fue tu idea ¿verdad? —me miró angelicalmente.

—No sé de qué hablas —entorné los ojos fingiendo enojo.

—Ya... es en serio...

—Uf, enojada te ves tremendamente apetecible... —intentó besarme, lo esquivé. Arrugó la frente fingiendo frustración—. Sí, yo le dije... eres muy buena, Kya —admitió al fin.

—¿Y eso de que no me dejas sola con él? Es tu mejor amigo, no me dirás ahora que eres un psicópata celoso —me acercó a su cuerpo posesivo.

—Ni con él, ni con nadie. No pienso arriesgarme, eres demasiada tentación. Psicópata celoso no, pero sí aprensivo cuando se trata de ti, ya te lo había dicho... —rodé de nuevo los ojos. Lo decía con frescura, quitándole importancia, sin embargo, era en parte cierto, lo sabía y no me importaba, pues la realidad era que no se manejaba así en la cotidianidad, ni me hacía sentir hostigada o asfixiada. Al contrario, solo en ciertos casos parecía más bien inseguro y eso me hacía reír. Me volvió a besar.

Por la noche llegaron juntos y mientras Liam hacía sus deberes concentrado, yo comencé a explicarle. Kellan era rápido, no me costaría tanto trabajo como supuse. Una hora después nos dejó solos.

Al día siguiente para mi sorpresa Luck me pidió lo mismo. Quería matar a Liam, sin embargo, me rogó lo ayudara, era de los titulares del equipo y no quería arriesgar la liga ni sus entradas a las universidades. Así cómo decir

«no». Chantaje total, acepté.

Entre las asesorías, la presión de los exámenes, la ayuda a Luck y Kellan en los recesos, en los almuerzos y yendo a mi casa junto con Liam en la noche, para cuando nos dejaban solos a las nueve y media, cabeceaba.

De pronto, algo cambió nuevamente. El viernes, para mi sorpresa, Emma y Annie se acercaron en el almuerzo. Yo tenía marcando el paso a los amigos de Liam y él disfrutaba viéndolos sufrir.

—¿Podemos sentarnos? —preguntaron tímidamente.

—Claro... —al ver escribiendo a ese par de revoltosos, me miraron intrigadas.

—¿Qué hacen?

—Estudian literatura, les estoy ayudando porque ya sabes... no se les da — Me burlé, cosa que solo los hizo reír sin levantar la vista de lo que hacían. Me sentía contenta de verlas ahí. Ambas asintieron sonrientes. Todos en la mesa de afuera las observaban atónitos.

—¿Quieres apoyo? Te ves cansada —Kellan y Luck alzaron el rostro, sorprendidos. Aproveché mi gran oportunidad, de inmediato y sin dudar asentí, parecían caídas del cielo.

—Sí, me encantaría.

Emma tomó el cuaderno de Kellan pidiéndole permiso con los ojos y le echó un vistazo, haciéndome preguntas al mismo tiempo, para saber en qué iba. Enseguida lo empezó a corregir y para mi asombro, él le hizo caso dócilmente con una sonrisa bobalicona pintada en su rostro. Annie actuó igual con Luck y este tampoco se opuso. ¡Vaya, qué fácil fue eso! En menos de un minuto los cuatro estudiaban juntos y yo pude recargarme en Liam aliviada. Genial.

Mis amigas en el segundo receso, regresaron y continuaron con su labor. Verlos juntos era extraño, demasiado. Eso sin contar que Max y los demás, no dejaban de vernos, sin poder dar crédito de lo que sucedía.

Liam y yo nos dedicamos a nosotros, cosa sencilla, encerrándonos de nuevo en nuestra gran burbuja y de vez en cuando riendo por algo que ellos decían o hacían. Cuando sonó el timbre los seis nos levantamos.

—¿Por qué no nos ayudan por la tarde? Kyana está agotada y... también debe estudiar —propuso Kellan estudiando a Emma, aunque lo decía para las dos. Ambas me observaron sin saber qué responder.

—Sí, sería perfecto, además me harían un gran favor. Así todos repasamos al mismo tiempo. ¿Qué dicen, nos vemos en mi casa a las ocho?

—Sí, será divertido —respondió Annie ruborizada. Yo quería brincar de gusto, me limité a sonreír complacida.

—Es un buen plan —admitió Liam, rodeándome por detrás de la cintura y recargando su barbilla en mi hombro para poder verlos. No teníamos clases al día siguiente y yo tenía que estudiar para el examen de matemáticas del lunes.

—Te amo... —musitó contra mi oído. Ya estábamos solos. Los cuatro entraron a la escuela bromeando y riendo. Giré de inmediato y enrollé mis manos alrededor su cuello.

—Yo también, Liam, mucho —me dio un beso y luego me abrazó absorbiendo mi aroma.

—Creo que todo comienza a acomodarse y... verte contenta, es la mejor parte de todo esto.

—Lo estoy, pero porque te tengo a ti, conmigo. Aunque de verdad ha sido de locos, me siento agotada... —me separó un poco de su pecho para verme.

—Lo sé y lo siento, no creí que fuera a ser tan cansado...

—Pronto acabará y ahora con la ayuda de Annie y Emma, será más fácil.

—Eso espero, ¿viste la facilidad con la que se acoplaron? Me sentí menos culpable, además no he podido estar a solas contigo y no sabes cómo te extraño... —hablaba muy cerca de mis labios, podía sentir la calidez de su aliento sobre mi boca y la excitación con la que hablaba.

—Eso será... después —le dije enarcando una ceja provocativa—. Por ahora tendrá que seguir así. Ya no hay nadie, Liam, vamos —me dio un beso fugaz y entramos corriendo.

Todo iba marchando poco a poco, las cosas cambiaban al fin. Comenzaban a entender que no sería pasajero lo nuestro, que en realidad existía un lazo indestructible entre él y yo, y que lo defenderíamos como fuera.

A las ocho llegaron Liam y sus amigos. Unos minutos más tarde: Emma y Annie. Mi madre salió con Ralph, así que no estaba, teníamos la casa para nosotros.

Los pasé al comedor y enseguida nos pusimos a trabajar. Kellan y Luck avanzaron mucho en los últimos días, así que estaba segura que les iría bien en el examen. Mis amigas les ayudaban a resolver dudas, mientras ellas se dedicaban a estudiar sobre otra materia.

Liam y yo repasamos matemáticas. Él era realmente muy bueno en eso. A las once ya mis ojos se cerraban. Las chicas fueron las primeras en despedirse, en ese instante los amigos de Liam se levantaron y se ofrecieron acompañarlas. Algo comenzaba a suceder sobre todo entre Kellan y Emma,

una incipiente atracción nacía y era muy obvia para nosotros.

Cuando estuvimos solos al fin nos recostamos en el sofá sin decir nada. El silencio con él no era incómodo, al contrario, lo disfrutábamos igual que si estuviéramos sumergidos en una interesante conversación. Sentía que nos decíamos mucho más con nuestros cuerpos.

No supe cuándo me quedé dormida. Me despertó el sentir frío en la espalda. Abrí los párpados. Liam aún me tenía rodeada y me recostaba sobre mi cama.

—Sh... Duerme, Kya... —tenía mucho sueño, pero al sentir su aliento así de cerca desperté sin poder evitarlo. Recordé que no había nadie en casa. Lo agarré tiernamente de la sudadera y lo comencé a besar.

Al principio pensó que me despedía, lo cierto era que esos días extrañé demasiado la intensidad de nuestros... acercamientos. En toda la semana no surgieron, así que no permitiría que pasara un minuto más. Lo deseaba, me encantaba sentirlo así de cerca. Él comenzó a comprender qué era lo que quería e incrementó el ritmo sin dudar, emitiendo un pequeño gemido de satisfacción.

Siempre era así: eléctrico, fuerte, demasiado intenso como para poder comprender y resistirnos. Terminé aferrada a su cuerpo sentada sobre mi cama mientras él iba haciéndome hacia atrás sin dejar de besarme. Pronto nos encontrábamos en diagonal probándonos con arrebato. ¡Dios, me fascinaba! Lo toqué ansiosa, recorrí su espalda y despeiné su cabello sin importarme nada salvo mis neuronas embrutecidas, mis hormonas enardecidas y el placer que me generaba saberlo igual de enamorado que yo. Dejó de lado mi boca, comenzó a recorrer con sus labios mi rostro, mi cuello, mi quijada. Sentía fuego en mi interior, me quemaba y me exigía sentir más.

La forma en que su aliento rozaba mis ojos, mis oídos... era increíble. Comencé a hacer lo mismo, arrancando un pequeño sonido de su garganta, jadeaba, rugía, gemía. Liam, sin perder ocasión, recorrió con sus enormes manos mis piernas, mi cadera, mi cintura. Su tacto era fuerte, me tocaba como si fuera a irme en cualquier momento, como si deseara tatuar en su palma mi piel.

Un poco más osada, adentré mis dedos bajo su ropa y logré tocar su espalda desnuda. Al sentir mi tacto resopló sobre mi boca excitado. Sus besos se hicieron más exigentes. Me quedaría con los pulmones vacíos, estaba segura, tomaba todo, me invadía como jamás lo había hecho.

De pronto ya nada me importó. Comencé a subirle la sudadera junto con la playera. Él se separó un poco y se las quitó enseguida. Por un segundo

contuve el aliento. Lo estudié humedeciendo mis labios. Me devolvió una mirada ardiente, cargada de deseo y expectación. Coloqué mis manos sobre su pecho bien torneado, sin poder contenerme. De inmediato cerró los ojos respirando más rápido, me acerqué hasta su boca y lo volví a besar desesperada.

Era realmente impactante su ancho tórax bien formado producto del ejercicio, tenía un color bronceado que me dejó la garganta seca. No me di cuenta cuando terminamos hincados sobre el colchón. Él sujetó uno de los pliegues de mi suéter con toda la intención de quitármelo. Ambos sentíamos la temperatura más alta, nos rodeaba un calor producido por nuestros cuerpos, una bruma espesa que tornaba el ambiente febril, todo eso en medio de nuestras respiraciones agitadas, las miradas cargadas de anhelo y un leve sudor permeándolo todo. Me lo quitó en un instante, enseguida me contempló con los ojos bien abiertos, admirado. Aunque seguía medio cubierta me sentía completamente desnuda. Lo observé expectante bajo mis pestañas.

—Dios, eres perfecta... —movía la boca como saboreando algo que pronto probaría. Me acerqué de nuevo a él con timidez, pero deseosa de más.

—¿Y lo dices tú? —me tomó por la nuca y mientras me acercaba de nuevo a su boca susurró con la voz muy ronca: «te deseo». Definitivamente yo a él.

Sentir su piel cálida bajo la mía era lo más sensual y maravilloso que había experimentado. Al tener sus manos sobre mi espalda, supe enseguida que si desabrochaba mi sostén, ya no habría marcha atrás. De pronto se detuvo como si hubiese recordado algo. Nos miramos respirando muy agitados, sus pupilas estaba completamente dilatadas. Sabíamos en qué terminaría todo si continuábamos. Bajó sus enormes manos hasta mi cintura y yo coloqué las mías lentamente sobre su pecho intentando poner distancia. Moría de ganas de estar con él, pero sin decir nada supimos que ese no iba a ser el día.

—Kya... —me encantaba cuando su voz sonaba así—. Te amo —asentí igual de agitada y seguro mucho más ruborizada. Me acercó tiernamente hasta su pecho y me rodeó protectoramente. Estaba envuelta en un capullo indestructible, cálido, ideal. Nos concentramos en llenar de nuevo de aire nuestros pulmones, sin embargo, yo no podía deshacerme de la inigualable sensación que recorría mi cuerpo. Un minuto después buscó mi suéter con la mirada, ansioso.

No me sentía penosa a su lado, pero entendía que estar así solo provocaría justo lo que acabábamos de evitar. Cuando lo encontró, me ayudó a ponérmelo dulcemente. Enseguida se vistió y me acercó nuevamente. Era

perfecto, su olor, su fuerza, sus sentimientos hacia mí, los que yo tenía por él.

—Jamás he sentido nada igual, me dejas sin aliento, Kyana. Tengo miedo de no poder manejar esta necesidad de ti y no hacer las cosas como tú deseas... —Le di un beso en el cuello—. No me reconozco cuando te tengo así, tan cerca, pierdo por completo la cabeza y no quiero que sea así, no hasta que de verdad tú lo quieras y al verte a los ojos sé que aún no es el momento —lo decía en serio, al parecer sentía lo mismo que yo y se consideraba igual de impactado por lo que despertaba en él. Asombrosamente tenía razón, existía algo que aún me frenaba y lo leía sin problema—. Será mejor que me vaya... —admitió acariciando mi mejilla.

—No, no lo hagas, quédate un poco más, prometo portarme bien —le sonreí inocente. Él rio asintiendo.

—Sabes que no te puedo negar nada y yo tampoco me quiero ir, pero te deseo, te deseo demasiado.

Me separé elevando las manos con cándida inocencia.

—No te tocaré... tienes mi palabra —y me recosté sonriendo con dulzura en un extremo de mi cama. Se frotó el rostro desde su posición sacudiendo la cabeza divertido.

—Qué manera de voltear las cosas. Ni hablar, tendré que controlarme —se recostó junto a mí riendo y me atrajo hacia él—. Pero sin tocarte, ni lo sueñes... —permanecemos conversando así un buen rato hasta que ahora sí dio la hora de que se fuera.

Por la mañana del siguiente día, terminé algunos deberes y me dediqué a estudiar. Tuve que concentrarme mucho pues a cada minuto venía a mi cabeza lo sucedido la noche anterior. Liam me arrastró a un mundo que no imaginaba existiera y me tenía siempre sumergida como en un sueño maravilloso, delicioso.

Esa tarde llegó temprano, fuimos a cenar ya que a las ocho llegarían sus amigos y entre todos repasaríamos literatura. Kellan y Luck eran realmente agradables y conforme pasaban los días nos llevábamos mucho mejor. Aceptaban nuestro noviazgo, incluso hacían comentarios sobre el cambio de Liam desde que estaba conmigo. Él respondía aventándoles algún cojín o sonriendo despreocupado.

Para mi sorpresa Emma y Annie llegaron con ellos, no lo podía creer. Parecían contentas y le hablaban a Liam como si fuese su amigo. Mamá los vio llegar, todos la saludaron y media hora después Ralph llegó por ella. Ya llevábamos más de una hora estudiando, nos lanzábamos preguntas al azar,

era como un juego y la verdad era que nos divertíamos. Raro, lo sé, pero era cierto. Pronto comenzamos a planear la segunda ronda.

—Vamos, ayúdenme a preparar algo de tomar —pidió Liam a sus amigos. Él ya se movía en mi casa como si de su territorio se tratase. Kellan y Luck lo siguieron obedientes. Al quedarnos las tres solas sobre el suelo de la sala nos miramos y comenzamos a reírnos.

—Esto en serio es extraño... —admitió Annie.

—Sí, pero me siento bien, son muy divertidos —Emma sonrió—. Además, Kellan... se ha puesto muy bien —esto último lo dijo susurrando para que solo Annie y yo la pudiéramos escuchar. Ambas reímos con complicidad.

—¿Y... qué me dices de Luck? —continuó la otra ruborizada. Las tres volvimos a carcajearnos bajito.

—Ya, en serio, me hace feliz que estén aquí —confesé serena.

—A nosotros también, es diferente —admitió Emma, sin embargo, enseguida cambió su expresión—. Lástima que los demás no lo quieran comprender. Liam de verdad ha cambiado, basta con verlo cómo te mira, cómo te trata. Debo decirte que hasta me das un poco de envidia, lo suyo es muy... intenso...

—Sí y me da gusto por ti, a él le hacía falta alguien como tú. Incluso en la escuela es otro. Lo he observado y ya no es ni por asomo el de antes, ahora es... más accesible. Ojalá Max y Ray olvidaran lo que sucedió... —asentí torciendo la boca, eso lo veía muy complicado.

—Lo importante es que estamos aquí, juntas y... se dieron la oportunidad. Sé muy bien lo que fueron, sé lo que pasó entre ellos, la razón de su odio, los comprendo, no puedo juzgar su rechazo —las dos abrieron los ojos.

—¿Todo? —quiso saber Annie.

—Sí, me lo contó cuando empezamos —me sentía bien hablando con ellas. La única persona con la que conversaba las últimas semanas era con él y aunque me gustaba hacerlo, me hacía falta hablar con alguien más—. Dijo que quería que lo supiera. Y no negaré que me dolió mucho saber quién era, lo que hacía. Sé lo de Jen también.

—¡Guau! Lo ha dicho, está irreconocible. En serio es increíble, jamás hubiera pensado que tuviera las agallas. Max no ha olvidado su traición, crecieron juntos, eran inseparables, por eso todo es aún más fuerte —Emma parecía recordar el evento con claridad—. Fue hace ya dos años, ella no vale la pena y tú... ahora eres esa diferencia que los vuelve a poner en contra. No te sientas mal por lo que digo, pero es la verdad, Max no puede creer que lo

hayas preferido...

—No es que lo prefiriera, las cosas sucedieron, ninguno de los dos nos dimos cuenta, cuando menos pensamos ya estábamos juntos. Aunque no lo crean todo fue muy extraño, no premeditado.

—Eso fue lo más asombroso, no lo sospechábamos...

—Robert y yo, sí —confesó Annie, sonriente—. Existían detalles, miradas, el cómo te ponías cuando hablabas de él, el día de la fiesta. ¡Pf!, no lo podían esconder más tiempo. Sabíamos que algo sucedía, aunque sinceramente nunca pensamos que estuvieran juntos ya...

—Fue muy... complicado. Tenía miedo, apenas los conocía, no quería arruinar la amistad que estaba comenzando con ustedes. Sin embargo, cuando estaba a su lado, no sé, sucedían cosas que no puedo explicar y un buen día, ya no podía separarme de él... —aún parecía insólito.

—Nos tienes que contar cómo fue, me intriga saber cómo fue que te conquistó. Tú parecías no querer nada con nadie —Emma jugaba con el lápiz interesada en lo que hablábamos. De pronto los escuchamos venir y nos comenzamos a reír pícaramente.

Una hora después el juego acabó entre risas y gritos. Annie y Emma anunciaron que ya se iban.

—Aún es temprano, ¿por qué no vamos al muelle? —propuso Kellan. Las estaban invitando mientras Liam y yo los veíamos, abrazados. Ambas se miraron como preguntándose si era buena idea, un segundo después asintieron.

—Kyana, Liam, vamos... —dudé perezosa, sin embargo, él me jaló animado.

—Sí, anda, vamos... —me suplicó y no tuve más remedio que aceptar. Tenía miedo de que se repitiera algo como lo del día anterior, seguro sabía que esta vez no se contendría.

Había mucha gente y el ambiente resultaba vivificante, alegre. Liam y yo íbamos agarrados de la mano conversando animados con los demás. De pronto vi a Max, Ray, Billy, Robert, Lana y Susan sobre una banca. Me tensé enseguida. Liam rodeó mi cintura, dándome un beso en la cabeza. Emma y Annie se pusieron también nerviosas y después de dudarlo, me voltearon a ver.

—¿Vamos?, seríamos muy groseras si no nos acercamos, ya nos vieron... —alcé la vista hasta mi novio sin saber qué hacer, asintió tranquilo alentándome.

—Ve, tienen razón, aquí te espero... —pero antes de soltarme, me dio un enorme beso, sin importarle dónde estábamos ni quién nos viera. Un rubor me invadió, seguí a mis amigas casi tropezando y aún asombrada por su intensidad en pleno muelle.

—Hola —saludó Emma sin pena. Ray la fulminó, ella lo ignoró deliberadamente. El resto nos saludó bien; sin embargo, Max no dejaba de estudiarme y de ver a Liam, que se encontraba riendo con sus amigos sin quitarme los ojos de encima.

—¿Vienen con ellos? —por fin preguntó Lana intrigada.

—Sí, les ayudamos a estudiar —explicó Annie despreocupada, como si lo hiciera siempre. Me sentía fuera de lugar, tenía ganas de regresar a donde estaba él.

—Algo así como un «club de tareas» —señaló Max con sarcasmo. Ambas asintieron tranquilas—. ¿Cómo estás, Kyana? —me preguntó al fin. Eso captó la atención de los demás.

—Un poco atareada por los exámenes, ya saben... —no tenía la menor idea de qué más decir. Max me revisó de arriba abajo—. ¿Y... qué hacen aquí? —quiso saber sin dejar de verme. Las manos me sudaban, Liam no bajaba la guardia. Era el primer acercamiento después del día en la cafetería, pues lo de Roger no contaba, ya que se unieron por un bien común, ahora era distinto, las rivalidades eran las mismas, aunque conmigo ya no tenían «problema».

—Salimos a despejarnos y ¿ustedes? —Emma lo miró duramente, intentando que cambiara de actitud.

—Lo mismo, pero pensamos que estaban muy ocupadas para invitarlas —murmuró Ray, de verdad parecía molesto con Emma. Ella se encogió de hombros indiferente.

—Y lo estábamos, si nos hubieran dicho, los hubiéramos alcanzado —lo desafió con su tono.

—Parece que les resulta más atractivo venir con ellos... —expresó Billy evaluándonos.

—¡Basta! —exigió Robert, poniéndose de nuestro lado. Todos nos hallábamos a una orilla del muelle. Ellos sentados en el respaldo de la banca y nosotros de pie—. Actúan como bebés. Esto no tiene sentido, cada quien es libre de estar con quien quiere y eso no implica que no seamos tan amigos como siempre, o ¿sí? —los miraba molesto. Los demás bajaron la defensa al escucharlo—. ¿De verdad piensan seguir con esto? Es absurdo, es increíble, no hacen nada malo. Es cierto que igual y no los soportamos, pero Emma y

Annie siempre han estado con nosotros y no son ningunas tontas. En cuanto a Kyana... ella nos ha demostrado su amistad desde el principio ¿No creen que sea tiempo de olvidar... de dejar las cosas a un lado?

Ray metió las manos en las bolsas de su pantalón y agachó la cabeza. Billy dudaba, pero estaba más tranquilo. Lana y Susan sonreían contentas de escucharlo.

—Lo siento, yo no puedo, Kyana. —me volteó a ver Max— No es contigo, pero a él no lo quiero cerca de mí. Simplemente no puedo, ni por ti, ni por nadie y ustedes pueden decidir lo que quieran, ciertamente no pondrán en riesgo nuestra amistad. Simplemente las cosas podrán ser así, como hoy: ellos allá y ustedes... en donde prefieran, no me mezclaré ¿comprenden?

—Sí, Max, creo que eso está mejor. No las hagamos sentir mal por hablar con quien desean... —Robert intentaba aligerar las cosas.

—No son cualquiera, son «ellos» —señaló Ray a Kellan, Liam y Luck.

—Lo sé, no es fácil —admitió Robert—, yo tampoco los quiero cerca, pero a ellas sí, a las tres, sin importar si son ellos con los que llegaron...

—De acuerdo —aceptó Max—. Solo así. Kyana tú eres bienvenida siempre. Perdona por mi actitud hacia ti, como te he dicho antes; no es contigo. Yo también quiero que reanudemos nuestra amistad —Ray le siguió al igual que Billy.

—Sí, la verdad te echamos de menos...

Los miré más tranquila, incluso sonriendo.

—Yo también, a todos —Robert pasó un brazo por mis hombros apretujándome.

—Ves, no son tan malos... —sonrieron al escucharlo.

Unos segundos después Billy comenzó con sus chistes y las carcajadas no tardaron en llegar. Parecía que las cosas mejorarían. Giraba mi rostro una y otra vez hacia donde estaba mi novio, él parecía más relajado y me observaba sonriendo, sereno. Diez minutos después no aguanté y me despedí sonriente.

Caminé hasta él. No me quitaba los ojos de encima, me encantaba que lo hiciese, flotaba y no existía nada más que nuestra asombrosa conexión y el deseo de jamás separarnos. En cuanto me tuvo cerca, elevó una mano, cuando me alcanzó, me rodeó envolviéndome entre sus brazos. ¡Dios! Era tan agradable estar ahí, envuelta en su cálido y enorme cuerpo.

—¿Cómo fue todo? —susurró muy cerca de mi boca.

—Bien... mejor de lo que pensé... —me enseñó sus dientes en una hermosa sonrisa.

—Me da gusto —y pegó mis labios a los suyos.

Un minuto después llegaron Annie y Emma. Los amigos de Liam las recibieron, sin decir una sola palabra. Continuamos caminando. El aire era frío, pero el ambiente agradable y rodeado por Liam, incluso olvidaba la temperatura. Ellos se encontraron a varios amigos. En ningún momento me soltó, se estaban ya acostumbrando a vernos juntos.

—¡Chicos, qué milagro! —no reconocí la voz, todos los demás sí. Un minuto después ya estaba frente a nosotros. Era Jen y Cate, junto con cuatro esculturales jóvenes.

—¡Hola! —saludó Kellan un poco incómodo por la situación. Un segundo después Luck hizo lo mismo. Al darse cuenta de que Liam solo las miraba, dirigieron su atención a él y especialmente hacia mí. Me revisaron completita, para después Jen dibujar en su rostro una sonrisa que no me gustó en lo absoluto.

—Ya los habíamos visto juntos... no creí que seguirían. Liam, tú te aburres fácilmente —sentí ganas de propinarle un golpe en su maquillado rostro, sin embargo, preferí ignorarla. Él me acercó más a su cuerpo al notar mi tensión.

—Tienes razón, Jen. Con cierta clase de personas suele sucederme... Kyana no es el caso —lo miré intentando ocultar mi asombro por lo que acababa de decir. La animadora enarcó una ceja dándose cuenta de lo que sus palabras querían decir.

—¡Dios!, veo que lo que dicen es verdad, no se te puede decir nada... —los demás observaban la situación sin moverse. ¿Qué pretendía?

—Depende de lo que tengan qué decir. Si es para fastidiar a mi novia; en efecto, no se me puede decir nada... —la chica abrió la boca roja del coraje. Casi suelto la carcajada. Liam le contestaba como si estuvieran hablando de cualquier trivialidad, sin embargo, sus palabras decían algo muy distinto.

Cate tomó por el hombro a su amiga, sonriendo como toda una artista de televisión, que sabía controlar sus emociones perfectamente.

—¡Ey!, lo que quiere decir Jen es que has estado un poco... desaparecido. Las fiestas no son lo mismo sin ti... —intentó suavizar las cosas, aunque me dedicaba una mirada de odio que correspondí sin dudar. Kellan decidió intervenir.

—Hemos estado muy ocupados, ¿no es así, Liam? —este asintió—, y además cuenten que estamos en plena temporada. Ya saben cómo es eso... el entrenador es un tirano, no nos da un respiro.

—Tienes razón, nosotras también hemos tenido muchos ensayos, las

nacionales se acercan —Cate ya no me veía, solo observaba a los amigos de mi novio y al mismo tiempo a Emma y Annie. Estas ni se inmutaron, les sostenían la mirada expulsando el mismo veneno que ellas.

—Así que las cosas están cambiando... —señaló con sorna una de las que venía con ellas y que no tenía ni la menor idea de quién era.

—Algo así —admitió Luck moviendo su melena china despreocupado.

—Y tú Liam, ¿es verdad que has cambiado tanto como dicen? —ahí iban de nuevo. El aludido se encogió de hombros sin decir nada. Jen volvió a posar sus ojos en mí y yo le sostuve la mirada, ya hastiada de sus tonterías—. Y dinos, Kyana, así te llamas, ¿no? —no contesté, Jen sabía perfectamente que así era—. ¿Cómo te trata?, Liam no es nada fácil, créeme, lo sé por experiencia —y me guiñó un ojo fingiendo complicidad. Por mucho que no lo deseara la rabia y los celos me invadieron, me estaba provocando, pero eso no minimizaba las ganas de echármele encima y decirle unas cuantas cosas que jamás olvidaría. Abrí la boca cuando...

—Creo que ya nos vamos, fue un gusto verlas... como siempre —anunció Liam prácticamente arrastrándome sin permitirme responder, dejando al resto atrás. Dudé en moverme, pero hizo más presión sobre mi cintura, a regañadientes lo seguí seria y sin decir nada. Me frustró deliberadamente la letanía que ya tenía lista para esa víbora que parecía querer enroscarse en cualquier sitio que se le pusiera en frente. Hervía de coraje.

—¿Estás molesta? —conjeturó ya a varios metros de ellos con tono conciliador. ¡Pero qué observador! Sabía perfectamente la respuesta. Sin embargo, al ver sus ojos mi enojo bajó varios grados. ¡Agh! Siempre era así.

—No debiste detenerme, no soporto que sean tan... arpías y no pienso quedarme callada ante ese tipo de cosas, Liam —Le expliqué apretando los dientes mientras lo miraba fijamente con los brazos en la cadera.

—Lo sé, pero así son, por eso te saqué de ahí.

—¿Para no defenderme? —le recriminé. Negó sonriendo.

—No, Kyana. Te conozco, sé que le hubieras dicho algo mordaz. Prefiero evitar problemas, ellas son muy... vengativas... —resoplé con enorme fastidio volcando los ojos.

—Rencorosos, es la descripción exacta de la gente aquí. ¿Qué nadie les enseñó a perdonar, a dejar vivir a los demás? —en serio me sentía frustrada, muy molesta. Perdí la vista en el mar que estaba a unos metros, este siempre lograba tranquilizarme, casi tanto como él. Lo escuché resoplar.

—Kyana, sé que no ha sido fácil. Aquí hay una historia, cosas que han

sucedido y nos han marcado —giré mi rostro para verlo. Se agachó para quedar a mi altura observándome un tanto afligido. De inmediato torcí la boca un poco más calmada, tenerlo así de cerca era como un narcótico, que serenaba cada una de mis células.

—Ya sé, Liam, ¿pero nadie puede olvidar las cosas que suceden?, ni Roger, ni Max, ahora ellas. Debo de controlar todo lo que digo, no me puedo defender por miedo a lo que pueda suceder si lo hago. Es injusto, es absurdo.

Tomó mi barbilla con delicadeza.

—Kya, te entiendo, te lo juro, solo no te enojas, pareces querer morderme... —entorné los ojos. Rio mientras acomodaba un mechón ondulado detrás de mi oreja.

—Debería... Ya, en serio, es solo que a veces me lleno de impotencia, pero lo siento, no es contigo —admití haciendo una mueca. Rozó mis labios de forma fugaz y me arropó en su pecho.

—No te disculpes, sé que tu vida allá era más sencilla... —asentí aún escondida en mi lugar preferido. Claro que era más sencilla; las diferencias eran lo normal, nunca me quedaba callada cuando algo no me parecía y por supuesto no le tenía miedo a las «venganzas» de nadie—. Kyana, te amo, soy muy feliz porque estás aquí, si no fuera así... —tenía miedo de que me fuera. Imposible, primero por él y luego por mi madre. Incluso el pensar dejar Myrtle Beach en unos meses para ir a la universidad comenzaba a no agradarme, separarme de Liam iba a ser lo más duro que jamás hubiera enfrentado. Lo rodeé con mis brazos, más fuerte, haciendo a un lado esos horribles pensamientos.

—Aquí estoy, no pienso ir a ningún lado, no sin ti por lo menos —absorbió el olor de mi cabello soltando un suspiro.

—A donde fueras... te seguiría... —lo decía en serio.

Cuando los chicos se acercaron, permanecemos un rato hablando sin preocuparnos de nada. Lo cierto es que en mi interior sucedían cosas. Por supuesto él lo notaba, era asombrosamente transparente para Liam, por lo mismo me miraba de vez en vez un poco intranquilo. Yo sonreía acariciando su rostro y pronto parecía olvidarlo.

No me gustaba verlo agobiado por mí, sin embargo, las personas ahí sí eran demasiado cerradas, difíciles, no pasaban nada por alto. Incluso nuestra propia relación causaba problemas sin que realmente afectáramos a nadie. Recordaba que con Roger todo comenzó por un susurro; no le cuadró y la agarró contra mí. Ya me había roto un dedo y gracias a él tenía una cicatriz

en la cabeza. Max y Ray no cedían y ya me parecía ridículo. Sus padres... seguro no serían muy felices cuando supieran que estaba conmigo y ahora esas animadoras parecían odiarme sin ninguna razón aparente, por lo menos para mí. ¿Es que no se hartaban de vivir así? Me enojaba y por otro lado, me hacía temblar de miedo que algo de todo eso algún día lograra separarnos.

Ya estábamos estacionados frente a mi casa.

—Kyana, ¿qué pasa? Has estado muy extraña toda la noche —fruncí el ceño fingiendo demencia— Sí, te conozco, intentaste disimularlo, pero a mí no me engañas, eres transparente —¡Agh, lo sabía! Acariciaba mi mejilla, ansioso.

—Liam yo... No es nada en realidad...

—Sí que lo es, no sueles ser así, me mirabas muy extraño. Por favor lo que sea dímelo —ahora se hallaba intranquilo. Me mordí el labio mirándolo dudosa. Sonrió sin alegría besándome como solía, era una especie de reflejo. Recargó su frente en mí, esperando que le dijera lo que sucedía.

—Me da miedo que... —me observó atento desde su posición—, que nos separe todo esto —solté un poco intranquila. Arrugó la frente, desconcertado y se alejó sin poner mucha distancia.

—Eso no sucederá.

—Liam, eso no lo sabes, son muchas cosas: mis amigos, Roger, tus padres, ahora ellas. No sé... no soportaría perderte —me atrajo hasta él perturbado por escuchar mis palabras.

—Kya, no digas eso, no pasará nada, por favor. No lo permitiré, te necesito...

—Lo sé, es solo que es tan grande lo que siento por ti que me asusta ¿Qué haría si algo sucediera? Ya nada sería igual.

—No lo permitiremos. Lo que sentimos es más fuerte que ellos, lo sé, lo siento —me separé para poder perderme en sus estancos grises. Estaba muy preocupado, en el fondo sabía que podía llegar a ser así y eso no ayudó.

Acaricié su melena rubia con delicadeza.

—Tienes razón, lo siento. Sé que lo que sentimos es real y muy fuerte, creo que son temores absurdos —me tomó por la nuca y estampó sus labios contra los míos. Fue muy tierno, cargado de confianza, amor y deseo.

—Te amo, Kyana, te amo... —sonó agitado y su voz un tanto ronca. Mi sangre ya bullía y el calor comenzaba a permearme.

—Te amo, Liam.

∞ 10 ∞ nuestros planes

Hablé con papá, como cada domingo. Nuestra relación en general, y más los últimos años, se limitó a llamadas por teléfono. Mantenía una excelente comunicación con mamá, siempre se hizo cargo de mí, pero no nos veíamos con frecuencia. Me informó que pasaría por el condado. Iría a Florida por algo de trabajo, deseaba desviarse para saludarme.

Llegaría el viernes siguiente a la casa para poder pasar unas horas conmigo y darme mis presentes navideños. Sabía que yo en esas fechas no me despegaba de mi madre. Mis abuelos a veces iban a California o si no, pasábamos las festividades con amigos. Para mamá su trabajo esos días era muy pesado y no podía alejarse de la agencia. Tenía que verificar que sus proyectos salieran perfectamente. Por lo mismo Nochebuena la pasaríamos en casa junto con Ralph.

La semana pasó sin darme cuenta, los exámenes me mantuvieron entretenida, ocupada y atareada. Ya saben, por muy enamorada que estuviera la obligación era vital para mí, así que estudiábamos juntos. Sus entrenamientos fueron cortos debido a las pruebas. Emma y Annie pasaban cada vez más tiempo con Kellan y Luck, independientemente de nosotros. A veces los seis nos sentábamos en la cafetería juntos, y otras ellas se iban con Max y el resto. En las clases ya todos me hablaban como antes, pero cuando estaba con Liam era diferente, nos ignorábamos.

Viernes, mi novio me llevó a casa al terminar las clases. Me ayudó a hacer de cenar como siempre que tenía tiempo y conversamos en la terraza exhaustos por la semana.

—¿Te quedas?

—Tu padre va a llegar, ¿no prefieres estar sola con él? —¡Maldición!, no recordaba que iría ese día.

—De verdad —sonrió divertido ante mi falta de memoria, eso no era común en mí—. Pero no sé a qué hora llegue... —señalé indiferente.

Acarició mi cabello acomodándolo.

—Sabes que no tengo problema en quedarme aquí, eso es lo que siempre

quiero, pero mejor me voy y más tarde regreso, ¿te parece? —hice un pequeño mohín. Se levantó y me arrastró a regañadientes hasta la puerta—. Kya, es lo mejor...

—Quiero que te conozca —le rogué con la mirada, no quería ceder aun sabiendo que iba a perder.

Me dio un beso sonriendo.

—Kyana, deja de hacer esa carita, me haces reír y menos quiero irme. Llego a las ocho, ¿de acuerdo? —asentí todavía con mi puchero. Tomó mi barbilla, contento—. Si sigues me vas a convencer, sabes que no me resisto a ti —me dio un beso que me dejó mareada por la intensidad, aprovechó mi aturdimiento y desapareció.

Al segundo me llegó un mensaje.

«Te amo... suerte. Háblale bien de tu novio a mi suegro».

Iba a responder cuando el teléfono sonó, dejé el móvil sobre la mesa y contesté. Era papá, venía junto con mi madre rumbo a la casa.

—Kyana, hija —bajé de prisa y en cuanto me vio, me cargó feliz. Era un tipo grande, guapo y con figura atlética, ya tenía unas cuantas canas más. Se veía feliz de estar ahí.

—¡Qué gusto verte! —me depositó en el suelo y saludé a mi madre mientras ella me abrazaba con orgullo—. Kyana, estás hermosa, cómo pasa el tiempo... —sonreí sin poder evitarlo. Siempre fue muy afectuoso conmigo, debido a la distancia y nuestras vidas tan diferentes, no sabíamos mucho el uno del otro.

—Verdad que sí, es una jovencita preciosa, hicimos un buen trabajo, Leonardo —ambos me veían embelesados. Pestañeeé arrugando la nariz. ¿Qué era todo eso?

—¿Quieren ir a cenar? —soltó mi padre de pronto. Siempre nos incluía a las dos, ellos eran una especie de buenos amigos, me costaba trabajo imaginarlos casados y enamorados.

—Mejor aquí, hice la cena —me mordí el labio. Mamá me observó riendo al darse cuenta de que olvidé su visita.

—Me parece una mejor idea —le quitó a mi papá su pequeña maleta y su portafolios, para acomodarlos junto a las escaleras.

—Está muy bonita la casa, Irina —veía todo aprobándolo mientras rodeaba mis hombros. Nos dirigimos al comedor y él ayudó a mamá a servir la cena. Yo los veía sentada desde mi lugar, ideando la mejor manera de hablarle sobre Liam.

—Y dime, Kyana, ¿cómo te has sentido aquí? Sé que no son tan fáciles y debió ser muy duro el cambio.

—Bien, papá... La verdad todo ha ido genial...

—Es agradable Myrtle Beach, aunque no tan grande como Los Ángeles y obviamente con menos movimiento.

—Sí, es diferente —Mamá me lanzó miradas divertida. Soy de pocas palabras, ¿lo recuerdan?, pero además estaba el hecho de que sabía que llegaríamos al punto «novio» en algún momento y eso entumecía mi lengua.

La conocía, no podría aguantarse mucho tiempo más en hablar sobre mi relación con Liam, así que tendría que hacerlo pronto. Por otro lado, sentía una enorme necesidad de que se conocieran, aunque la pura idea me ponía bastante nerviosa.

El resto de la cena hablamos de muchas cosas; su esposa, mi media hermana Carla que ya tenía trece años, el trabajo de mi madre, su trabajo, mis estudios y mis amigos. Mi madre preparó café y continuamos ahí haciendo sobremesa.

—Y dime, Kyana, ¿sigues sin... novio? —¡Ahí estaba al fin la pregunta esperada por mi madre! Sorbió de su café evaluando mi reacción. Mis mejillas se enrojecieron de inmediato y la miré buscando su ayuda, por supuesto no me hizo caso. ¡Maldición!

—Pues... no... —tartamudeé. Miró a mamá asombrado. Ella solo alzó las cejas asintiendo.

—¿De verdad?, ¿desde cuándo? —comencé a jugar con el asa de mi taza, el café no era mi bebida preferida, pero en ese momento sabía que lo necesitaba.

—Hace unos meses... —me moría de vergüenza.

—Rápido, ¿no? —parecía desconcertado.

—No le digas nada, Leonardo, no ves que parece una cereza —¡Qué simpática! Tuve que contener el impulso de sacarle la lengua como una niña de tres años. Él asintió y tomó mi mano sonriendo.

—Lo siento, hija, me pongo un poco... celoso. Tú siempre vas a ser mi «chiquita». Kyana, solo quiero lo mejor para ti y ahora que te veo después de tanto tiempo, así, tan grande, tan... mujer, bueno... me pongo un tanto aprensivo.

—Lo sé, papá, por eso quiero que lo conozcas —me miró sorprendido.

—¿Va venir?

—Sí, casi no te veo y él es muy importante para mí —volvió a ver a mamá sin saber qué más decir.

—Te va a caer bien, Leo. Es un muy buen muchacho, estudian juntos y no pueden despegarse... —entorné los ojos dedicándole una mortífera mirada, se estaba luciendo y disfrutando mucho de la situación— ¿Qué, Kya? Es la verdad. Ya lo verás, Leonardo, sabrás que no miento y a lo que me refiero —quería matarla, de hecho así lo haría cuando estuviéramos solas.

—¿Y a qué hora conoceremos a este novio tuyo? —se hallaba recargado en el respaldo de su silla con la pierna cruzada, evaluándome.

—Pues... —ojeé el reloj: las ocho.

El timbre sonó como si lo hubiese invocado.

—Apuesto a que es él —dedujo mi madre divertida. Mi padre se irguió en ese instante adoptando una postura más formal, como la de un padre de principio de siglo, casi suelto la carcajada. Corrí, prácticamente, a abrirle, dejándolos en el comedor.

—Hola... —iba recién duchado, traía un jean que le quedaba de maravilla, junto con una playera color miel de manga larga y un chaleco grueso café oscuro. Me quitaba el aliento. Curioseó hacia dentro ansioso.

—¿Ya llegó? —asentí mordiéndome el labio. Acunó mi barbilla y rozó mis labios—. Por favor, por favor, hoy no hagas eso, sabes que no logro resistirme, Kya —afirmé de nuevo muda—. ¿Le hablaste de mí?

—Un poco.

—Y, ¿sabe que vendría? —enarqué una ceja divertida al darme cuenta de que estaba tan nervioso como yo.

—Sí y te está esperando... —le dije con un tono muy solemne.

—Estás gozando, ¿no es cierto? —le importó poco que mis padres estuvieran a unos metros tras las escaleras en el comedor, rodeó mi cintura pegándome a su cuerpo enorme y cálido.

—Solo un poco... —acepté riendo, bajito. Me besó sacudiendo la cabeza. Sus ojos chispeaban y con lo que traía puesto se veían más verdes que grises.

—Eres malvada —sujetó mi mano aspirando dramáticamente, un segundo después llenó de aire sus pulmones y avanzamos.

Al verlo, se levantaron de inmediato.

—¡Hola, Liam! —lo saludó mamá, dándole un beso de bienvenida.

—Buenas noches, Irina —apoyé mis manos en el respaldo de la silla que estaba ocupando apenas hacía unos minutos.

—Liam, él es mi padre: Leonardo... —Papá hablaba inglés con fluidez, por lo que de inmediato lo usó. Se dieron un apretón de mano con mucha formalidad. Mi padre parecía asombrado, supuse que el tamaño de mi novio

lo logró descolocar un poco; era grande, fuerte, uno noventa y cuerpo bien torneado a causa de tanta ejercitación, definitivamente un chico que ha practicado mucho fútbol americano.

—Hola, Liam, ya había escuchado de ti...

—Mucho gusto, señor, espero que cosas buenas... —mi papá lo invitó a sentarse con parsimonia. Yo me sentía un tanto incómoda. Presentar a mi novio no era algo que figuraba en mis planes de hacía unos meses; sin embargo, ahí estábamos, mi familia y él, sentados en la misma mesa, representando lo que nunca había tenido ni la menor intención de hacer.

—Y que lo digas, creo que te has ganado a las dos... —Mamá le guiñó un ojo con complicidad.

—Gracias —Liam tomó mi silla, la hizo hacia atrás para que yo me acomodara primero y luego se sentó a mi lado, sujetando con ternura mi mano; gesto que no pasó desapercibido para mi padre. Me mordí la lengua y continué con mi talante formal.

—¿Sabes, Leonardo? Liam es el capitán de fútbol americano de la escuela —Mamá intentó romper el hielo, sabía que con eso lo lograría. Él era aficionado a ese deporte, aunque no comprendía muy bien el porqué, ya que en México el fútbol es lo que suele seguir la gente, de lo que se conversa todo el tiempo.

Pronto se enfrascaron en el tema. Ambos parecían muy cómodos y relajados. Mi madre opinaba de vez en cuando, ambos la escuchaban atentos y luego continuaban.

—Y dime, Liam, ¿qué piensas estudiar? Digo, con el fútbol tienes beca donde quieras... más siendo el capitán y con los números que tienen —y era cierto, pero ninguno de los dos habíamos tocado ese tema, ya que iba implícito demasiado sufrimiento con el simple hecho de pensar separarnos.

—Algo que tenga que ver con economía, estoy decidiéndolo —lo miré confusa. Sabía que sus padres querían que estudiara ciencias políticas, igual que su hermano.

—Sí, ya tienen el tiempo encima. Kyana irá a la universidad de California ¿no es cierto? —y era verdad, pero antes de conocerlo. En ese momento no quería pensar en eso. Liam me dio un leve apretón de mano al ver que no sabía qué contestar—. ¿A ti a dónde te gustaría ir? —La silla comenzaba a incomodarme, por lo que sin poder evitarlo me moví de posición una y otra vez.

—Tengo muchas opciones, señor, pero si ella va ahí, probablemente yo

también. Lo que quiero estudiar puede ser en cualquier sitio y ya he investigado, no tendré problemas para ingresar si elijo esa —Papá abrió la boca desconcertado. Eso no se lo esperaba. Bueno, ni él, ni yo, así que al escucharlo me perdí por un segundo en sus ojos sintiendo la certeza de que lo haría. Liam me seguiría.

—Bueno... Leonardo... no los agobies —mi padre la observó perplejo, mudo—, mejor dínos, ¿saldrán estas vacaciones a algún lado? —solté lentamente el aire dedicándole especial atención a su posible respuesta. La venganza contra mamá desapareció justo en ese instante.

El resto de la noche fue más fluida. Aunque papá nos veía una y otra vez de una manera extraña. Prácticamente no nos tocábamos, nos estábamos comportando a la altura, eso sí Liam me miraba una y otra vez sonriendo y no me soltó la mano ni un segundo, pero eso no tenía nada de raro, ni de malo ¿no?

Al final todo salió mejor de lo que imaginé. Me sentí aliviada.

—Ya es tarde, creo que lo mejor será que me vaya... —mi novio se levantó sonriente—. De verdad fue un placer conocerlo... —ambos se dieron de nuevo la mano.

—Lo mismo digo, Liam —se despidió de mamá y huimos de ahí.

—Todo salió muy bien...

—Sí, aunque casi le da algo cuando dijiste lo de la universidad.

—Mañana hablamos sobre eso, pero debes saber que es totalmente cierto, yo a ti te seguiré al fin del mundo, Kyana Prados... —lo tomé por el chaleco y lo besé ansiosa—. Me encantas y tus padres también... Ahora siento que te conozco completa... —no supe qué responder, yo aún no conocía a los suyos y sabía que pasaría mucho tiempo antes de que eso sucediera. Notó la sombra que rondó por mi mente inmediatamente—. ¡Ey! Créeme cuando te digo que no te pierdes de nada. Yo soy todo lo que tienes enfrente y me conoces mejor que yo a mí mismo. Así que... no me veas de esa forma, no voy a permitir que te lastimen... —asentí intentando sonreír— Te amo...

—Te amo, Liam.

—Lo sé, nos vemos mañana, ¿de acuerdo? —me atrajo a su pecho soltando un suspiro.

Cuando se fue cerré la puerta despacio, recargué mi cabeza en ella un minuto permitiendo que su aroma se fuera diluyendo. Un minuto después regresé al comedor más relajada. Escuchar mi nombre en la voz de papá, con un tinte de angustia, logró que me detuviera en seco justo poco antes de que

me vieran.

—Irina, no es normal, no me gusta que todo esté tan... formal. Aún son muy jóvenes... llevan muy poco tiempo, es su primer novio. ¡Por Dios! —mi padre sonaba ansioso. Me mordí el labio, pestañeando. ¿Por qué tanto alboroto?, ¿qué el amor no era así?

—Lo sé, a mí también me asombra. Con el tiempo lo he ido entendiendo, ahora creo que si tú y yo hubiéramos sentido una cuarta parte de la intensidad de ese sentimiento probablemente todavía estaríamos juntos, Leonardo... —ella sonaba conciliadora, aun así, no pude acercarme, no sabía que mamá también lo creía. ¿Tenía algo de malo lo que estaba viviendo, lo que sentíamos?

—Es justo lo que me preocupa, es su primer amor, la primera ilusión y... parece que será el último. La mira de una forma, ¿viste cómo sujetaba su mano? No sé, es como si ese chico supiera que es la indicada. Me desconcertó mucho...

—Leo, tranquilo, no te preocupes. Te prometo que sé muy bien de lo que hablas... pero ellos son felices. Él hace todo porque ella esté bien. No tengo ninguna queja sobre su conducta. Además, nuestra hija siempre ha demostrado ser madura, mesurada, juiciosa, algo así tenía que suceder... Creo que de verdad... «se aman», eso es todo. A pesar de su corta edad su sentimiento es muy profundo. No hay nada más que hacer, debemos apoyarla, confiar en ella —Las manos me sudaban. ¿Cómo entraría de nuevo ahí?, ¿por qué lo que sentía por mi novio era tema de conversación entre ellos, peor aún, por qué los preocupaba?

—Tienes razón, soy un poco protector. Es solo que estoy seguro la seguirá, irá a donde Kyana vaya, bastó ver cómo la miró para asegurarlo...

—Leonardo, Liam la seguirá y si no ella a él —decidí que ya era momento de interrumpirlos, no quería seguir escuchando su debate sobre lo que sentían por mi novio, no era cómodo. Cuando entré los dos se miraron fingiendo no estar hablando de nada serio. Embusteros.

—Ya se fue Liam, ¿Kya? —Asentí intentando sonreír, sin embargo, sus palabras daban vueltas en mi cabeza—. Se ve un buen chico, hija, me da gusto verte contenta... —no estaba muy segura de eso, sabía que no quería verme infeliz, pero lo oí muy preocupado—. Voy por tu regalo, bueno... por nuestro regalo —desapareció, aproveché para observar a mi madre entornando los ojos, sonreía feliz. Papá entró con un sobre en la mano.

—Toma, hija —lo agarré desconcertada y estudiándolos.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y sabrás... —despegué el extremo superior y saqué unos papeles que venían dentro. Al leerlo me quedé pasmada.

—No puede ser... ¡me compraron un auto! —Mamá aplaudió emocionada. Me levanté de la silla y los abracé a los dos—. ¡Gracias, guau, no lo puedo creer!

—Creemos que eres muy responsable y que te has adaptado a todo sin chistar, así que... es una forma de reconocértelo —estudiaba la factura del coche una y otra vez.

—Te va a encantar, mañana nos lo traen. No es del año, pero está impecable.

—No podré ver tu rostro, hija, espero que lo disfrutes mucho —rodeé de nuevo con mis brazos a mi padre agradeciéndole mil veces. Luego me dirigí a mamá e hice lo mismo.

—¡Muchas gracias a los dos! —elevé una mano solemne—. Prometo que no tendrán ni una queja —Ambos rieron divertidos.

Mi padre durmió en un hotel cercano y partió temprano. Liam me habló alrededor de las diez y por supuesto le informé sobre mi fabuloso regalo, emocionada.

—Es una noticia genial, Kya.

—Lo sé, no lo puedo creer, lo trajeron hace un rato, ya lo manejé... me encantó...

—Cuando vaya me tendrás que mostrar tus habilidades para conducir —no pude ignorar el tono de reto con el que hablaba.

—Te sorprenderás, después ya no querrás subirte con nadie más...

—Eso te lo garantizo sin verte hacerlo, no quiero volver a subirme con nadie más, nunca... —mis pies de nuevo se despegaron del suelo. Era tan tierno, su voz se tornaba diferente cuando me decía cosas así, empleaba un tono muy peculiar que hacía las mariposas dentro de mí se pusieran más frenéticas.

—Ni yo...

—Más te vale... Te amo...

—No es justo que siempre lo digas primero... —me quejé caprichosa. Dejé de observar mi coche por la ventana, de pronto ya no era tan importante. Caminé hacia mi recámara, me acerqué a la mesa de noche y tomé una foto en la que salíamos juntos en Georgetown en algún museo; nos mirábamos perdidos uno en el otro. La conversación de mis padres regresó a mi cabeza.

De verdad nos amábamos y el sentimiento era maravilloso.

—Me gusta que así sea... Pero ¡Ey!, hay que celebrar, vamos a cenar, comida italiana, tu preferida... —La idea me pareció estupenda. Cualquier pretexto para estar con él era magnífico.

—Sí, me encanta la idea...

—Perfecto, paso por ti a las cinco, recuerda que me tienes que mostrar lo bien que conduces... —ahora reía burlón.

—Te dejaré helado. Aquí te espero, hoy irás de copiloto.

—Tú mandas como siempre. Te veo al rato, Kya —cuando colgué, hablé con Jane, estaba con Raúl y ambos se pusieron felices con la noticia. Mantenía contacto con ellos cada vez que podía, si no hablábamos por teléfono, nos escribíamos mails o mensajes. Ya planeábamos que pasaran unos días de vacaciones aquí para que conocieran mi nuevo hogar.

Liam llegó a la hora estipulada. Lo arrastré hasta el auto, le abrí la puerta del copiloto y con un ademán le pedí que subiera. Hizo una mueca no muy convencido, lo fulminé con la mirada.

—Liam... ¡Sube ya!, si no juro... —no dejó que continuara, me besó.

—Está bien, pero antes, ¿puedes prometerme algo?... —puse los ojos en blanco.

—¿Qué? —me sujetó por la cintura suavemente y pegó su rostro al mío, sentía su aliento sobre mí.

—Serás precavida... —asentí molesta por su falta de confianza—. Sé que puedo sonar exagerado, pero debes recordar que mi corazón lo dejó contigo siempre, solo cuídalo, no soportaría que te sucediera algo, se rompería en mil pedazos y para ser sincero, lo quiero bien sano en mi pecho —Okey, hiperventilaría. Ese chico era poeta lo juro y yo que no lograba pasar del típico «yo también». Frustrante... No bromeaba, lo veía en sus ojos, sonreí olvidando mi enojo y rocé sus labios.

—Lo prometo, sabes que el mío es tuyo, no lo olvides... así que lo mismo te pido.

—Lo juro... —le demostré que sabía perfectamente lo que hacía. Él brincaba de estación de radio en estación, distraído, y cuando encontraba una buena canción me miraba sonriendo.

—Es increíble, pero te ves muy sensual también al volante... —¿En serio?, para él todo lo que hacía era «sensual o hermoso». Le di un pequeño golpe en el pecho.

—Basta, deja de fantasear y decir embustes, me distraes —alzó las manos

riendo a carcajadas.

—Ya, de acuerdo, aunque no fantaseo, es la verdad, tenía que decirlo... — acarició mi nuca mientras veía por la ventana.

La última semana de clases fue mucho más relajada que la anterior. Las cosas seguían igual; Annie pasaba por mí unos días, los mismo que Liam me regresaba. Y el resto, yo por ella y Robert.

Todo era perfecto, por lo menos para mí. Jane llegaría el sábado junto con Raúl. Mi madre con la ayuda de Ralph, que para esas alturas no se separaba de ella, acondicionaron el cuarto de «triques» para que mi amigo durmiera ahí las dos noches que se quedarían.

Esa semana supimos que Luck y Kellan habían aprobado el examen de literatura. Al parecer sí obtuvieron su recompensa tras la ayuda extra. Liam, después de lo sucedido con Roger, se tornó protector y aunque no siempre permanecía a mi lado, estaba vigilante todo el tiempo. Sin embargo, no me sentía hostigada, me gustaba estar con él, era como si nunca me saciara de sus besos, de sus caricias, de su persona embriagadora en general. De hecho, a veces le faltaba horas al día para estar juntos, él era la mejor parte de cada cosa que hacía.

Mamá y yo fuimos por Jane y Raúl el sábado por la mañana. Cuando nos vimos, gritamos brincando de la emoción. Al llegar a casa los ayudamos a instalarse y mi madre se excusó para dejarnos solos. Los tres en mi recámara, hablamos sobre nuestras vidas esos meses, era irreal y maravilloso.

Hasta que los volví a ver, ahí, sentados en mi cama, recordé lo mucho que los extrañé y lo mucho que me hicieron falta. Para mí, ellos eran como mis hermanos, mi familia.

Después de varias horas de conversación, risas y bromas, mamá entró.

—Kya... Liam está abajo —ojeé el reloj, el tiempo se fue volando, ni siquiera escuché el timbre, teníamos la música prendida y no parábamos de reír a carcajadas. Enseguida un coro de burla llenó mis tímpanos, los fulminé con la mirada.

Bajé, como siempre corriendo cuando se trataba de él. En cuanto lo tuve enfrente volví a sentirme perdida. Rodeó mi cuerpo con sus brazos y me besó ansioso, como si no lo hubiese hecho en años.

—Dios, te extrañé tanto... no quise hablarte, imaginé que estarías muy ocupada, pero ya no podía más...

—Yo también te echaba de menos...

—Mentirosa... pero no importa, sé que me amas y eso es lo único que

importa... —unos segundos después escuchamos que bajaban las escaleras, nos separamos de inmediato.

—Aquí vamos... —susurró contra mi oído, parecía más nervioso que cuando conoció a papá. Después de las presentaciones y de que casi tuve que cerrar la boca de Jane con un dedo, decidimos ir a cenar con nuestros amigos que ya se habían organizado con él.

En el trayecto Liam rompió el hielo sin dificultad, esa era una asombrosa capacidad que tenía y que me dejaba aún más atontada. Yo, respuestas concisas. Él, casi un poeta.

Después de una agradable cena, y un ambiente por demás relajado, decidimos ir al *downtown*. Hablamos y anduvimos por varias calles donde había movimiento. Esa noche fue increíble; mis dos mundos de pronto en uno solo, ahí, frente a mis ojos y yo sentía que no podía pedir más. Al regresar a casa se despidieron de Liam amigablemente y me dejaron un momento a solas con él.

—¿Qué tal? —lo rodeé por el cuello, hablando en voz baja.

—Te quieren mucho y son muy fáciles, a diferencia de ti «K» —me reí al escucharlo decirme así, pues ellos así me nombraban desde que recordaba.

—¿Qué yo? —pregunté haciendo una mueca caprichosa.

—Acéptalo, conmigo sí lo fuiste. ¿No lo recuerdas?...

—Eres muy exagerado, en dos semanas ya estábamos juntos y si intenté evitarte fue porque tenía miedo... —confesé serena. Frunció las cejas incrédulo.

—¿Miedo? Lo dudo, eso fue lo último que demostraste...

—Liam, me hacías sentir cosas que nunca había experimentado, me asustaba tenerte cerca... —me dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Fue por eso que te resististe tanto?

—No me «resistí», ya te lo dije, admítelo. En fin, la verdad es que aún siento todo eso, solo que ahora me gusta. No tienes idea de todo lo que provocas en mí...

—Creo saberlo, ¿no ves cómo te amo? Y créeme, a mí también me diste miedo... —fui yo la que lo miró desconcertada—. No me veas así, me haces sentir... «invencible» y estoy muy lejos de serlo. Mucho menos cuando se trata de ti, Kyana... —acomodó un rulo suelto detrás de mi oreja y rozó mis labios tiernamente—. Eres lo único que quiero, lo que realmente me importa. Ni siquiera te había tocado y ya sentía todo esto dentro de mí. Nunca dudé, ni siquiera lo pensé. Te quería a mi lado, pensaba en ti en una forma un poco

obsesiva, bueno, aún lo hago —confesó avergonzado—. Ya no salías de mi pensamiento, así que me dejé llevar vencido —sus palabras penetraban en mí, como solía suceder—. Kya, debes saber algo, algo vital para mí; te quiero en mi futuro, te quiero en mi vida para siempre, esto no va a terminar, sé muy bien qué es lo que quiero... —mis amigos estaban arriba y yo ni siquiera podía acordarme en dónde me hallaba—. Sí, sé muy bien lo que digo; nunca, nada, ha estado tan claro ante mí. Lo que siento por ti jamás lo volveré a sentir. Quiero tenerte conmigo para la eternidad y haré todo para que eso suceda... todo ¿comprendes? —tomó mi barbilla y me acercó tanto a su rostro que sentía su aliento sobre mis labios dejándome su estela cálida, única—. Eres la mujer con la que voy a compartir mi vida, eso te lo juro —¡Guau! Después de esas palabras, cualquier cosa sonaría hueca, absurda. Su intensidad me dejaban perpleja y amándolo aún más. Liam era demasiado perfecto, demasiado ideal, pero sobre todo era demasiado real y era mío, solo mío.

Indudablemente él también era mi vida y por supuesto que también haría todo lo necesario para estar juntos, pero la experiencia me había demostrado que las cosas cambian y nada era seguro. Sin embargo, lucharía para que así fuera, ambos lo deseábamos, ¿qué podía obstaculizar nuestro sueño?

—Me voy, no quiero que me odien... —y miró hacia la planta alta de mi casa. Abrí los ojos recordando de pronto que Jane y Raúl me esperaban. Sonrió al darse cuenta de mi olvido—. Te amo, Kya... mañana nos vemos en el partido...

—Sí... —ya se iba, no pude evitar agarrarlo por la chamarra y hacer que bajara de nuevo su rostro hasta el mío—. Liam, yo también quiero estar siempre contigo, mi vida entera, eres el hombre que eligió mi mente y mi alma —Me besó satisfecho.

—Con eso no me dejarás dormir. Puedes jurar que no te dejaré ir jamás. Mañana te hablo, diviértete —me dio un beso en la frente y se fue.

Subí envuelta en esa nube que solo se conoce cuando se está completa y absolutamente enamorada, cuando lo que los demás llaman cursilerías, son las luces más brillantes en tu mundo, en el universo. Sin embargo, en cuanto los vi y comenzó una guerra de almohadas, lo dejé de lado. La conversación y juegos continuaron hasta la madrugada. Por supuesto al día siguiente no pudimos levantarnos tan temprano. Era genial tenerlos cerca, hablando y peleando de todo, como antes, como siempre.

Llegamos al partido con tiempo de sobra, ya estaban todos ahí. Me dirigí

hacia donde se encontraba Max con los demás y se los presenté. El juego comenzó a las cuatro treinta en punto. Después de casi tres horas ganaron. Fuimos a cenar y él llegó ahí junto con Kellan y Luck un poco más tarde. Comenzaban a hacerse inseparables de Emma y Annie, que también ahí se encontraban.

El fin de semana fue perfecto.

El lunes por la mañana los llevamos al aeropuerto. Solté varias lágrimas al igual que Jane. Odiaba tener que dejarlos una vez más, sin embargo, ahora me daba cuenta de que mi vida estaba ahí, en Myrtle Beach.

Era asombroso que en tan pocos meses mi interior cambiara de tal forma que ya no me imaginaba lejos de aquel sitio, o mejor dicho, lejos de él. Liam ya era inherente a mi alma.

Mi madre estuvo muy ocupada esas vacaciones y viajaba a lugares cercanos con Ralph. Él y yo todo el día permanecimos juntos. Salíamos solos o con sus amigos. Para Nochebuena, mamá y su ahora novio, o por lo menos eso suponía, organizaron una cena deliciosa, típica de la fecha.

Liam tuvo que trasladarse a Washington con sus padres de último momento, por lo que no pudimos estar juntos dos días. En los meses que llevábamos juntos nunca nos separábamos, a lo mucho veinticuatro horas y no nos gustó en lo absoluto la sensación; fue una tortura en todos los sentidos.

Esa fue la razón por la que cuando regresó, hicimos nuestros planes y decidimos que estudiaríamos definitivamente en la misma universidad. Yo tenía un promedio impecable y él todo para elegir. Así que invertimos horas en la web eligiendo dónde estudiaríamos. Mamá solo nos observaba, no decía nada, sabía que eso era inevitable, la fuerza de lo nuestro se notaba a kilómetros de distancia. Elegimos tres opciones; Oregón, Boston y otra en Seattle. Comenzamos a llenar los formularios. Fueron días increíbles.

Nuestros momentos a solas eran mágicos y aunque seguíamos sin pasar de encuentros intensos, nos sentíamos tranquilos con la decisión. No teníamos prisa, estábamos decididos a que fuera cuando ambos sintiéramos el momento adecuado.

Al regresar a clases todo permaneció igual que antes. Mis compañeros se acostumbraron a vernos juntos. Roger y Liam rompieron por completo cualquier especie de amistad y ahora contaba también con Kellan, Luck y otros del equipo que me saludaban cada vez que nos veían.

Equilibraba los tiempos con mis amigos, aunque me parecía muy difícil,

nunca me cansaba de estar con él. Sin embargo, Liam me alentaba argumentando que eso me hacía feliz, cuestión muy cierta. Aun así, me molestaba un poco la situación, pero entendía que no podían estar en el mismo espacio y que su pasado era el culpable, no yo.

Así... envuelta en un matiz de colores, presa de millones de sensaciones inigualables e incomparables, fluyeron las semanas.

Principios de marzo. Llevaba cinco meses viviendo en Myrtle Beach y un poco más de cuatro a su lado. Lunes, dos semanas antes del receso de primavera. Todavía no se iba del todo el frío, pero la nieve sí y lo peor había pasado varias semanas atrás. Estábamos en matemáticas cuando el profesor Edwards asignó equipos para un nuevo proyecto. Mi pareja: Max. Lo agradecí enormemente, era un trabajo pesado y debíamos entregarlo antes de salir de vacaciones. Tenía un fuerte peso en la calificación. Él era igual de perfeccionista que yo, por lo que seguro nos iría de maravilla.

Cuando le dije a Liam en el almuerzo no lo tomó igual que yo. La situación no lo ponía precisamente feliz, no obstante, omitió su opinión y se mostró comprensivo, como solía. Después de todo no estaba en mis manos, aunque no me agradaba que se sintiera así, aún las cosas con su examigo eran tirantes y delicadas. Por otro lado, comencé a notar que Max parecía disfrutar mucho el que Liam nos viera juntos. Eso me incomodaba e incluso me irritaba, pero no se lo decía ni a uno, ni al otro, quería evitar problemas innecesarios.

El miércoles tuve que quedarme con él después de clases para continuarlo. Logramos ponernos rápido de acuerdo y teníamos todavía mucho por hacer. Liam no preguntaba nada sobre «mi proyecto» y yo prefería dejarlo así. El viernes fue igual. Nos vimos en la biblioteca después al finalizar la jornada. Para ese momento había terminado con mi tercera asesoría y estaba libre.

—Kyana, creo que hay que cambiar este problema, no me parece adecuado para lo que pretendemos exponer, no cuadra... —lo revisé torciendo la boca. De inmediato nos enfrascamos en una pequeña discusión sin sentido. Al final reímos al darnos cuenta de que éramos muy tercos y sus argumentos eran ciertos.

Nos hallábamos sentados uno al lado del otro, continuábamos riéndonos con complicidad después del regaño que nos propinó la bibliotecaria, mirándonos alegres. Max era genial a pesar de todo, muy inteligente y teníamos cualidades y defectos muy similares. Haciendo a un lado el tema «Liam» siempre fue agradable y accesible.

De pronto sentí una mirada intensa sobre mí. Alcé la vista despistada. Liam

nos observaba fijamente sin ninguna expresión en el rostro. Max siguió la dirección de mis ojos, también lo vio. Cerré los libros rápidamente y me despedí. No me había dado cuenta de la hora, quedé en estar con él hacía quince minutos. ¡Diablos!

Me acerqué de prisa, de inmediato me recibió con un tierno abrazo. No pude evitar sentirme... culpable. Sé que no estábamos haciendo nada malo, sin saber por qué, reaccioné como si me hubiera pillado en algo indebido. Me dio un pequeño beso sin mirar una sola vez a Max y salimos de ahí. Camino al estacionamiento no dijo nada, parecía estar inmerso en sus pensamientos, no quise presionarlo así que tampoco hablé. Me ayudó a subir a su auto y nos fuimos a casa.

—¿Liam? —colocó una mano sobre mi pierna sonriendo como solía.

—Dime... —lo evalué por un instante sin comprender su actitud.

—No te quise hacer esperar, no me di cuenta de la hora —tomó mi mano y se la llevó a los labios.

—No te preocupes, esas cosas pasan, Kya —no entendía su reacción, hubiera jurado que hacía unos segundos estaba triste. En fin, decidí dejarlo pasar ya que en realidad no hice nada de lo que me pudiera sentir mal ¿no? Siempre fui muy clara con Max, incluso comenzaba a sentir que él ya no sentía nada por mí, nuestra relación se reducía a lo que debía ser: amistad.

Esa tarde se mantuvo lejano, muy pensativo y yo ya no encontraba la forma de hacerlo volver. Poco me faltó para brincar como conejo frente a sus ojos y así acabara esa actitud taciturna. Cuando estaba por irse no pude más. Su forma de «estar» no era la de siempre, eso me desquiciaba.

Sentada sobre sus piernas jugaba en silencio con uno de los botones de su camisa, me separé un poco de él para poder verlo. No me gustaba en lo absoluto sentirlo así.

—¿Qué sucede?, has estado muy extraño —me dio un pequeño beso, su mirada era un poco turbia, intentaba disimularlo.

—Nada, Kya, solo estoy un poco cansado...

—No, te siento... «raro», no cansado —resopló observándome fijamente, su iris estaba más oscuro que de costumbre.

—Kyana, te amo y... a veces... me cuesta trabajo manejarlo, eso es todo...

—En la tarde, cuando fuiste a la biblioteca él y yo... —Arrugó la frente negando colocando un dedo sobre mi boca para silenciarme.

—No, por favor no digas nada, no estabas haciendo nada malo, no te justifiques. Tengo que aprender a controlar esta parte de mí, no es tu culpa...

¿De acuerdo? —agaché la vista ansiosa. ¿Entonces? Ciertamente no hice nada que pudiera reprocharme, al igual que él aquel dichoso día de la fiesta, pero sabía muy bien lo que estaba sintiendo y no me gustaba. Liam no era celoso, me veía siempre con mis amigos y parecía darle lo mismo. No comprendía porqué ahora sí le importaba el hecho de que me llevara con Max tan bien. Acunó mi barbilla con su mano para que lo viera—. Lo siento, sé que no he sido la mejor compañía toda la tarde...

—No es eso, nunca me canso de estar contigo, lo sabes...

—Sí y prometo que no volverá a pasar, ¿bien? Quisiera no ser tan posesivo, no quiero agobiarte, atosigarte... Olvidemos todo esto —tomé su rostro entre mis manos conmovida por su confesión. ¿En qué vida él podría agobiarme? En ninguna, rocé sus duros labios con ternura.

—Nunca, eso jamás va a suceder. Te amo, Liam, te amo mucho y no me gusta verte así por algo que no tiene sentido... —me abrazó y sentí su aliento sobre mi oído.

—Yo también te amo, Kya, tanto que no deja de asustarme... —el tiempo que restó antes de que se fuera, intentó volver a ser él. Hablamos y bromeamos. Una risa suya tenía la capacidad de que se me olvidara todo. Ese era mi novio, no aquel taciturno y ausente.

El fin de semana no nos separamos, situación normal entre nosotros. Me ayudó a afinar unos detalles de la presentación de matemáticas, ya que no vi a Max en todo el fin de semana. Salimos a caminar a la playa por horas. Chapoteamos, jugamos y terminamos llenos de arena sin poder evitarlo. También consiguió unas bicicletas y paseamos por lugares que no conocía. Sus ocurrencias eran adorables, hacíamos cosas diferentes, nos divertíamos mucho juntos. Siempre era así: fácil, natural, relajante.

El lunes volví a ver a mi amigo, logré convencerlo de que esa tarde trabajáramos por separado. No lo tomó a mal, pero sí me estudió suspicazmente. Era evidente que intuía que algo había sucedido el viernes. En definitiva no iba a darle el gusto de que supiera la inseguridad que le provocaba a Liam.

Al día siguiente no pude escabullirme, necesitábamos vernos. Le avisé a mi novio que me quedaría para acabar la presentación. Por supuesto, se ofreció a esperarme, era el día que no llevaba mi auto. Intenté persuadirlo diciéndole que me iría sola; mi casa quedaba de verdad muy cerca. Se negó, estaría estudiando literatura con Kellan y Luck, pasaría por mí cuando lo llamara.

Max y yo duramos casi dos horas afinando los detalles. Ya le había hablado

un par de veces a Liam para decirle que todavía no estaba listo todo. Eran casi las seis cuando concluimos el bendito proyecto. Parecía que no lo lograríamos nunca.

—¡Por fin! —suspiró mi compañero entusiasmado. Fue agotador, pero estábamos muy orgullosos del resultado. Se levantó con su frescura habitual y me jaló hacia él riendo—. De verdad eres una buena pareja, no pensé que lo lograríamos, el maestro ahora sí se excedió... —estaba feliz y yo también, para qué negarlo. Seguro sacaríamos una «A».

Sin darme tiempo de nada me abrazó efusivamente y de pronto sentí sus labios sobre lo míos. Jamás lo vi venir, no él, no Max. La sensación fue por demás desagradable. ¿Cómo se atrevía?, me separé desconcertada, atónita. Mi cabeza trabajó a mil, no lo podía creer. Ni siquiera me dio tiempo de reaccionar. ¡¿Qué diablos le ocurría?!

Sentí su presencia, Liam estaba ahí. Giré de inmediato. Su expresión fue algo que jamás podré olvidar. No estaba enojado y eso era peor, parecía haber recibido una serie de golpes letales en menos de un instante. Max lo miró cínico, sonriendo.

—Es horrible que te traicionen, ¿verdad? ¡A que nunca lo sospechaste! —lo vi furiosa, asombrada.

—No... —alcancé a decir intentando defenderme. Liam bajó la mirada tembloroso y... sin más, desapareció corriendo. Quise salir tras él, Max me detuvo sujetándome con firmeza del brazo, estaba serio. No lo podía creer, en serio no daba crédito. Quería escupirle, gritarle, golpearlo.

—Kyana, déjalo... —me zafé indignada, desesperada. Lo odiaba, lo odiaba en serio, todo había sido una venganza, me utilizó para saldar su estúpida deuda pendiente con mi novio.

—¡¿Qué sucede contigo?! ¡¿Cómo te atreves?! Eres asqueroso, ruin, un idiota de pies a cabeza —sin poder contenerme más, le di una sonora cachetada que no esperaba y salí corriendo de ahí. Llegué al estacionamiento, solo lo alcancé a ver alejarse ya arriba de su camioneta, iba a toda velocidad. ¡Maldición!

Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro. Jamás hubiera esperado que algo así sucediera. Lo lastimé, a la persona que más amaba le hice daño y por algo que no fue mi culpa. Aborrecí a Max, tuve ganas de terminar yo misma con esa maldita sonrisa, quería que corriera tras él, que le dijera la verdad. ¡Maldición, maldición, maldición!

Di la media vuelta para regresar a la biblioteca por mis cosas, temblaba.

Tenía la cara empapada por el llanto, estaba llena de consternación, de indignación, de furia, de... miedo.

—Kyana... —Max fue más rápido, ya estaba afuera y se acercaba a mí con la mochila y cuadernos. Se los arrebaté enfurecida.

—¿¿Cómo pudiste?! —no veía ni un gramo de arrepentimiento en su mirada. Nunca lograría perdonarle lo que sucedió con Jen—. Max, en serio, por favor deja esto de una vez, tienes que explicarle, tienes que decirle, ¡tú me besaste!, yo...

—No pienso hacerlo. Me la debía, ahora estamos a mano —abrí los ojos sin poder creer su cinismo. Me ahogaba, tenía ganas de zangolotearlo hasta que reaccionara y se diera cuenta de lo que acababa de provocar.

—Lo que hiciste... fue asqueroso. No sabes cómo me arrepiento de llegar a pensar que valías la pena. No eres mejor que él, nunca será así, aunque lo intentes toda tu vida, para eso necesitas llenar ese hueco despreciable que tienes en el pecho. ¡Cobarde!

Lo observé completamente desilusionada, defraudada. Un segundo después me fui corriendo para alejarme de ese chico, que creía confiable. Necesitaba encontrarlo, explicarle. Saqué el móvil de mi mochila y comencé a llamarle, lo tenía apagado. Llegué a casa prácticamente con poco aire en los pulmones.

Tomé las llaves de mi auto decidida a buscarlo y aclarar todo. Liam no podía creer cierto lo que vio, él sabía mejor que nadie lo que sentíamos. Me paré en seco en la puerta de mi casa, no sabía dónde vivía, no tenía una maldita idea de dónde buscarlo. Una opresión en el pecho creció desmesuradamente. Respiré agitada, mordiéndome el labio convulsamente. Estaba al borde de la locura, no podía parar de llorar.

Emma, ella podía ayudarme. Le marqué fingiendo que todo estaba bien, le pedí las señas exactas de su casa con el pretexto de una sorpresa. No me creyó del todo, aun así, me explicó dónde vivía. Arranqué enseguida, mi cuerpo temblaba de la ansiedad y de impotencia. ¿Por qué todo tenía que ser complicado con él y conmigo?

Su casa no estaba lejos de la mía. En cuanto encontré la dirección, me quedé boquiabierta. Era realmente enorme y de un gusto impecable. Me bajé tropezando con mis propios pies, me acerqué a la reja atónita. Agucé la vista, se veía todo perfectamente a través de las grandes rejas negras. A lo lejos, bajo el techo donde se encontraban varios autos de marcas impagables, no estaba el suyo.

Me agarré de los barrotes sintiendo un dolor muy hondo en mi ser.

Necesitaba hablar con él, pero no sabía dónde encontrarlo. Tomé el celular nerviosa y marqué de nuevo, apagado. Al entrar el buzón le dejé un recado con la voz quebrada por la ansiedad.

—Liam, por favor tenemos que hablar. ¿Dónde estás? Te lo suplico, no me hagas esto, sabes que te amo... —Después busqué en la memoria de mi móvil el teléfono de su casa. Los dedos me temblaban y no podía picarle a la pantalla correctamente. Cuando al fin lo encontré, llamé sin dudarle. Me importaba un bledo sus padres, Max, todos... Solo quería que me escuchara.

—Casa de la familia Russell —mi respiración se detuvo. Parecía la voz de alguien que trabajaba ahí.

—¿Se-se encuentra Liam?

—No, señorita, el joven acaba de salir ¿Deja recado?

—No... gracias... —colgué hiperventilando prácticamente. Me dirigí al coche, se me ocurrió que ya podía estar en mi casa. Manejé más rápido que nunca. Cuando llegué no había señales de él.

Subí hasta mi habitación desbordada en llanto, me dejé caer sobre la cama. Continuaron saliendo las lágrimas cada vez con mayor intensidad y desesperación. Odiaba a Max, odiaba ese lugar... odiaba que no me creyera, que no me diera la oportunidad de explicarle siquiera. Saqué su sudadera y me tapé el rostro con ella. Sentía que iba a explotar.

Minutos después le hablé a Kellan y a Luck, nadie sabía nada de él. Cuando mi madre llegó subió directo hasta mi recámara.

—Kyana... —al verme llorar de aquella manera, se acercó desconcertada— ¿Qué pasa, hija?, ¿por qué estás así? —la abracé sin poder decir nada—. Hija... ¿Qué ocurrió?

—Nada... —mentí alejándome de ella y haciéndome ovillo sobre mi cama.

—Kya, tú no te pones así por nada... ¿Sucedió algo con Liam?...

—Tuvimos un mal entendido, pero... por favor... ahora no quiero hablar...

—Le rogué abatida. Me dio un beso en la frente, comprendiendo que no podía hacer mucho si yo no le contaba lo ocurrido.

—Está bien, solo recuerda que cuentas conmigo y créeme, estas cosas pasan en las relaciones mi amor —sus palabras me dolieron aún más. Asentí sin mirarla, un segundo después salió cerrando la puerta. Volví a llamarle, continuaba apagado. El llanto iba y venía sin poder pararlo. Me sentía como nunca en mi vida, mi pecho estaba lleno de angustia y miedo, mucho miedo.

Esa tarde no salí de mi cuarto, me sentía adentro de un estanque muy hondo, del cual no lograba salir. Pasé la noche despierta como solía

sucedirme cuando no iban las cosas bien. Cada vez que lograba dormir, no tardaba ni cinco minutos en que una angustia espantosa me despertara. Ya eran más de diez horas sin saber nada de él.

Vencida en la madrugada me acerqué a la ventana y permanecí perdida viendo los árboles moverse en el jardín. Las lágrimas no cesaban, aunque ya no era llanto. Vi el sol salir, no quería ir a la escuela, pero la idea de que él pudiera estar ahí, me dio algo de esperanza.

Me vestí sin ánimos. Tenía los ojos rojos. Me puse unos *pants*, me hice una coleta y las lágrimas volvieron a salir al ver mi reflejo en el espejo. Estaba ida, con todos los sentimientos revueltos. No quise comer nada, la sola idea me causaba ganas de gritar. Otra cosa que no podía evitar en situaciones de angustia. Mi madre lo sabía muy bien, así que solo se limitó a observarme sin decir una palabra. No quería compartir lo ocurrido con nadie. La sensación de que le había fallado no me daba tregua. ¡Maldito Max!

Llegué a la escuela un poco antes de la hora. Ese asqueroso ya estaba en el salón, y él por ninguna parte. Cuando me vio, fingió no percatarse de mi estado. Lo ignoré, la mala noticia era que ese día exponíamos, así que no pude evadirlo por mucho tiempo.

—Kyana, ¿estás bien? —preguntó como si en verdad le importara. Tenía ganas de volver a cachetearlo y en esa ocasión dejarle bien marcada mi mano en su mejilla. Sabía que no valía la pena. Lo hecho, hecho estaba y la imagen que tenía de él cayó como si de añicos de cristal se tratara.

—Mejor te pregunto yo a ti, ¿y tú... cómo te sientes? Lo que provocaste ¿te hizo sentir realmente mejor?, ¿ya terminó tu venganza al fin?, ¿valió la pena, Max? —pestañeó un tanto pálido, no supo qué contestar. Le hablé con toda la rabia y la ansiedad que tenía dentro. Bajó la vista y se alejó. ¡Ah, lo odiaba!

Sin darme cuenta el salón se comenzó a llenar. El profesor Edwards solicitó nuestra ponencia, no sin antes preguntarme si me encontraba bien. No sé qué aspecto tenía, seguro no era muy bueno. Logré acabar la presentación medianamente bien. Max me salvó varias veces y yo me limitaba a responderle con una mirada asesina. Lana se dio cuenta de que algo sucedía, por supuesto preguntó en cuanto terminamos. Yo ni siquiera la miré y lo desafié a él a que lo hiciera. Cobarde. Se justificó de inmediato argumentado que nos había costado mucho trabajo ponernos de acuerdo. Ella no se la tragó, pero al ver mi actitud no indagó más.

En cuanto sonó el timbre tuve otra vez la esperanza. Salí casi corriendo, nada. Me dirigí al estacionamiento para ver si ubicaba su camioneta, no había

rastros de él.

¿Dónde estaba, por qué desapareció así, sin darme la oportunidad de explicarle? No quise ir a la cafetería, todos me preguntarían sobre mi aspecto, sobre él y no tenía fuerza para contestarles y mucho menos de ver la odiosa cara de Max. ¡Dios!, quería que un auto pasara sobre él, que un rayo lo partiera en dos, yo qué sé, que algo lo sacudiera tanto como para que comprendiera lo que hizo.

Me dirigí al lugar donde algunas veces nos encontrábamos en secreto y me senté rodeando mis rodillas. Intenté no llorar de nuevo, aun así, lágrimas salieron de mis ojos sin poder evitarlo. Me sentía enojada, triste. No entendía por qué no me permitió hablar, por qué huyó sin decir nada. Le había demostrado que lo amaba, que era todo para mí... ¡¿Cómo era que podía creerle a él?!

El timbre me sacó de mis pensamientos. Fui a literatura y su ausencia ahí me dolió aún más. Me senté donde solía hacerlo, solo que esta vez sola.

—Kyana... —era Kellan, parecía preocupado—. ¿Estás bien?... —examinó alrededor buscándolo—. ¿Dónde está Liam? —un nudo en la garganta crecía en mi interior. ¿Qué se supone que le diría? ¿El estúpido de Max me besó frente a sus ojos? Por supuesto que no, sus problemas me tenían justo en esa posición, no les daría más pretextos para que continuaran su guerra absurda.

—No lo sé... —expresé honestamente. Me estudió desconcertado. Se sentó a mi lado y puso una mano sobre mi espalda.

—¿Sucedió algo? —Negué agachando la vista, callar no era lo ideal, pero existían ocasiones en que el silencio era más sano. No preguntó de nuevo, supuse que mi rostro le decía que era mejor así, el resto de la clase se quedó ahí. Sentía la mirada de Max sobre mí, ahora parecía algo preocupado. ¡Bonito momento para arrepentimientos!

En el receso me escondí en la biblioteca y no salí hasta que tuve que ir a atletismo. Ahí Lana y Susan intentaron hablar conmigo, las evité todo el tiempo. Para historia ya no podía más, la opresión en mi pecho había crecido y sentía que me ahogaba. Emma me observó todo el tiempo, yo intentaba sonreírle para que no me preguntara nada, pero la alegría no llegaba a mi rostro. En cuanto terminó la clase me levanté de prisa.

Estaba harta de no poder decir nada, de cómo sucedían las cosas en ese lugar. Siempre era todo tan complejo, tan rebuscado. Al llegar a casa, preparé como pude la cena y subí de nuevo a mi habitación. El llanto llegó de nuevo, no lo podía controlar, me ahogaba, me consumía. De pronto sentí tal rabia

que aventé su sudadera enojada. Una chispa de coraje comenzaba a sentir hacia él.

¡Me dejó sola, sin importarle nada! Comprendía su dolor, no me imaginaba verlo besar a alguien más, solo de pensarlo la sangre me hervía. Sin embargo, lo hubiera confrontado, le hubiera exigido una explicación, sabía que me amaba. ¿Cómo podía pensar que lo traicionaría?, ¿no se daba cuenta de que no respiraba sin él?

El sueño me venció gracias a que no dormí la noche anterior, me quedé perdida sin poder luchar más con la sensación de entumecimiento. Desperté al escuchar que se abría mi puerta, no quise voltear. Sabía quién era.

—¿Kya? —no respondí. Se acercó rodeando la cama y se hincó sobre el suelo para poder verme a la cara—. Kyana, por favor, sea lo que sea se solucionará, te lo juro. Date cuenta de cómo estás... —acarició mi cabello ya preocupada. Las lágrimas volvieron. ¿Qué, no podían quedarse dentro de mí? —. Hija... no sé lo que ocurrió entre Liam y tú... pero hablen, arréglenlo. Esta no es la forma —escondí mi rostro en la almohada ya en pleno llanto al escuchar sus palabras. Sin más se levantó decidida—. Tienes que comer algo —ordenó con firmeza. Negué sin verla—. Lo siento, Kyana, no lo voy a negociar. Ayer no cenaste y por la mañana no comiste nada. Baja a cenar, no pienso permitir que hagas esto, por muy mal que estén las cosas no solucionarás nada así, sin comer. Sé que el apetito desaparece cuando estás triste, pero también sabes que no permitiré que te hagas daño. Abajo... —al escucharla un tanto molesta por la preocupación, me puse de pie sin más remedio.

Me senté a la mesa en silencio. De verdad no tenía hambre, no tenía ganas de nada. Jugué con la comida por más de una hora. Mi madre detuvo mi mano. Sufría al verme así.

—Hija, los problemas en las relaciones son... comunes, no puedes enfrentarlos así, no es la forma adecuada. Tú siempre has sido madura. Come la mitad por lo menos y después podrás irte, comprendo que no tienes ánimos, pero no cederé, me conoces —resoplé con la mirada vidriosa. Era cierto, no la movería de ahí. Me metí el primer bocado a la boca sin siquiera saber lo que era, luego otro y otro, llegué por fin a la mitad. Sin decir nada levanté mi plato y subí a encerrarme de nuevo.

Más tarde volví a hablar a su casa, lo mismo: no estaba.

Permanecí enroscada en mi cama sin moverme, evocando todo lo que pasamos: los problemas con Roger, el enfrentamiento con mis amigos en la

cafetería, las tardes estudiando, jugando, conversando.

No me di cuenta de lo mucho que lo necesitaba y lo acostumbrada que estaba a su presencia, hasta ese momento. Mi mundo giraba a su alrededor, justo lo que no quería que sucediera, pero ya era muy tarde para cambiarlo. Lo adoraba. Liam era mi sol, mi ancla a la tierra, mi todo, no podía reprocharme el haber permitido que llegara tan lejos. Fue mi elección, mi decisión, ni siquiera en ese instante, sintiéndome como me sentía, podía arrepentirme, tratándose de él sabía que lo volvería a hacer mil veces si era necesario. Mi mente, mi cuerpo, mi piel, mi alma, todo mi ser sin excepción lo amaba y eso ni en un millón de años cambiaría, lo sentía con certeza.

Sin embargo, a pesar de saberlo, comencé a sentir rencor y molestia al recordar que ni siquiera sabía dónde vivía, que en su casa nadie me conocía. Para su familia yo no existía, ¿eso cambiaría algún día?

Durante la madrugada no pude volver a dormir, la siesta de la tarde, más mi común insomnio cuando algo me angustiaba, hicieron de las suyas. Mi mente no paraba de preguntarse ¿dónde estaba?, ¿por qué no se comunicaba? Me tranquilizaba saber que no le había pasado nada, las noticias de ese tipo corrían como pólvora.

El día llegó, el cuerpo me dolía, otra noche había pasado en vela sin poderlo evitar. Jueves. Ya no lloraba. Me di un baño y agarré lo primero que encontré para ponerme. No tenía ganas ni energía para ir a la escuela, pero me volvería loca si me quedaba ahí. Mi madre me obligó a comer una manzana, una tostada y a llevarme un yogurt bebible. Seguía observándome cada vez más preocupada.

Entré a matemáticas y me senté lejos de Max. Intentó hablarme, escondí el rostro entre mis brazos que tenía sobre la banca, negando con la cabeza. Al ver que no le haría caso regresó a su lugar. En el receso preferí quedarme en uno de los jardines donde nadie solía estar a esa hora intentando leer un libro que había conseguido hacía unos minutos de la biblioteca.

Quedaba un día para salir de vacaciones, ya no sabía qué sucedería entre Liam y yo. La buena noticia era que me podría alejar de todos. En literatura no entré, continué con mi lectura, logrando con mucho esfuerzo fugarme, debido a la trama tan compleja de la historia.

No me sentía yo, era como si estuviera entumida y poco a poco el coraje comenzaba a crecer dentro de mí. Ya no podía justificar más su distanciamiento, estaba acabando conmigo.

En el siguiente receso lo mismo, me escabullí de todos y leí o intenté

hacerlo. Me sentía agotada y exageradamente ansiosa, no paraba de pensar en él. ¿Si no lograba comprender lo que pasó en realidad?, ¿si me dejaba sin poder explicarle?, ¿si volvía a ser el de antes?, ¿si no regresaba a la escuela?... Mi cabeza no dejaba de pensar en todas las posibles respuestas a todas las posibles preguntas.

La tarde fue muy similar a las anteriores. No hice ninguna tarea, dormí una hora y comí forzada por mamá el medio plato reglamentario. En cuanto terminé mi ración salí casi corriendo a mi habitación, deseaba estar sola. Al entrar observé todo serena. Ahora sí estaba furiosa, dolida. Me acerqué a la mesilla de noche y comencé a poner boca abajo todas sus fotos. No lloré en todo el día y no lo haría más. El enojo y la desilusión seguían creciendo en mi interior a pasos agigantados. Pensé que lo nuestro era más fuerte que todo. Juró jamás dejarme. Incluso propuso un futuro juntos, iríamos a la misma universidad. ¿Cómo podía creerle?, ¿cómo podía hacerme esto?, por muy culpable que me creyera, lo que estaba haciendo no era la solución, era inmaduro, cobarde... agónico.

Leí buscando evadir mi mente, funcionaba a medias, pero servía para pasar las horas. La falta de sueño ya comenzaba a hacer estragos en mí. La cabeza y mi cuerpo comenzaron a desconectarse, era como si flotara. Me senté en la cama abrazando mis piernas, resoplando, cada minuto valía por un día, el tiempo era tan lento, tan pausado estando sumergida en ese desasosiego, en esa angustia e incertidumbre. Ese día no le hablé, no lo busqué. Mi madre entró a mi recámara muchas horas después de la cena.

—Kya... —la miré intentando sonreír, salió un leve intento—. Hija... tienes que descansar, no puedes seguir así, me estás asustando, ¿de verdad fue tan grande la discusión que tuvieron?, es la tercera tarde así... —bajé la vista asintiendo, no abrí la boca. Me ayudó a ponerme el pijama como cuando era pequeña y me metió entre las cobijas como si tuviera cinco años.

La adoraba, no quería preocuparla, pero no quería compartir con nadie lo ocurrido. Se despidió dándome un beso en la frente. Intenté hacer lo que me rogó, tenía sueño y a la vez parecía que me había tomado un litro de cafeína. Estaba extremadamente agotada y al mismo tiempo, estimulada, alerta. Dormitaba a ratos, despertaba a los minutos. Detestaba seguir así y comenzaba a sentir que a él también.

Cuando amaneció. Tomé una decisión. Me vestí de prisa, agarré algunas cosas del frigorífico y le dejé una nota a mamá diciéndole que tenía algo que hacer en la escuela. Sin más conduje hasta la playa donde comenzó nuestra

relación hacía ya varios meses. No era muy lejos, así que llegué sin problema.

Bajé la frazada que metí en la cajuela y me senté enrollada en ella sobre la arena. No había ni una persona. Solo se escuchaba el romper de las olas, las gaviotas revoloteando sobre el mar buscando su comida o el ruido lejano de algún motor al pasar por la carretera. Estaba fresco, no me importó, eso me relajaba, me serenaba y era justo lo que necesitaba para bajar esa maldita ansiedad.

Observé el punto donde el cielo y el mar se juntaban, el sol llevaba unos minutos de haber salido, pero aún estaba bajo, por lo que se veía una enorme bola incandescente iluminando al mar, como si le regalara pequeños cristales de color. Tenía que volver a encontrarme. Con todo lo ocurrido me di cuenta de algo: ya no sabía quién era y me odiaba por eso.

Duré toda la mañana ahí, las horas pasaban sin que me diera cuenta, permanecí en la misma posición durante mucho tiempo. Después, engarrotada, engullí una manzana y retomé el libro que fue mi compañero esos días. Tenía que superar lo que pasó, si él regresaba o no, eso no debía importarme, aunque debía ser honesta, me sentía deprimida, decepcionada, tanto de él, como de Max. Por otro lado, aunque pretendiera ignorar la presión en mi pecho ya no cabía, por más que quería apartarla, enterrarla, mandarla lejos, me estaba acabando y no sabía cómo sentirme de nuevo la chica despreocupada y feliz que solía ser.

No me di cuenta de la hora, cuando regresé al auto ya eran las tres.

Manejé de regreso a casa, al tomar el móvil vi que tenía varias llamadas perdidas y sin ver de quién eran lo apagué. Qué más daba, no quería ver a nadie y me importaba un bledo quien no lo entendiera. Entré con la esperanza de poder dormir un poco, sabía que si no lo hacía colapsaría y decidí en el transcurso de la mañana que no me dejaría vencer, por mucho que doliera, saldría adelante. Dejé descuidadamente mis cosas en la sala y caminé hacia las escaleras, prácticamente, sonámbula.

Tocaron la puerta, bufé molesta, quería poner mi rostro sobre la almohada, era el momento o se me espantaría el sueño. Resignada me arrastré y abrí.

Era él.

Al verlo ahí, de pie, sentí que perdería el conocimiento. Mis piernas temblaron, mi sangre se detuvo y por unos segundos, juro, que dejé de respirar. Lucía muy mal. Tenía ojeras y estaba demacrado. Me observó ansioso, con cierto asombro, supongo que por mi aspecto; seguro yo estaba

igual que él.

La rabia me embargó un minuto después, así que sin dejarlo decir nada, tomé la perilla con fuerza e intenté cerrar. Él la detuvo atónito ante mi reacción. Respiré furiosa, di la media vuelta y anduve hasta la terraza sin verlo.

No quería estar junto a él, nadie me había lastimado tanto. Me siguió. En cuanto me detuve, hizo lo mismo. Giré rabiosa, al verlo regresó nuevamente esa avalancha de sensaciones tan intensas que generaba en mí. Lo amaba tanto que dolía, aun así, no me doblegué.

—Quiero que te vayas... —le exigí señalando la salida con un dedo.

—No —respondió serio. Me encogí de hombros dándome lo mismo y me dirigí al interior de la casa. Si no quería irse, bien, yo no tenía por qué quedarme.

—Entonces me voy yo —anuncié decidida. Me detuvo tomándome por el brazo, de inmediato sentí la descarga de siempre. Me zafé sacando fuerzas de no sé dónde y lo miré enojada.

—Kyana, por favor... hay que hablar... —de verdad lucía muy mal, aunque eso no lo justificaba.

—¿Quieres hablar? —pregunté, cínica. Él asintió triste, desesperado—. Qué pena, Liam. Esperé poder hacer justo eso desde hace tres días. Ya no me interesa, cree lo que se te dé la gana... —mis palabras parecían haberlo noqueado. ¿Qué esperaba entonces?, ¿que corriera a sus brazos a rogarle que me perdonara por algo que, maldita sea, no hice? Ni en sueños, nunca y menos después de que no me dio la oportunidad de explicarle y me dejó con esa angustia todos esos días. Se intentó acercar, di un paso hacia atrás. Sus ojos se enrojecieron.

—Kya... te lo suplico, te explicaré. Tú tampoco la estás pasando bien —bajé la vista cruzándome de brazos.

—No te preocupes... sobreviviré...

—Kyana, por favor... solo escúchame... —me senté en el sillón que tenía justo tras de mí y lo miré inescrutable. Moría por besarlo, enseguida borré esa idea de mi cabeza, estaba enojada, herida, no le sería tan fácil.

—¿Qué quieres? —soné molesta y él parecía culpable. Se acomodó en un sofá al lado del mío.

—Kya... intenta comprenderme, para mí fue horrible verlos...

—Eso lo sé, Liam y ni siquiera puedo imaginar lo que sentiste. Sé lo espantoso que son los celos, pero no me pidas entienda que hayas

desaparecido tres días y no me hubieras dejado explicarte nada, no lo merezco. ¿Tienes una idea de mi angustia?, no sabía nada de ti... —comencé a levantar la voz—. Me dejaste sola, te busqué, te llamé, te dejé miles de mensajes y nada... ¿Sabes?, me di cuenta de que ni siquiera sabía dónde vivías. Liam... ¿Qué tan absurdo es eso? Lo que viste fue un arrebató de él, tú sabes lo que siento por ti, ¿por qué le creíste?, ¿por qué me dejaste? —sollocé con lo ultimó. Me observó abatido, fatigado, parecía sentirse peor con lo que le decía.

—Kya... —me levanté, ya no podía más, sentía odiarlo. No sabía vivir sin él y me abandonó sin pensar en nada, salvo su enojo.

—Vete, Liam, por favor... —le pedí al borde del llanto. Se puso de pie e intentó acercarse a mí otra vez. Negué retrocediendo, si me tocaba me colgaría de su cuello y lo besaría y no lo permitiría, no en ese momento.

—Kyana, no me hagas esto. Te lo suplico, por favor, tenía que alejarme, tenía que calmarme. Entiéndeme... quería matarlo, de verdad quería hacerlo... —lo decía en serio, cosa que alcanzó a desconcertarme, pero no me importó, no quería oírlo.

—Pues hubiera preferido que lo hicieras, me hubieras hecho un gran favor... ¡Ahora márchate, déjame sola!

—Kya... te lo suplico... —tenía lágrimas en los ojos al igual que yo. Negué con firmeza mostrándole la salida que tan bien conocía.

—Liam... vete...

—Te amo, no me importa nada, por favor... —parecía que lo estaba matando, pero no lo quería cerca, no en ese instante en que sentía tantas cosas encontradas por él y que además sabía que en cualquier momento caería inconsciente debido a la falta de sueño, estaba en el límite.

—Liam... te lo ruego... márchate... —de nuevo sollocé. Se limpió los ojos y asintió al fin.

—Regreso más tarde, creo que necesitas descansar... —¿Tan evidente era mi falta de sueño?

—Es mejor que no lo hagas. No regreses, no deseo verte... —Se detuvo un momento en el marco de la puerta.

—Voy a regresar, Kyana, quieras o no, te amo —en cuanto escuché que la puerta se cerraba mi corazón se detuvo. Pestañeeé y me limpié con fuerza las lágrimas que salían, sin más, de mis ojos. No lloraría, ya no. Llegué a mi recámara sin recordar muy bien cómo, me quedé suspendida acurrucada sobre mi cama observando un punto en la pared.

Después de un buen rato, mis párpados se cerraron sin percatarme ni resistirme. Soñé con su mano sobre mi rostro, nada tenía comparación con eso. Patética. Por la noche volví a despertar recordando en sueños el motivo de todo este desagradable embrollo, el rostro de Liam ese día por la tarde... las horas sin él. Me sentía confundida y molesta. Sin embargo, lo amaba y... lo pude comprender. Él era todo para mí, a lo mejor en serio necesitó distancia. Me quedé despierta de nuevo sopesándolo todo.

En algún momento de la madrugada volví a dormirme. Desperté y la luz ya se filtraba por la habitación. Me tallé los ojos desconcertada, no sabía qué día era y mucho menos qué hora. Miré mi alrededor y lo recordé todo de golpe. La presión en mi pecho regresó. Observé, arrugando la frente, cosas que pasé por alto hacía unas horas; su sudadera estaba doblada sobre mi cama, yo recordaba haberla tirado y no recogerla. Miré la mesa de noche y su foto estaba de nuevo bien puesta, al igual que las demás. Qué extraño.

Vi el reloj y me di cuenta de la hora, las once. Fui directo al baño y me observé en el espejo. Lucía fatal, tenía unas ojeras escandalosas debajo de mis ojos y estaba muy pálida. Me duché recordando de nuevo nuestro encuentro del día anterior. Lo corrí...

Me puse un jean y una blusa cualquiera sin poder evitar sentirme deprimida. Mi cabello era un desastre y después de luchar porque se acomodara por sí solo, decidí hacerme una coleta. En cuanto salí de la recámara me topé con mamá.

—Kya... ¿cómo estás?...

—Mejor —acepté mirándola arrepentida, puso una mano sobre mi nuca.

—Llevabas tres noches prácticamente sin dormir... ni siquiera creo que haya sido suficiente... —la observé con los ojos muy abiertos, no sabía que se había dado cuenta de que no había pegado un ojo—. Te escuché llorar, Kyana. No fuiste la única que no concilió el sueño... —bajé la vista culpable.

—Lo siento.

—No te abres, no sé lo que ocurre, me cuesta tanto trabajo acercarme a veces, en serio me tenías preocupada... Después de todo yo tampoco estoy acostumbrada a esto, jamás te habías puesto así —asentí con la cabeza gacha. La escuché suspirar—. ¿Vas a comer como siempre? —seguía sin tener mucho apetito, pero no quería que se sintiera peor.

—Sí...

—Bien, entonces te acompaño —no me permitió cocinar. Me sirvió un plato con fruta y mi yogurt preferido. Se sentó frente a mí recargando la

barbilla sobre la palma de su mano—. Kya, Liam estuvo ayer aquí en la noche... —clavé mis ojos en los suyos frunciendo el ceño—. No tengo ni la menor idea qué fue lo que sucedió entre ustedes dos, pero tenía tu misma expresión. Lo dejé subir, pensé que estarías despierta... como los días anteriores. Bajó unos minutos después y me informó que dormías... —me quedé muda, ahora comprendía lo de las fotos y la sudadera.

Intenté comerme todo el plato desviando la mirada a cualquier lugar de la casa, me avergonzaba todo lo que estaba sucediendo, me sentía inmadura, una chiquilla. Pero ¿cómo evitarlo? Mi interior se sentía roto. Observó mi esfuerzo por agradaarla.

—Kyana, habla con él, arreglen su problema... o hagan algo, son dos chicos centrados y suficientemente inteligentes, esto no es sano —asentí sin verla. Cuando me pareció que la ingesta era lo suficientemente decente me puse de pie.

—Voy a salir... —me estudió confusa.

—¿A dónde? —me encogí de hombros.

—A la playa, necesito aire, mamá —jugó un momento con su taza y asintió no muy convencida.

—Bien, pero lleva el móvil —me acerqué a ella, le di un beso en el cabello y me fui.

Conduje nuevamente rumbo al mismo lugar que la mañana anterior. Ahí sentía paz, tranquilidad. En esta ocasión había unas cuantas personas, no estaban cerca de donde planeaba acomodarme. Tomé de nuevo mi frazada y me senté frente al mar, enrollada en ella.

Me sentía muy confundida, todo era irreal. Él había regresado... y yo lo eché. Lo necesitaba más que a nada. El distanciamiento solo logró que me diera cuenta de que sin él nada brillaba. Me daba miedo y coraje reconocerlo, no obstante, así era. Adoraba a Liam, todo fue un enorme mal entendido, teníamos que arreglarlo, aclararlo.

No supe cuánto tiempo transcurrió mientras yo permanecí inmersa en las páginas de aquel libro que estaba por terminar cuando de pronto, sentí su presencia. Giré mi rostro y lo vi a un lado de mí. Me mordí el labio, nerviosa. No esperaba que apareciera ahí y no comprendía cómo me había encontrado.

—Kya, sabía que vendrías aquí —volví la mirada al océano asintiendo. Su presencia me alertaba, cada poro de mi piel reaccionaba ante su cercanía. Se sentó a mi lado y se perdió unos minutos al igual que yo, en el horizonte—. Perdóname... —susurró perdido en la inmensidad del paisaje—. Sé que no

debí desaparecer, sé el daño que te causó el que lo hiciera y te juro que me siento muy mal. No supe cómo reaccionar, qué hacer... Verlo besándote fue lo peor que me ha sucedido. No puedo encontrar en mi memoria un recuerdo que sea peor que lo ocurrido aquel día. En ese instante ni siquiera quería golpearlo... sentí que mi vida perdía el sentido en menos de un segundo, me sentí insignificante, derrotado, perdido —hizo una pausa que me pareció eterna y continuó—. Luego tú me miraste culpable y él dijo lo que dijo... sentí ganas de desaparecer, Kyana. Por supuesto sé que tú no tuviste nada que ver, sé que él lo hizo... que lo venía planeando, sabía que no se quedaría con los brazos cruzados, lo vi en su mirada aquel primer día que llegué por ti a la biblioteca, pero el simple hecho de que ocurriera, de presenciarlo, fue más fuerte que yo. No sabía de qué manera te amaba hasta que te vi con él. Kyana, tuve miedo de mí. ¿Comprendes? Quería ir tras él y... Dios... estaba fuera de control... me sentía capaz de hacer una locura, una muy, muy grande —Yo ya lo observaba. Sabía que lo que me decía era cierto. Sus ojos tenían unas profundas ojeras, estaba vestido desaliñado y me veía con mucha ansiedad.

—Liam... —las lágrimas acudieron a mí enseguida, como si no hubiera derramado ya suficientes—, no sabes la impotencia que sentí. Te fuiste... me dejaste... no sabía si regresarías... y si lo hacías, qué sucedería. No sabía nada... No podría soportar que algo así volviera a pasar... Entiéndeme... no confiaste en mí... —ya no podía parar de llorar. Recordaba los minutos y las horas de angustia, de enojo, de frustración y miedo. Fue demasiado agónico, doloroso. Me acercó a él midiendo mi reacción, por supuesto no pude resistirme, eso era justo lo que quería, tenerlo cerca, en ese momento y toda mi vida, cuando vio que me dejaba llevar, me abrazó desesperado.

—Kya... discúlpame, discúlpame por favor... —me rogó ansioso, con la voz quebrada. Me acomodó entre sus piernas con la facilidad habitual para poder tener mejor acceso a mí. Sentí cómo poco a poco la ansiedad disminuía, la angustia y la opresión en el pecho comenzaban a desaparecer—. Kyana, te amo, te amo... Actué mal, no debí huir. Supe desde el principio que no era cierto, que Max lo planeó. Pero eso no disminuyó en nada mis celos, mi furia, la rabia que me quemaba. Necesitaba estar solo, no quería hacer ninguna estupidez de la que me arrepintiera más tarde.

—No contestaste mis llamadas, te esfumaste. Por lo menos pudiste dejarme una nota, un mensaje, algo... No me reconocí, Liam, no puedo volver a pasar por algo así... en serio no puedo —lo decía de verdad, me sentía como si un

auto me hubiera arrollado.

Separó mi rostro de su pecho y limpió mis lágrimas.

—Tienes razón, no lo pude entender hasta ayer que te vi. Fui egoísta, inmaduro, pensé que nunca más permitirías acercarme a ti. Jamás he sentido algo como esto, el dolor de tu rechazo dolió más que lo ocurrido. Por lo mismo regresé, pero estabas tan dormida. Me sentí un miserable al verte de cerca, no quería que despertaras por miedo a que volvieras a pedir que me fuera... Tu rostro, perdóname... Sé que te lastimé y no sabes lo mal que me siento, porque si al final Max hizo esto, fue por vengarse de mí y de nuevo tú saliste involucrada en todo aquel pasado que tengo y que parece nunca podré borrar, ni cambiar... —mis ojos seguían empapados. Lo miré seria, todo se acomodaba nuevamente.

—William, te voy a pedir una cosa, es más, te la exijo y no bromeo; no vuelvas a hacerme algo así... Lo que viste fue... demasiado, nunca en mi vida me sentí tan miserable y desesperada... Pero no pienso volver a pasar por algo semejante, sea lo que sea lo sortearemos juntos. ¿De acuerdo?, no separados, eso jamás —ordené mirándolo fijamente. Él tenía los ojos empañados y acariciaba mi rostro una y otra vez asintiendo con una media sonrisa.

—Lo juro, Kyana, no tendrás que volver a decírmelo, ni siquiera derramarás una lágrima más por mi causa, tenga que hacer lo que tenga que hacer para que así sea —sonreí un tanto más relajada, aunque triste todavía —. Kellan me dijo que no fuiste ayer a la escuela. Viniste aquí, ¿no es cierto?

—Sí, no deseaba regresar allí. Todos me preguntaban... no sabía qué decir... Dios, ¿por qué nada puede ser sencillo? —le pregunté afligida. Volvió a abrazarme al notar que retornaba el llanto incontenible. Dejó que me desahogara. Cuando por fin logré tranquilizarme, me separó.

—No sabes cómo me duele verte así y... ser yo el responsable, es en definitiva la peor parte...

—¿Dónde estabas? —quise saber contemplándolo.

—Fui a una casa que solíamos visitar de pequeños. Está a un par de horas de aquí... —asentí regresando mi atención al mar.

—¿Y tú?, ¿aquí?... ¿Por qué? —no comprendía.

—Porque necesitaba estar bien, encontrar tranquilidad, paz, soledad. Porque este lugar me trae recuerdos hermosos... es aquí donde comenzamos... —acunó mi barbilla para que lo viera directamente, aún tenía los ojos rojos, me perdí en su iris; el gris ponderaba sobre el verde.

—Lo sé, ¿crees que algún día podre olvidarlo? Nunca, Kyana... ese fue el mejor día de mi vida... —se acercó lentamente, su aliento acariciaba mi rostro. Intenté zafarme sin muchas ganas, todavía me sentía un poco dolida. No me soltó y siguió avanzando hasta que rozó mis labios. En cuanto lo sentí, supe que todo había pasado. Me aferré de inmediato a su cuello y le respondí ansiosa. Lo extrañé demasiado—. Kya... ¿estoy perdonado? —tenía su frente apoyada en la mía.

—Creo que sí, pero también advertido; no vuelvas a dejarme, nunca... —Sacudió la cabeza negando y sin más volvió a besarme.

—Jamás —le creía. De repente recordé al cobarde de Max, ¿qué haría Liam respecto a él? Esto tenía que terminar de una vez. Me armé de valor y lo confronté con seriedad hincándome para verlo de frente.

—Liam, ya no quiero problemas, estoy cansada de todo esto. Escucha, no pienso volver a acercarme a él... —necesitaba que esa cadena de odio terminara. Puso su dedo índice sobre mi boca, demasiado serio.

—Kyana, ya estoy más tranquilo, sobre todo después de pensar que podía perderte, pero no me pidas que me quede con los brazos cruzados... —me giré molesta soltando un bufido de enojo.

—Estoy harta, Liam, exhausta. ¿Qué nunca se va a terminar?, te entiendo... pero ya no quiero más venganzas, esto es un círculo que nunca va a parar... Por favor... tú le haces, él te hace y así... Comprende que podría ser infinito —agachó la mirada al tiempo que apretaba los puños. Pensaba sobre lo que acababa de decir. Varios minutos después clavó sus ojos en los míos con resolución y la quijada tensa.

—Está bien —pestañeeé incrédula—. Tienes razón, no continuaré yo con esto. Solo te ha hecho daño y no quiero que vuelvas a tener una queja sobre mí. No haré nada, pero te tomo la palabra, no quiero que se vuelva a acercar, Kyana, no lo voy a soportar. Te besó y abusó de tu confianza, no sé cómo se atrevió a llegar a tanto, se supone que te consideraba una amiga, que te estimaba, te usó para lastimarme y eso no lo puedo dejar de lado, no lo puedo aceptar... Es muy bajo, no por mí, sino por ti —acaricié su rostro sonriendo por primera vez en días. Lo era, pero ya había pasado y esa promesa era vital.

—Gracias, sé lo difícil que es esto para ti, también para mí. Me siento muy decepcionada, todo lo que pensaba de él se desquebrajó, pero yo no quiero ser un pretexto, no más... —tomó mi mano con esa delicadeza tan suya al tocarme y absorbió mi aroma.

—Nada es más difícil que tenerte lejos... Nada. Así que mientras te tenga a

mi lado, pondré de mi parte. ¿Okey? —asentí más tranquila. Me acurruqué en su pecho, mientras me rodeaba protectoramente. Eso era sentirse completo, feliz. Besaba mi cabeza una y otra vez, al tiempo que yo disfrutaba la sensación de tenerlo nuevamente a mi lado. Envuelta en él sentía que todo volvía a tener sentido. Nada me hacía falta—. Kya, debes ir a descansar —dijo de pronto. Negué sin mirarlo, no quería que se alejara—. Irina estaba muy angustiada por ti, no le dijiste nada, ¿verdad?

—A nadie... —logré decir, adormilándome en ese cálido lugar.

—Te llevaré a casa —resolvió decidido. Intentó ponerse de pie, lo detuve suplicante.

—Por favor no... Quedémonos un rato... adoro este lugar, solo unos minutos. —Me dio un beso en la nariz sonriendo. Él también se veía agotado, no la pasó mejor que yo, eso era evidente.

—Sabes que no puedo negarte nada y menos cuando me miras así... —me acomodé de nuevo sobre su cuerpo cerrando los ojos—. Entonces... ¿Ya me perdonaste? —quiso saber. Negué sin decir nada. Sentí cómo se tensaba— Kya, por favor... ¿qué debo hacer para que lo hagas?

—Creí que ya te lo había dicho... no volver a dejarme... nunca... —besó mi cabello riendo.

—Dios, será todo un suplicio, pero si es el costo, ni hablar, lo haré —con un dedo elevó mi barbilla hasta que mis ojos quedaron a centímetros de los suyos, dejé de respirar debido a la intensidad que transmitían—. Te juro, Kyana Prados, aquí, frente a este lugar, que jamás volveré a cometer el mismo error, nunca te dejaré —sentí como la sangre bombeaba frenética y enardecida por todo mi cuerpo. Estaba inmersa en esa neblina decadente que provocaba su presencia en mí.

—Entonces, William Russell, te perdono —sentí su sonrisa ya sobre mis labios.

Permanecimos unos minutos más así, gozando de nuestra cercanía, de la reconciliación, de aquella hermosa promesa, que esperaba —sumergida en aquella ingenuidad— fuera eterna.

Minutos más tarde, por mucho que me resistí, los párpados comenzaron a pesar cada vez más y sentía los ojos vidriosos. Volvió a insistir. Ya no tuve más remedio que aceptar.

—Vamos en la camioneta y luego venimos por tu auto, ¿bien? —propuso al verme sonámbula.

—Tú estás igual... —chisté tallándome el rostro. Me rodeó por la cintura

acercándome a él.

—Sí... pero puedo manejar, tu apenas puedes estar de pie... Además te veo pálida... —acarició mis ojeras, culpable. Era cierto, no me sentía capaz de conducir. Asentí sin tener la menor intención de discutir por ello. Estaba lista para muchas horas de sueño.

En cuanto me recargué en el asiento caí, no supe más de mí. Al llegar a casa me despertó el aire frío del exterior. Él ya estaba desabrochando mi cinturón de seguridad.

—Sh, Kya... duerme... —sentí cómo me rodeaba con sus brazos y me sacaba cargando del auto.

—Yo puedo sola —me quejé acurrucada contra su pecho, con los ojos cerrados, sin tener la menor intención de bajar de aquel sitio magnífico. Rio divertido.

—Me alegra, pero me gusta llevar a mi chica en brazos... —bromeó con aquel tono de voz protector, posesivo. Tocó y enseguida mi madre abrió—. Duerme, Irina, dejamos su coche, mañana vamos por él... —hablaba bajito para intentar no despertarme, lo cierto es que los oía sin problema. Quise abrir los ojos, no pude.

—Pasa, Liam —noté que mi madre estaba sorprendida, aun así, no dijo más.

Sentir lo frío de mi cama me sacó del sopor.

—Sh... —buscó que volviera a dormir, pero al darme cuenta de que se alejaba volví a sentir esa maldita angustia. Estaba actuando como una chiquilla, lo sabía; sin embargo, todo era demasiado reciente y necesitaba sentirlo cerca. Me incorporé pestañeando y negando al mismo tiempo. Él ya estaba en el marco de la puerta.

—Kya... —susurró mamá a mi lado poniendo una mano sobre la mía—, duerme, te hace falta —se escuchaba tranquila y un poco divertida; de repente giró hacia mi novio sonriendo relajada—. Quédate con ella, estaré abajo.

—¿Estás segura, Irina? —mi novio parecía dudoso. Me mordí el labio observándolos interactuar.

—Sí, estaré con Ralph, no pienso salir, ¿de acuerdo? —asentí tumbándome de nuevo sobre mis almohadas, enseguida los párpados volvieron a pesarme, mis ojos ardían. Elevé una mano invitándolo a que se acercara, mi madre ya se había ido. Al llegar a mi lado hice que se recostara y me acurruqué sobre su pecho feliz de sentir su olor entrar lenta y dulcemente a mis pulmones.

—Duerme, Kya... aquí voy a estar... —no supe si dijo algo más, yo ya no podía estar despierta.

Abrí los párpados perezosa. Me moví un poco y al sentirlo sonreí. No fue un sueño, él estaba ahí y tenía rodeada mi cintura mientras yo descansaba sobre su ancho pecho. Estaba completamente dormido. Lo observé por unos minutos, embelesada. Era de noche, pero podía verlo en la penumbra sin problema pues mi puerta estaba abierta y las luces del pasillo encendidas. Obra de mi madre, supuse.

Unos minutos después, busqué con la mirada el reloj que estaba sobre mi mesilla y vi que pasaban de las nueve. En los últimos días el tiempo dejó de ser importante, de tener sentido. Ambos estábamos cubiertos con una manta que seguro colocó ella. Escuché voces en la planta baja y me sentí famélica. Quité con cuidado su brazo de mi cuerpo. Se veía hermoso completamente ajeno a todo. Sus ojeras las pude ver ahora con mayor claridad, sin poder resistir la tentación acerqué un dedo para acariciarlas, me detuve a unos centímetros por miedo a despertarlo.

Logré sentarme en la cama dándole la espalda. Aún me sentía cansada, pero lo primero era ingerir algo.

—Ahora tú eres la que me deja... —giré culpable.

—No quería despertarte —me disculpé en voz baja—, es solo que tengo un poco de hambre... —se frotó los ojos sonriendo.

—Te acompaño —se sentó del otro lado del colchón.

—No es necesario... tú también necesitas dormir —se levantó con su típica agilidad y no pude más que contemplarlo. Era hermoso, grande y... mío. Rodeó mi cama y se puso frente a mí.

—Yo solo te necesito a ti, Kya... vamos... —me miró de esa forma que me hacía perder el aliento. Tomé su mano perdida en sus ojos y bajamos juntos. Aquellos tres días quedaron completamente sepultados, increíble.

Cuando terminamos de saciar nuestro apetito gracias a lo que mi madre cocinó por la tarde, recogimos todo, me tomó de la mano y salimos a la terraza. Me sentó sobre sus piernas como solíamos hacer.

—Kya... ayer, lo que me dijiste acerca de que no sabías dónde vivía... —puse mis dedos sobre su boca intentando silenciarlo.

—Por favor no digas nada, sé que en tu casa no van a aceptarme, Liam, y de verdad no importa. Que tú me quieras para mí es suficiente —besó mi mano sin soltarla.

—Te amo, eso jamás lo dudes y... tienes razón, no lo van a tomar bien. Los

conozco, por lo mismo no te pienso exponer, ¿comprendes? Lo sabrán, seguro pronto, aquí no se pueden ocultar esas cosas tanto tiempo, si de hecho me parece raro que aún no me pregunten nada. En cuanto eso suceda, lo enfrentaré. Ni siquiera les he dicho lo que pienso estudiar y mucho menos dónde —bajé la vista triste. Me dolía que las cosas fueran tan difíciles para él, que tuviera unos padres que no lo conocían en lo absoluto y que además no lo dejaran elegir lo que deseaba hacer de su vida, ni con quién compartirla—. ¡Ey! —Elevó mi barbilla con su dedo sacándome de mis pensamientos—. No estés triste, no hay motivo, yo soy feliz con tan solo estar a tu lado, eso no va a cambiar —pegué mi frente a la suya sonriendo y besé tiernamente uno de sus labios—. ¿Sabes?, ayer que me pediste que me fuera, pensé que no volvería a tenerte así, no en algún tiempo, por supuesto no pensaba darme por vencido, eso nunca lo haré, pero estabas tan decidida, tan... dolida. Creí que me alejarías por mi estupidez, por mi inmadurez... y eso sí que terminaría conmigo, Kyana, ninguna otra cosa —Lo abracé hundiendo mi rostro en el hueco de su cuello.

El resto de la noche intentamos conversar de otras cosas. Todo había pasado al fin y teníamos dos semanas de vacaciones por delante.

Esa noche nos costó separarnos, nos besamos una y otra vez, ansiosos. Por lo mismo al día siguiente lo vería temprano y no nos alejaríamos, a menos que una tormenta de fuego llegara de improvisto al condado.

Dormí perfectamente. Me levanté con apetito y tarareando una canción. Hice de desayunar intentado compensar mi falta de cooperación los últimos cuatro días con una sonrisa congelada en el rostro.

—Kyana, tenemos que hablar —me puse rígida de inmediato al escucharla. Sabía que me lo diría, yo estaba decididamente mejor, pero era muy consciente de mi conducta: actué mal, me dejé llevar por la desesperación y la frustración. Asentí mientras terminaba con mi tarea.

Una vez sentadas, almorzamos en silencio. No estaba enojada, de hecho no recuerdo alguna vez haberla visto así conmigo, digamos que nunca le di razones, pero sospechaba que ahora sí tenía unas cuantas. Alcé la vista cuando terminé y esperé a que hablara. Jugaba con su servilleta pensativa, como buscando las palabras adecuadas, aguardé.

—Kyana, no alcanzo a comprender. Esto... es muy difícil para mí, verte como te vi, no me gustó nada, no está bien, hija. Y cuando lo vi a él... y noté que estaba igual que tú... realmente me asusté. Mi amor, no sé cómo abordar este tema, tú eres una jovencita, Liam es tu primer amor y al parecer para él,

tú eres lo mismo. Te juro que sé lo mucho que se quieren, sé que no pueden estar separados, pero no sé si es normal, si es lo correcto. Noto cómo crece la intensidad de sus sentimientos a cada momento. No soy ingenua. Tampoco quiero hacerlos parecer insignificantes o algo propio de la edad, de verdad creo que es genuino lo que sienten, pero también me doy cuenta de que ni ustedes mismos saben manejarlos. No tienes idea de cómo te veías, Kyana, parecías un fantasma gris, deprimida, muda, era como si se te hubiera apagado una luz en tu interior —perforé la superficie de la mesa, tenía los ojos rasados, era cierto, justo así me sentí y no lo pude evitar—. Me preocupa, tengo que confesarte que me da mucho miedo, no sé lo que pueda suceder si algún día llegan a separarse, ¿qué va a ser de ti? Sé que no has dejado a tus amigos, la escuela sigue siendo muy importante, no tengo ni una queja sobre tu conducta. No descuidas nada, llegas a la hora que te pido, cumples con tus labores en la casa y pasamos tiempo juntas, tu carácter sigue siendo el mismo, has aceptado mi relación con Ralph de una forma muy madura, pero... no quiero volver a pasar por lo que pasé estos días. Te amo... y me sentí muy impotente —no me gustaba saber que la había hecho sentir de esa manera, yo también la amaba. Acercó su mano a la mía y la sujetó fuerte. La miré llorosa—. Prométeme algo... —no tenía idea de qué me pediría, pero estaba segura que no podría negarme, no después de lo que provoqué en ella.

Mi madre siempre fue vital para mí, a su lado siempre me sentí cómoda, a diferencia de muchos adolescentes que conocía. Nos sincronizábamos a la perfección, nos respetábamos y nos conocíamos demasiado bien y bueno... aunque a veces quería indagar de más, la verdad es que nunca me sentí acosada, sofocada. La adoraba, la admiraba y una de las cosas que más deseaba en la vida era verla feliz, siempre, por lo mismo accedí a mudarme ahí, a pesar del dolor que generó dejar una vida entera allá. Y lo volvería a hacer si fuera necesario.

—Si por alguna razón, tú y él, llegan a... separarse... por favor, te lo ruego, no te des por vencida. Espero nunca suceda, pero... quiero saber que por lo menos lo intentarás —pensar en eso me quemaba, ya sabía lo que era estar sin él y prefería ni siquiera pensarlo. Sin embargo, tenía razón.

—Te prometo que lo intentaría, mamá —sonrió sin estar muy convencida. Estar sin Liam sería una espantosa pesadilla, no podía garantizarle que lograría estar «bien», pero me juré en ese momento a mí misma, que en serio lo trataría. Esos cuatro días me convertí en algo que no me gustó. El cuerpo y el corazón jamás me habían dolido, ahora ya sabía lo que era eso, no se lo

deseaba a nadie.

INQUEBRANTABLE

Liam llegó temprano como prometió. Sentíamos una urgente necesidad de no separarnos, queríamos permanecer tocándonos o besándonos todo el tiempo. Fuimos por mi auto y lo llevamos a casa como habíamos prometido a mi madre. Después caminamos a paso tranquilo por «nuestra playa». Así comenzamos a llamarla a partir de entonces. Era poco visitada y no existía prácticamente ninguna construcción a su alrededor. Estaba escondida por la arena, así que debíamos acercarnos al límite de una montaña para acceder a ella y ver el tronar de las olas. Una de las razones por las que nos gustaba ese lugar; nadie podía vernos, éramos solo él y yo. Por otro lado, en ese sitio todo había comenzado, y por lo mismo lo sentíamos nuestro.

Después de un rato sacó una frazada del auto y la tendió sobre la superficie. Me atrajo riendo contra su cuerpo recostándonos.

—Te amo tanto, Kya —susurró pegado a mi oído. Sonreí al escuchar su tono medio ronco.

—Y yo a ti, más que a nada, Liam —Me recargué sobre su pecho para poder verlo. Me estudió entornando los ojos.

—¿Por qué sospecho que algo ronda en tu cabeza? —A veces no era tan genial que me conociera por completo. Me mordí el labio girando hacia el mar, tomó mi barbilla y me devoró de inmediato—. ¿Me lo dirás? —preguntó arrugando la frente.

—Mamá habló hoy conmigo —enarcó una de sus rubias cejas expectante—. ¿Recuerdas el día que vino mi padre? —asintió con los ojos, no me seguía.

—¿Qué pasa, Kya? —resoplé torciendo la boca.

—Dicen que lo nuestro es... demasiado fuerte —seguía mirándome sin entender, resoplé—. Mi padre se fue preocupado, cree que lo nuestro rebasa lo normal. Mamá cree que no sabemos manejarlo, ¿eso... es malo?, digo, no sé, estos días fueron horribles, pero qué, ¿acaso ellos no reaccionarían así ante una situación como esa? Enamorarse es así ¿no?, bueno, lo cierto es que no tengo nada con qué compararlo... ¿Crees que es como para que mis

padres se preocupen? ¿Piensas que tienen razón? —deseé saber desconcertada. Se sentó frente a mí con las piernas cruzadas, hice lo mismo. Reflexionó sobre lo que dije.

—Tampoco tengo nada con qué compararlo, Kya. Tú eres la primera persona de la cual me he enamorado. Supongo que en parte tienen razón, por lo menos no veo a ninguno de mis amigos sentir algo como lo que siento, incluso les parece absurdo pensar en una relación tan seria y formal a nuestra edad. Lo cierto es que es así; te amo, me amas, esto no es algo de secundaria. Sé, siento que trascenderá —pasó una mano por mi cuello y me acercó a su rostro, cerré los ojos al sentir su aliento tan cerca, me encantaba—. Y tú, ¿qué piensas?...

—No sé, creo que a veces... tengo miedo... —confesé. Apenas me salieron las palabras debido a su cercanía. En ese momento su expresión cambió. Cerró fuertemente los ojos y cuando los abrió parecía culpable.

—Kyana, no sé explicar lo que sucedió estos días, ni yo mismo lo entiendo. Pasé horas sentado frente al mar pensando en ti. Me sentía tan... vacío, tan solo. Cuando noté que ambos la pasábamos igual, imaginé que era porque no sabíamos estar el uno sin el otro, lógico, por lo que sentimos. De verdad no sé qué sucede, qué me pasa contigo, probablemente no lo sepamos manejar como dice Irina. ¿Quién podría?, es fuerte, abrumador, pero... definitivamente es y eso no va a cambiar. La certeza está en tus ojos cuando te miro y en lo que siento cuando te toco, en lo que tus palabras logran en mí —acaricié mi mejilla intentado buscar las frases adecuadas—. Eres lo más especial que hay en mi vida, lo único por lo que me levanto cada mañana, sin ti me falta el aire... es como si no funcionara nada... Y sí, tienen razón, somos muy jóvenes y aunque ese es nuestro punto en contra, no me importa, nada me importa... Solo tú, y eso no tiene nada de malo. Así que te suplico no tengas miedo, no hay razón, los dos sentimos lo mismo, extraño o no, así es, estaremos juntos, no hay manera de que las cosas sean de otra forma —acerqué mis dedos a su frente e hice a un lado uno de sus cabellos para tocar su piel, definitivamente él era la razón de mi existencia, y sin Liam la vida no sería jamás la misma.

De pronto se arrodilló frente a mí, poniendo una de mis manos sobre su corazón, traspasándome con la firmeza y veneración de su mirada grisácea.

—Kyana, te juro aquí... en «nuestro lugar», que tú y yo realizaremos una vida juntos. En donde no quepa nada más salvo lo que sentimos. Construiremos nuestro propio mundo y envejeceremos juntos. No hay algo

que desee más en mi existencia que tú en ella... Te amo y siempre encontraré la forma de regresar a ti, así el mundo salga de su órbita, choque la galaxia, o algo no salga como deseo ... Siempre... pase lo que pase —acorté la distancia abalanzándome sobre su glorioso cuerpo, provocando así que ambos cayéramos en la arena y lo besé con toda la pasión contenida. Eso era lo único que necesitaba escuchar, confiaba y creía en él como en nadie.

Al sentir mi ansiedad se dejó llevar de inmediato. Sus labios eran mi mejor medicina, era mío y yo ya era suya, ¿qué más daba todo lo demás? Unos segundos después recordamos dónde estábamos, no nos hallábamos del todo solos. Al darnos cuenta, nos reímos sobre nuestras bocas. Le di un último beso sin poder aguantarme.

—Yo también te lo juro, eso es lo único que quiero... —rodó y terminó sonriente sobre mí.

—Entonces así será —y volvimos a probarnos.

Decidimos olvidar esa sensación molesta y nos dedicamos a conversar sobre la relación de Emma y Kellan y nuestros planes para la universidad. Increíblemente mis miedos desaparecieron, junto a él todo era fácil. Para mi sorpresa, al atardecer sacó una cesta llena de comida. Fue de verdad una tarde inolvidable. Mi cabeza ya estaba llena de muchos momentos como esos a su lado, sabía que los recordaría para siempre. Cuando anocheció y comenzaba a hacer un poco de frío, Kellan marcó.

Nos encontramos con ellos en casa de Emma. Ahí también estaba Annie y Luck. Entre ellos dos surgió una fuerte amistad, pero todo indicaba que de ahí no pasaría. Jugamos en la mesa de billar que tenía en su gigante terraza. Mientras su madre no se cansaba de dejarnos bocadillos y refrescos suficientes para un regimiento.

Nadie nos preguntó nada, nos recibieron relajados comprendiendo que ya todo había pasado. Ahí, en medio del juego y las risas hicimos planes para las vacaciones, al parecer nadie saldría. Así que Kellan ofreció irnos a una casa que tenía a unas horas de allí el siguiente fin de semana. Quedaba muy cerca de donde Liam se había refugiado. La idea me ilusionó. Lo cierto es que por muy entusiasmada que estuviera, no tenía idea de si mi madre lo vería con buenos ojos, pero lo intentaría, moría por pasar unos días a su lado.

Por la mañana del lunes mientras mamá se fue a trabajar, asee toda la casa a conciencia. Revisé todos los correos, los contesté. Le hablé a Jane y Raúl, me quedé de piedra cuando me confesaron que estaban juntos. ¡Eso sí que era toda una noticia! Intuía desde su visita que algo sucedía, no obstante, al

parecer ellos se tardaron poco en darse cuenta. Se escuchaban felices, tenían puesto el altavoz y me contaban los pormenores de la historia. Fue por demás divertida: celos, raptos, confesiones y al final, lo irremediable, una declaración.

Liam llegó mucho antes que mi madre. Le conté emocionada sobre mis amigos, dijo que él también se percató de que algo sucedía entre ellos.

—Es asombroso... crecimos juntos, Liam... Ojalá y resulte, sería horrible que nuestra amistad terminara por eso... —estaba sentado en una silla tan alta como él a un lado de la barra de la cocina y tenía rodeada mi cintura.

—Ya verás que sí y espero sean la mitad de felices de lo que yo soy junto a ti... —Me acerqué para darle un beso sonriendo. No podía evitarlo, cuando me miraba y hablaba así... era imposible no querer comérmelo entero. Mi plan se vio frustrado cuando el timbre sonó, corrí a la puerta mirándolo coqueta y con una promesa en los ojos. Sonrió encantado. Abrí.

—Hola... —al escuchar la voz procedente del exterior me paralicé. Era Max, no tenía buen aspecto, aun así, no me dio ni un gramo de lástima, no después de lo que había provocado. Enarqué una ceja retadora cruzándome de brazos.

—¿Qué haces aquí?... ¿No te parece demasiada desfachatez atreverte a tocar mi puerta después de lo que hiciste? —desvió la mirada un tanto asustado sin prestarme atención, al sentir la mano de Liam rodeando mi cintura protectoramente, comprendí qué era lo que veía. Sentí pánico, las piernas me tambalearon. No quería un problema, ya no.

—Necesito hablar con ustedes —pidió con voz apagada. Ni en sueños. Intenté cerrarle la puerta en la cara, era lo menos que se merecía el muy cínico. Mi novio me detuvo sin soltarme. Parpadeé sorprendida e intranquila, no podía verle el rostro, por lo que no sabía qué haría. ¡Diablos!

—Me parece que no hay nada de qué hablar, Max —zanjó Liam imperturbable. Estaba segura que lo querría golpear, no entendía su serenidad. Llené de aire mis pulmones esperando que de verdad se comportaran como dos seres civilizados.

—Te equivocas, Liam... lo que viste fue... —Mi examigo lucía abatido, eso no logró ablandarme.

—Lo sé, tú la besaste —completó mi novio la frase sin un ápice de sentimiento. Max agachó la cabeza asintiendo arrepentido.

—Sí...

—Bueno, eso ya lo sabe, ahora vete... —insistí alzando la voz. Liam me

apretó un poco como tratando de que me calmara, al parecer él sí quería escucharlo. Max lo miró confundido dándose cuenta.

—No pensé que lo tomaras así... vine creyendo que...

—Que Liam te golpearía. Debería hacerlo yo, ¿no crees? —Al ver mi reacción asintió resignado. Pestañeé aturdida ante su docilidad; había ido ahí consciente de que podía salir con algunas lesiones. ¿Qué traía entre manos?

Liam acercó sus labios a mi oído, sentí de inmediato un cosquilleo por toda mi columna vertebral.

—Kya... por favor... tranquila. Deja que hable... —Me quedé muda mirando a Max molesta.

—Kyana, perdóname. No lo pensé, me alegré al terminar ese jodido trabajo, nos costó mucho, fue un impulso... —¿Un impulso? Me creía estúpida. Logré deshacerme del brazo de Liam. No di ni un paso cuando volvió a acomodarme a su lado. No quería confrontaciones. Bufé vencida y recargué mi rostro en su pecho resignada. Tenía razón, yo le había pedido evitar justo eso—. Lo que hice fue muy bajo, Liam, yo no soy así. Lo que dije... es obvio que sabes que no era cierto... —Nos observó comprendiendo que habíamos arreglado el malentendido—. Sé que te hice daño, Kyana. Me sentí un miserable al verte ese par de días así... —Liam se tensó—. Cuando me preguntaste si me sentía mejor por haberme vengado, la realidad era que no. Me hiciste pensar mucho... ya no quiero esto. Es absurdo, aunque sé que jamás podremos ser amigos de nuevo —Ahora miraba al causante de su odio—. Jamás hubiera pensado que tú podrías hacerme algo como lo que hiciste aquel día...

—¡Agh! Él no te hizo nada —escupí harta. Liam nuevamente se tensó e intentó tranquilizarme apretando mi cintura, pero yo no me iba a callar aunque él me lo pidiera, ese malentendido debía terminar, ya había causado muchos problemas. El chico que me había besado sin consultarme parecía confundido— Sí, Max. Jen los usaba a los dos —Mi examigo abrió los ojos de par en par, no tenía idea de que yo supiera todo—. Mientras estaba contigo estaba también con él y quién sabe con cuántos más. Lo cierto es que Liam no tenía idea de que había algo entre ustedes, no llevaban mucho tiempo de novios, ¿no es así? Y tú y Liam ya no eran los amigos que solían, ese día él se enteró... —Max estudió desconcertado al dueño de esos grilletes que no permitían acercarme y darle otra bofetada, por tarado. Lo asombroso fue percatarme de que este le sostenía la mirada penetrantemente, continué—. Ella lo buscó esa noche para rogarle que no te dijera nada y lo besó justo

cuando tú llegaste. No sé cuál era su plan, pero así fueron las cosas y hay testigos. Así que en efecto... es absurdo todo esto... —Ninguno de los dos habló, se observaban de una forma muy extraña.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo intenté, pero todo se salió de proporción bastante rápido... —Max agachó su castaña cabellera metiendo las manos dentro de los bolsos del jean.

—No lo sé, Liam. Después de eso pasaron demasiadas cosas... —volvió a encararnos—. Sin embargo, necesito ofrecerles una disculpa, sé que la lastimé. Y al verla a ella supe que había llevado las cosas demasiado lejos. En algún momento... sabes que me interesó, ahora no es así. Me doy cuenta de cuánto se quieren. Y cuando te vi, sentí la necesidad de que sintieras lo que yo aquella noche, lo cierto es que jamás pensé en lo que provocaría. Nunca podré olvidar tu mirada, Kyana, de verdad eso fue lo que me hizo reaccionar. Pensé mucho para venir, sé que regresaste desde el viernes, es solo que preferí dejar pasar unos días... Lo siento, en serio —estaba atónita, hablaba honestamente y teniendo a Liam junto a mí debo confesar que ya no sentía tanto rencor.

—Besarla fue lo peor que pudiste hacerme, Max. No solo la quiero, la amo y esto la lastimó demasiado. Ella te consideraba su amigo, la usaste por algo entre tú y yo. Sé que han sucedido muchas cosas entre nosotros, pero necesito que se detengan, Kya está en medio, no soporto que así sea y sé que tú tampoco. Por favor... hay que dejar esto de una vez... tú ahora sabes cuál es mi punto débil, no voy a permitir que vuelva a suceder algo así. ¿Comprendes? —sonó tranquilo, pero había un dejo de amenaza en su voz que no pasó desapercibido ni para Max, ni para mí.

—Jamás volverá a ocurrir, la considero mi amiga, o por lo menos la consideraba antes de la bajeza que cometí —Ambos situaron la atención en mí por lo que no pude evitar mordirme el labio, el cuadro era por demás extraño— Liam tiene razón, Kyana. No te la he puesto fácil y tú nos has demostrado todo este tiempo que somos importantes para ti. Espero me puedas dar otra oportunidad. Prometo no tendrán una queja sobre mi conducta, sé que Liam ha cambiado desde que está a tu lado. Tengo que admitir que no es ni el rastro de lo que era y eso es por ti. Yo también quiero que pare todo esto... —giré hacia mi novio. Ciertamente estimaba a Max, por lo mismo no sabía si estaba preparada para olvidar lo que hizo. Él respiró profundo, parecía estar pensando a mil por hora y después de unos segundos, asintió dejándome a mí la decisión.

Encaré a Max.

—No lo sé, esto fue... muy duro para los dos. Es verdad que los quiero, pero me lastimaste mucho, jamás lo hubiera pensado de ti. Creo que será cuestión de tiempo y por otro lado, Liam, es lo más importante para mí, así que no permitiré que vuelva sentir lo que sintió aquel día.

—Lo comprendo, y bueno... creo que para variar tienes razón, es tiempo. Liam, debes saber que te creo, sé que es verdad lo que dijo Kyana. Es más, creo que de alguna forma siempre lo supe, pero se conjugaron tantas cosas. Espero que también con el tiempo las diferencias entre nosotros queden superadas... —era increíble escucharlo hablar así, era como si fuera otra persona. Estaba atónita y con los ojos bien abiertos.

—Yo también lo espero y más que por mí o por nosotros, por ella... Kyana es la única que no tiene nada que ver en todo esto Max, y la que más lastimada ha resultado por nuestras diferencias.

—Lo sé y lo cierto es que me da gusto ver en lo que te ha convertido, que eres... como solías. De mi parte ya no habrán más problemas... —parecía más relajado, incluso contento.

—Creo que es lo mejor, de mi parte será igual —Ambos sonrieron amigablemente. Al parecer ya todo había terminado y las cosas iban a cambiar realmente. No lo podía creer.

—Bien, ya dije lo que tenía que decir, así que me voy. Gracias por reaccionar así, pensé que iba a salir de aquí incompleto —alzó la mano despidiéndose y se alejó. Nos quedamos observándolo. Unos segundos después Liam cerró la puerta y me besó, aprovechando mi aturdimiento.

—Pensé que reaccionarias diferente —admití contra su boca.

—Yo también, pero te lo prometí y aunque lo que hizo me puso furioso yo no voy a causar más problemas, siempre sales lastimada por eso. Te dije que por ti soy capaz de todo, Kya y es verdad, soy capaz incluso de perdonarlo. Lo único que quiero es que estés feliz...

—En serio te amo, te adoro... No sé qué hice de bueno en mi vida para tener a alguien como tú a mi lado, pero me encanta que así sea.

—Créeme cuando te digo que soy yo el que no comprende cómo es que te tengo conmigo, pero voy a hacer todo lo necesario para que así siga siendo...

Más tarde me dejó sola con mi madre para que pudiera gestionar el permiso. Liam me dijo que si no cedía, no la presionara; él y yo encontraríamos qué hacer. Cuando terminamos de comer decidí que era el momento justo. No lo pensé demasiado, respiré hondo y me aventuré.

—Mamá, Kellan tiene una casa a un par de horas de aquí y... nos invitó a pasar el fin de semana... —mis palmas sudaban, para mi sorpresa me miró tranquila.

—¿Quiénes irán?

—Él y Emma, Annie, Luck, Liam y yo. —Torcí la boca esperando una negación rotunda. Estaba metiendo los platos en el lavavajillas, pensaba su respuesta. Suspiró y giró de nuevo.

—Kyana, nunca te he negado un permiso, nunca me has dado motivos. Te confieso que me da miedo, pero también me queda claro que tienen mucho tiempo aquí a solas, como para hacer lo que deseen. Solo quiero pedirte, suplicarte... que no te dejes llevar. Son muy jóvenes y sé cómo se quieren, no cometan una tontería. Cuídate, cuídense, no arruinen su futuro y lo que tienen.

—Te lo prometo, yo tampoco deseo estropear todo.

Se acercó a mí tomándome por ambos hombros.

—Confío en ti y tienes mi permiso para ir. No me defraudes, pero sobre todo, no te defraudes a ti misma, eso es lo único que te puedo decir —asentí dándole un gran beso, feliz.

—Sí, mamá, te lo juro.

Cuando le dije a Liam más tarde se puso feliz. Los días siguientes fueron geniales, estuvimos juntos todo el tiempo y también salimos con nuestros amigos. Para el jueves ya teníamos todo organizado y partimos el viernes temprano. Kellan llevó su auto y Liam el suyo. Aquel paraje no se encontraba muy lejos de Myrtle Beach.

Después de un poco más de cuarenta minutos, llegamos. La casa era hermosísima y muy grande. Estaba frente al mar. Todo era ventanas y paredes blancas, con una alberca enorme y varios camastros. Increíble.

La elección de recámaras fue fácil. Luck en una, Annie en otra, Kellan y Emma eligieron la que solía ser de él cuando iba y Liam y yo la más alejada de todas. Tengo que confesar que, al principio, pecando un poco de mojigatería: dudé. Me dio miedo tenerlo tan cerca, aunque paradójicamente no existía algo que quisiera más que saber lo que era despertar a su lado. Mi cabeza era un lío. No le hice caso.

Dejamos las cosas cada quien en su habitación. La que elegimos daba al océano, se encontraba en el segundo piso. Contaba con una inmensa cama *king size*. Toda la recámara estaba decorada en tonos miel con luces tenues. La ventana era de piso a techo y las cortinas se hallaban corridas para poder

ver el paisaje. Era como tener frente a nosotros un perfecto cuadro de una de las cosas que más amaba en la vida: el mar. Contaba con un gran baño de azulejos claros. Igual que el resto de la casa, y el cuarto gozaba de duela natural. Parecía sacada de una revista de diseño.

Una vez solos, los nervios hicieron de las suyas, me quedé de pie viendo hacia afuera mientras él deshacía su equipaje. No miento, me encontraba ansiosa aunque también asombrosamente feliz. Al comprender mi actitud, rodeó mi cintura colocando su rostro sobre mi hombro. Enseguida mi sangre bombeó más rápido de lo usual.

—Deja de morderte el labio, ya sabes que no me puedo controlar cuando lo haces... —enseguida dejé de hacerlo e intenté sonreír mirándolo de reojo. Se puso frente a mí y levantó mi rostro con su dedo pulgar para verme a los ojos — Kya, tranquila, el que estemos aquí no quiere decir que tiene que suceder algo de lo que tú no te sientas segura. No va a pasar nada que no desees, créeme que lo único que quiero es estar contigo. Por favor no estés nerviosa... si prefieres que duerma en otro sitio, lo entenderé...

—¡No! —solté inmediatamente escuchándome más segura de lo que en realidad estaba. Él rio y me abrazo divertido.

—De acuerdo, ya sabes que se hace lo que tú digas.

—No te burles, claro que quiero dormir aquí... contigo... Es solo que no quiero cometer un error.

—¿Un error? —frunció el ceño.

—Sí —de pronto entendió, acomodó con suma atención un mechón tras mi oreja como solía hacer.

—No voy a permitir que algo así pase, por supuesto no ahora, aunque en el futuro sí deseo tener montones de errores tuyos y míos ¡Eh! —apretó mi nariz con ternura. Sonreí al escucharlo, comprendió mi temor sin problema—. Anda, vamos a cambiarnos, quiero aprovechar estos días al máximo contigo —Me iba a alejar cuando tomó mi brazo y me besó—. Eres única, Kyana... y adoro tú sinceridad.

Quince minutos después bajamos, yo ya me había puesto un traje de baño de dos piezas y un pesquero de algodón. Él solo llevaba su short, junto con nuestras toallas sobre su hombro. Ya estaban todos alrededor de la piscina, riendo por algo que no escuché. Dejamos las cosas y cuando menos me di cuenta Kellan jaló hacia la piscina a Liam, este no se fue solo, mi novio lo arrastró junto con él. Mis amigas y yo soltamos la carcajada. Pero la diversión nos duró poco. En cuanto los vi salir supe que las que seguíamos

éramos nosotras. Intentamos huir, pero eran demasiado ágiles. Liam fue el primero que alcanzó a Annie, Luck a Emma y Kellan a mí. Ni siquiera me dio tiempo de quitarme los pantalones, ni a mí, ni a mis amigas.

Todas nos salimos como perros mojados para sacarnos la ropa empapada. El estómago, para esas alturas, me dolía de la risa, de repente nos percatamos de que Luck aún seguía completamente seco. En cuanto se descuidó las tres pasamos a un lado de él y sin esfuerzo, cayó. Las carcajadas regresaron de inmediato y de nuevo otra guerra.

Más tarde organizamos equipos para jugar fútbol en la piscina. Kellan sacó unas porterías de plástico, una pelota y las acomodó en ambos extremos. En mi equipo estaba Emma y Luck, así que los otros tres eran nuestros rivales. Fue una locura, se valían de cualquier cantidad de tretas para ganar el balón. Cada uno marcaba a alguien y por supuesto Liam me marcaba a mí. Me hacía a un lado sin ninguna dificultad, era imposible luchar contra él. Al final Emma y yo, en uno de los tiempos fuera, decidimos usar otras maniobras más efectivas para confundirlos y así poder quitarles el balón sin tanto problema, «estrategia pura», lo llamó Luck orgulloso.

Fue increíble ver cómo ambos cayeron sin problema. Mientras Annie les gritaba que reaccionaran, no podían, los mirábamos coquetas y los tocábamos de forma provocativa, por lo que hacían lo que queríamos con tan solo la promesa de un beso. Luck estaba feliz con nuestra «táctica», al final les ganamos por dos puntos.

—En serio son increíbles, ¡eso son los trucos más viejos del mundo! — Annie los reprendía a ambos. Liam nadó hacia mí sonriendo.

—Lo siento Annie, pero yo a ella no puedo negarle nada y un beso mucho menos —era cínico, pero le importaba poco. Giró hacia mí, me tomó del mentón y posó sus labios sobre los míos sin escatimar en deseo. Guou.

—Perfecto, de ahora en adelante yo quiero con ellas... —anunció mi amiga divertida, provocando que ambos riéramos aún sin separarnos.

—Claro que no, esas mentes perversas son mi equipo, ni de broma las dejaré ir —Luck y ella comenzaron una guerra sobre quién se quedaría con nosotras en caso de otro juego. Los demás nos limitamos a carcajearnos del otro lado de la piscina, era absurda su discusión. Después de un rato de no poder ponerse de acuerdo se dieron por vencidos. Ya era mediodía y el clima estaba templado. Liam y yo nos fuimos a caminar, los demás se quedaron jugando cartas.

Regresamos riendo, nos molestamos todo el tiempo e incluso terminamos

revolcados por algunas olas heladas, por lo mismo destilábamos agua y teníamos arena hasta en la boca. Nos enjuagamos en las regaderas que tenían justo subiendo las escaleras que daban a la piscina. Más tarde comimos, hambrientos y organizaron otro juego en el que perdimos sin remedio.

Como a las nueve prendieron una fogata. Los seis nos sentamos alrededor. Emma y yo comíamos malvaviscos felices, mientras Kellan, Luck y Annie tomaban cerveza y Liam escuchaba los chistes que entre ellos contaban. Yo no solía tomar, lo probé en varias ocasiones y no fue lo mío. No sé, el sabor no me agradaba, por supuesto contaba con algunas borracheras en mi lista; pero la resaca y que fuera amargo al contacto con la lengua, ¡puaj!, no me atraía. Lo extraño era que Liam tampoco parecía necesitarlo cuando estaba conmigo; ya me había percatado en otras ocasiones en las que el alcohol circulaba como solía, que él lo evitaba sin más. Más tarde le preguntaría a qué se debía, porque abstemio estaba segura no era.

Cuando por fin quedé satisfecha de tanto dulce, cosa que sí me fascinaba, él me recibió entre sus piernas, rodeándome con una frazada que también lo cubría. Me sentía realmente feliz, y completamente enamorada, ¿qué más podía pedir?

Kellan comenzó a narrar una historia de terror; era muy bueno para esas cosas. Más de una vez me hizo dar un respingo. Liam reía tras de mí apretando sus manos en torno a mi cintura con un poco más de fuerza. No solía ser miedosa en lo absoluto, al contrario, todo eso me encantaba, pero él lo hacía parecer asombrosamente real. Incluso asustó a Emma sacándole un gran grito, que después remedió dándole miles de besos y otras miles de disculpas. Era evidente que ya todos estábamos listos para dormir. No habíamos parado en todo el día.

—¿Tienes sueño? —preguntó bajito en mi oído. Asentí exhausta—. Nosotros ya nos vamos —anunció Liam, ya pasaba la medianoche y yo estaba prácticamente dormida sobre él. Tomé su mano, repentinamente despabilada, siguiéndolo sin respingar.

Cuando llegamos a la recámara se dio un baño, mientras yo sacaba mi ropa de dormir. En cuanto terminó, yo lo emulé. No sabía cómo actuar, jamás había estado en una situación ni siquiera similar. Alargué el tiempo en la ducha lo más que pude; me puse unos shorts de algodón junto con una playera de tirantes; me desenredé el cabello como si en seis meses no lo hubiera hecho; temblaba. Llené de aire mis pulmones, agarrando valor de algún lugar de este cobarde cuerpo y salí. Liam estaba acostado con la cama

destendida, cambiando distraído los canales de la televisión, que tenía justo enfrente. Me vio y dejó de hacerlo sonriendo. Comencé a revolotear nerviosa por el cuarto.

Al darse cuenta de mi actitud, se levantó y me sujetó por la cintura. Aún tenía el cabello húmedo y llevaba el torso desnudo. Dios, hiperventilaría. De verdad mi boca se secaba como si me encontrara en un desierto, era como si la saliva decidiera renunciar a su cargo y desapareciera así, sin más. La realidad es que Liam era asombrosamente atractivo, varonil, y como si eso fuera poca cosa, lo amaba hasta el desquicio.

—Ey... tranquila... vamos a dormir... no te pongas nerviosa... —asentí mientras me llevaba de la mano a la gran cama. Se acostó sonriente, jalándome para que yo lo hiciera a su lado—. ¿Qué quieres ver? —preguntó tomando de nuevo el control de la TV encontró una serie que nos gustaba y ahí la dejó. Me hallaba recargada en su pecho mientras él me tenía rodeada con uno de sus enormes brazos. El nerviosismo comenzó a diluirse sin que me percatara, parecía algo muy normal estar así: acostados uno al lado del otro, riendo por algo que había dicho el protagonista del programa.

—Liam...

—Mmm —me dio un beso en el cabello en respuesta.

—Te amo... —Él solía ser el que lo decía primero, sin embargo, en ese momento sentía mi corazón lleno de ese sentimiento. Elevó mi rostro tiernamente hasta tenerme a un centímetro de su boca, contempló mis labios como si fuesen algo que estaba decidido a probar.

—Yo también —Su aliento rozó mi piel, no pude más y acorté la distancia.

Lentamente me colocó sobre su ancho cuerpo sin separar nuestros labios exigentes de más. Acariciaba con su lengua mi interior de una manera que no conocía, me saboreaba con calma, disfrutando. La respiración comenzó a escasear de forma más fuerte en esta ocasión. Se dio cuenta, así que viajó hasta mi cuello con asombrosa lentitud, con decadente vehemencia. Sus labios suaves como pétalos gruesos pretendían hacerme sentir extasiada.

Liam estaba provocando sensaciones maravillosas e inigualables. Iba saboreando mi piel como si de un manjar se tratara, lamiendo un poco, besando un poco, oliendo un poco. No lo resistí y contraataqué. Lo tomé por el mentón con dulzura y comencé a probarlo de la misma forma mientras arrancaba de su garganta gemidos de aceptación ante mi arrebató. Necesitaba de él, tanto como él de mí. No me detendría, ya no.

Mis pulmones no eran suficientes, faltaba espacio para oxigenarlos, aun así,

no dejábamos de explorarnos, quería sentir sus manos en cada rincón de mi ser, que hasta ese momento, jamás había sido explorado. Sus dedos trazaban círculos delicados por mi piel expuesta. Su tacto tierno paseaba por mis piernas, por mis muslos, por mi cintura hasta que fue ascendiendo hasta mi pecho con deliberada lentitud.

Sus labios seguían colonizando los míos sin darme tregua, mientras mis palmas lo sujetaban con firmeza por esa enorme espalda, sintiendo tenso cada uno de sus músculos bajo mi piel. Conforme el encuentro fue avanzando, el sudor que emanaban nuestros cuerpos incrementó a tal grado que el aire acondicionado no se podía sentir, eso y algo más... una sensación de paz y expectación.

Recorrió mi cuerpo delicada y lentamente, deteniéndose en ciertas partes, arrancando de mi ser jadeos de asombro, de excitación, nunca, en todo lo que llevábamos juntos, lo había sentido tan osado, tan aventurado. Su tacto único era un aliciente para mis sentidos, tanto que deseé explorarlo, sentirlo más cerca... así lo hice.

Minutos u horas después, no lo sé. Bajó lentamente los tirantes de mi blusa. Sonrió con dulzura al ver mi gesto acalorado, extasiado. Pronto esa prenda desapareció y las otras... también. Siempre atento a mis reacciones, a mis emociones. Cada movimiento encerraba una pasión y ternura desconocida, descontrolada. Al dejarme expuesta ante él, su pupila se dilató peligrosamente, dejó de respirar y se deleitó observándome de pies a cabeza mientras yo mordía mi labio, apretando aferrada las sábanas un tanto tímida, un tanto ansiosa.

—En serio eres preciosa, Kyana —sentí pudor, sin embargo, no me moví y dejé me estudiara de esa forma tan singular, parecía anonadado, perplejo. Unos segundos después no lo soporté más y lo tomé del cuello acercándolo de nuevo a mi boca. Nos besamos intensa y placenteramente.

Liam me tocó con seguridad, pero considerando cada una de mis reacciones. Sus manos viajaron a lugares nunca antes explorados, torturándolos y conociéndolos sin abstenerse, cada roce fue tierno, gentil, aunque demasiado nuevo. Sus adorables labios dejaron mi boca para ir descendiendo y así probar lo que sus manos acababan de sentir. De inmediato gemí y jadeé sin poder evitarlo, incluso dejé salir pequeños gritos que de inmediato acallé con mi palma temblando como una hoja, lo que hacía no podía ser legal, sin embargo, era mágico, perfecto. Me retorcí arqueándome convulsamente sin remedio debido a lo maravilloso que se sentía esa mezcla

de timidez y expectación que invadía todos mis sentidos, mis terminaciones nerviosas, mis neuronas y mis células.

No sé cuánto tiempo pasó, pudieron ser años o segundos y para mí hubiese dado lo mismo. Sentirlo piel con piel, pegado a mí, con la temperatura a tope tanto que quemaba, fue uno de los momentos más impactantes e incomparables de toda mi existencia.

Mi frente perlada de sudor, mis pulmones subiendo y bajando sin poder controlarlo, mi boca abierta mientras mi lengua intentaba humedecerla. Estaba en el límite. Repentinamente se detuvo, clavó sus ojos en los míos. Su mirada gris ahora era interrogante, sus pupilas estaban por demás dilatadas y su rubio cabello completamente desordenado, tremendamente sensual.

—Si quieres que pare... pararé —jadeó con firmeza. Sus enormes brazos estaban al lado de mi cabeza y sentía su cuerpo cálido pegado al mío. Ni en sueños. Lo acerqué de nuevo a mí y lo besé ansiosa haciéndole ver que estaba completamente segura de lo que hacía. Cuidando nuestro encuentro, aferró mi cadera con asombrosa seguridad. Sin mucho aspaviento sentí cómo, sin preverlo, entraba en mí de un solo movimiento generando una extraña sensación y enseguida se detuvo. Me aferré a él con todo mi cuerpo tenso emitiendo un quejido ahogado—. Respira, ya pasa... lo juro —sonaba un tanto preocupado, otro tanto contenido. No podía pensar, no lograba hilar una idea con otra. Sin moverse más, besó mis labios de forma sutil, lamiendo mis comisuras con delicada sensualidad, acariciando mi rostro con dulzura. Intentaba relajarme y lo estaba logrando pese a que era demasiado consciente de su invasión. Sus caricias y besos no me permitieron centrarme en ello pues comenzaron con cada segundo a ser más exigentes, más urgidas, más placenteras. Después de un tiempo en el que definitivamente ya me encontraba con la atención en otras cosas, reanudó el embate muy lentamente, casi imperceptiblemente—. Dios... «te amo» ya no es suficiente —musitó jadeando contra mi rostro.

La liga del placer se tornó cada vez más larga, más fuerte, sentirlo así, a mi lado, viviendo uno de los momentos más mágicos de mi vida, no tuvo palabras. Liam era mío, yo era suya, no había más qué decir, más qué pensar. Me dejé llevar relajando mi cuerpo pues su forma de conducirse no permitió que fuera de otra manera, nada tenía comparación con lo que sentí en aquel momento. Fuegos artificiales, luces de bengala, un ejército de pirotecnia y yo... yo sentía aún más. Ese lugar al que me llevó con esmero y profundo amor, era lo más asombroso con lo que jamás me había atrevido siquiera a

soñar.

Desperté desorientada, el sol se filtraba por las delgadas cortinas de la recámara. Sentí su presencia enseguida por lo que giré mi rostro. Me miraba hipnotizado. De pronto recordé la noche anterior y un rubor pintó mis mejillas sin que pudiera evitarlo, fue inolvidable.

—¿Te quieres casar conmigo? —pestañeé escucharlo. Me observaba de una forma muy singular, diferente a todas las demás. Lo que compartimos fue revelador. Jamás lo podría borrar de mi memoria. Se hallaba recargado sobre su codo, con el torso desnudo y una sábana cubriendo su cintura descuidadamente. Parecía un personaje mitológico, demasiado perfecto, demasiado hermoso para ser real. Me senté en la cama intentando cubrirme un poco con la sábana—. Te ves tan hermosa... —acercó una mano hasta mi espalda desnuda y la recorrió con un solo dedo. Sentí la boca seca de nuevo—. No me mires así, Kya... no estoy diciendo que lo hagamos ahora, aunque podría sin problema —fruncí el ceño—. Lo único que digo es que en unos años... tú te casarás conmigo —Ya no lo preguntaba, lo afirmaba. Asentí perdida en sus estanques bicolors. Me acercó a él acunando mi barbilla y me besó tiernamente logrando que mi espalda de nuevo tocara las sábanas—. Eres todo para mí, Kyana, absolutamente todo.

—Y tú para mí, Liam... —sonrió asintiendo mostrando su perfecta dentadura.

—Lo sé y por eso te amo aún más —Al escuchar las risas de Kellan que indicaban ya habían despertado, me intenté levantar—. No me has contestado, Kyana —No supe a qué se refería y enarqué una ceja. Me tenía prisionera. Rozó mi nariz con sus dulces labios divertido—. ¿Te casarás conmigo? —lo decía en serio. Lo evalué unos segundos perdida en la mezcla asombrosa de colores de su iris.

—Sí

—Perfecto —volvió a besarme—. Me daré un baño para que tú puedas... organizarte... —Por supuesto se percató de que no soltaba la sábana, pero al parecer eso le resultó cómico y prefirió darme mi espacio.

Lo vi desaparecer preocupado por su carencia de ropa. Sonreí. No pude evitar evocar la noche anterior. Fue perfecta. Cada caricia, cada beso fue en los lugares justos. A su lado me hizo experimentar el mayor placer de mi vida. En todo momento fue con calma, no tuvo prisa e intentó que disfrutara cada cosa. Cuando todo acabó nos quedamos los dos exhaustos unos sobre el otro y sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos.

Escuché el agua correr de la regadera, me levanté rápidamente. Busqué mi pijama y me lo puse sin poder evitar recordar la manera tan sensual con la que él me la quitó. Me llevé las manos a mis mejillas, las tenía calientes. Sacudí la cabeza y continué sacando lo que necesitaría. Quince minutos después salió y ya todo estaba organizado, como sabía, sería.

Media hora más tarde bajamos para comenzar un nuevo día. Almorzamos lo que preparó Annie y Luck. Al parecer a todos se nos pegaron las cobijas, pues no llevaban mucho despiertos.

Jugamos fútbol en la playa, que curiosamente terminó siendo americano. Después, sin darnos cuenta, acabamos todos en el mar jugando una especie de lucha en la que las tres estábamos trepadas en los hombros de ellos e intentábamos tumbarnos unas a otras.

Más tarde todos de nuevo exhaustos. Kellan y Luck se pusieron a beber en la playa mientras Emma y Annie jugaban cartas apostando cualquier cantidad de cosas. Liam y yo nos tumbamos sobre una toalla no muy lejos de ellos, demasiado cansados gracias a la noche anterior. Él se quedó dormido por un rato, pero yo no pude, así que me acerqué a mis amigas y en un instante, ya me encontraba apostando junto con ellas muy entretenida.

Cuando despertó se unió a Kellan y Luck, noté nuevamente que tomaba solo agua. Al parecer conversaban sobre el equipo y cosas que solo ellos entendían. Ya que anocheció y las hice perder de una manera humillante, Kellan propuso ir a cenar a un lugar no muy lejos de ahí. De inmediato aceptamos.

Al llegar a la habitación para darnos una ducha y mudar de ropa, sin más nos comenzamos a besar llenos de ansiedad. Habíamos quedado en vernos en una hora abajo.

—Todo el día he tenido ganas de tenerte así de cerca... —susurró contra mis labios. Un instante después terminamos bajo el chorro de agua de la ducha, empapados, tocándonos sin cesar. Era demasiado excitante estar a su lado y sentir que él también moría por tenerme así de cerca. Nos quitamos la ropa húmeda con urgencia tocó mi piel de esa forma única, arrancado nuevamente jadeos y gemidos interminables. Nos exploramos ávidos, con deseo. Me tomó en brazos llevándome hasta la cama sin dejar de besarme.

Esta vez fue diferente, pues aunque fue cauteloso, me percaté de que sí se limitó mucho menos, pues nos fundimos casi de inmediato en un arrebato vehemente, lleno de ansiedad y ganas de volvernos uno sin esperar. Me enloqueció verlo entregarse a mí de esa forma tan arrebatada, ansiosa,

dejando salir de su enorme pecho rugidos repletos de goce, de placer y a la vez midiendo lo que provocaba en mí. Eso era magia.

Al darnos cuenta de la hora, nos duchamos uno frente al otro riendo. Quince minutos después bajamos, los cuatro nos observaron sonriendo de forma pícaro. Sentí un rubor que se apoderaba de mí y deseé esconderme tras la espalda de mi novio. Qué bochornoso, era evidente que sabían el porqué de nuestro retraso. Liam sonrió al darse cuenta, pero los ignoró.

La cena fue muy agradable. El lugar era pequeño y estaba abarrotado. Platicamos sobre nuestras infancias, así que cuando fue mi turno intenté relatarles cada detalle, pues me daba cuenta de que su relación databa desde el preescolar por las anécdotas que compartían. En medio de esas anécdotas noté que Liam no compartía mucho sobre esa etapa, solo las partes en las que incluía a sus amigos o a Max y Ray, pero de sus padres, de su casa, nada.

A las nueve regresamos y todos nos metimos a la alberca. La noche estaba fresca y el agua calentita. Pasamos varias horas adentro conversando de muchas cosas más o bromeando sobre otras tantas. Para medianoche los ojos se me cerraban, el vapor del agua ya estaba adormeciéndonos a todos.

Emma y Kellan fueron los primeros que se despidieron. Nos quedamos todavía un rato más con Annie y Luck. En cuanto llegué al cuarto me puse el pijama como pude y me tumbé sobre la cama rendida; sentí como Liam me metía bajo las cobijas y me abrazaba por la espalda acomodando su cabeza junto a la mía de manera que sentía su aliento sobre mí.

Por la mañana fui yo la primera en abrir los ojos. Él estaba boca arriba y me tenía pegada a su pecho. Levanté la cabeza con cuidado para no despertarlo, aun así, no pude evitar tocarlo. Me fascinaba, despertaba tantas cosas en mi cuerpo que no era posible tenerlo tan cerca y no explorarlo. Comencé a acariciar su nariz recta con apenas un roce, fui bajando a su delineada boca, luego el cuello, hasta que llegué a su perfecto abdomen, subía y bajaba lentamente.

—Mmm, se siente muy bien... —Di un respingo, enseguida lo voltee a ver, aún tenía los ojos cerrados, sonreía relajado. Continué explorándolo contenta por su reacción. Ya no pudo más y se abalanzó sobre mí como un león contra su presa. Solté una carcajada por la sorpresa. Embonábamos perfectamente, era como si estuviéramos hechos para estar juntos.

Fuimos los primeros en bajar, todo era silencio. Caminamos hasta el mar y nos metimos aun sabiendo que estaba helado. Permanecimos adentro abrazados. No podíamos parar de besarnos, era como haber subido de nivel

en lo que sentíamos uno por el otro y hacer más sólido y fuerte nuestra necesidad de estar juntos.

Si lo nuestro era de acero, ahora sabía que se había vuelto inquebrantable.

No podíamos contener la necesidad de decirnos lo mucho que nos amábamos y nos deseábamos. Descubrimos la manera más espectacular de demostrarnos lo que sentíamos y ya nunca nada sería igual.

Cuando todos despertaron, a Liam y a mí nos tocó preparar el almuerzo. Después los chicos jugaron un buen rato americano, mientras nosotras platicábamos dentro de la alberca.

Las quería mucho pese al corto tiempo que tenía de conocerlas, eran discretas y sabía que podía contarles cualquier cosa. Saciaron sus dudas sobre cómo era que surgió todo entre Liam y yo. Me escuchaban con atención mientras yo intentaba contarles lo más importante. Emma nos describió el berrinche de Ray al enterarse de que Kellan y ella estaban juntos. Tenía claro que no la quería, pero llevaba recibiendo su atención desde hacía años y al parecer, perderla no le agradó a su ego.

Minutos más tarde, Annie se sinceró y nos confesó completamente roja por la vergüenza, que sentía cosas por Robert. No estaba muy segura de qué tan fuertes, además, irían a diferentes universidades y no tenía caso comenzar algo en ese momento. Emma y Kellan irían a universidades que quedaban a un par de horas de distancia, así que para ellos no era problema. Para esas alturas ya todos sabían que Liam y yo iríamos a la misma.

No pudimos continuar porque enseguida llegaron ellos y se aventaron haciendo un enorme alboroto. Eran dinamita juntos, tal parecía que nunca se les acababa la energía. Pronto organizaron una guerra de agua, por lo que la conversación quedó inconclusa.

El regreso a Myrtle Beach fue difícil. Teníamos que separarnos después de pasar tres días de ensueño. Él no se fue de mi casa hasta que el reloj dio la hora límite.

La siguiente semana fue muy intensa, en cuanto se despertaba iba a casa y no salía de ahí hasta el anochecer.

Mi madre no decía nada, ella también pasaba mucho tiempo con Ralph, así que al parecer no le molestaba y mejor aún: me entendía.

Las ganas de estar sin separarnos crecieron de una manera sorprendente, desmesurada y rotunda. Nosotros mismos nos asombramos de lo mucho que nos necesitábamos.

Cuando entramos a clases ya era abril. Las cosas no podían ir mejor. Max y

yo fuimos limando las asperezas poco a poco. Él y Liam se comenzaron a llevar mejor. Sé que es increíble, pero cierto. Ray no tuvo otro remedio que dar su brazo a torcer. Incluso ya existían ocasiones en las que nos encontrábamos sus amigos y los míos, conversando de cualquier cosa en literatura o en un receso.

Sabía bien que probablemente nunca serían de nuevo los mejores amigos, cambiaron mucho desde que lo fueron alguna vez, sin embargo, ambos ponían mucho de su parte y todos se daban cuenta de que las cosas eran mucho más sencillas así.

— Parte dos —



«Estás en mí»

ALGO IMPREVISTO

Las semanas se pasaban volando. Era realmente muy feliz, no habría cambiado nada si se me hubiera presentado la oportunidad. Liam y yo ya llevábamos siete meses juntos, era mayo. A ambos nos aceptaron en el Boston College en Massachusetts, todavía faltaba mandar algunos papeles aunque nuestra estadía allí, era un hecho. Mi madre, como era lógico, se mostró complacida, no estaba muy lejos de Carolina del Sur, así que no sería difícil vernos con frecuencia. Para Liam, las cosas eran diferentes pese a ser una de las mejores universidades. Por lo mismo decidió no comentar nada a sus padres aún. Eligió una carrera con la que no estarían de acuerdo y en un lugar que no era Harvard.

Faltaban ocho días para que el mes terminara. Ellos llegarían ese fin de semana y él ya no tenía más remedio que decirles todo. No parecía nervioso, sin embargo, ambos sabíamos que no lo iban a aceptar tan fácilmente. Lo cierto era que seguía pareciéndole increíble que no lo supieran ya o que no les hubiesen dicho algo al respecto.

En cambio yo sí estaba ansiosa, por lo que intentaba tranquilizarme una y otra vez diciéndome que lo haría aunque se opusieran. Presentía que no entenderían sus razones y que la situación iba a desgastarlo mucho. Sin embargo, creía en él, me había demostrado que podía hacerlo y que cuando algo se le metía en la cabeza no descansaba hasta obtenerlo, por lo que este asunto no podría ser la excepción. ¿Cierto?

Ese fin de semana prácticamente nos mantuvimos en contacto telefónico. No nos gustaba estar lejos el uno del otro, pero Liam necesitaba enfrentarlos. Sabía que no iba a ser fácil, así que cada vez que hablábamos buscaba sonar serena y hacerle creer que todo iría bien. Lo escuchaba triste y un poco ansioso, los dos sabíamos que era normal.

Por la noche del domingo al fin apareció, no quedamos en vernos, así que cuando sonó el timbre alrededor de las nueve y media no sospeché que pudiera ser al fin él.

En cuanto entró, no permitió que le dijera nada, me besó como si hubiera

pasado un siglo que no chocábamos nuestros labios. Respondí como siempre, su boca era algo a lo que jamás podía resistir, su roce era tan tierno, tan suave y a la vez exigía tomar todo de mí dejándome mareada y con dificultades serias para respirar. Desde que compartimos algo más que el alma aquella noche en casa de Kellan, buscábamos con mucha más ansiedad el contacto y las caricias.

—Te extrañé tanto, Kya... una hora más y hago una locura... —sonreí acariciando su rostro. Sabía perfectamente bien a qué se refería. Esos días salí con mis amigos, no estuvo nada mal, con ellos era imposible. Aun así, lo extrañé demasiado.

—¿Cómo te fue? —le pregunté torciendo el gesto.

—En definitiva no comprenden —manifestó agotado, apretando el puente de su nariz cerrando los ojos. Sentí ira hacia ellos, no lo conocían en lo absoluto y a pesar de eso se sentían con el derecho de exigirle qué hacer con su vida, no me parecía justo. Pero eran sus padres, eso lo complicaba todo. Tomó mi mano desganado guiándome hasta la terraza.

Me senté a su lado esperando que me lo relatara todo. Arrugó la frente emitiendo un pequeño gruñido de queja. Me levantó con agilidad colocándome sobre sus piernas. No chisté, ese era el lugar donde más me gustaba estar definitivamente, solo que no me coloqué ahí porque supuse necesitaba espacio, ninguna otra razón tenía para no estar todo el tiempo sobre él.

—¿No comprendes lo mucho que te extrañé? —Asentí perdida en sus ojos ahora un poco más grises. Cuando se dirigía a mí, solía entornarlos y mirarme como si quisiera apoderarse de mi alma, eso siempre lograba dejarme hipnotizada. Acomodó un mechón detrás de mi oreja.

—Para mí también fueron eternos estos días, Liam —sonrió por primera vez en el corto tiempo que llevaba ahí.

—Sí, lo sé y eso hace que te necesite más aún. —Volvió a besarme. Enrollé mis brazos alrededor de su cabello mientras él me acercaba peligrosamente a su cuerpo. Muchas veces teníamos que recordar dónde nos encontrábamos. Bueno, en realidad él era el que se detenía, yo jamás conseguía dominar mis impulsos cuando rebasábamos aquella delgada línea. Esta vez no fue la excepción—. Kya... espera... Irina... —respiró de prisa alejándome con suavidad. Apoyó su frente sobre la mía tratando de controlar sus deseos. Bajé las manos enseguida y me concentré en lograr un ritmo acompasado en mis pulmones, eso siempre representaba un esfuerzo enorme—. Nunca me lo

pones fácil, desde el primer día... —fruncí el ceño fingiendo enojo.

—Eso no es verdad —mentí deliberadamente, me hería que siempre tuviera la razón en ese aspecto. Lo deseaba, lo deseaba hasta la locura y no tenía ningún reparo en demostrarlo cada vez que podía. Sonrió de nuevo al escucharme alejando su rostro para poder observarme.

—Tú sabes que sí, no es que yo no quiera saltar sobre ti cada vez que te veo, conoces de sobra lo que provocas en mí —enseguida me ruboricé recordando todas las veces que ya habíamos estado juntos. Claro que sabía lo que provocaba en él y peor aún, eso me hacía incitarlo aún más y quererlo con desesperación—. Cambiemos de tema, ¿de acuerdo? —propuso. Parecía que sus pensamientos iban en la misma dirección que los míos y sabíamos que podía ser peligroso.

No éramos arriesgados en ese sentido, disfrutábamos de nuestra intimidad sin prisas, sin embargo, existían momentos, como ese, que parecía podríamos mandar al cuerno todo y haríamos lo que nuestros cuerpos nos exigían.

Asentí suspirando resignada.

—Cambiemos de tema entonces... Ahora sí dime. ¿Qué te dijeron? —Su expresión se ensombreció de inmediato, sabía que ese no era el cambio de conversación que buscaba, no me importó. Todo el fin de semana estuve haciendo conjeturas de lo que ellos podrían decirle, así que no lo dejaría evadirme. Enarqué una ceja desafiándolo.

—Kya... —No deseaba hablar, lo conocía ya demasiado bien como para saber que prefería hablar de cualquier otra cosa. Hice ademán de levantarme molesta, me jaló enseguida evitando que lo hiciera. Resopló y me observó durante un momento pensativo—. Está bien —admitió al fin. Me acomodé sobre sus piernas lista para recibir la información que con tanta urgencia necesitaba obtener—. No quieren que estudie allá. Ellos creían que entraría en Harvard, todo el trámite estaba ya hecho. Por supuesto sobre mi cambio de carrera ni te platico, se pusieron como un par de locos —lo escuché angustiada y pestañeando varias veces. Estaba consciente que eso pensarían, pero que lo dijeran era diferente, era real—. No te preocupes, no pienso hacerles caso y se los dije, así tenga que buscar otra opción, no lograrán que haga lo que ellos quieren —abrí los ojos como platos sin poder evitarlo—. ¡Ey! —Susurró acariciando mi mejilla—. Recuerda que los trámites los hice por medio de la beca. Trabajaré, haré lo que deba hacer, pero de ti no me separará nadie ¿Comprendes? —tragué saliva con dificultad, mis teorías no apuntaron a esa dirección.

—Liam, debe haber una forma... —Negó serio.

—Si la hubiera, la haría, Kya, no lo dudes. Tranquila, esto no cambia en lo absoluto lo que vamos a hacer ¿Okey?

—Pero... —Silenció mi boca con su dedo.

—Pero nada, es por eso que no sabía si era buena idea que lo supieras —de pronto una duda se formó en mi cabeza, lo notó enseguida.

—¿Sabes de mí? —no era pregunta, aunque así lo quise hacer parecer. Respiró hondo asintiendo. Ese gesto no me gustó nada—. No quieren que estemos juntos... —intuí la respuesta. Cuando lo vi negando, solo ratificó mi conclusión. Me mordí el labio sin poder evitarlo, no me conocían y no me querían. ¿Qué clase de padres eran?, ¿por qué no me daban una oportunidad? Tomó mi barbilla y me besó dulcemente.

—Kyana, eso tampoco importa. Por favor créeme, no podrán hacer nada para que cambie de opinión respecto a ti. Nada —lo decía demasiado seguro, sin embargo, no pude evitar sentir temor. Las palabras de Roger retumbaron en mi cabeza sin poder sacarlas de ahí.

—Pero...

—Kya... escúchame —No soltó mi rostro para que de verdad lo hiciera—. Tú ahora eres mi vida, mi mundo, mi felicidad y lo será así siempre, lo sé. No permitiré que nada pase. Ellos pueden desheredarme, jamás volverme a hablar, romper todo lazo conmigo y aun así... no importa, nadie me importa más que tú. ¿Sí? —Me quedé sin aire, ¿hasta ese extremo podían llegar las cosas? No tenía ni la menor idea de cómo me dolía escuchar sus palabras, no podía creer que intentaran llegar hasta eso, pero por la forma en la que lo decía parecía algo bastante probable. Me escondí en su pecho, mientras él rodeaba mi delgado cuerpo con sus brazos—. No te pongas así, no quiero mentirte. Eso puede pasar. Lo importante es que comprendas que esta es mi única verdad. No te dejaré, no te dejaré nunca. Lo tengo muy claro, no lo he dudado en estos meses y sé... que jamás lo dudaré. Eres todo para mí.

—Te amo —logré articular aún muy consternada. Me besó en el cabello.

—Lo sé, todo estará bien, ya verás —No estaba muy convencida de eso. Pero por mi bien, intenté creerle. Lo conocía bastante bien como para saber que era demasiado terco y tenaz. Me demostró de todas las formas posibles que me amaba y que jamás se apartaría de mí y por otro lado, estábamos juntos, trabajaríamos, estudiaríamos, lo teníamos que lograr de una u otra forma; no obstante, me dolía el precio que él tendría que pagar por estar conmigo y hacer lo que realmente quería de su vida.

Al día siguiente todo marchaba como siempre. Ya compartíamos a veces mesa con mis amigos. Kellan y Luck se integraron sin esfuerzo. No era que fueran los que solían hace años, pero platicábamos de cosas banales y sin importancia, eso diluía la tensión que se pudiera provocar con su presencia.

Con el tiempo Robert se convirtió en algo así como mi mejor amigo. Liam confiaba en él ciegamente al igual que yo. Nunca me dejaba sola y cada vez aceptaba con mayor agrado nuestra relación.

El miércoles de esa semana iba manejando después de dejar a Annie y a Robert. Solíamos turnarnos, ese día me tocó a mí llevarlos. Di la vuelta en una esquina, faltaban dos cuadras para llegar a casa. Una camioneta enorme apareció justo frente a mí en sentido contrario. Abrí los ojos de par en par. Yo no iba rápido, pero el conductor de ella sí. Con la bocina del auto busqué llamar su atención frenéticamente, al ver que nada pasaba frené con fuerza, no se detuvo. Viré el volante para hacerme a un lado, no fue suficiente, estábamos demasiado cerca. Lo único que atiné a hacer fue cruzar los brazos sobre mi rostro, tensar el cuerpo ante lo inevitable y cerrar fuertemente los ojos.

Latigueé fuertemente a pesar de tener puesto el cinto de seguridad. Quise controlar el movimiento agresivo del que fui presa, no pude. Mi cabeza pegó contra la ventana. Todo se nubló en menos de un instante y un leve pitido se instaló en mis oídos. Cuando abrí los ojos, después del impacto, me sentí desorientada, asombrosamente asustada. La pick up se echó en reversa y desapareció sin que siquiera pudiera ver su rostro y aunque lo hiciera, estaba segura de no poder recordarlo, mi visión estaba borrosa, no diferenciaba ni colores, ni formas.

Me quedé inmóvil sintiendo cómo desde los pies hasta el último de mis cabellos temblaban. Un golpe en la ventana me hizo voltear con dificultad. Era un señor delgado, sus facciones no las pude comprender, pese a eso, sabía que jamás lo había visto. Ese hombre abrió la puerta sin esperar mi respuesta.

—¿Estás bien? —Su voz estaba cargada de urgencia. Me toqué la cabeza sintiendo una punzada muy fuerte en la frente del lado izquierdo. Asentí no muy convencida. Sacó su móvil y llamó a una ambulancia. Intenté desabrochar el cinturón de seguridad, mis manos parecían no poder mantenerse quietas, eran como un par de hojas a expensas de un endemoniado viento. Se agachó sobre mí y lo hizo él—. No te muevas, ya pedí ayuda... —cerré los ojos sintiéndome mareada, con náuseas. Mi cuerpo

estaba completamente desconectado de mi cabeza, apenas si podía recordar quién era.

Escuché muchas voces. Abrí los párpados sintiendo que eran un par de losas sobre mis ojos, el señor seguía a mi lado. Todos hacían preguntas; al parecer nadie vio nada. Se intentaban acercar a mí, pero el hombre los detenía argumentando que no debían moverme.

—¡Kyana! —Al escuchar la voz de Kellan sentí que me desmoronaba. No sé cuánto tiempo transcurrió, sospechaba que apenas un par de minutos.

—¿La conoces? —preguntó el que se convirtió, durante ese momento, en mi guardián.

—Claro que sí —sonó muy angustiado. Quise sonreírle, lo único que logré fue que unas cuantas lágrimas salieran de mis ojos. Pensé enseguida en mi madre y en Liam. Entró por mi puerta y lo vi de frente—Tranquila, dime ¿cómo estás?

—Creo... que... bien, me duele la cabeza —asintió mirándome consternado.

—Parece que te diste un buen golpe, ¿dónde está tu móvil? —fruncí el ceño sin comprender de qué hablaba. Le dio la vuelta al auto y lo sacó de mi mochila. Un minuto después ya se escuchaba la sirena de la ambulancia, él ya estaba de nuevo frente a mí—. Tranquila... todo va estar bien... ya pasó — Nadie permitía que me moviera; comenzaba a desesperarme. Acarició mi rostro tiernamente. Parecía que lo limpiaba. Un segundo después se hacía a un lado y un par de hombres, que reconocí como los paramédicos, me revisaron completa mientras me preguntaban cosas que respondí sin dificultad aunque con voz pastosa.

Me sacaron con cuidado y me subieron a una pequeña camilla.

—¿Cómo se encuentra? —Era Kellan, los interrogaba notoriamente preocupado.

—Al parecer bien, pero tenemos que examinarla. ¿Nos acompaña? —De repente escuché la voz más hermosa del mundo.

—Yo voy... —era Liam y sonaba irreal. Se acercó lleno de temor y apretó mi mano en cuanto pudo—. Kya... Dios... —Me besó en la frente buscando calmarse.

—Estoy bien —intenté sonreír, pero ese endemoniado dolor de cabeza no me lo permitía. Enseguida sentí cómo me elevaban y entré a lo que supuse era el interior de la ambulancia—. ¿Liam? —lo llamé nerviosa. Apareció frente a mis ojos nuevamente ya adentro.

—Sh, tranquila... aquí estoy... —intenté relajarme, aún temblaba. Escuchaba una y otra vez el impacto en mi cabeza.

—Que no duerma —ordenó uno de los paramédicos a Liam.

—Kya, ya oíste, no cierres los ojos... —asentí mirándolo. Acarició mi cabello e intentó sonreír, lo cierto es que la alegría no llegó a sus asombrosos ojos. Estaba completamente angustiado y asustado. Me perdí en su iris, era la única forma de que no dejara caer los párpados. Jamás me cansaría de verlo. Besó mis palmas varias veces.

Sentí que me acababan de subir cuando ya me estaban bajando de nuevo.

—¡Kyana, hija! —Era mamá, enseguida la busqué. Intenté enderezarme, Liam lo impidió poniendo una mano delicada sobre mi hombro. Enseguida la tuve frente a mí—. Hija... Dios ¿estás bien? —asentí intentando no preocuparla. En realidad no me sentía mal, solo era ese dolor punzante en la parte izquierda de mi cabeza que no permitía sentirme del todo bien. Pero estaba segura de no tener ningún hueso roto, ni nada parecido.

—Mamá... no te preocupes... —Me besó en la frente con lágrimas en los ojos.

Me revisaron de pies a cabeza. Mi madre permaneció a mi lado, su presencia me tranquilizó. Respondí a todas las preguntas mientras checaban mi pulso y mis latidos.

—Solo fue el golpe. Le daremos unas puntadas... Debe descansar. Llévela a casa y le daremos unos calmantes, aún está muy alterada —El pequeño doctor se dirigía a mamá tranquilizándola.

—¿Seguro?

—Sí, señora. El golpe en la cabeza sanará en unos días... de todas formas cualquier cosa me marca —Le dio una tarjeta con amabilidad—. Ahora, las dejo solas —despareció enseguida. Yo me encontraba sentada en la camilla. Ella se acercó a mí y me abrazó.

—Mi amor... Dios... ¡Qué susto!

—Lo siento... —susurré apretujada contra su delgado cuerpo.

—Tranquila, mi niña, no pasa nada. Ya escuchaste al médico, debes ir a descansar... Estarás como nueva en unos días —asentí recargada en su hombro—. Voy por Liam, no te muevas. ¿De acuerdo? —acepté ansiosa por verlo de nuevo.

En cuanto entró lo supe, su presencia tenía ese efecto en mí, despertaba todo mi ser sin siquiera verlo.

—Kya... ¿cómo sigues? —Enseguida me rodeó entre sus brazos y yo me

aferré a él sintiendo que ya mucho mejor gracias a su contacto.

—Bien... —besó mi cabeza una y otra vez.

—Liam, hazme un favor enorme, ¿puedes llevarla a casa?, debo hacerme cargo de lo del hospital y de lo del choque...Ella tiene que descansar.

—Claro, Irina. Kellan se quedó en el... accidente, está resolviendo lo del auto, pero sí debes ir —Le informó más sereno. Mi madre puso una mano sobre su hombro agradecida.

—Gracias, en cuanto termine aquí voy con él... Tú asegúrate de que esté tranquila —Él besó mi frente.

—Dalo por hecho —Ambos salieron cuando una de las enfermeras entró para suturarme. Una marca más... ese año ya llevaba récord. Unos minutos después salí caminando. La señorita me abrió la puerta sosteniéndome del codo. En cuanto Liam me vio se acercó y rodeó protector mi cintura.

—Gracias, la llevaré a casa —Me recargué en su pecho sintiendo que los temblores remetían.

Mi madre se despidió de mí mucho más relajada. Liam me cargó como a un bebé a pesar de mis negativas y me subió a su camioneta sin dificultad. Unos minutos después llegamos a casa. Me bajó de igual forma, ahora sí me quejé. No me gustaba sentirme una inútil. Por otro lado, el movimiento atravesaba mi sien de una forma dolorosa y punzante. Caminó rodeándome fuertemente soportando todo mi peso. Unos segundos después me recostaba sobre la cama. Se hincó frente a mí y comenzó a acariciarme el cabello.

—Duerme.

—No puedo... —era verdad, escuchaba el impacto en mi cabeza sin poder evitarlo.

—Ya pasó, tranquila, estás bien.

—Liam, venía en sentido contrario... no se detuvo —arrugó la frente al escucharme—. Sí, me vio y aceleró... Intenté frenar, no pude... —Las lágrimas comenzaron a salir de nuevo. Las limpió pacientemente con la yema de sus dedos.

—No fue tu culpa, Kya. No llores por favor... —No pude, sentía que no me creía del todo y en realidad a mí misma me parecía absurdo y ya no podía jurar que así ocurrió, no después de toda la confusión. Sin más, el llanto contenido por el susto se desbordó saliendo sin reparos. Me hizo a un lado delicadamente y se sentó. Me recargó sobre su pecho meciéndome tiernamente.

—Se marchó, te lo juro, ni siquiera se aseguró de que estuviera bien. No vi

quién era, pero te prometo que no frenó —Se puso tenso bajo mi cuerpo—. ¿Quién haría algo así?

—No tiene sentido que lo pienses, ahora debes descansar... Por favor —Me suplicó tiernamente, asentí intentando tranquilizarme, tenía razón. Continuó meciéndome y besando una y otra vez mi cabeza. Poco a poco me fui serenando, hasta que los ojos no los pude mantener abiertos.

Cuando los abrí ya todo estaba casi en penumbras. Me moví sin recordar nada, pero enseguida sentí cómo un cuchillo atravesaba mi cabeza del lado izquierdo. Puse una mano sobre ella aturdida.

—Ey... tranquila —Al escuchar su voz giré de inmediato. Estaba a mi lado, tenía uno de mis libros recargado sobre su regazo y la pequeña luz de la lámpara de noche encendida. Tomó mi mano y la quitó de mi cabeza delicadamente—. ¿Cómo te sientes? —Me senté recordando todo de golpe.

—Como si me hubiera pasado un auto encima —sonrió al escucharme. Fue prácticamente lo que me sucedió.

—Veo que mejor, ¿tienes hambre? —Negué acurrucándome de nuevo sobre su tórax. Me recibió con agrado.

—Dios, no quería asustarlos.

—No digas eso, Kya. Digo, sí me diste un susto de muerte, pero ya pasó y estás bien... Ahora solo quiero que te recuperes. ¿De acuerdo? —asentí aún somnolienta. Nos quedamos así un buen rato. Necesitaba acomodar todo en mi cabeza, nada tenía sentido, ese tipo de cosas no pasaban ahí. Le gente chocaba, claro, pero siempre se ayudaban y asumían su parte de responsabilidad, lo común no era huir.

Minutos después mamá asomó su castaña cabellera.

—Ya despertaste, mi amor —Me separé de Liam enseguida.

—Sí... —Me senté intentado sonreír. Nos observó tierna.

—¿Cómo te encuentras, te duele algo?

—Mejor, aunque todavía no comprendo qué fue lo que ocurrió. —Los miré a los dos confusa. Se acercó a mí y acunó mi barbilla.

—No te preocupes por eso ahora, lo único que importa es que fue solo un gran susto que ya pasó ¿Okey? —Los dos me observaban como si estuvieran de acuerdo, volví asentir ahora de mala gana. Refunfuñé aún adolorida, tal parecía que no tomaban en serio lo que les decía.

—Me imagino que no tienes apetito —susurró cerca de mí.

—No mucho, siento el estómago revuelto.

—Entiendo, espero mañana tengas mejor cara, te veo muy pálida.

Probablemente debes dormir un poco más... —era cierto, aún me sentía fatigada, los párpados me pesaban.

—Irina tiene razón, lo mejor es que me vaya para que descanses, Kya... — Aferré su muñeca negando y sintiendo que mi labio temblaba en un puchero que no pude contener. Miró a mi madre sin saber qué hacer.

—No te preocupes, Liam, no tengo problema —al escucharla me tranquilicé enseguida. Él me daba paz y sabía que si se iba me iba a costar mucho trabajo conciliar el sueño—. La única condición para que se quede es que descanses. ¿Bien?

—Me iré en cuanto sea la hora —informó Liam sereno. Ella sonrió sacudiendo la cabeza.

—No pasa nada, no después de lo ocurrido, vengo en un rato. —Me dio un beso en la frente dejándonos solos de nuevo. Miré el reloj de la mesa de noche, las ocho.

—Ya escuchaste, a dormir —me observó relajado. Acomodé mi cuerpo a su lado y enseguida me rodeó por la cintura—. Kya, sé que estás preocupada, pero después lo resolveremos... ahora no tiene sentido que te agobies. —No respondí nada, los párpados se cerraron de pronto buscando olvidar que mi cabeza aún dolía. Me dormí en segundos.

Cuando se fue me dio un beso en la boca suavemente. Quise retenerlo, pero de verdad estaba muy cansada.

—Hasta mañana, Bonita —jamás me había dicho así. Sonreí sin verlo retornando a mi sueño sin poder evitarlo.

Al día siguiente la alarma del reloj me despertó. No lo apagué, sonaba siempre a la misma hora.

Abrí los ojos midiendo el dolor. Para mi sorpresa ya no era tan agudo. Me levanté y caminé al cuarto de baño. En algún momento mi madre me colocó el pijama, pues recordaba perfectamente haberme dormido con el jean puesto. Mi rostro estaba pálido. Donde me pegué tenía todavía sangre que se adhirió a mi frente y cabello; justo en el límite del nacimiento de mi pelo, una pequeña gasa se hallaba puesta eficazmente.

Me cepillé los dientes y abrí el agua de la regadera, me urgía un baño. Al desvestirme noté que en la parte de la cadera tenía unos leves moretones, era el tipo de marca que el cinturón de seguridad dejaba al detener el cuerpo de esa forma tan abrupta, también cruzaban mi pecho. Intenté olvidar por un momento el accidente tan extraño del día anterior y me duché a conciencia teniendo cuidado de no despegar el pequeño pedazo de tela que me pusieron

casi en la frente. Al salir me vestí con unos pants y una playera cómoda. No tenía muchos ánimos.

—Kyana, ¿qué haces? —Mamá acababa de tender mi cama, cosa muy extraña ya que no lo hacía desde... ya no recordaba desde cuándo. La miré confusa, no entendí su pregunta—. No vas a ir a la escuela... si ese es tu plan... —caminé hacia ella pestañeando.

—Me siento bien, además, ¿a qué me quedo?

—¿A descansar? —parecía que no iba a ceder.

—Mamá, no quiero, prefiero despejarme un poco —le dije mientras me sentaba en la cama. Era verdad, necesitaba despabilarme, el día anterior fue horrible. Jamás tuve un accidente y el evento fue algo traumático. Comenzaba a evaluar seriamente mi habilidad al volante.

—Hija... es mejor que te lo tomes con calma, aún te veo un poco pálida —Se sentó a mi lado y tomó mi rostro entre sus manos observando mi herida.

—Por favor... le pediré a Liam que venga por mí y si me siento mal prometo regresar, fue un accidente, ya pasó, por favor —le rogué haciendo puchero.

—No, mi amor. Lo siento, yo trabajaré hoy desde aquí, ya hablé a la agencia —la miré frustrada. No deseaba quedarme, no en ese momento. De pronto mi móvil sonó. Lo tomé de inmediato aún molesta con la negativa de mamá. Al prender la pantalla, ciertamente la luz me lastimó un poco. Era Liam. Sonreí olvidando lo de hace unos segundos.

«¿Estás despierta?».

«Sí».

De inmediato marcó.

—Hola, Kya, ¿cómo pasaste la noche? —Se escuchaba tranquilo, aunque algo nostálgico.

—Bien...

—Iré a verte en un rato, ¿de acuerdo?

—No tienes que hacerlo, después de clases estará bien. Mi mamá aquí se quedará, no quiere que vaya a la escuela —La acusé. Rodó los ojos importándole poco.

—Eso es muy sensato —¡Agh!, de que se ponían de acuerdo en algo, ambos eran imposibles—. A media mañana voy para allá, ¿okey?

—¿Y la escuela? Recuerda que es importante...

—Hoy no, lo único vital eres tú, así que, deja eso. Descansa, avisaré a la dirección sobre lo ocurrido, ¿sí? Y te veo al rato.

—Gracias —bufé rendida.

—Te amo... —floté sin poder evitarlo. Sonreí bobaliconamente dándome lo mismo que mi madre me estuviera viendo.

—Yo también.

—Cuídate, ¿sí? Por ahora es lo que debes hacer... no quiero que te preocupes por nada más... ¿De acuerdo? —¿Cómo negarle algo?

—Obedeceré y descansaré.

—Genial, esa es mi chica —rodé los ojos riendo levemente.

Más tarde mamá me subió el desayuno a la cama, me mimó sin estar sobre mí, pues sabía no lo toleraba. De esa forma transcurrió parte de la mañana, hasta que no lo pude resistir más y caí rendida sobre mi edredón efecto de los analgésicos que me recetaron.

Sabía que soñaba, pero era demasiado real el golpe en mi auto, la sensación de impotencia y una voz que no reconocí me gritaba una y otra vez furiosa que lo dejara. No entendía a qué se refería; sin embargo, el miedo se apoderó de mí en una forma abrazadora, punzante. En lo único en que podía pensar era en Liam y lo peor era que cada vez lo sentía más lejos, distante. Su rostro se perdía en mis pensamientos, en una bruma de tonos pálidos que me agobiaba. Comencé a llorar y gritarle desesperada que no se fuera, que no me abandonara.

—Kyana... Kyana —sentí que me zangoloteaban suavemente, era él—. Abre los ojos, Kya —Eso hice intentando seguir la voz que más me gustaba en el mundo. Lo miré ansiosa, ¿a qué hora llegó?—. Tranquila... tranquila —Mi cuerpo temblaba como una hoja, no entendía por qué me sentía aterrorizada. Acarició mi rostro, preocupado. En cuanto me desperté por completo me abraza a él desesperada—. Sh... sh... fue una pesadilla... ya pasó —Me rodeó fuerte al sentir la presión de mis brazos en torno a su cuello. Lloré por un momento, enseguida supe que tenía razón, fue un mal sueño, uno horrible de verdad, pero un sueño al fin. Me separé unos segundos después más serena—. ¿Qué pasó? —Me preguntó intrigado. Bajé la vista, podía escuchar esa voz con claridad en mi mente.

—No sé, pero fue horrible... —tomó mi barbilla e hizo que lo mirara; estaba muy serio, más que nunca. Tragué saliva.

—Jamás... Jamás... y escúchalo muy bien; jamás te dejaré. Nunca, Kyana. ¿Comprendes?... Nunca, pase lo que pase, ya te lo he dicho y te lo reitero — Las lágrimas resbalaron por mis mejillas al comprender que me escuchó.

—No quiero ni pensar en algo así... —susurré triste, aún estaba en mi

mente la sensación de su lejanía provocada por aquella abominable pesadilla.

—No tendrás que hacerlo, porque no sucederá... tu vida y la mía son una, no tengas miedo, así será siempre —hablaba de una forma tan envolvente, con tanta seguridad, que no me atreví siquiera a pensar que estar sin él era una posibilidad. En mi mundo, en ese momento, con él a mi lado, no lo era, ni lo sería nunca. Liam era mío, yo era suya, no existía forma de que las cosas fueran de otra manera. Asentí sintiendo cómo el miedo y dolor se iban tal como la neblina se deshace cuando sale el sol, dejándome a cambio paz. Me acurrucó de nuevo sobre él—. Irina salió a dejar tu justificante, no quiero que llegue y te vea así. Duerme, Bonita, ya habrá tiempo para demostrarte que lo que digo es verdad, por ahora solo piensa en eso; no te librarás de mí tan fácilmente, no después del trabajo que me costó conseguirte —Siempre decía eso, no lo comprendía. Para mí todo fue tan rápido que desde mi modo de ver las cosas, cedí casi en el mismo momento en que me miró, sin embargo, él lo veía como todo un reto, por lo que me lo decía con frecuencia.

El doctor, solicitado obviamente por mi madre, llegó unos minutos después que ella. Me examinó nuevamente y le dijo a mamá que permaneciera otro día más en casa. Las miradas de mi madre y Liam no me permitieron contradecirlo. La buena noticia era que en un par de días estaría como nueva.

Mis amigos fueron a visitarme al día siguiente por la tarde. Liam me llamaba a todas horas, se brincó algunas clases y para cuando terminó la jornada ya estaba de vuelta, por lo que mamá se fue a trabajar desde media mañana. Me sentía mucho mejor, solo que un tanto aburrída, no podía leer porque las palabras danzaban espeluznantemente. La TV no era mi entretenimiento favorito y la computadora ni se diga... entre la luz, las letras, imposible. No tuve más remedio que descansar escuchando música la mayoría del tiempo acostada en mi cama. Lo negativo era que le daba y daba vueltas a lo mismo, por mucho que intentaba hilar no comprendía mi accidente. El hombre se fugó y aunque estaban averiguando quién era, no dieron con él, eso era imposible en un lugar tan pequeño. Por otro lado, la pesadilla me dejó un poco alterada. No me gustaba ni siquiera soñar con el hecho de que Liam pudiera alejarse de mí, me inquietaba.

El fin de semana mi madre, Ralph y Liam no se despegaron de mí aunque insistí que me sentía bien. Al final me rendí dejándolos moverse a mi alrededor como mariposas, pendientes de cada deseo, de cada petición, sin embargo, el domingo por la noche decidí dejarles muy claro que hasta ese día llegaban sus exageraciones. Ambos lo entendieron riendo.

La semana fue muy tranquila, faltaba muy poco para que el curso se terminara y la euforia recorría toda la escuela, yo misma así me sentía, excitada, alegre, feliz. Una vida junto a Liam se abría frente a mí, ¿qué más podía pedir? Cada sueño, cada ilusión estaba cumpliéndose y sería justo al lado de quien había elegido hacerlo. Él.

ES MI PESADILLA

El jueves Annie me llevó a casa. Mi auto aún no lo entregaban y yo no quise verlo, con recordar el accidente tenía suficiente. Liam seguía teniendo entrenamientos, pronto sería la final y ellos se colaron sin problema. Ese día no lo vería hasta las ocho.

Estaba preparando la cena, cuando sonó el timbre. Por la hora supe que no podría ser él, aunque no lo descartaba, de vez en cuando se escapaba para darme un beso y decirme mil veces que me amaba. Siempre era así, impulsivo cuando se trataba de demostrarme lo mucho que le importaba y yo... bueno, me derretía como un caramelo a fuego intenso.

Abrí sin siquiera fijarme. Era una señora muy guapa. Tenía el cabello castaño claro muy corto, peinado de forma impecable, vestía un traje de sastre negro, con una blusa de cuello color blanco. Veía hacia todas las direcciones con extrema atención. Enarqué la ceja; una mujer como esa no encajaba ahí, ni en ningún lugar en realidad.

—¿Sí? —pregunté con amabilidad, al girar vi sus impresionantes ojos, tenía el mismo color y forma que los de... Liam. Enseguida me sudaron las manos sin saber qué decir.

—Eres Kyana, ¿cierto? —asentí tragando saliva confusa. Estaba segura que era su madre. Era alta y compartían demasiados rasgos. Pero a diferencia de su hijo, sus ojos eran fríos y me recorrían escudriñándome como si me tratase de un animal al que tenía que pisar. ¿Qué debía hacer?

—Sí —alzó una ceja seria al escuchar mi respuesta.

—Soy la madre de William, ¿podemos hablar un segundo? —al corroborar mi sospecha me sentí aún más nerviosa. Me mordí el labio invitándola a pasar. Echó un vistazo hacia adentro negando con desdén—. Preferiría que me acompañaras, prometo no tardaremos mucho. Tú y yo tenemos que conocernos, ¿no crees? —su tono era amable, incluso demasiado. La miré insegura sin saber si debía ir. ¿Habría aceptado al fin lo que había entre su hijo y yo?—. No tardaremos... —volvió a decir insistente al ver que no me movía. Y aunque debí hacer caso a la típica frase de no conversar con

extraños, ¿cómo negarme? Podría ser la oportunidad que necesitábamos, ¿no? Asentí tomando las llaves de la casa. Tenía que intentarlo, no sería por mí que las cosas no marcharan bien.

Un gran auto se encontraba justo frente a mi casa; era negro y lo manejaba alguien más, supuse que un chofer.

—Daremos un paseo, necesito que conversemos ¿Te parece? —no me gustó en lo absoluto su tono, me daba escalofríos. Sin embargo, era su madre, no quedaba bien que de pronto me mostrara reticente. Por algo estaba ahí, seguro quería saber más de la chica con la que su hijo andaba y la que en parte era responsable de su cambio de futuro.

Subí sin decir nada. El auto olía a ella, era un aroma intenso, pero muy femenino. No me dirigió la mirada durante los primeros cinco minutos que el coche se movió. No podía evitar sentirme mal por cómo iba vestida, ella destilaba clase y elegancia, mientras yo, una chica de casi diecinueve... llevaba unos shorts, una blusa sin mangas y unas sandalias a juego.

—Detente aquí... y espéranos afuera... —la orden iba dirigida al chofer. Este hizo justo lo que le indicó. Una vez solas, giró hacia mí enarcando una ceja sonriendo—. Debo aceptar que no eres nada fea... —tragué saliva al escucharla, parecía que evaluaba a un *french Poodle*—. Al contrario —me examinó de arriba abajo. Sentí ganas de convertirme en una pequeña oruga y desaparecer, no, mejor una hormiga, eran aún más pequeñas. Para ese momento comenzaba a creer que no había sido tan buena idea dejarme arrastrar fuera de casa, después de todo sabía muy bien que no me querían en lo absoluto, Liam ya me lo había confirmado hacía unas semanas.

—En fin... eso no importa. Te traje aquí por un motivo y creo que te imaginas cuál es —la miré un tanto intrigada y otro tanto nerviosa, sabía que se debía a mi relación con Liam, pero ella y yo ¿qué podíamos hablar sobre el tema? Resopló un tanto molesta por mi reacción—. Soy una mujer que no anda por la ramas, jovencita, así que iré al grano para no perder el tiempo en tonteras; no te quiero cerca de mi hijo —¡Guou! Eso fue fuerte. Pestañeeé varias veces con incredulidad, ¿era en serio? Por reflejo me alejé de ella pegándome contra la puerta, su mirada cada vez era más dura, más amenazante. Mis palmas sudaron—. No te pongas así, Kyana o debo decirte ¿Kya? No es nada personal contra ti, ya te dije, eres bastante bonita, sé que también eres muy inteligente. No obstante, mi hijo es un Russell, no puede estar con alguien como tú, eso es todo. ¿No es tan complicado cierto? —¿Kya?, ¿cómo lo sabía? De verdad no podía creer el cinismo que percibía en

sus palabras, no bromeaba. Dios, no me estaba ocurriendo esto a mí. De pronto aquella pesadilla cobró vida en mi mente. Arrugué la frente atónita, no, no podía ser ella, no podía ser eso. ¡Maldición!

—Lo siento, señora, no quiero ser irrespetuosa, pero... eso no le incumbe a usted decidirlo —no supe cómo logré decir aquello, sin embargo, tocó mi fibra más sensible: Liam.

—Sabía que dirías eso, no pensé que fuera fácil. Sé muy bien cómo es su relación. Vengo averiguando cada detalle desde hace unos meses —me quedé pasmada ante esa abominable confesión—. Y es precisamente por eso que estoy aquí y sí, te daré el crédito muchacha, lograste que esto se convirtiera en algo demasiado formal a pesar de su edad y, como te imaginarás, bastante incómodo para mi familia. Si William se estuviera divirtiendo contigo, como creí era al principio, ni siquiera me estaría rebajando y jura que no tendríamos esta conversación. Sin embargo, no es así y no pienso permitirlo. ¿Comprendes? —Quería bajar de ahí corriendo. Leyó mi pensamiento—. No te irás, no sin que te haya dicho lo que debes saber —comencé a sentir cómo mi cuerpo transpiraba sin poder evitarlo debido al miedo, de alguna forma comprendí, por su manera de estudiarme, por su forma de hablarme que lo que escucharía a continuación terminaría con mi mundo, con mis sueños. Esa mujer era fría desde el centro de su ser y simplemente no lograba acomodarlo en mi mente, jamás imaginé que Liam tuviera esa clase de madre, no encajaban, no con el chico que ahora era—. Tú lo dejarás, así de sencillo, sin quejas, sin lamentos, ni ruegos, este es el fin del romance juvenil que han mantenido durante estos meses —fruncí el ceño apretando los puños, respirando un poco agitada.

—Debe estar bromeando, por supuesto que no lo haré, no existe forma de que lo haga. Así que le exijo que me deje salir inmediatamente del auto, está más que claro que entre usted y yo no hay nada de qué hablar... —intenté abrir la manija, no pude. Maldición. Cerré los ojos sintiendo cómo la adrenalina viajaba nerviosa por mis venas, por mi piel. Debía salir de ahí.

—¿Recuerdas el desafortunado accidente que tuviste? —abrí los párpados de inmediato sin poder ver a través de la ventana. Sus palabras no podían tener el significado que estaba infiriendo. Volteé confusa. La mujer clavó su mirada en la mía corroborando lo que sospeché. Me llevé la mano a la boca comprendiendo todo de pronto. Fue... ella, mi sueño, era su voz—.... Sí, sí, yo soy la responsable... —resopló fingiendo culpabilidad. No, eso no podía ser, ¿qué clase de persona era?— Y debes saber que si no obedeces será tu

madre a la que algo le ocurra. Huérfana a tu edad sería algo verdaderamente lamentable, ¿no lo crees? Ese será tu castigo por no obedecerme —un grito ahogado emergió de mi garganta. Eso era monstruoso, ¿acaso perdió el juicio?, ¿qué tenía que ver mi madre en todo eso? Dios, tenía dieciocho años, ¿por qué llevar todo a esos extremos? En ese momento no lo pude comprender.

—¡Está loca! —bramé azorada. ¿Qué le ocurría a esa mujer? No podía ser su madre, no podía serlo, ella era aberrante, detestable, una demente.

—Lo que pienses me da igual. Gente como tú no me quita el sueño ni un minuto. Pero te diré una cosita, Kya; no tienes idea de quién soy y mucho menos del poder que tengo. Tú y tu familia desearán no haber nacido para cuando acabe con ustedes. En primer lugar haré que la despidan. Eso sería... tremendo, ¿cierto? Un duro golpe para la querida Irina. —Por instinto elevé una mano con la intención de bofetearla, ya era suficiente, con mi madre no. Fue más ágil y la detuvo en el aire rabiosa. Sin poder contenerme más, las lágrimas de impotencia y coraje comenzaron a agolparse en mis ojos. Lo decía en serio y parecía que hablaba acerca del clima. Me zafé de un jalón—. Tienes agallas y por lo mismo me harás llegar a los extremos si no terminas de comprender en el lío que estás metida, muchacha estúpida. Te juro que si me desafías, si tan siquiera me retas haré que no la contraten en ningún otro sitio, las deportaré y regresarán ambas a ese país del que nunca debieron haber salido con la reputación completamente arruinada —sujetó mi barbilla fuertemente acercándose a mí—. Puedo hacer eso y mucho más. De ti depende.

—¿Por qué? —logré articular intentando quitármela de encima.

—Porque sé que no hay otra forma. Sin embargo, que tú comprendas mis motivos es lo de menos. —Me soltó con violencia. Me llevé una mano a la zona donde apretó. La odiaba, en minutos ese sentimiento me atravesó sin poder evitarlo—. Lo que realmente deseo saber es; ¿hasta dónde piensas llevar todo esto? Ya te dije lo que haré si insistes en seguir con este absurdo. Crees que no me he dado cuenta de que lo has cambiado, cosa que no esperes te agradezca, lo has convertido en un blandengue que no se hace respetar. Así que créeme que de ninguna manera permitiré que lleven las cosas para donde pretenden. Jamás permitiré una atrocidad como esa. Nosotros no somos iguales, grábatelo en la cabeza. Así que tú decides... —Me miraba fríamente esperando mi respuesta. No podía respirar, el aire del vehículo no era suficiente para oxigenarme, me llevé la mano al cabello mordéndome tanto

el labio que comenzó a sangrar. No dudaba que era capaz de eso y más. Dios, no podía exponer a mi madre por mis decisiones, ella no tenía la culpa, pero no podía dejar a Liam, moriría si lo hacía—. No tengo tu tiempo. Sé que irán a la misma universidad —alcé los ojos nuevamente muriendo por desfigurarla—. Eso tampoco sucederá, si quieres que él vaya ahí, entonces tú te irás. Es más fácil de lo que piensas; regresa a México, ahí está Leo, ¿no? Haz tu vida allá, no regreses jamás, de esa forma yo no tocaré ni un pelo de tu madre y dejaré que Liam estudie donde quiera y lo que quiera... Es un intercambio justo. ¿No crees? —¿de qué mafia o secta de matones y maleantes salió esa mujer? Me estaba orillando a tomar una decisión asquerosa, repugnante, algo que yo jamás hubiera hecho.

—La denunciaré... le diré todo a Liam, a mi madre, no espere que haga lo que pretende —le informé furiosa, necesitando encontrar una forma para evadir todo lo que era evidente, caería sobre mí. Se carcajeó sinceramente.

—Te creí más astuta. Hazlo... y entonces no descansaré hasta terminar con toda tu vida así te vayas al otro extremo del mundo. Sé quién es tu padre, se dónde vive, con quién, tienes una linda media hermana en Monterrey... Sé todo de ti. ¿No comprendes? —Y con su dedo índice machacó un par de veces mi sien hasta que la hice a un lado con un golpe en su mano. Poco le importó, continuó—. Te tengo en mis manos, siempre fue así, no tienes opciones, con un solo chasquido de mis dedos, tu vida y la vida de todos los que te rodean se vendrá abajo. No lo dudes ni por un segundo, es el futuro de mi hijo el que está en juego, no me detendré. Así que tú decides o mi hijo y su «gran amor» o tu familia, su tranquilidad... En cuanto a William, dile esto y entonces no pararé. Les cerraré todas las puertas, becas, universidades, trabajo, dinero ¿De qué comerán?, ¿de qué vivirán?, tu madre y tu padre ya estarán arruinados para ese momento, muchacha. Comprende que tengo dedos muy largos, me deben muchos favores, los cobraré todos si tengo que hacerlo, pero al final se arrepentirán de haberme desafiado. Así que decide.

—Liam y yo no hacemos nada malo, por favor... no haga esto, solo nos queremos —Le rogué con un nudo enorme en la garganta y con las lágrimas nublándome la vista. Enseguida volvió a poner su máscara de frialdad.

—Me crees estúpida, ¿cierto? Ustedes no están simplemente enamorados, ustedes se aman. Aún no me cabe en la cabeza que a su edad esto creciera de esa forma, por eso estuve tan tranquila, pero ahora sé perfectamente lo que siente por ti William y lo peor es que también sé hasta dónde es capaz de llegar por conservarte a su lado... Así que no lo minimices, no eres ninguna

tonta, lo veo en tu mirada, he averiguado mucho sobre ti durante este tiempo, cada paso, cada detalle de tu persona... así que confío en que entenderás, que no tienes salida. Estoy al tanto de lo mucho que amas a tu madre, sé que viniste hasta aquí por ella. No permitirás que algo le suceda, ¿verdad? No después de lo que has dejado por apoyarla, incluso si para evitarlo debes de dejar tu idilio amoroso —hablaba de lo que sentíamos como si fuera una gran broma.

—Liam no creerá que lo dejé de querer, él sabrá enseguida que es una mentira —intentaba hacerla razonar. Se encogió de hombros indiferente mirándose las immaculadas uñas teñidas de color sangre con atención.

—Ese es tu problema... ¿No pretenderás que yo te diga cómo hacerlo? Tienes una semana, no más. Y sin tan solo le dices a Irina o a mi hijo, me enteraré, eso no lo dudes y en ese instante comprenderás hasta dónde llega mi poder —De nuevo me veía. Sabía todo sobre mí, no me estaba dejando ninguna opción, ninguna salida. Recordé de pronto lo que Roger me dijo aquel día en la escuela, seguramente él estaba detrás de todo eso también. Mi respiración cada vez era más rápida, más agitada. Él me advirtió que algo así ocurriría si no terminaba mi relación, fue cierto—. Este será nuestro... «secretito»... ¿De acuerdo? Y los secretos no se repiten, ¿verdad? —La observé horrorizada, sintiendo que mi pecho explotaba en miles de pedazos que se quedaban suspendidos en el interior de mi alma, como partículas que no se mueven, pero que duelen, que sangran. Todo lo que estaba sucediendo no podía ser cierto, no podía estarme sucediendo a mí. Me dedicó una mirada de ángel que escondía su maldad a la perfección, una mirada sumamente ensayada sin duda—. ¿Qué quieres, niña?, una madre hace todo por sus hijos y el mío no errará su camino, no de esta manera —deseé escupirle en su immaculado rostro.

—Quiero salir de aquí —Le exigí con lágrimas en mis mejillas, llena de rabia, de impotencia.

—No he escuchado tu respuesta.

—Es despreciable. ¿Cómo puede ser su hijo? —espeté con asco. Se encogió de hombros importándole muy poco lo que acababa de decir—. ¿Tengo opción? —pregunté con odio.

—Nunca la tuviste, pusiste los ojos muy alto y justo en quien no debías, estas son las consecuencias por intentar cambiar el orden natural de las cosas. En cuanto termine el ciclo escolar quiero que desaparezcas de aquí, jamás trates de contactarlo, nunca, porque me enteraré y te arrepentirás. Este trato

queda abierto indefinidamente. ¿Comprendes? Con ese rostro dudo que te cueste rehacer tu vida, además sé que gracias a tu inteligencia te abrirás paso sin problemas, te irá bien, ya verás.

—No puedo creer que sea capaz de todo esto. No comprendo. Liam es su hijo... lo va a lastimar también —resopló molesta poniendo los ojos en blanco, le resultaba sumamente aburrida. Tomó su móvil y marcó sin verme.

—Soy yo, haz lo que quedamos con el expediente de Irina Navarro. La quiero mañana fuera de este país —Mis manos temblaron y mi corazón se detuvo. Me abalancé sobre el aparato, aterrorizada.

—¡No!, ¡no!, se lo suplico... —Me evaluó enarcando una ceja haciéndome a un lado con desdén, pero a la vez triunfante. Y es que, ¿qué esperaba? Yo era una niña, una adolescente que por menos hubiera salido corriendo muerta de miedo, no obstante, me cerró cualquier salida, no dejaba ni una rendija abierta por la que algún día yo pudiera rescindir ese absurdo trato que estaba a punto de sellar y que cambiaría mi vida y la de quienes más amaba.

—Espera un segundo —ordenó a la otra persona que estaba detrás del móvil.

—Ya no lloriquees, esta es la vida real, así se arreglan las cosas. No es nada fuera de lo común. Si no deseas que lo haga, quiero escucharte de una vez, no tengo mucho tiempo, tu madre no tardará en llegar... —apreté de nuevo los puños dejándolos blancos de la impotencia. ¿Qué debía hacer? Lloré en mi interior, me sentía perdida, desconcertada y llena de pánico. Se trataba de la vida y seguridad de mi madre, de mi padre, de gente que no tenía nada qué ver en todo esto, de mi propia existencia incluso.

Cerré los ojos sintiendo cómo me aventaba a un precipicio por mi propio pie, tenía que hacerlo, jamás me perdonaría tentar al destino, me odiaría y entonces ya nada tendría sentido. Asentí de una forma casi imperceptible sintiendo que mi alma se rompía en miles de pedazos. Tendría que dejar a Liam y no tenía ni la menor idea de cómo podría llegar a hacer algo como eso. Aun así, jamás permitiría que mamá viviera ese infierno y él, tampoco.

—Inteligente decisión, sabía que mi hijo no podía amar a una chiquilla estúpida —tocó la ventana y el chofer entró enseguida—. Hay que llevarla de nuevo a su casa.

Colgó después de decir un: «Olvídalo», tajante. Manejó lo que me parecieron horas; en cuanto llegamos, quise abrir la puerta ansiosa y salir de ahí de una maldita vez, su olor se estaba tatuando en mi cerebro. No pude, sujetó mi mano fuertemente acercándose peligrosamente a mi rostro.

—No quiero tretas, no me tentaré el corazón. No se lo dirás ni a tu madre... ni a nadie —Me intenté zafar, no pude.

—Un día se arrepentirá, se lo juro —rugí apretando los dientes sosteniéndole la mirada con odio infinito. Me soltó sonriendo.

—Imposible, con esto me aseguro de que esta sea la primera y última vez que te veo. Hasta nunca Kyana, de verdad espero tengas una linda vida —Di un portazo a su auto y corrí tropezándome hacia el interior de la casa sintiéndome en una nube, flotaba, no lograba sentir el piso bajo mis pies. En cuanto me encontré sola, pestañeé incrédula, ajena.

De repente todo cayó como una losa proveniente del cielo, con fuerza e intensidad. Me derrumbé contra la puerta llevándome las manos al cabello y comencé a llorar desesperada. No lo podía creer, era una pesadilla. Ya había intentado hacerme daño. ¿Cómo le diría a Liam que ya no podíamos estar juntos?, ¿qué le diría a mamá?, no me creerían.

Tenía una semana, una semana para convencerlos por su bien, solo por eso, porque en ese momento dejé de importar, solo podía pensar en ellos dos. Eran lo que más amaba y también estaba mi padre, no tenía derecho a arruinarles la vida a ninguno, sabía que si no cumplía, ella no se tentaría el corazón. ¿Cómo un ser tan diabólico podía ser su madre?, ¿cómo?

Pataleé, grité y continué jalándome el cabello con desesperación.

Fui a mi recámara y me eché agua en el rostro entumida. No me sentía capaz de enfrentarlos. Paseé por la habitación pensando frenéticamente si tenía alguna salida, no la encontré, no la había. No podía jugar con fuego, me quemaría y lo peor es que no sola. Intenté inútilmente tomar aire varias veces, mi cabeza daba vueltas desesperada y mis piernas parecían gelatina.

¿Sí le contaba a mi madre? No, le reclamaría y entonces ella perdería todo lo que logró construir todos esos años. ¿A mi padre? Tampoco, él también podía verse afectado, no sé de qué forma. ¿Liam? Él menos que ninguno, iría furioso a reclamarle o me propondría alguna salida en la que de todas formas mis padres saldrían dañados y nosotros... nosotros de algún modo también. Maldición, ¿por qué?, ¿por qué? Recargué la cabeza en la pared dándome convulsamente pequeños golpes contra ella.

Bajé como pude y terminé la cena. En cuanto estuvo lista, volví a encerrarme en mi habitación. Pensaba desesperada; ¿qué podía hacer?... Faltaba poco menos de media hora para que mamá llegara y después lo haría Liam, debía actuar rápido. No podía decírselo a nadie, ella lo sabría y me quedó bastante claro que no bromeaba.

—Cabeza fría, Kyana, cabeza fría. Así no puedes pensar —Me repetí compulsivamente una y otra vez.

Respiré hondo varias veces abrazando mis rodillas observando por la ventana. No me podía estar pasando algo así... no a mí, no a mí.

—Kyana, ya llegué —escuché el motor de su auto, así que no me sorprendió. Tenía que tranquilizarme, debía hacerlo por ellos. Me miré en el espejo del baño buscando alguna señal en mi rostro de lo que pasó. Fuera de mis temblores, todo parecía normal, debía lograr que así pareciera. Bajé sintiendo un nudo enorme en mi pecho que crecía con cada segundo que transcurría e iba acumulando con cada peldaño un rencor infinito hacia ella, hacia la madre del único hombre que sabía podía amar.

—Hola... —saludé, mi voz no sonó como siempre. Frunció el ceño al escucharme, de inmediato giró hacia mí. Caminé a la cocina, no quería que se diera cuenta de nada.

—¿Todo bien? —preguntó entrando tras de mí. Asentí mientras prendía los calentadores de la estufa para poder irme lo antes posible—. ¿Por qué no te creo? —Era mi madre, nadie me conocía mejor; sin embargo, en esta ocasión no podía confiar en ella y eso quemaba mi garganta como si me hubiesen echado ácido. Necesitaba decírselo a alguien, necesitaba escuchar un consejo... algo o pronto enloquecería.

—No lo sé, ¿podemos cenar?, tengo mucha tarea —Me estudió confundida, no obstante, comenzó a poner la mesa enseguida.

¿Qué hago?, ¿qué hago? Me preguntaba una y otra vez como una histérica. La observé salir y entrar de la cocina. La amaba, era todo para mí, no quería que le pasara nada, jamás me lo perdonaría, no si sabía que lo pude haber evitado. Sentí que las lágrimas escocían mis ojos como si de cristales pequeños se trataran, parpadeé varias veces para intentar disiparlas. No hablé mucho, aunque ella intentó que lo hiciera varias veces, era inútil, parecía que me hubiera quedado sin palabras, no podía articular nada. En cuanto terminamos subí de inmediato. Huía... huía de ella, de su mirada, de su olor cálido, sentía que podía ver a través de mí y eso me daba pavor.

Permanecí de pie junto a la ventana apoyando la frente en el frío vidrio. No tenía opción, ni una sola. Debía irme, dejarlo, dejar a mi madre, cambiar mi vida, desaparecer. Era una pesadilla, mi pesadilla, algo que jamás pensé o imaginé que ocurriera en la vida real y me estaba pasando a mí.

El timbre sonó y me sacó de mis pensamientos. Era él, lo sabía. Cerré las manos en puños apretados dejándome medias lunas en las palmas debido a la

fuerza que empleé.

—Kya... Liam —gritó aquella voz que siempre estaría en mi alma, en mi vida. Liam... Dios, no me creía lo suficientemente valiente como para dejarlo, como para terminar nuestra historia.

Decidida llené mi mente de una nueva resolución que me hizo sentir menos infeliz; lo dejaría pero... no en ese momento, no ese día. Bajé despacio sintiendo un inmenso peso en mi pecho que me estaba dejando sin aire lentamente. En cuanto me vio, intenté sonreír.

—Hola... —Se acercó a mí percibiendo de inmediato que algo ocurría. Él, al igual que mi madre conocía mi alma. Alargó su brazo y rodeó mi cintura —. ¿Sucede algo? —negué agachando la mirada y es que por mucho que decidiera que ese no era el día, lo que había dentro de mi corazón dolía, dolía demasiado, eso aunado a la enorme angustia, no, no podía simplemente hacerlo a un lado—. Kya... ¿Qué pasa? —¿Por qué tenía que ser tan transparente? Lo abracé fuertemente buscando que de esa forma todo el miedo y la tortura pasaran con tan solo sentirlo cerca y así fue; la angustia iba remitiendo, pero en cuanto recordé que justo él era el motivo de mi incipiente depresión, regresó mi futuro golpeándome de una forma que sentí me sacaría todo el aire. Apreté su playera como queriendo arrancársela y no levanté el rostro de su pecho. Buscó separarme, no lo dejé. Necesitaba grabar su olor en mi mente, en mi cuerpo, necesitaba sentir la seguridad de sus brazos en torno a mí, eso era lo único que me quedaría de él—. Kyana, me asustas —Me daba pequeños besos en el cabello—. ¿Qué ocurre? —intenté tomar el coraje suficiente para verlo, cuando tuve un poco, elevé el rostro.

—No es nada, Liam, creo que estoy un poco melancólica, eso es todo... —sonrió dudoso. Al ver sus ojos sentí que una pala de acero sólido cavaba en mi interior creando un agujero aún más grande.

—¿De verdad? ¿Es eso? —asentí intentando relajarlo. Me arrastró hasta la terraza y me sentó sobre sus piernas—. Entonces está bien... supongo —Me recargué en su pecho sin decir media palabra. Así pasaron varios minutos, ninguno de los dos hablamos. Acarició mi espalda desde el cuello hasta la cadera de una forma tranquilizadora. ¿Cómo viviría sin él?, ¿cómo?—. ¿Está pasando? —negué sin moverme. Lo escuché suspirar, no le gustaba verme así, lo sabía, todo el tiempo buscaba dibujar una sonrisa en mi rostro. Sin embargo, no insistió y me dio mi espacio.

El tiempo a su lado se pasaba volando. Dieron las diez y media sin que me diera cuenta.

—Kya, debo irme... es hora... —continué ahí, sobre su cuerpo, odiando con toda mi alma ese momento. Al notarlo hizo que me irguiera y tomó mi rostro entre sus manos. Ahora sí parecía preocupado—. ¿Segura solo es melancolía?... Nunca te había visto así... —Me mordí el labio sin poder evitarlo y sin saber qué contestarle. Aborrecía mentirle, entender que pronto tendría que hacerlo y de una forma descomunal, magistral, solo me torturó más.

—Sí —Me dio un beso, el primero de la noche. Al principio lo hizo temeroso, pero al ver que yo me aferré ansiosa, incrementó el ritmo.

—En esto sigues igual... —logró decir contra mis labios. Apoyó su frente sobre la mía buscando recobrar una respiración regular—. Te amo, Kyana y no te preocupes, si esto no pasa pronto, no importa, aquí seguiré... siempre será así... —¡No, no, no quería escuchar sus hermosas palabras!, ahora causaban el efecto contrario, me dolieron como si fueran cuchillos enterrándose muy hondo generándome una herida mortal. No lo había dejado aún y mi corazón ya sangraba, podía sentirlo.

—Yo... también te amo... pase lo que pase... jamás lo olvides... —acomodó un mechón ondulado tras mi oreja arrugando la frente.

—En serio estás extraña y no, nunca lo olvidaré —Diez minutos después se marchó. Me metí de inmediato a mi habitación, no quería que mi madre me preguntara nada, no quería ver a nadie.

No pegué el ojo en toda la noche, las palabras de esa horripilante señora rebotaban en mi cabeza sin cesar, parecía que de alguna forma se las arregló para apretar el botón de «repetir» a esa endemoniada grabación.

Él pasó por mí en la mañana. Mi mente aún era un lío, sin embargo; tuve demasiadas horas para pensar. No iba a desaprovechar los últimos días a su lado, aunque sabía que tenía que actuar pronto, debía comenzar a darle señales, si no, no me creería, sabía perfectamente lo que sentía por él.

—Veo que hoy amaneciste de mejor ánimo...

—Sí... siento lo de ayer, no sé qué me pasó —Le mentí tomándole una mano y llevándomela a los labios. Enseguida acarició mi mejilla sonriendo, pasando la yema de su dedo por mis ojeras.

—No dormiste bien... —lo notó de inmediato. Negué mirándolo.

—No sé qué suceda. Pero espero, sepas que estoy aquí y que jamás me iré, ¿de acuerdo?... Puedes decirme lo que tú quieras.

—Lo sé —Y de verdad confiaba en él como en nadie, solo que esta vez eso no servía de nada. Me dio un beso en los labios y prendió el motor.

Me acompañó como solía hasta matemáticas, me dio un gran beso y después desapareció. Sabía muy bien que no creía que mi... «melancolía» hubiera pasado, me conocía demasiado bien como para intuir que algo más sucedía, pero también era lo suficientemente respetuoso y prudente como para no presionarme para que se lo dijera. Liam esperaría a que yo tomara la iniciativa. Ese chico que me tenía completamente enamorada, era mejor de lo que yo misma alcanzaba a darme cuenta.

La conversación de Lana no logró distraerme, me sentía retraída, ida.

—¿Algo va mal, Kyana? —preguntó Max intrigado.

—No, no pasé buena noche, eso es todo... —asintió girando de nuevo hacia el pizarrón. Lo observé dándome cuenta de que a ellos también los perdería. Dios, pasamos por tantas cosas que me parecía increíble que en menos de tres semanas sería la última vez que los tendría así, junto a mí. Los quería, los quería mucho a cada uno de ellos. Esos meses en Myrtle Beach me marcaron como si de hierro ardiente contra mi piel se tratara, eran definitivamente un parteaguas en mi vida.

¿Qué debía hacer? Tragué saliva sintiendo aún ese nudo en la garganta que no me abandonaba desde el día anterior por la tarde. En la cafetería apenas si pude comer, mis pensamientos volaban hacia muchas direcciones, me fijaba en cada detalle, en cada persona, como si quisiera grabarlas en mi memoria, eso era lo que me quedaría de ese lugar: recuerdos... recuerdos que tenía que atesorar. Liam no me soltaba, estaba más aprensivo de lo normal y se lo agradecía, en ese momento era lo que necesitaba; sentirlo cerca, olerlo, tocarlo... aunque eso implicara que el dolor que le causaría y que me causaría iba a ser muy profundo, que la herida provocada sería irreparable.

En literatura fue más fácil, con él a mi lado podía dejarme llevar mintiéndome a mí misma, fingiendo que no sucedía nada. Su separación me angustiaba, me quemaba como nunca antes. Varias veces me observó pensativo por lo que yo intenté regresarle una sonrisa o una caricia. Pero seguía sin creerme, lo conocía, me conocía.

Robert me guardó lugar como solía en ciencias, me senté a su lado taciturna. Sentía sus ojos clavados en mí.

—¿Qué sucede? —preguntó sin rodeos. Volteé extrañada por el tono de voz que empleó. Era como si diera por hecho que algo pasaba.

—N-nada —enarcó una ceja serio.

—Te vi en la cafetería, no mientas, suéltalo —murmuró para que nadie lo escuchara. Agaché la cabeza concentrándome en la lámina de madera

garabateada de la gran mesa que compartíamos. De pronto algo se iluminó dentro de mi cabeza, él podía ser esa persona a la que podía decirle, pero ¿y si lo implicaba, si ella se enteraba? El miedo regresó de nuevo tan sorprendentemente como si un rayo me golpeará—. Anda... creo conocerte lo suficiente, ¿no confías en mí? —torcí la boca de nuevo evaluándolo.

—Sí, pero... —arrugó la frente, desconcertado.

—Kyana ¿qué ocurre?, no eres así... La única vez que te vi de esta manera fue cuando pasó aquel problema con Liam, pero eso fue hace meses —recordar esos días sin él hicieron estragos en mí de nuevo; fueron los días más horribles de mi vida y ahora se perpetuarían.

—Robert, yo... —cerré los ojos dudando aún si era buena idea que lo supiera. Puso una mano en mi brazo cariñoso.

—Tu ¿qué?... ¿qué pasa?... Sé que no tuviste ningún problema con Liam, él también parece preocupado por tu actitud, dime... —Mis ojos se rasaron sin poder evitarlo.

—¿Podemos vernos en mi casa cuando terminen las clases? —Me animé a preguntar. Lo haría, le diría, necesitaba saber si de verdad debía temer a esa mujer. Asintió preocupado—. Pero nadie debe saberlo, ¿comprendes?, nadie... —Ahora sí parecía alarmado.

—Kyana, me asustas. —Lo miré suplicante.

—Por favor, créeme, es por tu bien y... por el mío...

—Ahora si me intrigaste, está bien, cuenta con eso, le diremos a Annie que vamos a estudiar juntos para esta materia. Cualquiera se tragará ese anzuelo, pronto son los finales y hemos estado juntos en esta clase todo el año —esa era una buena idea, nadie sospecharía si lo manejábamos así o por lo menos eso esperaba, no soportaría que él también saliera embarrado en esa pesadilla. Asentí intentando sonreír—. Pero hasta entonces por favor cambia esa cara, ¿okey? Ya verás que tiene solución... sea lo que sea...—Me mordí el labio, sabía que no era así y él lo comprendería pronto.

Liam y yo nos sentamos en «nuestro» árbol. Ya no acudíamos a él tan frecuentemente, la amistad con los demás a veces lo impedía, pero esta vez no le importó y me arrastró hasta allá en cuanto hubo receso. Me acomodó frente a él estudiándome ansioso.

—Me estás preocupando... siento que me estoy perdiendo de algo... —acarició mi mejilla con los ojos entornados.

—No, no hay nada... —bajó la vista hasta el pasto arrancando pedacitos.

—No eres así, Kya, no sé cómo describir esto, pero me siento ansioso, no

puedo dejar de pensar en lo que te tiene así y por mucho que busco no logro saber qué puede ser. Hasta donde sé todo va bien en tu casa, tu padre, aquí... tú y yo... No entiendo... —coloqué una mano sobre las tuyas evitando que pelara por completo ese pedazo del jardín.

—Lo vas arruinar, es nuestro sitio. ¿Recuerdas? —me refería al césped. Me miró sonriendo dulcemente, esa era yo comúnmente y necesitaba que él sintiera que seguía ahí—. Perdón, Liam, ni yo misma sé que sucede... probablemente son las hormonas o es la nostalgia de saber que ya no estaremos aquí nunca más y que estos meses han sido los más importantes y maravillosos —Por primera vez en las últimas veinticuatro horas no le mentía y eso me hacía sentir menos mal—. Aquí te conocí, aquí me enamoré de ti, ¿cómo evitar sentir nostalgia? Sí, aquí sucedió lo mejor de mi vida... —Me perdí en sus ojos. Eso era una total y absoluta verdad que me perseguiría para siempre. Me acercó a él tomándome por la cintura para que quedara a unos centímetros de su rostro.

—Nunca hablas así... —Su aliento rozó mis labios, me encantaba sentirlo — Y me enloquece escucharte, tú también eres lo mejor de mi vida, Kyana, y quiero que así siga siendo hasta que mi corazón deje de latir —sujetó mi mano y la colocó sobre su pecho—. Eso, nunca lo olvides... él late porque tú existes... nada más por eso —Mis ojos se rasaron y lo besé conmovida por sus palabras y comprendiendo que cada una de ellas eran ciertas, yo sentía lo mismo.

El resto del receso permanecemos en nuestra burbuja. Nadie se acercaba y en definitiva no queríamos que nadie lo hiciera. Nos demostrábamos lo que sentíamos con los ojos, acariciando nuestros rostros, delineándolos pacientemente uno al otro. Ese momento fue como si el tiempo se detuviera. Nada importó, ni dónde estaba, ni lo que su madre me advirtió, ni lo que pronto tendría que hacer... nada. Solo él, solo cada una de sus facciones, solo sus ojos con esa mezcla tan única de grises y verdes que me miraban deleitado por nuestro contacto.

En atletismo la angustia no fue tan grande, él estaba en la cancha y me miraba todo el tiempo. Los maestros ya se habían acostumbrado a que a veces corría a mi lado bromeando o aventaba la pelota a mi dirección y cuando la levantaba, me daba un beso en la frente o en la mano y se iba sonriendo. Ese día no fue la excepción, también lo hizo, así que podía perderme en su presencia sin problemas.

Para historia intenté mostrarme más serena. Decidí decírselo a Robert y

rogaba porque me dijera si creía que algo podía pasar. Conocía a Liam desde pequeño, una ligera esperanza se abrió en mi mente y me aferré a ella desesperada, como a un trozo de madera después de un naufragio.

Annie nos dejó en casa deseándonos suerte. Liam sabía que Robert estaría ahí por la tarde inventando que necesitaba un poco de ayuda en ciencias, no le pareció extraño, al contrario, se alegró de que no fuera a estar sola, aún no estaba muy convencido de mi actitud.

Dejamos las cosas en la sala y enseguida me miró expectante. De pronto me entró la paranoia de que alguien nos pudiera escuchar, de que hubiera cosas ocultas en mi casa para espiarme. Sabía que no era muy factible, sin embargo, tenía miedo, no podía arriesgarme. Lo jalé hasta el jardín tomando varios libros que conseguí sobre la materia en la biblioteca para despistar y lo senté en una orilla lo más alejada de la fachada. Le di un par indicándole con los ojos que abriera uno.

—¿A qué viene todo este misterio? —quiso saber observándome desde el suelo con aquellos objetos en sus piernas. Me senté a su lado cruzando las piernas y también abrí uno.

—Robert... —Me mordí el labio fingiendo que leía y comencé a torturar mis dedos.

—Kyana, me estás asustando. ¿Qué pasa?... Lo que sea cuentas conmigo... parece que te escondes del FBI, ¿por qué tanto misterio?

—Robert —alcé la vista, él ya me veía contrariado, por supuesto pensaba que enloquecí. Tomé aire acomodándome a su lado, muy cerca—. Nadie, nunca, absolutamente nadie, ni tu sombra puede saber esto. ¿Comprendes? —frunció el ceño aún más intrigado. Elevó la mano haciendo el juramento sonriente. Se la bajé de inmediato sin poder reírme como él pretendía con aquel gesto—. De acuerdo, te diré qué ocurre, pero te suplico seas sincero.

—Lo juro.

—Ayer, por la tarde, estuvo aquí la madre de Liam —Su expresión se tensó de inmediato y apretó la quijada fuertemente. Esperaba otra reacción sinceramente.

—¿Su madre?, ¿por qué? —susurró siguiéndome, yo así hablaba.

—Robert, esto es muy delicado. Es horrible lo que voy a decirte... pero te necesito, si no te prometo que nunca lo haría —sujetó mi mano, intranquilo, en cuanto escuchó que esa mujer me hizo una visita, comprendió que algo gordo pasaba, sus ojos me lo decían.

—¿Dime qué te dijo?

—M-me amenazó, quiere que dejé a Liam —escupí asustada. Mis palabras lo dejaron como piedra, sin embargo, no muy sorprendido. Un silencio aterrador se apoderó de nosotros y yo solo podía rogar porque no fuera cierto que ella era un monstruo.

—¿Qué te dijo exactamente? —Ahora parecía furioso, sus pálidas mejillas en la cotidianidad, se encontraban repentinamente coloradas.

—Robert... quiere que me vaya, que desaparezca. Dios, sé que esto sonará increíble, yo misma no lo puedo asimilar, pero... ella provocó mi accidente. Dice que la próxima no fallará, destruirá a mi madre si no lo hago, también a mi padre y por supuesto a mí, incluso me amenazó con que le haría la vida miserable a Liam si no lo dejaba por mi propia cuenta... —busqué sus ojos, estaban completamente desorbitados y su rostro transparente. Me creía y eso no me puso mejor. Robert nació ahí, sabía muy bien todo sobre la gente que vivía en el condado.

—Kyana, quiero palabra por palabra —Y así lo hice, le conté todo con detalle, su expresión fuera de tranquilizarme me iba alarmando cada vez más, tanto, que sentí mi pulso realmente desbocado. De repente se puso de pie y caminó por el jardín con las manos en la cabeza respirando rabioso, ansioso. Lo observé sin moverme, eso no era bueno, nada bueno. Cuando por fin se acercó a mí, yo ya me había incorporado. Me abrazó rodeándome como si le doliera lo que me ocurriría—. Kyana... —Me separó. Su rostro era una máscara de miedo mezclado con determinación—. Ella... esa mujer... es capaz de eso. Muchos aquí lo sabemos, por eso no te dijimos de quién era hijo hasta que el imbécil de Roger lo hizo. El poder que ellos tienen, no lo tomes a la ligera... si te dijo eso, créeme: lo hará, sé que lo hará —Mi vista se nubló debido a las lágrimas que se acumulaban en mis ojos. Un tsunami hubiera sido más amable conmigo, una criatura mitológica de cien cabezas seguro también. Que mi mejor amigo me dijera que no me preocupara era mi única esperanza. Le dio una patada a la pared sobresaltándome—. Es increíble... increíble que tenga unos padres así, que te estén haciendo esto, que se lo estén haciendo a él... No los creí capaces de algo tan, tan bajo. No se lo puedes decir a nadie. ¿Comprendes? Son gente asombrosamente poderosa, muy influyente... no se tentarán el corazón —asentí asustada al borde del llanto—. Mierda. ¿Cómo ocurrió algo así? —Me preguntó evidentemente consternado.

—Tendré que dejarlo... y me iré, no hay mucho que hacer por lo que veo —admití vencida, sintiendo ácido en la lengua. Negó cerrando los ojos

fuertemente—. No quería implicarte, Robert, lo siento mucho —acunó mi barbilla para que lo viera.

—Por mí no te preocupes, me alegra que lo hicieras. No sé cómo ibas a poder con esto sola, aun conmigo a tu lado, no sé cómo lo lograrás. Liam... Dios, no sé qué hará, enloquecerá, eres su vida, todos lo sabemos, parece que respira a través de ti y tú... —sacudió la cabeza afligido—, tú estás igual que él. Pero no estás sola, ¿sí? Estaré a tu lado y te juro no le diré nunca a nadie. Sé lo mucho que te arriesgo si lo hago, pero a lo mejor con el tiempo... —Lo abracé sollozando sin poder contenerme un minuto más. Todo lo que veía ante mí no era verdad, no me podía estar ocurriendo algo semejante.

—¿Por qué, Robert, por qué a mí?... Lo amo —acarició mi cabello dejándome sacar todo lo que tenía dentro—. Mi madre... la dejaré... no podré regresar, no se lo puedo decir... Ustedes... mis sueños... La odio, te juro que la odio. Liam me odiará —concluí hipeando. Las convulsiones ya no me permitieron continuar. Él me sujeto aún más fuerte.

—No sabes la impotencia y rabia que siento. Malditos, de verdad malditos, siempre hemos sabido que son gente... no muy recta, mentirosa, pero... ¡Esto!... usar todo su poder para hundirte... merecen el infierno.

Varios minutos después el llanto se convirtió en lágrimas que ya habían humedecido gran parte de su camisa.

—Kyana, esto se tendrá que saber algún día, ya lo verás y espero que alguien tenga el suficiente valor para aplastarlos, no creo que existan personas que se lo merezcan más.

—No veo cómo pueda suceder algo así. Además, qué importará, el daño ya estará hecho y créeme, dejó muy claro que el trato era indefinido —Me besó en la frente tomando mi rostro entre sus manos.

—¿Cuándo lo harás?, no quiero asustarte te lo juro, pero no juegues con esto, no con ellos —Me encogí de hombros sin saber qué contestarle—. Además, tienes que decirle a tu mamá que irás a México... no tienes mucho tiempo para tramitarlo todo. —resoplé cerrando los ojos. Planes, tenía que hacer planes, pero cómo hacerlos si sentía que me estaba rompiendo por dentro como un cristal al caer de lleno en el suelo.

—Lo sé, tengo que hablar con ella, no comprenderá nada...

—Debe creerte, todos deben creerte. Debes intentar ser fuerte, Kyana... Estás hablando de tu vida y la de las demás personas que quieres, todo va en ello... tienes que actuar ya —asentí alejándome de él unos pasos y rodeando mi cuerpo con ambos brazos; a pesar de que hacía calor, mi interior estaba

completamente congelado.

—No sé por dónde empezar —admití con un hilo de voz observando mis zapatos. Lo escuché suspirar.

—Habla con tu padre, dile que quieres irte, pero primero díselo a Irina. Invéntale cualquier cosa, no sé... dile que ya lo pensaste bien y que... prefieres regresar. Sí, eso, y dile que... ya no quieres estar con Liam, no le quedará otro remedio que aceptarlo.

—No me creerá...

—Debes hacer que lo haga, no encuentro ninguna opción, Kyana. Esa señora ya te lastimó, no creo que se tiene el corazón para volver a hacerlo.

—Lo sé, lo sé.

—Kyana, tu voluntad es todo lo que tienes. ¿Comprendes? Liam no sé cómo reaccionará... probablemente intente de todo para que no lo dejes, jamás he visto a un chico tan enamorado como él, vas a necesitar todo tu empeño para alejarlo... No será fácil.

—¿Por qué me dices todo esto? —le pregunté llorando de nuevo. Puso una mano sobre mi hombro con el rostro contraído, tan lleno de dolor que sentí ganas de gritar, romper algo, sufría junto conmigo.

—Porque sé lo mucho que vas a sufrir y necesito que estés preparada... No me separaré de ti, no importa lo que pase, no lo haré, pero no será fácil y debes asumirlo.

—No lo puedo creer, Robert, no puedo...

—Jamás pensé que algo así podría suceder, que yo pudiera escuchar algo como esto. En serio, solo porque me lo dices y los conozco, sé que es verdad, si no créeme que ya me hubiera carcajeado. ¡Carajo! Me cuesta mucho trabajo contenerme y no ir a cantarle muchas verdades a esa bruja corrupta y asquerosa.

—No, todo empeoraría, debo entender y aceptar que no tengo salida... Haré lo que tengo que hacer a pesar de mi misma. La vida de mi madre está de por medio, su felicidad... no puedo hacer que deje todo por lo que ha luchado tanto toda su vida y menos de esa forma; manchada, con la reputación por los suelos. No puedo, no me lo perdonaría jamás.

—Lo sé y eso es lo peor... —murmuró negando abatido, contrariado hasta lo más hondo.

No se fue hasta que llegó mamá. Casi no platicamos después de que le hubiera confesado toda la atrocidad. Lo que sí hizo fue abrazarme y hacerme ver que no me dejaría sola.

Lloré mucho y él limpió mis lágrimas con tristeza infinita, temblando.

¿Por qué no podían comprender lo que sentíamos?, ¿por qué actuar de esa forma tan vil?, ¿por qué Liam tenía que ser precisamente el hijo de alguien así?

FIN DE MI PRIMAVERA

Cenamos en silencio, sabía que tenía que hablar con ella. No encontraba la forma.

—Kyana, no de nuevo por favor, me lo prometiste. Desde ayer no sé qué te sucede, apenas si comes y tu cara... lloraste toda la tarde... —no era una pregunta, lo afirmaba. Tomé aire y la miré.

—Mamá, he decidido que quiero estudiar en México —escupí sin más. El tenedor se le cayó sobre el plato generando un ruido sordo que no logró inmutarme.

—¿Qué?, ¿por?

—Porque... ya lo pensé y eso es lo que quiero —distanció su comida y me observó confusa arrugando la frente. No se la tragaba, obviamente.

—No, señorita, las decisiones no se toman a la ligera. Tú no eres así, durante meses no te cansaste de decir que lo que más querías era ir con Liam a la universidad, ¿Por qué cambiaste de idea?, ¿te peleaste con él?, ¿él quiere ir ahí? No comprendo y exijo que me expliques.

—No, no es eso —evadí sus ojos chocolate dedicando toda mi atención al cubierto que tenía entre mis dedos.

—¿Entonces? —Parecía molesta, bastante.

—Mamá... creo que yo... ya no quiero estar con él... —abrió los ojos y pestañeó varias veces. Pobre, la estaba volviendo loca de verdad.

—Kyana, es una broma. ¿Cierto? Digo, tú puedes decidir con quién estar, pero esto es abrupto, salido de la nada, ayer los vi y estaban perfectamente bien, así que no te creo. ¿Qué ocurre? —ese tono de voz en ella lo desconocía. Enarcó una de sus cejas esperando, tamborileando los dedos sobre la mesa.

—Nada y no, no es broma, es la verdad, ya no quiero estar con él y quiero ir a México, quiero estudiar allá... Eso es todo —soné más firme de lo que creí, retiré también mi plato y la confronté sin titubear. Estaba completamente desencajada, confusa, perdida.

—Escucha, hija, sé que no te he dado un ejemplo que pueda guiarte cuando

cruzas momentos complicados con un chico, pero no siempre la solución es mandar a volar todo, además no es maduro tomar decisiones arrebatadas, guiadas por el enojo, por el impulso del sentimiento. —Me levanté de la mesa mirándola severa.

—Yo ya no sé lo que siento, después de todo estoy muy joven para una relación tan seria, mi papá te lo dijo cuando vino y creo que tiene razón... No quiero ir allá con él, quiero ir a México, no estoy lista para algo tan formal, así que... ¿Me vas a apoyar o no? —me observó asombrada ante mi reacción. Jamás me ponía así y mucho menos le hablaba de esa forma. Fuera de enojarse, respiró varias veces colocando sus dedos en el puente de su nariz.

—No puedes estar cambiando así de opinión...

—Nunca lo he hecho, siempre he permanecido estable, si no hubiera sido porque nos vinimos aquí a vivir por «tu» trabajo, hubiera terminado mi escuela con las mismas personas que conocí desde pequeña, con los amigos de toda mi vida. Así que no es impulso, no es enojo, no es nada, salvo que no deseo enfrascarme en una relación tan absorbente, quiero mi espacio, mi tiempo —sabía que lo primero que le dije fue un golpe muy bajo, sin embargo, necesitaba que me dejara ir, era por su bien. Bajó la vista demasiado contrariada, acerté y eso me dolió.

—Jamás he tenido quejas sobre ti, es solo que me parece muy extraño todo esto, lo que dices no tiene sentido... pero si es eso lo que de verdad deseas veremos qué se puede hacer a estas alturas... Veré qué hago con respecto al trabajo, lo solucionaremos —abrí los ojos azorada. No, esa no era la solución, me iba justo para evitar todo eso, mamá era feliz en lo que hacía, le iba muy bien y además estaba Ralph, la vida que construyó incansablemente todo ese tiempo.

—No es necesario, hablaré con papá, viviré con él, no tirarás todo tu esfuerzo por la borda solo porque yo ya no deseo estar con mi novio, han sido años de lucha, olvídale... De todas formas me iba a ir, da igual a dónde, ¿no? —salí del comedor sintiéndome una extraña. Una chica nueva emergía desde mi interior, no la reconocía, no me era para nada familiar, sin embargo, ahí estaba enfrentando esa atrocidad con la cabeza en alto, con aplomo. Fue increíble darme cuenta de cómo es el cerebro humano, en su complejidad logra que hagas cosas que jamás creíste poder hacer y ahí estaba yo descubriéndolo, me sentía ajena, distante e indiferente. No podía flaquear, demasiado dependía de que supiera hacer las cosas bien, no fallaría, no sabiendo lo que eso implicaría.

Le marqué a mi padre ya en la planta alta. No comprendió igual que mamá mi cambio de decisión. Hizo miles de preguntas que contesté con monosílabos, al final, se mostró feliz porque quisiera vivir allá, con él. Papá buscaría la mejor opción y al parecer ya tenía una en mente. Las fechas ya habían pasado, pero contaba con un contacto, lograría que entrara a aquella universidad a la carrera que eligiera.

—Kyana, ¿estás segura, mi amor? Suenas molesta —mordí mi labio sintiendo las lágrimas asomarse, me las tragué de un solo golpe.

—Sí, papá, estoy muy segura, quiero ir allá y no estoy molesta, es solo que... no ha sido una decisión fácil.

—Terminaste con él. ¿Verdad?

—Creo que aún estamos muy jóvenes para algo como esto, no me siento lista —Se quedó callado un segundo.

—¿Qué te puedo decir?, yo también lo creo... sin embargo, mi amor, debes saber que una vez te acepten, no hay marcha atrás... Harás tu licenciatura en Monterrey.

—No me arrepentiré, no te preocupes.

—Quiero hablar con Irina, mi amor. Cuídate y te marco mañana para ver qué arreglé.

—Gracias, papá... —intenté sonar cariñosa, no pude, mi voz era plana.

—Siempre soñé tenerte cerca mi vida, no agradezcas, será un gusto estar contigo, aunque no estoy muy convencido de que sea lo que realmente deseas —bajé el inalámbrico y se lo tendí a mamá, que por cierto, aún continuaba con la mirada perdida en la mesa del comedor. No se había movido ni un centímetro.

—Es mi papá... desea hablar contigo —me estudió con cierto recelo, con preocupación. Le di un beso en la frente y me alejé. La amaba, era mi madre, no podía permitir que algo le sucediera, luchó siempre tanto y jamás se dio por vencida. Siempre supe que por ella era capaz de muchas cosas, ya se lo había demostrado, ahora con mayor razón.

Me encerré en la recámara, agarré la sudadera de Liam y me la llevé a la nariz, olía todavía a él. Me quedé así varios minutos, hasta que escuché que mi puerta se abría.

—Kyana, necesitamos hablar... —dejé aquel invaluable recuerdo a un lado y volteé hacia ella.

—Dime. —Entró y se sentó en la cama a unos centímetros de mí.

—Te apoyaré, sé quién eres, pero en definitiva no comprendo. Jamás has

hecho algo porque sí, alguna razón hay para este cambio de actitud —agarró la sudadera que dejé en medio del colchón y me miró enarcando una ceja. No se tragaba lo de Liam—. Hay otra razón, otro motivo. Confío en ti y en cómo te he educado, por lo mismo no desistiré, veo tus ojos y me asusta. Así que aunque no me opondré a que te vayas, pues tú tienes todo el derecho de elegir a dónde, no imagines que las cosas se quedarán así, te estaré observando porque por mucho que insistas, esto no tiene que ver con Liam, esto es otra cosa. —Me acerqué a ella agotada y recargué el rostro en sus piernas.

—No encontrarás nada, porque no lo hay... Y discúlpame, no quería decirte lo que te dije... vivir aquí ha sido... —acarició mi cabello tiernamente. Sentir su calor me reconfortaba, me serenaba.

—Lo sé muy bien, mi niña, no te arrepientes ni un segundo de haberme seguido, te he visto florecer y ser más feliz que nunca, por lo mismo me da miedo que no estés tomando la mejor decisión y peor aún, no saber qué fue lo que te orilló a hacerlo. ¿Alguien te hizo algo que no te gustara?, ¿te lastimaron?, ¿fue Liam?... —Antes de que continuara la miré desde sus piernas, estaba pensando atrocidades y bueno, no es que no estuviera cruzando por una realmente espantosa, pero por donde iba su cabeza, no.

—Mamá, detente, ¿cómo puedes pensar algo así? Sabes que no te lo ocultaría —torció la boca no muy segura—. No es nada, es solo que esto es lo que debo hacer, no tiene sentido continuar, no lo deseo —suspiró quedándose así un buen rato.

—¿Liam lo sabe?

—No... todavía no, este fin de semana hablaré con él...

—Entonces es cierto, piensas terminarlo —En serio no lo podía creer. Asentí sin poder decir en voz alta esas palabras. Tomó todo el aire del que era capaz.

—Está bien, creí que no escucharía esto de tu boca, pero ¿Qué te puedo decir?, es tu vida, no eres ya una niña por mucho que me empeñe en verte de ese modo, has crecido y por alguna razón, ya no estás contenta a su lado, sin embargo, debes saber que no lo tomará bien mi amor, será algo complicado.

—Lo sé —elevó mi rostro con mucha tristeza y preocupación. Buscaba en mis ojos las respuestas a sus preguntas.

—De acuerdo, si estás decidida... —rodeé su cintura mientras algunas lágrimas salían sin poder evitarlo.

—Mamá... te amo... —Me abrazó más fuerte ante aquel gesto.

—Yo también mi cielo, jamás podrás entender cuánto. Elijas lo que elijas,

eres y serás lo mejor que me ha ocurrido, nunca lo dudes —Me besó en la cabeza y supe que también lloraba. En ese instante comprobé que hacía lo correcto, por mucho que me estuviera partiendo el alma en dos, que mi corazón estuviera entumiéndose, no permitiría jamás que algo malo le sucediera, menos si tenía la forma de evitarlo.

Liam llegó media hora después de eso. Intenté parecer relajada, estaba decidida, esa sería mi última noche con él, no me importaba lo que después sucediera, iba a hacer todo para que fuera inolvidable, aunque luego me odiara por ello. Al día siguiente tenía partido fuera, así que no lo vería hasta el domingo. No tenía tiempo que perder.

—Hola... —le dije al verlo y lo besé ansiosa importándome muy poco que mi madre aún estuviera en casa. Saldría con Ralph, así que no tardaría en irse.

—Kya... —me separó tiernamente sin soltarme y con la voz muy ronca—. Irina todavía está aquí... Dios... me vuelves loco... —Sus ojos se dilataron en segundos y ya respiraba agitadamente. Sonreí sin dejar de observarlo, amaba la reacción de su cuerpo ante el mío.

—Tú a mí también y... te deseo... ahora, hoy —No solía ser tan directa, más bien se lo demostraba. Abrió los ojos desconcertado y maravillado porque fuese yo la de la iniciativa. Puso una mano sobre mi mejilla, su tacto me quemó, haría combustión en cualquier momento. Liam era mío, por lo menos en ese momento, necesitaba sentirlo por última vez.

—Créeme, yo también, todo el tiempo —sacudió levemente la cabeza de un lado a otro—. Eres lo único, Kyana —sentí que el nudo en la garganta regresaría en cualquier momento, lo logré pasar. No esa noche, en ese momento era mío... no me iba a arruinar también eso.

Mi madre bajó unos minutos después y nos miró confusa. Liam me tenía abrazada por la cintura, ambos reíamos. Pestañeó varias veces yendo de mi rostro hasta la mano que tenía rodeando mi cuerpo. No comprendía, la estaba desquiciando de verdad.

—Me voy... —anunció mientras terminaba de guardar algo en su bolso. Cuando se despidió de nosotros volvió a evaluar mi actitud. Liam frunció el ceño al verla.

—¿Estás bien, Irina? —sacudió la cabeza al escucharlo y sonrió asintiendo.

—Sí claro, algo cansada probablemente... —Después me estudió de una forma que ni yo misma pude descifrar, pero que sabía tenía algo de reprobación—. Cuídense, nos vemos luego —despareció un minuto después, de inmediato me sentí aliviada.

—Estaba extraña ¿No? —señaló Liam desconcertado. Me encogí de hombros fingiendo indiferencia y lo tomé de la playera logrando así que volviera a poner toda su atención sobre mí.

—¿En qué estábamos?... —le pregunté enarcando una ceja provocativa. Rio al darse cuenta de lo que quería y un segundo después ya me tenía atrapada entre sus brazos besándome de una forma que debería ser ilegal.

De a poco fuimos avanzando por la sala, hasta llegar a las escaleras. Entre besos y risas cargadas de deseo fuimos subiendo hasta que mis piernas toparon con mi cama. Me aferré a él devorándolo sin remilgos, dejando fluir de mi interior todo lo que me hacía sentir. No quería pensar, necesitaba sentirlo, olerlo, fundirme en su cuerpo como si nada importara.

Lo tumbé sobre el colchón para luego yo hacer lo mismo de forma provocativa. Liam respiraba entrecortadamente, expectante, desconcertado, fascinado. Pasé un dedo por su pecho con deliberada coquetería, subí su playera y toqué su piel con posesividad. Tenía aferrada mi cadera con sus enormes manos sin poder dar crédito a mi osadía. Sin más, bajé mi rostro hasta su torso y comencé a amarlo, lo hice como nunca antes. Era vital que mi boca lo conociera por completo, que su sabor se instaurara en mi cerebro una eternidad si era preciso. Recorrí con mis labios todo su ser delicadamente, mordisqueándolo, paseando mi aliento por puntos que lo estaban haciendo hiperventilar, tatué su esencia en mí sin frenarme, sin contenerme. Gemía, se quejaba y me rogaba parara. Lo estaba volviendo loco de deseo haciendo cosas que jamás me permití siquiera pensar. Me sentía completa y absolutamente ansiosa de él. Tendido, rendido ante mí, colosal, excitado, ansioso, absolutamente rebasado y deseoso. Asombrado y perdido, esos eran sus gestos. No sabía qué hacer, jadeaba entrecortado, se retorció, y yo... yo no pensaba detenerme, adoraba sentirlo bajo mi dominio extraviado en las sensaciones que le generaba deliberadamente.

—Kya... N-n-n o sigas, te l-l-lo suplico —Me imploró casi con un hilo de voz, estaba a punto de colapsar. Jamás me sentí tan poderosa, tan fuerte, pero es que verlo totalmente a mi merced de aquella forma, con ese abandono, solo logró intensificar el sentimiento. Lo quería para mí, necesitaba que nunca se olvidara de mí, de lo que yo provocaba en él.

Jadeaba impresionado, con su cuerpo totalmente humedecido por la transpiración que delataba también todas sus sensaciones, buscaba, de una u otra forma que me detuviera, pero lo tenía al máximo, yo misma estaba al tope, darle placer generaba en mí también placer, asombroso. De repente, sin

que yo lo viera venir, me tomó entre sus brazos temblorosos con fuerza emitiendo un gruñido casi animal al tiempo que se sentaba, me puso a horcajadas sobre él y se hundió en mí sin miramientos, sin delicadeza, sin miedo, logrando que me arqueara de forma imposible ante su invasión. El alivio a mi tensión llegó acompañado de un grito de total satisfacción. Liam tenía la mirada más vidriosa que jamás le hubiera visto, parecía fuera de sí. No hubo suavidad, ni ternura. Hubo fogosidad, necesidad, deseo puro y total.

Unos minutos después, aún continuaba recostada a su lado igual de impactada que él por lo fuerte del encuentro.

—Espero que estés bien consciente de que me has arruinado, somos uno sin remedio —Su pecho subía y bajaba rápidamente. Sonreí asintiendo.

—Esa es la idea —frunció el ceño riendo girando hacia mí. Su cabello estaba completamente revuelto y tenía aún los ojos dilatados.

—¿Sabes? Fue como si... te despidieras —mi boca se secó en ese momento y juro que mi corazón se detuvo por unos segundos. Me acerqué a él tomando su rostro entre mis manos.

—Creo que estas desvariando... de verdad te arruiné —asintió entornando los ojos.

—Es que, Kyana, esto fue... —Le puse un dedo sobre su asombrosa boca para silenciarlo.

—Quiero nadar —No reaccionó durante un segundo ante mis palabras tan fuera de lugar.

—¿Nadar? —Me puse de pie y fui hacia mi armario, saqué un bañador de dos piezas y me lo puse de prisa. Cuando giré, él aún seguía acostado sobre las revueltas sabanas observándome como si hubiera perdido la razón—. ¿Es en serio? —preguntó recargado en sus codos y enarcando una ceja.

—Sí o es que... ¿No quieres? —puse mi gesto más angelical e inocente, sabía que eso lo desarmaría de inmediato. Se incorporó dejándome como siempre, perpleja y babeando. Se acercó a mí rodeándome por la cintura y me pegó a su grandioso cuerpo desprovisto de ropa. El deseo me atravesó de nuevo como dos flechas certeras.

—Me estas volviendo loco... de verdad creo que lo estás haciendo... —Me besó lánguido.

—Liam... quiero ir a nuestra playa... por favor... —sonrió al darse cuenta de que ese era uno de mis arranques de terquedad en lo que jamás ganaba. Asintió arrastrándome de nuevo hasta la cama.

—Pero antes te volveré loca yo a ti... y cuando estemos parejos, iremos ahí

—Su aliento rozó mi cuello, enseguida comprendí era cierto lo que decía. Y así fue. Supe, desde mi propia carne, lo que le hice sentir hacía unos minutos. No dejó ni un solo espacio de mi cuerpo sin ser explorado, en ese momento entendí que jamás lo dejaría de amar y que nunca lo podría olvidar, nuestros cuerpos esa noche se hicieron uno de muchísimas formas, era imposible que volvieran a funcionar uno sin el otro.

A las diez de la noche llegamos, teníamos mucho tiempo por delante.

—¿Por qué esta idea? —quiso saber antes de que bajáramos del auto.

—Porque hace mucho calor —fingí echándome aire a la cara con una mano. Y era verdad, pero él sabía que no era esa la razón. Ese era mi lugar favorito, lo fue desde que comenzó esa aventura que ahora sabía, era la mejor de toda mi existencia y la que más dolor me causaría. Lo cierto es que solíamos ir cada fin de semana por lo menos un rato, sin embargo, no de noche y menos a nadar. Puso los ojos en blanco divertido.

—Eres terca.

—Lo sé.

En cuanto se estacionó no le di tiempo de nada, bajé corriendo y no paré hasta llegar a la orilla del mar disfrutando la arena bajo mis pies, eso también terminaría. La luna estaba llena, iluminaba todo en tonos plateados, el paisaje era etéreo, como salido de un cuento. Su reflejo se proyectaba en el agua y solo se escuchaba el sonido de las olas al tronar. Amaba eso, era como una parte de mí.

Lo observé todo sin moverme mientras el aire nocturno mecía mi cabello de esa forma que tanto adoraba. Todos los sentimientos se mezclaban en mi interior, estaba viviendo el momento más maravilloso de mi vida y una parte de mí se sentía cálida, completa, sin embargo, la otra estaba helada, muerta de miedo y comenzaba a acumular odio.

Al recordar su rostro, un escalofrió recorrió mi cuerpo, era increíblemente parecida a él. Lo paradójico era que uno calentaba mis días, mi vida y el otro... la sepultaría en un eterno invierno.

—Pareces... irreal —sabía que me observaba desde hacía unos minutos. Su mirada estaba clavada sobre mí y su voz era ronca, giré intentando sonreír.

—Te amo... —susurré hipnotizada y perdida en sus ojos. Se acercó lentamente como si fuera presa de un hechizo ancestral. Me besó como si quisiera memorizar mis labios. Primero uno, luego el otro, succionándolos, saboreándolos, su tacto era gradual, pausado. Me elevó separando mis pies por completo del piso.

—Eres mi vida, Kyana, eres mi corazón y adoro que así sea —Sin más comenzó a dar vueltas sobre su propio eje conmigo a cuestas, mientras yo gritaba extasiada intentado liberar la tensión, olvidando deliberadamente todo lo que me carcomía, todo lo que me consumía. Ese momento era mío, era suya, al diablo todo lo demás. Reí sobre sus labios enredando mis manos en su cabellera sintiéndome plena, aferrándome al momento como quien desea salvarse de caer en un volcán.

Unos minutos después caminamos en silencio. Existía algo en el ambiente, era como si estuviera en un sueño. El aire era espeso, caluroso. La sensación de su mano rodeando la mía lograba mantener mi pulso acelerado, éramos uno y nada importaba, nada. Estaba junto a él y me sentía más viva que nunca, sabiendo que el fin estaba cerca, era inminente, eso solo hacía que todo fuera aún más intenso.

Me metí lentamente al mar acercándolo, sin dejar de verlo ni soltarlo. Me siguió, nunca me negaría nada, siempre fue así. El contacto con el agua fría sobre mi piel alertó aún más mi cuerpo. Así me sentía, fría y cálida a la vez.

Nos sumergimos sin dejar de besarnos, sin dejar de tocarnos.

—Cásate conmigo —susurró contra mis labios mientras el agua nos mecía decadentemente.

—Liam...

—Ya te lo he dicho, lo sé... pero es lo único que deseo... lo quiero pronto, Kya. Al diablo la edad, al diablo eso de que no estamos preparados, de que falta mucho por vivir. Lo haré, pero contigo a mi lado, sé lo que siento, sé dónde quiero estar, con quién —bajé la vista perdiéndome en la oscuridad del agua. Acunó mi barbilla elevándola para que lo mirase—. No te asustes... solo quiero que sepas que haré todo para que suceda lo antes posible. Sé que te amaré pase lo que pase, aun después de que deje de existir, que por mucho que crean que lo nuestro es resultado de la adolescencia, es asombrosamente real. Lo que pasa es que hay personas que viven una eternidad y jamás encuentran lo que yo sí a esta edad. ¿Para qué esperar si tú sientes lo mismo? —Lo abracé acomodando mi rostro entre su cuello.

—Y siempre será así, jamás lo dudes.

Las lágrimas comenzaron a escocer mis ojos, hice un esfuerzo enorme para que no salieran. Sus palabras se me clavaron muy hondo, las recordaría toda mi vida. Mi cuerpo se congelaba de solo pensar que en algún momento dejaría de sentirlo; probablemente se enamoraría de alguien más y yo sería un recuerdo, algo que fue y que ya nunca más podrá volver a ser.

Al notar mi tensión comenzó a hacerme reír. Lo lograba con una facilidad asombrosa, sin esfuerzo. Nadamos un rato y después empezamos a jugar. Nos perseguimos corriendo por la arena, gritando, carcajeándonos como dos niños que no tenían ninguna preocupación salvo divertirse y pasarla bien. Eso también era nuestra relación y lo extrañaría tanto como el resto de lo que éramos. Terminamos en la arena besándonos, los pequeños gránulos se nos adherían sin importarnos.

Sabíamos que el tiempo se nos agotaba, pasaba de medianoche. Estábamos sentados mirando hacia el horizonte. La noche era serena, ya no había aire, ni nubes, el cielo estaba claro y nos dejaba disfrutar la majestuosidad de la luna elevada justo frente a nosotros. Me tenía rodeada con sus brazos y yo sentía que nada podía ser más perfecto. Ese recuerdo, esa noche, serían a lo que me aferraría en los tiempos difíciles que se avecinaban y probablemente... toda mi vida.

Me dejó en casa a la una, mi madre aún no llegaba. Me duché de prisa secándome el cabello para borrar las huellas de donde acababa de estar. Tomé su sudadera y me intenté dormir con ella bajo mi rostro. Me angustiaba pensar en el día que se le fuera su olor pues ya era casi imperceptible y cuando eso sucediera, ya no tendría nada.

El sábado fue difícil, él no estaba, no lo vería. Insistió que fuera como algunas veces hice, me negué argumentando tener mucho que estudiar y porque así podía pasar un tiempo con mis amigos. Esa no era la verdad en ese momento, mis planes cambiaron sin que yo lo pudiera decidir.

Mi padre habló a mediodía. Estaba resuelto, tenía lugar en una universidad en Monterrey, era bilingüe y no tendría problemas para nada. Debía ir a hacer una pequeña evaluación el próximo fin de semana; era la única forma de darme la oportunidad. Me informó sobre carreras con las que contaba el lugar. Elegí Diseño, sabía que no era buena en el dibujo y mucho menos creativa, eso representaría un reto y me mantendría ocupada. Siempre me gustó todo lo que tuviera que ver con cuestiones relacionadas con edición, letras, de hecho eso iba a estudiar, sin embargo, ya no me interesaba, nada me llamaba la atención sin él a mi lado. Todo me daba igual.

Mi madre estuvo dolorosamente amorosa conmigo y mis amigos insistieron hasta la muerte que saliera con ellos. Robert llegó a mi casa minutos después de que colgara con mi padre.

—¿Cómo estás? —Me preguntó acariciando mi cabello tiernamente. Él tampoco la estaba pasando bien, el peso de la verdad no le sería fácil cargarlo

y eso no me ayudaba. Lo condené de algún modo a un silencio cruel, lastimero.

—Peor... supongo —Me rodeó por los hombros y me condujo hasta el jardín. Casi no dormí pensando una y otra vez en lo que tenía que hacer. Se mantuvo a mi lado intentando distraerme, no había mucho de qué hablar, ambos preferíamos olvidar.

Fuimos al cine con los demás más tarde, intenté poner buena cara, fue muy difícil. La película no me atraía en lo absoluto y la comida, toda, me sabía rancia, arenosa. Robert, al igual que el resto, intentaba animarme. Fueron horas muy largas y el nudo en la garganta ya lo sentía del tamaño de una manzana. Liam me habló cuando pudo; ambos teníamos demasiado fresca la noche anterior y debo admitir que conforme pasaba el tiempo una parte de mí se arrepentía de haberla propiciado; sin embargo, mucho más tarde comprendí que no hubiera podido sobrevivir sin ella.

Por la noche no quise ir a una de las fiestas de despedida, nadie me pudo convencer. Me quedé en casa, acurrucada en mi cama intentando poner la mente en blanco, intentando buscar la forma de pensar en una vida sin él, sin ese lugar, sin mis amigos, sin mi madre. Apretaba los dientes tanto que me dolía la sien. Esto estaba acabando conmigo, era demasiado para cualquiera, más para una chica de mi edad. De repente mi móvil sonó y sin prestar atención al número contesté desganada suponiendo que sería uno de los chicos insistiendo para que los encontrara allá.

—Bueno.

—Aún no has cumplido tu parte, te quedan cinco días. ¿Comprendes? —Un calambre asombrosamente doloroso recorrió primero mis pies para subir de inmediato por mis piernas y atorarse en mi estómago estrujándolo sin piedad. Era ella, su madre, y su voz sonaba asquerosamente tranquila, pero exageradamente amenazante. Se secó mi boca y no pude responderle. Me senté en la cama sintiendo de repente un ataque de pánico, sí, tal cual: sudoración, palpitaciones, sensación de asfixia, malestar estomacal y terror, mucho terror—. No me provoques, muchacha... todo está en juego, no bromeo, así que más te vale pasar ese examen y largarte de una vez —tragué con dificultad sintiendo entumidas mis manos y los pulmones completamente encogidos. Colgó sin esperar mi respuesta. Me quedé con el celular en mi oreja asustada, literalmente paralizada, ya no podía evitar que ella provocara esa reacción en mí, sabía sus alcances, lo que podía hacerme.

Las lágrimas resbalaron de nuevo por mi rostro sin poder detenerlas, ¿cómo

lo haría? Aún no lo dejaba y ya me sentía vacía. Lloré por horas desesperada y angustiada, hasta que en algún momento me quedé dormida. Tuve pesadillas, sueños nítidos y reales. Me desperté gritando al sentir que me enterraban viva. Mi madre no había llegado, temblando violentamente me abracé desesperada, tenía miedo de cerrar los ojos, no quería recordar la sensación. Después de unos minutos descubrí que era justo como me sentía, a lo que me orillaba la madre de Liam; condenarme a vivir una vida sin sentido.

Sentí unos fuertes escalofríos, unas ganas inmensas de devolver el estómago provocaron que me levantara de la cama como pude e ir corriendo al baño. Varios minutos después de eso me recosté temblorosa y sintiendo un gran frío en mi interior que sabía no lograría entibiar con nada, me volví a quedar dormida sin darme cuenta.

Una angustia que estuvo a punto de ahogarme me despertó, estaba empapado mi pijama del sudor que recorría todo mi cuerpo. Ese día tenía que hablar con él, ese día terminaría mi felicidad y mi vida. La idea de posponerlo me tentaba, pero yo ya no podía vivir con esa agonía y no podía seguir haciéndole daño. Merecía saberlo ya, lo amaba más que a mí misma, sabía que lo heriría de muerte, sin embargo, tenerlo presente sin que sucediera lo inevitable, durante varios días, me mataría a mí.

Deambulé por la casa. Liam ya me había llamado un par de veces. Ganaron el partido y llegaron al pueblo por la mañana. Se escuchaba muy emocionado y ansioso por verme. En cambio yo no, no era que no quisiera comérmelo a besos, ¿cuándo no?, pero me dolía profundamente lo que tenía que hacer.

Mi madre ya estaba con los nervios de punta, sabía que algo no andaba bien. Me preguntó una y otra vez buscando sacarme algo, yo le sonreía sin alegría y le daba un beso con ternura. Ralph llegó a las cinco, así que gracias a él cesó el acoso del que ya estaba siendo víctima.

Liam apareció media hora después. En cuanto se asomó a la casa y verificó que no hubiera nadie a la vista, me besó sin que yo lo viera venir.

—Dios, Kyana, no he podido dejar de pensar en esa noche... —sonreí sin muchas ganas alejándome. Arrugó la frente observándome confuso—. ¿Pasa algo?... Tienes la misma expresión que hace un par de días y... —acarició las marcas levemente purpuras que tenía bajo los ojos—. ¿Te sientes mal? —negué con gesto débil. Mamá ya me había amenazado con llevarme al médico si así continuaba justamente una hora antes.

—No he dormido bien... —logré decir con voz muy apagada. Caminé al

interior de la sala, dejándolo de pie junto a la puerta. Quería decirle que yo tampoco dejé de pensar en ese momento mágico, que lo extrañé como una loca y que lo amaba más allá de todo. No pude, miré hacia afuera por una de las ventanas de la sala sin poder hablar.

—Me estás asustando, Kya, algo no anda bien y quiero saber qué es. Tú no eres así, pareces... otra —No volteé, no podía, necesitaba juntar toda la voluntad que mi cuerpo tenía reservada para toda mi vida y así no saltarle encima.

—Liam, ¡ganaron! —interrumpió oportunamente Ralph al verlo. Ambos se caían de maravilla. Resoplé agradecida por su aparición.

—Sí, Ralph, no por mucho, ¿supiste? Estuvo muy parejo, nos hicieron de verdad sudar —escuché como tronaron las manos al saludarse, no me moví, ni siquiera los miré.

—Bueno, ahora regreso, voy a sacar unas cosas del auto —señaló la pareja de mi madre con aquella frescura que lo caracterizaba. Un minuto después sentí cómo Liam se acercaba a mí. Maldición. Cerré los ojos fuertemente al sentir su olor inundar mi nariz. Me hizo voltear y me abrazó sin importarle mi distanciamiento. No pude evitar rodear su cintura.

—Te amo, Kyana, y si por ahora no quieres hablar de lo que te sucede lo entiendo... aquí estaré para cuando desees decírmelo —Me dio varios besos en la cabeza absorbiendo mi aroma. Mi corazón se desquebrajaba en mi interior.

Cuando terminamos de cenar los cuatro y después de varias miradas preocupadas sobre mí, decidí que era el momento. Nos dirigimos a la terraza y me senté a un lado de él, esta vez no me dijo nada. Se encontraba completamente confuso por mi actitud. Nos quedamos en silencio varios minutos mientras él tomaba mi mano ansioso. Conté hasta tres mentalmente y me aventé al precipicio sin paracaídas.

—Liam, el fin de semana voy a Monterrey —No supe cómo salieron esas primeras palabras, pero ya estaba hecho, tenía que continuar.

—No me lo habías dicho, ¿cuánto tiempo? —No le molestó, ni siquiera parecía desconcertado, aunque noté duda en su tono, intuía que lo siguiente no le gustaría y que por ahí estaba la razón de mi actitud tan extraña. Mantuve la vista abajo.

—Solo el fin de semana, voy a hacer una prueba... —dejó de acariciarme, me di cuenta de reojo cómo se tensaba.

—¿Una prueba?, ¿de qué, para qué?...

—Decidí que... voy a estudiar allá. Regreso a México para cursar la universidad. —levanté la vista, enseguida me arrepentí al ver su mirada desorbitada, por su rostro pasaron toda clase de emociones y gestos.

—¿De-de qué estás hablando?, nosotros vamos a estudiar en Boston... ya está todo. Es una broma. ¿Cierto?

—No, quiero estudiar allá, lo siento —Se recargó en el sillón cerrando los ojos y pasándose las manos por el cabello. Mi voz sonó vacía, sin emoción.

—No comprendo... —habló al fin serio. No dije nada—. Kyana... no entiendo... —sujetó mi barbilla e hizo que lo mirara a los ojos—. ¿Qué es todo esto?... Dime qué pasa —intenté zafarme, no lo conseguí.

—Liam... ya no quiero ir a Boston... «contigo» —pestañeó varias veces incrédulo. Se puso de pie lentamente dejándome ahí sentada. No tenía ni idea de cómo lo logré, pero la conversación avanzaba justo como la planeé, lo que jamás preví fue cómo mi interior iba destrozándose con cada palabra.

—¿Estás... estás queriendo decir que...? —Su voz se estaba quebrando, lo estaba lastimando y su dolor me estaba partiendo en mil pedazos. Se volvió a sentar a mi lado—. Mírame... —susurró suplicante. Elevé la vista sintiendo que me ahogaba, que me helaba—. ¿Qué ocurre? Por favor, te lo suplico, no me hagas esto... no comprendo... —respiré varias veces antes de volver a hablar, cada palabra era ácido que desbarataba mi esófago y mi garganta.

—Es que... ya no quiero estar contigo —mentí magistralmente al fin. Noté el efecto que tuvieron mis palabras en él; lo estaba aniquilando. Era como ver a un moribundo, tener la cura para su mal y no poder dársela. Apreté los dientes hirviendo de furia, de coraje, de indignación y de... miedo. Sí, le tenía pánico a esa mujer, pánico de lo que pudiera hacerle a toda aquella gente a la que amaba.

—¿Qué?!.. ¿Por qué me dices esto?! No es verdad... lo sé... tú me amas —Me mordí el labio alejándome otra vez. El llanto saldría en cualquier momento—. ¡Dime maldición! —Me exigió saber angustiado y alzando la voz importándole poco que mi madre y Ralph estuvieran cerca.

—Liam... se terminó... por favor —Me sujetó por los hombros haciéndome girar de nuevo hacia él.

—Kyana, me estás enloqueciendo, no me puedes decir esto después de lo que hemos pasado, no después de lo de la otra noche. No te creo, algo sucede, ¿qué pasa?... ¿Hice algo?... Dios, dime... Es Roger, ¿te amenazó?, algo ocurrió, quiero saber qué pasa, ¡lo quiero saber ahora!

—Suéltame por favor —Mi voz sonaba como hielos puntiagudos que se

buscaban clavar justo en el centro de su alma. Abrió los ojos al escucharme y me obedeció atónito. No estaba acostumbrado que le hablara así.

—Es verdad, ¿no es cierto?... Tú-tú ya no quieres estar junto a mí... Esa noche... te-te despedías... Yo tenía razón —cerré los ojos con fuerza sintiéndome cada vez más ajena. Moría, lo podía sentir, ese frío que últimamente había estado sintiendo se hizo más intenso y se estaba apoderando rápidamente de todo mi cuerpo.

—Sí —logré admitir retadora. Negó varias veces con los ojos muy abiertos por la impresión.

—No, mientes, no es cierto... Sé lo que tenemos... Sé lo que tú sientes por mí... Lo sé... No es cierto —sabía que iba a ser difícil, pero verlo era peor, mucho peor.

—Lo siento, Liam, es así. Yo... ya no... te amo —decirlo en voz alta rasgó mi garganta como si hubiese tragado navajas afiladas, era la falsedad más grande que había dicho en mi vida. Me observó asombrado y con la mirada empañada.

—Mentira... ¡Esa es la más grande de las mentiras! —Apretó los dientes y sus labios formaron una delgada línea—. Estoy perdiéndome de algo... lo sé... lo siento... te conozco muy bien y quiero que me lo digas... Lo que acabas de decir ni en mil años lo podré creer —La confianza en mi amor era ciega, absoluta y me conocía mejor que nadie. ¿Cómo lograría que lo entendiera, que me dejara ir? Comencé temer no lograrlo. Se levantó frustrado con las manos en el cabello dando vueltas como un león enjaulado —Maldición, no puedo seguir aquí, escucharte es... Dios, no sé qué te está pasando, pero no te creo, grábatelo muy bien... No-te-creo. Haré todo, absolutamente todo para saber qué sucede y para que dejes esta tontería en paz. Tú estarás conmigo como siempre lo hemos dicho, como lo hemos planeado. No permitiré que sea de otra forma. ¿Escuchas? —Me incorporé siguiéndolo.

—Nada cambiará lo que pienso, nada, Liam. ¿Por qué te cuesta tanto trabajo comprenderlo? —giró con los ojos cargados de desesperación y ansiedad. Di un paso hacia atrás instintivamente, jamás lo había visto así, estaba completamente descompuesto.

—No puedo seguir oyéndote... ¿Qué sucedió contigo?... ¿Con lo que sentías?... Kyana, esas cosas no desaparecen de un día a otro, no intentes que te crea. Esto es un montaje, una mentira, saca de tu cabeza que te crea, olvídale —necesitaba contraatacar, era la única forma.

—Pues sucedió y es mejor que lo aceptes... Quiero que terminemos bien... No estamos en edad de algo tan serio —logré decir con voz apagada la última parte, mirándolo fijamente. Levantó una mano hasta mi rostro y después la volvió a bajar arrepintiéndose.

—No tienes idea de lo mucho que me estás lastimando... Nunca, jamás permití que alguien lo lograra y ahora tú en dos minutos me hieres de esta manera. Me estás matando, ¿no te das cuenta? Y no, no lo acepto. Kyana, esto es amor, confianza, recuerda que todo este tiempo yo también estuve ahí. Lo siento cada vez que te toco, cada vez que te beso... —Y antes de que se le ocurriera hacerlo, me alejé lo más que pude protegiéndome. Si lo hacía, definitivamente no me creería y tendría que volver a intentarlo. Cerró los ojos dolido al ver mi reacción—. No puedo entenderte... tengo que irme o... enloqueceré, me estás destruyendo y lo sabes —expresó completamente derrotado. Un segundo después caminó a la puerta frotándose el cabello con fuerza—. No me daré por vencido jamás. Lucharé por ti a pesar de ti misma... Sé lo que tenemos y creo ciegamente en ello —musitó sin mirarme. Las lágrimas comenzaron a brotar sin más, sabía que ya no voltearía. Oí cuando salió de casa. Permanecí inmóvil, hundida, perdida y sola, más sola que nunca.

ODIADO INVIERNO

Ahí, de pie, en medio del lugar en el que muchas veces estuvimos deseosos de compartir, me derrumbé en el piso recargando mi rostro empapado sobre la mesa.

Sabía que aún faltaba más, me lo acababa de decir y yo no era ninguna tonta, evidentemente no se daría por vencido, yo no lo haría. Desplegaría sus armas, me lo haría pasar muy difícil y eso ya sería demasiado para mí.

El llanto brotó por varios minutos sin que pudiera detenerlo, mi vida se desmoronaba. Todo lo que soñé desaparecía en segundos. ¿Cómo se supone debía enfrentarlo?, ¿cómo olvidar que la causa de mi dolor era su propia madre?, ¿cómo evitar pensar que lo nuestro estaba marcado desde el principio?

No supe cuánto tiempo me quedé ahí. Tanto dolor me estaba consumiendo. Mi mente brincaba frenética, desquiciada, de un lugar a otro, buscaba una salida, la que fuera, pero para mi desgracia, a nuestros dieciocho años, no existía mucho qué hacer. Bien podíamos irnos lejos, buscar trabajos, subsistir, incluso decirle toda la verdad a mi madre, y prevenirla, y luego ¿qué? Ella lo tendría que dejar todo, contando con que no intentara hacer algo contra los padres de Liam, pues si lo hacía, no tenía la menor posibilidad de ganar. Por otro lado, él y yo, ¿qué clase de vida viviríamos?, ¿huyendo?, por supuesto también pensando que mi... exnovio no le dijera nada a petición mía, cosa improbable, los enfrentaría. Liam era frontal y entonces no tenía ni idea de lo que pudieran llegar a hacer y definitivamente no lo averiguaría. Ya tenía una pequeña cicatriz en mi cuero cabelludo que cumplía la función de recordatorio de lo que eran capaces si los retaba.

—¿Kyana? —No contesté porque simplemente no la escuchaba, era como si estuviera suspendida pensando en millones de caminos a la vez, una opción, su consecuencia, tristeza, otra opción, consecuencias, tristeza, en ese círculo me encontraba sumergida—. Kyana —su voz se hizo más aguda por la preocupación y perforó mi mente rompiendo con esa desastrosa obsesión—. Kya... hija... —Al sentir el contacto cálido de mi madre sobre mi mejilla

aún húmeda, la enfoqué pestañeando varias veces—. Por Dios, mi amor... ¿Qué está pasando?, ¿qué te está poniendo así? —quise decírselo, confesárselo todo en ese momento. No pude, el nudo en la garganta creció más y la angustia me atacó sin piedad.

—Mamá... yo... preferiría estar sola —logré decir poniéndome de pie entumida. No tenía ni idea de cuánto tiempo duré ahí, pero... ¿qué más daba? Pasé a su lado y subí corriendo hasta mi habitación. Obviamente no se quedó tranquila, me siguió y entró sin más.

—Sabes muy bien lo que sucede y te exijo que me lo digas, ¡ahora! —Me senté en la cama mirándola con tristeza.

—Nada, es solo que... fue más difícil de lo que pensé terminar con él. — No habló por varios minutos, no se movió tampoco.

—¿Lo hiciste? —moví la cabeza de arriba abajo desganada y sin verla.

—Sí es tan doloroso, ¿por qué?

—Porque... así tiene que ser. —se acercó furiosa colocándose frente mí con los brazos en jarras.

—¡Basta, Kyana!... Esto ya no me está gustando nada, ¿a qué te refieres? Quiero que me lo digas de una vez.

—A eso, mamá. Por favor deja de imaginar no sé qué cosas, no me estás ayudando, él ha sido muy importante, claro que me duele lastimarlo, pero eso no me iba a hacer cambiar de opinión... Nada lo hará.

—No te creo, eres mi hija, no te creo. Y no sabes cómo me duele que no confíes en mí, que lo que hemos construido todo este tiempo no valió, ya que no logré lo único que esperaba conseguir cuando te tuve por primera entre mis brazos hace dieciocho años: tu confianza. Pero algo si te digo, Kyana, no quiero pasar un susto como el anterior, me prometiste intentarlo, hazlo, después de todo tú lo estás decidiendo así que no te quiero ver deprimida, ¿comprendes? —mi madre también lloraba por dentro y no sabía cómo evitar tanto dolor.

—Sí, yo lo decidí y te juro que estaré bien —fue lo único que logré prometerle. Acercó una mano hasta mi pómulos, la pasó tierna y dolida a la vez. Se hincó frente a mí buscando la verdad en mis ojos miel. Dejé de respirar sintiendo que la encontraría.

—¿Sabes qué siento? Que huyes, mi amor —El corazón se desbocó tanto que incluso mi pecho dolió y estuve a punto de poner una mano sobre la zona —. Júrame que nadie te hizo nada, que nadie te lastimó... No estás sola, hija, si alguien se atrevió a dañarte, tu padre y yo no descansaremos hasta que lo

pague. Lo sabes. ¿Cierto? —Dios, ¿qué le decía?

—Mamá, te juro que no es nada de lo que conjeturas, es solo que... Liam no es para mí... y eso... duele.

—En eso no puedo meterme, por mucho que me agrade el chico y le haya tomado especial cariño, esas son tus decisiones, pero ¿Cómo no quieres que piense lo peor si no me dices nada?

—Confío en ti te lo juro, es solo que no hay más que contar. El hecho de ser yo la que ya no quiere estar con él no quiere decir que no me sienta pésimo, no deseaba lastimarlo —negó dándome un beso en la frente no muy convencida.

—Si deseas algún consejo, ya sabes que aquí estoy. No diré más, quiero pensar que eso es verdad —bajé la vista hasta mis manos sintiéndome miserable. ¿Cómo se supone debía manejar todo el dolor que estaba causando a las personas que más amaba en el mundo?

—Gracias y lo es, te lo prometo —salió dejando un torturante eco gracias al débil chasquido de la chapa. Una vez sola, aspiré profundamente más veces de las que supongo es sano hacer, pues de repente comencé a sentirme un poco mareada. Contuve la respiración un segundo entero y luego la dejé salir lentamente. Así sería mi vida y más valía lo enfrentara con entereza, de otro modo me consumiría.

Me di una ducha caliente intentando que el frío desapareciera, era como si me hubiera encerrado dentro de un congelador por horas. La sensación disminuyó, pero no desapareció. Me senté sobre la cama enfundada en un albornoz y rodeé mis rodillas recargando mi barbilla en ellas. Dejé que mi vista se perdiera en la ventana, necesitaba ver los árboles moverse con el aire nocturno y la luna, que aún estaba casi llena, iluminaba todo con su luz blanca, mágica.

Las palabras de Liam acudieron casi de inmediato a mi mente. Dios, solo logró que lo amara aún más si eso era posible. Cómo odiaba a esa mujer y qué miedo le tenía. De nuevo una lágrima salió sin ser solicitada. Él me olvidaría y yo... yo lo amaría por siempre. ¿Qué haría con ese sentimiento que me quemaba, que era dolorosamente parte de mi esencia, de mí ser, de mis entrañas?

Al día siguiente le pedí a Annie pasara por mí. A veces lo hacía, pronto mi auto estaría listo y sería mi turno de ir por ellos. Robert me saludó evaluándome. Me preguntó con los ojos si lo hice, asentí girando hacia la ventana. Annie notó que algo sucedía entre nosotros, no dijo nada, siempre

era muy prudente.

Cuando ingresamos a la escuela sentí cómo una lápida caía sobre mí. Respiré hondo. No me doblegaría, no debía. Caminé, sin buscarlo, como solía hacer, pero era difícil, sentía que algo jalaba mi barbilla para que lo hiciese. Llegué a mi casillero con Robert al lado. Una flor naranja, como todas las que me daba, estaba ahí cuidadosamente colocada. Sentí ganas de llorar y un sollozo logró escapar. Hacer eso, solo complicaría más todo. ¿Cómo lo volvería a alejar?... Me quedé observándola por un momento sin tocarla.

—Mierda, no será fácil, Kyana —asentí sin virar hacia aquella voz que conocía muy bien todo lo que ocurría y que parecía estar igual de abatido que yo. La quité delicadamente y me la llevé a la nariz olvidando que no debía hacerlo, podía estar viéndome.

La puse cuidadosamente entre las hojas de uno de los libros que tenía dentro, sintiendo cómo mi amor así permanecería, encerrado, recluido en alguna parte de mi ser; jamás nadie abriría el lomo para sacarlo y hacerme revivir desde mi interior.

—Respira, ¿sí? Te veo en el almuerzo.

—Sí y... gracias —Me dio un beso amistoso en la frente y se fue.

Matemáticas fue tan larga como la agonía que sentía, que tenía por delante. Escuchaba a Lana parlotear sin parar sobre lo que se pondría para la fiesta de graduación y preguntándome una y otra vez qué colores prefería. Max en cambio, se dio cuenta de mi actitud con tan solo una ojeada a mi rostro. Me observaba buscando le dijera, qué era lo que me sucedía. Salimos rumbo a la cafetería una hora y media después. Caminé junto a ellos sin hablar. Me senté en su mesa dándome cuenta de que los desconcertaba no verme al lado de Liam, fingí indiferencia. Sentía su mirada, él estaba ahí, a unos metros, lo percibía...

Dios, eso solía encantarme de nosotros, no necesitaba hablar o tocarme para saber que estaba en el mismo lugar que yo, ahora eso se volvía en mi contra y dolía saberlo tan cerca. Me acomodé deliberadamente dándole la espalda, no resistiría verlo y todavía faltaba lo peor: literatura.

—¿Pasa algo entre tú y Liam? —preguntó Ray desconcertado. Negué bajando la cabeza, mi almuerzo era todo menos apetecible.

—Hola... —dejé de respirar. Era él y saludaba a todos como siempre. Chocó las manos con varios, cada tronido hacía sentir que mi corazón saldría por mi garganta—. Kyana, ven un momento —No lo pedía, lo ordenaba. Me levanté inhalando e intentando tomar valor para enfrentarlo de nuevo.

—Liam... estoy ocupada —logré decir anonadada por su devastada imagen. Ambos parecíamos unos guiñapos, su cabello lucía desordenado, pero no como solía, más bien descuidado, tenía ojeras, los ojos vidriosos y estaba algo pálido.

—Lo siento, tendré que interrumpirte —estaba... molesto. Max nos estudió comprendiendo qué era lo que sucedía. El chico por el que daría mi vida, me tomó del codo con decisión. Enseguida sentí la descarga, me zafé frustrada y enojada—. Vamos... —señaló hacia el jardín dándome a entender con esos estanques desanimados, que si me resistía, no se detendría. No lo tenté, sabía que si era preciso me elevaría y me llevaría en su hombro a donde quisiera ir, así era él. Caminamos uno al lado del otro sin decir nada, sin embargo, era dolorosamente consciente de lo cerca que lo tenía, de lo mucho que sentía por él. Cuando estuvimos solos me detuve.

—Liam... por favor no lo hagas más... —No me dejó hablar, tomó mi cuello con fuerza y me besó. Quise resistirme, quise aventarlo hacia un lado, no pude, mi cuerpo siempre hacía su voluntad sin consultarme cuando se trataba de él porque era suyo y vivía por su ser. Las lágrimas volvieron a salir, me aferré a su playera mientras Liam tomaba todo de mí sin limitarse ni un poco. Me separó lentamente sintiendo cómo su aliento acariciaba mi mejilla de una forma decadente, al ver las lágrimas en mis ojos las limpió culpable.

—Lo siento, Kya, pero sé que te estás engañando, tú también querías esto ¿Por qué nos lastimas y mientes así? —tenía las manos dentro de las bolsas de su pantalón, parecía completamente y absolutamente desesperado. El llanto afloró sin poder detenerlo, mis ojos se inundaron provocando que mi vista se nublara. Intentó acercarse a mí nuevamente, lo alejé de inmediato, poniendo una mano frente a mí.

—No, Liam... No, basta... no puedo estar contigo, por favor... compréndelo... te lo suplico —mientras hablaba y el agua que emanaba empapaba mis mejillas, fui consciente de su dolor de una forma aguda. Sentí algo en mi interior romperse, retorcerse, ¿en qué mundo yo podría soportar ser la causa de su sufrimiento?

—Jamás creí que terminaría, era algo que simplemente... no pensé sucediera, Kyana. Lo que te dije era verdad, es verdad... no sé cómo lograré vivir sin mi alma, te di mi corazón, me siento vacío, perdido. Por favor, recapacita, dime lo que está pasando, te lo ruego —Sus ojos enrojecidos soltaron aquel líquido salado, lloraba. Tuve que darme la vuelta para no

verlo, su dolor era mío y más aun sabiendo que lo que yo le decía era una asquerosa y repugnante mentira propiciada por la persona que, se supone, más debía quererlo.

—Ya te dije lo que tenía que decir. Lo siento, no me gusta provocarte todo esto, estarás bien, por favor... no me busques... no lo hagas más difícil — tomó mi hombro haciéndome girar.

—No te reconozco, sabes que me estás matando, tú también estas muriendo con esta decisión... ¿Por qué lo haces?

—Debo irme, por favor... —Le rogué sollozando. Cerró los ojos y me soltó.

—No puedo retenerte a la fuerza, jamás haría algo que no quieras... pero, no esperes que comprenda todo esto.

—No lo espero, solo quiero que lo aceptes —sentí que con esas palabras se acababa mi alegría, enterraba mi alma, deshacía mi corazón y se abría un gran hueco en mi interior. Anduve de vuelta a la escuela, él se quedó ahí, observando cómo me alejaba.

Me limpié la cara en uno de los sanitarios intentando tranquilizarme. Entré a literatura aún con los ojos rojos, no estaba ahí y Kellan tampoco. Emma se sentó a mi lado con el rostro perturbado, pidió su cambio a esa clase hacía algunas semanas, obviamente por Kellan, ahora eran inseparables y ese chico necesitaba ayuda constante en esa materia, por lo mismo ella accedió.

—¿Es cierto? —Me preguntó en un hilo de voz. Asentí sin tener el valor para encararla. La escuché suspirar—. No puedo creerlo, Kyana... no de ti... no de ustedes —Me encogí de hombros intentando recuperar el aliento—. Pero si tú te ves... igual o peor que él... no entiendo.

—Emma... por favor, deja eso, no quiero hablar ahora —Mis ojos miel se lo pedían suplicantes. Puso una mano sobre la mía apretándola.

—Estás fría... ¿Te sientes bien? —cuestionó ahora preocupada.

—Sí... solo que no quiero hablar —Mi voz apenas si se escuchaba.

—Está bien, Kyana, no te preocupes, no te presionaré —Se lo agradecí mirando hacia el frente. No supe qué dijo el profesor de mi clase favorita, no me importó, mis pensamientos estaban demasiado lejos de ahí como para que tuviera alguna relevancia su cátedra. En ciencias Robert se sentó a mi lado sin decir nada, de vez en cuando me miraba angustiado. Él tampoco la estaba pasando nada bien, lo veía en sus ojos. Quedaban dos semanas de clases, no lograba imaginar terminarlas, me sacarían a pedazos de ahí.

En el siguiente receso me refugié en la biblioteca, no quería preguntas, no

podía ver a nadie. Tomé un libro de ficción e intenté leerlo, necesitaba mantener mi cabeza en otra cosa, todo lo que estaba sucediéndome parecía tan irreal como lo que leía. Cuando sonó el timbre corrí hasta atletismo, me cambié más rápido que nunca y llegué a tiempo. Susan y Lana ya estaban en la pista. Él se hallaba ahí, escuchaba sus gritos de reclamo hacia alguno de sus compañeros. Se escuchaba rabioso. Intenté no mirarlo, sin embargo, no podía ignorar el hecho de que estaba a unos metros. Todo mi cuerpo despertaba con su sola presencia.

La hora y media transcurrió así; no se acercó como solía hacer, sentí su mirada sobre mí mientras corría alrededor de la pista, lo oí más que nunca dar órdenes sin contemplación. Liam estaba fuera de sí. Procuré hacer mi mejor esfuerzo para que la maestra Hilling no tuviera queja sobre mi comportamiento. En cuanto terminó, me cambié de prisa y desaparecí sin ser vista; sabía que las preguntas comenzarían y no me creía en lo absoluto capaz de contestarlas. No esperé a Robert y Annie, necesitaba pensar, caminar, estar sola.

Llegué a casa, cerré respirando profundo. Un día menos. Subí sin muchos ánimos y como si fuera una maldición, lo primero que vi fue su fotografía en la mesa de noche. Todo estaba tan impregnado de él, cada espacio, cada cosa. Los últimos meses se dedicó a meterse de una manera increíble en mi vida, tanto que ya no podía recordar cómo era antes de su llegada. Mi existencia se convirtió en la suya sin ni siquiera darme cuenta.

Observé mi habitación, no había un rincón que no tuviera que ver con él; tenía fotos por doquier, libros que me obsequió conociendo la afición que tenía por ellos. Mi colección de música se amplió de una forma escandalosa gracias a que no paraba de obsequiarme algo que pensara podría gustarme. Películas y una pequeña cantidad de peluches, que con el tiempo, comprendió no eran de mi total agrado. Y bueno, cientos de flores naranja que mantenía dentro de una caja de cartón, ya había perdido la cuenta, pero eran muchas. Cada vez que podía llegaba con una en mano o dejaba una sobre mis cosas sin que me percatase.

Me senté en la cama sintiendo que el mundo, mi mundo, se venía encima. ¿Cómo borraría todo eso?, ¿cómo lograría seguir adelante toda una vida? Me parecía imposible sin él a mí lado. ¿Por qué lo permití?, ¿por qué me dejé llevar de esa forma?... No había respuesta para eso, él jamás pidió permiso, fue tan sutil, tan natural, que nunca me fijé hasta qué punto nos compenetráramos y hasta qué punto ahora dependía de su cercanía. Ser

consciente de todo eso solo me hacía sufrir más, no porque me arrepintiera, eso jamás, sino porque era lo que quería, era al único al que le permití entrar a mi corazón, a mis pensamientos y a mi alma. Ahora tenía que dejarlo ir, no por las razones que siempre pensé me hartarían de una relación, sino porque para alguien, con una mente que no podía comprender, no era lo suficientemente buena, aunque sabía que él pensaba todo lo contrario.

La vida durante dieciocho años no me enseñó su lado cruel, su lado amargo, viví tranquila, rodeada de amor y aceptación. Digo... como todos, tuve mis problemas, sin embargo, no podía quejarme de nada. Pero ahora podía decir que al fin la conocía, que no solo era cruel, sino que era despiadada e injusta y esto para mí era un golpe mortal. Tenía que ser fuerte, tenía que hacer lo que debía. Mi madre, mi padre y yo dependíamos de eso, no podía arruinarles la vida, por mucho que eso implicara que la mía ya estaba completamente deshecha. Debía creer que mi juventud ayudaría, que sin poder creerlo del todo, algún día lo superaría, que si hacía lo que me pedía, la pesadilla terminaría y toda la gente que quería estaría bien y tal vez, con los años, lograría darle vuelta a la hoja más feliz y maravillosa de mi existencia.

Una rabia ensordecedora se instaló de pronto en mi pecho. Grité, me aferré a una de mis almohadas, la pegué a mi rostro y grité como nunca lo había hecho. Dejé salir todo el coraje, la impotencia, la frustración y el dolor. Las manos dolían por la forma tan intensa en que estrujaba aquel objeto, que en mi ilusión, era el propio cuerpo de aquella terrible mujer. No me detuve hasta que la garganta ardió, hasta que sentí me quedaba sin voz, pues había forzado tanto a las cuerdas vocales, que seguro no estarían precisamente alegres de la tensión a la que las acababa de someter, pero no sabía qué más hacer, si no sacaba de alguna forma todo aquello enloquecería o lo diría.

Preparé la cena, hice algunas tareas sin saber cómo y esperé en silencio hasta que mamá llegara. Cenamos sin hablar, no era que ella no lo hubiera intentado, solo que no encontraba eco en mí. Pronto se rindió y se dedicó a comer conformándose con mirarme. Al terminar subí, me encerré en la recámara, me senté en la esquina de mi cama, justo frente a la ventana, como comenzaba a hacer desde hacía unos días. Dejé que mis ojos se perdieran en las verdes copas de los árboles. Parecían presas de una canción de cuna, iban y venían al ritmo de un sonido inexistente, cuando lo hacían, mi dolor menguaba un poco, conscientemente me dejaba ir, con el mentón recargado en mis rodillas y la vista fija en algún punto que me provocara fugarme de lo que mi vida ahora era.

Mi móvil sonó varias veces, no lo contesté, ni siquiera lo miré, no importaba quién fuera, no quería hablar.

—Kyana... —El chirrido de la puerta me alertó, era mamá y tenía el teléfono de la casa en su mano. Me tensé—. Es Liam —Al escuchar su nombre regresó el dolor de inmediato, toda mi realidad se hizo presente en una fracción de segundo. No sabía si responder, lo estaba hiriendo demasiado—. Hija... ¿Qué hago? —enarcó las cejas expectante, la miré ansiosa. Resopló, enseguida colocó el teléfono sobre la cama a menos de un metro de mí y desapareció. Lo observé como si fuera un animal ponzoñoso durante algunos segundos. Con la mano temblando lo acerqué a mí.

—Bueno...

—Pensé que no contestarías —Su voz se escuchaba opaca, sin vida, igual que la mía. La grieta en mi interior se profundizó y alargó.

—Liam, ¿qué sucede? —No respondió enseguida.

—Necesito verte —apreté el aparato tan fuerte que de tener la capacidad, lo hubiera hecho añicos. Moría por decirle que yo también, no debía, tenía que lograr que lo entendiera.

—Por favor... no te hagas esto.

—Kyana, no puedo más, apenas va un día y no puedo más, te lo suplico — Lágrimas silenciosas comenzaron a rodar por mis mejillas.

—Liam, compréndelo te lo ruego, date por vencido, olvídate... sigue tu vida por favor, esto... ya se acabó —El solo hecho de pensarlo, de decirlo, hacía que me dieran ganas de gritar de nuevo de angustia, de celos, de desesperación. ¡Mil veces maldita!, si tan solo hubiera existido una forma, una manera.

—¿Cómo puedes decirme eso? Dime, ¿cómo? No puedo, Kyana, sería como arrancarme la piel, no puedo, sé que nunca podré... ¿Por qué?... ¿Por qué insistes en mantenernos lejos?... Sé muy bien que no es lo que quieres y eso es lo peor, algo pasa, lo sé y me lo estás ocultando... Kyana —hablaba tan rápido y con tanta impotencia que apenas si le entendía.

—Liam, deja esto, déjalo ya... No hay nada, nada, simplemente se terminó, eso es todo —lo escuché resoplar.

—No me daré por vencido, eres mi vida y sé que estás sufriendo tanto como yo, lo veo en tus ojos, lo vi todo el día. No sé por qué lo hagas, no me importa, lucharé por ti, eres lo único en mi vida que vale la pena y no me rendiré... nunca... te lo juro —No alcancé a decir más porque colgó. Me quedé con el inalámbico en la mano varios minutos llorando.

Esa noche busqué, como ya era costumbre, dormir. En momentos lo lograba; sin embargo, la angustia y el miedo se mezclaban de tal forma que me despertaba sudando, miraba alrededor para corroborar que todo fuera una pesadilla. Observé el amanecer desde mi cama sin ya poder cerrar los ojos, un nuevo día empezaba, el tiempo a pesar de todo no dejaba de caminar y no sabía si agradecerlo o molestarme.

Al llegar la hora en la que Annie pasaba por mí, salí apresurada con una manzana en la boca, iba un poco retrasada gracias a mi madre que me obligó literalmente a comerme todo el desayuno y como beso de despedida, me puso aquel alimento en la boca.

Al abrir la puerta de la camioneta negra Liam estaba ahí. Me detuve en seco. Comenzaba a pensar que iba a ser imposible dejarlo. Estaba recargado en ella y me observaba desde la distancia. Mis palmas sudaron, mi respiración se detuvo y el objeto que estaba entre mis labios salió proyectado hacia el suelo. Unos segundos después logré recuperar un poco la compostura, tomé la manzana y anduve con seriedad hacia él.

En cuanto lo tuve cerca, me di cuenta seguía con mala cara. Aun así, me miraba de aquella forma que me hacía perder la cabeza, el verde de sus ojos ese día no era tan brillante y el gris casi parecía inexistente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté lo más indiferente posible.

—Vine por ti —lo decía como si fuese lo más normal del mundo. Negué bajando la vista hasta mis pies.

—No, Liam, no iré contigo —Apenas se escuchaba mi voz. Se acercó peligrosamente, di un paso atrás cuando lo tuve muy cerca, él se detuvo.

—Kyana, no me obligues, sabes que si es preciso te llevaré cargando, estoy cansado de este juego —alcé la mirada intentando parecer molesta, no pude, sus ojos eran pura tristeza y ansiedad. El nudo en mi garganta amenazó con ahogarme, logré hablar a pesar de ello.

—¿Juego?, no es ningún juego, Liam, ¿por qué insistes en hacerte daño?... Nada de lo que hagas hará que cambie de opinión —Se encogió de hombros intentando parecer indiferente.

—Eso ya lo veremos... ¿Vamos? —caminó con decisión y seguridad hacia el otro lado de la camioneta, no me moví ni un centímetro—. Kyana, sube —Ahora su tono era de molestia, lo ordenaba. Tragué saliva observándolo fijamente. Era tremendamente atractivo, su cabello rubio oscuro cayendo lacio desordenado por toda su cabeza y parte de su frente. Sus labios carnosos y sabía muy bien que suaves, sus manos, su enorme y maravilloso cuerpo que

conocía de memoria. Negué.

—Perfecto —regresó hasta mí decidido. Supe lo que haría, abrí los ojos, él jamás se rendía. Como si estuviéramos jugando, caminé hacia el lado contrario y me dirigí a la puerta que ya estaba abierta. Escalé de inmediato cerrando enseguida.

—Me puedes obligar a subir, pero no a hablar —lo previne con indiferencia cuando se acomodó a mi lado. Asintió con los labios apretados. Medio segundo después ya estaba poniendo el motor en marcha.

—No importa que no hables, lo único que necesitaba con desesperación era verte y tenerte tan solo unos minutos así de cerca y eso... ya lo conseguí —odiaba su cinismo y por otro lado lo amaba con locura.

Fijé la vista por la ventana. Su olor me invadía como un recordatorio masoquista de lo que él y yo solíamos compartir, sentía que en cualquier momento perdería el control y lo besaría sin importarme todo lo que esa decisión podría acarrear. Bajé el vidrio de inmediato y poco me faltó para sacar medio torso por ahí, necesitaba un aire que no estuviera impregnado de su aroma—. Sé que deseas lo mismo que yo y no sabes lo frustrante que es no entender por qué te limitas, por qué no lo haces si mueres de ganas —Me paralicé, apreté mi mochila temerosa de que tomara la iniciativa como el día anterior—. No te preocupes... no lo haré... por ahora —parecía entre molesto y divertido, no lo comprendí. Lo observé turbada, no proyectaba ninguna de las dos cosas, en realidad parecía nostálgico y afligido. Tragué saliva con dificultad.

De pronto me di cuenta de que no íbamos rumbo a la escuela. De hecho ya la había dejado varias cuadras atrás. Lo encaré asustada, mis palmas sudaban, no podía respirar.

—¿Qué-qué haces? —logré preguntar. Liam no se movió ni un centímetro, ni siquiera parecía haberme escuchado. Continuó conduciendo a través de las calles del pueblo con absoluta calma. Empecé a desesperar—. Liam, no iré a ningún sitio contigo, llévame a la escuela ahora —Le exigí rogando que me hiciera caso. Por supuesto que no lo hizo. Comencé a mordirme el labio compulsivamente, ya lo sentía nuevamente sangrar. Dios, si seguía así pronto tendría que requerir puntadas en esa zona de mi rostro.

—Deja de hacer eso —ordenó con voz plana. Pestañee mirándolo demasiado nerviosa.

—Liam, por favor, no hagas esto... —No me respondió nuevamente. Me fijé en el camino. ¡No!, no podía llevarme ahí. ¡Maldición!—. Te juro que si

no te detienes le hablaré a mi madre, ¡regresa ahora a la escuela! —Le grité fuera de mí. Ya íbamos llegando. Se estacionó donde solía. De inmediato intenté sacar el móvil, claro que le avisaría a ella, a Robert, a la policía si era preciso, no podía llevarme ahí, no lo superaría. Detuvo mi mano arrebatándome la mochila. Lo encaré asustada.

—No le marcarás a Irina, ni a nadie. Vamos a hablar de una vez, te guste o no —Él no era así. Negué mordiéndome nuevamente el labio. Recargó su frente en el volante y abrió la puerta de inmediato escapando obviamente de lo que mi maldito tic le generaba. Bajó con habilidad y comenzó a dar vueltas con las manos en la cabeza. Me estaba matando, me aniquilaba, me hería. Sentí una lágrima salir sin poder mantenerla por más tiempo dentro de su guarida. Aun así, no me moví—. Baja —lo escuché exigir con parte de su torso dentro de la camioneta.

—No —Le dio un golpe a la parte alta de la lámina, cerró con fuerza y se dirigió hacia mí. Abrió de un jalón.

—Baja —Me limpié las mejillas ya húmedas. Observó mi gesto desesperado, impotente, abriendo y cerrando las manos.

—Liam, te lo suplico, no aquí, quiero regresar —Negó perdiendo la mirada en el océano.

—Es la última vez que te lo pido, Kya, baja —sabía muy bien que de no hacerlo, me sacaría él mismo. Me giré temblorosa al tiempo que se hacía a un lado. Una vez abajo me abracé como si tuviese frío—. Vamos a la playa —retrocedí de inmediato aterrorizada. ¿Qué planeaba? Mi estómago estaba tan tenso que podía sentir los ácidos jugar en mi interior logrando que sintiera todo revuelto—. ¿Sí te das cuenta de cómo estás? No me mentirás más, me dirás de una maldita vez qué pasa, qué te tiene así. Me miras como siempre lo has hecho; sin embargo, pareces asustada, la sombra de ti misma —Me aferró por la muñeca y me arrastró prácticamente hasta donde deseaba. Yo ya lloraba desesperada. Me zafé en cuanto pude.

—No lo hagas, deja que me vaya —Le supliqué quitándome las huellas húmedas de mi dolor. Negó decidido viendo el reventar de las olas. No había nadie en aquel paraje y no era que le tuviera miedo, eso jamás, simplemente temía de lo que pretendía hacer para convencerme, para lograr que le dijera lo que ocurría.

—La otra noche... tu habitación, aquí... ¿Por qué lo hiciste si pensabas terminar conmigo? —abrí los ojos sin poder respirar bien. Se encontraba a menos de un metro de distancia viéndome de reojo con las manos en los

bolsos de su bermuda.

—Yo... No tiene sentido eso —Me defendí. Lo escuché suspirar ahogadamente. Miró al cielo por unos segundos como buscando ahí algo que no lograba encontrar. Lo admiré sin poder evitarlo: alto, ancho, atractivo hasta lo inimaginable y el hombre más maravilloso que siquiera soñé encontrar.

—¿Sabes? Cuando entraste a aquel salón, tú primer día en el instituto, te vi. Te vi y pensé que estaba alucinando... Proyectabas una calidez que hasta ese momento desconocía... que nunca había visto en nadie. Te observé andar, estabas muy nerviosa, lo sé, sin embargo, entraste con asombrosa seguridad... —lo escuché olvidando que mis pulmones necesitaban oxígeno—. De inmediato me di cuenta de que parecía un estúpido observándote de esa forma y... decidí ignorar el hecho de que alguien así estuviera a unos metros de mí, de que una persona, por primera vez en la vida... lograra que dejara de pensar por un segundo en mi desastrosa y vacía vida... —giró hacia mí atravesándome con sus ojos grises—. Ahí, ese día... sentí que algo dentro, en mi interior se derretía. Te veía a lo lejos, siempre cuidando que nadie lo notara, reías tan dulcemente... —elevó una mano para acercarse a mi rostro, se detuvo con tristeza, con nostalgia—. Tu boca fue una de las primeras cosas que me noquearon, ¿sabes? Angosta, pero carnosa y de ese color sonrosado tan asombroso, aunque también tu cabello, en serio moría por saber cómo se sentía enredar una mano en él, la manera en la que te manejabas... en que te vestías, en la que mirabas. Todo me atrajo desde el primer momento... sin embargo, logré mantenerme ajeno, indiferente de cierta manera... No tenía ni idea que esa misma semana me llevaría la mejor sorpresa de mi vida. Cuando te vi acomodarte frente a mí en aquel pequeño cubículo, olvidé por un instante lo que estaba escribiéndole a Kellan, reí, pero no por lo que pensaste, sino porque no podía creer que el destino me estuviera haciendo eso, parecía una broma. Te juro que detuviste mi pulso... Por eso me porté así, por eso te pedí todas esas estupideces. Absurdo, cada cosa me intrigaba más de ti. Tú forma de hablarme, de verme sin temor, con desafío, tu inteligencia... Fue a partir de ese momento que ya no pude sacarte de mi cabeza y después de verte en la playa aquel fin de semana... Decidí que... te quería en mi vida... que no permitiría fueras de nadie, que... haría todo para que te enamoraras de mí... que esa boca... sería solo mía —Cada palabra que dijo, cada hermosa confesión me fue dejando heridas en el corazón que estaba convencida, ya nunca sanarían. No tenía idea de todo eso, ahora comprendía por qué decía

siempre que fui difícil de conseguir.

—Liam... —susurré atónita, llorando sin remedio. Me tomó por la nuca y estampó sin más sus labios contra los míos. Mi interior gritó ya al borde de la desolación, mientras que mi cuerpo rodeó su cuello y lo besó. El roce se intensificó, me tenía bien aferrada, gemía desesperado mientras hundía su lengua como intentando marcarme de por vida. Respirar comenzó a costar demasiado trabajo. De inmediato fui consciente de mi estupidez, de lo que acababa de hacer. Me separé forcejeando. Al darse cuenta de mi intención me soltó. Sus mejillas también estaban húmedas. Nos miramos por varios segundos con las respiraciones a tope—. Si me vuelves a tocar... —No me dejó terminar porque volvió a besarme. El llanto se desbordó al sentirlo así, ansioso, desesperado, abrumado. Las campanas de alerta resonaron como si fuera una chicharra de enormes proporciones en mi oído. Lo aventé chillando. Me observó desconociéndome.

—Sé quién eres, no me engañas, aún me quieres... No dejaré las cosas así... —Me advirtió limpiándose con rabia los ojos.

—¡Esto se terminó! ¡Se terminó! —grité dejándome caer de rodillas sobre la arena.

—Dime de una maldita vez ¿qué hice, por qué? Cómo fue que arruiné lo único puro y limpio que he tenido en mi vida, cómo fue que estropecé mi felicidad, mi futuro... ¡Dímelo!... —sollozó con las manos en la cabeza. Liam también estaba rebasado.

—No tiene que ver contigo... sino conmigo... Por favor... Llévame de regreso —Se hincó frente a mí y acunó mi barbilla con firmeza pues temía que me quitara.

—¿Ves este lugar?... Obsérvalo y júrame aquí, ahora que lo dejarás atrás, que lograrás olvidar cada momento que aquí vivimos, júrame que no sientes nada al estar aquí... ¡Júramelo! —intenté quitarme, no pude.

—No hagas que te odie —solté ya sin armas. Pestañeó contrariado liberándome al fin. Se puso de pie aún turbado, asombrado. Me levanté con el rostro empapado, pero decidida. Si por algo nos siguieron esto me causaría un enorme problema, además, si seguía ahí olvidaría las razones por las que lo hería de esa manera—. Regresaré al pueblo... —anuncié caminando hacia la carretera.

—¿No hay nada que pueda hacer para cambiar esto? —lo escuché preguntar con un hilo de voz a mis espaldas. Negué sin mirarlo cabizbaja. Pasó a mi lado de pronto—. Vamos, llegarás al terminar la primera hora —

cerré los ojos llorosos y lo seguí lentamente. El trayecto no era muy largo, no obstante, parecieron años ahí, adentro. La tensión era notoria, incluso se podía sentir cómo moléculas oscuras nos permeaban a los dos, como si se burlaran de nuestro dolor.

Llegamos quince minutos después a la escuela, no esperé ni un segundo más, no podía seguir teniéndolo tan cerca, oler su aroma dentro de ese reducido espacio. Bajé de un brinco y me alejé sin decir más prácticamente corriendo. Necesitaba con desesperación respirar aire totalmente libre de su olor, un sitio donde no lo evocara cada dos por tres, un lugar donde sus ojos grises no estuvieran clavados en mí, donde no pudiera sentir la tristeza que le provocaba u olvidaría todo y haría una estupidez.

De pronto vi a Annie y al resto frente a unos casilleros, el timbre sonó justo cuando crucé la puerta principal por lo que acababan de salir de la primera materia. Ni siquiera recordé que pasaría por mí. Me acerqué nerviosa mientras ella me sonreía con tristeza.

—No traes mejor cara... No arreglaron las cosas, ¿cierto? —fruncí el ceño confusa. Los demás nos escuchaban y esperaban mi respuesta con absoluta atención. Maldición, lo que me faltaba, que ahora buscaran reconciliarnos, si hace unos meses querían todo lo contrario.

—¿A qué te refieres?

—Liam me habló... él pasaría por ti, por eso llegas a esta hora ¿no? —apreté el tirante de mi mochila. Me sentí una tonta, claro que él le avisó, era típico de su comportamiento arrebatado, impulsivo. Lo que no lograba entender era cómo ella se prestó a eso. No le reclamé, no tenía sentido.

—Sí —contesté seria. Robert se puso a mi lado rodeándome por los hombros con una clara expresión de culpabilidad e impotencia, él se enteró justo cuando ya no hubo forma de detener la emboscada.

—Esto es cosa de pareja... mejor vayamos a la cafetería. Dejemos que Kyana y Liam arreglen sus problemas —echó una mirada reprobatoria a Annie y a los demás. Todos asintieron intrigados y se fueron un tanto decepcionados. Robert permaneció a mi lado pues la rabia y el dolor me anclaron al suelo.

—Ahora te alcanzo —le dije necesitando un momento de soledad. Me dio un apretón cariñoso en el brazo y se fue negando con la cabeza. Después de unos segundos decidí irme a perder nuevamente en la biblioteca y conseguí, con mucho esfuerzo, continuar con el libro del día anterior.

Ese hormigueo y esa sensación familiar comenzaron a envolverme, elevé la

vista y lo vi. Seguro me siguió, se encontraba a unos metros recargando su rostro y hombros en uno de los libreros con los brazos cruzados observándome con infinita melancolía. Negó varias veces de forma casi imperceptible mientras su boca era una delgada línea. Agaché la cabeza para intentar continuar con lo que leía y conseguir perderme en el escrito. Obviamente no pude... Supe exactamente cuánto tiempo me estuvo observando. Cuando al fin se marchó, solté la respiración temblando. Dejé el libro a un lado, crucé mis brazos sobre la mesa y hundí el rostro en ellos. Intenté poner la cabeza en blanco, no quería sentir, no quería pensar, ya no podía más, esto parecía una película de terror, me estaba hundiendo en un abismo en el que sabía aunque opusiera resistencia me absorbería sin remedio.

—Aquí estás —No salí del escondite al escuchar la voz de mi mejor amigo. De pronto fui consciente de sus brazos en torno a mi cuerpo trémulo, al sentir su calidez mis defensas flaquearon y comencé a llorar contra su playera humedeciéndola por milésima vez en lo que iba de la mañana—. Eso está mejor... llora... llora —Y así lo hice, me sentía débil, vulnerable, sola, insegura, temerosa y terriblemente enamorada.

Acarició mi cabello durante varios minutos, sonó el timbre y continuamos ahí sin movernos.

—Tienes que ir... a clases —susurré hipeando contra su pecho.

—No... aquí me quedaré —Me separó colocando sus manos en mis mejillas—. Kyana, eres fuerte.

—Robert, siento que... ya no puedo más. Hace un rato me emboscó, me llevó a un sitio que significa mucho para los dos, fue horrible... —Ya en ese momento sentía al límite mis fuerzas y mi voluntad estaba sufriendo asombrosas embestidas que estaba segura en algún punto, se derrumbaría.

—Diablos... sabía que no se quedaría sin hacer nada. Pero, Kyana, tienes que poder. Dios... no sé qué decirte que te pueda hacer sentir mejor.

—Robert, debo irme a Monterrey cuanto antes... Liam no me dejará, siente lo mismo que yo, me conoce... —suspiró frustrado.

—Creo que... tienes razón. No cederá, jamás lo vi así, contigo es otro, eres su eje, por supuesto que no te dejaría así, sin más... Sin embargo, ya no queda mucho para que el curso termine —señaló triste.

—Me habla por teléfono, me sigue, va a mi casa, me observa, hoy me llevó a ese sitio... y hace unos minutos estaba de pie justo ahí —con mi dedo le indiqué dónde—. No me cree, me lo ha dicho muchas veces, no cree lo que le

digo. Está convencido de que le estoy mintiendo, ocultando algo. ¿Qué hago?, ¿si le digo todo?, ¿si me arriesgo? —abrió los ojos atemorizado, nunca lo había visto así, palideció—. Robert, desde el domingo que intenté terminarlo me repite una y otra vez que no se rendirá, sabe que no soy sincera. Ayer me besó y hoy igual, no es tonto, sabe que aún lo amo y... el jueves se acaba el plazo.

—Kyana... —tomó mi barbilla con una seriedad que me erizó la piel. Sus ojos azules estaban clavados en los míos de una forma extraña—. Si le confieras esto Liam no se quedará cruzado de brazos, no he querido decirte lo que sé por no atormentarte más, pero... sus padres, por lo que he escuchado en conversaciones entre mis padres y otros adultos en las que se supone yo no tengo ni idea, han pasado sobre mucha gente. Mierda ¿Cómo te digo esto? Si... ellos quieren... tú, tu familia, todo desaparecerá... ¿Comprendes? Kyana, ella no está jugando, con un chasquido de sus dedos todo lo que te dijo se hará, no juegues a la valiente. Te lo suplico, no soportaría saber que algo te ocurrió, por favor, estoy seguro que ni el mismo Liam es consciente de lo que sus padres son en realidad. Aquí todos tienen noción, saben que con ellos no se juega pues su cargo es importante y no toleran todo lo que no va con sus propios intereses. Sin embargo, yo sé que es cierto, la familia de uno de mis tíos ya fue víctima de sus maniobras sucias en los negocios, investigaron un poco y... decidieron dar la media vuelta y comenzar de nuevo en otra cosa. ¿Ahora entiendes? —Mis labios temblaban, mi cabeza daba vueltas, ¿cómo diablos me fui a meter ahí?—. Tú ya hiciste lo que te pidió, lo que Liam haga no lo puedes controlar, eso ella lo debió prever.

Giré hacia la gran ventana con la respiración agitada. ¿Si yo hubiera estado enterada de todo eso, lo habría evitado? No, él me atraía como la miel a las abejas, pero... si él sí lo sabía ¿Por qué permitió llegar a tanto? Me regañé de inmediato, no debía culparlo, era bastante probable lo que mi amigo decía. Es más, estaba convencida de que si Liam hubiese imaginado algo como esto, jamás hubiera permitido que avanzáramos, nunca.

Me perdí en el jardín con la mirada de nuevo vidriosa, cada pestañeada laceraba mis globos oculares, aun así, derramar ese líquido salado era mi único consuelo.

—No lo culpes de todo esto —volteé asombrada por lo bien que me conocía—. Liam te ama sinceramente, Kyana, ahora sé que jamás te hubiera expuesto, era de esperarse que reaccionara de esta forma, si nadie puede creer que no estén juntos... ahora imagínate a él, no lo va a aceptar fácilmente,

solo basta verte para saber que la estás pasando igual o peor que él, tus ojos están enrojecidos y parece que no has dormido bien en días, te encuentras algo pálida —puso una mano sobre la mía sonriendo con tristeza—. Kyana, no es tu culpa, ni la de él. Por favor, deja que las cosas fluyan y tú mantente firme. Es lo único que puedes hacer, si hubiera otra manera, una solución, te juro ya te la hubiera dicho, llevo días devanándome la cabeza ideando algo, pensando en una salida, no la hay y no tienes una idea de cómo lo siento —asentí vencida.

—¿Cómo lo alejo, si es tan difícil?, me atrae como un imán, siempre ha sido así, es como si... no supiera dónde termino yo y empieza él —Le confesé angustiada, sonrió con ternura al escucharme.

—¿Sabes algo? A pesar de todo esto, Liam tiene mucha suerte de sentir lo que siente y de que alguien como tú le corresponda de la misma forma. Siento pena por él, tener unos padres como los suyos, nunca fue envidiable... —abrió muchos los ojos afianzando lo que decía—. Ha de ser una pesadilla, date cuenta de hasta dónde puede llegar a cambiarte la vida una familia como la que tiene... Solo espero que no pierda las agallas que le he visto emerger últimamente y logre defender lo que quiere, que no vuelva a ser lo que solía y que... algún día logre llegar a ti nuevamente.

—Robert... —musité con agonía al escucharlo hablar de esa forma.

—Es cierto, Kyana, no puedes esperar que esto jamás salga a la luz, por muy intocables que sean, tiene que suceder. Un error, algo y... cuando eso suceda espero se hundan en su propio fango como las alimañas de pantano que son, ese sería un castigo perfecto para personas con tanta soberbia como ellos, e imagínate que su hijo, justamente él, fuera su verdugo, eso sí sería épico —intenté imaginarme la escena, no pude, probablemente él jamás lo supiera y si algún día se llegaba a enterar, ya tendría su vida hecha y yo sería solo un recuerdo de la adolescencia al que ya no le daría mucha importancia. No cambiaría en nada el hecho de que supiera la verdad, en nada.

—Ojalá que eso no suceda, ellos nunca han tenido una buena relación... prácticamente no la tienen, si se entera podrían empeorarse las cosas, ¿imagínate saber de lo que son capaces tus padres?, eso sería terrible, muy doloroso. Incluso, aunque yo ya no sea importante para él, la traición le dolerá, preferiría que las cosas quedaran así. Más dolor, más rencor, ¿para qué?, nada cambiaría lo ocurrido —pensar que Liam pudiera sufrir más, era algo que no podía aceptar sucediera; conmigo bastaba y con lo que él sufría ahora ya era suficiente. Sabía que su niñez no fue fácil y mucho menos feliz a

pesar de que no hablaba mucho de esa época de su vida y aunque odiaba a esa mujer no quería por ningún motivo que Liam lo pasara peor, lo amaba demasiado como para eso.

—¿En serio, Kyana?... ¿Lo quieres tanto que preferirías jamás lo supiera? —parecía sorprendido, incrédulo. Lo observé por unos segundos fijamente.

—Lo amo más de lo que pensé y eso sí, ni ella ni nadie jamás lo podrán cambiar, no quiero saber que sufre más, no quiero —pestañeó varias veces como acomodando esa información en su cabeza.

No continuamos con lo mismo, no tenía sentido, así que el resto de la hora se dedicó a conversar sobre otras cosas. Logró distraerme un poco, cosa rara en los últimos días. Definitivamente se había convertido en mi mejor amigo de la misma forma en la que Liam se volvió mi corazón, imperceptiblemente.

En ciencias nos tocaba juntos así que fue fácil mantener el mismo estado de ánimo. Por otro lado, todos ya se habían dado cuenta de que algo no iba bien entre Liam y yo, así que intentaban reanimarme y no tocar el tema a pesar de que cada vez se llevaban mejor.

El segundo receso no me dejaron sola, por supuesto intenté escabullirme hasta la biblioteca otra vez, no obstante, Emma se colgó de mi brazo impidiéndolo y comenzó a decir algo sobre Kellan. Sin que me diera cuenta, ya estaba de pie junto al resto de mis amigos en el gran jardín donde solían estar. Ray me ofreció, sin decir nada, los apuntes de literatura que perdí ese día, lo acepté intentando sonreír. Me acomodé junto a ellos en el pasto y comencé a copiarlos atenta.

—Hola, chicos —era Kellan, elevé los ojos en automático, me observaba entre molesto y confuso. Todos lo saludaron como solían. Rodeó a Emma por la cintura susurrándole algo al oído, ella asintió mirándome por un instante y dos segundos después desaparecieron. Supe que ese comportamiento extraño tenía que ver con él, aun así, regresé mi atención al cuaderno. Era obvio que mientras yo estuviera ahí, se volverían a dividir.

En historia, Emma, estuvo especialmente parlanchina. Parecía muy feliz con Kellan y él ni se diga, de verdad la quería. No me preguntaba nada, pero me estudiaba muy atenta, evaluaba mis reacciones, mis escuetas respuestas.

Al terminar salí a paso veloz despidiéndome sin esperarla. Anduve hasta mi casa temerosa de que apareciera, no fue así. La tarde pasó lenta, la mayoría del tiempo estuve de nuevo perdida en el paisaje que me regalaba mi habitación hacia el exterior. Mi móvil sonó justo antes de que mi madre llegara. Extendí la mano y por inercia contesté.

—Diga —musité fatigada.

—Veo que no está siendo nada fácil —Me congelé, todo dentro de mí lo hizo. Pestañee varias veces al escuchar esa voz, a la que tanto miedo le tenía. ¿Cómo fui tan estúpida? Me alejé del aparato para ver el número, aparecía como privado. Pensé durante unos segundos si continuar con la llamada o simplemente mandarla al infierno, de donde estaba segura provenía. Recordé las palabras de mi amigo. Cerré los ojos de nuevo entrando en un ataque de pánico y lo acerqué de nuevo a mi oreja temblando.

—¿Qué quiere? —pregunté tratando de maquillar mi voz, no le daría el gusto de que supiera cómo me tenía.

—Recordarte el trato que tenemos, te dije que te quiero lejos de mi hijo.

—¡Eso he intentado hacer! —argumenté furiosa. Apretaba tanto el móvil que mi brazo ya lo sentía hormiguar.

—No ha sido suficiente, muchacha.

—Le dije que no me creería.

—Ese no es mi problema, no te quiero ver cerca de él por mucho que insista, ¿comprendes? —Me di cuenta de que hablaba por lo ocurrido ese día en la mañana—. Todo sigue igual, no lo olvides, jamás lo olvides, si es preciso tatúatelo en tu cerebro. ¿De acuerdo? —colgó dejándome perpleja e hiperventilando. Escondí mi rostro entre las rodillas flexionadas e intenté recuperar el control de mí misma.

Cuando mamá llegó, yo aún no me recuperaba. Bajé a cenar para no alarmarla más. Continué muda. No quería mentirle, nunca lo había hecho y si hablaba, sobre lo que fuese, mentiría, así que preferí no decir nada.

—Kyana, estás muy pálida —Negué comiendo un poco de pasta—. Veo que hoy va a ser igual que ayer, igual que desde hace casi una semana... —Su voz tenía un tinte de amargura y reclamo—. Este fin de semana no estarás y el que sigue por como veo todo te irás... Pero es evidente que no te importa, veo que eso que traes en la cabeza no te deja cerrar bien las cosas. Me da mucha tristeza, hija, verte así. Es como si te hubieran cambiado, como si no fueras tú. Me duele ver tu rostro, saber que sufres mucho y no saber por qué... Kyana, a mí también me lastimas con todo esto, me siento muy impotente, desesperada, agobiada. ¡No me dices nada! —posé mi atención sobre ella sintiendo de nuevo lágrimas asomarse. Odiaba hacerla sentir mal, nunca gocé con ello, por eso me fui a vivir ahí con ella. Y ahora no lo podía evitar.

—Mamá, te amo... Te juro que no hay nada qué decir —musité con voz

débil y entrecortada. Puso una mano sobre la mía al escucharme.

—Yo también te amo, mi vida, pase lo que pase, decidas lo que decidas siempre será así... eso no lo dudes. Es solo que veo cómo estás echando todos tus sueños a la borda sin siquiera dudarlo, me asusta —No abrí la boca, no había nada que decir—. Está bien... veo que me quedaré igual; seguirás sin decirme lo que sucede. Te juro intento respetarte, pero a veces no puedo, no cuando veo tu carita, tus ojeras, cuando sé que no duermes bien y que lloras sola, no cuando veo cómo te pierdes en esa ventana que parece ser la única que sabe lo que te ocurre... Soy tu madre y jamás dejaré de preocuparme por ti y créeme... nunca podrás engañarme —miré mi plato con atención y enredé el espagueti en el tenedor sin muchas ganas—. Eres como una velita que se está consumiendo... —Me metí un bocado a la boca intentando no llorar de nuevo. El resto de la cena estuvo envuelta en un silencio aplastante y molesto que ninguna estaba dispuesta a interrumpir.

Cuando terminamos, decidí leer en la recámara que improvisamos hacía unos meses para que Raúl durmiese. Era el único espacio en el que no había nada de él. Sin saber cómo, me quedé dormida con el libro sobre mi regazo y con la ropa del día.

Por la noche soñé con la llamada de la madre de Liam, me desperté empapada en sudor aferrada a la almohada muerta de miedo. Por un momento sentí que le hacía daño a mamá. Lloré desesperada de solo pensarlo, fue tan real que me puse de pie y caminé ansiosa, pero en silencio hasta su habitación. Ella solía dormir con la puerta abierta, me asomé con el corazón aún desbocado y ahí estaba completamente dormida. La contemplé un rato, si le sucedía algo por mi culpa no podría vivir.

De pronto se movió y palmeó un lugar en el espacio vacío del colchón.

—Ven, mi cielo... duerme —No comprendí cómo se dio cuenta de que yo ahí estaba, pero no dudé, me acosté a su lado mientras ella me rodeaba. La necesitaba, la necesitaba mucho—. Cierra los ojos y duerme, mi amor, yo te cuidaré —Ahí, entre sus brazos, el miedo era menor, logré conciliar de nuevo el sueño.

Para mi asombro dormí mejor que las últimas cinco noches, incluso fue ella la que me levantó por la mañana. Me duché sin mucho ánimo. Miércoles. Mi coche lo entregarían por la tarde, ni eso me motivaba. Desayuné de prisa y antes de la hora en la que solían ir por mí, salí de casa, no me podía arriesgar a que Liam tuviera otro arrebato y que su madre me volviera amenazar.

Llegué y me fui directo a matemáticas sacando rápidamente mis cosas del

locker. Me sentía una fugitiva, lo cierto era que no tenía muchas opciones. En la escuela todavía no se escuchaban los bullicios, era temprano. Me senté donde siempre y esperé leyendo el libro que se estaba convirtiendo en mi única compañía.

A los minutos, mis compañeros comenzaron a llegar al igual que Lana y Max. Ambos continuaron junto a mí como el día anterior. Cuando terminó la clase Ray y Billy ya estaban afuera del salón, me arrastraron a la cafetería y no tuve más remedio.

De verdad agradecía sus intenciones, pero prefería alejarme. Liam no estaba ahí, lo sabía. Intentaron hacerme reír, distraerme y aunque a veces lo lograban, me sentía ajena a todo, como si estuviera a muchos kilómetros de todo lo que ellos decían. En literatura entré junto con el resto y lo primero que vi, fue a él. Estaba sentado donde solíamos sentarnos y me observaba con profunda tristeza y añoranza, lucía pálido y bastante desmejorado. Agaché la mirada, sintiendo un vuelco en mi estómago mientras caminaba por el último de los pasillos para acomodarme junto a los chicos. Nadie dijo nada, se limitaron a hacerme un lugar y a sonreír. Sentí sus ojos clavados en mi espalda toda la clase, no lo había visto desde el día anterior cuando me observó en la biblioteca. Su presencia alteraba todos mis sentidos, aceleraba mi pulso y secaba mi boca; aún tan descompuesto como se encontraba, era demasiado guapo, de verdad me volvía loca. Fue el primero que salió cuando el timbre sonó, huía. Me sentí muy culpable por lo que le estaba provocando, mi dolor me consumía, pero el suyo estaba terminando conmigo.

Inglés era la tercera clase de ese día. Salvo las sonrisas burlonas de Jane y Cate, nada fuera de lo común.

En cuanto entré a historia vi a Emma, no había hablado con ella en todo el día ya que estuvo con Kellan. Me senté a su lado, callada.

—¿Estás decidida a permanecer muda? —volteé extrañada al escucharla. No estaba molesta, parecía preocupada mientras me sonreía tiernamente—. No me mires así, en los últimos días apenas si te he escuchado decir una palabra... Kyana ¿qué sucede? —puse toda mi atención en mi cuaderno sintiendo un nudo en la garganta. La quería mucho, pero no podía saber, era novia de Kellan y... ya había implicado a Robert en todo esto, no debía hacerlo con alguien más. Colocó una mano sobre la mía—. Estás pálida y ojerosa, no hablas, no ríes... en serio todos estamos muy preocupados... incluso... él.

—No es nada, Emma, es solo que... me siento un tanto presionada, me

gustaría que dejaran esto en paz —logré decir en susurro. La escuché suspirar.

—Mírame —Me exigió. Levanté los ojos lentamente haciendo lo que me pidió—. Kyana, todo esto es muy extraño, tú no eres así, no actúas así... No me engañes, no lo hagas... Porque aunque jamás me digas qué es lo que te ha llevado a tomar estas decisiones nunca podré creer que es porque quieres. Liam está mal, tú estás mal, sufren mucho por estar separados, él insistirá... —cerré los ojos con fuerza sintiéndome agotada de todo aquello, era como si me encontrara en medio del mar y por mucho que braceara no llegaba a tierra firme.

—Dile que no lo haga... no cambiaré de opinión y no regresaré con él, Emma, haz que lo entienda de una vez.

—¿Y crees que me escuchará?... Olvídalo. Para él eres... todo, parece que le arrancaste la vida, Kyana —entendía muy bien esas palabras, era justo lo que sentía. El profesor llegó en ese momento y entró de lleno a la clase. Permanecí en silencio, sentía unas ganas enormes de llorar, de salir corriendo y decirle a Liam toda la verdad. Pero no podía ni en ese momento... ni nunca y la situación ya rayaba en lo ridículo, ahora todos intercedían por él, por mí.

Annie y Robert me esperaron afuera para que no lograra fugarme, no dijeron nada mientras nos dirigíamos al auto. En el trayecto no se dijo ni media palabra y solo hablé cuando me tuve que despedir de ellos. Sentí sus ojos observándome mientras caminaba hasta la puerta de mi casa. En cuanto estuve adentro me recargué en ella sintiendo que el llanto se desbordaba, me dejé caer resbalando mi espalda por la madera hasta que quedé completamente sentada en el piso sollozando desesperada.

Media hora después, logré hacer la cena y esperé sentada en el comedor a que llegara mamá.

El resto del día fue igual que los anteriores, con la diferencia que mi auto llegó después de la cena. Esa noche volví a tener pesadillas y terminé de nuevo en cama de mi madre, ese era un lugar seguro, sentía que sus brazos me protegían, eran como un escudo contra mis miedos.

El jueves estuve con los nervios de punta, ese día se cumplía el plazo. Yo ya había tirado mi vida al drenaje, así que esperaba que fuera suficiente para ella y no me buscara más, no quería volver a escuchar su voz en mi vida.

No pude comer en todo el día y el sonido de cualquier móvil me ponía en alerta de una manera enfermiza. Llevé a Robert a casa, ya que Annie tuvo que quedarse. No pudo sacarme ni una palabra en el trayecto, estaba igual o más

preocupado por mí que el resto. Lo cierto era que no podía actuar de otra forma, ya había hecho lo que debía y eso era una cosa, pero enfrentarlo con una sonrisa en la cara era otra muy diferente. Mi exterior no proyectaba ni una cuarta parte de lo devastada que me sentía por dentro.

—Kyana, te ves... mal —dijo frente a su casa con el semblante triste, desencajado. Asentí mirando hacia el frente sin soltar el volante—. Sé que no puede ser de otra forma, pero... me da miedo, esto está acabando contigo... Estoy preocupado. Déjame ayudarte... no estás pudiendo sola, es evidente — se encontraba sentado con su cuerpo girado hacia mi dirección, consternado.

—Robert, mi vida se terminó. Dejaré a mi madre... No podré regresar jamás aquí sin que ella se entere... Lo dejé a él, no me quedará nada de este sitio, ¡nada, absolutamente nada! —grité al final. Estaba muy alterada, pero él me escuchaba sereno—. No podré estudiar donde soñé, con quien soñé, los dejaré a ustedes... ¡¿No entiendes que me arrebató todo?!... Me siento vacía, sola y de solo pensar en lo que viene siento ganas de gritar. ¡No puedo más, Robert!, no puedo más —el llanto no me permitió seguir hablando. Me acercó a él y me abrazó protectoramente.

—Eso, Kyana... desahógate, no es para menos. —Y eso hice.

∞ 17 ∞
sIN FINAL FELIZ

Papá llamó para informarme que mi vuelo salía al día siguiente después de clases. Lo que restó de la tarde me escondí en la recámara intentando estudiar para el examen del sábado. El temario estaba fácil, era una pequeña distracción y me aferré a ella como a un clavo ardiente. Mi madre me subió la cena y no se fue hasta que la terminé. Continué haciendo los ejercicios hasta el amanecer, no supe a qué hora el sueño me venció.

Desperté con los papeles alrededor revueltos. Me duché y vestí como una autómatas. Salí de casa a tiempo, pasé por mis amigos y llegamos puntualmente. Me dirigí a mi casillero y empecé a sacar los libros para la primera materia sintiendo una enorme y absoluta indiferencia.

—Kya... —Mis manos comenzaron a sudar al escucharlo, lo vi al entrar, pero no pensé que se acercaría. El día anterior no lo hizo por lo que llegué a pensar que no lo volvería a hacer aun con el dolor que eso implicaba en mi alma. Cerré lentamente el *locker* sintiendo como siempre, mi corazón palpitar alocado. Ahí estaba recargado con la mirada completamente vidriosa, parecía no haber dormido en días y sus ojos no tenían la luz que solían reflejar. Liam se encontraba al igual que yo: devastado—. ¿Puedo... hablar contigo? —su voz era raposa y plana. Negué agachando la cabeza, no soportaba verlo así—. Serán unos minutos... Lo prometo —me mordí el labio sin saber qué contestarle, se acercó a mí en reacción a aquel gesto que lo volvía loco, que demostró millones de veces, no podía resistir. Puse una mano en su pecho deteniéndolo, sabía que si lo hacía estaría perdida.

—No —Cerró los ojos sin moverse, la descarga que produjo tocarlo, fue aún peor. Tomó mi mano y la sostuvo ahí por unos segundos como saboreando la sensación de mi tacto—. Tengo que irme —logré decir sin saber cómo. Abrió los ojos y los clavó en los míos.

—Tú... me amas... Lo sé, lo veo. Lo... siento —quité mi mano rápidamente.

—Deja eso... por favor, Liam... te lo suplico.

—¿Irás a Monterrey? —Asentí apretando los libros a mi pecho con ambas

manos—. ¿Estás decidida?

—Sí —susurré. Pasó sus manos por el cabello desesperado.

—Dime si puedo hacer algo para que cambies de opinión, Kyana... por favor, te lo ruego —Cómo lamentaba escucharlo así; desesperado. Estaba convencida de que si le decía alguna locura, la haría y eso me rompía aún más.

—Nada, Liam, nada va a hacer que lo haga, estoy decidida... Lo siento.

—Me estás volviendo loco... te lo juro. Por mucho que intento no puedo entender qué fue lo que ocurrió, por qué estás haciendo todo esto. Lo nuestro era... perfecto... teníamos planes... nos amamos... no comprendo. Kyana, no ves que tomaste todo de mí, no me dejaste nada, me estás destrozando, ¿no te das cuenta? —de verdad parecía confundido, perdido, desolado.

—Tengo clase... —logré decir sin llorar, el nudo regresaba peligrosamente, pero ante él no podía derramar una sola lágrima más. Tenía que ser fuerte. Recargó una mano con el brazo extendido sobre el casillero donde hacía un momento se había apoyado y bajó la vista.

—¿Así?... ¿Sin más?... ¿Sin explicación?

—No sé qué decirte... ya te dije que lo siento, esto se terminó, ¿qué más quieres que te diga? —Me di la vuelta sin poder tolerar más su cercanía y me alejé sin mirarlo. Escuché un golpe seco sobre el *locker*. Fue él, lo sabía. No giré, la situación lo estaba matando y a mí ya me tenía enterrada sin posibilidad de ver la luz nuevamente.

Llegué a clase. Ya había comenzado, el profesor Edwards me permitió entrar sin problema, siempre era muy puntual y seguramente mi expresión le hizo saber que no estaba del todo bien. Me senté en silencio mientras Lana y Max me observaban. Si hubiesen tenido oportunidad, sabía que me habrían preguntado. Lana se encontraba a mi lado, de pronto colocó su mano sobre mi brazo cariñosa. Sentí cómo una lágrima resbalaba por mi mejilla sin poder evitarlo, la limpié rápidamente, fue tarde, ella la vio.

—Quisiera entenderte —musitó tan bajo que apenas si la escuché. Clavé mis ojos en mi cuaderno sin contestarle. En cuanto terminó la hora desaparecí. Me perdí en uno de los jardines abrazando mis rodillas y descansando mi cabeza sobre ellas. La media hora pasó con mayor fluidez. Fui a literatura, entré con la mirada en el suelo y así logré llegar hasta el lugar que últimamente estaba ocupando. Liam estaba ahí, no podía verlo, no quería. Intenté seguir al profesor Rogers, mientras Max seguía evaluándome desconcertado.

Ciencias fue más sencillo con Robert, ahí todo era más fácil. No reí, ni hablé mucho como me hizo ver Emma el día anterior, sin embargo, me distraían por lo que lograron que el reloj avanzara un poco más veloz. En el receso todos salieron a mi alrededor decididos a que no me escabullera nuevamente. Al llegar al lugar donde solíamos estar, vi a Liam. Me detuve en seco, conversaba serio con Max, Kellan y Annie. Robert me empujó ligeramente para que siguiera. En cuanto llegamos, ellos nos miraron silenciándose. Emma se acercó a Kellan cariñosa, pero él, al igual que todos, no me quitó los ojos de encima.

Me senté en el pasto al lado de Lana, Susan y Sara. Las tres me sonrieron, estaba segura que escucharon, lo habían hablado. Saqué la guía intentando ignorarlos y comencé a estudiar. Unos segundos después Liam se alejó despidiéndose de Max con un gran choque de manos. No eran los mejores amigos, pero parecía que habían limado todas las asperezas, sin contar que yo solía ser su punto en común.

Kellan permaneció ahí acomodándose al lado de nosotros con Emma entre sus piernas, mientras Max y Annie se unieron al círculo como si nada. Poco antes de que timbraran, las chicas y yo nos fuimos a cambiar. No abrí la boca en todo el receso, ni siquiera despegué la vista de mis hojas.

Atletismo fue difícil, él estaba entrenando ahí y otra vez escuchaba sus gritos, seguía molesto. La profesora nos hizo pruebas de resistencia, era el examen final de esa materia, la próxima semana tendría el resto. Por lo mismo hubo demasiados momentos libres. Lo observé a lo lejos, amaba sus movimientos en la cancha, era como si estuviera hecho para eso, el equipo le hacía caso y el entrenador confiaba plenamente en su proceder. Ese fin de semana sería la final en Myrtle Beach, y el siguiente la graduación y el baile.

Intenté recordar, sentada en las gradas esperando mi turno, el primer día de clases. Cómo cambió todo... Reviví la primera vez que lo vi... fue ciertamente en literatura, ellos reían y el profesor Rogers se molestó por lo que los amenazó, Liam se limitó a mirarlo retándolo. Esa fue la primera vez que también mis ojos se posaron en él y jamás sospeché que los suyos ya me habían identificado, mucho menos que generé todo aquello en su interior con mi sola presencia. Era increíble que ya nada fuera igual a aquel día a finales de septiembre. Todo terminaría en una semana y sería como si nunca hubiera sucedido. Los meses más felices de mi vida desaparecerían, solo me quedarían los recuerdos y el vacío en mi interior que me recordarían que fue real.

Mi vuelo salió a las nueve, mamá me llevó al aeropuerto junto con Ralph. Regresaría el domingo por la mañana. Me deseó suerte en la prueba y me pidió que me cuidara.

Llegué en la madrugada a Monterrey, hubo escala en Houston de tres horas y eso hizo un poco pesado el viaje. Mi padre aguardaba en las llegadas internacionales, en cuanto me vio, su expresión cambió. Me abrazó preocupado.

—Hija... ¿Te sientes bien? —asentí separándome de él. Tomó mi pequeña mochila y se la colgó en la espalda. Me rodeó por el hombro y caminó hacia el estacionamiento. Me abrió la puerta entregándome mi diminuto equipaje. Unos segundos después también subió. No prendió el auto, en lugar de eso, giró hacia mí—. Irina me lo advirtió... no le pude creer, pensé que exageraba... —lo contemplé con ojos cansados sin saber qué decirle. Acarició mi mejilla—. No te pareces en nada a la jovencita de hace unos meses... Te ves... infeliz —Así me sentía—. Vas a estar bien, Kyana, yo voy a hacer que estés bien. Pero antes me jurarás a mí también que nada malo ocurrió, que nadie te hizo nada... —Por un momento dudé en decirle todo. Confesarle lo que en realidad sucedía. De inmediato lo descarté, si papá no le daba la importancia que yo sabía tenía, todo se convertiría en una pesadilla de enormes proporciones y si mi error generaba algo irreparable, sabía que no lograría salir adelante, por muy decidido y exitoso que fuera en lo que hacía, ellos lo aplastarían sin problema.

—Papá, mamá insiste con eso. No hay nada, solo no puedo seguir con... Liam y no ha sido nada fácil.

—Eso me dijo, pero no comprendo, si no es sencillo, ¿por qué lo haces?

—Porque... somos muy jóvenes, no creo que estemos preparados para algo tan formal —¡Guau!, ya mentía con una facilidad asombrosa. Me estudió por unos segundos como sopesando si lo que le decía podía ser verdad. Al final sonrió enarcando una ceja.

—De acuerdo, te creeré porque sí sé lo que duele concluir con una relación, por mucho que sea lo mejor. Aunque te diré algo, no tiene nada de malo que las cosas sean tan serias, Kyana, lo que es importante es no dejar de ser uno mismo por permanecer al lado del otro y eso, mi niña, sé que a ti no te sucedió... Sin embargo, respetaré tu decisión... —un segundo después prendió el motor del Audi y arrancó sin decir más. Al llegar a su casa, Miriam ya nos esperaba, hacía un tiempo que no la veía, me recibió efusiva, mi padre la limitó con la mirada, enseguida disminuyó su aspaviento y me

tomó de las manos con ternura.

—Estoy muy contenta de que hayas decidido venirte, Kyana... esta es tu casa.

—Gracias, Miriam —agradecí con una débil sonrisa. De pronto Carla, mi media hermana de trece años, bajó corriendo y se me echó encima importándole muy poco que mi padre la hubiera intentado detener.

—Qué bueno que vas a vivir aquí, Kyana, todavía no lo puedo creer hermanita —la rodeé sintiendo un poco de paz, no era alta, me llegaba debajo de la barbilla, sin embargo, creció bastante desde la última vez que la vi.

—Yo también, Carla.

Mi padre nos observó sonriendo más tranquilo.

—Kyana... el examen será a las ocho. ¿Deseas cambiarte? —negué con Carla a mi lado rodeándome por la cintura—. Entonces desayunemos —torcí la boca, no tenía nada de hambre.

—¿Puedo ir a echarme agua en el rostro? —asintió dándose cuenta de que no quería comer. Pero además el calor ahí era asfixiante, seco y necesitaba un momento de soledad.

—Yo la acompaño —anunció mi hermana menor, mi padre la detuvo y a ella sí la obligó a sentarse a la mesa.

Al entrar a la que solía ser mi habitación y que casi nunca ocupé, me sentí perdida. No iba a ser fácil empezar de nuevo, no cuando no fue mi decisión. Corrí las persianas con temor, con las palmas sudorosas, lo único que vi fue edificios y casas. Sentí una angustia terrible al darme cuenta de que no tendría en donde perder mis pensamientos. La casa era grande y muy bonita. Miriam siempre había tenido un excelente gusto y a ambos parecía irles muy bien. Sin embargo, no era Myrtle Beach, ahí no había nada que me atrajera, no había mar, el aire no estaba cargado de sal, no estaban mis amigos, no estaría mi madre y sería muy difícil ir a verla; no estaban mis sueños, mis ilusiones, no estaba él, jamás volvería a estar a mi lado, ya nada nunca sería igual, nada sería lo que quise, lo que planeé.

Me senté en un sillón de colores vivos de gamuza que combinaba con todo el mobiliario, enrollé mis piernas y recargué mi barbilla en ellas. ¿Cómo viviría?... ¿Cómo, si me sentía seca y muerta por dentro?

El examen fue fácil, me lo hicieron solo a mí, al parecer era un favor muy especial hacia mi padre. Me dio un móvil para que le marcara cuando terminara y así lo hice cuatro horas después. El lunes me dirían los resultados.

—¿Quieres ir con tus abuelos? —Sus padres ya habían muerto desde hacía muchos años, se refería a los de mi madre. Negué despacio, no estaba de ánimos para abrazos, ni bienvenidas—. Me lo imaginé —expresó serio—. ¿Vas a querer traerte todas tus cosas? —Papá quería escucharme hablar, eso era evidente.

—No, solo lo que necesite —respondí perdida en el exterior. Se estacionó frente a un parque y apagó el motor.

—Kyana, ¿qué harías si te dijera que no debes venirte a vivir aquí? —Giré de inmediato muerta de miedo—. No te asustes, mi amor... no pienso hacerlo... Dios si hubieras visto tu rostro —bajé la vista hasta mis manos más tranquila.

—Papá... sé que no me entienden, pero... necesito estar aquí. No te defraudaré, me portaré bien y prometo que no te daré motivo de una sola queja —acunó mi barbilla para que lo mirara.

—Jamás lo has hecho mi cielo, nunca, y sé que no lo harás... Es solo que estás tan extraña, no me gusta verte así, veo en tu mirada tanto sufrimiento que me da escalofrío. De verdad parece que alguien te hizo algo y eso me aterroriza.

—No, papá, ya te dije que nada pasó, es simplemente que no quiero continuar allá. Prometo que pasará, estaré bien, siento mucho tenerlos preocupados por nada —negó tiernamente.

—No me digas eso, no tienes nada de qué disculparte. Por supuesto que aquí estarás bien, aunque sigo teniendo la sensación de que huyes, de que algo ocurrió, pero espero que si es grave, nos lo digas, será la única forma de ayudarte, sin embargo, deseo que logres ser feliz y esto pase pronto como dices, es lo único que nos importa a tu madre y a mí, lo único.

—Prometo poner todo de mi parte para que las cosas funcionen —Y era verdad, esperaba algún día lograrlo. Sonrió besándome tiernamente en la cabeza. Tenía que esforzarme, tenía que hacerlo.

Comimos en su casa a mediodía, ahí los horarios son distintos. Carla no me soltó el resto de la tarde, me mostró a todos sus amigos en las fotos que tenía almacenadas en la computadora. Con ella me sentía tranquila, no necesitaba hablar, ni reír, ella me llevaba y traía de un lado a otro, sin importarle mis reacciones o actitudes. Prendió la consola y me enseñó cómo funcionaba. Bailamos juntas, resulté un gran fiasco; sin embargo, me entretuve por algunas horas. Al final acabé agotada en el gran sofá del cuarto de TV Se sentó a mi lado y me observó.

—¿Nunca sonríes? —Me mordí el labio desviando la mirada—. No te preocupes, Kyana, sé que de todos modos nos llevaremos muy bien —Me abrazó cariñosa y yo no pude evitar contestar el gesto.

Ella y mi padre me llevaron de nuevo al aeropuerto. Durante el vuelo no pude pegar el ojo, llevaba prácticamente dos días sin dormir, cada vez que lo intentaba me despertaba enseguida sintiendo un agujero inmenso en mi pecho. Mi vuelo llegó a las seis de la mañana, mamá me recibió cariñosa, me dejé llevar por su abrazo, con ella era la única forma de sentirme segura, la extrañaría mucho, demasiado.

—¿Cómo te fue? —preguntó en el auto.

—Bien... El lunes sé si me admiten.

—Seguro lo aprobaste —Me encogí de hombros indiferente mirando hacia el exterior

—Ojalá.

Al llegar a casa subí directo a mi cuarto y me tumbé sobre la cama agotada.

—Te dejo dormir —Me dijo al tiempo que besaba mi cabeza.

—No —solté de pronto sentándome. Frunció el ceño sin comprender.

—¿Qué pasa, Kya? —sentí ganas de llorar al escuchar aquel diminutivo de mi nombre que solamente ella y él usaban.

—¿Puedes... recostarte aquí un poco? —sonrió asintiendo, se acercó y se acomodó tras mi espalda acariciándome el cabello.

—Te extrañé mucho, no me gusta verte así, mi amor —No le respondí, ya todo lo había dicho muchas veces. Poco a poco fui perdiéndome en mis pensamientos y el sueño al fin me venció. Desperté pasando mediodía. Mi madre ya no estaba ahí. Bajé a la cocina y vi una nota en la barra. Era su letra: «Mi amor, tuve que ir a hacer las compras de la semana, no tardo. Te ama... mamá».

Tomé una manzana y me subí de nuevo. Al día siguiente tenía examen de literatura y de matemáticas. Las lágrimas volvieron a amenazar con salir al recordar como él me ayudaba en esa materia. Inmersa en el repaso de las materias, escuché un auto, supuse que mi madre llegaba. El timbre sonó, enseguida supuse que necesitaba mi ayuda. Al abrir me quedé helada: era él. No supe qué hacer, solo lo podía ver, lucía bastante mal.

—Regresaste —asentí sin quitarle los ojos de encima—. ¿Puedo entrar?

—Liam... ¿Qué quieres? —No deseaba sonar así, pero sentía pavor de que su madre supiera que estaba ahí. Arrugó la frente, desconcertado.

—Rogarte, suplicarte si es necesario otra oportunidad —tragué saliva con

mucha dificultad. Dios, ¿cuándo pararía todo esto?

—No, por favor vete... deja de hacer esto —Le rogué fingiendo molestia. Me tomó por ambos brazos.

—Te amo, Kyana... Te amo... Dime qué hago para recuperarte... Haré lo que tú quieras, lo que tú me digas, estoy dispuesto a lo que sea pero no me dejes —Al escucharlo mis ojos se rasaron y una lágrima traicionera resbaló por mi mejilla.

—Dejarme... eso es lo que necesito... si me amas deja de buscarme... déjame ir, Liam, te lo suplico. Aunque ya no... puedo estar junto a ti, no me gusta verte haciendo esto... te lo suplico.

—No me pidas eso... eso no —Él también tenía húmedas las mejillas y los ojos rojos. Evidentemente estaba al límite.

—Es lo único, si de verdad me amas lo harás —Era mi última arma, ya no sabía qué más hacer para que dejara de lastimarse de esa forma. Bajó los brazos junto con la mirada negando.

—Sería mucho más fácil si supiera que no me amas, si te creyera... si no leyerá en tus ojos lo que aún sientes por mí.

—Liam... vete, vete por favor —veía hacia afuera preocupada, angustiada. Asintió dándose cuenta de mi reacción, por instinto giró para ver qué buscaba.

—Te daré el tiempo que necesites... así sean años... —acunó mi barbilla y me hizo ver su iris con atención—. Te esperaré toda la vida si es necesario... No bromeo, te doy mi palabra... Te dije que siempre encontraría la manera de regresar a ti y te juro por este amor que te tengo que será así —Se dio la media vuelta y se fue. Cerré la puerta y al verlo desaparecer en su camioneta, comencé a llorar nuevamente con la frente pegada a la madera.

El día siguiente no se acercó, me buscaba con la mirada, pero nada más. Los exámenes fueron algo tardados y cansados. En ciencias el profesor se dedicó a aclarar dudas. Atletismo duró unos minutos, la maestra dio las calificaciones y nos permitió retirarnos para que continuáramos estudiando.

Emma me habló por la tarde diciéndome que se juntarían en casa de Ray a estudiar para la prueba de la mañana siguiente, no me preguntó si quería ir, me informó que en quince minutos pasaba por mí. Le mandé un mensaje a mamá avisándole. De verdad nos dedicamos a estudiar hasta las nueve, hora a la que nos fuimos. El miércoles tenía inglés e historia.

Mamá me dijo que habló con papá, me aceptaron. No mostré ninguna emoción, no la sentía, al contrario, me dolió saber que todo estaba saliendo

justo como me lo había exigido aquella mujer.

El martes me desperté muy cansada, me había acostado de nuevo a dormir y me la pasé dando vueltas en la cama hasta la madrugada. Fui con mis amigos a la hora de siempre. Parecía que comenzaban a acostumbrarse a mi nueva manera de ser aunque de vez en cuando me miraban preocupados, cada vez menos. En matemáticas saqué excelencia, al igual que Lana y Max. En el receso fuimos a la cafetería y mientras yo los escuchaba hablar, me distraje garabateando monos en mi libreta. En literatura fue igual, «A». Liam, Kellan y Luck también aprobaron. Los miré sin poder evitarlo recordando cómo los ayudé. Los tres se percataron. Luck me sonrió tiernamente agradecido, Kellan desconcertado y preocupado y Liam completamente deshecho.

Me giré de inmediato, lo que me dijo el domingo en mi casa, aún retumbaba en mi cabeza ¿Cuánto tiempo le duraría la idea?, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que rompiera su promesa? Las respuestas a esas preguntas me atormentaban.

Ciencias fue bastante fácil, la prueba era en equipos así que no hubo mayor problema, además era una materia que dominaba. En el segundo receso comencé a estudiar inglés, eran un montón de reglas gramaticales y conceptos que tenía que memorizar, sin embargo, me sabía de memoria la mayoría. Después de historia Emma y yo estudiando juntas hasta tarde, era la única forma que lograban hacerme hablar y en la que me sentía yo.

El miércoles no varió mucho, los exámenes y la presión me ayudaban a dejar de lado el desastre que era mi cabeza aunque no lograba olvidarlo ni un segundo, era como si fuera un poco menos doloroso. Al terminar el examen de historia el profesor nos dejó salir, al llegar a mi auto vi una flor naranja en la manija. La quité con cuidado recordando aquel día que me dio la primera.

—Sabía que te gustaría —volteé al escucharlo. Solía sentirlo, sin embargo, al ver la flor fue como si él estuviera ahí. Se acercó a mí sin detenerse, lo miré asustada, intenté retroceder, choqué contra la puerta de mi auto.

—No, Liam —logré decir con un hilo de voz, no me hizo caso, rodeó mi cintura fuertemente, puso una mano en mi nuca y me acerco a él. Al sentir sus labios sobre los míos mi cuerpo reaccionó de inmediato. ¡Maldición! Dejé de sentir esa sensación de frío y la sangre comenzó a circular rápidamente por todo mi cuerpo. Sin saber cómo, terminé nuevamente rodeando su cuello con un brazo y con el otro aferrada a su playera, estaba completamente perdida en la inmensidad de su beso, lo había extrañado demasiado como para tener fuerzas y negarme. Me sentía mareada,

hipnotizada.

De pronto su móvil sonó y la realidad me golpeó como si de un boxeador se tratara. Intenté zafarme de él asustada, al darse cuenta me soltó.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté llorando y sintiendo cómo el miedo recorría todo mi cuerpo. Levantó una mano para tocarme, confuso con mi reacción.

—Kya...

—¡No! ¡No...! —grité sollozando y haciéndome a un lado. Su teléfono dejó de sonar, ni siquiera me di cuenta. Si su madre se enteraba, de nada habría valido todo. Puso sus dos manos en su cabeza frustrado.

—¡Ya deja este absurdo de una maldita vez! Dios... sé que me quieres, me deseas... No soy idiota ¿Por qué te pones así?... Parece que viste un fantasma —negué limpiándome los ojos con los dedos violentamente.

—¡Déjame en paz!... ¡No tienes idea de lo que provocas cada vez que te acercas a mí! Por favor —bramé chillando desesperada. Me observó desorientado con el rostro tenso, contraído.

—¿A qué te refieres? —quiso saber obstaculizándome la entrada a mi coche.

—A que... no puedo estar contigo, a eso y tú no lo entiendes —solté mirándolo a los ojos, estuve a punto de decirle todo—. No comprendes que ya se terminó, no lo quieres creer... Ya me cansé de decírtelo, ¿qué tengo que hacer para que me dejes en paz, para que dejes de perseguirme?

—Nada... —admitió impresionado por la manera en la que hablé. Me sentí miserable, arriesgué a mis padres por un beso otra vez... por un beso de él. Y por si fuera poco, lo seguía lastimando. Ahora estaba pálido y se hacía a un lado para dejarme abrir el auto—. Jamás creí que me dirías esto.

—Lo siento, Liam... yo tampoco —Las lágrimas seguían saliendo sin poder detenerlas—. Ojalá algún día lo puedas comprender —negó con la mirada en el piso.

—Nunca... nunca entenderé por qué me dejas amándome como lo haces... esa duda me acompañará siempre —abrí la puerta temblando. Me senté en el auto sin verlo y arranqué sintiendo que dejaba mi alma con él.

No supe cómo llegué a casa. Estaba cansada de llorar, de sufrir, pero todos los días sucedía algo que me hacía sentir peor. Subí a mi recámara sintiendo una impotencia enorme y una rabia que helaba mi cuerpo. Aventé sus fotos, tumbé todos los muñecos de peluche y los jalé hasta sacarles el relleno, deshojé algunos de mis libros favoritos gritando, maldiciendo. Jamás había

sentido más odio, más coraje, perdería la razón, ya estaba en el límite. Siempre pensé que era fuerte, sin embargo, en ese momento me daba cuenta de que no era así, mi mente estaba a punto de colapsar, bastaba ver mi reflejo en el espejo del baño. No supe cómo terminé ahí observándome, lo único que llamó mi atención es que no era yo. No había luz, felicidad, me veía varios años mayor, tenía unas profundas ojeras y unas delgadas rayas rojas bajo mis ojos. Coloqué mis manos sobre mi imagen en aquel vidrio intentando tapanla y el llanto volvió. ¿Cómo fue que llegué a ese punto?, ¿cómo fue que se lo permití?

Acabé acurrucada en mi cama, en medio de aquel desorden, con su sudadera en la mano muy cerca de mi nariz. Me sentía exhausta y entumida. Dormí lo que quedó de la tarde, olvidándome de la cena y de todo. Necesitaba dejar de sentir, dejar de pensar. Mi madre me ayudó a ponerme el pijama y me cubrió con la sábana. Al día siguiente desperté igual de ansiosa, pero menos cansada, dormí muchas horas. Mi recámara estaba en orden. La observé confusa recordando que deshice todo lo que pude. Había una bolsa negra en una esquina, nada más. Me acerqué a ella y la abrí, todo estaba dentro, saqué un porta retrato roto, quité la foto; era de aquel viaje a Georgetown. La acerqué a mi pecho y ahí la sostuve varios minutos. La coloqué en la mesa de noche cuidadosamente junto a su sudadera. Hice la cama sintiéndome culpable porque ella hubiera visto lo que hice y además lo hubiera recogido. Cuando estuve lista bajé, mamá leía el periódico con una taza de café en la mano. En cuanto me tuvo cerca alzó la vista sonriendo.

—Buenos días, mi amor —pensé que estaría desconcertada, molesta, no sonriendo y tranquila.

—Siento... lo de ayer... Gracias por levantarlo —bajó el periódico y me observó.

—Esa es la primera actitud humana que te veo en días, Kyana, aún no sé qué sucede, pero prefiero que expreses lo que sientes a que te lo guardes como últimamente has hecho —asentí comprendiendo—. Ahora desayuna... no te irás con el estómago vacío, dormiste más de quince horas.

Me senté obedeciendo, embarré al pan un poco de mantequilla, me lo llevé a la boca dándome igual el sabor. Sorbí un poco de leche pensando en lo que me acababa de decir, no se había ido el frío de mi cuerpo, ni el nudo en la garganta y mucho menos el vacío gigante de mi pecho, sin embargo, me sentía un poco mejor después de haber sacado un poco de mi coraje, de mi rabia. En cuanto terminé me fui.

El día transcurrió tranquilo, pasé inglés e historia, por fin había terminado. Ya todo estaba a punto de acabar. Y aunque no me sentía mejor por eso, por lo menos sabía que no me torturaría más la idea de verlo a diario. Emma y yo salimos de historia al mismo tiempo. Ella estaba feliz por su calificación y me contaba todos sus planes para el verano, la escuché atenta sin contestarle. Al llegar a la puerta principal de la escuela me percaté de que todos se encontraban afuera, algunos salieron temprano debido a los exámenes y otros apenas acababan de terminar. Vi a Liam y a sus amigos a unos metros, tendrían los últimos entrenamientos en unos minutos, conocía muy bien su horario. Sentí su mirada sobre mí en cuanto salí. Intenté ignorarlo y caminé a donde estaban los demás. Estaban organizando una salida para ese día, deseaban festejar que el curso llegó a su final. Los escuché durante varios minutos. De pronto vi que Liam, Kellan y Luck se acercaban alejándose de sus amigos. Enseguida me puse nerviosa y me salí del círculo caminando hacia el estacionamiento sin decirle nada a nadie.

De repente un brazo me sujetó por la cintura con una familiaridad que me dejó perpleja, elevé la vista sin poder reaccionar, era un hombre de veintitantos años, jamás lo había visto, asombrosamente guapo, ancho, como los del equipo americano, lo tenía demasiado cerca de mi rostro, iba a zafarme por reflejo cuando tomó mi nuca como si estuviera acostumbrado a hacerlo y me dio un asqueroso beso en la boca con sabor a cigarro y alcohol, me quedé atónita, pasmada. Unos segundos después se separó de mí sonriendo y sentí su aliento en mi oído, no podía moverme.

—Esto, preciosa, es un regalito de tu suegra y no te atrevas a hacer un escándalo ya sabes lo que puede suceder, sígueme la corriente —ordenó con firmeza. Al escucharlo las náuseas se hicieron presentes. Un jalón más fuerte me separó de él, era Liam y tenía el rostro desfigurado.

—¿¿Qué mierdas significa todo esto, Kyana?! ¿¿Quién diablos es él?! —Me paralicé. Giré mi rostro hacia el chico, parecía muy tranquilo, pero dispuesto a defenderme como si le perteneciera. No lo podía creer.

—Dile, preciosa, dile lo que hay entre nosotros, creo que ya es hora de que lo sepa y deje de insistir, dile que deje esto de una vez porque ahora estás conmigo —abrí los ojos sintiendo dolor donde Liam me estaba apretando y unas ganas de vomitar inmensas.

—Liam... por favor... me estás lastimando —logré decir sin devolver el estómago. Me miró con odio y profunda decepción. Me zangoloteó pegándome mucho a su rostro.

—Suéltala, junior, no lo repetiré. Perdiste, compréndelo de una jodida vez y deja a mi novia en paz —anunció aquella asquerosa voz detrás de mí. Liam ni siquiera lo miró, parecía que no lo había escuchado, sus ojos estaban peligrosamente clavados en los míos.

—¿Es eso lo único que se te ocurre decir?! Me mentiste, Kyana... te creí... era por él. ¿No es cierto?, ¿por qué no me lo dijiste?, ¿por qué permitiste que me humillara de esta forma?

—Liam, suéltala —rogó Kellan detrás de él mirándome repulsivamente. Todos presenciaron la espantosa escena. Él chico continuó ahí fingiendo indignación, me tomó por la cintura con su desagradable mano observando amenazante a mi exnovio. Las piernas me temblaban, mi cabeza daba vueltas y un sudor frío recorrió mi columna. Perdería el conocimiento.

—No te metas —ordenó Liam sin ver a su amigo, ni soltarme. Zafó la mano del chico de mi cuerpo temblando de rabia y me tomó por ambos brazos prácticamente poniéndome de puntillas frente a su rostro—. Te desconozco... De ahora en adelante me dedicaré a mandarte al diablo eso te lo juro. Me mentiste, ¿cómo no lo vi?, soy un maldito imbécil, estaba ciego, eres una...

—¡No lo digas! —bramó Robert intentando con fuerza que me soltara. Mientras el que, supuestamente era mi novio, fingió querer luchar por mí pero un par de chicos del equipo lo detuvieron.

—Liam, por favor... escúchame... no es lo que tú crees... por favor... —chillaba rogándole, una cosa era terminar con él y otra muy diferente que se quedara pensando eso de mí, pero la amenaza fue muy clara. Me soltó dejándome tambaleando por lo que Robert de inmediato me sujetó.

—Jamás debí fijarme en ti, no lo quise entender... Te debiste reír tanto de mí... Soy un imbécil... Pero tú... tú me engatusaste, Kyana, eres despreciable... una mentirosa.

—¡Basta! —Le exigí gritando, consciente de las miradas reprobatorias puestas en mí, incluso de mis amigos—. ¡Basta!... ¡Cállate de una maldita vez! No me importa lo que creas, ya nada me importa... De todas formas ya nada tiene sentido —Al escucharme cruzó por su mirada una duda, enseguida la escondió observándome con odio, con celos enardecidos. El chico asqueroso seguía muy cerca de nosotros fingiendo indignación por la actitud de mi exnovio, definitivamente debía ser un actor, porque el papel le salía a la perfección.

—Eres asombrosa, cobarde, mira que haber logrado que yo cayera con alguien... como «tu» —Su cinismo me enfermó, me llenó de rabia y dolor,

era como escuchar al Liam del que tanto me habló, sabía que lo decía desde su dolor y enojo, desde su rencor aun así, sus palabras me lastimaron profundamente.

Me acerqué a él apretando los dientes infestada de odio, ya no era posible que sintiera en mi pecho nada más.

—Jamás te mentí, nunca y es una lástima que las cosas terminaran así... Pero ¿sabes? No me interesa, jamás debí conocerte, jamás debí haber venido aquí... Jamás, Liam, porque aunque fui muy feliz, nada es comparado con este infierno... Piensa lo que quieras... No tiene caso intentar que cambies de opinión... Solo espero que nunca comprendas mis razones. Y sí, él está conmigo... —señalé aquel despreciable joven que lo miró retador—, así que ya lo sabes, déjame de una maldita vez en paz —salí de ahí haciendo a un lado a la gente. Necesitaba aire, sentí que me desmayaría, mi estómago estaba absolutamente revuelto y el sudor cada vez era más intenso. Intenté abrir el coche, una mano cariñosa me lo impidió, alcé la mirada y vi a Robert. Me abrazó rodeando el auto y subiéndome con delicadeza. Manejó a toda velocidad hasta mi casa.

La cabeza seguía dándome vueltas, me sentía laxa. En cuanto llegamos me bajé y sin poder alcanzar el interior devolví todo lo que había en mi interior sobre el césped. Me quedé tumbada sintiendo que venía la siguiente convulsión, Robert se colocó detrás de mí sujetándome el cabello.

—Kyana... —Tres veces más lo hice. Al final ya no tenía fuerzas, Robert abrió la puerta y me ayudó a entrar—. Estás helada —Cuando pretendía arrastrarme hasta mi habitación escuché el rugir de autos. ¡No!, no otra vez.

—¡Liam!, ¡Liam! —Era Kellan, giré en redondo, la puerta aún no estaba cerrada. Apreté las manos en dos puños. Me erguí como pude zafándome de Robert. Esto se terminaría de una maldita vez, no le daría ninguna opción, nada. Lo vi acercarse con templanza. Mi amigo bufó molesto poniéndose en guardia. Max lo acompañaba. Liam estaba demasiado alterado. Caminé como pude hasta el marco sintiendo que tomaba las fuerzas que mi cuerpo tenía de reserva. Si esta vez no era la definitiva, ya no tenía idea de qué sería de mí.

—¿Tu maldito perro no vino a defenderte? —rugió encarándome furioso. Los demás se detuvieron varios metros detrás de él, era evidente que no se irían y en el fondo se los agradecía. No lo reconocía.

—No ha de tardar —solté dejando perplejo a Robert que de inmediato se tensó a mi lado.

—Lo dudo... —expresó socarronamente—. Pero quiero saber ahora mismo

desde cuándo, ¡¿Desde cuándo, Kyana, me ves la cara de imbécil?! —lo tenía a unos centímetros de mi rostro. Apretaba los dientes, su respiración era asombrosamente agitada y su calidez la podía sentir sin problema. No flaquearía, aunque muriera por hacerlo, no podía. Cerré mis puños con mayor fuerza.

—Tú te lo buscaste, no quieres entender que se acabó, que... no... te amo —Le restregué con furia, rogando porque se marchara de una vez.

—¿Y después de verte con otro crees que yo puedo sentir algo por ti? Me das asco, repulsión —deseaba odiarme, lo veía en su mirada, en su lenguaje corporal.

—Entonces ¿qué haces aquí? ¡Vete de una maldita vez! Déjame seguir con mi vida... ¡Deja de insistir! —exigí con decisión. Ya no podía más, simplemente ya no podía. Me estudió de arriba a abajo de forma despectiva.

—Te olvidaré, eso te lo juro.

—¿Qué esperas? Comienza ¡Ya! —Le grité con lágrimas en el rostro. Las suyas no tardaron en llegar. De nuevo me sujetó de ambos brazos con fuerza, se agachó y pegó su frente a la mía. Dejé de respirar, mi corazón también detuvo su marcha. De inmediato todos se alertaron.

—Hubiera deseado jamás conocerte —susurró casi sobre mi boca. De pronto sus labios rosaron los míos un segundo y se separó—. Adiós, Kyana, y gracias por enseñarme que la felicidad es una absoluta y total mentira —dio media vuelta y se alejó sin girar ni una vez. Se subió a su camioneta y se fue asombrosamente rápido, pero sin formar un escándalo. El silencio se apoderó de mi jardín. Nadie se atrevió a mirarme a los ojos, un segundo después ambos se subieron al auto en el que llegaron y salieron tras él. Lo agradecí, Liam podía hacer una locura, lo leí en sus ojos grises; le partí el alma, lo dejé tan seco como yo me sentía.

Robert cerró la puerta lentamente, me aferré a su brazo sintiendo que las fuerzas me abandonaban, que el cuerpo me pesaba.

—Kyana —fue lo último que escuché.

Al abrir los ojos, unas desagradables nauseas hicieron que me incorporara de golpe.

—El... baño —logré decir. Mi amigo me llevó hasta allí, me abracé a la taza y esperé... Ya no tenía más dentro de mí, solo ácido que quemaba mi esófago con cada intento, sin embargo, seguía sintiendo el reflujo. Alcé la vista y vi que Robert estaba ahí, parado junto a mí, bastante pálido—. Voy a estar bien... —intenté sonreír para calmarlo, enseguida vino otra arcada.

—Kyana, llamé a Irina... —negué asustada, intentando ponerme de pie. Se acercó de inmediato a mí ayudándome sin problema para llegar a la cama. Me recargué sobre las almohadas que él apiló y me perdí en la ventana.

—No debiste hacerlo.

—¿Quién era ese chico? —ignoró lo que le acababa de decir. Enseguida supe a quién se refería.

—Lo mando la madre de Liam —le dio un fuerte golpe al colchón. A Robert todo esto ya lo tenía fuera de sí también. Me arrepentí en ese momento de hacerlo partícipe de toda esa abominación. No sería fácil para él guardar un secreto de ese tamaño.

—¡Esto es increíble, Kyana!

—Ya no me importa, Robert... ya lo había perdido de todas formas y... a lo mejor así ya no insista, porque cada vez que lo hace rompe algo en mi interior y ya no lo soporto. Creo que es lo que le faltaba para dejar todo esto de una vez —sentía el cuerpo laxo, lánguido, no tenía mucha fuerza. Se levantó y comenzó a dar vueltas por mi recámara lleno de rabia, de impotencia.

—¡Pero lo hizo frente a todos! ¡Esa maldita vieja quería que todos pensaran lo peor de ti!... ¿No entiendes?... Esa era la idea —intenté respirar hondo para controlar las náuseas que volvían.

—Qué más da... nunca regresaré —Se acercó a mí frustrado con sus ojos claros ya húmedos.

—Kyana, no puedes hablar así... no puedes... Claro que importa, destruyó tu vida, tu reputación.

—¿Y qué hago, Robert?... Es verdad lo que le dije a... él, jamás debí haber venido aquí, nunca —cerró los ojos poniendo sus labios calientes sobre mi frente.

—Odio lo que te hicieron... Odio verte así, odio ser un inútil espectador y no poder sacarte de este infierno —expresó con el rostro humedecido, lloraba.

—No digas eso... Gracias, gracias por siempre estar ahí... Sin ti no sé qué hubiera sido de mí, Robert, te quiero —torció la boca observándome con infinita tristeza.

—Yo también y sé que algún día, Kyana... —negué sintiendo que otra vez el reflujo de vomito retornaba, corrí hacia el baño y... lo mismo. Bilis. Me tambaleé hasta mi habitación como pude. Me senté en la cama y aferré su mano.

—Robert... Escucha muy bien; nunca... jamás dirás nada de esto... No solo me arriesgas a mí y a mi familia, sino también a ti... Por favor... No podría vivir con eso, esto pasará, ya verás —recostó mi cuerpo tembloroso sobre las cobijas asintiendo derrotado.

—Lo sé... —De nuevo más lágrimas salieron de sus ojos— Y cargaré con esto siempre —intenté consolarlo, no pude, tenía escalofríos y sudaba sin cesar. No me sentía nada bien.

Mamá llegó justo en ese momento. Subió las escaleras alterada. En cuanto me vio su expresión se deformó. Corrió hacia mí.

—Dios, hija... ¿Qué tienes?

—Ha estado devolviendo el estómago, Irina, y está así: ceniza, con la boca blanca desde que te hablé —Mi madre no dejaba de mirarme quitándome el cabello del rostro que se adhería por lo mismo.

—Llamaré al médico —salió de mi habitación mientras yo seguía sin fuerzas, quería que se tranquilizara, que no se preocupara, pero ya no podía hablar y cada vez que se venía a mi mente la escena de hacía unas horas, mi estómago se convulsionaba violentamente. Regresó unos segundos después —. ¿Qué sucedió? —Le preguntó a Robert muy seria.

—No lo sé, probablemente algo que comió, Irina —mintió intranquilo, ella se sentó a mi lado.

—Kyana... mi amor... —busqué acercarme a ella, se dio cuenta y me rodeó con sus brazos. Me quedé dormida enseguida.

No supe qué hora era cuando me despertaron, el doctor ya estaba ahí, me costaba mucho trabajo mantener los párpados abiertos. Me examinó tomándome el pulso y la temperatura. Después de varias preguntas sobre mi alimentación, mi estado de ánimo y mi conducta últimamente. Miró a mi madre.

—Estará bien... es solo una infección, probablemente producida por sus malos hábitos. Con medicina y reposo estará como nueva. Las chicas a su edad, las estresa sobre manera los últimos días del curso debido a los exámenes, las fiestas. No se preocupe.

No supe más de mí después de escuchar su diagnóstico que yo sabía, era errado. Por la noche desperté sintiéndome aún mareada y nauseabunda. Mi madre se encontraba en mi cama. Me sujetó con seguridad y me acomodó nuevamente para que volviera a dormir. Acarició mi cabello hasta que de nuevo me perdí.

Al día siguiente, el sol sobre mi rostro me despertó. Me quedé

observándolo, ya debía ser tarde, era el último día de escuela y no había ido.

—¿Cómo te sientes? —giré hacia la puerta, mamá aún no se había ido a trabajar.

—Mejor... —Mi voz sonaba rasposa, me dolía hablar. Se acercó a mí y se sentó a mi lado, parecía no haber dormido nada.

—Kyana... Sé que estas así por todo lo que ha ocurrido estos días... sin embargo, debes pensar en ti, mi amor —mordí mi labio agachando la mirada.

—Sí, mamá, te lo prometo, voy a estar bien.

—¿Qué sucedió ayer? —preguntó intuyendo que pasó algo.

—Liam y yo discutimos muy fuerte, ya no importa.

—No sabes cómo desearía poder entenderte, aconsejarte, pero desde que llegamos aquí siento que contigo me pierdo de algo y ahora más... ¿Sabes?, siento que intentas protegerme de la verdad —dirigí de nuevo la atención hacia la ventana.

—Mamá, voy a estar bien, te lo juro, es una infección, pasará.

—¿Cuándo, Kyana? ¿Cuándo pasará exactamente?

—Cuando me vaya... —acepté en un susurro apenas si audible. No hablé durante varios minutos, sentía sus ojos sobre mí. No quería mentirle, era la verdad, necesitaba irme. Suspiró fuertemente.

—De acuerdo... si para que estés bien debo dejarte ir, lo haré... pero júrame que saldrás adelante... Júramelo —tomó mi barbilla con presión e hizo que la viera.

—Te lo juro —admití serena, era lo único que quería, necesitaba hacerlo de una maldita vez. Cerró los ojos llenando sus pulmones de aire, parecía que de verdad lo necesitaba.

—Hablaré con tu padre, le diré que mañana llegamos —Las lágrimas regresaron a mis ojos como últimamente lo hacían negando.

—No tienes que ir tú también, papá se ocupará de todo —refuté sin convicción. Besó mi frente para luego abrazarme.

—Hija, no quiero dejarte sola así, como estás.

—Estoy bien, mamá, te lo juro. No te preocupes más por mí, la distancia es lo único que necesito. No estaba convencida—. Por favor, él me sabrá cuidar, estaré bien, necesito dejar todo esto atrás... Verás que en cuanto llegue me siento distinta.

—De acuerdo, pero si Leonardo me dice que te ve mal iré personalmente, Kyana.

—No sucederá... —susurré sintiéndome tan seca como los árboles en plena

nevada. El resto de la mañana me la pasé en cama, no tenía ánimos, ni fuerzas para levantarme, al día siguiente me iría y todo terminaría... todo.

Robert pasó a mi casa después de clases. Mi madre lo dejó subir, no sin antes hacerle miles de preguntas que él logró esquivar con mucho esfuerzo y en cuanto me vio, me abrazó.

—¿Qué te vas mañana?

—Sí... es lo mejor —asintió separándose de mí.

—Te voy a extrañar tanto, Kyana.

—Yo también, pero mantendremos contacto por correo y por teléfono, ya lo verás.

—Eso espero, si no juro que te perseguiré para que así sea —sonrió con tristeza observándome—. ¿Sabes?... Hoy todo fue muy extraño en la escuela... Los chicos casi no hablaban. Liam... esto no te va a gustar, pero... creo que mandó al hospital a aquel chico, dicen que estaba incontenible, entre varios se lo tuvieron que quitar de encima, dicen que parecía un loco. Supongo que después de eso vino aquí —escuchar su nombre era como si me clavaran cada vez más hondo un puñal, pero además, saber lo que hizo me acabó de romper el alma. No tenía ni idea de lo que él estaba sintiendo, no podía ser mejor de lo que yo en ese momento—. Bueno él, está muy mal, es la sombra de sí, de hecho se fue temprano solo presentó el examen que tenía pendiente. Mientras estuvo ahí, Kellan, Luck, Max y Ray no lo dejaron solo. Qué raro ¿no?... Las cosas cambiaron tanto... Emma y Annie preguntaron por ti... se quedaron muy preocupadas, de hecho ayer marcaron varias veces, Irina les dijo que no estabas muy bien. Ambas no comprenden lo de ayer, insisten en que hay algo extraño... te quieren... te conocen. Querían venir pero les dije que yo lo haría para evaluar las cosas.

—Es mejor así.

—Te ves repuesta... —señaló acariciando mi mejilla.

—Me siento mejor... No te preocupes, Robert, en serio estaré bien... Solo quiero pedirte algo más y te juro que será lo último.

—Lo que quieras.

—No lo vuelvas a mencionar, me duele escuchar siquiera su nombre. Y probablemente será mejor que termine también mi relación con todo lo que aquí me vincula —frunció el ceño al escuchar lo último.

—No comprendo...

—Este tiene que ser mi pasado, tengo que empezar de nuevo... Al único que voy a llevarme es a ti... a nadie más... De por sí va a ser muy doloroso,

si veo sus mails, si me hablan... No lo superaré nunca, además él los necesita, después de todo fueron antes sus amigos que míos —asintió triste.

—Te entiendo y te prometo que así será; ellos no sabrán nada de ti, ni tú de ellos, no por mí.

Se fue más tarde despidiéndose de mí, sabíamos que pasaría mucho tiempo antes de que volviéramos a vernos. Mi madre me ayudó a organizar mi equipaje, abrazándome cada dos por tres. Para las once de la noche, ya todo estaba listo. Saldría por la mañana del día siguiente.

—¿Segura que es todo lo que piensas llevarte?

—Sí... no necesito más...

—De acuerdo —cerró uno de los velices y bajó.

—Mamá... —la llamé evitando que subiera de nuevo las escaleras—. Te amo y... discúlpame por todos estos días... por mi comportamiento, no quería asustarte, no quiero que te preocupes. Eres lo más importante para mí... Te lo juro, eso jamás será de otra forma —Se acercó a mí al escucharme y me abrazó.

—Mi niña, te amo tanto, espero que esta sea una buena decisión, ruego por algún día comprender por qué te haces esto... Mientras tanto, recuerda siempre que esta es tu casa, que a pesar de estos días tan... extraños, estoy orgullosa de ti, eres mi tesoro... lo que más me importa, lo que más amo... Lucha por salir adelante... te lo suplico.

—Lo haré... lo prometo. —Esa noche no dormí. Me senté a los pies de mi cama perdiéndome en el exterior. Intenté memorizar cada cosa que mis ojos eran capaces de captar, necesitaba que nunca se me olvidara, necesitaba grabarlo en mis recuerdos. Ralph nos acompañó al aeropuerto. Después de documentar llegó el doloroso momento de despedirme.

—Cuídala... te lo suplico... es lo más importante que tengo —me besó en la frente asintiendo.

—Lo haré, te lo juro. Mucha suerte —me perdí en los brazos de mi madre como cuando tenía tres años y le decía una y otra vez que la amaba y que la adoraba, asombrosamente, nada había cambiado en quince años.

—Te amo, nunca lo dudes, gracias por todo, gracias por esta vida, mamá... —el llanto no la dejó hablar y solo me besaba una y otra vez ansiosa, desolada.

—Eres mi vida, Kya, eres lo mejor que he hecho en el mundo —sollocé sobre su hombro.

—Por favor... nunca le digas dónde encontrarme —su delgado cuerpo se

tensó de inmediato, antes de que hiciera sus conjeturas la detuve susurrando en su oído—. No quiero que sufra más, no lo merece, es mejor así —asintió llorando nuevamente. Me alejé con mucho esfuerzo y entré por aquellas puertas que representaban algo que no deseaba, algo que me hería, no obstante, las crucé decidida. Ahí terminaba todo. La humedad en mis mejillas no logró desaparecer aún arriba del avión. Mi vida se quedaba ahí, mis sueños, mis ilusiones, mi corazón y... mi felicidad.

CONSTRUYENDO SOBRE FANGO

En Monterrey me recibieron cálidamente. Mi hermana estaba feliz de tenerme cerca y su presencia me ayudaba. Era cariñosa conmigo y muy prudente. Esas vacaciones mi padre se dedicó a enseñarme la ciudad junto con Miriam y Carla. Equiparon mi habitación con todo lo que podría llegar a necesitar. Aun así, yo permanecía igual: inmutable, impasible. Papá se daba cuenta de que hacía un gran esfuerzo por integrarme y levantarme cada día. Hablaba casi a diario con mamá, me contaba solo lo que tuviera que ver con su vida. Así lo hizo a partir de esos meses, como intuyendo que me dolería saber más.

Entré en agosto a «Diseño gráfico y Publicidad». Todo en mí había cambiado. Ya no era ni por asomo la de hacía unos meses, ya nada en mí era igual. No reía con facilidad, ni hablaba de más y la verdad era que socializaba muy poco. Robert me escribía a menudo por *mail* o mensajería instantánea, pues solo él y mi madre tenían mi nuevo número. No tocaba el tema de mi partida, solo me hablaba sobre sus cosas y acerca de su escuela, yo hacía lo mismo.

Raúl y Jane tampoco sabían mis verdaderas razones, sin embargo, coincidían en que no era la que solía; además de ellos, no sabía nada de nadie más. Generé nuevas cuentas para todo y eliminé las anteriores, ni siquiera me llevé el móvil, lo dejé en casa el día que partí, junto con todos mis recuerdos, junto con todos mis sueños.

Los meses pasaron lentos, demasiado en realidad, el vacío seguía presente en mi pecho, pero con el tiempo se fue haciendo parte de mí, ya no me molestaba sentirlo cada día. Por las noches a veces despertaba llorando y empapada en sudor, era imposible conciliar el sueño después de eso, así que bajaba silenciosamente hasta la sala, me sentaba en uno de los sillones que daban a un bello jardín, subía mis rodillas, recargaba mi cabeza en ellas, dejándome llevar; solo así encontraba la paz, el sosiego.

La Navidad llegó y mi madre viajó para allá. Esas vacaciones me las pasé en casa de los abuelos junto a ella. Las cosas con Ralph iban muy en serio.

Tenían planes de comenzar a vivir juntos. Me dio gusto por ella, por lo menos una de las dos era feliz y el verla así, lograba hacerme sentir que valió la pena lo que hice. En varias ocasiones me di cuenta de que me observaba muy triste, sin embargo, no me decía nada. Al parecer comenzaba a entender que cambié, que lo que ocurrió me marcó y que jamás volvería a ser la misma. Incluso, por esas fechas a petición de mamá, tuve que entrar a terapia, a los meses me dieron de alta, no veían mucho qué trabajar conmigo, pues como era obvio, no mencioné la verdad de lo que ocurría y por lo mismo la psicóloga no me pudo ayudar.

Ya llevaba más de un año en Monterrey. No salía mucho, a menos que fuera para trabajar o porque alguno de mis compañeros, que todavía no podía catalogar como mis amigos, me insistía que asistiera a algún lugar. Ignoré a todo aquel que se acercara con una doble intención. Conocí a muchas personas de mi edad, no obstante, con nadie intimaba demasiado, no me interesaba nada, salvo la escuela, y como el dibujo y creatividad no eran mi fuerte, me absorbía toda la energía.

En noviembre mi madre anunció que se casaría en las vacaciones de invierno para que yo pudiera ir. La noticia me tomó por sorpresa y me llenó de ansiedad nuevamente. No dormí por noches y de nuevo el apetito desapareció. Me sentía como en aquellos días y los ataques de pánico retornaron.

—Mamá... por favor... No puedo ir...

—Kyana... es muy importante para mí, te lo suplico... tu lugar está a mi lado, es muy especial para mí, ¿cómo haré esto sin ti? —lloré sin poder contenerme. Para mí no había pasado el tiempo, seguía igual que cuando me fui. La distancia no ayudó en lo absoluto. Me sentía exiliada. No olvidaba cada detalle, cada momento, todo permanecía muy fresco en mi mente. Su recuerdo me perseguía todo el tiempo, no pasaba un segundo en el que no lo tuviera presente. Aún lo amaba, no lograría olvidarlo nunca. Pero, por otro lado, el pavor y pánico a aquella mujer seguía asombrosamente vivo en mi interior. Incluso, en más de una ocasión a lo largo de ese tiempo, ya me habían llegado correos recordándome «el trato» y después de ser leídos, como por arte de magia, desaparecían sin dejar un solo rastro—. Hagamos algo, ven solo ese día, llega por la mañana y te vas por la noche, te necesito junto a mí, hija... —ella estaba realizando un sueño y era lógico que me quisiera a su lado para sentirse completamente feliz. No podía ir, arriesgaba demasiado si lo hacía. Sabía que mi madre jamás me lo perdonaría, sin

embargo, no tenía otra opción, todo se podría venir abajo por eso.

—Lo siento, mamá... no iré —zanjé decidida y con una nueva herida en mi pecho. La escuché sollozar del otro lado de la línea. Moría por verla sonreír al decirle el «sí» a Ralph, era mi madre y eso también me lo arrebató aquella mujer. Mi padre buscó convencerme con miles de maneras, no hubo forma que cambiara de opinión; esas vacaciones fueron aún más horrendas que las anteriores. Prácticamente no salí de mi habitación, me sentía la peor de las hijas sin poder evitarlo, aunque sabía que no tenía la culpa.

El tiempo siguió su curso, ya pasaba sin darme cuenta. Estaba por terminar la carrera y aunque hice varias amistades, ninguna era tan fuerte como las que tuve durante mi adolescencia. Continuaba en contacto con Raúl y Jane, conversábamos por horas e incluso fueron a visitarme algunas veces y yo otras. Seguían juntos, a pesar de haber roto varias veces ya y al parecer así seguiría siendo por mucho tiempo más. Me alegraba verlos tan bien, pero algo dentro de mí los envidiaba, era justo lo que yo pensaba que iba vivir junto a él. Y aunque ya reía y hablaba como cualquier otra persona normal, siempre me acompañaba esa sensación de dolor y pérdida.

Con el paso de los años me torné fuerte, aprendí a guardar mis emociones solamente para mí, mientras estaba acompañada hablaba, sonreía, seguía una conversación e incluso bromeaba, pero cuando me encontraba sola, todo se me venía encima y aunque ya me había cansado de tanto llorar, acercaba aquella foto donde él me besaba el cabello en el centro de aquel pueblo y el hueco dentro de mí sangraba. Estábamos muy enamorados, podía sentirlo, olerlo, él seguía siendo algo muy real en mi vida, a pesar de no haberlo visto ni saber nada de ese chico que me robó el corazón en tan solo meses.

Mi madre viajaba continuamente, sola o con su marido. Siempre fui consciente de que no me perdonó lo de aquel día, aun así, jamás me lo reclamó, aunque nuestra relación con el tiempo se fue haciendo distante, lejana y fría. Otro dolor sin remedio.

Con Carla me llevaba maravillosamente, me quería mucho y yo a ella. Durante todo ese tiempo fue una gran compañera, parecía un torbellino y lograba siempre distraerme. Platicaba horas conmigo sobre sus cosas y yo la escuchaba atenta. Siempre supo que algo me ocurrió, pero al igual que mi padre y Miriam, no decía, ni me preguntaba nada. Me trataban como si fuera una hija más, no me hacía falta nada.

Me frustraba mucho saber que tenía una vida envidiable; a mí alrededor todo era bueno, no podía quejarme de nada. Pero por mucho que trataba de

encontrar de nuevo la capacidad para ser feliz con lo que tenía, no podía. Eso me deprimía un poco, aún extrañaba a mamá, a mis amigos, la playa, lo que yo solía ser y sobre todo... a él. Pasaba el tiempo y no lo olvidaba. Al principio, luché contra el sentimiento, por arrancármelo a como diera lugar, con el tiempo dejé de hacerlo, él era parte de mí y parecía que no se marcharía pronto, ni de mi cabeza, ni de mi cuerpo.

Mi odio por aquella mujer crecía cada día. Su voz todavía me perseguía por la noches, el temor de que si volvía le ocurriera algo a los que más amaba me ponía intranquila y aún continuaba. Aquellos mails, más esporádicamente. Mi miedo hacia ella era ya de enormes proporciones. Por lo mismo, cuando podía fantaseaba con miles de maneras de terminar yo misma con esa asquerosa expresión de su rostro.

Cuatro años pasaron desde que desaparecí de Myrtle Beach, en agosto cumpliría veintitrés y muy a pesar de todo, la vida continuaba, «mi» vida continuaba.

Mi padre y su esposa no tenían una queja sobre mi conducta, era la hija ideal. Así que podían dedicarse a estar tras de Carla que sí les daba varios dolores de cabeza, no es que fuera rebelde, pero hacía cosas propias de la edad.

Terminé la carrera con excelencia y ¿cómo no?, si era casi lo único a lo que le dedicaba todo mi tiempo. Cuando por fin salí de clases, mi padre me insistió mucho para que viajara, que conociera otros lugares. La manera tan sutil en la que me encerré no pasó nunca desapercibida para él y continuamente, al igual que mi madre, intentaban sacarme de mi capullo y esa era otra de sus estrategias. Me negué varias veces, al final cedí.

Me fui casi un año a Europa. Hice un par de diplomados en Londres. Conocí lugares increíbles... Francia, Italia, Bélgica, Irlanda, España, Suiza y obviamente Inglaterra.

Intenté disfrutarlo y aprender todo lo que pude, pero en esa soledad me encontraba muchas veces pensando más en él. Lo amaba, lo seguía adorando con la misma intensidad de siempre. Recordaba una y otra vez el último día que nos vimos, lo violento que fue, las palabras que me dijo. Lo justificaba, yo hubiera reaccionado igual, él no tenía forma de saber lo que realmente sucedía, probablemente jamás lo sabría.

Conforme los años avanzaban, yo me sentía cada vez más seca por dentro en ese sentido de mi vida; no existía nada dentro de mí para dar, todo se lo regalé a él y de una forma muy intensa. Constantemente me preguntaba si ella

seguiría mi rastro muy de cerca, si sabía dónde estaba y qué hacía. Había logrado que viviera en una paranoia nada sana, no podía evitar tenerle miedo y esa era la razón por la que no agarraba mis cosas y corría de nuevo a Myrtle Beach a buscarlo y contarle toda la verdad al igual que a mamá.

Varias noches mientras trataba de conciliar el sueño, como ya era costumbre, evocaba sus ojos, sus manos, aquella mágica noche en la playa. Sabía que seguramente cambió, ya no sería el mismo, probablemente ya estuviera con alguien más y ni siquiera se acordara de mí... Pero no podía sacarlo de mis pensamientos, era como si fuera parte inherente a mí y me sentía incompleta todo el tiempo y desesperadamente impotente al ver transcurrir el tiempo.

Al regresar a México, busqué trabajo y lo conseguí enseguida. Era en una empresa de diseño, publicidad y marketing muy conocida en la república. Entré como diseñadora. Éramos muchos, computadora tras computadora en un edificio enorme y elegantemente moderno. Asignaban una cuenta por diseñador y teníamos que hacernos cargo de ella en cuanto a imagen. La verdad me gustaba mucho lo que hacía, me representaba un reto y mantenía mi cabeza muy ocupada la mayoría del tiempo.

Un año después de entrar ahí, me independicé. Renté un pequeño apartamento en una zona muy agradable. Tenía una sola recámara, la sala, la cocina y el comedor prácticamente estaban juntos. Contaba con una hermosa vista en donde los árboles resaltaban, eso fue lo que me convenció, mis noches de desesperación eran recurrentes y necesitaba un lugar así para poder perderme, era el último piso. Lo decoré con detalle, disfrutaba poder tener mi propio espacio y poder pasar tiempo sola, sin ser observada, cuestionada.

Seis años... seis años en los que no logré volver a respirar profundamente, en los que no se llenó ese vacío en mi pecho y en los que no pude volver a ser, del todo, yo. Su recuerdo seguía persiguiéndome, era enfermizo, sin embargo, no me importaba, siempre, desde el primer día junto a él, supe que lo amaría de esa forma y que jamás lo podría olvidar.

No permitía que se acercaran, no, si notaba tenían otras intenciones. Nadie cabía en mi alma y era lógico, existía un enorme inconveniente; ni siquiera la tenía yo. Hacía mucho tiempo se la concedí gustosa y no me interesaba recuperarla. ¿Para qué?

Parecía que estaba destinada a vivir así, sola y encadenada a su recuerdo. Ya ni siquiera me molestaba, era parte de mi manera de ser. Salía con mis amigos de la carrera y con los que hice en el trabajo. Disfrutaba mis logros.

Visitaba la casa de mi padre los domingos y a veces entre semana. Trabajaba mucho, llenaba todo mi tiempo con miles de ocupaciones, así que pensar en una relación me era imposible, no quería, nadie me hacía sentir nada, ni siquiera cercano a lo que él con tan solo una mirada.

Un año después de independizarme, ya me habían aumentado el sueldo tres veces. Ciertamente me dedicaba por completo a lo que hacía, era demasiado perfeccionista, defecto o virtud que nunca cambió. Ya tenía varias cuentas a mi cargo y gente a la que tenía ayudándome; mi trabajo era ahora lo más importante, era mi vida.

A Carla que ya tenía veinte años, le gustaba quedarse a dormir de vez en cuando conmigo. Hablábamos por horas, siempre tenía algo nuevo que contar y vivía con intensidad, como yo solía hacer. Ella ya había tenido varios novios, pero en realidad nunca se enamoró, era una chica sin complicaciones, tenía montones de amigos y yo ya conocía a varios. Al verla me daba cuenta de que si no lo hubiera conocido probablemente mi vida hubiera sido otra y sería feliz; sin embargo, con los años me di cuenta de que jamás iba a cambiar ni un solo momento de los que pasé a su lado por nada. Mi hermana solía querer saber sobre mi vida amorosa, le frustraba que en todo ese tiempo yo jamás hubiera estado con alguien.

—Eres muy bonita, Kyana, y muy inteligente... Lo tienes todo, es cuestión de que te abras... Sé que vas a encontrar a un hombre especial... —Ese era el problema, ese hombre especial ya lo conocía y no estaba junto a mí. Nunca hablé sobre ese capítulo de mi vida, ni con ella, ni con nadie, solo con Robert y durante todos esos años ambos lo evitamos, aún mantenía contacto con él; por lo que supe, se incorporó a la constructora de su padre y ahora trabajaba ahí, en Myrtle Beach. Annie y él se casarían pronto. Al reencontrarse descubrieron que sentían mucho más el uno por el otro de lo que estaban dispuestos a reconocer y desde ese momento no se separaron. Al escuchar de sus labios la noticia derramé varias lágrimas, yo evidentemente no asistiría, él lo entendía y se había mostrado triste por el hecho. Aún lo extrañaba, sobre todo a ese chico asombroso que fue el mayor deshago en aquellos días de infierno y mi mayor apoyo. Y tampoco podría compartir su hermoso momento de felicidad.

¿Cuánto ya me había perdido, cuanto más me perdería?

Era noviembre, ya tenía veintiséis años, los cumplí en agosto. Llevaba más de siete años de haber salido del *high school*. Increíble, ¿cierto?

Martes y la mañana estaba a tono conmigo: fría. Esa noche soñé con él más

nítidamente que en mucho tiempo, por lo que su imagen no me permitió concentrarme. Estaba muy ocupada explicando a uno de los diseñadores a mi cargo cómo tenía que desarrollar una idea.

—Kyana, te hablan, es de la dirección —miré confusa a Elena, ella también estaba a mi cargo, me caía muy bien. Tomé el teléfono nerviosa sin poder evitar morder mi labio, lo peor es que cada vez que lo hacía él acudía enseguida. Sacudí mi cabeza intentando concentrarme. Todos me observaban expectantes.

—Hola...

—¿Kyana Prados? —Era la voz de una secretaria.

—Sí —jamás se recibían en esa área llamadas de los directivos de la empresa. Ni siquiera los conocía. Yo fui contratada por el departamento de Recursos Humanos, tenía un jefe directo al cual le reportaba todo.

—El licenciado Urrutia quiere verla... ¿Puede subir? —Me sentí desconcertada aunque sabía que no podían tener ni una queja sobre mí y ese señor: Urrutia, era el encargado de imagen de toda la empresa. Jamás lo había visto o por lo menos nunca me fijé. Sin embargo, era evidente que se trataba de una orden, no una petición.

—Sí, claro.

—Aquí la esperamos, entonces —colgó enseguida y yo hice lo mismo.

—¿Qué pasó? —preguntó Laura, una de mis amigas.

—No sé... quieren que suba... ahora —puso una mano sobre su boca impresionada y algo preocupada—. Iré a ver qué sucede —Nadie alcanzó a preguntar más, me dirigí al elevador y recordé que no sabía qué piso era. Indagué con una diseñadora que pasaba por ahí. Me indicó qué número era de forma sonriente y subí.

Al abrirse las puertas me quedé impactada, de verdad era una empresa inmensa. Una secretaria, que al parecer era específicamente para ese piso, me recibió. Le dije que solicitaron mi presencia ahí, hizo una llamada y me indicó el camino. Era muy elegante y moderno, a diferencia de mi área de trabajo, ahí todo era muy serio y al parecer, formal.

Me sentí incómoda con la forma en la que iba vestida, me movía todo el tiempo de un lugar para otro, buscaba ropa cómoda y presentable, pero jamás formal... Unos vaqueros, unas botas de piso que estaban a la moda y un suéter negro de cuello alto que llegaba por debajo de la cadera un poco ajustado, mi cabello castaño claro estaba suelto, lo tenía ya muy largo y cortado en muchas capas para que tuviera más volumen y los pocos rulos que poseía me

facilitaran la tarea de acomodarlo sin esfuerzo y no le tuviera que invertir mucho tiempo en su acomodo. Desde hacía mucho, el cómo me veía no era importante, digo, no era descuidada, aunque tampoco le dedicaba un esmero especial.

—Hola... me llamaron para ver al señor Urrutia, soy Kyana Prados —Otra secretaria se encontraba frente a la puerta que me señalaron. Se veía impecable y contaba con un cuerpo impresionante, me sonrió educadamente.

—Pasa... te está esperando... —intenté llenar de aire mis pulmones, no era normal algo tan intempestivo, no ahí. Abrí la puerta y entré sin más. Total, que pasara lo que tuviera qué pasar, de peores salí adelante ¿no?

El lugar era muy grande, decorado de forma minimalista y frío. Estaba lleno de gráficos, reconocí varios de mis trabajos. Tres computadores prendidos a los lados y un escritorio al fondo. Un hombre alto con corbata y traje impecable estaba ahí, leyendo una carpeta con atención.

—Buenos días —cerré la puerta con cuidado, alzó la vista. Pestañeé varias veces, era bastante guapo, tenía el cabello muy negro e impecablemente peinado hacia atrás, sus ojos eran del mismo color que los míos pero casi amarillos, e iba ataviado con ese traje color gris oscuro que lo favorecía.

—¿Kyana? —preguntó sonriendo. Asentí mientras me indicaba que me sentara. Parecía muy relajado—. Soy Santiago, el director de imagen de la compañía —Me tendió la mano y yo hice lo mismo.

—Mucho gusto...

—¿Estás nerviosa? —intuyó al sentir mis palmas un poco húmedas, negué mintiendo tranquilamente. Frunció el ceño recargando ambos brazos en su enorme escritorio intrigado.

—Te preguntarás, ¿por qué te llamamos así?... —asentí educadamente—. Bien... he seguido tu trabajo y de verdad es impresionante, eres realmente buena. Sé que eres muy responsable y perfeccionista, jamás llegas tarde y te vas al final, manejas a las personas sin problema y los clientes se pelean porque tú llesves sus cuentas... —lo miré asombrada, en serio se dedicó a observar mi trabajo, no sabía qué decir—. No me veas así... —me pidió sonriendo, se reía de forma serena, alegre. Enseguida relajé mi expresión—. Es lógico que lo sepa... debo estar enterado de todo, ¿no crees?

—Sí —no se veía mucho mayor que yo, probablemente me llevara cinco o seis años, a lo mucho.

—¿Siempre eres tan seria? —indagó de pronto. Su pregunta me sacó de mi centro, no entendía a qué venía eso, a él qué más le daba. Sonrió nuevamente

levantándose de la silla. Poseía un cuerpo atlético, por muy indiferente que fuera y muy alejada que estuviera del arte de coquetear, ese hombre no pasaba desapercibido. Sabía que cualquiera de mis compañeras se derretirían al verlo aunque he de aceptar que a mí me daba igual, no podía negar que era... atractivo, no era ciega y tenía sangre en las venas, pero esa parte de mí quedó enterrada junto con él. Siempre él... así que parecía inmune a ese tipo de encantos varoniles que a más de una podía arrancarle el aliento y muchas cosas más.

Rodeó el escritorio y se recargó relajadamente sobre el mueble a un lado de mí.

—Ya veo que sí... No importa, te llamé porque quiero que trabajes directamente conmigo —Me quedé pasmada, sin embargo, no demostré mi impresión. Seguro tenía mucha gente con mejor preparación que yo, así que no entendía por qué se fijó en mí a pesar de la serie de aptitudes que enumeró hacía un momento. Tragué saliva ahora sí, tensa. Esa sería una gran oportunidad laboral—. Eres el perfil que he estado buscando. Aquí me llegan todas las ideas sobre todo de las cuentas más importantes, sería imposible que fueran todas. Tengo mucha gente que las verifica, pero necesito delegar un poco más. Esta parte de la empresa es muy... exigente y demandante, hay noches que no se duerme, prácticamente se vive aquí y es muy difícil que las personas estén dispuestas a sacrificar tanto y que además sean realmente buenas y creativas como tú.

—¿Qué es exactamente lo que quiere que haga?... No comprendo... —Me sentía muy orgullosa por el reconocimiento, pero necesitaba saber qué era lo que él quería, no podía quedar mal.

Entornó los ojos, contento al escucharme decir más de una palabra en una misma frase.

—Primero... que me hables de «tú» —Me mordí el labio, ese tipo de cosas siempre me alteraban—, y segunda; quiero que seas mi mano derecha, la que baje y suba por todos lados, la que se fije que las cosas estén saliendo bien, que aporte ideas cuando sea necesario y lidere a mi equipo de verificación de diseño. Yo necesito encargarme de que los clientes estén satisfechos, poder despegarme un poco más de este escritorio. Es un trabajo colaborativo, tendremos que ir mano a mano. Sé que aún no tienes gran experiencia, eso es algo que se logra con el tiempo. ¿Qué dices?... ¿Aceptas? —agaché la mirada pensando rápidamente. Era una gran oportunidad, no podía negarme. Por otro lado, era perfecto, nada me interesaba más que mi profesión, podía dedicarle

todo el tiempo del mundo.

—Sí, me gustaría mucho, aunque... espero cubrir sus expectativas... —sonrió alegre al escuchar mi respuesta.

—Por eso no te preocupes, sé que lo harás y ya te dije que me hables de «tú», nos veremos más que a nuestras propias familias.

—De acuerdo... —acepté no muy convencida.

—Perfecto... entonces entrega todo a Ignacio —era mi jefe—. Yo hablaré en un segundo con él y te veo mañana a la hora de siempre, aquí —Me levanté al entender que la entrevista concluyó.

—Gracias —Me veía de una forma muy extraña, lo cierto era que no me hacía sentir incómoda. Me tendió la mano despidiéndose.

—Para nada, sé qué haremos un gran equipo... —asentí al escucharlo tan convencido. Salí de ahí sintiéndome satisfecha, alegre, daría mi mejor esfuerzo. Sonreí de verdad feliz.

Al día siguiente llegué a la misma hora, como él me indicó. No cambié mi forma de vestir, solo intenté esmerarme, no quería causar mala impresión. Extrañaría mucho a mis compañeros, esos dos años de trabajo junto a ellos lograron que creciera una linda amistad, sabía que los seguiría viendo, sin embargo, ya no sería lo mismo, todos me desearon suerte, incluso Ignacio, mi jefe.

Toqué antes de entrar. La puerta se abrió y ahí estaba él.

—Buenos días, Kyana... pasa... —Eso hice. No tenía idea de cuáles eran mis tareas—. Hoy tengo un día muy difícil, una junta en una hora con los demás directores y unas cuantas citas, pero te explicaré lo mejor que pueda, ¿de acuerdo?, aunque la verdad es que espero logres ser un poco autodidacta pues siempre estoy así. —En media hora ya me había descrito todo lo que tenía que hacer. Después nos dirigimos juntos al elevador, en un segundo estábamos en el piso que estaba justo abajo.

¡Asombroso! Muchas máquinas y mucha gente yendo y viniendo, ahí se respiraba vitalidad, energía, premura y mucho trabajo. Me presentó con su equipo. Me mostró una especie de sala de juntas con un cubículo al lado que sería donde ambos pasaríamos prácticamente todo el tiempo o por lo menos cuando él estuviera disponible. Todos lo saludaban sonriendo. Eso me agradó, además me di cuenta de que el lugar tenía vida propia, eso me gusto aún más.

Él era relajado y muy amable con la gente, aun así, lo trataban como su superior. Mientras me mostraba todo de prisa, no supe cuántas veces se

acercaron a preguntarle cosas sobre publicidad, imagen o un diseño. A todos les contestaba entendiendo en segundos de qué hablaban; manejaba muchísima información. Yo lo observaba atónita, jamás imaginé que ocurriera todo eso a unos pisos de donde yo trabajaba.

En cuanto estuvimos en el cubículo cerró la puerta resoplando.

—Eso es justo lo que necesito que soluciones. ¿Ahora me comprendes?... No puedo despegarme de aquí... Es imposible hacer otras cosas que requieren mi atención. Tú filtrarás todo. Tú serás la acosada de ahora en adelante... —La manera en la que lo dijo logró hacerme reír con timidez.

—Me da gusto conocer tu sonrisa... pensé que me costaría más trabajo... —Enseguida agaché la mirada, ese tipo de flirteo era justo lo que siempre evadía. Se dio cuenta de mi cambio de actitud y cambió de tema enseguida—. Bueno... te dejo, ya sabes lo que hay que hacer: «sí, no, cambia, mueve, modifica, eso no queda, está perfecto»... Bajo en cuanto pueda... Suerte — asentí y desapareció. Tomé todo el aire del que era capaz de acumular dentro de mis, un poco atrofiados pulmones y salí con la cabeza en alto y mostrando seguridad.

De verdad era mucho trabajo, apenas si pude comer. Subía, bajaba, no paraba. Todos necesitaban aprobaciones o resolver dudas. Chequé, junto con otros dos diseñadores, la campaña de una empresa y pedimos ciertas modificaciones en un tiempo récord. Santiago apareció después de la comida, daba el visto bueno a ciertas cosas que le acerqué, yo seguía sin detenerme. Todos asumieron enseguida cuál era mi función y se lo tomaron demasiado en serio. Había cosas que no entendía, simple y sencillamente porque llevaba menos de ocho horas ahí. Aun así, intenté comprender e irme empapando de todo. Ya pasaban de las nueve cuando comenzaron a irse. Se despidieron todos de mí amablemente, mientras yo revisaba una imagen que no acababa de gustarme en una de las máquinas, así que sin poder contenerme, comencé a trabajar en ella.

—Veo que no me equivoqué, de verdad eres incansable... —Era él, estaba tras de mí observando lo que hacía con su cabeza muy cerca de la mía. No me importó y continué moviendo el ratón rápidamente. Era inmune al contacto de un hombre, hacía mucho tiempo decidí que era más fácil vivir así. No existía alegría, pero tampoco sufrimiento y yo ya había tenido suficiente con mi dosis—. En serio eres buena... —Se sentó a mi lado y comenzó a proponer ciertos cambios. El resultado final nos agradó a los dos y cuando consideramos habíamos terminado, lo guardé—. Pasan de las diez, Kyana...

es mejor que ya te vayas, no quiero que digas que te exploto sin necesidad...
—asentí levantándome serena. Me caía bien.

—Buenas noches...

Los meses siguientes fueron mejores y peores. El trabajo jamás terminaba, incluso había días que era necesario irse pasada la medianoche. Santiago, ahora así me refería a él, y yo, hacíamos un buen equipo, pensábamos muy similar y no parábamos en todo el día. Era muy agradable y me hacía reír más de lo que nunca alguien lo hizo en los últimos ocho años, sin embargo, nada cambiaba dentro de mí, continuaba apretado aquel botón de «pausa».

Me daba cuenta de que no le era indiferente, cuestión que comenzó a desconcertarme, no había hecho o dicho nada especial, pero su manera de mirarme, de moverse cuando estaba a mi alrededor... Algo estaba surgiendo, el solo hecho de pensarlo me aterrorizó. No entendía muy bien porqué. Mi pecho seguía vacío, no le podía ofrecer nada a nadie. Lo cierto es que me asustaba su cercanía, me... alteraba, era como si me... despertara.

Pasábamos mucho tiempo uno al lado del otro, incluso llegábamos a comer y cenar a toda prisa en la sala de juntas. Su compañía era placentera de muchas formas.

Marzo, los últimos meses pasaron muy rápido. Eran las ocho y no había nadie. Ese día terminamos más temprano de lo normal. Observaba unos impresos en la sala de juntas, todo quedó perfecto.

—¿No piensas irte? —Era él, tuvo varias reuniones por la tarde y no lo vi por lo mismo.

—Solo estaba checando esto... —señalé los trípticos levantándolos con la mano.

—Seguro están sin ningún error... tú no dejas ni un cabo suelto... —sonrió de pie desde la puerta con sus brazos cruzados sobre el pecho.

—Gracias, tienes razón, es hora de irme —tomé mis cosas y me dirigí hacia donde se encontraba.

—Kyana... —Me quedé paralizada justo a su lado, con el bolso colgando sobre mi hombro. Supe lo que me pediría aun antes de que lo hiciera.

—¿Sí? —bajó la mirada, nervioso. Eso sí que era poco común en él. A Santiago lo catalogaban como un hombre sumamente decidido y muy temerario.

—¿Aceptarías... una invitación a cenar? —Aunque sabía lo que ocurriría, logró ponerme nerviosa al escucharlo de su boca. Mordí mi labio sin saber qué contestarle. Enseguida su recuerdo inundó mi mente. Agaché la cabeza

molesta, cualquier detalle siempre me lleva a él. ¡Basta!—. Como amigos... siempre estamos aquí encerrados, ya hemos cenado muchas veces juntos, solo cambiaremos el panorama... Di que sí... —No tenía nada que perder, además, poniéndolo de esa manera, tenía razón. Sin embargo, negué sin quitar la vista del piso sintiéndome completamente ruborizada, esas respuestas ya las efectuaba en automático—. Kyana... prometo que la pasaremos bien, anda, ánimo... nos hace falta distraernos un poco.

—Santiago, yo... —acunó mi barbilla para que lo mirara—. Como amigos... lo prometo —Era mi jefe, no podía negarme, por otro lado, parecía decirlo en serio.

—Está bien... —sonrió triunfante cuando acepté. Al ver su reacción enseguida tuve ganas de retractarme. No me dio tiempo, comenzó a preguntarme qué tipo de comida me agradaba—. Me da igual...

—Genial, iremos a un lugar muy tranquilo, sé que te va a gustar... —tomó su móvil y marcó a un restaurante, reservó una mesa sin dificultad—. Vamos... —Era la primera vez que salía con un hombre en poco más de siete años. Me sentí en extremo nerviosa y una parte de mí, también culpable.

Para mi sorpresa el sitio era justo como dijo; no parecía muy íntimo ni tampoco muy ruidoso. En cuanto llegamos nos dieron mesa. Se sentó frente a mí sonriendo.

—Ves... es muy agradable... y la comida te va a encantar... —Me sentía un poco ansiosa, no solía aceptar invitaciones a menos que ya lo considerará «amigo inofensivo», pero su forma casual de proponerlo y el hecho de que fuera él, me desarmó.

La conversación fluyó agradablemente, era muy culto y preparado. Hablamos sobre el trabajo y no insistió en ir a un terreno personal. La cena, en efecto, me gustó, aunque ya no solía disfrutar mucho la comida.

No podía comprender por qué él lograba hacerme reír más que nadie. Me sentía tranquila a su lado y me dejaba ir con facilidad. Incluso me daba cuenta, con temor, que ciertas defensas que construí todos esos años, con Santiago, se hacían débiles.

Un poco antes de medianoche nos marchamos. Me la pasé... bien. Su compañía no me agobiaba y respetaba el hecho de que no era muy comunicativa en cuanto a mi vida. Nos despedimos en la puerta del lugar.

—Fue agradable, ¿no es cierto?

—Sí... gracias —Me observó sin decir nada por un segundo. Enseguida me mordí el labio, eso fue lo único que no logré cambiar. Contempló mi boca de

una forma que hizo recordar mi vida anterior. Le di un beso en la mejilla nerviosa y me fui sin más.

Al llegar a casa, dejé mis cosas en la pequeña estancia y perdí la mirada por la ventana.

Era increíble todo el tiempo que transcurrió, pronto cumpliría veintisiete, en junio serían ocho años fuera de Myrtle Beach. No volví a saber de él desde aquel día... aquel espantoso y terrible día en que enloqueció de celos por culpa de ese asqueroso tipo. Evocarlo aún lograba revolver mi estómago.

Me senté en «mi» sillón, frente a la gran ventana, rodeé mis rodillas con mis brazos y me perdí en los recuerdos, en el dolor, en el miedo y en la felicidad de aquellos tiempos. La voz de su madre aún a veces no me dejaba dormir, el rostro de él al advertirme con aquel hombre, su desilusión y odio; la mirada de mamá al verme ir, toda una vida no sería suficiente para olvidarlo.

Esa noche lo sentí de nuevo muy presente. La mirada de Santiago posada en mi boca me recordó el gran vacío en el que me sumergí y en lo que antes solía ser.

Necesitaba olvidarlo, sacarlo de mí... ¿Es qué jamás lo lograría? Llevaba demasiado tiempo dentro de mi caparazón, envuelta en un mundo que construí cuidadosamente para que nadie pudiera acceder a él, pero ¿cómo?, ¿cómo sacarlo de mi cuerpo?, ¿cómo olvidar el amor que nos tuvimos?, ¿cómo recuperar lo que le entregué con plena conciencia?

Me tomé un largo baño y me dirigí de nuevo a «mi lugar», así lo llamaba. Me senté y esperé a que amaneciera. Esa noche el sueño no iba acudir a mí, lo sabía, eso ya no era tan común, sin embargo, me encontraba muy nerviosa e inquieta como para poder pegar el ojo.

Viendo el sol salir por el horizonte una idea comenzó a formarse en mi cabeza, esa parte de mi vida tenía que cambiar, debía intentarlo. Probablemente no lo volvería a ver, no podía casarme con su recuerdo toda la vida. Seguramente jamás lo olvidara, pero eso no implicaba que no pudiera intentar tener una pareja, hijos, una familia. Dolía pensar que no sería con él, no obstante, ya habían pasado muchos años, tenía una muy buena vida y solamente me faltaba ser feliz en ese aspecto, después de todo no lo estaba traicionando, él ya debía de estar con alguien más y probablemente no se acordaría de mí, de la forma en la que yo lo hacía.

Al día siguiente Santiago se comportó igual que siempre, yo hice lo mismo. Disfrutaba trabajar a su lado. Aprendía mucho de él y aunque a veces

discutíamos por diferentes puntos de vista, lográbamos ponernos de acuerdo al final. Pasó un mes para que volviéramos a salir juntos. Me lo pidió un par de veces, sin embargo, logré inventar un pretexto para disculparme a pesar de la determinación de aquel amanecer. Ese día no pude hacerlo, un cliente muy importante aceptó toda una campaña y la empresa iba a ganar mucho dinero por ella.

—Vamos a celebrar, Kyana... Lo merecemos, llevamos días aquí encerrados... —torcí la boca no muy convencida—. Será un rato... lo prometo...

No podía negarme, de verdad fue extenuante y un gran logro, por otro lado, recordé que había quedado conmigo misma en intentarlo. Acepté sin sentirme muy segura con la decisión.

Fuimos a un bar no muy lejos de ahí. El ambiente era muy agradable y la gente parecía divertida. Nos sentamos en una pequeña mesa. Pedí una copa al igual que él. Comenzamos a conversar sobre muchas cosas: política, religión, situaciones del mundo. En todo estábamos de acuerdo, veíamos las cosas de una forma muy similar y eso me hacía sentir cómoda a su lado.

—Tienes una sonrisa hermosa de verdad... —parpadeé varias veces desconcertada, con él era fácil, incluso, olvidar todo lo que me torturó por años. Sin embargo, al escucharlo el gesto se esfumó enseguida—. Lo siento... —logró decir apenado al ver que mi expresión se tornaba seria. Me inspiraba calidez, ternura y mucho respeto, no me gustaba hacerlo sentir incómodo, pero no pude evitar que sus palabras me alteraran. Cambió de inmediato de tema y pronto olvidé el evento.

Al parecer era feliz, tenía una linda familia, a la que prácticamente no veía gracias a la enorme carga de trabajo. Había viajado y sus estudios los realizó en la capital del país. Lo escuché atenta, tenía una forma de narrar que me gustaba, era sereno y pausado, a diferencia de lo que mostraba dentro de las enormes cuatro paredes de la empresa.

—Y ¿tú?... ¿Cómo ha sido tú vida? —perdí la vista en mi bebida, no me gustaba hablar de eso. Jugué un poco con la copa sin saber qué contestarle—. ¿Pasa algo?, ¿te incomodé? —negué insegura.

—No... es solo que... no hay mucho que contar... —Me miró confuso y sonriendo.

—Imposible, alguien como tú, digo... ¿Naciste aquí?

—Sí —Ni siquiera con mis amigos hablaba de eso, mi pasado lo quería enterrado, no me gustaba recordarlo.

—¿Y tus padres? Porque tienes familia. ¿No es cierto?

—Sí... claro —frunció el ceño al escuchar mis escuetas respuestas. Pensé que pararía, no lo hizo.

—¿Creciste aquí?

—No... en Estados Unidos... —abrió los ojos sorprendido.

—¿De verdad?, allá vive tu familia, ¿entonces? —Dios, ¿qué no iba a dejar de hacer eso? Me pregunté un poco ansiosa.

—No toda... solo mi madre con su esposo... Mi papá vive aquí y el resto de mi familia también.

—Y, ¿por qué te regresaste? Allá hay muy buenas oportunidades —demoré en contestar, no tenía una respuesta para esa pregunta. O mejor dicho sí, solo que nadie la sabía.

—Lo sé —fue lo único que pude decir. No dijo nada por un minuto, se daba cuenta de mi resistencia, me observó intrigado.

—Kyana... ¿Qué te hicieron? —Al escucharlo abrí los ojos de par en par. Entendí a qué se refería, lo que no comprendía era cómo lo notó. No me conocía, no sabía nada de mí y mucho menos cómo fue mi vida. Por otro lado, vivía tan normal como el resto de las personas o por lo menos eso pensaba, probablemente me mentí todo ese tiempo—. Perdona, no debí... Es solo que... no puedo comprender cómo estás sola. A veces tienes una mirada muy triste y frecuentemente observo que te pierdes en tus pensamientos. Es como si recordaras algo o alguien con mucha nostalgia y dolor, te entregas al trabajo como si no existiera nada más en tu vida, en general, eres distante y... fría... con excepción de tus amigos. Debo confesarte que me intrigas... —
¡No!, no, no, no de nuevo, no esa palabra. Al escucharla me levanté de la mesa abruptamente.

—Y-ya es tarde, es mejor que me vaya —zanjé. Él también se puso de pie sin entender mi reacción.

—Kyana... espera... ¿dije algo?... Perdón... no quería molestarte...

—No es eso, pero creo que es mejor que me vaya... Muchas gracias por todo... nos vemos mañana... —Me salí de ahí sintiendo que el aire me faltaba, todos los recuerdos golpearon de nuevo en mi cabeza. Podía verlo claramente siguiéndome en su gran auto diciéndome exactamente lo mismo. Entregué el boleto al ballet parking temblando.

—¿Kyana? —Al escucharlo giré aún agitada, nerviosa y con las palmas sudorosas—. No te vayas así, en serio lo siento, prometo no volver a hacer un comentario como ese, ni nada que te incomode, fui muy indiscreto... Por

favor regresa, terminemos de celebrar, platicaremos de lo que quieras y no volveré a preguntar nada sobre ti, sabré solo lo que tú me quieras decir. ¿Qué dices? —alzó su mano en señal de juramento.

Cerré los ojos intentando acomodar mis ideas. Al final asentí, debía poner de mi parte, ya no era una niña y él no hizo nada malo, solo describió cómo me percibía y aunque no me gustaba saber que mis pensamientos a veces eran tan obvios, no estaba nada lejos de la verdad. Devolvió mi auto y volvimos a ingresar.

Cumplió su promesa, al final intenté olvidar lo ocurrido y pudimos terminar la velada relajados y riendo.

Mucho más tarde, ambos esperábamos nuestros autos platicando.

—Kyana, me gustaría volver a invitarte a salir ya sin pretextos. Me la paso muy bien a tu lado... ¿Aceptarías? —tensé el rostro, estaba acostumbrada a contestar en automático que «no.. Pero con él era diferente, me caía bien y teníamos mucho en común y si era sincera conmigo, existía algo que me atraía. Además, esa noche me di cuenta de que no podía seguir alimentando la soledad en la que vivía, necesitaba encontrar la manera de olvidar y volver a sentir algo por alguien. Lo que pasó no fue mi culpa, debía superarlo e intentar continuar. Ella destruyó lo más valioso para mí, no podía permitir que lo siguiera haciendo.

—Sí... sí aceptaría... —Me miró incrédulo, sus ojos ámbar casi salen de su órbita. Sonreí.

—Guou, pensé que me llevaría mucho más tiempo convencerte, ya estaba planeando toda una maquiavélica estrategia para que aceptaras... —sacudí la cabeza al escucharlo—. Si te dieras cuenta de lo hermosa que te ves sonriendo —¡Agh!, era imposible, cada comentario me llevaba a él, estaba harta de no poder sacarlo de mis pensamientos. No me iba a echar para atrás, tenía que intentarlo. En el tiempo que llevaba de conocerlo me di cuenta de que era una gran persona, que estaba solo porque simplemente su trabajo no le dejaba mucha opción.

Mi auto fue el primero en llegar, abrió la puerta y me dio un beso en la mejilla. Olía bastante bien.

—Descansa y... gracias...

—Hasta mañana —cerró ya que yo estaba adentro y me alejé atenta a las luces del alumbrado y semáforos.

Un miedo inmenso me invadió, ya no podía seguir evitándolo. Lo que sucedió era parte de mi pasado y probablemente no lo borraría nunca, pero no

podía seguir atada a «él». Necesitaba dejarlo ir... aunque era demasiado doloroso. No pasaba un día sin que lo recordara. Era el amor de mi vida, no obstante, hacía muchos años que ya no estaba, que por algo más grande lo tuve que dejar.

Ya era hora de intentar rehacer mi vida, aunque a lo mejor, nunca lograra olvidarlo, buscaría la forma, estaba decidida.

CERCA DE LA FELICIDAD

Así que comencé a salir con él. Íbamos a cenar, al cine. Los domingos trotábamos por el parque, sí, yo, eso ya no me desagradaba como solía, aunque tampoco era mi hobby preferido. Salíamos a comer a diferentes lugares, algunas veces elegantes y otras veces a sitios urbanos y completamente informales. Conocía muy bien la ciudad, siempre encontraba algo que hacer. Veíamos obras, asistíamos a museos, a exposiciones o eventos de la empresa. En fin... nos acoplábamos sin problemas.

Me sentía bien a su lado, sonreía todo el tiempo, hablaba más con él que con cualquiera. Me aceptaba y me respetaba. No volvió a preguntar nada que no saliera por mi cuenta, aunque con el tiempo me fui abriendo. Con Santiago me sentía segura, algo que hacía años no sucedía. En el trabajo no descansábamos y nos gustaba estar al lado uno del otro, era como tener una ilusión por primera vez en años.

Mi cumpleaños fue en agosto, me llevó un gran arreglo de flores y comimos juntos en el que él sabía era mi restaurante favorito, a pesar de que teníamos muchísimo trabajo. No me sentía presionada, Santiago dejaba fluir las cosas y se iba adecuando a lo que yo podía ofrecerle. Me divertía a su lado, era tierno, paciente, considerado y muy guapo, ¿podía pedir más? Comenzaba a pensar que podría llegar a sentir algo más profundo por él.

Una noche de octubre, los dos seguíamos trabajando en los últimos detalles de un proyecto. Pedimos comida china para cenar, ya que no quedaba nada más abierto a esas horas, reíamos por alguna broma que él había dicho.

Estábamos muy cerca, casi hombro con hombro, cosa usual ahí, recargados en la gran mesa, intentando comer con los palillos chinos. No era mi especialidad. Se acercó más a mí. Tomó mi mano midiendo mi reacción y con exquisita ternura comenzó a mostrarme cómo agarrarlos, sentía su aliento muy cerca de mi mejilla, las manos comenzaron a sudarme.

Notó mi reacción y se puso serio. Miró mis labios con extrema atención y comenzó a romper la distancia lentamente. Me sentía petrificada, no me quité aun con el miedo que sentí. Poco a poco fue avanzando y cerré los ojos

despacio. Enseguida sentí su roce; era agradable y lo hacía con cuidado, midiendo mi resistencia. No hubo estrellas, ni mariposas desbordadas en mi estómago, aun así, me gustó y lo seguí. Me acercó más a él tomándome delicadamente del cuello. Me sentía tan extraña, no había vuelto a besar a nadie después de él, era como si me estuviera traicionando a mí misma.

Se apartó de mí unos segundos después y me miró con los ojos llenos de deseo, sentía su aliento demasiado cerca, su respiración lenta.

—¿Te molestó? —lucía preocupado. Negué atónita por mi respuesta, era verdad, no me molestó, al contrario, me agradó. No era un beso como los que recordaba, sin embargo, lo prefería, no quería volver a sentir nada igual nunca. Algo diferente era perfecto—. Kyana... llevamos un tiempo saliendo y... tú sabes que me atraes, más de lo que me gustaría reconocer...no quiero presionarte... es solo que... ¿Me darías una oportunidad?... —sabía que pronto diría algo así, llevaba seis meses tras de mí, ya había aguantado bastante, me alejé un poco intentado poner distancia.

—Santiago, tú también... me gustas... pero... no deseo lastimarte... —sujetó mi mano y se la llevó sonriendo hasta su boca.

—No te preocupes por mí... sé muy bien lo que hago, sé que... hubo alguien que dejó una enorme huella dentro de ti... pero no me importa, ese es tu pasado, me gustaría ser tu futuro... Quiero hacerte feliz... sé que puedo... Te he visto abrirte conmigo de una forma diferente que con los demás, aunque he de confesarte que no tanto como me gustaría, sin embargo, sé que es cuestión de tiempo... Dame una oportunidad... no te defraudaré.

Me mordí el labio sintiendo mucho miedo, no quería herirlo, sabía que mi corazón jamás funcionaría como antes, pero tenía razón, debía intentarlo y quería hacerlo con él.

—Sí... —logré decir con un hilo de voz observándolo fijamente, solo esperaba estuviera haciendo lo correcto.

—¿En serio? —parecía perplejo. No me era indiferente, al contrario, tenía demasiadas cualidades, incluso más de las que esperaba. Santiago me ofrecía paz, serenidad, seguridad y yo ya no quería estar sola, necesitaba rehacer mi vida.

Se acercó a mí y rodeó mi cuerpo. Sentir sus brazos en torno a mí, fue... cálido, muy agradable. —Prometo que no te arrepentirás, haré todo para que funcione y seas feliz con esta decisión, estoy dispuesto a intentarlo, yo... te quiero... —No me dio tiempo de reaccionar ante su confesión y me besó. Puse mis manos sobre su pecho y le correspondí dejándome llevar. Me

gustaba la sensación de estar tan cerca de él, sin embargo, no podía evitar que su recuerdo regresara a mí. Le di todo y ahora sentía que no tenía nada que ofrecerle a Santiago. La sensación era tan frustrante como la de querer exprimir un limón sin jugo...

A las pocas semanas le presenté a mi padre y mi familia. Carla no paraba de hacerle mil preguntas a mi ahora novio, mientras él respondía todas pacientemente. Ya no era una niña, tenía veintiún años, era extrovertida, inquieta y bastante simpática. En Navidad mi madre y Ralph lo conocieron. Ya les había hablado acerca de él, así que en cuanto llegaron lo llevé para que lo conocieran. Él también me invitó a su casa, un mes antes, y todos se mostraron muy complacidos con nuestra relación, su familia era muy unida, lo adoraban, fue asombroso ver cómo me aceptaron enseguida, por lo menos en eso no habría problemas, todo era... perfecto.

Los días junto a él comenzaron a ser más rápidos. Jamás parábamos, si no estábamos en medio de la locura que era el trabajo, salíamos a hacer cualquier cosa. Era sumamente cariñoso y atento conmigo. Procuraba hacer todo para que yo saliera de mi burbuja y me abriera a él.

Me sorprendía constantemente o improvisaba cosas que jamás hubiera imaginado. Buscaba que viviera intensamente, yo lo intentaba y sorprendentemente comenzaba a conseguirlo. En realidad me divertía mucho, más que en los últimos ocho años, aun así, algo seguía faltando, algo no andaba bien dentro de mí.

Por las noches, sola, regresaba esa sensación de vacío que Santiago poco a poco intentaba cada día llenar. Y es que por mucho que lo buscaba no conseguía sacarlo de mi cabeza, aun sabiendo que ya era algo muy lejano, algo que jamás volvería a estar a mi alcance, algo imposible y absurdo.

Lo amé con cada parte de mi cuerpo, de mi mente, de mi alma, era imposible hacerlo a un lado y seguir. Tratava, juro que lo hacía, pero regresaba a mí una y otra vez cada noche como una maldición de la que no podía escapar por mucho que lo intentase.

Tenía que volver a buscar ayuda psicológica, era evidente que sola no estaba lográndolo, todo lo ocurrido años atrás se salió de mis manos. Ahora no podía tener una vida como cualquier otra, simple y sencillamente, porque no era esa la que habría elegido si hubiese tenido el control de mi destino. Y así fue, busqué un terapeuta, decidida a poner esta vez más de mi parte, aunque omitiendo lo de siempre. Pero con todo y eso, sabía bien que el problema residía en que necesitaba volver a entregar mi corazón y me dolía

no poder dárselo sin reservas.

Algunas veces en su apartamento, donde solíamos encontrarnos para cenar o ver alguna película, la temperatura subía, nos besábamos necesitando más uno del otro, sin embargo, cuando eso sucedía y ambos estábamos prácticamente entregándonos despojados de ropa y con la necesidad a tope, lo detenía.

Existía algo que me hacía parar, no podía explicárselo y pronto me ponía demasiado nerviosa y ansiosa, incluso llorosa. Deseaba darle todo de mí como él lo hacía, se lo merecía. La situación se tornaba, por demás, patética... pero lo cierto era que no podía. La peor parte llegaba cuando él me abrazaba intentando tranquilizarme, disculpándose por presionarme. Dios, eso me hacía sentir aún peor, pues al sentirme más serena entre sus brazos, me decía una y otra vez que me esperaba, que él tenía todo el tiempo del mundo. Por supuesto los días subsiguientes siempre me sentía miserable y mezquina, sentía que lo estaba usando, que no debía arrastrarlo a lo que mi mente enferma aún mantenía con vida. ¿Pero cómo cambiarlo?

Las terapias no funcionaban y sabía que tenía que ver con el hecho de que yo no era completamente sincera. Aún, muy dentro de mí, el miedo hacia aquella mujer permanecía

intacto, grande, pulsante y fuerte. Creía que si se lo contaba a la psicóloga que me atendía, estaría poniendo en riesgo lo que había logrado, pues aunque los correos electrónicos hacía un par de años dejaron de llegar, yo no podía sacarla de mi mente... Por otro lado, hablar de... «él», resultaba terriblemente doloroso y solo servía para abrir más la herida. Sí, ya sé que estaba en un enorme y gran lío, lo que me tranquilizaba era que Santiago iba avanzando, yo le permitía hacerlo, así que con el tiempo, debía, en teoría, lograrlo ¿no?

Un día antes de que mi madre se regresara a Myrtle Beach ese diciembre, terminamos las dos solas conversando, en la mesa de la cocina en casa de los abuelos, cosa ya muy esporádica entre ella y yo.

Ralph era todo para ella, la cuidaba y no se separaba nunca de su lado. Ahora tenían su propia agencia y no les iba nada mal. Ambos eran muy inteligentes y tenaces, era obvio que la vida les sonreiría. Esa era la única parte que me hacía sentir bien, era el resultado del enorme esfuerzo que realicé años antes. Ella era feliz y encontró el amor, ¿qué más daba lo que hubiera tenido que hacer para que mamá tuviera esa vida?

—Hija, por primera vez en años me voy... más tranquila... Santiago se ve que es un buen hombre y te quiere... —nuestra relación con el tiempo se tornó lejana, yo no regresé en más de ocho años a Myrtle Beach y ella intentó rehacer su vida con lo que allá tenía y por lo que tanto luchó.

—Lo sé... yo también lo quiero... —sujetó mi mano que descansaba sobre la mesa.

—Kyana... intenta ser feliz, probablemente a su lado lo logres... —no estaba muy segura de eso, pero era lo que pretendía.

—Eso es lo que quiero, mamá...

—Hija... ya han pasado más de ocho años y aunque nunca he tocado el tema siento que debo hacerlo... Por favor, te lo ruego, olvídale... olvida lo que sea que allá haya pasado —enseguida me puse tensa y quité mi mano seria. Ella siempre supo que algo sucedía, que mi actitud no fue normal al igual que mis decisiones, pero nunca le diría la verdad, aunque eso implicara sentirla tan lejos como entonces—. No me mires así, yo sé quién eres, sé que estás ahí adentro, eres mi hija, te crié, te vi crecer, en todo este tiempo has logrado engañar a todos, no a mí. Sé que aún sufres, que lo que sucedió no te deja vivir en paz... Mucho tiempo pensé que lo superarías, nunca fue así. Ahora sé que se metió muy dentro de ti y que te marcó para siempre... no lo demuestras, veo que has logrado ser feliz a tu manera. Sin embargo, te

conozco y sé que te limitas todo el tiempo, que no te dejas llevar, sé que esos meses te transformaron y tratas inútilmente de enterrarlos.

—Mamá, no digas más... te lo suplico... —sentía un nudo en la garganta, en todo ese tiempo jamás se refirió a tales días y no quería escucharlo, si pronunciaba su nombre sabía que estaría perdida.

—No, Kyana, ya me callé demasiado, te he visto andar por la vida intentando engañar a todos, incluso a ti misma. Nunca supe qué pasó y ya perdí la esperanza de saberlo. Jamás entendí el porqué de tu decisión, pero sea lo que sea, estoy convencida de que no merece la pena que te hayas dejado de esta forma. Kyana, vive, sé feliz, olvida, dale una verdadera oportunidad a Santiago y a la vida que tienes por delante.

—Eso es lo que intento, te lo juro... —tenía la mirada perdida en mis manos, sus palabras estaban llenas de razón, pero... ¿cómo olvidar?...irme jamás fue una opción para mí, tenía una vida planeada, sueños por cumplir y metas por las cuales luchar, no tuve otra salida y me forzaron a dejar todo lo que yo era y eso me cambió por completo, sin siquiera darme cuenta.

—Lo sé y creo que es un gran paso. Pero por favor sal de esa penumbra en la que te has metido todos estos años, enséñale lo que realmente eres a ese muchacho, sé que le encantará conocerte...

—Créeme que lo intento —le confesé con absoluta sinceridad. Se levantó de su silla y me abrazó.

—No sabes todo lo que hubiera dado para que las cosas hubieran sido diferentes, para que no hicieras lo que hiciste, para que no huyeras y no sufieras de esta forma... para poder ayudarte a superar lo ocurrido —una lágrima resbaló por mi mejilla al sentirla tan cerca y al revivir todo lo que me atormentaba.

—Yo también... créeme...

Los meses continuaron pasando, me sentía... contenta y con más ánimos que en mucho tiempo. Él era mucho más de lo que estaba segura merecía, dedicaba cada minuto a intentar arrancarme una sonrisa, a buscar la raíz de mi encierro y hacerme sentir amada. También lo quería, no puedo negarlo y ¿cómo no hacerlo?... Era maravilloso, aunque no lograba alcanzarlo en la intensidad de su amor por mí, eso me hacía sentir impotente; no obstante, estaba decidida a seguir intentándolo y a dejarme llevar. A mi manera y dentro de mis limitaciones... sabía que estaba muy cerca de la felicidad, eso me hacía sentir bien.

En la empresa nadie se opuso a nuestra relación, al contrario, parecían muy

contentos de saber que éramos un verdadero equipo. Sin darme cuenta me fui abriendo más, le dije casi todo sobre mí y podía hablar con él por horas, a nadie le tenía esa confianza. Lo quería, lo quería mucho, más de lo que llegué a pensar que volvería a ser capaz. Y aunque me daba cuenta de que no era con la misma intensidad, ni desesperación, con la que amé hacía muchos años, comenzaba a sentir que era suficiente para toda una vida. Su amor me brindaba paz, tranquilidad, seguridad y certeza. Pero aún existían noches que lo soñaba, sin poder evitarlo, me perdía en sus ojos grisáceos y rogaba porque el sueño nunca terminara.

REGRESANDO EL MIEDO

Un viernes muy caluroso de junio, me encontraba como siempre, atareada en el trabajo, aun así, percibí algo diferente en el ambiente. Santiago y yo ya llevamos ocho meses juntos, lo mismo que... «él» y yo duramos, incluso en el mismo lapso, solo que nueve años atrás.

Pasé casi toda la noche en vela, hacía mucho tiempo que eso no ocurría y lo más extraño era el porqué; tuve la misma sensación que «él» me producía cuando estaba en el mismo espacio que yo. Esa... «peculiaridad» que tenía mi cuerpo para detectar su presencia sin que nada indicara que se encontraba ahí. Sacudí la cabeza intentando desvanecer los recuerdos, definitivamente tenía que buscar más ayuda profesional, estaba enloqueciendo.

Mi extensión sonó, no era raro, no paraba nunca. Tomé el teléfono intentando concentrarme en todo lo que tenía que hacer. La secretaria anunció desde el otro lado del auricular que era una llamada personal. La tomé sin dudar.

—Sí...

—¿Kyana? —era Ralph, sonaba preocupado. Enseguida me puse en alerta y dejé los posters de lado.

—¿Ralph?

—Disculpa que te interrumpa, pero tu madre me pidió te hablara, no te asustes... pero sufrió un accidente... —la sangre se fue hasta los pies. Me senté en la silla más cercana completamente lívida. Por un instante pensé en aquella mujer, enseguida intenté descartarlo. No regresé a Myrtle Beach en años y continuaba sin saber nada de ella. Seguro ya se había olvidado de mí al igual que su hijo. De todas formas las piernas me temblaban y regresaron las náuseas de aquellos días.

—¿Qué? ¿cómo?, ¿qué pasó?... ¿está bien?... —sentí una mano sobre mi hombro, era Santiago y me miraba preocupado.

—Sí, Kyana, está bien. Chocó contra un auto ayer por la tarde. Un idiota se atravesó y ella no pudo esquivarlo... se rompió unas costillas y un brazo... tiene varias contusiones que no son de cuidado, sin embargo, se encuentra

algo... nostálgica.

—Ralph... Oh, Dios mío...

—Quiere verte... —me sentí aún peor—. Sé que no has regresado aquí en años, pero me rogó que te hablara. Kyana... por favor, solo ven unos días, no soporto verla así... De verdad está con los ánimos por los suelos. Tú sabes que esas cosas suelen traer un poco de depresión, ayúdame —no sabía si podía regresar. Sin embargo, era mi madre, se hallaba mal, yo también quería asegurarme de que estuviera bien. Mi cabeza pensó a mil por hora intentando encontrar la mejor respuesta.

—Ralph... es que...

—No se lo niegues, te lo suplico, eres su adoración, ya pasó mucho tiempo. Por favor... hazlo por ella, te necesita, solo unos días... Le has hecho demasiada falta todos estos años— Todos mis recuerdos regresaron en ese instante, todo lo que avancé gracias a mucha fuerza de voluntad y a Santiago, retrocedió en un segundo. El pánico creció en mi interior sin poder evitarlo, por mucho que quería no podía descartar que hubiera sido provocado, podría ser un recordatorio, por otro lado, también podía ser una casualidad, un accidente y ya. Sentí el cuerpo congelado a pesar de que mi pulso palpitaba extremadamente rápido.

—¿Está ahí?...

—Sí... te la comunico.

—Sí... y gracias...

—Ni lo digas... te la paso, cuídate...

—¿Hija? —se escuchaba muy triste y con la voz quebrada. De inmediato la necesidad de verla me embargó.

—Mamá... ¿cómo te sientes?

—Bien, aunque ya sabes, me duele todo el cuerpo... Necesito verte —De verdad no se escuchaba nada bien, sentí un nudo en la garganta. Tenía que regresar, no la dejaría sintiendo que no me importaba, ya no.

—Lo sé... Ralph me lo dijo...

—Ven unos días, quiero estar contigo. Sé que me estoy comportando como una cría, pero tengo una necesidad enorme de tenerte cerca aunque sea unas horas, mi amor... —oírla así me partía el alma.

—Sí, mamá, haré todo lo posible para llegar mañana por la mañana — Santiago me observó preocupado, no entendía nada.

—¿En serio? Hija sé lo que implica esto para ti, pero el solo pensar que pude morir sin verte por última vez me tiene muy alterada... Hemos estado

demasiado lejos y no sabes cómo te extraño.

—Yo también, mamá... Tranquila, no te preocupes por nada. Iré, ¿de acuerdo? —odiaba saberla así. Siempre fue vital y fuerte. Debía estarla pasando muy mal.

—Gracias, mi amor... Te amo...

—Yo también te amo, tranquilízate y cuídate. Les hablé más tarde para decirles a qué hora llego —colgué un segundo después y me quedé viendo el teléfono muda, las palabras no acudían a mí.

—Kyana... ¿Qué pasó? —se acercó más a mí poniéndose en cuclillas y me rodeó con sus brazos, cariñoso—. Estás temblando y... helada, tu madre ¿está bien? —asentí contra su pecho ansiosa.

—Chocó... Quiere verme...

—Dios. ¿Qué sucedió? —Me aferré a él sintiendo que mi vida se desmoronaba de nuevo.

—No sé bien, fue ayer por la tarde... Ralph no me explicó con detalle — Me separó para poder verme a los ojos.

—Estás muy pálida, mi amor, ella está mejor... tranquila... todo irá bien — parecía confuso y me observaba de una forma muy extraña, buscaba algo en mis ojos.

—Lo sé, es solo que... tengo que ir... —Agachó la cabeza cerrando los párpados fuertemente. Su actitud me desconcertó, era como si presintiera o supiera algo. Era imposible, jamás le dije nada sobre mi historia en aquel lugar.

—Quisiera acompañarte, pero esto es una locura... —se refería al trabajo.

—Santiago, no te preocupes. Lo entiendo, le prometí salir hoy en la noche, no la escuché bien —volvió a verme asintiendo.

—Está bien, ve y quédate el tiempo que necesites. Por la empresa no te preocupes, tu deber ahora es acompañarla. Seguro estará muy deprimida, esas cosas pasan después de un accidente... —tomé su barbilla y lo besé por puro impulso. De verdad me gustaba mucho y me hacía sentir tan especial y protegida. En cuanto me separó sonrió siendo de nuevo él.

—Nunca lo habías hecho... —susurró muy cerca de mis labios.

—Lo sé... y... gracias —le dije pérdida en sus pozos ambarinos.

Se puso de pie y me acercó a él rodeándome por la cintura.

—¿De qué?, ¿de quererte como te quiero? Eso no lo agradezcas, no lo puedo evitar —recosté mi cabeza en el hueco de su cuello.

—Yo también te quiero.

—Lo sé. Regresarás, ¿verdad? —me sentí otra vez desorientada, no entendí a qué vino esa pregunta. Lo encaré sonriendo.

—Claro... ¿Por qué no lo haría?... Serán solo unos días, yo creo que a lo mucho una semana —parecía preocupado.

—Discúlpame, es solo que... no sé, de pronto me dio miedo perderte. Sé que llevamos meses juntos y a veces siento que pasamos más tiempo dentro de estas cuatro paredes que en cualquier otro lugar, quisiera darte todo lo que puedo ofrecerte. Desde la primera vez que te vi hace un año y medio supe que eras tú, que me volverías loco, que sería capaz de todo por verte reír. Te metiste tan dentro de mí... Eres mi vida, Kyana, te amo... —no pude evitar sorprenderme, me sentí embustera, esas palabras ya me las habían dicho y escucharlas de nuevo no me ayudó mucho, sin embargo, intenté dimensionar las cosas. Él era Santiago y yo también lo quería, aunque aún no lo amaba, pero confiaba que pronto así sería.

Intenté abrir la boca, él colocó un dedo sobre ella.

—Sh, no digas nada, sé que me quieres, poco a poco he visto cómo te has ido abriendo a mí y esa es la mayor demostración de amor que me has dado. No sé aún qué fue lo que te sucedió, ¿por qué tienes tanto miedo a entregar tu corazón?, pero sí sé que he avanzado más que nadie y eso me hace sentir correspondido —metió su mano a la bolsa de su pantalón, se hincó ahí, en plena sala de juntas. Todos se acercaron a las ventanas al verlo haciendo eso pues era una especie de enorme pecera. Y yo me quedé tiesa. ¿Qué iba a hacer?—. Kyana... cástate conmigo... —abrió una pequeña caja de terciopelo negro y vi una enorme sortija. Me llevé la mano a la boca impresionada. Tomó la otra y colocó en mi dedo el gran diamante sin dejar de mirarme. Mis ojos se rasaron, no podía articular palabra—. Sé que puedes pensar que es muy pronto, pero... estoy seguro de lo que hago. Tú eres la mujer con la que quiero compartir toda mi existencia —lo miraba a él y a mi mano sin poder creerlo. Se puso de pie, esperaba mi respuesta—. Piénsalo, sé que puedo hacerte feliz porque eso es mi mayor deseo... —tomó mi barbilla con su dedo índice y me besó.

En cuanto nos separamos todos se acercaron a felicitarme y a ver la enorme piedra. Varios lo abrazaban maravillados, él no quitaba sus ojos de mí. No le había contestado aún nada, no obstante, sabía muy bien mi respuesta. En cuanto nos quedamos solos, Santiago tomó el teléfono y reservó un boleto para Myrtle Beach.

—Santiago, esto es... Dios... no lo esperaba —muchas dudas y emociones

pasaban por mi cabeza. Acarició mi mejilla tiernamente.

—Lo sé, mi amor, por favor, piénsalo... estos días sé que te servirán... Si decides que no, juro lo entenderé, entre tú y yo todo seguirá igual, te seguiré esperando ¿de acuerdo? —Le di un beso tierno.

—Sí, sí quiero... No tengo nada qué pensar, deseo ser tu esposa — Enseguida lo abracé ansiosa. No quería dejarlo, algo me decía que no debía hacerlo. Se quedó en silencio por un momento y luego me separó impresionado, su semblante demostraba la marea de sentimientos que experimentaba su ser.

—¿Es en serio?... ¿me dijiste que «sí»? —Asentí contenta al ver su reacción de incredulidad—. Por Dios, me estás haciendo el hombre más feliz sobre la tierra... No te arrepentirás... Te amo —nos besamos con amor, con deseo, con ilusión—. Sé que no fue el mejor momento, pensaba dártelo hoy en la noche de una forma especial, debido a esto decidí adelantarme por unas horas... Gracias por aceptarme, Kyana —acunó mi barbilla y me besó nuevamente. Rodeé su cuello aferrándome a él. Me daba pavor salir de ahí, dejar la seguridad que tanto trabajo me costó forjar, sin embargo, debía hacerlo, era mamá, era yo... era necesario.

El resto de la mañana y parte de la tarde no lo vi, tenía varias citas y juntas. Siempre que se alejaba por tanto tiempo lo extrañaba, pero ese día mi cabeza ya estaba dividida entre su propuesta y muchos kilómetros de distancia en otro lugar, mi mente no dejaba de recordarlo todo como si fuera ayer. A las siete llegó.

—Vámonos, señorita, tu avión sale en tres horas y tienes que empacar... — Me tardé unos minutos más dejando pendientes; él prácticamente me sacó cargando de ahí divertido. Metí lo que creía que necesitaría en una maleta, tomé mi pasaporte y una hora después, ya íbamos rumbo al aeropuerto. Le hablé desde el auto a Ralph, mi madre dormía, le avisé que llegaba temprano por la mañana, que no fuera por mí, tomaría un taxi.

Documenté en el mostrador de la aerolínea sin demora. Me acompañó hasta donde era permitido, me abrazó y rozó mis labios tiernamente.

—Cuídate... Por favor mantenme informado —asentí abrazada a él—. Te amo... No lo olvides. ¿De acuerdo?... —al ver mi expresión temerosa, sujetó con firmeza y ternura mi barbilla—. Kyana... regresa pronto, ya siento que te extraño, futura señora de Urrutia —sonreí por la forma en la que lo dijo. No sonaba mal.

—Yo también, Santiago... Desearía no irme —sonrió sin alegría.

—A mí tampoco me gusta separarme de ti, sin embargo, no será mucho tiempo y tienes que ir, es tu madre, después de todo ya pronto no nos separaremos jamás —acepté con la mirada gacha e insegura.

—Regresaré lo antes posible... —Me dio un beso en la frente.

—Eso espero, saluda a Irina y Ralph de mi parte. Nos vemos... —Me aferré de nuevo a su cintura y asentí recargada en su pecho, absorbiendo su varonil aroma. Me rodeó nostálgico al sentirme así. No podía evitarlo, tenía mucho miedo, pavor en realidad.

El vuelo salió puntual, no podía dejar de ver el anillo en mi dedo. Me sentía muy confundida. Le dije que sí porque lo quería, no obstante, ahora que iba en camino hacia mi pasado, no sabía si fue la mejor idea.

Conforme pasaban las horas el agujero en mi pecho se iba haciendo más presente al igual que el temor. Justo hacía nueve años que abandoné ese lugar y sin poder evitarlo comencé a evocar todo: mis amigos, mi primer día en aquella escuela, la primera vez que lo vi... Los problemas con Roger, aún sentía la cicatriz en mi nuca. Nuestro primer beso, el lugar donde acepté sin importarme nada estar junto a él, nuestros encuentros a escondidas, sus manos sobre mi cuerpo, sus labios sobre mi boca, sus palabras, sus miradas. La manera en la que me defendió una y otra vez, la intensidad de nuestra relación, la primera vez que me entregué a él. Su manera tan especial de hacerme sentir... amada hasta la locura. Nuestros juegos, las risas. La preocupación de mis padres...

No fue un sueño, como varias veces decidí pensar en medio de aquellas noches de angustia y soledad, fue real, nos amamos mucho más de lo que nunca vi a alguien hacerlo. Pero... todo tuvo que terminar, nunca pude comprender por qué me odiaba tanto su familia... Luchamos mucho, pasamos tanto. Él era mi vida y yo la suya, esa mujer lo sabía y por eso nos separó.

Todavía podía recordar cada una de sus palabras en mi cabeza. Ella tenía muy claro de lo que él era capaz por mí. No se rindió ni un solo día después de que lo terminé. No me creyó, conocía muy bien lo que existía entre nosotros y lo mucho que lo amaba. Nada fue más doloroso que dejarlo amándolo como lo amaba. Me encerré en mí comprendiendo que no podía volver a sufrir una vez más, no lo soportaría. Todo eso no me permitió vivir como debía durante ese tiempo. Él seguramente habría hecho su vida, mientras que la mía quedó fracturada sin remedio y con su recuerdo suspendido siempre en mi alma.

Llegué al amanecer y Ralph se hallaba ahí. El ambiente húmedo y no tan caliente era muy agradable. Mi madre le rogó que fuera por mí, él no le negaba nada. Así que ahí se encontraba.

En cuanto me vio, me abrazó.

—Qué bueno que viniste, está ansiosa por verte...

—Yo también, Ralph, ¿cómo sigue? —quise saber nerviosa. Sujetó mis manos y me observó cariñoso.

—Bien... Escucha, somos conscientes de lo difícil que esto es para ti y aunque sé que es tu madre, te lo agradezco. Serán solo unos días... —afirmé sintiendo mis piernas como gelatina.

En menos de lo que pensé estacionaba su camioneta frente a la casa. Me quedé paralizada, ni siquiera podía bajarme. Estaba idéntica, no pasó el tiempo en ese lugar. Ralph observó mi reacción, rodeó el auto y abrió la puerta.

—Kyana, sé fuerte, sé que puedes hacerlo. —Me agarró por el codo y me ayudó a descender. Las piernas me temblaban, un sudor helado recorrió mi espalda. Anduve hasta la puerta reviviendo todo. No obstante, nada podría prepararme para lo que sentí al ingresar, de inmediato quedé en shock.

La misma sala, los mismos adornos... ahora colocados diferentes. El olor a madera que tanto me gustaba. Todo igual, solo tenía pequeñas modificaciones y algunas cosas de más o de menos. Rodeó mis hombros y me guió a las escaleras. Conforme subí la opresión creció. Me sentí otra vez de dieciocho a pesar de que pronto cumpliría veintiocho.

La planta alta también se encontraba intacta, solo integraron algunas fotos más y de ella con Ralph, pero todo era igual. Entré a su recámara, esa sí era diferente. La remodelaron y lucía más grande y moderna. Mi madre se hallaba acostada sobre su cama. No se veía nada bien, su lado izquierdo al parecer fue el que sufrió el mayor impacto. Traía enyesado el brazo. Tenía unos pequeños raspones y moretones adornándole el rostro. Sentí de nuevo el nudo en la garganta, imaginé que estaría peor, sin embargo, no me gustaba para nada verla así. Me acerqué de inmediato y la abracé como pude.

—Mamá...

—Hija... Dios... No puedo creer que estés aquí. —Con su mano sana acarició mi rostro una y otra vez con lágrimas en los ojos. Me hincó sobre el piso a su lado y con los dedos se las limpié intentando sonreír para que se calmara.

—¿Cómo me iba a negar?, si te amo y tú me necesitas...

—Sé que parece un capricho, pero fue horrible, Kyana. Me asusté, pensé que no te volvería a ver...

—Sh, ya ves que no fue así, aquí estoy y no me iré hasta que te sientas mejor. ¿De acuerdo? —asintió acercándome a ella con un solo brazo.

—Debes estar agotada, hija —me acomodé un mechón detrás de la oreja, de pronto ella dejó de pestañear y abrió la boca en «O»—. Kyana, ¿y ese anillo? —ni siquiera lo recordaba, pestañee varias veces aturdida—. ¿Te vas a casar?...

—Sí, bueno, me lo dio unas horas antes de venir y... —Sujetó mi mano y lo observó sonriente.

—No lo puedo creer...

—Todo fue muy rápido, tu accidente, el venir aquí, le dije que sí —acaricié mi mejilla comprensiva, aturdida también.

—Es maravilloso, mi amor, siento haber arruinado el momento... sé que esto no es nada fácil para ti, créeme que por lo mismo aprecio mucho más que vinieras aquí... —tomé su mano y la besé. Rodeé la cama, me recosté a su lado acariciándole el cabello. Se comenzó a quedar dormida enseguida. Parecía muy agotada.

—No hay nada que no haría por ti. Te amo, mamá...

Salí de la recámara en silencio. Caminé, sin poder evitarlo, hacia la que solía ser mi habitación. Abrí la puerta despacio, con resquemor. Observé todo sin poder dar un paso adentro. Mi madre no movió una sola cosa. Las cortinas estaban corridas y las ventanas abiertas. Todo lucía limpio, el tiempo se detuvo en mi cabeza.

—No quiso nunca tocar nada... —era Ralph, no pude voltear a verlo. Entré vacilante y la comencé a recorrer con la mirada. Cosa por cosa. Mi escritorio, mi cama, la televisión, todo era igual. Recorrí las puertas del closet y ahí estaban todas mis cosas, mis libros, mis CDs, las fotos, todo... incluso aquella bolsa negra donde mi madre puso toda la «basura» que generé hacía nueve años en un arranque de furia e impotencia.

Estaba realmente choqueada. Mis maletas ya descansaban ahí, supuse que Ralph las subió por mí. No pude más y bajé prácticamente corriendo. Fui hasta la cocina, escuché que él estaba ahí.

—¿Qué haces?... —anotaba cosas en una libreta.

—No he podido ir de compras, así que aprovecharé para ir ahora que no está sola —me recargué en la barra observándolo, parecía fatigado.

—Iré yo, Ralph... solo dime a dónde... —Se quitó los pequeños lentes que

usaba para vista cansada y me miró enarcando una ceja.

—¿De verdad?

—Sí —me urgía salir de ahí, me estaba ahogando.

—Bueno... No sé... ¿segura?

—Sí, Ralph, segura, es solo ir de compras... Yo voy, tú descansa, te ves exhausto —y era cierto, tenía unas profundas ojeras, seguro la pasó muy mal con todo lo ocurrido, mamá era su sol.

—Y lo estoy, esto ha sido muy fuerte para mí...

—Lo sé, pero ahora estoy aquí, puedo ir sin problema. —Asintió contento. Aguardé a que terminara su lista, sintiéndome cada vez más ansiosa y nerviosa. Me gustaba estar ahí, era un lugar que amé profundamente a pesar del poco tiempo que estuve, sin embargo, sabía muy bien lo que implicaba. El miedo regresó a mí sin contemplación. Esperaba pasar inadvertida, después de todo ya había transcurrido mucho tiempo, algunos no vivirían ahí, podía aprovechar para ver a Robert.

—Toma... —me quiso dar dinero, lo rechacé rotundamente.

—Solo dime a dónde ir.

—Aquí las cosas no han cambiado mucho, Kyana, solemos ir al mismo de siempre... —Asentí mientras tomaba las llaves del auto y mi bolso.

—Regreso en un rato, duerme por favor —mi voz sonaba más ansiosa de lo que deseaba, él se dio cuenta enseguida y sonrió torciendo la boca.

—Gracias, es justo lo que haré.

Me subí a la camioneta y conduje. Era verdad... nada cambió, había más establecimientos y algunas casas nuevas o pintadas de otros colores, pero en general permanecía igual. Con el paso de los años olvidé lo agradable que era vivir en un sitio como ese, fui muy feliz ahí. Recordé por un momento la sensación y eso fue peor, no la había vuelto a sentir desde hacía mucho tiempo.

Necesitaba aire, por eso quise salir de la casa. Mi estómago estaba revuelto y tenía un enorme nudo en la garganta. Me urgía pensar, estar sola, acomodar todo en mi cabeza. Sentí una enorme necesidad de ir ahí, a aquel «lugar». Podría ser que me ayudara a enterrar definitivamente ese sentimiento, tenía que dejarlo ir.

No tenía idea de cómo hacerlo, pero frente a mí se encontraba una nueva oportunidad para empezar mi vida con alguien más y de otra forma. Deseaba volver a ser feliz, olvidar todo lo que me ocurrió y comenzar otra vez ahora por mí misma, porque era mi decisión.

INCONSCIENTE

Manejé recordando perfectamente el camino. Me detuve dudosa pues había una enorme casa justo ahí, frente a la playa. Arrugué la frente. Era hermosa y llena de cristales. No se veía movimiento y estaba segura era el sitio, todo lo demás permanecía intacto.

Bajé del auto observando todo, fuera quien fuera él o la dueña no importaba, yo necesitaba ir a allí y no me detendría.

Sin darme cuenta mientras avanzaba comenzaron a salir las lágrimas. Aún estaba ahí la banca donde solíamos ponernos los zapatos. Caminé perdida en mis recuerdos directo al mar. Había un poco de aire y la sensación de él contra mi rostro me hacía sentir... viva.

Me senté sobre la arena contemplando el horizonte. Podía verme ahí, con él, acostados sobre alguna frazada o corriendo uno tras del otro. Recordaba cómo me cargaba y reíamos sin parar. La última noche que estuvimos juntos la pasamos ahí, me había pedido que me casara con él, aún podía escuchar su voz y ver sus ojos devorándome ansiosos.

Abracé mis rodillas y recargué allí mi barbilla. Acudió a mí aquella ocasión en la que Max me besó y él desapareció por tres días. Me refugié desesperada en esa playa, podía sentir el dolor de esos momentos, la angustia de no poder explicarle. Él me encontró en esa playa y me dijo cosas... que jamás podría olvidar.

Ese sitio, sin duda, siempre fue especial para ambos. Intenté respirar profundo como solía hacer, no pude, jamás logré volver a hacerlo, mi cuerpo a pesar del sol sobre él, lo sentía tan frío como esos últimos días, la sensación regresó haciéndome temblar.

Lo amé demasiado, ilusamente me entregué a aquel impresionante sentimiento imaginando que siempre estaríamos juntos, que lucharíamos para conseguir vivir nuestras vidas como tantas veces soñamos, a pesar de la edad que teníamos. Pero todo desapareció tan rápido que sentí que me volvería loca. Mirando hacia atrás no lograba entender cómo fue que logré salir adelante con todo eso auestas.

Observé mi mano y comprendí con dolor que por Santiago nunca sentiría algo igual. La rabia hacia esa mujer y conmigo, me golpeó de pronto. No quería condenarlo a una vida mediocre, Santiago merecía alguien que lo

amara, que diera todo por él y yo tenía que poder. Lo injusto era que ese hombre se merecía mi corazón entero y eso era un gran problema, simple y sencillamente porque ya no lo llevaba conmigo. No era como que mi novio de juventud y yo nos hubiéramos dejado de amar... como que las diferencias o malos entendidos nos hubieran separado y creo que eso era justo lo que lo convirtió todos esos años en algo aún más doloroso. Las lágrimas continuaban humedeciendo mis mejillas, me sentía tan frustrada.

De pronto sentí que algo cambiaba en el ambiente, intenté ignorarlo, mi inconsciente me estaba traicionando, eso solo lo sentía cuando...

—¿Hola...? —mis manos comenzaron a sudar, mi pulso se aceleró, la boca se secó y todo mi cuerpo despertó como si un interruptor hubiera sido accionado en ese instante. No supe qué hacer. Sentí cómo se acercaba cada vez más y de repente, se detuvo ahí, a un metro de mí—. ¿Kyana? —cerré los ojos y comencé a respirar con dificultad. Giré el rostro lentamente y... era él.

Me levanté enseguida torpemente sacudiéndome la arena. Estaba impresionante, su cabello lo llevaba sin peinar, por lo que le caía a los lados relajadamente, su rostro era aún más cuadrado y su tórax se ensanchó. No supe qué decir, me quedé pasmada.

—Por Dios... Eres tú... —su voz era un poco más gruesa, pero la podría reconocer hasta en sueños. Se acercó a mí, instintivamente di un paso hacia atrás. Si me tocaba no lo podría superar y me hundiría otros nueve años—. No lo puedo creer... ha pasado tanto tiempo... —alargó una mano hasta mi rostro, sin embargo, no alcanzó a tocarme, enseguida la bajó. Llevaba un jean desgastado, una playera blanca cuello «V» y unas sandalias. De verdad no recordaba lo perfecto que era y con los años se puso aún mejor, ya era un hombre, uno realmente impresionante. No me salía ni una palabra, me mordí el labio sin poder evitarlo. Tenía que irme, no podía, me hallaba anclada a la arena. No lo había dejado de amar, al verlo así de cerca todos mis sentimientos resurgieron con una fuerza arrasadora permeando todo en mi interior de ese sentimiento cálido que busqué enterrar con desespero todo ese tiempo.

Se acercó a mí de inmediato.

—¡No! —logré decir retrocediendo temerosa. Se detuvo enseguida, reaccionando. Notó mi intención de marcharme y me detuvo por la muñeca, enseguida volví a sentir que mi cuerpo despertaba, la sangre volvió a bombear circulando rápidamente, su tacto seguía provocándome la misma reacción y al parecer en él, pues sus ojos parecían sorprendidos, aun así, no

me soltó.

—Espera...

—Liam... es mejor que me vaya... —me soltó al escucharme decir su nombre, parecía que había oído una sinfónica, sonrió suspirando. ¿Qué estaba pasando?

—Kyana, ¿cuándo regresaste?... —al pronunciar el mío, mis pies se elevaron. Dios, no podía estarme pasando eso.

—Hoy... pero debo irme —insistí ansiosa. Había una revolución dentro de mí, por un lado moría por quedarme ahí, con él. Pero por otro, un pavor infinito y demasiado viejo comenzó a apoderarse de mí. Su mirada se entristeció. Maldición seguía generando lo mismo que hacía tantos años en mi cuerpo. ¿Por qué?

El aire despeinó mi cabello quitándome la visibilidad, lo ladeé instintivamente.

—¿Te vas a casar? —abrió los ojos, tenso y de inmediato se puso pálido, una vena comenzó a palpar peligrosamente bajo su sien. Conocía muy bien esa expresión. La vi aquel día que ese tipo me besó sin que yo pudiera evitarlo y las ocasiones en que Roger se empecinaba en hacerme daño.

Escondí mi mano tras la cadera sin saber qué decirle. De verdad estaba impresionado, se pasó los dedos por el cabello cerrando los párpados y respirando rápidamente para... ¿calmarse? Aproveché su desconcierto, giré decidida a escabullirme.

—Olvidaba qué clase de mujer eres, de hecho me parece raro que aún no estés. Qué idiota soy, si tú no sabes estar sola, ¿cierto? —sus palabras estaban cargadas de odio y coraje. Pestañee varias veces impresionada por el impacto que tenían sobre mí. Ya había pasado mucho tiempo, ¿cómo podía decir algo así?

—Es mejor que me vaya... —musité con un hilo de voz.

—Sí, es lo mejor, después de todo... es lo único que sabes hacer... huir —sentí ganas de abofetearlo, ¿cómo podía hablarme de esa manera? Sin embargo, me contuve, él no sabía mis razones y jamás lo haría... Decidió creer lo que mejor le convenía y al parecer eso era pensar lo peor de mí.

—Adiós, Liam —Me fui lo más rápido que pude evitando con esfuerzo correr. Mis piernas parecían querer doblarse. Entré en la camioneta e intenté recobrar el aliento entre sollozos. Apreté el volante tan fuerte que mis manos se quedaron blancas y entumidas. Las lágrimas de dolor y frustración comenzaron a descender por mis mejillas. ¿Por qué fui ahí?, ¿qué diablos

ocurría conmigo?... Me sentía enojada y demasiado nerviosa. No tenía la menor idea de que ahí me lo encontraría... ¿O sí?

Prendí el motor temblando y arranqué sin mirar atrás. Pasó mucho tiempo, mi vida no era nada de lo que imaginé, no obstante, me las arreglé y era feliz a mi manera. Pero al verlo retrocedí por completo. Me sentía de nuevo vulnerable y más sola que nunca. Tomé el móvil y le marqué a Santiago, necesitaba escucharlo.

—Hola, mi amor. ¿Cómo va todo?, y ¿tu madre? —su voz no me tranquilizó como esperaba, al contrario, me hacía sentir traicionera y desleal. Me estacioné frente al supermercado que solía ir. Temblaba sin control y sentía unas enormes ganas de devolver el estómago. No de nuevo.

—Bien... todo bien.

—Kyana, te escuchas extraña... ¿de verdad te encuentras bien? —me limpié llena de rabia las lágrimas con las yemas de los dedos. Necesitaba serenarme, sentía que todo se me venía encima como una enorme bola de nieve y que por más que corriera esta vez no lograría escapar.

—Sí... solo un poco cansada y aunque ella está bien, no me gusta verla así.

—¿Solo es eso?... —no me creía.

—Sí, Santiago. ¿Sabes?, te extraño —murmuré y no era mentira, solo que no por lo que él suponía, sino por la sensación de seguridad que me brindaba su presencia.

—Yo también, mi amor... Descansa, fueron muchas horas de vuelo, hablamos mañana. ¿De acuerdo? —su tono era conciliador y cariñoso.

—Sí... hasta mañana.

—Te amo... No lo olvides —cerré los ojos esperando sentir lo mismo. Lo único que logré fue evocar la imagen de Liam hacía unos minutos. Maldición, ¡Esto parecía un círculo de dolor!

—No, no lo haré, yo también te quiero —colgué e intenté tranquilizarme. Era lógica su reacción, aunque eso no hacía que dolieran menos sus palabras. Bajé del auto y caminé lentamente hasta el supermercado. Ya adentro pude distraerme un poco, la lista de Ralph no era muy grande, pero no conocía la mayoría de los productos, después de todo estuve en otro país durante nueve años.

—¿Kyana? —no reconocí la voz. Estaba intentando concentrarme en encontrar un producto de limpieza que no se veía por ningún lado. Me mordí el labio, sabía que eso ocurriría, era justo lo que temí. Giré para ver quién era.

—Sí, eres tú... Es increíble... —Emma, cambió poco, llevaba el cabello

liso y lo había oscurecido un tono, seguía igual de delgada. Enseguida llamó mi atención una pequeña que estaba dentro del carrito jugando con todo lo que ella iba a comprar. Me llevé la mano a la boca impresionada sintiendo cómo por mi piel viajaba una sensación de pérdida más.

—¿Emma? —se acercó a mí dudosa.

—Sí... No lo puedo creer... Ha pasado tanto tiempo... —Ambas nos abrazamos. Una parte de mí estaba feliz de volver a verla. En aquellas épocas se convirtió en algo así como mi mejor amiga, confié en ella, siempre me apoyó y estuvo a mi lado hasta el último momento, incluso supe por Robert que aquel día ella y Annie no pudieron creer lo que sucedió con ese chico.

—¿Es tu hija? —le pregunté acariciando la cabecita castaña que le quitaba la etiqueta a algo muy concentrada.

—Sí, se llama Nicole, es mía y de Kellan... —mi piel se erizó al escucharla. Tenía una sortija alrededor de su dedo y era de matrimonio.

—¿Se casaron? —susurré impresionada con cada poro de mi piel tensa.

—Sí, hace tres años, te quise buscar para que vinieras, pero... supuse que no lo harías... Desapareciste... nadie volvió a saber nada de ti... —lo decía nostálgica y un poco decepcionada. Sentí mucha rabia, esa impotencia añeja. En fin, eso ya no lo podía cambiar, aun así, fui dolorosamente consciente de todas las cosas que me perdí y continuaría perdiéndome. Mi vida ya no estaba ahí, eso sin contar que no pensaba arriesgarme a tentar a esa mujer peligrosa y desquiciada. Sabía bien por las noticias y periódicos, además por investigaciones que yo misma efectué por internet, que era una mujer muy poderosa y que en efecto, me aplastaría con un dedo si lo deseaba.

—Lo siento, Emma, no sé qué decirte... fue... muy difícil —colocó una mano sobre mi antebrazo.

—Siempre te he recordado y jamás comprendí... tu decisión. Algo muy grave tuvo que haberte ocurrido para que actuaras así —bajé la mirada mordiéndome otra vez el labio.

—Está preciosa, Emma... —me refería a su hija intentando cambiar de tema. La sacó de ahí y la cargó orgullosa.

—Sí, es mi adoración y deberías ver a Kellan... muere por ella. Es un padre maravilloso... —sentí un poco de envidia al escucharla. Si las cosas hubieran sido de otra forma, probablemente yo estaría igual y muy feliz. Sacudí la cabeza—. Y ¿tú?... Te ves muy bien... tu cabello... siempre me gustó y ahora lo tienes más largo... La vida allá te ha sentado... aunque luces un poco pálida, ¿te sientes bien?

—Sí, cansada nada más, tú también te ves muy bien. —Me agradeció con los ojos. De pronto algo se le ocurrió, dejó a Nicole en el carrito y giró hacia mí excitada.

—Tengo una idea, Kyana, le diré a Robert que estás aquí, hoy nos reuniremos en su casa, le encantará verte —torcí la boca, no sabía si era lo mejor. ¿Y si él estaba ahí?, no sabía cómo eran las cosas ahora—. Vamos... —insistió sonriendo.

—No lo sé... Creo que no es buena idea, Emma.

—Claro que lo es... No digas eso. Annie se pondrá feliz, no me lo va a creer... Di que sí... ya pasó mucho tiempo... No va a ir nadie que te pueda incomodar —supe enseguida que se refería a él y si era así, no podía negarme, sin embargo, no sabía lo que pensaban de mí después de aquel último día que sucedió aquello tan asqueroso y que me marché sin volver atrás.

—¿Segura que... no molestaré a nadie con mi presencia? —arrugó la frente desconcertada.

—Claro que no, nadie tiene ningún motivo para que eso pueda suceder — asentí intentando sonreír.

—De acuerdo, Emma, yo también tengo ganas de verlos —aplaudió varias veces de la emoción dando pequeños brinquitos.

—¡Perfecto! —Unos minutos después me explicaba cómo llegar a casa de mi amigo. Apunté el número y la calle en mi móvil— A las siete, ¿te parece?

—Llegaré, no sé si a esa hora, mamá está convaleciente.

—De verdad... sí supe... fue ayer, ¿no es cierto?, Kellan y yo pensábamos pasar a saludarla —enarqué una ceja sin comprender, ellos ¿qué tenían que hacer en casa de mi madre?

—No me mires así, todos queremos mucho a Irina y vamos a verla cuando podemos... ¿No lo sabías? —me preguntó intrigada. Negué completamente perpleja—. En fin... —puso una mano sobre la mía, enseguida la quitó observándome— Kyana... estás helada —parpadeé varias veces sin poder contestarle, su cambio de tema fue abrupto—. Así estuviste los últimos días... —susurró como recordando. Nicole comenzó a llamarla.

—Debo irme, Emma, nos vemos más tarde. —Sacó a la niña en brazos sonriendo.

—Genial... no vayas a faltar... Robert iría por ti.

—No lo haré... —seguí mi camino intentando respirar, mis pulmones seguían siendo deficientes, así que busqué llenarlos varias veces.

En cuanto llegué a casa me sentí mejor dentro de lo que cabía. El haber visto a Liam abrió todas las heridas y las sentía sangrando en mi pecho, pero curiosamente algo cambió dentro de mí. Era como si mi cuerpo hubiera permanecido dormido todo ese tiempo y de repente comenzara a despertar, como si estuviera recuperando lentamente esa parte de mí que le cedí hacía nueve años. Después, cuando me topé con Emma, me dio un gusto increíble, aunque también dolió mucho no haber estado en sus momentos más importantes, haberme perdido de tantas cosas... no solo de ella.

Mi odio subió varios niveles, tenía ganas de gritar, de patear, de desgarrar algo hasta dejarlo inservible y si pudiese ser ella, mucho mejor. La frustración y rabia de lo que me forzó a vivir todo ese tiempo jamás se lo podría perdonar, nunca.

Me di un baño y me puse unos *pants*, no me había cambiado desde el día anterior. Me quité el anillo y lo dejé sobre la mesa de noche. Al recordarlo sentí de nuevo esa confusión, lo quería mucho... rogaba que eso fuera suficiente.

Mi madre continuaba dormida, bajé para acomodar las cosas que compré, ya estaban en su lugar. Era media mañana y Ralph trabajaba en algo de la agencia. Me observaba desde el comedor por debajo de sus lentes.

—¿Cómo te fue? —lo preguntó como si supiera que algo ocurrió. Él estuvo ahí... me vio ser feliz y luego apagarme súbitamente. Conocía muy bien la historia o por lo menos la que mamá y el resto sabían, no obstante, jamás me dijo nada, nunca en todos esos años.

Me serví un poco de jugo y me senté en el otro extremo de la mesa.

—Bien... aunque algo extraño... —bebí un poco y lo volví a dejar pensativa.

—Me imagino, fueron muchos años... —tenía ambos codos recargados sobre la mesa y me observaba atento. Seguía siendo muy guapo, solo que ya mayor.

—Sí, demasiados —suspiré frustrada—. Fue lo mejor.

—Hiciste lo que sentías, Kyana, nadie puede juzgarte. Bastaba verte para saber que necesitabas irte... —alcé mis ojos. Después de tanto tiempo lo quería, siempre fue muy prudente, se limitaba a estar... respetaba mis silencios y permaneció siempre al lado de mi madre, todo eso me gustó siempre mucho de él.

—Sí, no podía quedarme, es solo que he extrañado tanto a... mamá, a mis amigos... este lugar.

—Irina lo comprendió con el tiempo, lo único que le preocupaba era no llegar a verte feliz... Pronto entendió que lo eras a tu manera o que por lo menos lo intentabas. Y en cuanto a tus amigos... ellos sé que aún no te olvidan... —lo miré confusa, recordé lo que Emma me dijo—. Venían en las vacaciones, Kyana, tocaban o hablaban preguntando por ti... pero tú no estabas y tu mamá no les decía cómo podían encontrarte. Con el tiempo dejaron de hacerlo, creo comprendieron que no regresarías a pesar de que ella vivía aquí. Irina y yo los encontrábamos en algunos lugares o venían a visitarla de vez en cuando, siempre preguntaban por ti. Para ella era duro... cada vez que los veía te recordaba inevitablemente —escucharlo me dolió más de lo imaginable, ellos me buscaron y mi madre sufrió. Era lógico que lo hiciesen, lo que vivimos en aquellos meses nos cambió a todos, sin embargo, no dejaba de hacerme sentir que todo fue una especie de mentira, que mi vida fue hurtada, robada—. Sé que no debería de estarte diciendo todo esto, Kyana, pero creo que necesitas saberlo. Me dijo tu madre lo tu compromiso, no quiero meterme, es tu vida y te juro la respeto, sin embargo, antes de tomar una decisión como esa, deberías de enfrentar esta parte de ti, es tu pasado y es parte de tu vida, tienes que superarlo realmente para que logres ser feliz. Te lo mereces... en serio creo que eres una gran mujer. Nunca he visto a nadie intentar salir adelante con tanto dolor a cuestas, nunca supe lo que realmente sucedió, pero te admiré por tu fuerza, por tu entereza. Kyana... inténtalo, por ti, por ella... —señaló con la barbilla el techo, se refería a mi madre.

Nadie nunca me habló así. Sabía que tenía razón, me sentía desconcertada y con la cabeza completamente enmarañada. Ralph decía la verdad, mi madre se lo merecía, yo y también Santiago, necesitaba poder ofrecerle la mejor versión de mí misma. Pero... ¿Cómo? Cómo si mi cuerpo reclamaba a otra persona que ahora me odiaba ¿Cómo? Si siempre existiría en mi mente él: «¿Y si hubiera?» Nada de lo que ocurrió lo elegí, alguien más lo decidió por mí, era por eso que no lograba salir del gran agujero donde me refugié.

Me levanté y le di un beso a un lado de la frente. Él me sonrió y continuó trabajando.

Salí por la sala a la terraza, hacía mucho calor, no importó. Me senté sobre aquel sillón en el que le narré toda mi vida una noche, en el que me acomodaba una y otra vez sobre sus piernas mientras nos besábamos, platicábamos o simplemente no decíamos nada.

Recordé que cuando estaba a solas con él, una paz relajante se apoderaba

inevitablemente de mí, nada me importaba... solo él, su olor, su mano rodeándome por la cintura, sus caricias, la manera en que acomodaba mi cabello detrás mi oreja; era como si le dedicara toda la atención del mundo. Aquella mirada... esa mirada que me volvía loca, que lograba olvidar hasta quién era, las mariposas dentro de mí cuando se acercaba. Y... esa forma tan extraña de poder sentir su presencia, no necesitaba verlo para saber que ahí se encontraba. Nuestros sentimientos, a pesar de ser aún muy jóvenes, llegaron a ser muy profundos, en ese momento lo comprendí más que nunca. Habían rebasado incluso mi propio equilibrio mental. Se apoderaron de mi ser, de mi voluntad, incluso de mi forma de respirar. Necesitaba salir de eso, no podía seguir así... ya había llegado al límite.

De nuevo las malditas lágrimas se hicieron presentes, ya no solía derramarlas con facilidad, no desde hacía nueve años. Me volví dura, un tanto indiferente e insensible, esa fue la única forma que encontré para poder salir adelante a pesar del dolor y del sufrimiento que llevaba en mi mente, en mi alma, en mi corazón.

Cerré los ojos y reviví cada momento. Para mi sorpresa, sin tanto dolor, llenándome de una extraña tranquilidad, era como si lo sintiera a mi lado, como si nada hubiera sucedido y supiera que todo estaría bien. No me di cuenta cuando me quedé dormida. Al despertar miré el reloj, casi eran las cuatro, me tallé los ojos desperezándome y entré a la casa.

No vi a Ralph y subí las escaleras. Mamá ya estaba despierta y veía un programa con poca atención.

—Hija, ya despertaste —rodeé la cama para sentarme a su lado.

—Sí, no dormí en toda la noche... lo siento... —tenía mejor semblante y sonreía tranquila.

—No te preocupes, me dijo Ralph que saliste a hacer las compras... ¿Cómo viste todo?... —cruce mis piernas sobre el colchón resoplando.

—Pues... igual... Aunque me encontré a Emma...

—¿Conociste a su hija? Verdad que está hermosa.

—Mucho. Se casó con Kellan... —asintió con los ojos, comprendiendo que yo me acababa de enterar—. Ya sé que... a veces los ves —asintió sin decir más—. ¿Por qué nunca me lo dijiste? —sonrió tranquila.

—Porque pensé que era lo mejor para ti, tú tampoco jamás preguntaste nada de este lugar —no le pude refutar esa respuesta.

—Me invitó hoy en la noche a casa de Robert, van a ir algunos... no sé si es buena idea —mordí mi labio concentrándome en mis piernas. Comencé a

jugar con las agujetas del tenis, me sentía de nuevo de dieciocho.

—Kyana... yo no puedo decirte qué hacer, pero hija... ya pasó mucho tiempo, fueron tus amigos... podrías intentarlo —asentí mientras arrancaba un pequeño hilo que salía de mis *pants*.

—¿Sabes?... También lo vi —Enseguida cambió de posición, noté que le dolía y la ayudé a quedar bien sentada. Supo de inmediato a quién me refería.

—¿Dónde?

—En la playa... apareció de pronto... En realidad no hablamos mucho... me fui enseguida.

—Comprendo, y ¿cómo te sientes? —demoré un segundo en contestar, en realidad no tenía una respuesta para eso. Mi cabeza era un caos.

—No lo sé, creo que ya no pertenezco aquí —Y era cierto, así me sentía.

—Kyana, lo siento, hija, pero me parece que ya era hora de que enfrentaras todo lo que hace años dejaste, todo fue tan extraño y de improviso... —Era justo lo que me dijo su esposo. Comprendí que pasaron mucho tiempo platicando sobre mí y sobre mi manera de enfrentar lo que sentía.

Ralph tuvo que salir a checar unos pendientes de la agencia, así que preparé la cena. Recordé cómo era que solía cocinarla, sola o junto a él. Nos divertíamos tanto, continuamente terminábamos completamente manchados gracias a mis bromas o a las de él. Nos gustaba estar ahí, era buen cocinero y siempre se le ocurrían experimentos diferentes con la comida. Cada minuto en esa casa, en ese pueblo, me hacía comprender que realmente nos compenetramos mucho más de lo que en aquel momento me di cuenta y podía reconocer.

A las seis le subí la cena, la ayudé, porque debido a su mano, le era un poco complicado hacerlo sola. Ralph llamó, sonaba muy atareado, por lo que le dije que no se preocupara, que hiciera lo que tenía hacer.

En cuanto llegó me cambié, después de mucho darle vueltas, decidí asistir, probablemente era la última vez que los vería y si no estaba él, no perdía en realidad nada. Me puse un jean entubado, una blusa miel sin manga y unas sandalias de piso, dejé mi cabello suelto, me puse un poco de máscara como solía, pues seguía sin pintarme de más en la cotidianidad. Me miré en el espejo sin poder dejar de pensar en su rostro, yo no había cambiado mucho, probablemente estuviera más delgada, pero en realidad estaba igual, en cambio él se había convertido en un hombre y no cualquiera... uno realmente; asombrosamente atractivo, esa mañana ni siquiera iba vestido formal y parecía salido de una revista. De solo recordarlo mi cuerpo vibró y

la sangre corrió vertiginosamente por todo mi torrente.

Conduje consciente de que iba un poco tarde, la cita era a las siete y ya pasaban de las ocho y media. Encendí el radio buscando algo que me distrajera, parecía que había un complot en mi contra, todas las estaciones pasaban canciones románticas o melancólicas, lo apagué frustrada y maldiciendo.

Di con la calle rápidamente, busqué el número que anoté en mi móvil y enseguida la vi. Era impresionante. Esa era una enorme casa. Siempre me dijo que le iba bien, sabía que sus padres tenían dinero, como casi todos mis examigos, sin embargo, eso era algo que no esperé. Me estacioné tras una hilera de autos y bajé temerosa, no los había visto en años...

Toqué y esperé con las palmas sudando. Escuché pasos al otro lado y la puerta se abrió. Era Robert. Guau, estaba delgado y creció un poco más. Me pareció verdaderamente apuesto.

—¡Dios!... ¡Pero si eres tú! —susurró impactado.

—Robert —musité con hilo de voz. Me abrazó fuertemente al tiempo que yo le correspondí bastante emocionada por verlo, sabía mucho de él, pero no nos vimos en varios años. Me separó tomándome de las manos y sonriendo.

—Estás... hermosa, Kyana, en serio que sí.

—¡Y lo dices tú! Te ves muy bien, las fotos de la boda no te hacen justicia —me mandó algunas en las que solo salía él y Annie. Se veían adorables.

—Lo sé... Mi esposa se ha encargado de ponerme en forma —me observó de nuevo al ver que sonreía, parecía nervioso y no dar crédito de mi presencia ahí—. No lo puedo creer, Kyana, pensé que tendría que ir para poder volver a verte algún día. En serio no lo puedo creer, tantas cosas, tantos años y tú aquí, de nuevo, como debe ser.

—Vine solo unos días —me dio un beso en la frente cerrando la puerta tras de mí, lucía tenso.

—Kyana... —iba a decirme algo cuando Annie apareció y al verme brincó de la emoción. Se puso las manos en la boca y se acercó a mí corriendo. Me abrazó sin darme tiempo de reaccionar.

—¡No puede ser! Emma me lo dijo, no le creí... —nos separamos mirándonos la una a la otra—. Te extrañamos mucho, Kyana, es increíble que aquí estés —expresó feliz.

—Yo también, no sabes cuánto —su ahora esposo nos observaba abatido, recordaba cada palabra dicha, lo veía en sus claros ojos. Jamás volvimos a hablar sobre aquello, ambos sabíamos que era arriesgado, sin embargo, en ese

momento nuestra complicidad fue evidente.

—Tienen una casa muy hermosa —señalé alzando la vista.

—¿Verdad que sí? Robert la construyó —caminó hacia él y le dio un beso en la boca—. Es un arquitecto maravilloso.

—Te creo —señalé guiñándoles un ojo. De pronto sujetó mi muñeca y sin más me jaló hacia adentro, cruzamos una enorme sala, Robert venía tras nosotras. Corrió unas enormes puertas de vidrio y ahí estaban todos. Era un jardín inmenso, con una larga mesa de madera oscura donde todos se encontraban, había una parte techada donde estaba servida la comida y se encontraban las bebidas.

Me detuve en seco al darme cuenta de que él estaba ahí. Annie se percató y giró hacia mí nerviosa.

—Lo siento, Kyana... eso era lo que quería decirte —miré a mi amigo asustada, aterrada en realidad—. Vamos... —me animó moviendo la barbilla en dirección a los demás. Negué sin moverme—. Kyana... por favor... ya estás aquí, no dejaré que nada ocurra —Annie me suplicaba con los ojos. Tragué saliva sintiendo de nuevo que mis piernas se doblaban.

—¡Viniste! —Emma me vio y se levantó de inmediato yendo a donde me encontraba. De pronto todos voltearon. Maldición. Reconocí a Kellan, a Max, Ray, Susan, Luck y Lana. A él no quería ni verlo—. Lo siento... —susurró arrepentida Emma una vez que estuvo a mi lado—. No sabía que vendría... no se encontraba aquí.

—Está... bien —mentí sin remedio mientras me arrastraban entre ella y Annie hacia la mesa.

—¿Ya vieron quién está aquí? —anunció Emma emocionada. Sentí que la tierra me tragaba cuando me di cuenta de que no era una buena noticia, de hecho parecían desconcertados. Max fue el primero que se acercó.

—Cuanto tiempo, Kyana —me abrazó suspirando—. Desapareciste... —expresó arrugando la frente con un poco de reproche.

—Yo... sí, lo siento —uno a uno se fueron acercando excepto Liam y Kellan. Emma lo regañó con la mirada, al final accedió y me saludó como si me viera a diario.

Quería salir corriendo de ahí, no fue buena idea, después de todo pasó mucho tiempo y ellos creían que los olvidé, que no me importaron. No podía juzgar sus reacciones.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Robert molesto tras de mí. Asentí nerviosa. Me sentó junto a su esposa pidiéndole con los ojos que no me

dejara sola.

—¿Cómo has estado? —Al ver que no lograba hilar ideas, Annie comenzó a hablar de su boda, los planes que tenía con Robert, sobre su tienda de ropa junto a Emma. En fin, intentó ponerme al día en minutos. Procuré seguirla, pero mi cabeza era un huracán, debía irme. Liam no dejaba de observarme y no de forma tierna, al contrario, parecía querer estrangularme.

—Ahora es tu turno... —en cuanto lo dijo todos dirigieron su atención hacia mí. Maldición. Robert ya había regresado y estaba justo en mi espalda, sentí su mano sobre mi hombro.

—Bueno... no sé...

—¿Por qué no comienzas diciéndoles que te vas a casar? —todos miraron a Liam desconcertados y... preocupados. Mi pulso se aceleró enseguida. Lucía bastante molesto con mi presencia—. ¿O prefieres no hacerlo porque no piensas invitarlos?, después de todo ya no son tus amigos... los dejaste, ¿recuerdas? —herví de coraje al escucharlo, me levanté de la mesa furiosa. Él ya estaba de pie y me desafiaba con aquellos ojos que soñé años enteros. Nadie habló—. ¿No es cierto?... Dime... ¿Miento?... Huiste... Nadie te importó.

—Piensa lo que quieras, Liam —escupí sintiendo de nuevo aquellas náuseas. Kellan se levantó y colocó la palma en el hombro para tranquilizarlo al ver que comenzaba a alterarse.

—Eres una hipócrita... no entiendo qué haces aquí —bramó apretando los dientes.

—Liam, basta —le exigió Robert mientras me sujetaba del brazo pegándome a él.

—¡Es la verdad! —rugió viéndome con odio—. Huyó, no dio la cara... Eres una cobarde y no vales nada. Este ya no es tu sitio.

—¡Cállate! —grité intentando zafarme de mi amigo, no me dejó. Liam comenzó a reírse cínicamente.

—¿Eso es lo que quieres? ¿No te gusta escuchar la verdad?, pero sí mentir ¿no?

—¡Que te calles!, tú... no sabes nada —vociferé temblando de coraje y dolor, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas.

—¡Basta, Liam! ¡Basta! —Robert se ubicó frente a mí furioso obstaculizándome la vista.

—¿Por qué la defiendes? —preguntó desesperado—. Jamás le importó nadie de aquí, no entiendo a qué vino. Esto es ridículo.

—Te equivocas —lo corrigió mi amigo—. Ella jamás huyó... jamás nos olvidó —Liam se desconcertó observándolo confuso. Todos estaban ya de pie atentos a lo que ahí ocurría. Evidentemente estaban perplejos con la escena que se estaba desarrollando.

—¿A qué te refieres? Despareció hace nueve años. Lo que digo es cierto y debería irse, no tiene derecho a estar aquí —sus palabras me mataban, se enterraban como cuchillos dentro de mí. Tomé mi bolso e intenté hacer justo lo que sugería, Robert me detuvo completamente rabioso, nunca lo había visto así. Sus ojos chispeaban y su quijada estaba tan tensa que podía ver el esfuerzo que hacía para no hacer alguna estupidez.

—Tú no te vas... —ordenó tomándome del antebrazo con firmeza, enseguida giró hacia Liam—. Ella tiene más derecho que cualquiera de estar aquí.

—¿Es en serio?! No me hagas reír... Si ella es cobarde, además demostró que es una... —Robert se acercó hasta él y sin soltarme, le dio un golpe en la quijada que lo tambaleó. Liam se quedó perplejo frotándose el mentón.

—¡Cállate!... No lo digas... Te arrepentirás —le gritó violentamente. Después de todo lo condené a vivir un silencio doloroso y él también necesitaba sacar la frustración que eso le provocó por años. Nadie podía moverse, mantenían los ojos abiertos y la boca también, claramente no sabían qué hacer ante lo que estaba ocurriendo.

Kellan detuvo a Liam pensando que se le iría encima, pero todo lo contrario, lo observaba impactado.

—¿Tuvi-tuviste algo que ver con ella? —preguntó Liam al fin atónito, viéndolo primero a él y luego a mí lastimosamente decepcionado. Todos giraron su atención hacia nosotros. ¡Dios, esto ya era demasiado!

—Eres un imbécil, pero te disculpo porque no sabes la verdad... —sus palabras me alertaron de inmediato, lo intenté frenar asustada.

—No, no por favor... —me miró negando con tristeza. ¿Qué iba a hacer?

—¿De qué verdad hablas? —lo desafió Liam observando mi reacción.

—No, Robert... —le rogué desesperada al ver la resolución en su mirada, zafó mi mano de su camisa cariñosamente y se acercó a él. ¡No!, no, no.

—Ella no huyó... La obligaron a irse —Liam se puso lívido y de inmediato arrugó la frente con dureza. Me mordí el labio tan fuerte que de inmediato sentí la sangre brotar.

—Eso es una locura, ¿de qué diablos hablas?, ¿no recuerdas cómo fueron las cosas? —bramó molesto unos segundos después.

—Por supuesto que lo recuerdo, jamás podré olvidarlo, ha sido lo más cruel que he visto en mi vida, lo más despiadado y la verdad más dolorosa que he callado y ya no puedo más, no lo ocultaré un minuto más —ahora estaban demasiado cerca el uno del otro mirándose fijamente, era claro que sus alientos se rozaban. Aun así, intenté detenerlo. Podía causar algo que no tendría reversibilidad.

—Robert, déjalo así, no tiene caso, por favor no lo hagas —le supliqué muerta de miedo. Sabía que había pasado mucho tiempo, pero no estaba segura de que aquella mujer me hubiera olvidado y mucho menos si supiera que su hijo estaba a punto de enterarse de todo. Mis manos cosquilleaban, aquella sensación de pánico arremetió contra mí como si varios toros al mismo tiempo me golpearan.

Liam me observó frunciendo el ceño y enseguida devolvió su atención hacia mi amigo mientras todos los demás nos rodeaban sin siquiera poder pestañear. Mi respiración comenzó a agitarse y apretaba la quijada intentando pensar en cómo parar lo que iba a suceder en el siguiente segundo.

—¿Recuerdas aquel accidente que tuvo?, jamás se supo quién fue... —al escucharlo decirlo todo, rompiendo nuestro juramento, sentí que me faltaba el aire, que no podía sostenerme.

—Robert, ¡basta! Deja las cosas así, no lo hagas —mi voz sonó estrangulada. Me acerqué más a él ansiosa, rogándole, sin embargo, no le quitó la vista de encima. Liam ya no parecía molesto—. Robert, no —le pedí por última vez albergando una esperanza de que me hiciera caso, no me oyó. Dios, Dios, Dios.

—Eso es sencillo... aquella monstruosidad, fue provocada... —la impresión de todos quedó suspendida en el aire. Las lágrimas corrieron por mi rostro sin poder contenerlas, tenía que irme, pero mis piernas no respondían.

—¡Cállate! —le exigí desesperada, me movió a un lado delicadamente y se acercó nuevamente a él. No se detendría, ya no lo haría.

—Tus padres lo hicieron —soltó sin más. Emma lanzó un grito de asombro mirándome incrédula, horrorizada al igual que el resto.

—¿De-de qué hablas? —tartamudeó Liam con la voz temblorosa y girando atónito hacia mí.

—Tu madre la amenazó, Liam, le exigió que te dejara... Esa es la jodida verdad... Le dijo que si no lo hacía, la próxima vez no fallaría y la siguiente era Irina —sentí una mano sobre mi hombro, no supe quién era, no podía

voltear—. Si no te dejaba... haría que las deportaran inventando algo asqueroso sobre ellas. Amenazó también a su padre, sabía todo sobre su vida... El hombre que vimos el último día de clases, ese por él que la tratas así... Ella lo mandó, no le bastó eso, quería acabar con su reputación —un silencio sepulcral quedó instalado por algunos minutos.

—No, no puede ser... Esto... Debes estar mintiendo —Liam se alejó de Robert con los ojos dilatados de la impresión y tambaleándose. Se apoyó en la mesa desencajado, tembloroso.

—Sabes que son capaces, Liam, siempre lo supiste, no miento... Si ella decía algo... te haría la vida miserable y cumplirían su amenaza... Tuvo que dejarte... no tenía más opción, tu madre le exigió que no regresara y... de hecho se está jugando el pellejo de ella y de toda su familia estando aquí y por esta estupidez que estoy haciendo ahorita, pero ya no puedo más, esto me come cada día y no se lo merece... ¿Tienes una idea de lo que ha sido todo este tiempo para ella?

—Basta, Robert... ¡Cállate de una maldita vez!... Acabas de echar abajo todo... ¿No lo entiendes?, nada de lo que logré valió la pena con esto que acabas de hacer... ¡Nada! —logré articular sintiendo que devolvería el estómago en cualquier momento, un sudor helado recorrió mi columna. Sentí las miradas de todos sobre mí. Tomé de nuevo mi bolso y caminé hacia la puerta como pude.

—Kyana —era Robert, se escuchaba arrepentido—. Comprende, es lo mejor, esto ya no puede seguir así... —Me acerqué de nuevo a él sin mirar a nadie más, Liam aún continuaba con los ojos incrédulos, perdidos, tenía ahora aferrada una silla por el respaldo.

—Él tiene razón —le dije señalando a Liam con rencor—. No debería estar aquí, esto jamás debió haber ocurrido... ¡Me juraste que nunca lo dirías!

—Debemos hablar —Liam pareció haber reaccionado y se acercaba serio hasta mí. Di un paso hacia atrás por reflejo.

—No, olvida esto... Por favor... No tenemos nada qué decirnos. —Le importó un comino la distancia y me tomó por el brazo pegándome a su cuerpo

—No puedes venir después de tanto tiempo, soltar algo como esto y luego simplemente desaparecer, no de nuevo —apretaba los dientes molesto y confuso. Me intenté zafar, no me soltaba.

—Sí, sí puedo y debo hacerlo... suéltame por favor. —Negó con la mirada desorbitada.

—Tus acusaciones son muy graves... Dame una prueba de lo que Robert acaba de decir —¡ah no!, eso ya era demasiado. Rabiosa me acerqué más a él, estaba fuera de mí. Estaba enloqueciendo, ya no tenía duda.

—¿Tú crees que si las tuviera no estarían ellos ya tras las rejas por extorsión? —me soltó enseguida dando un paso hacia atrás al notar la rabia y odio contenido en mis palabras—. Y la verdad es que no me importa si me crees, Liam, ni tú, ni nadie. Lo hice porque no tuve más opciones, todos estos años he vivido una vida que no era la que yo quería, con la que soñé. Dejé todo... no pude estar aquí cuando mi madre se casó, no pude volver a ver a ninguno de ellos, no se lo podía decir a nadie, permití que pensaras tú y todos lo peor de mí, ¿qué me puede importar ya a estas alturas? El daño fue hecho y el que tú lo sepas no cambia nada... Solo sé que actué como debía —terminé en un susurro. Él se encogía con cada palabra que fui pronunciando, parecía que acababa de recibir varios impactos en el abdomen. Giré hacia los chicos con la vista empañada, todos nos observaban sin saber qué decir ni qué hacer.

Debía irme, desaparecer de nuevo, esto que acababa de suceder podía llegar a tener consecuencias que sabía lamentaría y eso sí jamás podría perdonármelo. Sentí de nuevo unas ganas espantosas y apremiantes de devolver el estómago por lo que me alejé de todos aprovechando que estaban en shock. Encontré un baño cerca de la salida de la casa y entré, no pude cerrar la puerta pues chocó con algo; lo miré desesperada sintiendo que perdería la razón en cualquier instante, que todo mi esfuerzo de los últimos años no había valido nada.

Era Robert y me observaba abatido.

—Vete... —le rogué, no se retiró, cerró la puerta tras él y tomó mi cabello como aquella vez. Cuando terminé, me ayudó a ponerme de pie, me vi en el espejo, parecía un fantasma, cerré los ojos y comencé a llorar mientras me lavaba la boca y el rostro; lo frío del agua no lograba nada—. ¿Por qué lo hiciste?... ¿Por qué? —lo cuestioné chillando. No me contestó, me ayudó a terminar y me limpió con la toalla como si fuera una muñeca. Abrí la puerta insegura—Debo irme.

—Kyana... tenía que saberlo, esto puede tener solución.

—No... no tenía que saber nada... ¿Qué no entiendes?... Son sus padres... me odian... Él también... Así estaba todo bien... Ya había aprendido a vivir con esto Robert a pesar del dolor que siempre implicó. Debo irme... si ella se entera de que abrí la boca no sé de qué será capaz y no veo cómo pueda solucionarse esta vez —tomé mis cosas y al salir lo vi. Escuchó lo que

acababa de decir, estaba pálido.

Giré en dirección opuesta y corrí. Escuché que alguien me llamaba, pero no volteé... Entré a la camioneta y arranqué. En cuanto llegué a casa, subí, guardé lo poco que saqué de mi maleta con manos trémulas y me dirigí a la habitación de mi madre, aún no era tarde y el televisor estaba encendido. Toqué la puerta, Ralph abrió.

—Kyana, pensé que... —traía una bata y sus lentes de ver.

—Me tengo que ir.

—¿Por qué? —lloró mamá desde adentro, su marido abrió la puerta mirándome preocupado. Me acerqué a ella muerta de miedo de que algo le pudiera ocurrir por mi culpa, debía irme.

—Lo siento... Surgió algo... debo irme, es una emergencia —No me creía.

—¿Qué pasó?... Tuviste algún problema...

—No... te hablo llegando... Mamá, tengo que irme. Te juro debo irme — Ya sollozaba sin poder parar.

—Pero, hija... ve cómo estás... ¿qué sucede?, no de nuevo, Kyana, no otra vez —negué dándole varios besos en la frente.

—Es necesario, te amo... te amo muchísimo, jamás lo dudes —salí sin decir más. Ralph bajo tras de mí.

—Te llevo.

—No... gracias, mi madre no se debe quedar sola, ya pedí un taxi. —Y así lo hice; cinco minutos después llegó y me fui sin mirar atrás. No quería ni pensar en las consecuencias de lo que acababa de ocurrir.

Llegué al aeropuerto poco después de las once, había un vuelo a medianoche. Lo tomé sin dudar. Todo el trayecto permanecí suspendida en mis pensamientos. Las lágrimas seguían corriendo, pero ahora no eran llanto, solo la muestra de cómo me sentía por dentro.

Llegué a Monterrey al amanecer. Fui directo hasta mi apartamento y me encerré sintiendo que mi mundo se venía abajo de nuevo, solo que ahora con una probable tragedia. Tomé un baño intentado relajarme. Temblaba como una hoja y el frío no se iba, mis dientes castañeaban y no paraba de morderme el labio.

Busqué un pijama limpio sacando todo con desesperación, al hacerlo, apareció aquella sudadera que tanto tiempo guardé. Me quedé paralizada. La observé por varios minutos sin poder evitarlo, en un arrebato me la llevé a la nariz teniendo la esperanza de que aún oliera a ese inigualable aroma, sabía muy bien que ya no era así, con el tiempo perdió su olor e incluso terminé

lavándola. Ahora, de vez en cuando, cuando me sentía muy deprimida, me la ponía sintiendo que podía ser él, el que me envolvía. Y así fue, me la puse, me llegaba casi hasta las rodillas. Caminé hasta el sillón que tenía frente a mi ventana. Subí las rodillas y acomodé mi barbilla sobre ellas como siempre. Solo que esta vez tensa y demasiado nerviosa. Las palabras de él no lograba olvidarlas, sabía que no tenía ni idea de la verdad, pero eso no disminuía mi dolor. Me creía una cualquiera, a pesar de que no existió nadie que me conociera mejor que él, la insinuación de que podía haber existido algo entre Robert y yo terminaron de hundirme. Jamás le di razones para que pensara algo así de mí.

Lloré por horas. El miedo, la angustia y el dolor estaban terminando ya conmigo.

∞ 22 ∞ PRUEBAS

El móvil sonó a media mañana. Era Santiago. Hablé con él intentando ser lo más cariñosa que pude, sin embargo, no logré que me creyera. Me sentía seca, rendida.

—No estás bien... ¿Qué pasa? —no tenía idea de lo mucho que odiaba esa pregunta.

—Nada, he estado recordando... eso es todo...

—De acuerdo. Maldición, estoy en una teleconferencia... Dios, debo dejarte, ¿nos hablamos mañana? —pensé en decirle que había regresado, pero necesitaba estar sola y que él pensara que seguía allá, era lo mejor, necesitaba espacio, tiempo.

No salí en cuarenta y ocho horas de mi refugio. Por la mañana del segundo día volví a ducharme, le hablé a Santiago, tomé una manzana y me senté de nuevo ahí enfundada en su sudadera. El tercer día fue igual, engullí unas galletas, le marqué a mi madre para saber cómo seguía y otra vez a mi... prometido. Él estaba preocupado, mi voz era plana, sin emoción. Así me sentía, juraba que en cualquier momento me hablarían dándome alguna terrible noticia, no obstante, el teléfono jamás sonó.

La locura nunca estuvo tan cerca de mí como en aquel momento. Sabía que debía salir, ir a trabajar, continuar con mi vida, pero no podía, si era necesario me enclaustraría en aquel apartamento para siempre.

Ya era de noche, martes, cuando tocaron mi puerta. Me alerté por un segundo, enseguida pensé que sería uno de los vecinos, el *interphone* no sonó. Intenté tranquilizar la taquicardia de mi corazón y abrí confiada.

—¿Kyana? —¡Maldición! Era él, era Liam, ahí, en mi apartamento. Sujeté la puerta fuertemente. Dejé de respirar y juro que mi corazón se detuvo, no podía ser, simplemente no podía ser.

—¿Qué... qué haces aquí? —logré decir impactada, eso no podía estar ocurriendo, era irreal. Parecía no haber dormido al igual que yo, su ropa se encontraba un poco arrugada y me miraba desesperado. Haló la puerta sin esfuerzo importándole poco mi resistencia y entró. Sin más me recorrió con

sus asombrosos ojos, anonadado, dándose cuenta de lo que traía puesto. De inmediato me alejé regañándome por abrir sin cambiarme.

Cerró tras él con la vista nublada de deseo. Conocía muy bien esa expresión y cómo sus pupilas se dilataban cuando querían ir más allá. Sentí la boca seca y un extraño calor que hacía años no circulaba por mi cuerpo comenzó a derretir mi ser. Las palmas empezaron a sudar y mi respiración se aceleró peligrosamente.

Di otro pequeño paso hacia atrás mordiéndome el labio sin romper el contacto visual. Sabía en qué podía terminar eso y qué estaba ocurriendo. En cuanto me vio hacer aquel gesto, se acercó a mí, me tomó por la cintura con una mano sin siquiera pensarlo y me pegó a él de un solo movimiento.

—Esto es una locura, pero... cómo te deseo —susurró contra mi boca, su aliento tan cerca de mí logró hacer que las piernas me temblaran, sujetó mi nuca suavemente y me besó.

¡Dios, por Dios, esto no podía estar ocurriendo! Su roce era aún mejor de lo que recordaba, sabía dulce y era muy cálido. Logré separarme sin saber cómo, no tenía idea de lo mucho que lo necesité hasta ese instante.

—Liam... ¿Qué haces? —parecía todo tan fantástico que me aterraba. Me miró turbado y volvió a besarme sin hacer caso de lo que acababa de preguntar. Comenzó a tomar todo de mí como solía hacer, mi cuerpo se rindió enseguida ante él, olvidando todas las defensas que construyó, olvidando todo lo que pasó, olvidando lo que estaba haciendo.

Sin comprender cómo, me aferré con una mano a su camisa y con la otra rodeé su cuello acercándolo más a mí, ansiosa. Me tenía pegada a la pared, devoraba mi boca, mi cuello, mi barbilla, cada rincón de mi rostro gimiendo, gruñendo. Me elevó logrando que enrollara mis piernas alrededor de su cintura. Ya no me importó nada, no podía pensar, no quería hacerlo... ya no.

Lo amaba, lo necesitaba, derretía mi interior con cada beso, con cada caricia, mi cuerpo despertó por completo. Creí que jamás volvería a sentir de esa forma, que nunca volvería a desear a alguien hasta la locura. Me tocaba desesperado recorriendo mis piernas, mi cadera, mi trasero, todo mientras caminaba conmigo a cuestas.

De pronto sentí el colchón bajo mi espalda, me quitó sin esfuerzo la sudadera. No hubo pena, no hubo recelo, solo deseo, amor. Lo observé por un minuto, temerosa, creyendo que se retractaría al sentir el frío de su separación. Prácticamente se arrancaba la camisa. En cuanto se dio cuenta, gimió por lo bajo, con la vista nublada me besó de nuevo.

Sentir sus manos sobre mí fue afrodisíaco, inigualable. Me tocaba con dureza, con desesperación. No había ternura, ni lindas palabras, no había miradas cariñosas, no; existía ansiedad, ganas de unirnos y hacernos uno lo antes posible. El urgente frenesí de volver a sentirnos piel con piel después de tantos años. Arrebato, pasión, desenfreno, ardor, todo eso estaba ahí, entre nosotros. No esperamos mucho, le quité lo que quedaba de su ropa con vehemencia, ni siquiera nos contemplamos, entró en mí de un solo movimiento levantándome en el aire para sentarme sobre él. Me arqueé soltando un grito de asombro al recibirlo, así sin reparos, sin remordimientos sin nada, salvo la necesidad de ser suya.

Jadeos, gemidos, suspiros, todo mezclado con nuestro sudor, con nuestro apetito insaciable, eterno. Me aferré a su melena sintiendo que enloquecería, que perdería la razón de un momento a otro, mientras Liam, me aferraba con fuerza por la cadera enterrándose aún más hondo, con mayor urgencia provocando que de mi interior salieran extraños sonidos que desconocía. Nos tomábamos con violencia, con demencia total, él se clavaba en mis entrañas una y otra vez sin descanso, mientras yo sentía que jamás lo dejaría ir, que podía vivir así por siempre.

La neblina del deseo arrebatado fue diluyéndose hasta mostrarme la dura y horrible realidad. Mi cabeza comenzó a trabajar nuevamente sintiendo ahora angustia, culpa, miedo. Fue salvaje, único, producto de tantos años de estar separados y de acumular un deseo que me consumía cada día. Sin más, las lágrimas rodaron por mis mejillas al darme cuenta de lo que acababa de hacer y lo peor de todo fue darme cuenta de que no me arrepentía, en lo absoluto. Olvidé a mi madre, a mi padre, a Santiago, a todos. Estaba aún sobre él, con mi rostro escondido en su pecho. Tumbados sobre mi cama deshecha y revuelta, con nuestras respiraciones agitadas. Su pecho subía y bajaba cada vez más tranquilo. No podía verlo a los ojos, no después de todo. Sentí de nuevo el nudo en la garganta.

Su mano se acercó a mi rostro, tomó mi barbilla para que lo mirase. Al ver mis ojos rojos y mis mejillas húmedas, cerró los párpados fuertemente, dejando caer de nuevo su cabeza sobre las sábanas.

—Kya... —susurró pegándose más a él. Me abrazó fuertemente por lo que el llanto comenzó a brotar. Me sentía feliz, dolida, triste, enojada, rabiosa, desleal, decepcionada... Todas las emociones estaban juntas dentro de mí. ¿Qué sucedería?, ¿cómo volvería a empezar?, ¿qué le diría a Santiago? Me separé de inmediato sentándome lejos de él y dándole la espalda.

—Esto... no debió ocurrir —sollocé. Su peso se movió en el colchón, un segundo después se encontraba sentado a mi lado. Podía sentir su calor, su olor demasiado cerca, aturdiéndome otra vez.

—No te engañes... no ahora... —musitó con la voz apagada. Giré hacia él lagrimosa, la expresión de tristeza que tenían sus ojos provocó una fuerte opresión en mi pecho.

—¿A qué viniste? —quise saber agachando la mirada, sujeté la sábana intentando enrollarla en torno a mi cuerpo.

—Por ti... —arrugué la frente confusa. Lo encaré negando.

—Liam... debes irte... por favor, no entiendes que es lo mejor, estoy arriesgando demasiado te lo suplico. Vete, haz tu vida, olvídate de mí, de esto, no tiene caso —le supliqué intentando ignorar el hecho de que estaba completamente desnudo sobre mi colchón, a mi lado y que acaba de hacer el amor con él.

—Nunca, no, no lo haré, no esta vez, Kyana, ya te dejé sola en una ocasión, no lo haré de nuevo —hablaba en serio, se levantó y se puso el bóxer, sabía que me estaba desconcentrando. Me acercó la sudadera observándome deleitado mientras me la ponía.

—No fue tu culpa, así que no te sientas responsable. Solo vete... te lo ruego —le pedí con un hilo de voz y ambas manos aferradas a la orilla del colchón. La realidad era que apenas si podía hablar al recordar todo aquello. Si esa mujer sabía que se encontraba ahí, probablemente se pondría furiosa. Lo escuché resoplar con fuerza. Se acercó a mí con su expresión tensa y dura.

—Sí... sí lo fue, yo... debí darme cuenta, debí protegerte de ellos, siempre supe que eran bajos y jamás me perdonaré el daño que te provocaron, haberte expuesto estúpidamente a ellos sin siquiera sospechar qué estaba escondido tras todo aquello.

—Liam, no empeores las cosas, de verdad. Después de... esto no sé cómo podré volver a reconstruir mi vida. Vete... por favor... no entiendes lo que puede ocurrir si saben que estás aquí —limpió mis lágrimas con una mueca de comprensión. Al sentir su mano sobre mi rostro un llanto convulso se apoderó de mí, la realidad era que no lo quería dejar ir, al contrario, deseaba que se quedara conmigo por siempre, que jamás volviéramos a separarnos, todo seguía intacto, asombrosamente más fuerte, no lo podía comprender, pero lo amaba más que antes, más que a nada. No obstante, ahora, además de sus padres, estaba mi vida ahí, Santiago...

Me acunó entre sus brazos por varios minutos esperando que el llanto

remetiera y bajara de intensidad.

—No va a pasar nada, nunca más volverá a ocurrir nada siquiera similar, te lo juro. Kyana, necesito que regresemos y los enfrentemos, tengo información que los puede destruir si vuelven a acercarse a ti... —al escuchar aquello pestañeé varias veces sin comprender. Elevé el rostro encarándolo, no bromeaba y parecía muy decidido—. Sí... ¿Por qué crees que tardé tres días en venir?, cuando te fuiste, lo primero que pensé fue en seguirte, pero debía hacer las cosas bien esta vez, por eso llegué hasta hoy. Jamás volveré a arriesgarte, necesito que sepas que puedes retomar tu vida sin miedo y tomando tú tus decisiones. —Me depositó sobre la cama con suma ternura y salió de la recámara dejándome ahí asombrada por lo que acababa de escuchar. Regresó un segundo después con un fólder en la mano que me tendió para que lo agarrara—. Toma, es tuyo... Ahí hay muchas cosas que ambos han hecho, cosas que... no puedo siquiera repetir. Lo dejo en tus manos para que decidas lo que quieras hacer con esto —lo miré perpleja.

—Pero... —Puso un dedo en mi boca silenciándome al tiempo que se hincaba frente a mí.

—Nada... es hora de enfrentarlos, es hora de que te sientas libre... —Acarició mi labio dulcemente. Parecía abatido y expectante. No podía abrir el expediente que me dio.

—Liam... son tus padres... yo... no podría...

—Kyana, hace mucho que ellos dejaron de tener ese título en mi vida, pero con esto... créeme, no puedo perdonarlos, no puedo siquiera imaginar lo que sufriste por su causa y yo... Dios... ¿Qué no te das cuenta de que nunca pude olvidarte? A pesar de lo que sucedió la última vez que nos vimos, jamás logré arrancarte. Te lo debo, Kyana, con esto —señaló el fólder—, tu vida regresa a tus manos, tú decide lo que mejor te parezca, yo te apoyaré —bajé la vista sin saber qué hacer, qué decir—. Reservé un vuelo para medianoche. —Me levantó acercándome a él. Me dio un beso en el cabello como solía. Dios, lo que ahí pasaba no tenía sentido, no era posible, no lograba acomodarlo en mi mente por mucho que lo intentara—. Deben saber que estás protegida para siempre. Y quiero sepan que no te dejaré ir tan fácilmente esta vez. Un día te juré que encontraría siempre la forma de regresar a ti, tardé casi nueve años, pero te juro que cumpliré esa promesa —la boca se me secó al escucharlo, las palabras no llegaban a mi garganta. Eran demasiadas cosas en tan poco tiempo. Lo miré sin poder prácticamente respirar, ese Liam que tenía frente a mí era aún más asombroso que el anterior—. Tenemos el tiempo justo,

cámbiate, te esperaré afuera... no tardes —De pronto, sin saber cómo, logré hablar.

—No, Liam... no iré —me observó desconcertado, parecía que creía que estaba mal de mis facultades—. Entiende... —le rogué ansiosa. Mi cabeza era un torbellino, no podía ser cierto que él estuviera ahí, que me estuviera diciendo lo que me acababa de decir y que yo me hubiera entregado a él sin importarme un rábano Santiago.

—¿Entender qué? —preguntó completamente perdido.

—Yo... ya tengo una vida aquí, no puedo hacer esto. Gracias por lo que hiciste pero... —cerró los ojos y respiró profundo.

—Claro que puedes y «debes» hacerlo. Podría ir yo solo y decirles que lo sé todo... sin embargo, el daño nos lo hicieron a los dos, Kyana. Arruinaron mi vida y ahora sé que tú tampoco me olvidaste. ¿Vas a permitirles que lo sigan haciendo? No te lo mereces, Irina no se lo merece, esto debe terminar, independientemente de lo que quieras hacer después —su voz sonó, en lo último, como ácido. Me alejé de él más confundida que nunca y dándole la espalda. No podía seguir viéndolo de frente, era impresionante, más aun enfundado solo en calzoncillos, pero lo más increíble era ver su resolución y carácter, ver en Liam a un hombre en todo su apogeo, en todo su esplendor.

—No te das cuenta de que ya lo hicieron... ya es tarde. ¿No lo ves? Todos esos años no regresarán nunca, ya nada es como debía ser —se acercó a mí haciéndome virar.

—No es tarde, es tu momento de enfrentarlo todo. No huyas por favor, te lo debes a ti, a tu madre, Kyana no te hagas esto —me separé molesta, con ese comentario tocó una fibra muy sensible.

—¡No huyo, jamás huí! —bramé apretando los dientes y los puños, agachó la mirada recordando lo que me había dicho.

—Lo sé, lo siento, Kya... yo... no sabía... estaba muy dolido, estos años han sido... eternos —lo entendía perfectamente, eso me llevó a bajar la guardia. El enojo desapareció enseguida como solía ocurrir siempre con él. Cómo era que nada había cambiado entre nosotros, eso era ilógico, asombroso, extraño.

—Liam... es solo que... ¿En qué cambiará el hecho de que vaya contigo y los enfrente?...

—En que podrás decidir lo que quieres hacer sin miedo, Kyana, ¿te parece poco? —negué con la mirada gacha, sabía que tenía razón. Maldito miedo, maldita situación; me sentía perdida, confundida—. Además... esta vez voy a

luchar por ti, sé que no todo está perdido y juro que desplegaré todas mis armas, esos labios serán míos nada más, como debió ser todos estos años.

—Me... voy a casar —le recordé sorprendida por sus palabras, con nostalgia y dolor. Lo escuché exhalar fuertemente.

—Tú lo has dicho muy bien, aún no lo estás... así que borra de tu cabeza que me rendiré y menos después de lo que acaba de ocurrir aquí. Sé que si no sintieras lo mismo que yo no te hubieras entregado de esa forma. Fue como si el tiempo jamás hubiera pasado y lo sabes —no pude decirle nada más.

Salió dejándome sola en medio de la habitación. Apreté los papeles tan fuerte que mis nudillos comenzaron a doler. Fue por mí, la pesadilla en la que me sumergieron sus padres terminaría... ¿Qué pasaría después? Decidí que no debía pensar en eso, debía creerle, él no me arriesgaría si no supiera que las cosas entre su madre y yo quedarían perfectamente claras, ¿no? Y además, tenía razón, ese asunto tenía que terminar de una maldita vez.

Me duché de prisa. Me puse unos *pants*, me sujeté el cabello en una coleta y empaqué lo poco que saqué del equipaje. Abrí la puerta temblorosa pudiendo respirar profundo por primera vez en mucho tiempo.

Él estaba allí, entre la pequeña sala y el comedor, hablaba por el móvil serio. Lo observé desde el marco. De verdad parecía un sueño verlo ahí. El tiempo no pasó, el deseo entre los dos continuaba intacto, acababa de vivirlo y al parecer lo que sentíamos también, eso era aún más increíble después de tantos años.

Llevaba ahora un jean con una playera de cuello redondo azul y unos tenis casuales. No tardó ni un segundo en darse cuenta de mi presencia, cortó la llamada y se acercó a mí evaluándome sin poder esconder lo que habitaba en su interior.

—¿Lista? —Asentí con recelo. Me dio otro beso en el cabello, tomó mi maleta y otra más pequeña, que supuse sería de él, por el cambio de ropa y abrió la puerta. Lo seguí en silencio cerrando tras de mí. Ya en el elevador marcó de nuevo.

—Estamos listos... aquí lo veo —lo observé estupefacta ¡Habló en español! Volteó a verme sonriendo.

—Era una forma de tenerte cerca... —lo dijo como si fuera de lo más común y obvio. ¿En serio? Bajé la vista sin saber qué responder a eso, siempre supuse que me había olvidado, pero en ese momento y con lo que acaba de ocurrir, era evidente que no. ¿Qué debía hacer?

Un minuto después las puertas se abrieron y con un ademán me alentó para

que yo pasara primero. Salimos y ahí estaba el taxi que llamó hacía unos segundos. Saludó al chofer con un español tan claro que me parecía insólito. Me subí y él después. Durante todo el trayecto no dijimos nada. Sentí su mirada sobre mí, cada cierto tiempo, pero yo no tenía el valor para verlo, mi cabeza brincaba de un lado a otro; Santiago, su madre, mi madre, mi vida, su vida, el futuro, el pasado, lo que ocurriría...

Llegamos una hora después al aeropuerto, *check-in* sin problema.

—¿Quieres algo? —ya estábamos en la sala de espera, faltaba una hora para que el avión saliera.

—No... gracias. —Me senté en una de las sillas con el bolso en mi regazo. Él se situó a mi lado y me observó por un momento. Acomodó un mechón suelto tras mi oreja como solía. Cerré los ojos recordando lo mucho que me gustaba que lo hiciera.

—Te ves cansada y... nerviosa —no era exactamente lo que quería escuchar, no obstante, sabía que tenía razón, los últimos días no me cuidé mucho y su presencia me tenía al límite, aunque era con lo que soñé todos esos años. Por otro lado, no tenía ni idea de qué vendría más adelante, no tenía ni idea de nada y eso me hacía sentir peor.

—Lo estoy —admití con voz apagada. Él asintió serio.

—Odio lo que te hicieron... —hablaba con mucho rencor y coraje. Giré mi rostro al lado contrario absorbiendo las lágrimas que pujaban por volver a emerger. La aborrecía, me robaron mi vida, mis sueños, mi serenidad y gran parte de mi seguridad y lo más espantoso era que quien lo perpetró se decía su madre. Lo escuché suspirar, no volteeé—. Te traeré algo —un segundo después se levantó importándole muy poco mi negativa de hacía unos minutos.

Regresó con uno de los yogures bebibles que sabía era de mis preferidos; millones de veces me vio tomándolos gustosa y una diminuta tarta de moras. También tenía un café en la otra mano, supuse para él, sabía que no era mi bebida preferida pues me alteraba demasiado y en esos momentos no era recomendable, alterada ya estaba.

—Come... por favor, Kya —hacía años que nadie usaba ese diminutivo de mi nombre, amaba cómo se escuchaba en su boca. Agarré lo que me trajo sin tener más remedio.

—Gracias. —Se acomodó muy pensativo. Le di pequeños tragos a la bebida. Mi estómago estaba completamente cerrado, en pocos días sucedieron demasiadas cosas y no podía estar tranquila comprendiendo que

en unas horas estaría parada frente a la mujer que consideraba, arruinó mi vida, por la que albergué tanto odio y miedo. Me quedé perdida observando a la gente, intentando olvidar el hecho de que él estaba a mi lado, que todo estaba ocurriendo, que mi vida podía cambiar pronto.

—Lo de hace un momento en tu casa... Lo siento —cerré los ojos al escucharlo.

—No fuiste el único responsable como bien dijiste.

—Kya, todo va a salir bien —sabía que se refería al enfrentamiento con sus padres. Al ver que ni siquiera lo miraba continuó—. Jamás podré perdonarlos... ahora sé de lo que son capaces y... Dios... Siento que los odio con todo mi ser de tan solo verte y saber lo que has tenido que pasar —lo decía en serio, con dolor, con amargura, con mucho rencor. No sabía qué decirle, las palabras no acudían a mi boca, me sentía muda, no podía ser nada sencillo ser hijo de personas así—. ¿Sabes?, nunca pude sacarme de la cabeza lo que me dijiste aquel día... no querías que comprendiera tus razones. ¿Por qué?... sé que tenías miedo, pero...

—Ya te lo dije... son tus padres, Liam, ¿qué podía hacer si me tenían amenazada? —susurré sin verlo. Tomó mi mentón para girar mi rostro hacia el suyo.

—Desde el momento que me separaron de ti, desde el momento que te hicieron lo que te hicieron dejaron de serlo... Tú... —cerró los párpados sin soltarme. Quería decirle que no lo hiciera, que no me privara de eso. Amaba sus ojos, soñé con ellos muchas noches y ahora que los tenía tan cerca me daba cuenta eran más hermosos aun, todavía me miraban de aquella forma que me hacían perder la cabeza—. Jamás te olvidé —me soltó abatido. Abrí la boca, la silenció con un dedo delicadamente—. No digas nada, no ahora. Ya habrá tiempo de hablar —observé la comida que tenía en mis manos sintiendo cómo cada célula despertaba de golpe. Media hora después comenzaron a llamar para abordar, me levanté sin saber qué hacer con lo que me compró—. Dámelo... ya veo que no piensas ingerir nada —claro que no, ¿quién podría en una situación semejante? Buscó un basurero cercano y lo tiró. Nos formamos sin decir más, unos minutos después ingresamos a la nave. Nuestros asientos eran en primera clase, me senté junto a la ventana y me perdí en lo poco que se podía ver hacia afuera. Diez minutos después despegamos.

—¿No dormirás? —murmuró en mi oído, sentirlo tan cerca provocó que me exaltara, enseguida un calor recorrió mi cuerpo. El avión estaba en

penumbras como solía suceder en los vuelos nocturnos.

—No, no puedo —y era cierto. Estaba al límite de mis fuerzas, y aun así, no podía dejar de pensar que pronto vería aquel rostro con el que tanto tiempo tuve pesadillas.

—Inténtalo... —me sugirió poniendo sobre mí una frazada que hacía unos segundos pidió. Lo miré angustiada y él en cambio, me sonrió dándome un beso en la frente—. Cierra los ojos... yo cuidaré tu sueño, Bonita —aquel apelativo... Recordaba sin dificultad la primera vez que lo empleó; fue después de ese espantoso accidente generado por su madre. Dudé por varios segundos, no sabía si cerrar los párpados era buena idea y sin poder evitarlo, me mordí el labio. Bajó hasta mi boca y me besó—. Nunca pude resistirlo —se excusó.

—Trata —le rogué no muy convencida, sonrió importándole muy poco lo que acababa de decirle. Cerré los ojos alejándome un poco de él e intentando hacerle caso. No supe cómo, pero lo logré. De pronto empecé a escuchar esa voz que tanto me aterraba y vi su rostro riendo cínicamente, le había hecho daño a mi madre.

—Kya... Kya, despierta —Liam me sacó del horrible sueño, volteeé hacia los lados sin recordar muy bien dónde estaba—. ¡Ey!, ya pasó... Sh... —quitó la braca que nos separaba y me arrastró sin siquiera preguntar hacia él rodeándome por la cintura. Besaba mi cabeza una y otra vez intentando tranquilizarme. Yo temblaba y me sentía aún más alterada; si algo no salía bien estaría en serios problemas.

No conseguí dormir el resto del viaje evidentemente. Pero me sentía protegida y segura, ahí, entre sus brazos. Dios ¿cómo era que de nuevo todo se volteaba de esta manera?

Llegamos al amanecer a Myrtle Beach, después de una pequeña escala. En cuanto estuvimos abajo me tomó de la mano con naturalidad, como si lo hiciera de toda la vida y nos dirigimos al estacionamiento. Se detuvo frente a una Land Rover plateada, metió el equipaje en la cajuela y me abrió la puerta.

Casi una hora después se estacionaba frente a la enorme casa que vi aquel día que lo encontré. Estaba justo frente a... «nuestra playa» Abrí la boca sin poder evitarlo y lo miré confusa, atónita con los ojos de par en par.

—Sí... es mía, otra forma de sentirte cerca —señaló encogiéndose de hombros como si fuera lógico. Me bajé y la observé sin poder dar crédito, era realmente asombrosa. Sacó las maletas, caminó hacia una puerta de acero y la abrió—. Vamos... ¿No quieres conocerla? —reaccioné siguiéndolo muda.

Subimos unas cuantas escaleras de concreto. Del lado izquierdo estaba la entrada, era una puerta de vidrio muy grueso dividido por varias líneas horizontales. Dejó el equipaje en el interior y regresó por mí, aún seguía en el marco de la puerta sin entrar. Rodeó mi cintura haciéndome avanzar.

Tenía un alto techo de concreto blanco con barras de madera cruzadas, del lado derecho estaba una sala color perla con cojines de diferentes tonos de café y en vez de cuadros tenía unos enormes ventanales de piso a techo que dividían la casa del exterior. La vista era hermosa, contaba con una gran terraza, después, una alberca y de fondo... el mar. Me perdí en él, absorbiendo lo hermoso que era y lo mucho que lo extrañé, no volví a un lugar con playa desde que escapé de ahí, a excepción del frío mar de Europa y al cual le hui todo el tiempo; no había vuelto a estar frente a ese majestuoso regalo de la naturaleza, hasta hacía cuatro días.

Giré el rostro al lado izquierdo. A unos cuantos metros de mí había una puerta que pensé sería un baño, hecha de madera maple, como todo lo demás. Enseguida un amplio espacio donde tenía muchos libros. Parecía un estudio abierto. Precioso. Contaba con algunos cuadros de figuras geométricas que lo hacía ver acogedor y moderno. Todo era duela y ventanas. Blanco y madera. ¡Guau!

—¿Te gusta? —¿era broma?, estaba increíble. Asentí sin moverme, volvió a presionar mi cintura, empujándome para avanzar más. En la sala contaba con una hermosa chimenea donde tenía al parecer algunas fotos. Intenté no mirarlas, no sabía con qué podía toparme, pese a que dijo que no me olvidó, eso no implicaba que no hubiese hecho una vida en todo ese tiempo, pues si era sincera, yo lo tenía tatuado en mi cabeza y llevaba un anillo de compromiso de otro hombre, ¿no? Así que continué con mi recorrido. Al fondo una gran cocina con una barra de granito claro que la hacía un poco independiente. Justo detrás de la hermosa chimenea estaba un comedor de madera clara con ocho sillas rodeando una mesa rectangular, en el fondo... la misma asombrosa vista.

Me quedé de pie frente a la barra.

—Es... preciosa —expresé aún impactada. Con uno de sus dedos bajo mi barbilla, consiguió que lo viera.

—Me alegra que te guste... Si no podía tenerte, haría todo para sentirte. — Me dio un beso en la boca que me derritió. Extrañé tanto su aliento sobre mí, sus labios rozando y torturando los míos. Me aparté en cuanto me soltó. Lo seguía amando. Me miró suspirando pensativo. No quería hacerlo sentir mal,

me sentía feliz de tenerlo así de cerca, eso era más de lo que en esos nueve años me permití soñar; sin embargo, me sentía extraña, temerosa, dudosa y traicionera—. Dejaré tus cosas arriba, ¿quieres cambiarte y descansar?

—Preferiría que no lo hicieras, me quedaré con mamá —sonrió recordando esa Kyana aprensiva que tanto le gustaba, tomó mi rostro entre sus manos.

—Con ella también debemos hablar, pero no será así, hasta que hayas descansado, parece que perderás el conocimiento en cualquier momento, duerme... iremos más tarde... —propuso ahora preocupado, me separé negando.

—No... quisiera terminar con esto de una vez.

—Está bien, Kya... yo también, ahora vuelvo —bajó un minuto después serio—. Vamos —caminé tras él cada vez más nerviosa. Mis palmas sudaban, no tenía ni idea de lo que les diría, no obstante, a pesar de los años que pasaron sin vernos confiaba en él ciegamente. Liam siempre se mostró como un hombre complejo, pero conmigo fue mejor de lo que jamás siquiera imaginé se pudiera. Nunca logré encontrarle un defecto que me hiciera dudar, era complaciente, paciente, cariñoso, tierno, respetuoso y algo posesivo, pero eso jamás me importó, al contrario, me encantaba. Para él, yo era lo primero, lo único y saber todo lo que realizó por «sentirme cerca» me hizo sentir algo más profundo: pertenencia, amor, lealtad.

Ya arriba de la camioneta sujetó mi mano y la besó.

—Estás helada... —murmuró sin soltarme. Intenté quitársela, me lo impidió colocándola sobre su pierna y comenzó a frotarla— Me preocupas, siento que te desmoronarás y gritarás en cualquier momento... —lo decía agobiado y mirándome de reojo.

—Estoy bien —mentí observando cómo intentaba darme calor.

—De acuerdo, veo que sigues igual de testaruda... Por ahora no diré más, solo por ahora —recargué mi cabeza en el respaldo sintiéndome cada vez más ansiosa. Parecía mentira que todo terminaría en unas horas, mi pesadilla de nueve años tendría un fin.

Lo malo era que mi vida había cambiado, no sabía nada de Liam, ¿qué fue de él?, casado no estaba, su mano no tenía sortija y vivía en una casa donde no se veía nada femenino. ¿Habría estudiado lo que quería?, ¿estaría saliendo con alguien? Cerré los ojos regañándome por estar pensando en eso, ya me había vuelto a entregar a él sin pensarlo, no tuvo siquiera que pedírmelo... yo ya tenía un compromiso y la realidad era que le fallé; lo quería, no podía hacerle eso, incluso me pidió matrimonio y de no haber aparecido Liam de

nuevo en mi vida seguramente pronto celebraría una boda, «mi» boda.

Dios... ¿Cómo lo podría volver a ver a los ojos?, lo traicioné y lo más espantoso era que en ese momento ni siquiera pensé en él. De verdad no tenía ni idea de lo que sucedería, era como estar en medio de nada, eso me causaba inseguridad y miedo, la misma sensación de hacía muchos años atrás.

—Llegamos... —abrí los ojos de inmediato, se estacionó en la acera. Observé la casa sintiendo mi cabeza revuelta. Solo fui ahí una vez, cuando desapareció. Jamás regresé. Tragué saliva y giré hacia Liam, él me estudiaba evaluando mi reacción—. Pronto terminará todo esto. No sabes cuánto siento lo que te hicieron, lo que provocaron... —acomodó un mechón tras mi oreja y me dio un beso en la frente. Su tacto me seguía enloqueciendo.

—Ya te dije que no fue tu culpa... ¿Cómo podías saberlo? —perdió la vista en la calle pensativo, parecía no estar de acuerdo con mi afirmación.

—Me diste muchas señales, Kyana, aún recuerdo con asombrosa claridad cada uno de esos malditos días; tus ojos... solo de pensar en las manos de ese tipo sobre ti me dan ganas de... —parecía ahora furioso, puse mi palma sobre su brazo.

—Liam... por favor —me miró contrariado, con los ojos razados.

—Robert me contó todo, Kyana —observé el mismo punto que él en la calle—. Sí, sé todo lo que pasaste. Tus miedos, tu dolor. Sé que sufriste al igual que yo con aquella situación y no sabes lo responsable que me siento, la rabia y el rencor que tengo dentro de mí... —no me tocaba, no me veía, pero podía sentir su cercanía como si lo hiciera.

—Por favor no te tortures con eso... no tiene caso, Liam —giró su rostro hacia mí arrugando la frente.

—¿No tiene caso?... ¿Cómo que no tiene caso, Kyana? No estás a mi lado, jamás lo superé y por lo que veo tú tampoco y ahora estás comprometida con otro hombre que no soy yo. Si a Irina no le sucede ese accidente tú jamás regresas. ¿No comprendes? No fuiste a la universidad que querías, dejaste todo tu mundo... lo que sentíamos, lo que sentimos —tomó mi nuca sin que pudiera evitarlo y me besó ansioso, en cuestión de segundos yo ya estaba rodeando su cuello y respirando con dificultad, sabía bien que tenía razón en todo lo que decía, pero no lograba acomodar esta nueva situación en mi vida. Se separó lentamente y posó su frente sobre la mía, los recuerdos me volvieron a atacar sin piedad, lo amaba, aún lo hacía, no podía negármelo—. No pienso dejarte ir sin luchar por ti, Kya, no de nuevo. Fuiste lo más hermoso que me ha sucedido y como te lo dije muchas veces, te quiero en mi

vida para siempre, eso jamás cambió por mucho que lo intenté. Así que ya sabes... haré todo para que no te vayas jamás de mi lado. —Un segundo después bajó del auto sin darme tiempo de decir nada. Lo observé rodear la camioneta y abrirme la puerta—. ¿Vamos? —Asentí observándolo confusa.

Quería enfrentarla, sacarla de mi vida para siempre, lo cierto es que jamás siquiera soñé que el momento llegaría. Me tomó por el brazo y caminó a mi lado. Él también parecía estar pensando, librando una enorme batalla interna. Evidentemente no era fácil, después de todo eran sus padres los que provocaron todo. Sabía no era sencillo aceptar que las personas que le dieron la vida eran capaces de algo así. No se molestó en tocar la puerta, abrió tomándome de la mano.

La entrada de la casa contaba con un enorme recibidor, en medio una mesa circular y una lámpara de pequeños cristales colgando en lo alto de la bóveda. Una mujer regordeta y muy canosa apareció de pronto.

—Will... ¿Cuándo regresaste? —lo trató con familiaridad y cariño. La observé intrigada, iba ataviada con un vestido negro que la hacía parecer muy severa.

—Hace unas horas, Fanny —le dio un beso tomándola por los hombros y la giró hacia mí—. Ella es Kyana —la señora abrió sus pequeños ojos al escuchar mi nombre.

—Kyana, ella es Fanny... Es como... mi madre —no pude evitar sonreír al escucharlo hablar así, aunque en realidad me encontraba muy nerviosa. La mujer miró a Liam con ternura. Era el primer lazo afectivo que le conocía. En aquellos meses jamás vi a su hermano, mucho menos a su padre y su madre... bueno, ella no contaba, era el demonio encarnado, pero me daba cuenta de que Liam me mantuvo alejada de todo aquello conscientemente. Su vida se redujo a mí, a mi casa, a estar con mi familia, con nuestros amigos.

—Es un gusto de verdad —le di la mano, ella me acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Lo siento, jovencita... pero he escuchado tanto de ti, que es como si ya te conociera —miré a Liam arrugando la frente. Después de todo no tenía ni idea de qué fue de su vida todo este tiempo. Él ignoró mi gesto deliberadamente, no parecía darle vergüenza lo que ella acababa de decir, no obstante, lucía ansioso. De pronto me di cuenta de que llevaba en el otro brazo el fólter color manila que hacía apenas unas horas me dio.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó ya serio. Su quijada estaba tensa y su rostro contraído.

—En el comedor, tienen varios asuntos pendientes hoy.

—¿Y Richard? —lo observé sin comprender por qué preguntaba por su hermano.

—No tarda en bajar, llegó ayer por la noche.

—Bien, gracias, Fanny —giró hacia mí suavizando su expresión seria y reemplazándola por aquella mirada que sabía me desbarataba. Ese era él—. ¿Lista?

—Sí —musité no muy segura, sintiendo ya una manzana atorada en la garganta. Volvió a entrelazar mi mano con la suya, se la llevó a la boca sin dejar de verme y avanzó. Cruzamos una enorme sala que debía costar una fortuna; peceras, cuadros, obras de arte y esculturas adornaban todo de una forma muy clásica y elegante. Se detuvo frente a unas puertas muy altas de madera y las corrió de golpe. Dejé salir un respingo sin poder evitarlo.

Era el comedor. Iba justo tras él por lo que solo alcancé a ver una larga mesa como para veinte personas.

—Buen provecho —lo escuché decir con ira contenida.

—Hijo —era la voz de un hombre—. ¿Cuándo llegaste? —no proyectaba ninguna emoción.

—Hace unas horas —zanjó. Me puse justo a su lado, para que dejara de esconderme, juntando toda la valentía que no sabía que existía dentro de mí. Su madre fue la primera que vi. Envejeció, aun así, continuaba siendo exageradamente guapa e imponente. Al mirarme comenzó a toser y parpadear alterada. Algo que se metió a la boca hacía unos segundos la estaba atragantando de la impresión. No puedo decir que lo disfruté, pero tampoco me desagradó verla fuera de esa fachada de insoportable seguridad.

—Hola... «señora» —logré decir sintiendo como la rabia, el rencor regresaban. Tenía mis puños a los costados apretados fuertemente.

—La reconoces, ¿no es cierto? —su padre nos observó a ambos extrañado mientras una de las mujeres del servicio se acercaba a ayudar a esa mujer. La odiaba, la odiaba como nunca podría volver a odiar a alguien; arruinó mi vida durante nueve años, jamás se lo perdonaría. Se limpió educadamente la boca con una servilleta de tela.

—No tengo ni idea de quién es... —contestó con educación y volvió a meterse otro bocado con unos modales impecables. Por un momento temí que Liam le creyera. Abrí la boca atónita, pero él avanzó hasta una de las sillas desocupadas frente a ella y la aferró con fuerza.

—No mientas... no más —exigió, su voz estaba cargada de rabia, no pude

moverme.

—¿Qué es todo esto, William?... ¿Quién es ella? —ordenó saber su padre sentado desde su lugar al lado de... ella.

—¿De verdad no sabes?... No te creo... —el señor se levantó molesto por su tono sarcástico mirándolo claramente furioso.

—Termina con esto de una vez, no estamos para estas cosas —refutó señalándome con indiferencia. Yo, por mi parte, no podía quitarle los ojos de encima a su madre mientras ella permanecía impasible.

—Por supuesto que terminaré con esto... y con ustedes... No saben cuánto los desprecio y me avergüenzan —el demonio encarnado en mujer, elevó la vista al escucharlo hablar así. El hombre aventó su servilleta sobre la mesa.

—¡Basta! No te atrevas a hablarnos de esa forma —su padre era igual de alto que él, no tenía sus ojos, sin embargo, su complexión era muy similar, aunque por él ya habían pasado los años, seguía siendo muy atractivo.

—¿Qué no me atreva?, y dime entonces cómo se atrevieron a hacerle ustedes eso. ¿Cómo? —su madre lo observó enarcando una ceja con altivez —. La amenazaron, cayeron en lo más bajo para separarme de ella, ¿cómo pudieron? —el señor frunció el ceño sin comprender mientras ella me miraba con aberración. Liam se dio cuenta—. ¡No te atrevas a verla así, nunca más te vuelvas a atrever! —rugió amedrentador, su progenitora pestañeó varias veces fingiendo no entender.

—No me hables de esa manera —le exigió con sus modales perfectos.

—Liam —lo agarré por el brazo para intentar tranquilizarlo, no quería que saliera más herido. Él tomó mi mano y después de darle un leve apretón negando, regresó su atención al par de personas que se proclamaban sus padres.

—¿Por qué no?, no te respeto en lo absoluto, fue bajo, fue... asqueroso, creíste que jamás me enteraría, que jamás lo sabría... pero ya ves... ahora lo sé y estoy dispuesto a todo por recuperarla... y esta vez no podrán intervenir.

—¿De qué diablos hablas? —quiso saber el hombre ya sin comprender nada.

—Que te lo explique ella, después de todo fue la que ejecutó su plan.

—¿Cuál plan? —le preguntó mirándolos a ambos confuso.

—Mi madre la chantajeó hace nueve años —giró hacia mí para que entendiera de quién hablaba—. Le provocó un accidente. ¿No me digas que no lo sabes? —su padre se quedó lívido. De repente le ordenó al servicio que abandonaran el lugar. Quedamos los cuatro solos en unos segundos.

—¿De qué está hablando, William? ¿Samantha? —La abominable mujer se puso de pie lentamente con expresión de inocencia.

—No sé, Richard, de verdad no lo sé. En mi vida había visto a esa chica —Liam enfureció y aventó la silla a un lado rompiéndola sin más. Se recargó en la mesa con ambos brazos tensos y se acercó a ella peligrosamente. Yo di un paso hacia atrás instintivamente, lo comprendía, sin embargo, no estaba preparada para ese ataque de ira, jamás lo vi así, salvo aquel asqueroso día.

—Eres increíble, impresionante... No mientas más, de nada te valdrá. Le creo, siempre le creeré... ¿Comprendes? Fue por eso que tuviste que llegar a tanto.

—No tienes pruebas —refutó convencida de estar ganando la batalla y con altanería en la mirada. Sentí ganas de cruzar la mesa y exigirle reconocer lo que maquinó, pero estaba completamente clavada en el piso y helada observando a Liam defenderme de esa forma tan fiera como solía hacer cuando éramos adolescentes. Lo compadecí; tener una madre así... Dios, tenía que ser una pesadilla, algo realmente horrible.

—Eso no importa, porque aunque no tiene pruebas de que la extorsionaron, sí tiene pruebas de cosas mucho peores que han hecho... Yo se las di, ella decidirá qué hacer. Así que ahora y hasta siempre, estarás en sus manos, dependes de lo que Kyana quiera hacer. ¿Qué dices a eso? —al escucharlo abrí los ojos impactada y vi el sobre que traía ahora yo en mis manos. Un segundo después me quitó delicadamente los papeles y se los aventó a su padre justo frente a su plato. El hombre los tomó, su madre se los arrebató claramente nerviosa. Su expresión de seguridad comenzó a caerse remplazándola una palidez y asombro.

—¿De-de... dónde sacaste esto? —su voz sonaba estrangulada después de haberlos hojeado. Su padre los agarró ya con facilidad y los leyó rápidamente.

—Eso no importa... te dije que era capaz de todo por conservarla a mi lado... No lo creíste y te atreviste a ir a buscarla y decirle que si no me dejaba... si no renunciaba a su vida aquí; la destruirías, no solo a ella, sino también a su familia... ¿Quién te crees que eres?... Me robaste la felicidad gracias a tu estúpida moral torcida y a tus ridículos prejuicios —su madre no hablaba, Liam la había desarmado.

—Samantha, ¿hiciste eso? —la interrogó su esposo furioso. Al ver que no contestaba y que me miraba amenazante, la tomó del brazo, forzándola a que lo viera—. ¡¿Es verdad lo que dice nuestro hijo?!

—Yo... bueno... —la soltó cerrando los ojos rojos de rabia. En ese momento comprendí que ese hombre no sabía nada.

—Sí lo hizo, sé que lo hizo y tú también sabes que es capaz de hacerlo... Por eso jamás la traje a esta maldita casa, por eso jamás les hablé de ella hasta aquel día, por eso la quise mantener apartada de este nido de ratas en el que crecí. Pero eso no les bastó, tenían que destruirlo todo, incluso lo único limpio que conseguí tener en mi vida, por lo que luché tanto para merecer a pesar del monstruo que era —sus palabras se me clavaban muy hondo. Él, Liam, Dios, tantas cosas, una vida como la suya, ¿por qué? De repente sentí que alguien estaba justo atrás de mí, giré y vi a un hombre formalmente vestido idéntico a Liam, solo que con ojos muy verdes, cabello del mismo color que el mío y complexión más angosta.

—Por Dios... —expresó impresionado, no sabía cuánto tiempo llevaba ahí, pero parecía haberlo escuchado todo.

—Escúchenme muy bien, no sé si lo hicieron juntos o no... no me importa en realidad, ninguno de los dos me importa... de ahora en adelante no son mis padres... no quiero volver a verlos ni a saber nada de ustedes... No les bastó hacernos la vida un maldito infierno a mí y a Richard, tenían que hacer que el ser que más he amado también viviera sumergida en él —no podía parar de pestañear del impacto de sus palabras. Durante nuestra relación claro que me di cuenta de que no la pasaba bien, que su niñez fue algo... triste, sin embargo, ahora comprendía muchas cosas, lo entendía mucho mejor a él y el enorme sentimiento que me demostró cada día.

—William... Hijo... debemos hablar... —su padre parecía ansioso y preocupado, mientras que ella seguía observándome despectiva, furiosa. No hui a su mirada, la enfrentaba intentándole transmitir todo el odio que sentía.

—No... no hay nada qué decir... Me destruyeron... Lastimaron lo que más me ha importado —Samantha giró hacia él sonriendo como si hubiese escuchado una broma—. Sí, mamá, jamás la olvidé... al contrario... la sigo amando —al oírlo confesar eso con tanta claridad, sentí como mi alma y corazón regresaban a su sitio—. Y gracias a lo que hiciste, mucho más que antes, así que les advierto una cosa; si le sucede algo a ella o alguien de su familia los haré directamente responsables. Recen porque no resbale sin querer, porque no sufra un accidente o algo extraño le suceda... porque si eso pasa, para mí los únicos culpables serán ustedes... No me tentaré el corazón, no cuando se trata de ella. Eso... —les dijo señalando aquellos papeles—, es su seguro, ella decidirá si lo entrega a las autoridades o no y yo... la apoyaré.

Kyana, a partir de ahora está protegida, así como toda su familia. Un solo cabello de ellos dañado y créanme, se arrepentirán de existir —El hombre que hacía un momento estaba detrás de mí, ya se hallaba al lado de Liam poniéndole un brazo en el hombro en señal de apoyo. Sus padres lo miraron impresionados y luego posaron su vista sobre mí asustados.

—Hijo... no tenía ni idea. Es verdad que no era la mujer que pensaba para ti... pero jamás hubiera hecho algo como eso...

—Ya no importa, papá, no puedo creerte, no después de una vida llena de vacíos y saber ahora de lo que son capaces —el hombre bajó la vista hasta el fólder comprendiendo de qué hablaba, mientras tanto su madre se sentó derrotada en la silla sin saber qué decir, ni cómo defenderse. El cuadro era deprimente, patético y épico, si era honesta.

No puedo decir que saltaba de alegría, no comprendiendo el dolor que esto le causaba a él, al único hombre que amé y ahora entendía, amaría.

—La extorsionaron... la alejaron de su madre, la hicieron vivir con miedo todo este tiempo, la obligaron a tomar decisiones que no quería, hicieron que dejara a sus amigos, a mí y contrataste a ese asqueroso hijo de perra para que todos, incluyéndome, pensáramos lo peor de ella. ¡Le causaste un maldito accidente! No sabes cómo te desprecio... Comprenderé si quiere usarlos y es más, estaré a su lado si lo hace... le destruyeron la vida, maldita sea —lo decía en serio. Su madre se fue hundiendo en la silla cada vez más asustada por lo que acababa de decir.

—Hijo... por favor... —suplicó su padre aun incrédulo. Yo ya solo lo veía a él, al único hombre que despertó mi alma, al que estuve esperando todo ese tiempo sin esperanza, ese que siempre fue capaz de enfrentar todo por mí. Siempre fue él, todo el tiempo desde el primer momento, sin embargo, ahora no sabía cómo manejarlo, dentro de mi cabeza habitaba una revolución, mi vida se estaba volteando de cabeza de nuevo sin poder evitarlo.

Liam viró hacia mí, me miró con dulzura y mucho dolor.

—Lo que decidas hacer, estaré de acuerdo, Kyana. ¿Quieres decir algo ahora? —negué segura, la garganta la tenía cerrada, pero además, ¿qué más podía decir? Ya todo estaba muy claro. Me tomó de la mano y me pegó a él con firmeza—. Bien, a lo mejor después decidas hacerlo. Y como les dije, la recuperaré, intentaré resarcir lo que le hicieron y así me lleve siglos lograrlo, ella estará a mi lado. ¿Comprenden? Es la mujer de mi vida... siempre lo fue y... —giró hacia esa mujer después de decir todo aquello con sus ojos clavados en los míos—. No te preocupes por tener que emparentar con ella,

madre, a partir de hoy, olvídense de mí como yo lo haré de ustedes —escupió con desdén.

De nuevo posó su atención sobre mí, lo que vi en sus ojos me llenó de dolor; sufría, sufría por lo que acababa de hacer. Nunca tuvieron buena relación y no sabía cómo fue los últimos nueve años, no obstante, eran sus padres, eso no podía cambiarlo. Me acerqué a su rostro sintiéndome presa de esa conexión que siempre existió entre los dos y le puse una mano en la mejilla. La tomó dándole un beso, rodeó mi cintura, abrió de nuevo las puertas y un minuto después ya estábamos saliendo de esa asfixiante casa.

—Liam... —volteamos al mismo tiempo. Era aquel hombre, su hermano supuse desde el primer momento que lo vi—. Yo, por Dios, lo siento... de verdad lo siento... es mezquino. Leí todo está mañana, no lo puedo creer —ya estaba frente a nosotros, lo miraba decepcionado.

—Lo sé... por eso necesitaba que lo supieras, no volveré aquí, Richard, no después de esto —su hermano tenía una mano sobre su hombro.

—Te entiendo... la vida con ellos nunca ha sido fácil y esto... raya en la locura.

—Ella es Kyana —cambió de tema Liam. Richard sonrió al verme, me dio un tierno beso en la mejilla.

—Al fin te conozco. Eres muy especial para este granuja, ¿sabes? —y le despeinó el cabello con fraternidad a su hermano menor. Liam sonrió con orgullo—. Espero que logren superar todo esto, en serio me apena todo lo ocurrido y debes saber que yo también te apoyaré si decides hacer algo, estás en todo tu derecho. Y antes de que se vayan déjame decirte algo; no sé qué le diste, sin embargo, créeme que me da gusto ver que te recuperó, desde ahora eres para mí una hermana... —asentí intentando corresponder su gesto y sintiéndome pésima por aquellas palabras. Liam dio un leve apretón a mi mano, eso no ayudó.

—Debemos irnos, Richard —señaló Liam mirándome—. Nos buscamos más tarde. ¿De acuerdo?

—Sí, Will, llámame, estaré esperando... el avión sale por la noche —se dieron un fuerte abrazo. De inmediato Liam tomó mi mano y no la soltó hasta que me subí a la camioneta.

Pensé que me sentiría mejor, que iba a ser una liberación y hasta cierto punto lo era. Pero saber lo que implicaba todo esto para él me dolía. Que yo sufriera todo ese tiempo no lo pudimos evitar, que Liam lo hiciera ahora, era algo que no tenía que haber sucedido. Por otro lado, aún sentía rabia y rencor

contra esa mujer y ella era la única persona con la que podía sacar todo aquello, pero en ese momento no pude pensar en otra cosa que no fuera ese hombre que robó mi corazón, hacía más de nueve años, en una edad en la que no era común que eso sucediera.

Él, como siempre, ocupaba toda mi mente, sus palabras, sus confesiones, su forma aguerrida y decidida. No, ese no fue mi momento, pero... algún día tendría que desahogar todo esto con quien correspondía y me juré que lo haría.

—¿Estás bien? —me preguntó una vez que encendió el motor.

—Sí —musité sin poder dejar de observarlo.

—Tienes que comer algo —enseguida comenzó a manejar, no me atreví a contrariarlo, no después de lo que vivimos en aquel enorme comedor.

∞ 23 ∞
DE NUEVO EN MÍ

Llegamos a un pequeño restaurante de esos que abren las veinticuatro horas. Entramos en silencio. Nos sentamos y enseguida una mesera nos tomó la orden de bebidas. De nuevo solos comencé a leer los platillos, no tenía hambre, en cambio sí un sueño que me provocaba una sensación en mis párpados como de dos losas,, mis ojos ya no podían permanecer más tiempo abiertos.

Liam continuó serio mirando por la ventana, pensativo. Durante todos esos años imaginé miles de formas de terminar con esa mujer. Creé en mi cabeza situaciones torcidas y otras no tanto, donde su perfecta sonrisa desaparecía, donde ella pedía clemencia y rogaba por mi piedad, pero en ninguna de mis fantasías entraba esa expresión de él, el aturdimiento y dolor que leía sin dificultad en sus ojos rebasaba cualquier sentimiento de rencor que habitara mi alma, pues amarle siempre fue complicado, sin embargo, algo limpio y puro. En todo ese tiempo mi sufrimiento fue lo primordial, lo más importante, pero ahora me daba cuenta de que el suyo no se comparaba. No tenía aún idea de lo que esos documentos contenían, pero evidentemente bueno no era y por otro lado, saber que quienes deberían procurar tu bienestar eran... así. Que sus intereses estuvieron en todo momento por encima de la felicidad de los seres que ellos mismos crearon. Dios, ni siquiera podía imaginarlo, yo crecí amada y a pesar de todos estos años, sabía muy bien que mamá me adoraba y que siempre haría lo mejor para mí, que yo era su mayor tesoro. ¿Cómo vivir sabiendo que quienes más te deberían amar, eran responsables de tu infelicidad?

—Aquí tienen... —puso nuestras bebidas frente a nosotros—. ¿Qué van a almorzar?

—Un plato de fruta... —pedí, sintiendo cómo me miraba molesto. Negó ansioso pasándose la mano por el cabello. No alcancé a escuchar que ordenó, porque enseguida me perdí también en la calle húmeda, seguramente llovió durante la noche y hasta ese momento, me daba cuenta.

—¿Se puede saber por qué no comes? —al escuchar su tono de reproche

giré pestañeando—. Estás pálida, ojerosa, nunca te preocupó guardar la línea, lo sé. ¿Qué ocurre?, ¿es por todo esto? —me preguntó afligido. Sentía que me clavaba en la silla.

—No, bueno, en parte... Es solo que... estoy muy cansada...

—Sí... se te nota, pero... no te ves bien y a pesar de eso insistes en no ingerir más alimento.

—Liam... —fijé mis ojos en los suyos atenta, seguía triste y toda la situación lo tenía rebasado—. Yo, lo siento —su expresión se suavizó de inmediato, puso una de sus manos sobre las mías con ternura, la sensación era tan tranquilizadora.

—No tienes porqué, tú no hiciste nada... al contrario, soy yo el que no sé cómo haré para resarcir todo lo que sucedió. Pero en fin... tenemos mucho de qué hablar, sin embargo, será después de que duermas y comas. Ahora no estamos en condiciones ninguno de los dos de hacerlo. —Asentí posando la vista en nuestros dedos unidos.

—Ya te dije que debo ir con mi madre.

—Y eso haremos como yo también ya te dije, solo que será cuando estés mejor. Se quedó muy preocupada cuando te fuiste y si te ve así se alterará más —lo miré confusa ¿Cómo lo sabía?—. Nunca perdí contacto con ella, Kyana, se quedó muy nerviosa al verte ir de esa forma. ¿Cómo crees que supe dónde vivías en Monterrey?... Por fin me lo dijo. Sabe que fui por ti, sabe que estás aquí. Iremos juntos a decirle todo. ¿De acuerdo? —no lo podía creer. Asentí mordiéndome el labio, cada cosa me desconcertaba más que la anterior—. No lo hagas... No si no quieres que te bese —dejé de hacerlo de inmediato poniendo la atención en el exterior.

Comimos en silencio, estaba perdido en sus pensamientos y yo en los míos. Ya todo había terminado, jamás tendría que volver a tener miedo, sin embargo, lo tenía y la rabia aún continuaba. No quería separarme de Liam, no quería irme de Myrtle Beach nunca más, pero no podía abandonar mi vida allá; estaba mi trabajo, Santiago, ¿qué le diría a él? Por otro lado, ¿cómo podríamos reconstruir Liam y yo una vida con todo lo que sucedió en medio?, después de todo renunció a su familia por mí, algún día eso pesaría. ¿Cómo lograría olvidar el hecho de que no pude estar en la boda de mi madre, que dejé a mis mejores amigos, que no fui a la universidad que quería, que mi vida era muy diferente a lo que alguna vez planeé y soñé? ¿Cómo les perdonaría que me alejaron de mi motivo tanto tiempo, que me exiliaron de mi mundo, que él estuviera sufriendo de esa manera? ¿cómo?... Además, yo

ya no era la misma, ya no era la cálida, despreocupada y fresca chica de hacía nueve años.

Comí lo más que pude del enorme plato de fruta que me sirvieron. Media hora después ya no podía más. Tres noches sin prácticamente dormir ya me estaban cobrando una gigantesca factura. En cualquier momento iba a quedar estampada en el plato. Pagó rápidamente y salimos justo cincuenta minutos después de haber entrado.

Llegamos a su casa, bajé sintiéndome ya en otra dimensión, mi cabeza estaba desconectada de mi cuerpo. No era buena para dormir, continuamente tenía problemas para conciliar el sueño, pero después de aquel año tan difícil no volví a tener tantas dificultades. Abrió la primera puerta, caminó hacia mí y me tomó en brazos sin previo aviso.

—¿Qué haces? —rezongué agradecida de no tener que seguir sosteniéndome por mí misma.

—Ya no puedes más... —argumentó subiendo conmigo por las escaleras, abrió la segunda puerta con dificultad. Sentirlo tan cerca era... relajante y estimulante a la vez. Me recargué en su hombro y rodeé su cuello con ambos brazos. Me dio un beso en el cabello al ver mi reacción. Subimos al segundo piso, entramos a una habitación que también tenía una hermosa vista al mar y me depositó cariñoso sobre la cama—. Ahora duerme... por favor —parecía un ruego. Asentí cerrando los ojos al tiempo que me hacía ovillo. De pronto mi móvil sonó, me senté con mucho esfuerzo mientras él me acercaba el bolso que dejó sobre una silla al lado de la puerta. Al ver la pantalla sentí un sudor helado; era Santiago. Liam observó mi reacción parado a los pies de la cama.

—Bu-bueno —contesté temblorosa y posando la mirada en mis rodillas que tenía flexionadas.

—Kyana... ¿Estás bien? —supuse que la manera de saludar fue lo que le preocupó.

—Sí... solo muy cansada.

—¿Segura?... No me lo parece y la verdad es que no me gusta escucharte como últimamente lo he hecho... me angustia.

—Estoy bien, Santiago... lo prometo, no te preocupes. ¿Podría hablarte después? —lo oí respirar fuertemente mientras veía cómo Liam se acercaba a la ventana, metía las manos en las bolsas de su pantalón y se perdía en el océano.

—De acuerdo, pero... ¿Segura que todo bien?

—Sí, ha sido un viaje... emotivo, eso es todo —era una maldita mentirosa. Me sentía sucia, desleal, sin embargo, ¿qué se suponía le dijera? Más aun por teléfono, ninguno nos merecíamos todo ese asqueroso embrollo.

Liam, al escucharme, se removió incómodo. Quería llorar, gritar, reír, todo al mismo tiempo. La situación era desastrosamente espantosa y yo ya no me sentía dueña de mí. ¿Cuántas veces más tendría que lastimar a inocentes?

—Muy bien... entonces descansa y háblame pronto... Te amo, no lo olvides.

—No lo olvido, cuídate... —colgué sintiéndome la peor de las mujeres. Estaba en la casa de un hombre con el que incluso ya había compartido mi cuerpo sin el más mínimo de los reparos y hablaba con el único al que le permití entrar a esa gruesa burbuja que escondía mi interior y que se dedicó meses para intentar hacerme despertar al amor, tanto que ahora era su prometida.

—¿Así se llama? —preguntó sin mirarme, su voz era lejana, ausente, me erizó la piel.

—Sí —respondí secamente. Giró hacia mí sin expresión en el rostro.

—Debes dormir... te dejaré sola —salió sin darme tiempo de decir más, cerrando la puerta. Me quedé un rato ahí, sentada, perdida en la inmensidad del mar. Me sentía absolutamente vulnerable y odiaba la sensación. Siempre me gustó tener el control de las cosas, en los últimos nueve años aún más, era una forma de sentirme segura y tranquila. Ahora de nuevo no lo perdería, no sabía en qué momento lo solté, lo cierto era que ya no estaba, se esfumó y además parecía burlarse de mí.

Me acurrugué en la cama cerrando los ojos y dejando escapar algunas lágrimas de impotencia. Necesitaba dormir, seguramente tanto tiempo sin hacerlo no me dejaba pensar con claridad.

Al despertar no supe si estaba anocheciendo o amaneciendo, lo cierto era que hacía años que no dormía sin interrupciones de pesadillas o sueños agobiantes. Me froté los ojos recordando enseguida en dónde me encontraba y lo que sucedía; no sabía si el día anterior o hacía unas horas.

Tomé el móvil que descansaba en la mesa de noche; las seis de la mañana. Guau. Dormí poco menos de veinticuatro horas. Me quedé asombrada, de verdad lo necesitaba, los últimos días fueron una montaña rusa, evidentemente me tenían al límite.

Me levanté estirándome serena, me acerqué a la ventana como si una fuerza sobrenatural me jalara allí. Alguien había corrido las cortinas y me había

arropado con una frazada; enseguida supe quién y sentí una necesidad apremiante de verlo, de tocarlo.

Me amaba, lo dijo frente a sus padres sin titubear.

Con ayuda del cordón abrí las persianas. Sin poder evitarlo, solté un suspiro al ver lo que frente a mí se extendía y es que era tan hermoso, tan enigmático, tan único y en su asombrosa inmensidad se escondían los mejores momentos de mi vida, lo que más deseé, lo que soñé y lo que tanto lloré. Sonreí con nostalgia; el amanecer estaba en su mejor momento, esperé concentrada hasta que el sol hubiese terminado de salir de su guarida intentando dejar mi cabeza en blanco y solo pensar en lo inigualable que era poder presenciar nuevamente algo como eso.

Cuando la bola de fuego se ubicó sobre el mar con aquella majestuosidad que encandila, saqué mis cosas de aseo personal y fui directo el baño. Me lavé los dientes y me eché agua en el rostro. Mi cara lucía mejor, no obstante, aún estaban las ojeras aunque no tan violetas y ya no me encontraba tan pálida. Mi mirada dispersa, se centró en la regadera que se hallaba detrás de mí, sin dudarlo tomé una toalla que estaba sobre uno de los estantes cuidadosamente doblada y la abrí.

Al salir definitivamente me sentía mejor. Busqué en mi maleta algo que ponerme pues no recordaba lo que eché. Encontré unos shorts oscuros y una blusa púrpura sin mangas. Me los puse de prisa, moría por sentir la arena bajo mis pies. Me dejé el cabello suelto y abrí la habitación lentamente. Justo enfrente había otra puerta cerrada.

No me fijé en nada más porque lo único que deseaba era estar frente al tronar de las olas, así que de inmediato me dirigí hacia las escaleras. Sin hacer ruido bajé sigilosamente, no quería despertarlo. Recorrí el comedor descalza, le quité el seguro a los ventanales que daban al exterior rogando que no sonara ninguna alarma, eso sí que sería un lío y un gran bochorno también y los jalé con cuidado. En cuanto los corrí, el olor a sal inundó mis pulmones.

Salí casi corriendo, bajé el otro tramo de escaleras rápidamente, la urgencia era apremiante. En cuanto sentí la arena en mis pies cerré los ojos con infinito placer. Suspiré complacida sintiéndome serena por primera vez en mucho tiempo. Anduve sin prisa arrastrando mis pisadas y dejando huellas verticales.

Cuando quedé a medio metro de donde reventaba el agua gracias a la gravedad, me detuve. Inhalé una y otra vez disfrutando la sensación de llenar

mis pulmones de esa salinidad tan maravillosa, tan única para mí. Amaba ese lugar, fue muy duro dejarlo. El ruido propio del líquido chocando con la arena era como música y lo disfruté como tal.

Evoqué sin dificultad todas las veces en las que estuve justo en ese sitio. Repasé cada cosa en mi mente, gozando la sensación de poder recordar incluso su aroma, sus labios y sus caricias sobre mi piel cuando yo aún era una adolescente. Jamás nos cansábamos de estar juntos y ese lugar en particular fue testigo de muchas cosas entre nosotros. No podía creer que hubiera hecho su casa justo ahí, que hablara español, que lo supiera todo, que fuera por mí y que yo no me hubiera resistido a ninguno de sus besos. Su cercanía era... natural... como si nueve años no hubieran transcurrido, como si jamás nos hubiéramos separado. Mi cuerpo respondía ante él sin que siquiera lo provocara, siempre fue así.

A mi mente acudió el día que comenzamos nuestra relación... Sonreí con nostalgia. Era una chica que no tenía idea del lado cruel de la vida, pero tampoco del más hermoso. Por supuesto no dudé; Liam despertaba hasta la última célula y neurona que en mí habitaba, por otro lado, él siempre se mostró tan seguro de querer estar a mi lado que me dejé llevar sin poder evitarlo.

Ahora, nueve años más tarde, su convicción parecía ser la misma, la determinación que leía en sus ojos, la firmeza de su proceder me dejaban muy claro que no se detendría y una parte de mí se lo agradecía pues mi parte temeraria ya no existía.

Bufé sintiendo cómo el aire agitaba mi cabello obstaculizándome en momentos la visibilidad. Él era asombroso, poco común, pero lo que sentíamos aún más. ¿Cómo fue que sobrevivió ese sentimiento tanto tiempo? Sobre todo en Liam, eso no lo comprendía, me parecía increíble que a pesar de que todo indicaba que jugué, que ya no lo quería, que... incluso lo hería, no me hubiese borrado de su vida. Dios, ¿por qué lo nuestro siempre fue tan profundo, tan único?

Una ola tronó más cerca mojando mis dedos. Sonreí ante la sensación. Como siempre acostumbraba, avancé hacia ella y comencé a jugar con el agua. Estaba fría, sin embargo, era refrescante, estimulante.

—Pareces un sueño —dejé de moverme al escucharlo, un segundo después giré en redondo. Me quité el cabello del rostro para poder verlo. Iba con un short sin camisa y el cabello húmedo. Parecía una deidad inalcanzable, irreal. Mi pulso se aceleró enseguida y la boca se secó. Se acercó lentamente sin

despegar los ojos de los míos. Mis manos cosquilleaban, mi piel se erizaba, mis poros reaccionaban y mi interior vibraba—. Dios... cuánta falta me has hecho... —susurró a menos de un centímetro de mi boca. Un segundo después ya nada volvió a importar, salvo su tacto sobre mi piel envuelta entre sus brazos, me sentía ajena a este mundo, presa de un infinito destello multicolor que me mecía instándome a que me dejara llevar como antes, como siempre. Nos besábamos sin prisas, deleitándonos, reconociéndonos, evocando lo que fue, lo que era.

De pronto me alzó como solía dejando mis pies a varios centímetros del suelo mientras yo me aferraba a su cuello sintiendo como su lengua me exploraba con suma paciencia. No reaccioné hasta que sentí el agua fría mojando mis pies. Me separé soltando un quejido sin comprender que pretendía.

—Liam... ¿Qué haces? —pregunté mirando hacia abajo. Mis piernas estaban por encima del mar. Avanzamos sin que yo me percatara. Rio al ver mi reacción. Las elevé hacia un lado por reflejo. El agua se sentía fría. Él aprovechó para sujetarlas con uno de sus brazos sin problema carcajeándose sin más—. No. ¡Ey!, bájame... Está helada —Me aferré a su nuca dándome cuenta de que de verdad se divertía por lo que supe enseguida no me haría caso.

—Y mueres por zambullirte... —Lo miré arrugando la frente quitándome el pelo del rostro torpemente con una mano mientras seguía metiéndose en el agua sin vacilar.

—No es cierto —mentí. Comencé a sentir mojada mi espalda, forcejé sin pensarlo, pero por mucho que me esforzaba no me soltaba—. ¡Liam! ¡Ay! Me va dar pulmonía —le grité retorciéndome en sus brazos.

—No lo creo y tú tampoco, lo que pasa es que tienes miedo —No comprendí su comentario, pero no bromeaba. Sacudí la cabeza desconcertada.

—Bájame... por favor —le rogué con voz queda. Y lo hizo, el muy maldito me soltó en el agua sin más. Sentí cómo el mar me cubría, incluso el cabello ya que me sumergí sin preverlo.

Quise matarlo, en serio estaba fría, así era el mar de allí. En cuanto saqué la cabeza lo miré furiosa, él tenía las manos sobre su marcado abdomen riendo sin parar. Le aventé agua al rostro con ambas manos esperando borrar su sonrisa, no lo logré y me devolvió el gesto. Entorné los ojos vengativa y arremetí nuevamente con mayor fuerza. Sin darme cuenta terminamos en una lucha desenfadada. El muy aprovechado aún no tenía el cabello mojado así

que ese era mi objetivo, mientras él solo lograba humedecerme más sobre lo ya empapado. De repente se hundió, parpadeé mirando atenta a mí alrededor, sabía que algo haría.

—¡Sal de una vez! —Le grité aunque sabía no escuchaba.

De repente sus manos me jalaban hacia adentro sin aviso. Tragué agua nuevamente. Me estaba provocando. Comencé a luchar en su contra intentando zafarme y obstaculizándole la salida. Sin darme cuenta las risas salían de mi garganta llena de ese líquido salado que tanto adoraba. Una vez que logró que su cabeza viera el sol, me contempló maravillado. Al notar su cambio de expresión dejé de sonreír.

—No... —Me rogó tocando mis labios con las yemas de sus dedos—. Pensé que también me robaron eso, no sabes cómo las extrañé —No supe qué decir. Fue acercándose lentamente. El vaivén del océano nos juntaba sin esfuerzo. Coloqué mis palmas sobre su pecho sin perder la conexión, sus enormes manos sujetaron con seguridad mi rostro, encorvó su cuerpo como solía para alcanzarme, con su nariz acarició mi piel húmeda, mientras absorbía mi aroma una y otra vez. Me aferré a sus hombros sin cerrar los ojos ansiosa por sentirlo nuevamente. Fue moviéndose decadentemente hasta que sentí sus labios succionando uno de los míos, un segundo después viajó hasta el otro. Nuestras miradas aún seguían sin perderse intercambiando miles de mensajes que las palabras jamás comprenderían, nunca sabrían.

Dejé salir mi lengua de su guarida siendo yo ahora la que tomaba la iniciativa y acaricié sus labios con ella sensualmente. Gruñó por lo bajo sujetando mi cintura con desespero para pegarme a su ardiente cuerpo y me besó con infinito deseo, con primitiva ansiedad. Me sacó del agua en brazos mientras nos devorábamos con desenfreno. No me interesaba a dónde íbamos, no me importaba si nos estaban viendo, de hecho me daba igual si el mundo colapsaba; yo lo necesitaba, ya, ahora, me daba lo mismo si nos hacíamos uno ahí, en plena playa. Nada era más imperioso que sentirlo así de cerca.

—Dios... creo que jamás dejaré de desearte, de verdad me enloqueces — Nos encontrábamos en la que supuse era su recámara. La ropa mojada esparcida por todos lados y las sábanas completamente revueltas alrededor de nuestros cuerpos húmedos, desnudos y agitados.

Mi respiración aún no se recobraba del todo. Me tenía abrazada con mi rostro recargado sobre su pecho. Las cortinas no estaban cerradas, así que se veía todo el océano desde ahí. El encuentro nuevamente fue arrebatado, llenó

de pasión y deseo. En cuanto entramos a esa habitación, nos despojamos de la ropa desesperados tanto que mi blusa terminó rasgada e inservible. Sin poder esperar ni un segundo me pegó a él y sin más terminé con la espalda sobre el colchón completamente arqueada al recibirlo como tanto necesitaba. Su invasión fue feroz, desenfrenada, mezclada con los gritos de placer que me arrancaba y sus jadeos enardecidos que solo lograban que deseara más. Enterré las uñas en su espalda exigiéndole no parar mientras él me besaba con vehemencia absorbiendo mis jadeos con absoluta posesividad. La sensación fue mágica, intensa y como siempre... perfecta. Cuando menos me di cuenta ya habíamos cambiado de posición y yo lo montaba sin reparos sobre el mullido colchón. Absorta en su mirada que jamás perdió la conexión, fui consciente de cómo mi vida de nuevo se llenaba, de cómo mi corazón otra vez bombeaba sangre con alegría hasta el último rincón de mi cuerpo. Extraviada en sus ojos grises me dejé fluir hasta ese indescriptible momento en que todas mis terminaciones nerviosas encontraron por fin el camino para explotar.

—Kya... —tomó mi barbilla para que lo mirara—. Debemos hablar con Irina, ella debe conocer la verdad —Me mordí el labio, no pudo evitar sonreír dulcemente—. No intentes distraerme, de por sí, teniéndote así no puedo concentrarme ni pensar en nada más, es mucho más de lo que me permití soñar —sonreí yo también avergonzada al escucharlo.

—Creo que... —me separé de él entendiendo a qué se refería, yo ya lo deseaba de nuevo—, es mejor que vaya a cambiarme —recorrió mi espalda con uno de sus dedos como solía hacer.

—Me parece una sabia decisión... de lo contrario te saltaré encima otra vez —sacudí la cabeza observándolo con timidez, me enrollé en la sábana, recogí lo que quedaba de mi ropa y salí de inmediato, sabía que lo haría.

Entré envuelta en una nube, no obstante, al ver mi móvil sobre la mesilla de noche, una losa cayó sobre mí. Mi gesto se endureció perdiendo cualquier atisbo de felicidad pues la culpabilidad comenzó de nuevo a corroerme sin reparos. Mis sentimientos eran encontrados. Por un lado, odiaba hacerle eso a Santiago, lo estaba engañando, no era sincera, le estaba faltando a él y a mí misma. Por el otro, me sentía más feliz que nunca, completa nuevamente, era como si el tiempo se hubiera congelado y cada vez que estaba a su lado me olvidara de todo, solo podía pensar en él y en lo que me hacía sentir.

Resoplé mordiéndome el labio un segundo después. Eso tendría que solucionarlo, pasara lo que pasara con Liam y conmigo, pues evidentemente

desde el momento en que me volví a entregar a otro hombre que no era él, el compromiso terminó.

Cuarenta minutos después ya estaba de nuevo vestida aunque no muy animosa. En realidad no demoré tanto en arreglarme. Lo que ocurrió fue que intenté juntar valor para lo que faltaba, preguntándome una y otra vez por qué nada podía ser sencillo respecto a él. Desde el primer momento tuvimos que luchar por nuestro sentimiento. Cuando lo pensaba, el agobio me embargaba.

De pie en el marco de la puerta escuché ruido en la planta baja, de inmediato vi su habitación abierta. Bajé tan temblorosa como cuando salí con él las primeras veces. Sonreí al recordar aquellas épocas, seguía generando en mí exactamente lo mismo. Lo busqué con la mirada algo desconcertada; se encontraba en la cocina preparando lo que parecía ser el desayuno.

—¿Te siguen gustando los *waffles*? —preguntó mientras giraba uno con maestría. Caminé hasta donde se ubicaba.

—Sí... eso creo.

—Siéntate, ahora te sirvo. —Me acercó un vaso con jugo mientras me sentaba en la gran barra justo donde había un pequeño mantel. Del otro lado vi otro que supuse era el suyo.

Lo observé recordando nuestros momentos juntos en la cocina de mi casa. Nos divertíamos tanto. Le di un trago a mi bebida sintiendo mucha nostalgia. Dos minutos después me sirvió dos en un plato.

—Lo quiero limpio... sino, pensaré que soy pésimo en esto.

—Sabes que no es verdad. —Los dos nos miramos evocando lo mismo y sonreímos con complicidad.

—Aun así... por favor, cómelos —parecía preocupado por mí. No tenía un desorden alimenticio, ni buscaba guardar la línea, era solo que si bien ya no tenía el apetito de antes, en los últimos días todo se volvió un desastre y... cuando me hallaba triste o preocupada, el hambre desaparecía. Sin embargo, jamás tuve un problema por eso. Comí dándome cuenta de que en realidad sabían buenos, podía detectar la mantequilla sin problema y el sabor de la miel sobre ellos, mientras el tocino crujía en mi boca. Me los terminé sintiéndome contenta de haberlos podido disfrutar a pesar de todo lo que ocurría. Me levanté y acomodé el plato en el lavavajillas.

—Gracias... —susurré a su espalda. Él ya había terminado y tomaba café intentando no presionarme. Me sujetó por la cintura acercándose a su cuerpo.

—Es un placer... —rozó mis labios sin más para luego ponerse de pie

serenamente. Acomodó su plato igual que yo y enseguida la puso a andar. Lo ayudé a recoger todo como solíamos hacer—. Vamos con tu madre... debe morir por verte —subí a lavarme los dientes y por mi bolso. Casi eran las diez. En cuanto salí del baño mi teléfono comenzó a timbrar, él también iba saliendo de su habitación. Nos miramos sin movernos, los dos sabíamos muy bien quién sería. Busqué el aparato sintiendo sus ojos sobre mí, seguía en el mismo lugar cuando por fin lo encontré y contesté.

—Hola...

—Hola, Kyana... ¿Cómo estás? —su voz era muy dulce, pero no se acercaba ni un poquito a lo que la de Liam provocaba en mis sentidos.

—Bien... Todo bien y ¿Tú?

—Extrañándote como un loco, debo contenerme para no hablarte todo el día, sé que estás muy atareada y no quiero que pienses que te acoso —Me acerqué a la ventana de mi recámara intentado evitar el gesto desencajado de Liam.

—No lo he pensado... En el trabajo, ¿todo bien?

—Sí... bueno... Ya sabes cómo es esto y sin ti... pues sí es un poco más estresante, en fin, nada que no pueda manejar. Pero dime, ¿cuándo regresas?

—El fin de semana supongo.

—Dios... En serio muero por verte, por darte un beso. Me has tenido preocupado... pero te escucho mejor —cerré los ojos recargando mi frente sobre el vidrio. Me sentía más miserable que nunca.

—Sí... Estoy bien.

—¿Y tú mamá? —otra mentira. Una rabia que me quemó comenzó a recorrer mi cuerpo logrando que todas mis extremidades cosquillearan ante la sensación.

—Bien... mejor... gracias.

—Me alegro. Te amo, no lo olvides... Maldición, tengo que dejarte, ya sabes cómo son las cosas aquí. Mañana te marco.

—De acuerdo y... no lo olvido.

—Lo sé... cuídate —colgué sin poder moverme de ahí. Las lágrimas comenzaron a emanar como un torrente que ensuciaba todo. Me sentía frustrada, molesta. Le mentí, lo estaba engañando... No se lo merecía, no él. Aventé el móvil al bolso enojada y bajé confusa.

Liam veía por la ventana con su frente recargada en su antebrazo. Tampoco lo merecía, él fue una víctima como yo, como lo era ahora Santiago, sin embargo, no podía estar con los dos. La elección no era precisamente fácil,

no obstante, mi corazón ya había elegido hacía muchos años; siempre fue él y jamás dejaría de serlo. Eso no quitaba el hecho de que me sintiera rabiosa, impotente y una hipócrita.

—¿Qué piensas hacer, Kyana? —indagó sin girar. Me acerqué a la sala y recargué mis brazos en el respaldo de un sofá.

—No sé... —susurré irritada—. No sé nada, Liam. Mi cabeza es un... torbellino. —suspiró y volteó para encararme.

—Te vas a casar con él y... has estado aquí... conmigo... —no lo decía molesto, solo señalaba lo que ocurría, la verdad. Pero mis nervios ya estaban deshechos. Sentía mucho rencor y odio.

—¿Qué insinúas?! ¿Lo mismo de la otra noche? ¿Qué me acuesto con cualquiera?, si estoy aquí es porque tú fuiste a buscarme —pestañeó varias veces confuso. Sabía bien que no se refería a eso, pero aquellas palabras me dolieron demasiado, no lograba sacarlas de mi cabeza. Se acercó a mí negando.

—No es eso lo que intenté decir... —Me alejé sintiendo que toda mi ira contenida por años salía sin poder evitarlo.

—¿¡No!? ¿Tienes idea de lo que sentí cuando ese tipo me besó?! Tener que fingir por miedo... Ver tus ojos y saber que estabas desilusionado, que me creías capaz de traicionarte... ¿Tienes idea de las noches que pasé?... Te amaba, Liam, te amaba desesperadamente y sé que todo esto no es tu culpa, sé que fuiste otra víctima, pero no puedo olvidar tus palabras, fuiste hiriente, me odiabas. Así me mirabas la otra noche con esa misma rabia. Si Robert no te para... no sé qué hubieras hecho —tenía los ojos muy abiertos y me escuchaba sin poder hablar al ver que estaba rebasada por el coraje—. ¿Sabes el miedo que sentí? ¿El horror que viví? Fueron años de angustia, de querer esconderme del mundo, de no poder volver a sentir, de no poder ser feliz. No tienes idea de lo mucho que lloré —Y en ese momento lo hacía de nuevo—. Pesadillas... noches sin dormir, temiendo por la seguridad de las personas que más amaba. No pude estar en la boda de mi madre, ella jamás lo comprendió, dejé todo... ¡Todo maldición! No tienes idea del infierno que fue hacerlo —No hablaba, gritaba y él solo me observaba con miles de emociones reflejadas en ese rostro que tanto veneraba—. Y tú me preguntas qué voy a hacer —Me acerqué a su rostro sintiendo que con cada palabra me iba liberando de todo eso que acumulé durante años y que sabía tardaría también años en sacar, pero ese era el comienzo—. No lo sé, de nuevo mi vida está al revés... Te amo... jamás he dejado de amarte... pero no sé si eso

es suficiente —sujetó mi cintura serio, acercándose fuertemente a su pecho de un solo movimiento.

—Eso era lo único que quería saber, todo lo demás ya veremos cómo lo solucionamos, pero no pienso dejarte ir de nuevo, no sabiendo que me amas como yo a ti, que jamás me olvidaste.

—Eso no cambia las cosas —susurré sollozando perdiéndome en su mirada dura. No me daba miedo verlo así, de hecho me daba certeza, cosa que necesitaba con urgencia.

—Claro que las cambia... Sé que tardaremos en superar lo que pasó, fueron mis padres quienes te lo hicieron y tú fuiste la más lastimada... Jamás lo olvidaré, pero no estoy dispuesto a que logren su propósito. Tú tampoco sabes todo lo que viví, lo mucho que me dolió pensar que de verdad no me amabas. Kyana, nunca bromeé, eras y eres mi vida, no te dejaré ir, no esta vez —Me besó ansioso demostrándome que lo que decía era cierto. Le correspondí angustiada temiendo poder perderlo de nuevo. Acomodó uno de mis cabellos atento—. Te amo, sé que esto no va a ser fácil, pero tenemos que intentarlo... debemos darle otra una oportunidad a esto que sentimos.

—Liam... yo... ya no soy la misma, las cosas... son complicadas —logré decir perdiéndome en su grisácea mirada...

—Sí lo eres, pasaron muchas cosas, crecimos en el camino, sin embargo, somos los mismos y lo que sentimos tampoco ha cambiado. Sé que viviste otra vida todo este tiempo, yo también, Kya. Solo déjame demostrarte que este es tu lugar, que tu sitio aún sigue aquí —sonreí tristemente al escucharlo—. Y en cuanto a que las cosas son complicadas; sé lo leal que eres y por lo mismo sé lo mucho que te está costando todo esto, pero debemos hablar y una vez que lo hagamos, decidiremos qué hacer, ¿de acuerdo? —las lágrimas no me permitían verlo con claridad, me seguía conociendo como nadie. Me besó en la frente abrazándose—. No te angusties... ya no, estaremos bien, te lo juro, haré todo para que así sea, bonita.

—No quiero volver a separarme de ti Liam, me da miedo que algo suceda de nuevo y... —logré decir contra su pecho estrujando su playera.

—Eso no pasará, no lo permitiré, confía en mí. Sé que lo mismo te dije hace muchos años, pero ya no soy un chico y sé lo que debo hacer para proteger lo que más me importa en esta vida —Sus brazos me apretaron más fuerte—. Dios, pensé que no te podría recuperar...

—Nunca me perdiste —admití llorosa, elevó mi rostro con uno de sus enormes dedos bajo mi barbilla y me besó tiernamente.

—Tuve mis dudas. Aún hay mucho que recorrer, pero creo que lo más importante ya está definido. Lo que sea lo haremos juntos, no permitiré que sea de otra manera —asentí consciente de lo que eso implicaba—. Ahora... ¿Vamos con tu madre? Porque si sigo aquí no podré contenerme, Kyana, te deseo demasiado como para mantener mis manos lejos de ti.

—Entonces... no lo hagas... —lo insté aún con las mejillas húmedas, con una enorme necesidad de sentirlo nuevamente después de mi desahogo. No lo tuve durante años y no deseaba por nada separarme de él.

—No sabes lo que dices —musitó sobre mi boca llevándome de regreso a su recámara. El deseo llegó de inmediato, como siempre, solo que esta vez fue diferente en muchos sentidos. Hacer el amor con él, con plena conciencia de mis sentimientos y de los suyos, logró que fuera un acto de absoluta entrega, con promesas, dolor y expectación que se fundían en nuestro deseo de permanecer, aun después de todo, juntos.

Nos pertenecíamos, siempre fue así. Sabía que faltaban cosas por enfrentar, pero estando junto a él no les temía, me sentía viva de nuevo. El hielo en mi interior lo derritió con solo tocarme, en unas horas me puso a vibrar como antes. Liam y yo éramos uno solo desde hacía ya mucho tiempo, jamás lo volvería a dejar.

Una hora después salimos rumbo a casa de mamá.

—No sé cómo lo tome —le confesé preocupada.

—Lo entenderá y... le dolerá, eso no lo puedes evitar —perdí la mirada en la calle.

—Liam, siento mucho todo esto —Me observó asombrado.

—¿De qué hablas? Si te refieres a mis padres... no lo hagas, lo que te hicieron no tiene nombre y el día que tú logres olvidar lo que viviste estos nueve años entonces... quizá... podré dejar de sentir esto que me quema, pero perdonarlos; nunca. Se metieron con lo que más he amado, también me destrozaron la vida al destrozártela a ti, Kya. Sin ti no sé vivir y fue tortuoso experimentarlo —Me recargué en su hombro sin saber qué decirle. Puso una mano sobre mi pierna—. Te amo... Dios sabe cuánto y solo de pensarte sola y asustada, sin nadie a quien recurrir, me dan ganas de...

—Sh, no lo digas, después de todo ya te dije que son tus padres. ¿Sabes? Creo que cuando hablaste con ellos para decirles nuestros planes, aquel fin de semana, les dejaste demasiado claro que no terminarías conmigo, ella sabía que no existía otra forma de separarnos, me lo dijo —Me dio un beso fugaz en el cabello.

—Sí... sabían muy bien de lo que era capaz por ti... Hay cosas que ignoras, al igual que yo... tenemos tiempo para hablarlas... Por ahora... —estacionó la camioneta frente a la casa de mamá y me dedicó una hermosa sonrisa—, ella debe saberlo...

Tocamos el timbre, Ralph nos abrió un minuto después. Al vernos juntos sonrió sin poder esconder su agrado.

—¡No puede ser! Esto sí que es una sorpresa. —Lo saludamos afectuosamente. Cerró la puerta una vez que estuvimos dentro observando nuestras manos entrelazadas—. No sé cómo lo conseguiste, Liam... pero... ¡Diablos! Los felicito —giré hacia el aludido, confusa, me guiñó un ojo orgulloso.

—Ralph, debemos hablar con mamá, me gustaría que estuvieras presente —arrugó la frente al notar que se trataba de algo serio.

—Sí, por supuesto. La ayudaré a bajar, regreso en un minuto.

—¿Necesitas una mano? —se ofreció Liam. El esposo de mi madre negó sereno. Al quedarnos solos sus ojos se perdieron en el sofá que solíamos usar, caminó hasta él tomándome de la mano para que lo siguiera, se sentó y me acomodó sobre sus piernas. Meneó mi cabello hacia atrás acariciándome el cuello sensualmente.

—Soñé años con volver a tenerte así —Me acerqué a sus labios y lo besé, rodeó mi cintura pegándose más. Cuando escuchamos pasos ya en las escaleras nos separamos sonriendo. Me sentía nuevamente de dieciocho.

—¿Kyana? Hija —Al verla descender los últimos dos peldaños con el brazo pegado a su pecho y los moretones que ya se veían más tenues en su rostro, sentí ganas de llorar. Me levanté de inmediato con una necesidad enorme de abrazarla, de besarla. Caminé hasta ella, Ralph se me dio paso y la ayudé a llegar a uno de los sillones—. Liam... Dios... qué bueno es verte —Se acercó a ella ya que se había acomodado y le dio un beso cariñoso en la mejilla.

—Igual, Irina, te ves mejor que el otro día, te recuperas rápido.

—Gracias, creo que tuve suerte...

—Irina, cielo. Necesitan hablar contigo —anunció su marido. Nos observó expectante frunciendo sus delicadas cejas.

—¿Están... juntos de nuevo? —Liam rodeó mi cintura mientras los dos asentíamos. Se llevó las manos a la boca asombrada y con lágrimas en los ojos—. ¡Oh por Dios!, no lo puedo creer... —Me acerqué a ella y le di un beso en la frente.

—Mamá... no es eso lo que venimos a decirte —arrugó la frente ahora realmente confusa.

—Siéntense. ¿Qué sucede? —Me acomodé a su lado tomándole la mano que no tenía lastimada. Liam y Ralph lo hicieron en el otro sillón, en el que hacía unos segundos nos besamos.

—Mamá... debes saber la verdad —giró hacia los dos hombres.

—¿A qué te refieres? —tragué saliva afligida. La adoraba, siempre fue así, no había nada que no hiciera por ella, nada.

—Desde que me fui, supiste que algo te ocultaba, siempre me lo dijiste y... bueno, me conocías y aún me conoces tan bien que no te equivocaste; tenías razón —abrió los ojos de par en par comprendiendo que iba a saber al fin lo que durante años le atormentó desconocer—. Escucha, lo que te diré no te gustará nada, así que te suplico no te exaltes, ¿sí? —asintió completamente intrigada, atenta—. Bien... ¿Recuerdas aquel... accidente que tuve? —apreté mi mano aceptando con la mirada—. P-pues, no sé cómo decírtelo. Eso que sucedió fue... provocado—. Dio un pequeño grito de asombro mirándome perpleja, atónita—. Mamá... los... —Dios, qué difícil era decirlo después de tantos años de callarlo. Giré el rostro hacia él sintiendo que necesitaba su aprobación, asintió con ternura. Resoplé—, fueron... las padres de Liam —Mamá no se movió por varios segundos, parecía no lograr acomodarse aquello que le narraba, aquello que le confesaba, ni siquiera parpadeó.

—¿Qué-qué quieres decir hija? ¿A qué te refieres? ¿Por qué? Kyana, explícate... —Sus manos temblaban al igual que su labio inferior.

—Mamá, ellos... no me querían junto a él. Una semana después del accidente, aquí se presentó su madre; Samantha... —Su puro nombre aún me daba escalofríos. Comencé a narrarle todo mientras los tres me escuchaban atentos. Noté que Liam apretaba los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos. Él no había oído mi versión de las cosas y yo aún no sabía lo que Robert le dijo. Mamá lloraba impactada e indignada mientras Ralph apretaba su hombro para consolarla, aunque también se encontraba anonadado—. Es por eso que me fui... no podía arriesgarte, no me lo perdonaría jamás. Yo... lo siento.

—Pero ¡¿Por qué?! ¡¿Cómo pudieron?!... ¿Cómo? ¡Eras una niña, mi niña! Te vi sufrir, callar. ¿Cómo no me di cuenta? Siempre supe que algo muy malo ocurrió, llegué a pensar mil cosas, esto jamás cruzó por mi cabeza, es que es abominable... —La abracé con cuidado al verla tan mal, tan frágil y tan increíblemente descompuesta, furiosa.

—No tenías modo de saberlo, yo no iba a permitir que eso ocurriera... —Se separó de mí acariciándome el rostro comprensiva después de limpiarse las lágrimas molesta, frustrada.

—Te vi mal, aún puedo recordar aquellos días... —Liam nos observaba interactuar sin moverse—. Te sobrepasó... Dios, te vi todos estos años no volver a ser la misma. Te esforzabas tanto por hacernos creer que todo estaba bien, que eras feliz y... todo por ellos... ¡Cómo se atrevieron! —bramó con ira, roja por el coraje que todo eso le producía. Miré a Liam, permanecía tranquilo, entendiendo muy bien su reacción.

—Mamá, no te exaltes. Escucha, si estoy aquí, contándote esto, es porque Liam terminó con todo. Puso en mis manos pruebas muy graves que podrían hundirlos, ellos lo saben y... jamás volverán a acercarse a mí —Ella giró hacia él con expresión fría.

—¿No tuviste idea de esta infamia todos estos años? —quiso saber estudiándolo con gesto indescifrable. Liam negó con seriedad sin perder el contacto visual.

—Sabes bien que de haberlo sabido, tu hija estaría a mi lado desde hace mucho tiempo, Irina... —Algo se decían sin hablar, algo compartían que yo desconocía. Mamá aceptó asintiendo sin dejar de observarlo, ahora con... tristeza, compasión y... admiración.

—¿Cómo fue qué te enteraste de la verdad? —lo cuestionó.

—Robert lo dijo la otra noche. Es por eso que Kya huyó y es por eso mismo que vine a rogarte por su dirección... —Guou, ¿Rogarle? Definitivamente me perdía de mucho. Mi madre se relajó de inmediato, de pronto lo observó tiernamente aunque abatida.

—Dios, Liam... No sé qué decir, te vi todo este tiempo y... jamás lo sospechamos... Es realmente lamentable que sean tus padres y nunca comprenderé cómo es que tuvieron un hijo como tú.

—Lo que soy ahora se lo debo a ella —Y me miró con devoción—. Sin Kyana jamás hubiera regresado esa parte de mí que enterré... que evadí. Así que no te preocupes, Irina, a mí lo único que siempre me ha importado es tu hija y por ella soy capaz de eso y mucho más... —Mi madre absorbió eso como si lo supiera de siempre, aun así, seguía dolida. Unos minutos de silencio transcurrieron, parecía sopesar lo que a continuación diría, de pronto viró hacia mí con una ceja arqueada y la quijada tensa; deseaba saber qué haría.

—No voy a actuar en su contra, ya no quiero más odio, más rencor.

Necesito empezar de nuevo, mamá. Quiero recuperar el tiempo que perdí, sobre todo contigo, no sabes cuánto te necesité, cuánto te extrañé —Sus ojos ya enrojecidos se aguaron de inmediato, su molestia se alejó y me acercó a ella sollozando con dolor acumulado. Unos minutos después en los que el desahogo nos embargó, tomó mi barbilla limpiándome las mejillas con su pulgar.

—Mi niña, mi Kya. Dios, Dios... Pero cómo pudieron. ¿Cómo tuvo esa mujer el corazón para hacer algo tan despreciable, tan bajo? Fuiste muy valiente, no puedo siquiera imaginar lo que fue pasar por algo semejante, tan monstruoso, el miedo que sentiste, mi cielo... Te amo tanto, te juro que te amo muchísimo.

—Yo también... —susurré llorando aún.

—Odio a esa mujer con toda mi alma, quisiera que... Dios, quisiera verla en prisión... Desearía verla sufrir lo que tú sufriste, que pagara por cada lágrima tuya, por todo el tiempo perdido, por tu dolor, por tu temor —Liam mantenía la mirada gacha con sus manos entrelazadas sobre sus rodillas. Pobre, nada era fácil ya, menos para él, después de todo yo estaba recuperando todo y la luz de mi alma. Él, estaba perdiendo una parte elemental de la vida de cualquier persona: sus padres—. Pero ¿Sabes? Te admiro y... estoy muy orgullosa de ti. Enfrentar todo de la forma en la que lo hiciste habla de una mujer fuerte, Kyana, eras una adolescente y aunque comprendo el miedo que te sembró esa mujer y me duele no haber logrado llegar a la verdad; tú, mi niña, saliste adelante a pesar de toda esa abominación.

—No tenía opción... —Ella sonrió con profunda tristeza clavando sus ojos marrones en los míos con decisión.

—Sí, siempre las hay, pero elegiste a tu familia y la felicidad de Liam por encima de ti siendo aún una pequeña —giró hacia él extendiendo su mano sana aún temblorosa. Liam se acercó y la tocó culpable, el dolor que vi en esos pozos, ahora más verdes, que tanto amaba, lo pude incluso tocar—. No imagino lo que estás sintiendo, te vi tantas veces aquí... que... Dios, este dolor tú tampoco lo merecías. No sé cómo agradecerte que me devolvieras a mi hija, que la liberaras a pesar de que son tus padres. Y te diré algo, Liam; tú también tenías elección y la elegiste a ella, como ella te eligió a ti. Y a pesar de tú familia, sé que mi niña no puede tener un mejor hombre a su lado que tú.

—Gracias, Irina, sabes que aprecio tus palabras, aunque la culpabilidad

reside en mi interior... Sin embargo, lo superaremos, mientras Kya esté a mi lado, eso debe suceder y haré todo para que lo logremos porque no viviré una vida sin su presencia.

—Te creo, lo sabes. Pero también debes recordar que eras un chico y si quieren comenzar nuevamente, deben dejar esto atrás por mucha rabia que todos estemos sintiendo —giró hacia mí sonriendo afligida—. Solo quiero verte feliz, mi amor y si no harás nada en su contra, lo respetaré a pesar del rencor que siento. Te entiendo, más odio no tiene sentido, ya no, lo hecho, hecho está y ahora están aquí, juntos y sé que ambos estarán bien... que lo que sienten y siempre sintieron los ayudará a superar esta atrocidad —Ralph no hablaba, solo observaba. Mi madre le tendió la mano para que se acercara. El hombre reaccionó al fin.

—Los admiro, muchachos —expresó sin poder siquiera pestañear ubicándose en la bracería a un lado de ella—. Solo porque ustedes lo dicen lo creo. De verdad me apena mucho esto que ocurrió, jamás debieron pasar por algo semejante y... gracias, Kyana, porque ahora soy consciente de que sin ti jamás hubiera podido vivir mi vida al lado de tu madre... aunque ese fue un precio demasiado alto —sonreí llorosa mientras él me guiñaba un ojo maravillado y agradecido.

—¿Qué piensan hacer? —preguntó mamá con sus mejillas húmedas. Me mordí el labio y miré a Liam. De inmediato tomó mi mano.

—Aún nos falta mucho por hablar Irina. Esto ha sido una locura, en pocas horas todo cambió... Lo que sí te aseguro es que lo haremos juntos, eso es un hecho —mientras le contestaba mantenía sus ojos fijos en los míos—. La amo, sabes que siempre fue así y no volveré a perderla, la encadenaré a mí si es preciso —sonreí al escucharlo—. No te irás de mi lado... nunca, eso es un juramento —Se llevó mis dedos a sus labios, al tiempo que me levantaba para sentarme a su lado, de inmediato me recibió entre sus brazos soltando un suspiro de alegría. El camino por recorrer aún no terminaba y yo todavía tenía que solucionar algo delicado, algo que me partía el alma concluir, pero que ya no tenía cabida en mi vida y que rogaba lo pudiera entender algún día.

Conversamos unos minutos más sobre la convalecencia de mamá sin tocar en lo absoluto ese doloroso tema, no pensaba vivir de aquel tormentoso momento. Si iba a construir nuevamente mi futuro, no sería sobre fango esta vez, si no sobre la paz y la seguridad que me daba saberme adulta, apoyada por quienes amaba y capaz de enfrentarla si era necesario. Haría lo que tuviera que hacer.

Dos horas después de llegar, gracias a los analgésicos, la mujer que adoraba, lucía fatigada. Los cuatro nos pusimos de pie de inmediato. Ralph la tomó de un brazo con esa ternura que lo caracterizaba.

—Mamá... me quedaré... Siento tanto haberme ido así el otro día, quiero recuperar el tiempo que tuve que estar lejos de ti —sonrió cansada. Acunó mi barbilla con esfuerzo.

—Claro que no jovencita, irás a solucionar tu vida, eso es lo único que quiero que hagas. ¿De acuerdo?, yo aquí estuve y estaré siempre, mi amor, además Ralph se las está arreglando solo. ¿No es cierto? —enarcó una ceja amenazante. Sonrió sacudiendo la cabeza.

—Sí, por supuesto —respondió de inmediato ante la presión. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla, de inmediato pegó su frente a la mía.

—Hay tantas cosas que ahora tienen sentido, mi Kya. Eres extraordinaria, hija, jamás lo dudes, siempre lo he creído, mi amor, pero ahora lo corroboro. Ve y vive, mi cielo, te lo mereces y es lo único que quiero que hagas de ahora en adelante. Vivir.

—Gracias, mamá —Me separé cuando me dio un dulce beso de despedida —. Vendré mañana —era jueves, al día siguiente cumplía una semana de haber llegado y habían pasado tantas cosas, que mi cabeza era un torbellino. Se acercó a Liam de pronto.

—Cuídala, sabes bien que es lo que más quiero en el mundo.

—Esta vez sí lo haré, Irina... Te lo juro —Mamá besó su frente cariñosa.

—Te creo y... no te responsabilices, tú eres un maravilloso ser humano y un buen hombre, te conozco y es una pena que ellos no lo sepan valorar, pero yo sí y aquí tienes también una familia —Le guiñó un ojo y caminó con la ayuda de su marido escaleras arriba. En cuanto estuvimos solos me abracé a él elevando mi cabeza para poder verlo.

—Llego el momento de hablar... —susurró besando mi cabello. Pegué mi mejilla a su pecho absorbiendo su inigualable olor. Disfrutaba de tenerlo así, para mí; sintiendo su tensa espalda bajo mis palmas y más aún sus brazos envolviéndome como solía hacer hacía nueve años.

—Ya sabes que te amo —musité en un suspiro. Elevó mi barbilla con su dedo índice torciendo su asombrosa boca en una preciosa sonrisa sensual.

—Y me mata que me lo digas... Pasé noches enteras rogando porque algo así sucediera y ve... estás aquí, conmigo y es por eso que debemos hablar... —tenía razón, después de la rabia que dejé salir por la mañana me sentía un poco mejor, aun así, todavía existía mucho más en mi interior removiéndose,

me encontraba llena de recuerdos dolorosos y momentos interminables de angustia y sobre todo; yo deseaba saber qué fue de él todo ese tiempo, por no mencionar, que debía romper un corazón para terminar de sanar el mío y eso era lo único que no me dejaba ser completamente feliz.

—Está bien... pero me dirás tu parte.

—Lo prometo —Ralph bajó a despedirse un instante después y salimos de la casa con nuestros cuerpos bien entrelazados.

No podía creer todo lo que ocurría, ni siquiera podía creer que fuera real, que de verdad me estuviera ocurriendo a mí, eso era mejor que un sueño, era mi futuro.

LUCHANDO POR MI CIELO

El resto del día permanecimos en su casa, específicamente... en su cama. Sin conversar sobre temas escabrosos, solo susurrándonos, tocándonos, reconociéndonos, amándonos una y otra vez.

Ya anoecía cuando mi estómago comenzó a gruñir sin remedio. Bravo por mi tripa que no pudo contenerse, cuando yo lo único que de verdad deseaba era que siguiera besándome lánguidamente una y otra vez como venía haciéndolo desde hacía horas.

—¿Qué quieres cenar? —quiso saber mientras se calzaba el bóxer. Qué decepción, sin embargo, en serio tenía hambre y él no negociaría ni un poco, lo conocía.

—No sé... cualquier cosa —busqué con la mirada mi vestido, no lo veía.

—Italiana... ¿Te parece? —sonreí al escucharlo. De pronto se acercó y me lo tendió guiñándome el ojo. Lo tomé mirándolo tímidamente y es que claro que en cuanto cruzamos la puerta de esa habitación, él mismo me lo quitó aventándolo sin preocuparse en dónde terminaba.

—Sí... sabes que sí —Un segundo después me mostró también el sujetador, pero no me lo dio. Lo colocó frente a mí para que metiera los brazos. Gozaba con mi timidez. Entorné los ojos y desafiante quité la sábana e hice lo que sugería sin dejar de verlo. Sonrió con deseo. Pese a que sabía quería lo mismo que yo, se ubicó tras de mí y lo abrochó sin problema acariciándome la espalda de paso.

—No has cambiado nada, Kya —soltó con voz pastosa —. O bueno, sí... Ahora eres mucho más hermosa que antes —No pude evitar sonrojarme mirándolo de reojo. Me quitó el vestido de mis manos laxas y me lo introdujo por la cabeza mientras yo metía los brazos—. Es como si te hubieras convertido en una exótica mariposa y soy feliz de poder contemplarte y saber que así será siempre —Se separó sin decir más, parecía que nuevamente saltaría sobre mí—. ¿Quieres venir o prefieres que la traiga? —Torcí el gesto perezosa. La verdad era que tenía ganas de indagar por ahí, de pensar un poco con claridad y eso solo ocurría lejos de él—. Voy yo... siempre hago lo que

quieres, ya lo sabes —pegó de nuevo sus labios a los míos y me tendió la braga sonriendo con picardía—.No te acostumbres a ella —soltó saliendo de prisa pues en cuanto lo dijo le aventé una almohada riendo por su cinismo. Me la puse de inmediato sintiendo las mejillas calientes.

Un segundo después lo observé marcharse por la otra ventana que tenía su recámara hacia el exterior. Cuando salió de mi campo de visibilidad tendí la cama llevándome varias veces las sábanas a mi nariz; adoraba su aroma. Acomodé un poco recordando cómo era que lo desordenamos y me dirigí a la que fue mi habitación por una noche. Me duché y me arreglé un poco. Al ver mi reflejo en el espejo quedé perpleja, tenía las mejillas coloradas, mis labios hinchados, mis ojos parecían bailar con la luz que proyectaban. Esa era yo hacía mucho tiempo. Elevé una mano hasta mi superficie y memoricé todos mis rasgos, era como si hubiera vuelto a la vida.

Una lágrima ya no de tristeza, si no de felicidad, rodó por mi mejilla. A pesar de todo lo que faltaba, me sentía feliz y en paz en ese momento.

Deambulé por ahí un poco cuando sin más, me topé con aquel fólter manila. Lo miré sin moverme durante unos segundos. Liam lo dejó sobre la mesa del pequeño estudio que estaba en la planta baja. Lo tomé rápidamente con un poco de temor. No tenía idea de qué decía, pero no debía ser nada bueno. Todavía tenía demasiado fresco el rostro de sus padres al hojearlo.

Lo abrí en un arranque de curiosidad. Unos minutos después continuaba con los documentos en la mano atónita. Cometieron muchos delitos en aras de su buen nombre y bienestar. En ese momento supe que tomé la mejor decisión, definitivamente con esa gente no se jugaba. Estaban vinculados a fraudes, abuso de poder, extorsión, manipulación de información, incluso a desapariciones y... ¿muertes? De esto último no existían pruebas, pero todo los acusaba. ¡Maldición!

El timbre sonó sobresaltándome, dejé el sobre en la mesa aún muy impresionada. Asomé el rostro observando la puerta que estaba a unos pasos de mí. Una persona estaba del otro lado del cristal. Mis manos temblaban debido a la información recién adquirida. Me acerqué desconcertada al saber a alguien ahí. No había forma de llegar a esa entrada sin antes cruzar la otra, al descubrir quién era quedé helada. Su madre. Me miraba seria a través del grueso cristal.

El miedo recorrió mi cuerpo como cuando una inundación barre con todo en una ciudad sin dejar nada vivo, ni nada en pie. ¡Diablos! Dudé por un segundo y abrí sin tener más remedio, algún día tenía que enfrentarla, ¿no?

Las manos me sudaban, me encontraba sola y probablemente nadie sabía que estaba allí y ahora comprendía muy bien de lo que era capaz.

—¿Está mi hijo? —iba tan elegantemente ataviada como siempre.

—No... Le diré que vino —abrió la puerta y entró. Cerré los ojos apretando los dientes.

—No pierdas el tiempo —señaló recorriendo mi cuerpo de arriba abajo molesta. Sentí furia, indignación ¿cómo era que un ser como ella, era madre de alguien como Liam? Por mucho que lo intentaba, no lo comprendía, no tenía sentido.

—¿Qué quiere?... Ya le dije que él no está —no iba a mostrarle que aún me hacía temblar su mera presencia, no de nuevo.

—No sé qué le diste para que se obsesionara contigo de esa manera, como te dije aquel día, eres bonita e inteligente... y vaya que sí; los mejores promedios, un rápido ascenso en tu trabajo, independiente, jamás te relacionaste con nadie hasta hace... unos meses. ¿No es cierto? —¿qué?! Sí continuó vigilándome. La encaré tensando la quijada, no iba a volver a chantajearme aunque supiera todo de mí, ya no.

—Por favor váyase.

—Esta no es tu casa, muchacha —lo hacía sonar despectivo—. ¿Qué harás? Le dirás al hombre que allá te espera que tienes un amante, o regresarás como si nada... La verdad es que me intriga saberlo.

—Ese no es su problema y no le tengo miedo. ¿Sabe? Si no hago nada en su contra es por Liam, no por ustedes, después de todo es su madre.

—Qué noble eres —se burló—. ¿Tengo que agradecerte?... No pensaba hacerte nada, ya entendí que mi hijo es muy capaz de cualquier locura por ti... Solo vine porque quiero saber de dónde sacó la información que ayer nos mostró. Pero bueno, ya que no está y tú sí, no puedo evitar querer decirte unas cuantas cosas...

—¿Cómo cuáles? —interrumpió Liam desde la puerta. Ambas lo miramos asombradas. Entró y se colocó a mi lado claramente furioso—. Vete, no quiero que vuelvas a acercarte a ella, ni siquiera quiero saber que estás donde se encuentre. ¿Comprendes? No me obligues a pedir una orden de restricción.

—William... hijo... yo solamente...

—Nada, escuché muy bien lo que le estabas diciendo, Kyana y yo ya estamos juntos, no pienso arriesgarla nunca más... En cuanto a de dónde saqué la información. Te quedarás con las ganas, solo quiero que sepas que no es todo, hay más, mucho más y eres consciente de ello; tú misma te has

encargado de rodearte de enemigos, no sé qué te extraña.

—Pero... ¿Quién...?

—Márchate —le exigió rabioso. Ella lo observó con ira contenida.

—No entiendes que no es de nuestra posición, de nuestra cuna. Te mereces algo mejor, ¿cómo puedes revolcarte con alguien así?

—Si no te vas ahora olvidaré que eres mi madre y te sacaré de aquí como lo que de verdad sí eres.

—Está bien... —aceptó al fin fingiendo hastío y mirándome fríamente—. No volveré a molestarte... Pero jamás aceptaré esta relación —Liam soltó una carcajada tétrica, me pegó a su costado como si en serio le resultara divertido.

—Ese es tu problema, no el mío. Tú para mí ya no existes y si la quieren o no, me tiene sin cuidado. Es mi mujer y la defenderé de quien sea, así que vete, ¡vete ya! —ordenó gritando y señalando con su mano la salida. Sabía bien que estaba a punto de perder el control. Su madre me vio con odio, responsabilizándose de lo que ahí ocurría y se fue sin decir más. Liam cerró la puerta observándome—. Lo siento, en serio lo siento —susurró afligido. Detestaba verlo así, aborrecía todo lo que ocurrió. Me acerqué a él necesitando la seguridad de sus brazos, absorbí su aroma un segundo y enseguida tomé su rostro decidida, tenía que terminar con aquello, tenía que hacerlo de una vez.

—Ahora vengo —abrí la puerta y salí casi corriendo. Era hora de enfrentarla, él no podía estarme defendiendo siempre.

Su madre iba a subir apenas a su auto cuando me vio. Alzó una ceja retadora.

—Samantha, espera —Le pedí con firmeza. La mujer no se movió ni un centímetro, parecía incluso divertida. Cerré mis manos en un puño aspirando fuertemente.

—No me tutees, muchacha, no somos iguales —¡Maldición!, ¿qué nunca se quedaba sin palabras? Di un par de pasos hacia ella sin amedrentarme.

—Eso lo sé y es por lo mismo que quiero sepas lo que haré —pestañeó cerrando la puerta de su auto, ya no sonreía. Bien.

—¿Lo que harás?

—Sí o mejor dicho, lo que quiero que hagas —la madre de Liam parecía, por primera vez desde que la conocí, perdida. Estábamos a un par de metros la una de la otra, le sostuve la mirada convencida de que lo que haría era lo mejor.

—¿Me vas a amenazar? —Después de lo que acababa de saber, debía hacerlo. Elevé el mentón negando.

—Yo no actúo así, Samantha —la mujer comenzó a perder la calma.

—Dime de una maldita vez qué quieres, no me hagas perder el tiempo —ordenó alterada.

—Quiero que te vayas de Myrtle Beach para siempre y que no regreses jamás. —Una sonora carcajada de incredulidad salió de su boca. Dio media vuelta decidida a subirse a su auto—. Y quiero que renuncies a tu cargo público —de repente se detuvo. Varios segundos permaneció así. Esperé, no me doblegaría, era lo mínimo que debía hacer. De repente giró llena de rabia.

—¿Qué clase de estupidez es esa? —elevó los ojos observando por detrás de mí. Giré. Liam se hallaba recargado a unos metros de nosotras mirándome y sonriéndome con orgullo. Volteé de nuevo ahora con más valor.

—No es ninguna estupidez. Tienes un mes para hacer lo que te pido, si no, tendré que mandar la información que tengo a las autoridades, periódicos y noticiarios —la mujer depositó de nuevo su atención en mí, completamente escéptica.

—¿Ahora tú eres la que me extorsiona? —Sonreí negando, sintiendo cómo todo el miedo de años iba dominándolo, no permitiría que nunca más me aterrorizara—. Veo que aún me tienes temor.

—Puedes pensar lo que quieras, la verdad es que a partir de hoy serás parte de mi pasado. Por mucho que hiciste, yo estoy donde debo, con quien quiero, ni con todo lo que intentaste lo lograste. Así que... tómalo cómo prefieras. Tienes un mes. Ni este país, ni ninguno, debería tener gente como tú trabajando para él y si no te denuncio es por Liam, tu hijo, ese al que tanto daño le has hecho, ninguna otra razón. En cuanto a lo de que te vayas, creo que es lo mejor para todos; ni tú nos quieres cerca, ni nosotros a ti, lo ideal es la distancia —estaba petrificada. Se acercó a mí con la mirada desorbitada, percibí cómo Liam hacía lo mismo de inmediato, ella se detuvo.

—Lo disfrutas, ¿no es cierto?, ¿esto es tu venganza?

—No, no me estoy vengando, estoy haciendo lo justo.

—Te arrepentirás, muchacha —Ahora yo fui la que me acerqué a ella rabiosa.

—No te atrevas a volver a amenazarme, nunca, ¿comprendes? Porque si algo sucede a cualquiera de los míos o a Liam, te juro que no me tentaré el corazón y olvidaré que eres la madre del único hombre que he amado... te hundiré, te lo prometo. —La intensidad con la que salieron esas palabras, ni

en un millón de años hubiera creído que sería posible que lo hiciera, pero todo tenía un límite y ella ya lo había sobrepasado hacía mucho tiempo.

—William, date cuenta del tipo de mujer que elegiste —chilló furiosa acusándome con su hijo abatida.

—Es justo lo que estoy viendo y jamás he estado más orgulloso de ella. Es fuerte y además... demasiado noble, no sé si yo actuaría de la misma forma, creo que no. Así que ya escuchaste, tienes un mes —Sus dedos rodearon los míos con fuerza. Estaba a mi lado en todos los sentidos, eso me dio aún más confianza.

—Pero no puedo renunciar... además, aquí nací —Le explicaba llorosa. Era inaudito verla así, doblegada, rendida.

—Lo siento, tú decidiste todo esto. Ahora, creo que tienes mucho qué hacer y nosotros también; haz el favor de irte y comenzar a hacer lo que se te pidió, no te queda mucho tiempo. Después de todo es eso o prisión, tú eliges —Su madre lo miró con la boca abierta. La observé sin burla, sin regocijo, solo con firmeza, con seguridad.

—Tu padre no lo aceptará.

—Ese no es mi problema, sino tuyo, un mes. Ahora si me disculpas, tengo una vida que me espera —bajó la mirada hasta mí con ternura y devoción—. ¿Hay algo más que quieras decir, Kya? —negué perdida en su pozo bicolor. Me dio un beso en los labios y me abrazó girándome hacia el interior de la casa. Entramos y unos segundos después escuchamos el motor alejarse. Solté el aire—. Eres impresionante, Kyana —Me tenía frente a él tomándome por la cintura.

—Yo... tenía que hacerlo, Liam —sonrió asintiendo.

—Lo sé y creo que era necesario que la enfrentaras, no quiero volver a ver esa expresión que tenía tu rostro cuando llegué... Nunca. ¿Comprendes?

—Me asusté... Bueno, la verdad es que creo que aún me asusta, supongo pasarán años antes de que eso deje de ocurrir, pero de verdad creo que lo que le pedí es lo mejor y nos ayudará a todos.

—Lo que decidieras, lo que fuera, yo te hubiese apoyado y si crees que eso es lo más conveniente, entonces lo es. Además, debes saber que si cambias de parecer y decides denunciarlos, lo entenderé.

—No podría, Liam, sé que te dolería, por muy mal que las cosas estén entre ustedes, por muy terribles que ellos hayan sido, son tus padres, creo que así está bien. —Me dio un beso en la nariz tomando mi rostro.

—Creo que te amaré hasta después que muera, Kyana Prados, en serio eres

mi todo.

—Y yo a ti, William Russell, sé lo que es no tenerte y no pienso volver a experimentarlo ni siquiera muerta —sonrió besándome.

—Voy por la comida... la dejé en el auto —anunció más relajado. Asentí soltándolo. Temblaba, pero me sentía definitivamente mejor, como si un gran peso hubiera dejado de estar sobre mi pecho, sobre mi espalda. Menos de un minuto después regresó con algunas bolsas cargando—. Espero que no se te haya ido el hambre —Lo seguí hasta la barra sin saber qué contestarle, lo cierto era que al pasar por todo aquello mi estómago se revolvió, a pesar de que sabía no podía dejar que siguiera interfiriendo en mi vida, no cuando ya no podía hacerme nada.

Me senté en una de las altas sillas observándolo abrir el frigorífico y sacar una botella de vino. Tomó dos copas y sirvió el líquido rojo dentro de ellas.

—Creo que lo necesitas —señaló ofreciéndome una copa para que la tomara. La acepté sabiendo que tenía razón. Al darle un pequeño sorbo el líquido rozó mi garganta, no solía tomar, sin embargo, en ese momento era necesario—. Tienes de nuevo esa expresión —soltó pensativo recargado sobre la gran tabla de granito—. Dime, ¿cómo lo lograste? ¿Cómo saliste adelante? No he podido parar de pensar en eso desde que te vi irte aquella noche de casa Robert —bajé la vista y observé el objeto que tenía entre mi dedos. De pronto puso una mano sobre las mías—. No vuelvas a retraerte... por favor —lo miré perdiéndome en esos estanques grises y verdes que tanto extrañé.

—Yo, en realidad, no lo sé, Liam. En aquel momento sentí que mi vida se acabó... Aún siento eso. Dejarte, mentirte, ha sido lo peor que he tenido que enfrentar. Y tú... no me creías, no me lo pusiste nada fácil. Mamá... —rodeó la barra y se sentó a mi lado escuchándome atento. Le di otro sorbo a la bebida y una pequeña calidez comenzó a inundarme—, ella sufrió mucho, no entendía lo que me sucedía, ni siquiera puedo imaginar las miles de cosas que fantaseó. Mi conducta no era normal, ella me conocía a la perfección, pero como ya sabes no podía decirle nada. Me encontraba tan desesperada que tenía que preguntar, por eso Robert fue el único que lo supo, sin él no sé qué hubiera hecho en aquel tiempo. —Caminé hacia los grandes ventanales del comedor y me perdí en lo que se podía ver del océano—. Hubo momentos que... sentí que me volvía loca y eso de verdad fue horrible. No sabía cómo manejarlo, me sentía ajena a mí. Tú insistías una y otra vez, moría de ganas de que supieras todo... Miles de veces quise gritártelo para que

comprendieras el porqué de lo que te decía, ya sabes... no podía —giré hacia él humedeciendo de nuevo mis labios—. Nunca lo superé. Estuviste conmigo cada día, cada hora... eso era lo que me consumía... no pude decidir mi vida. No pude elegir lo que quería, no pude realizar mis sueños, luchar por ellos... Me alejé de aquí consciente de que era la única opción —volteé de nuevo respirando profundo. Qué bien se sentía reconocí, al poder llenar mis atrofiados pulmones con ese añorado oxígeno sin dificultad—. Lo cierto es que muchas veces creí que no saldría adelante... Pero ya ves... aquí estoy — Se puso a mi lado después de un minuto en el que no hablé. Abrió las puertas corredizas y salió. Lo seguí, aspirando la humedad del ambiente. Caminamos hacia el barandal cromado y nos quedamos ahí recargados uno al lado del otro.

—Fuiste muy valiente, Kyana...

—Supongo, aunque no estoy muy segura. Me encerré, Liam, me volví... dura, una adicta al trabajo... Extrañaba este sitio, a mi madre, mis amigos y a ti... sobre todo a ti. Me torturaba todo el tiempo pensando lo qué habría sido si ella no hubiera interferido, esa pregunta taladraba mi cerebro cada noche —bajé a la playa sintiendo cómo me liberaba. Me seguía, así que me senté en la arena y él igual a mi lado. Sujeté mis rodillas recargando la barbilla en ellas—. Así fueron años... muchos... Cada junio era... horrible, recordaba todo con mucha más fuerza, sobre todo el último día. Ese tipo... su beso... lo que me dijo, tú... —lo miré, tenía escondida la base de la cabeza entre sus manos—. Liam... —toqué su antebrazo, alzó el rostro, tenía los ojos vidriosos, su mirada era una mezcla de furia y culpabilidad.

—Sigue... por favor hazlo —negué acercándome más a él.

—No... no quiero, te amo y eso terminó —sonrió sin alegría al escucharme, me tomó por la nuca y me besó para después recargar mi frente sobre la suya.

—Yo también y no tienes idea de cuánto... pero necesitamos empezar de cero... sin nada cargando... algo me dice que debemos saber todo, comprenderlo.

—¿Crees que de verdad lo logremos? —Me besó nuevamente.

—Estoy seguro, Bonita, hoy más que nunca lo sé —me acurrucó en medio de sus piernas, como solía—. Sigue... ¿Qué te dijo ese imbécil? —tragué saliva dudando, puso su boca sobre mi cabeza esperando.

—Que lo mandaba... Samantha —no podía nombrarla de otra forma frente a él, simplemente porque no me parecía lógico que fuera su madre. Enseguida se tensó—. Jamás lo había visto, sentí mucha angustia, miedo...

Tú estabas ahí... todos estaban ahí, lo que me dijiste, tus ojos... ya sabes... fue espantoso. Esa tarde en especial fue espantosa. El asco de su beso, más tus palabras, tu mirada, me revolvió el estómago hasta que ya no pude más, te juro que... —y callé varios segundos recordándolo todo.

—¿Qué? —preguntó susurrando junto a mi oído.

—Quería desaparecer... —me abrazó más fuerte—. Robert tuvo que llamar a mamá... me sentía sumergida en un sueño muy extraño... Al día siguiente fue cuando le pedí a mi madre que me sacara de aquí, ya había llegado al límite de mí misma, me vio tan mal que no vaciló, por eso no esperé ni a la graduación, ni la entrega de diplomas, ni nada, por eso... desaparecí.

—¿Sabes? Nunca pude olvidar cada palabra dicha durante esos agónicos días... Esa tarde estabas tan mal, que algo dentro de mí supo que no estabas con aquel hombre. ¿Te arrepentías de haber venido aquí, de haberme conocido? Esa no eras tú, algo te sucedía, sin embargo, los celos... me enloquecieron. Llevaba días persiguiéndote, espiándote, buscándote, ideando miles de formas para que regresaras a mi lado, buscando en mi memoria algo que dijera por qué me dejabas. Nada, no lograba nada. Ya en ese punto, lo único que quería era lastimarte, herirte, me estabas matando. Esas semanas fueron espantosas, no paraba de pensar en ti, llegué a pensar que alguien te lastimó, que incluso... no sé, abusaron de ti. Mi cabeza iba hacia todas las direcciones imaginables, no tienes idea y eso estaba quemándome. Incluso un día me encontré planeando un secuestro a detalle recostado en mi cama y lo peor era que lo iba a llevar a cabo con ayuda de Kellan, pero... pasó lo de esa tarde y... comprendí que era absurdo —lo miré asombrada, gracias al cielo que no lo llevó a cabo, eso hubiese sido mi fin. Acuné su mejilla apoyando mi frente en la otra.

—Sabía que eso te estaba acabando y eso era lo peor, yo ya me sentía enterrada, pero verte así de mal a ti, era aún peor. Con el tiempo comprendí que me dijiste lo que yo te habría dicho si las cosas hubieran sido al revés.

—Aun así... no me siento mejor, mi única excusa es que tienes que saber que de verdad también para mí fue inverosímil, irreal... Verte ahí... con... ese imbécil. Dios, recuerdo que lo golpeé con toda la intención de matarlo. Gracias a que todos me lograron separar y me sacaron de ahí, no lo conseguí. Por eso fui a provocarte aún más. Pasé años soñando con ese bendito día, intentando armar ese rompecabezas que estaba incompleto, una pieza me faltaba. Quise buscarte. Le rogué a tu madre que me lo dijera, se negaba, ahora la comprendo también, seguro no quería verte peor, sin embargo, no

tenía otra forma de saber de ti. Busqué a Roger, a Robert... Necesitaba comprender. Y es que en cuanto supe que te fuiste, enloquecí y entendí de golpe que no tenías nada que ver con él, no lo habrías dejado, ¿no? Pero también asumí que no querías nada conmigo, sino, hubieras regresado. Desapareciste sin más, nadie sabía nada de ti. Dios, pobre Robert, le pregunté miles de veces... jamás dijo nada y lo peor era sentir, saber incluso, que él conocía lo que en realidad te ocurrió. Nunca dijo ni media palabra, jamás por muy desesperado que me vio, habló.

—Era lo mejor... —rozó de nuevo mi frente con su labios aspirando fuertemente.

—Ahora lo sé, pero... fue tan difícil. Me convertí en la sombra de mí mismo, era deprimente estar a mi lado, al irte tú fue como si nada ya tuviera sentido. Dos años después de eso decidí no regresar, todo me recordaba dolorosamente a ti... no podía sacarte de mi cabeza aun creyendo que tú ya no me amabas. Me sentía un enfermo obsesionado, listo para un psiquiátrico. Tú sabías que te quise, que te amaba, yo juraba que tú me repudiabas y aun así, no te dejaba ir... —sonreí sin poder evitarlo ante la manera que tenía de decirlo, además se sentía bien saber que por lo menos no fui la única.

—¿Dónde estudiaste? —deseé saber al recordar el trato que hice con esa mujer.

—El primer año me obligaron a entrar a Harvard; Leyes... —Me quedé helada, alcé la vista incrédula, molesta—. Sí... lo sé, escuché todo lo que le dijiste a tu madre, incluyendo esto, además Robert también me lo dijo, pero yo era un guiñapo, Kyana, cualquiera hubiera podido hacer de mí lo que quisiera en aquel tiempo. Pero no todo estuvo tan mal, me encontré a un tío, hermano de mi padre allá. Él vive en Boston y unas vacaciones de primavera lo vi en una cafetería. Fue una agradable casualidad, hablamos largas horas. Jamás simpatizó con mi padre... supo todo lo que me pasaba y... me ayudó. Por él entré a la Universidad que deseábamos, ¿recuerdas? Y estudié lo que quería: números... Regresé muy poco acá durante esos años... cada vez que venía me obsesionaba en buscarte y mis padres no se cansaban de recriminarme una y otra vez mi cambio de profesión, era una pesadilla... Luego, ya no volví. Poco antes de terminar la carrera, a mi tío René, así se llama, se le metió en la cabeza enseñarme a manejar su legado, no tiene hijos, nunca pudo y nuestra relación con los años se tornó muy fuerte. Lo veía casi a diario. En él encontraba el desahogo que tanto necesitaba; para mí era el padre que siempre quise y para él yo era el hijo que jamás podría tener. Me

enseñó y al poco tiempo fue dejándome todo. Yo buscaba con desesperación retos, nada me motivaba, nada me emocionaba. Tu voz, tu rostro me perseguía cada noche... te deseaba a mi lado desesperadamente, Kya... —De pronto calló, esperé, parecía no estar seguro de cómo seguir, mi pulso se tornó más lento, sabía por dónde iría la conversación—. Yo, intenté tener relaciones sintiendo mucho coraje por tu abandono, obviamente no funcionaron. Con el tiempo regresé, visitaba a Irina ya sin insistir en que me dijera nada sobre ti. Era solo por la necesidad de tenerte cerca. Aprendí español gracias a las clases y a uno de los ejecutivos de la empresa que es de México y me ayudó a entenderlo coloquialmente. Era enfermizo de verdad, vivía de tu recuerdo, cada cosa que hacía me daba cuenta de que la hacía pensando en que algún día podría volver a verte, después... conseguí comprar este terreno, Robert construyó la casa.

—¿En serio? ¿Él la hizo? —pregunté asombrada, contemplándola desde la posición en la que me encontraba. Acomodó un rulo detrás de mi oreja.

—Sí, la amistad entre ellos y yo es fuerte, sobre todo después de que te fuiste... Quedé tan... devastado y ahora entiendo por qué él era uno de los que más se preocuparon por mí, al igual que Kellan y Max.

—Kellan... Él, está molesto —recordé su rostro en la reunión en casa de mi amigo. Sonrió negando.

—No es eso y créeme, no es el único que está muy arrepentido... Fueron años muy duros para mí, él jamás me dejó solo, me veía sufrir y comenzó a... odiarte al ver en lo que me convertí... También le dolió tu desaparición, te quería mucho, te tenía en un altar al igual que los demás... Hasta que te fuiste no me di cuenta de lo mucho que te metiste en la vida de todos. No lo entiendes aún pero... cambiaste el orden de las cosas aquí, Kya. —Lo abracé sintiendo de nuevo frustración por no haber podido estar.

—Sigue... quiero saber... —suspiró.

—Yo, bueno, con el tiempo decidí que... estaría solo... no quería ni podía tener a nadie a mi lado que no fueras tú, aunque...sí tuve una relación... vivimos juntos incluso, pero... duró menos de un año... —Me separé de él sintiendo una oleada de celos, me observó con tristeza—. La quería, Kya... no lo puedo negar, pero se dio cuenta de que ya había entregado mi vida alguien, que lo único que podía ofrecerle era... los restos que dejaste. Era tan frustrante querer dar más y no poder. Acabamos en buenos términos... Recuerdo que pensé nuevamente en ir a buscarte —pestañeeé varias veces sin poder creerlo, acarició mi mejilla sonriendo tiernamente—. Evidentemente no

me atreví, eso fue hace... más de un año. La verdad es que tenía pavor de hacerlo, no tenía caso, seguramente tú ya me habrías olvidado y yo parecería un enfermo acercándome de nuevo a ti... Preferí continuar con mi loca obsesión en silencio. En fin...— soltó el aire y tomó de su copa, nostálgico—. Ahora soy el responsable de las empresas de mi tío, él me dejó al mando. ¿Sabes? Era tortuoso, tenía todo lo que se puede pedir, amigos, dinero, tranquilidad, pero no era feliz... Siempre faltaba ese algo y sé que eras tú, en cada cosa, en cada éxito, siempre tú. —Lo besé ansiosa al escucharlo, las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo. Ambos vivimos cosas tan similares que parecía increíble, absurdo, un juego del destino.

—Te amo, Liam... te he amado siempre.

—Lo sé... Lo sé, Kya y eso llena mi vida de alegría, de luz. Ahora sé que tenía razón de estar así de obsesionado contigo. Tú merecías la espera, cada uno de mis pensamientos, de mi locura por ti —puso de nuevo su frente sobre la mía—. Cásate conmigo —imploró de repente. Di un respingo. Su mirada era intensa, aceleraba mi pulso, estaba segura de que él se daba cuenta. La respuesta salió sin más.

—Sí... Sí. Eso es lo único que quiero —admití ansiosa. Me abrazó y enseguida volvió a buscar mis labios.

—Kya... —Me separó respirando agitado, el deseo despertaba, ambos lo sabíamos, pero era momento de hablar—. Sé que... debes regresar a Monterrey... —Al escucharlo me alejé inmediatamente por reflejo. Santiago. Lo observé angustiada, abatida. Debía terminar con esa parte de mi vida y la sensación no era en lo absoluto placentera a pesar de estar viviendo el momento más feliz de mi vida.

—Liam... yo... —Me mordí la boca girando hacia el mar de inmediato, era como si me hubieran echado un balde de agua fría.

—Lo... quieres, ¿cierto? Me doy cuenta por tu manera de hablarle... por tus ojos —susurró a mis espaldas. Tardé unos segundos en contestar, no iba a mentirle. Tenía que hacer las cosas bien, si es que eso se podía.

—Sí... —lo escuché bufar o en realidad, gemir de dolor—. Pero... no lo amo, él lo sabe, le dije que «sí» justo antes de venir, no tenía ni idea que todo esto ocurriría. —Se acercó a mí enseguida, haciendo que lo mirara.

—¿A qué te refieres? —agaché la vista sin que lograr que me soltara el mentón.

—Me lo pidió el día que tuve que regresar. Yo... ya estaba cansada de vivir sola, Liam, de vivir a medias. Nunca intenté nada con nadie, no me

interesaba, hasta que... él apareció. Fue paciente y poco a poco me fui encariñando... No quiero lastimarlo, pensé que con el tiempo... podría llegar a sentir más por él, ya había perdido la esperanza de sentir algo similar a lo que tú despiertas en mí —confesé sintiendo de nuevo la vista nublada por las lágrimas. Cerró los ojos y me pegó a él.

—Tranquila, Kya.

—Me duele lo que haré, lo que estoy haciendo. Jamás dejé que nadie se acercara, Liam, nunca. Pero... con él... fue diferente... Ya estaba harta de vivir así... de recordarte todo el tiempo sabiendo que jamás te podría tener... Lo veía a diario, las cosas se fueron dando sin percatarme siquiera —sentía su tensión bajo mi cuerpo—. Lo siento... no creí que pudiéramos volver a estar juntos, eso ya lo había descartado por completo hacía años ... Decidí darle una oportunidad siendo consciente de que te entregué todos esos meses, no tenía nada que ofrecerle. Sé que él lo sabía, incluso le dije que no deseaba lastimarlo... pero la realidad era que guardaba la esperanza de que... algún día... pudiera sentir más.

—¿Y... sabe de... mí?

—No, jamás hablé con nadie de mi época aquí, era demasiado... doloroso, además no tenía respuestas a muchas preguntas que probablemente me hicieran —sonrió asintiendo.

—¿Kyana, que quieres hacer? —¿Era en serio? Estar con él para siempre y por siempre. ¿Qué más? Por mucho que Santiago fuese importante para mí y odiara hacerle daño, no me iba atar a él por eso, yo amaba a Liam, él a mí, no existía mucho qué decidir. Al ver su rostro supe de qué hablaba.

—Estar contigo... No me interesa nada más —rozó mis labios absorbiendo el aroma de mi aliento.

—Lo sé... pero...

—Sé a qué te refieres. No sé, Liam, no puedo seguir en mi trabajo... él... es mi jefe —la noticia le cayó de sorpresa. Pestañeó desconcertado—. Así lo conocí, lo veo a diario, no podría hacerle eso ni a él... ni a ti. De por sí esto me hace sentir muy culpable, mentirosa. Tengo que renunciar, acabar con cualquier vínculo —aspiró varias veces con los ojos cerrados. Cuando por fin los abrió eran los de siempre.

—No «tienes» que hacer nada que no quieras... Ni hoy, ni nunca más —arrugué la frente al escucharlo. Hablaba con total claridad y certeza. Liam nunca dejaría de sorprenderme.

—Lo sé, pero... lo único que quiero es una vida junto a ti y eso implica

renunciar a cosas que construí durante este tiempo. Liam. Te amo y para mí el pensar en una vida contigo no me quita... me da... quiero hacerlo, necesito hacerlo, esto era mi sueño.

—¿Y cómo te gustaría que fuera esa «vida»? —indagó intrigado. Torció la boca pensando.

—No sé... Aquí, en esta casa... contigo, con mi madre cerca, recuperar a mis amigos... ser libre. Abrir las cortinas y saber que ahí está el mar y que tú estás a mi lado... Sí, así, eso es lo que quiero —sonrió ahora con alegría y sus ojos más grises que verdes.

—Va a ser muy fácil complacerte entonces. Porque es lo mismo que yo sueño y he soñado desde que te fuiste —me acurruqué en su pecho, me recibió rodeándome protector—. Y... ¿Qué estudiaste?... ¿Qué haces? —quiso saber mientras jugaba con una de mis manos.

—Diseño... Implicaba un gran reto y eso era lo que necesitaba, así que eso hago... Estoy en una empresa que se dedica a eso... Soy buena, por lo menos eso dicen y me ha ido bien.

—No podía ser de otra forma... Siempre fuiste tenaz y muy inteligente... Lástima que no estudiaras lo que querías.

—Por un lado sí y por el otro no me arrepiento, me encanta lo que hago, de verdad lo disfruto aunque más adelante... no sé, a lo mejor retome lo que deseaba —de repente una duda me asaltó—. Liam... ¿Puedo preguntare algo?

—Lo que quieras.

—¿Cómo conseguiste esa información?, no comprendo, fue demasiado rápido —resopló. Giré mi rostro para verlo, observaba la oscuridad de la noche, serio.

—Mi tío René. Desde hace años sabía que investigó a mis padres. Ellos, bueno... digamos que mi tío está solo en parte gracias a una de sus jugadas.

—Solo, ¿por qué?

—Mi padre y él... vienen de una familia de mucho poder y dinero aquí, Kya, de grandes negocios. Un nombre intachable y muchas generaciones de políticos... Mi tío conoció una chica cuando era joven. Era menor que mi padre, se enamoró, tanto que decidió casarse con ella cuando aún estudiaba leyes, como todos los Russell, en Harvard... Mis abuelos no lo supieron, porque todo fue muy rápido. Ella era becada, de clase más sencilla; como te imaginarás a mi padre no le agradó en lo absoluto la idea. Él estaba por salir de Harvard y era demasiado influyente. Logró que la expulsaran, arruinó a su

familia y le exigió mudarse de la ciudad. Mi tío se enteró al regresar de un viaje que tuvo que hacer a Europa, la buscó por mucho tiempo, pues no comprendía que ocurrió; le hicieron creer que lo dejó por dinero. En fin... miles de asquerosidades que seguro podrás imaginar sin problema. Un día, en una cafetería en Nueva Orleans la encontró, ella trabajaba de mesera, ya habían pasado cuatro años, duraron horas conversando. Ahí se enteró de que estaba casada y tenía un pequeño, cuando mi tío le preguntó por qué aceptó aquello, ella le dijo la verdad. René le creyó enseguida, sabía muy bien qué familia tenía. Mantuvieron una relación un par de años más, incluso ella logró divorciarse en ese tiempo, pero a los meses le diagnosticaron cáncer, estaba muy avanzado y su muerte fue rápida. Nadie supo nada sobre ello, nunca. René, a partir de ese día, se dedicó a cuidar de su familia y a alimentar un odio desmedido en contra de mi padre. Fingió no saber nada, creó sus propias empresas y administraba con eficiencia las demás de la familia, poco a poco y con años de investigaciones, de millones de dólares, de conversaciones que presenciaba, de ser testigo de muchas cosas, fue creando todo un expediente. Yo supe todo esto en Boston, cuando me pidió que me hiciera cargo de lo suyo, por eso cuando me enteré de lo que te hicieron, no dudé. Todo encajó de inmediato en mi mente y fui con él a pedirle ayuda, sabrás que me la dio enseguida... —quedé muda, no podía creer todo eso. Acaricié su rostro con tristeza, asombrada también.

—Lo siento mucho, Liam, de verdad no comprendo cómo es que tú eres así... Son tan diferentes —sonrió dulcemente depositando un beso en mi nariz.

—Creo que esto te lo debo. Hace nueve años debí haberme abierto a ti. Debes saber que no fue falta de confianza, fue porque dolía y sentía que no tenía caso recordar. Pero sí, mi infancia no fue fácil, Kyana. No hubo risas, juegos, nada que un niño sueña. Siempre exigencia, formalismos, inflexibilidad, expectativas... ¡Pf!, era horrible. Richard y yo nos revelamos muchas veces, mis padres siempre encontraban la forma de doblegarnos, de chantajearnos. Recuerdo que los momentos más felices eran cuando ellos se ausentaban largas temporadas, entonces, yo me escabullía, con permiso de Fanny, días enteros a casa de Max. Su madre era lo que yo siempre hubiera querido tener en casa. Él y yo desde pequeños estuvimos muy unidos, fue como mi hermano... Entre Ray, Kellan, Luck, Billy, Robert, él y yo éramos terribles, eso sí que era divertido... Sus papás nos reprendían, nos castigaban y luego otra travesura.... —sonrió como recordándolo—, y bueno... los

padres de todos ellos en todo momento me trataron como a un hijo; me ayudaban con las tareas, iban a los partidos a vernos, me aconsejaban, se encargaban de cosas que los míos debieron haber hecho y que jamás hicieron. Sin embargo, ya sabes... todo cambió en el *high school*, por eso nuestra rivalidad era tan fuerte, tan profunda, tan dolorosa. Crecimos como hermanos, y hacer dos bandos fue algo que jamás pensamos que ocurriría. Me convertí en lo que siempre odié, ya lo sabes... —De pronto sus ojos algo razados se posaron en los míos— Pero, aunque suene trillado, de pronto llegaste y... todo cambió. Volví a sentirme parte de algo, importante para alguien, confiaste en mí desde el primer momento, despertaste en mí lo que decidí dormir por años... Por ti quería ser mejor persona, por ti volví a encontrarle sentido a todo y me di cuenta de lo bajo que caí y de que me estaba convirtiendo en lo que mis padres pretendían... —tomó mi rostro entre sus manos con una lágrima resbalando por su mejilla—. Pero quiero que sepas, jamás, nunca pensé que todo esto ocurriría, que te podían hacer daño, que lo que sentía por ti te lastimaría de esta forma... De haberlo siquiera sospechado, nunca te hubiera arrastrado a ello, mucho menos me habría permitido avanzar. —Lo silencié poniendo un dedo en su boca.

—Liam, no te hagas esto, nunca más lo hagas. Debes saber que por ti lo volvería a vivir todo, tú lo vales, te amo y ahora después de tanto tiempo estamos juntos de nuevo y sé que esta vez ya nada lo podrá cambiar. Yo ya no tengo dieciocho, ni tú. Cuidaré de ti y tú de mí y sabremos siempre que hemos luchado más que muchos para poder tenernos el uno al otro y eso logrará que todo sea mejor. Ya todo terminó y quiero construir a tu lado una historia feliz, llena de nuestros sueños, de nuestros sentimientos, de... «errores» ¿Lo recuerdas? —le pregunté con picardía y la voz quebrada, yo también lloraba al evocar tantos sueños rotos, promesas sin cumplir. Sonrió asintiendo y me besó ansioso.

—Por supuesto que lo recuerdo y espero que lleguen pronto, aunque ahora serían mis mayores bendiciones, lo que sentimos materializado...

—Al paso que vamos, no creo que tarden, no hemos sido nada precavidos —le señalé sonriendo muy pegada a su rostro. Cuando éramos más jóvenes ambos decidimos ser responsables y tomábamos nuestras respectivas precauciones, lo cierto era que desde hacía años que ese tema dejó de ser importante para mí, por lo que tomar una píldora cada día no tuvo sentido.

—Lo sé y muero porque no se demoren... Aunque si lo hacen, créeme, disfrutaré el proceso. Vamos nueve años atrasados, Kya —reí alegre al verlo

siendo de nuevo él. Sin pensarlo mucho me abalancé sobre su cuerpo logrando que cayera en la arena y lo besé.

—Y debemos ponernos al día... —Mi estómago emitió un pequeño quejido. ¡Bonito momento para hacerlo!

—Creo que será más tarde, ya regresó el hambre... —anunció haciéndome girar y quedando sobre mí. Miró su reloj—. Dios... Son más de las diez... No has comido nada prácticamente en todo el día —puse los ojos en blanco. Se levantó y me ayudó a hacerlo. Me acercó a él de un jalón mirándome con seriedad a los ojos—. No debes malpasarte, me parece que estás muy delgada... Necesitas cuidarte... quiero que podamos disfrutarnos...

—Estoy bien, además tú tampoco has comido...

—Pero yo no parezco huir del alimento.

—¿Acaso ya no te gusto? —Lo molesté dándole un pequeño empujón que por supuesto no lo movió ni medio centímetro. Se carcajeó mientras entrábamos al comedor.

—Esa sí que eres tú... Por supuesto que sí... Así fueras puros huesos y tuviera que llevarte de un lado a otro cargada, siempre serías lo más hermoso para mí... Es solo que quiero verte sana, quiero que mi mariposa continúe con esas hermosas alas.

—Estoy sana... —refuté quejosa, mientras él iba sacando la comida de las bolsas y la comenzaba a calentar en el horno. Torció la boca girando hacia mí.

—Kyana, no lo creo, cuando te encontré en tu apartamento... lo primero que pensé es que te romperías en mis brazos... De no haberte visto con esa sudadera, no me habría atrevido a tocarte... Cuando regresamos apenas si comiste, dormiste casi veinte horas... Si eso es estar sano... ¿Qué será no estarlo? —resoplé. Comenzó a poner ensalada en unos cuencos distraído.

—Estaba muy nerviosa... las cosas de nuevo daban un giro que no esperaba, así me era imposible dormir o comer —dejó de hacer lo que hacía de nuevo observándome.

—¿Estás tratando de decir que mis *waffles* fueron... muy buenos? —sonreí sacudiendo la cabeza. La manera en la que lo decía le quitó la seriedad al asunto.

—Supongo... siempre cocinaste muy bien. —Se recargó en la barra, me tomó por la nuca y me acercó.

—Si lo que intentas decirme es que solo comerás lo que yo haga... De acuerdo... Lo haré, siempre y cuando tú comas todo y dejes los platos

limpios.

—Lo que intento decirte... Es que te amo y que me devolviste la vida, William —se puso más serio y perdió su mirada grisácea en mis labios.

—Y tú la mía, Kyana. —Me besó despacio, suave, primero un labio, luego el otro. Adoraba la sensación, volví a sentir cómo tomaba todo y por supuesto yo se lo daba gustosa.

Cenamos ahí en la barra, no recordaba cuánto me gustaba la comida italiana; la evité al igual que muchas cosas por años. Me comí todo dejando prácticamente sin nada el plato, él lo observó satisfecho. Pronto comencé a bostezar, tenía mucho sueño a pesar de que dormí tanto, no obstante, tantas emociones, tanto «ejercicio», bueno, cobraban su factura, ¿no?

—Es hora de dormir —anunció después de que levantamos todo entre besos y sonrisas. Asentí tomada de su mano y siguiéndolo escaleras arriba. Me sentía en casa, segura, tranquila, feliz. Unos minutos después desapareció y llegó con mis cosas a su recámara.

—Iré a cerrar y apagarlo todo, ahora vengo —saqué mi pijama; un short y una playera cualquiera. Me lavé los dientes, salí y él ya estaba ahí. Solo llevaba su ropa interior. Tenía un cuerpo espectacular, mi boca se secó enseguida y mi pulso se volvió a acelerar. Curiosamente ya no tenía sueño, sino un deseo abrazador por sentirlo de nuevo en mí.

—Dios... Lo siento, Kya, el descanso tendrá que esperar, cuando me miras así... simplemente no puedo resistirme —admitió con la vista nublada, ya caminaba hacia mí con decisión. Lo recibí de inmediato colgándome de él, al tiempo que lo besaba ansiosa hundiendo mi lengua en su interior.

Descansé al igual que el día anterior; sin problemas y plácidamente. Entre sus brazos no había algo que me pareciera más importante. Era la primera vez, después de aquella vez en casa de Kellan, que dormíamos juntos, hacía más de nueve años. La sensación me encantó. Al abrir los ojos no lo vi. Recordé todo lo que venía ocurriendo, lo que nos dijimos, lo que hicimos. Me quedé tumbada en la cama enrollada en las sábanas mirando por la ventana, ni siquiera sabía qué hora era. Pero me daba igual. Su olor suspendido en la habitación, el mar, sus caricias, sus besos, sus palabras; todo estaba aún dentro de mí. De pronto la puerta se abrió lentamente, era él, ya estaba vestido. Entró cerrando tras de sí al darse cuenta de que desperté.

—Así te quiero tener siempre... —susurró sentándose a mi lado. Acaricié mi cabello mientras nos mirábamos.

—¿Es muy tarde? —quise saber lánguida y frotándome los ojos sonriendo

satisfecha.

—Las doce. —Me senté de un brinco, de nuevo dormí demasiado, a ese paso me perdería de días en la pereza. Me arrastró hasta su cuerpo riendo por mi reacción.

—¡Ey! Ven acá —me colocó sobre su pecho mientras se recargaba en las enormes almohadas—. No veo el problema, lo necesitabas.

—Sí, pero... es mucho tiempo.

—Nada, es lo que tu cuerpo pide, eso es todo —de verdad parecía que no me creía, que me encontraba bien y yo no podía refutarle; dormir tanto no indicaba que así fuera. Me relajé asintiendo, no me gustaba perder tiempo que podía estar invertido en él—. Robert esta abajo... —soltó sin más, parecía haberlo recordado. Alcé la vista pestañeando—. Sí... quieren que hoy en la noche nos veamos... ¿Deseas que vayamos? —tragué saliva nerviosa—. No tienes que hacerlo... Sé que aún es muy reciente —me miraba tierno y con deseo. Arrugué la frente al notar lo y sonreí mordiéndome el labio acercándome a su boca—. Maldición, es mejor que salga... si no te volveré a brincar encima como ayer y... Robert quiere verte —me aferré con más fuerzas a la sábana sintiendo que el deseo también me atravesaba, lo quería en ese momento, no en una hora, no más tarde—. No lo hagas... —rogó acercándose a mí sin poder evitarlo—. No me mires así... —Ya estaba prácticamente rozando mis labios. Me importó muy poco que mi amigo estuviera abajo, yo me había perdido mucho tiempo de su cuerpo como para limitarme. Dejé la sábana de lado y lo llevé a que se quitara la playera de inmediato.

—Te necesito —susurré al sentir como lamía mi cuello olvidando todo nuevamente.

—Lo solucionaremos —rugió besándome con desespero.

Cuarenta minutos después bajé de prisa recién bañada. Me puse un jean, una playera cualquiera y unas sandalias, nada especial. Mi amigo se encontraba junto con Liam en la terraza de la sala. Él lo alcanzó hacía quince minutos, justo después de haberme asaltado literalmente sin preámbulos, usando solo el instinto y el placer que nos atravesó como cuchillas ardientes. Salí sonriente y me acerqué a Robert de inmediato, al verme me elevó cariñoso.

—Dios, Kyana... —me puso de nuevo en el suelo tomándome de ambas manos—. Creí que esto jamás sucedería...

—Lo sé... Yo tampoco, pero fue gracias a tu indiscreción —le señalé

fingiendo un enojo que él sabía muy bien no sentía. Se rascó la cabeza sonriendo.

—No me puedo arrepentir por lo que hice, no cuando veo los resultados... Sin embargo, tengo que aceptar que sí pudo tener consecuencias.

—Pero no pasó nada malo... —Me acercó de nuevo a él.

—Sí y no sabes el gusto que me da verlos juntos nuevamente; si no regresas lo hubiera tenido que mandar a un psiquiatra, estaba obsesionado —reí comprendiendo a qué se refería. Liam ahí seguía, nos observaba complacido, relajado. En cuanto Robert me soltó, extendió su mano para que me acercara a él, la tomé de inmediato y lo abracé por la cintura mientras él hacía lo mismo. Ya era viernes, una semana de haber volado a Myrtle Beach y mi vida ya era de nuevo otra.

—¿Ya te dijo, Liam, sobre lo de esta noche? —al ver mi gesto sonrió—. Es parte de todo, Kyana... quieren verte, tenemos que festejar esto, retomar las cosas.

—Lo sé y... ahí estaremos... —contesté sin miramientos; lo pensé mientras me duchaba. Sí quería verlos, esa era otra cosa que tuve que dejar ir y que deseaba tener nuevamente.

—¿Segura? —preguntó Liam.

—Sí... quiero recuperar todo este tiempo y eso los incluye a ellos...

—Genial, así se habla. Aguarden un segundo, lo organizaré todo —anunció Robert entusiasmado; tomó su móvil y comenzó a llamar. En cuanto vi el aparato recordé de nuevo a Santiago. ¡Maldición!, probablemente ya me había intentado llamar y yo no le respondí. Me puse tensa en enseguida.

—¿Qué ocurre? —Liam se dio cuenta de mi reacción.

—Tengo que... llamar —y regresar, completé en mi mente. Él también se tensó comprendiendo enseguida a qué me refería. Me soltó dándome un beso en la frente.

—Ve... yo iré a ver qué almuerzas. ¿De acuerdo? —asentí insegura—. No te preocupes, entiendo... eso no evita mis celos... pero entiendo.

—Lo siento... —murmuré. Tomó mi rostro y me dio un beso.

—No lo sientas, no es tu culpa. Ve, yo sabré manejarlo, Bonita. —Me guiñó un ojo intentando que me relajase. Me alejé sintiendo su mirada clavada en mi espalda. Me sentía tan doble. Debía enfrentar eso de una vez, lo mejor era que al día siguiente volara para allá, no podía seguir con esa sensación de traición, de hipocresía; Santiago no lo merecía.

Saqué el móvil del bolso y subí directo a la recámara que ocupé solo una

vez. Ya tenía un par de llamadas perdidas junto con mensajes de voz. Marqué. Sabía que ya no podría mentirle, no más, ser infiel era una traición a él, pero sobre todo a mí, a lo que de verdad creía era lo correcto y aunque todo se salió de mi manos en horas, debía terminar las cosas bien, de frente, rogando dañar lo menos posible a ese ser que tanto me ayudó, que tanta paciencia me tuvo y que siempre guardaría de alguna forma en mi corazón.

—¿Kyana? Dios... me asustaste. ¿Todo bien? —su tono de verdad era de preocupación, recordé todas las veces que me hizo reír, gracias a él me iba sintiendo cada vez mejor en aquella vida oscura que me fabriqué.

—Sí... lo siento.

—¿Pasó algo?... No supe dónde más buscarte, me di cuenta de que no tengo ni un teléfono de tu familia —lo decía desilusionado y triste y recordé muy bien lo que se sentía, años atrás eso mismo me sucedió.

—No, nada, todo está bien —respiró hondo por un segundo que me pareció eterno.

—¿Dónde estás?

—¿Cómo qué dónde? En Myrtle Beach —sabía muy bien que no era eso lo que quería saber.

—Sí... eso lo sé, pero, ¿en casa de Irina? —tragué saliva. Maldición.

—Santiago... debemos hablar —solté sin más. Escuchaba los teléfonos y bullicios del trabajo. Y aun así, lo oí resoplar.

—No has respondido lo que te pregunté —ahora hablaba serio y cortante.

—Han sucedido... cosas... Por favor, mañana llego, y conversamos —dejé de escuchar todo el movimiento, al parecer se encerró en algún lugar a solas.

—Kyana, ¿qué diablos está pasando? —su voz era contenida—. No me hagas esto... Dios... jamás pasó desapercibido que nunca hablabas de aquel lugar, ahí está la respuesta a la pregunta que siempre me he hecho... Lo sé, dime... ¿Estás con él? —abrí los ojos como platos y me quedé helada al escucharlo. Era increíble que supiera, nunca le dije nada, no era posible. Oí un golpe seco que me sobresaltó—. ¡Carajo!, tu silencio me da la razón... ahí estaba el motivo por el que te encerraste en ese caparazón, ¿no es cierto? —no podía interpretar su voz, sentía un enorme agujero en el estómago.

—Por favor, Santiago —le supliqué sintiendo que de nuevo lloraría—. Llego mañana...

—Perfecto, Kyana, solo dime, si lo que digo es verdad, si lo que estoy pensando es lo correcto... ¡Dime maldita sea! —exigió furioso.

—Te veo mañana... de verdad lo siento, Santiago... Te quiero... te lo juro

—estaba sentada sobre la cama ya con el rostro húmedo y sintiéndome más miserable que nunca.

—Pero no basta, ¿cierto? Jamás bastó... siempre supe que ya habías entregado a alguien tu vida, pero también supe que te destrozó y que por eso algún día lo olvidarías y ese lugar lo ocuparía yo... ¡Fui un perfecto imbécil!

—Santiago... yo.

—No quiero seguir con esto... Avísame cuando llegues —colgó sin que pudiera decir más. Permanecí ahí sentada varios minutos con el teléfono en la mano. Me limpié las lágrimas con los dedos trémulos y aspiré intentando tranquilizarme, no quería que Liam me viera así. Además, debía comunicarle que tenía que regresar al día siguiente, seguro la idea no lo iba a hacer brincar de alegría, sin embargo, tenía que hacerlo.

Sonreí al recordar todo lo que ocurrió en las últimas setenta y dos horas. Entré al baño, me eché agua en la cara y una vez que me sentí lista, bajé. En la barra ya estaba servido el almuerzo que me prometió: jugo, bísquets y fruta. De nuevo no tenía mucho apetito, pero no quería que confundiera las cosas. Ya iba a sentarme cuando escuché su voz elevarse a lo lejos. Lo comencé a buscar con la mirada, en la terraza del comedor no estaba, mi amigo al parecer ya se había ido. Caminé hacia la puerta principal, la abrí y lo escuché más claro, aun así, no lo veía.

Me quedé quieta un segundo. Las voces provenían de la playa. Me dirigí a la sala, recorrí el ventanal y salí. Estaba abajo, en la arena, y discutía con... su padre. Parecía muy molesto y lo miraba furioso, mientras tanto, el señor lo escuchaba cabizbajo. Hablaban de mí, de lo que ocurrió. Liam fue el primero que se dio cuenta de que ahí me encontraba. Cerró los ojos llevándose las manos al cabello. En cuanto el otro hombre se percató dio unos pasos hacia mí.

—¡No!... No te le acerques —rugió amenazante. Me hallaba recargada en el barandal. Unas escaleras y varios metros de arena nos separaban. Su padre dejó de moverse, lucía arrepentido.

—Hijo... por favor... debemos hablar... necesito... —Liam no lo dejó terminar poniéndose frente a él en menos de un segundo y obstruyéndole el paso.

—¡No los quiero cerca de ella!... ¡¿No lo comprenden?! Ni tampoco hay nada de qué hablar, papá... Nada... Me mintieron, la usaron, la lastimaron al igual que a mí, por Dios, la amenazaron y le provocaron un accidente... ¡Qué diablos pretendes!... Sé de lo que son capaces, no esperes que confíe en ti, no

los quiero cerca de ella, nunca... ¿Entiendes?... Nunca...

—Ya te dije que no tenía idea... Te lo juro... No quiero lastimarla... Necesito que intente perdonarnos... Es la única manera de recuperarte —De verdad parecía devastado, no mentía o por lo menos eso creía. Lo cierto es que yo no lo conocía, solo sabía lo que leí y lo que el propio Liam me dijo la noche anterior, así que tenía mis grandes dudas. Su hijo negó firmemente.

—Probablemente no lo supieras... Eso no me interesa... No quiero a gente como ustedes cerca de la mujer que amo. Sé lo bajos que son, lo asquerosos, papá... y comprenderás que si quiero formar una familia, no los quiero cerca... Por favor márchate.

—William, no seas tan duro... Eso sucedió porque así son las cosas, así es la política... pero con la familia es diferente.

—No mientas, a René le hiciste lo mismo y por otro lado, parece que eso a mi madre se le olvidó... —El hombre elevó la vista hasta mí suplicante.

—De verdad perdónala... El poder enferma... pero te juro que jamás volverá a ocurrir algo así.

—¡Dije que la dejes en paz! —bramó Liam con voz amenazante. Tanto que me heló la sangre.

—William, eres mi hijo.

—Sí, de eso te hubieses acordado hace mucho tiempo; ahora las cosas serían diferentes... Te necesité por años, nunca estuvieron, jamás. Solo exigían, presionaban... nunca era suficiente. Si ella no llega a mi vida habrían logrado hacer de mí algo muy similar a lo que ahora son ustedes... ¿Tienes idea de la vergüenza que siento de que sean mis padres?... ¿Tienes una maldita idea?... Ver a la mujer que amo a los ojos y saber que mi madre, la persona que se supone solo debería querer mi felicidad, la destrozó. Papá, ¡le robaron su vida! ¿Cómo puedo perdonarlos? Y por supuesto que jamás volverá a ocurrir nada similar... Yo ya me encargué de eso... Kyana es mi mujer de ahora en adelante y para siempre, jamás le volverán a tocar ni un solo cabello.

—Fue René, ¿no es cierto? Él te dijo todo.

—Él, papá, ha sido todo lo que ustedes jamás fueron... Él es mi única familia al igual que Richard; para mí ustedes dejaron de existir. —Yo no podía moverme de ahí, tenía ganas de entrar nuevamente a la casa, no obstante, mis pies estaban adheridos al suelo. Me dolía ver la escena y algo dentro de mí me decía que su padre no mentía, aunque eso no lo convertía en mejor persona, pero podía ser cierto que quería recuperar a su hijo.

—Liam... —musité al fin desde arriba. Viró alzando la vista hasta mí. Tampoco lucía bien, todo esto le estaba doliendo—. Intenta escucharlo — cerró los ojos un segundo negando con tristeza.

—No, Kya... Siempre te complaceré y lo sabes, pero en esto no puedo... no me lo pidas porque no cederé —su mirada estaba cargada de dolor. Por primera vez noté que no daría marcha atrás.

—Por favor, no tienes nada qué perder —me observó buscando algo en mis ojos. Intenté sonreírle, no quería que se quedara sin su padre y menos si lo que decía era cierto. Cerró los ojos fuertemente otra vez y luego dedicó su atención a ese hombre que le dio la vida y nunca la felicidad.

—Tienen un mes para irse, así que por favor márchate ya. —mostró una seña con fría cortesía para que saliera de la playa.

—Hijo —suplicó derrotado. Liam negó firmemente.

—No... Espero que entiendas que voy a empezar una nueva vida y no quiero gente como ustedes cerca. Fui muy confiado y eso me costó muy caro, nunca más. Lo siento —no daba crédito, entendía su postura, pero era evidente que le estaba doliendo y yo podía sentir su pena en mi alma, su llanto en mi corazón.

—Está bien hijo, nos iremos, solo quiero que sepas que... te quiero y que... estoy muy arrepentido de todo lo que ha pasado —Liam asintió con la vista clavada en la arena y las manos dentro de las bolsas de su bermuda. Vi al señor alejarse. En seguida bajé las escaleras y me acerque a él. En cuanto me sintió cerca, elevó sus ojos, los tenía vidriosos y una lágrima solitaria viajaba por su mejilla. La limpié con la yema de uno de mis dedos.

—Lo siento, Liam, de verdad lo siento mucho —torció la boca intentando sonreír. Me acercó a su pecho rodeando mi espalda y escondiendo su rostro en mi cabello. Permanecimos así varios minutos. Todo era ya imposible entre ellos y eso no menguaba la pena que producía.

—¿Desayunaste? —Me separé lo necesario para observarlo confundida, después de lo que acababa de pasar no podía estar pensando en eso—. K yana... no me mires así, tenía que hacerlo. La relación entre ellos y yo ha estado mal desde siempre, lo que te hicieron y lo que ahora sé... solo hace que empeore. Te amo más aún si eso es posible, por interceder para que arregláramos las cosas, pero... por ahora es imposible, a lo mejor algún día.... No lo sé, lo único que tengo claro es que tú eres mi familia, mi mundo y nunca haré nada que te vuelva a poner en peligro aun si eso implica olvidarme para siempre de quiénes me dieron la vida —asentí sin remedio.

Sabía que no era momento de decirle más, él tomó su decisión y no podía juzgarla. Acaricié con infinita paciencia su cabello despeinado por el aire, mientras estudiaba mi rostro con total atención—. ¿Hiciste tu llamada? — recordé de inmediato el evento con Santiago y me escondí de inmediato en su pecho arrugando la nariz.

—Mañana debo volver... No puedo postergar más esto, Liam, no quiero seguir traicionando —acarició mi espalda dándome un beso al tiempo que suspiraba.

—Lo sé, Bonita. Te acompañaré —Me separé enseguida confusa.

—Creo que... —sonrió al ver mi reacción y silenció mis labios con un dedo.

—No te asustes... solo quiero estar ahí... Tú harás lo que tengas que hacer... pero no quiero separarme de ti, Kya, ya fue mucho tiempo... ¿Qué dices? Además quiero ver a tu padre, ayudarte a empacar, a concluir con todo; no lo harás sola si me tienes a mí para ayudarte. Estamos juntos en esto, de ahora en adelante siempre será así.

—De acuerdo... Yo tampoco quiero separarme de ti y sí necesitaré mucha disposición para desmontar mi apartamento, además quiero que conozcas a mi hermana y le digamos juntos a papá lo que hemos decidido —acomodó un rulo detrás de mi oreja, nos perdimos en nuestras miradas.

—No tienes idea de lo feliz que me haces y las ganas que ya tengo de empezar a vivir mi vida junto a ti, sin que haya nada en medio.

—Falta muy poco... Te amo —Me tomó por la nuca con su enorme mano y me besó.

Reservamos los boletos para el día siguiente; después fuimos a visitar a mamá y cenamos con ella. Todo era natural, sin presión, como antes. Más tarde fuimos a su casa para cambiarnos, ya íbamos muy retrasados. Bajé de la camioneta con su ayuda riendo mientras me acercaba a él y me besaba ansioso, si seguíamos así no llegaríamos definitivamente a casa de Robert.

—¡Kyana! —Al escuchar mi nombre y aquella voz me paralicé sobre sus labios. Me separé al instante de Liam asustada. Giramos a la misma dirección. Era Santiago, sujetaba la puerta de un taxi fuertemente, su rostro se encontraba desencajado y rabioso. Lo podía notar sin problema aun con la poca luz que la calle proporcionaba. Liam nos observaba confuso. Yo no podía quitar los ojos de aquel hombre al que le estaba destrozando la vida, mi piel se erizó a pesar del clima y mis labios temblaron.

—San-tiago —logré articular asombrada. ¿Cómo era que se encontraba ahí,

en casa de Liam, en Myrtle Beach? El hombre que amaba me soltó enseguida y le dedicó toda su atención estudiándolo con detenimiento.

—¿Có-cómo llegaste aquí? —deseé saber acercándome con la culpabilidad viajando por mi torrente. Jamás debió presenciar algo como eso, nunca. Él no se movía mientras me miraba decepcionado.

—¿Es lo único que se te ocurre preguntar?, después de lo que acabo de ver, creo que el que hace las preguntas aquí soy yo... ¿No te parece? —Me detuve a un par de metros, sabía que Liam seguía en el mismo lugar donde lo dejé.

—Santiago, yo... —Se puso a un lado de la puerta y la cerró con coraje diciéndole al taxista que lo esperara en inglés.

—¿Tú qué, Kyana? ¡¿Qué vas a inventar, que explicación me vas a dar?! —llegó hasta donde yo me encontraba envuelto en rabia abrazadora. Tragué saliva, aun así, no me moví ni un centímetro, pese a que quería hacerlo. Me sujetó por el codo fuertemente para pegarme a él hasta que quedé a unos centímetros de su boca, su aliento rozó mi rostro—. Jamás lo creí de ti... Esto es despreciable.

—¡Suéltala! —escuché rugir a Liam tras de mí en su perfecto español. ¡Diablos! Santiago lo observó entornando los ojos, al tiempo que obedecía.

—No te metas, esto es entre ella y yo... —sentenció con ira. Me encontraba en medio de los dos. Si no hacía algo, las cosas terminarían mal y eso era lo último que deseaba.

—Solo no la toques... —le advirtió con fiera amenaza. La situación era irreal, ahí estaba mi pasado y mi presente mezclándose de una forma absurda y sin sentido. Se miraban con odio, la tensión se podía sentir a kilómetros y yo no sabía qué hacer. Si bien Santiago no era el amor de mi vida, tampoco quería lastimarlo y por algún tiempo fue el único hombre al que le abrí mi interior. No obstante, al verlos ahí, uno frente al otro, supe que jamás hubiera podido ser feliz a su lado ya, que nunca podría sacar a Liam de mi cuerpo por completo, el saberlo no ayudó.

—¿Y tú quién eres para exigir eso? —giré en dirección a Liam suplicante.

—Por favor déjame hablar con él —Le rogué. Lo veía a él furioso. Le puse una mano en el pecho esperando que así me hiciera caso—. Liam... por favor...

—¿Quién es él, Kyana? En la mañana tenía razón ¿No es cierto?...

—Santiago, por favor... te lo puedo explicar todo —De nuevo miré a Liam, conocía a Santiago, no me haría daño jamás.

—Por favor, déjame hablar con él, comprende —Por fin bajó la vista hasta mí tranquilizándose. En cuanto posó sus ojos sobre los míos, la rabia se desvaneció.

—Está bien —aceptó apretando la quijada llenando sus pulmones de aire. Se alejó, pero no se fue, permaneció recargado sobre su camioneta mirando hacia otro lugar. Quería que me dejara sola, sin embargo, sabía muy bien que después de ver la reacción que Santiago tuvo no lo haría.

—¿Es por él que has actuado tan extraña?... ¿Desde cuándo, Kyana?... ¿Por qué?... Nos íbamos a casar, carajo ¿a qué estabas jugando? —agaché la cabeza mientras nos alejábamos un poco más de la casa y del auto en el que llegó. Ya no parecía tan molesto, ahora se escuchaba dolido y muy decepcionado.

—Santiago, lo siento, te juro que no quería hacerte esto. No lo planeé, ni siquiera lo sospeché. Yo... te quiero —Se detuvo y al hacerlo yo también frené.

—Pero... no me amas, jamás lo harás. ¿Es por él?... No llevas aquí ni una semana...

—La historia entre él y yo viene de muchos años atrás...

—Lo sabía... Sabía muy bien que aquí había algo, alguien... Siempre evitaste hablar de él, de este lugar... ¿Cómo es que ahora los encuentro así? —apretaba los puños y hablaba de nuevo con la quijada tensa. Sus ojos miel estaban fuera de sus orbitas, mientras me miraba con desprecio, lleno de dolor. Me sentía vil, la villana en todo esto. Odiaba lastimarlo, herirlo y lo peor era saber que aun sabiéndolo, lo haría. Amaba a Liam con cada fibra de mi anatomía y eso jamás cambiaría.

—Santiago, él y yo... Bueno... nos separaron, nosotros nunca nos hubiéramos alejado si no hubiera sido por eso. Escucha, es algo muy doloroso y largo, pero te juro creí que nunca lo volvería a ver, jamás pensé que las cosas se aclararían.

—Mierda, Kyana, ¡¿y es por eso que lo encuentro besando de esa forma a la que era mi futura esposa?! ¡Engañándome sin el menor de los remordimientos! ¿Cómo pudiste? Yo te creía diferente, te conquisté, luché por ti todo este tiempo, cada segundo. Sé que te hice sentir cosas, lo estabas olvidando... no puedes engañarme —su voz se quebraba y decía las palabras atropelladamente. Quería abrazarlo, consolarlo, pero sabía muy bien que no era lo correcto, no con lo que le estaba diciendo.

—No es así, eso no iba a suceder. Él... nunca lo podría olvidar, Santiago...

—Pese a que sabía que lo dicho dolería, no iba a mentirle, le debía mucho y siempre lo recordaría con admiración y ternura.

—¡Entonces me usaste! —volvió a gritar, era evidente que la furia le estaba ganando.

—No, te lo juro, fui sincera, siempre... Te quiero —rió con ironía al escucharme.

—Deja de mentir por Dios, Kyana... No hagas que te deteste —Sus palabras se me clavaban como cuchillos, pero lo entendía, lo estaba destrozando y no podía evitarlo.

—No lo hago, yo... creí que podría estar contigo, te lo juro. Pero al regresar las cosas que nos separaron hace muchos años dejaron de ser... Santiago... lo... amo, perdóname —Le rogué con los ojos vidriosos, ansiosa, desolada. Me miró abriendo los ojos debido al asombro.

—No quiero seguir escuchándote, no puedo... me estás matando, estás acabando conmigo —Al verlo así las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos sin poder evitarlo. Alargué una mano hasta él, se movió evitando mi contacto.

—No... no te vuelvas a acercar a mí, me traicionaste y eso jamás te lo perdonaré —sollocé al escucharlo hablarme así, después de todo el solo me dio momentos de paz, de una sensación muy parecida a la felicidad. Mi pecho se encogió y puedo jurar que me dolía el corazón.

—Santiago... por favor... —Le rogué intentando que me escuchara. Negó alejándose de mí decepcionado.

—No, no quiero oírte, no puedo.

—No te puedes ir así —intenté detenerlo, se soltó bruscamente.

—Te espero el lunes en el trabajo, esto no intervendrá en las cosas de la empresa.

—No podremos separarlo...

—Yo sí... —Ya estaba abriendo la puerta del taxi.

—Lo mejor es que... renuncie, no continuaré ahí, no es sano.

—¿Tanto lo amas? —parecía asombrado, perplejo—. ¿Dejarás todo por él?, te desconozco.

—No dejaré todo por él, este es mi sitio Santiago y quiero regresar aquí, jamás debí irme —cerró los ojos asintiendo—. De todas formas estaré el lunes ahí para entregar mi carta de renuncia y dejar todo en orden.

—Haz lo que quieras... —Se metió al auto mirándome de una forma que no pude descifrar. Lo observé alejarse sintiendo un hueco en mi interior. Las

lágrimas conforme lo veía irse se fueron convirtiendo en llanto.

No lo amaba, pero lo quería, lo quería mucho. Fue muy importante en mi vida y me odiaba a mí misma por lo que acababa de hacerle aun sabiendo que no tenía remedio. Sentí los brazos de Liam haciéndome girar y encerrándome en su seguridad. Lloré varios minutos desconsolada, importándome muy poco que se estuviera dando cuenta y que fuera precisamente él quien busca aliviar mi dolor.

—¿Estás segura de esto, Kya? —preguntó al fin en un susurró contra mi oreja. Al escucharlo me separé, el llanto iba disminuyendo.

—Lo siento... no quería que me vieras así —limpió mis lágrimas con sus dedos.

—Me duele verte sufrir, no quiero que hagas algo de lo que no estás convencida.

—De nada he estado más segura en mi vida, siempre has sido tú, Liam y siempre lo serás. No te mentí... lo quiero, pero jamás podré amar a alguien que no seas tú, ahora todavía es más claro —Me abrazó de nuevo tranquilizándose y soltando el aire, que hasta ese momento noté, retenía en sus pulmones.

—Yo también te amo, Kyana y ojalá y pudiera haberte ahorrado esto. Muchas personas salieron lastimadas —alcé la vista y rodeé su cuello con mis manos para acercarlo aún hipeando.

—Necesito que empecemos de nuevo. Tú eres todo mi mundo, es lo único que quiero y querré... Ahora... por muy doloroso que haya sido, ya está todo dicho —asintió perdido en mis ojos.

—¿Por qué contigo nunca nada fue fácil?, siempre supe que serías peligrosa, que me mantendrías entretenido, pero, Dios... ¡Ya, por favor!

—Yo siempre me pregunté lo mismo. Pero estamos aquí a pesar de todo y ahora lo único que de verdad necesito es que me beses —sonrió al escucharme.

—Eso no tienes que pedirlo... nunca. Y quiero que tengas la certeza de que te haré feliz, para eso viviré te lo juro, Kyana, eres todo para mí... Siempre lo fuiste, desde aquel día en que nos miramos por primera vez en ese pequeño salón, probablemente desde antes, pero ese día supe que cambiarías todo mi mundo. Ahora me queda claro que en aquel primer momento, lo nuestro fue muy profundo, que siempre estuvo mucho más allá de mí, de la razón y de todo y que fue real, demasiado real —acercó sus labios a mí y sin dejar de mirarme besó mi ser y mi alma.

∞ Epílogo ∞ perpetua primavera

El lunes a primera hora busqué a Santiago, no lo podía dejar así. Fue realmente horrible la forma en que todo concluyó y que nos hubiera visto a Liam y a mí besándonos fue la peor parte, no lo merecía. Necesitaba decirle la verdad, no soportaba que pensara que no me enamoró lo suficiente, porque eso era una espantosa mentira. Él siempre sería especial para mí, solo que no existió nunca una oportunidad para lo nuestro, no con toda esa maraña de situaciones y embustes en medio.

Liam y yo llegamos a Monterrey el día anterior. Y lo primero que hice, después de dejarlo instalado y frente a su ordenador en mi apartamento, fue ir a hablar con mi padre. La verdad era que la conversación no fue en lo absoluto sencilla. Primero, porque al saber de lo que eran capaces los padres de Liam hirvió de furia. Obviamente despotricó cualquier cantidad de cosas y luego, porque me juró que las cosas no se quedarían así. Sin embargo, poco a poco y con bastante esfuerzo, lo fui tranquilizando y le pude contar todo lo ocurrido los últimos días. No habló por varios minutos, miraba en aquel parque donde lo cité a solas, a la nada, después posó sus ojos sobre mí y asintió comprendiéndolo todo, aceptando que Liam y yo, estábamos juntos.

—En mi vida, Kyana, nunca creí que algo así podría ocurrirle a alguien, pero mucho menos a una de mis hijas. No negaré que me siento al límite de la rabia, del coraje y que si los tuviera enfrente me olvidaría de todo, pero también sé que nada ganaría, el daño fue hecho y tú ya lograste darle vuelta a la hoja, ¿quién soy yo para seguir recordándotelo? Así que... quisiera verlo, mi amor, que conversáramos... ¿Aceptarían una invitación a comer tú y él hoy? Carla me matará si no lo hago y Miriam, ni se diga... ¿Qué dices? — Me abalancé sobre él sonriendo con lágrimas en los ojos.

—Gracias papá, gracias por entenderme y por siempre estar ahí —Tomó mi rostro con firmeza y lleno de amor.

—¿Y me lo dices tú? Jamás imaginé algo así, hija, pero déjame decirte algo; eres una mujer muy valiente y muy fuerte. Liam lo debe tener muy claro si ha hecho todo esto por ti, sí ha estado dispuesto a defenderte a pesar

de la libertad de sus padres, así que no me agradezcas nada nunca más, ser tu padre es un honor y un privilegio, Kyana...

La comida en casa de mi padre fue de verdad perfecta. Miriam se esmeró y Carla pasó prácticamente toda la tarde bombardeando a Liam con miles de preguntas. Desde que lo vio cruzar la puerta de mi mano, dejó caer la mandíbula y no paró hasta que supo todo de él y nuestra relación. Mi novio contestó encantado y de inmediato les cayó bien a ellas. Mientras, mi padre me miraba con orgullo y con una chispa de felicidad en los ojos. Él ahora comprendía que Liam era mi mundo, que siempre lo fue.

Mientras el elevador subía, yo iba sintiendo cómo el nudo en mi estómago crecía, sin embargo, debía hacerlo. En cuanto se abrieron las puertas, sentí aquel ambiente tan familiar y energizante, que ahora, por alguna extraña razón, no me llenaba como antes. Era como si mi visión hubiera cambiado, pude sentir con dolorosa claridad aquel gran vacío con el que solía manejarme. Mi vida fue tan plana, podía percibirlo en ese momento.

Pronto se dieron cuenta de mi presencia y varios compañeros se levantaron a saludarme, más de uno me observó fijamente evaluándome confuso, mi cambio de actitud era perceptible y supongo que mi culpa, también.

Caminé hasta la sala de juntas y lo vi. Se encontraba muy concentrado revisando junto con otros dos diseñadores algo sobre la enorme mesa de cristal. Me sentí tan... miserable. Era muy guapo, eso era más que evidente, pero ya no lo podía ver con esos ojos. Liam volvía a ocupar todos mis pensamientos y mis sentimientos. Jamás habría lugar para nadie más.

Llené de valor mi sistema, él se lo merecía. Respiré hondo y toqué al tiempo que abría. Sus ojos ámbar se elevaron y se clavaron en mí con ira, dolor. Tragué saliva avanzando.

—Salgan, por favor —ordenó con seriedad. Los dos chicos salieron de inmediato pestañeando ante la reacción de su jefe ante mí. Los saludé notando su desconcierto. Cuando al fin nos dejaron solos, me acerqué un poco más. No dijo nada, se limitó a observarme fríamente desde su posición.

—Te debo una explicación.

—¿Vienes a renunciar? —conjeturó indiferente. Estaba de pie a un lado de la mesa a unos tres metros de mí. Bajé la vista mordiéndome el labio.

—Vengo a pedir tu perdón en realidad —admití enfrentándolo de nuevo. Metió sus manos en las bolsas de su pantalón con gesto inescrutable.

—¿Perdón?, ¿de qué exactamente?, ¿de que nunca me quisiste, de que me usaste? —acortó la distancia entre nosotros ahora sí, molesto, no me moví—.

¿Sabes qué es lo peor? Lo peor es saber que si no hubieras ido a ese maldito viaje estarías todavía junto a mí, que pronto serías mi mujer.

—Te quise.

—No lo suficiente... No como a él y sabes por qué. Porque jamás permitiste que saliera de tu vida, porque él era la razón por la que protegiste tanto tu corazón, nunca tuve una esperanza, ¿no es cierto? —cerré los ojos asintiendo. Lo escuché resoplar.

—Yo, él, bueno... nos conocimos el último año de la escuela... —pestañeó un tanto confuso. Decidí seguir—. Nos... enamoramos casi inmediatamente y... —Se acercó a mí quedando a escasos centímetros, su mirada era penetrante, honda, sufría.

—No quiero saberlo —zanjó lleno de rabia, amenazante.

—Lo sé, pero debes hacerlo —solté decidida conservando mi posición—. Por favor, solo escúchame, no te pido que me entiendas, ni que me perdones si no lo deseas, si no puedes... Solo escucha... —apretó el puente de su nariz cerrando los ojos y asintió casi imperceptiblemente dando un paso hacia atrás.

Intenté narrarle todo sin ahondar en sentimientos y cosas que lo pudieran lastimar más. Para cuando concluí él ya estaba sentado en una de las sillas con los ojos llenos de incredulidad y asombro.

—¿Es-es eso verdad? —preguntó sin verme.

—Sí, por eso no te dije nada nunca, por eso no creí que todo esto pudiera ocurrir, por eso no hablaba de mi pasado ahí. Santiago, te juro que no lo planeé, jamás quise burlarme de ti. Has sido muy especial en mi vida, una luz en todas esas sombras y no sabes lo mucho que siento por ti...

—Pero él siempre iba a estar en medio... ¿No es así? —continuó ahora sí observándome, ya no con odio, si no con desconcierto.

—No lo sé, supongo que sí —aspiró fuertemente y anduvo por la sala de juntas durante varios minutos pensativo.

—Kyana... —cuando por fin habló creí que habían pasado años—. ¿Estás segura de que no corres peligro de nuevo? —Dios, después de todo el sufrimiento que le produce aún se preocupaba por mí.

—No, ya no pueden hacer nada.

—No sé qué decirte. Esto es... lo más doloroso que he tenido que enfrentar jamás. Eres la mujer de mi vida, de mis sueños, pero evidentemente tú ya encontraste a esa persona y... no soy yo, por mucho que quisiera que así fuera —de repente se acercó a mí y tomó mi barbilla con la palma de su mano

acunándola—. Te amo de esa forma en la que prefiero saberte feliz lejos, que infeliz e incompleta a mi lado. Veo tus ojos y no eres la chica que siempre estuvo conmigo, eres esa chica que tuve la esperanza de desenterrar... Eres una gran mujer, valiente, inteligente y... por mucho que me estés partiendo el alma en millones de pedazos, no te daré más dolor, no sería justo después de todas esas bajezas de las que fuiste víctima... Estaré bien te lo juro. Mereces esto, ser feliz y pelear por ello... —De pronto sus labios rozaron los míos dulcemente, no me moví, lo dejé hacerlo—. Eres lo mejor de mi vida, solo que llegué demasiado tarde y con eso me quedaré —cerró los ojos y pegó su frente a la mía. Sin poder evitarlo lo abracé con todas las fuerzas que tenía dentro de mí. Él soltó un suspiro lastimero correspondiendo mi gesto y besó mi cabello.

—Perdóname, por favor perdóname —rogué pegada a su pecho. Suspiró profundo.

—Solo sé feliz, haz que cada segundo valga, Kyana. Estaré bien y tú también. —Asentí sin moverme. Ese era el fin de lo que pudo haber sido y que por cosas del destino, no fue. Unos segundos después nos separamos, se limpió los ojos con la manga de forma disimulada—. Debo irme... no puedo seguir aquí... Cuídate. —Salió sin siquiera voltear mientras todos nos observaban perplejos. Absorbiendo el llanto que humedecía mis mejillas vi cómo se marchaba. Un poco después entré al pequeño cubículo que solíamos compartir, dejé ahí mi renuncia y el anillo. Ambas cosas las miré por varios segundos comprendiendo que ahí terminaba todo, que mi vida ahora sí comenzaba pese a todo lo que hubo en medio.

Desmantelar el apartamento fue tan rápido que ni siquiera me di cuenta. Entre Liam, Miriam, Carla y mi padre, prácticamente lo lograron y no tuve qué hacer mucho.

A Santiago lo vi a lo lejos en un par de ocasiones más, al acudir para entregar todo a la encargada de Recursos Humanos, eso era lo mejor. Deseaba con toda mi alma que lograra encontrar alguien que valiera la pena, ese hombre se merecía lo mejor que esta vida pudiese darle.

En cuanto todo estuvo listo, un poco más de dos semanas después de mi regreso a Monterrey, partimos a Boston. Ahí conocí al fin a su tío René. Un hombre simpático y muy sencillo de unos sesenta años, bromista y sumamente ágil de mente. Nos caímos bien, casi desde el primer momento en que nos vimos. Allí pasamos solo un par de días en los que no nos dejó prácticamente solos y se dedicó a no soltarme del brazo y querer saber todo

de mí. Liam parecía satisfecho, feliz. Era agradable ver la relación tan cariñosa y fraterna que tenían. En serio se querían, eso me alegraba después de todo lo que ya había perdido.

Al llegar a Myrtle Beach, una enorme fiesta nos sorprendió en casa de mamá. Habíamos quedado en merendar con ella. Al entrar todo apagado nos alertó. Un tanto preocupada con la mano de mi prometido bien aferrada, anduvimos sigilosos.

—Mamá... —murmuré extrañada, su camioneta se encontraba afuera, al igual que el auto de Ralph. Liam se ubicó frente a mí en guardia. De pronto Ralph salió de la cocina sonriendo relajadamente

—Hola, chicos... —Liam se tranquilizó de inmediato. Todo seguía oscuro.

—Hola... —murmuré enarcando una ceja.

—Vamos, Irina está afuera, preparó algo especial —sonreí pegando mi cabeza al amplio pecho de Liam. Este rodeó mi cintura besando mi cabello—. Debemos celebrar esto —soltó ligero. Lo seguimos, al abrir el ventanal: luces y muchas caras conocidas.

—¡Bienvenidos! —gritaron todas aquellas voces que para ambos eran elementales. Nuestros amigos se encontraban, incluso Richard, el hermano de Liam y su nana Fanny. También Jane y Raúl. Lágrimas de asombro salieron de mis ojos. Comprender que me encontraba de nuevo en mi sitio, que de alguna manera todo se congeló y ahí estábamos después de años caminando en diferentes direcciones, creyendo que nuestras vidas jamás convergerían otra vez.

Los chicos se acercaron y entre todos nos rodearon. Gritos de euforia, risas y abrazos era lo que se escuchaba, mientras él y yo nos mirábamos sin poder evitarlo, conectados de esa forma única que nos colocó en donde ahora nos encontrábamos; uno al lado del otro.

Entre mis amigos y yo quedó olvidado en el mismo momento que entré a la terraza de la casa de Robert, aquel día que Santiago me sorprendió con Liam. En cuanto puse un pie sobre el jardín, todos se nos abalanzaron y nos rodearon efusivamente, justo como volvía a ocurrir. Esa noche fue dolorosa por lo que ocurrió con mi exnovio y memorable por tener a todos de nuevo reunidos mostrándonos todo el apoyo que Liam y yo necesitábamos.

Sus padres dejaron Myrtle Beach en el plazo convenido. No sabíamos mucho de ellos, salvo algunas ocasiones que su padre llamó rogándole que le permitiera hablar con él, cosa en la que Liam no cedió ni un poco. Me daba cuenta de que así sería; su relación estaba por demás rota y no existía alguna

forma de que llegara a ser normal.

Tres semanas después de regresar, él y yo aún seguíamos sin poder pasar mucho tiempo separados. Nos necesitábamos, nos deseábamos, nos consumía el hecho de sabernos juntos y poder vivir lo que sentíamos sin miedos, sin restricción, sin privarnos de nada.

Liam aún no lograba incorporarse por completo a su trabajo. Ambos mandamos todo literalmente al diablo. Sin embargo, era tal su organización, que la gente que tenía a su cargo, en una oficina que montó ahí, podía solucionarlo todo y llamarlo lo menos posible, aunque a veces no se salvaba de ir unas cuantas horas.

En esos momentos aprovechaba para ir con mamá o ir a visitar a mis amigos en una camioneta que apareció aparcada al día siguiente de nuestra llegada, justo en la parte delantera de la casa. Al salir la observé pasmada y arqueando una ceja. Tenía un enorme moño rojo y en cuanto vi el rostro de mi próximo marido, comprendí que la compró para mí. Por supuesto tardé varios días en siquiera tocarla; mi primer movimiento fue abalanzarme sobre él y besarlo pasionalmente, cosa que no pudo resistir y terminamos, como ya parecía costumbre, en algún lugar de la casa fundiéndonos con deseo, importándonos poco o nada si era de día o de noche, haber comido o no, solo queríamos hacernos uno de todas las formas posibles y recuperar, si era posible, nueve años de ausencia.

—Kya... —escuché su voz a lo lejos. Los párpados pesaban como dos rocas sobre mis ojos. Gemí quejosa y volví a acurrucarme—. ¿Kya? —Me removí sobre las sábanas sin comprender por qué su voz sonaba algo urgente, algo preocupado. Abrí despacio los ojos tallándomelos perezosa con la mano. Sonreí al verlo a mi lado sentado, observándome deleitado. No ocurría nada.

La habitación estaba envuelta en una leve penumbra, aunque se adivinaba que ya había amanecido. Liam continuaba ahí, sin moverse, atento a mi despertar.

—¿Vas a salir? —quise saber un tanto decepcionada al verlo ataviado con camisa y pantalón de vestir, se veía sencillamente hermoso. Negó arrugando la frente, parecía incrédulo, confundido.

—Ya no... —Me acurruqué sobre las almohadas, lánguida. El clima ahí era tan agradable gracias al aire acondicionado. Suspiré.

—¿Ya no? —repetí relajada—. ¿Pasa algo?, ¿por qué me miras así? —indagué bostezando. Dios, sentía que no había dormido casi nada.

—Kya, son casi las dos de la tarde —abrí los ojos de par en par. Me levanté

de inmediato asombrada. ¿Cómo era posible? Yo no solía dormir así, pero bueno, tantas cosas me tenían agotada. Aun así... ¿Las dos? Ni en mi adolescencia. Me quité las sábanas de inmediato bajándome de la cama de un brinco. De repente sentí un sudor espeso recorrer vertiginosamente mi columna, la vista se nubló y perdí el equilibrio—. ¡Ey! —logró decir alcanzándome para amortiguar mi cuerpo de una muy buena caída. Me sentó sobre sus piernas pegándome a su pecho con fuerza—. ¿Qué pasó? —Me aferré a su camisa sintiendo cómo la sensación pasaba lentamente. Iba a desmayarme, estaba segura. Besó mi cabeza acariciándome el brazo con paciencia.

—No sé... me sentí... mareada —musité elevando el rostro. Liam bajó la mirada sonriendo.

—Kya... estás retrasada... —pestañeeé sin comprender. Me erguí sobre sus piernas frunciendo el ceño. No tenía ningún compromiso que yo recordara. Acomodó mi cabello y besó mi sien aspirando mi aroma—. Tu periodo... Estás retrasada por una semana, sí aún continúa igual que antes —enseguida entendí lo que decía. Liam solía ser muy meticuloso en ese tema. Para él fue impensable que pudiéramos pasar por una situación complicada cuando fuimos adolescentes, si podíamos evitarla. Lo miré atontada, desconcertada. Últimamente no me había fijado en ello, no tenía ni idea en qué día vivía, ni siquiera me importaba la hora. Evaluó mi reacción sin decir nada.

—¿Tú crees qué?... que... yo, bueno, ¿crees? —estaba perpleja.

—Sí, ayer caíste dormida casi al tocar la almohada, eran las ocho. Hoy... me fui, regresé y tú aún aquí. Eso no es típico de ti, ya no por lo menos y... tu último periodo fue llegando a Monterrey. Vas retrasada, Bonita —sonreí mordiéndome el labio. Enseguida tomó mi rostro y me besó. Le correspondí de inmediato.

—Yo, Dios. ¿Y si no?

—Si no, ya sucederá, pero podría asegurártelo. Hagamos algo, date una ducha y yo iré por una prueba. —Asentí temblorosa.

Un hijo, nuestro hijo, un bebé, un pequeño dentro de mí, producto de la necesidad absorbente, asombroso lo que sentíamos el uno por el otro. Eso sería... hermoso, maravilloso. Sonreí besándolo de nuevo.

Me ayudó a levantarme lentamente y una vez que estuvo seguro de mi equilibrio, me soltó.

—Ahora vengo... —anunció pegando su boca a la mía mirándome de una forma muy extraña y desapareció.

Me bañé observándome el vientre, intrigada. Claro que si me encontraba embarazada no se notaría todavía, pero era algo increíble el simple hecho de pensarlo, de creerlo posible. Nada podría ser más perfecto; él, yo, un hijo. Nuestra boda sería a principios de octubre, hasta ahora yo no había hecho mucho, pues las chicas y mamá decidieron atribuirse la tarea. Lo único que pedimos Liam y yo fue que tenía que ser en la playa y que Robert, como él solicitó, fuera quien nos casara. Así que si las sospechas de él eran ciertas, no se me notaría mucho, aunque siendo sincera, eso no me importaba; yo flotaba de tan solo pensarlo. Sonreí bobaliconamente.

Al salir, me vestí con cualquier cosa y continué estudiando mi perfil en el espejo.

—Kya... —No lo escuché llegar, me observaba desde el marco de la puerta mostrando una sonrisa torcida de satisfacción. Se acercó de inmediato y rodeó mi cuerpo con sus fuertes brazos. Aspiré su olor emocionada—. ¿Lo hacemos? —Asentí contra su pecho.

Dos minutos después los dos permanecíamos mirándonos agarrados de las manos sin decirnos nada, no había necesidad, nuestro tacto lo decía todo. Ojeó su reloj humedeciéndose los labios mientras yo no podía parar de morder los míos.

—¿Vamos?

—Sí —entramos al sanitario sin soltarnos. Llené de aire mis pulmones y giramos al mismo tiempo.

Ambos nos quedamos petrificados, helados, no respiramos por varios segundos y sentí cómo una lágrima resbalaba por mi mejilla. Liam tomó mi rostro igual de perplejo para que lo mirara.

—No solo me has regalado lo mejor de mi existencia, ahora también me harás padre, Kyana, me darás una familia... —Asentí aún en shock. Agarró la prueba con un par de dedos y la observó deleitado, como si fuese una joya invaluable—. Vamos a ser papás, Bonita. ¡Vamos a tener un hijo! —sonreí comenzando a comprenderlo. Pestañee varias veces y la noticia comenzó a hacerse realidad dentro de mí. Liam y yo seríamos padres, alguien crecía dentro de mí. Me colgué de su cuello riendo, llorando.

—Vamos a tener un bebé —sollocé contra su rostro.

Después de girar por toda la habitación, de reír, de gritar y de llorar, terminamos sobre un sillón, anonadados, perplejos, felices. Nada podía ser mejor que vivir eso a su lado; pensar en un pequeño hecho de nuestro amor.

—¿Qué quieres que sea? —le pregunté volteando hacia él.

—No sé, lo que sea, me da igual...

—Tendré una gran panza —solté sobándome el vientre divertida.

—Muero por verte así —dijo mirando lo mismo que yo con ansiedad.

—¿Crees que seamos buenos padres? —deseé saber emocionada.

—Creo que lo intentaremos siempre —sonreí y me senté a horcajadas sobre su cadera al tiempo que apresaba mi trasero riendo. Nuestra felicidad se podía detectar a miles de kilómetros. Tantas cosas, tantos momentos, tanto tiempo, él y yo, después de todo, estábamos ahí y seríamos padres. Era perfecto a pesar de lo que dolió andar ese camino para que ese momento llegara.

—Yo creo que tendrá el mejor papá del mundo...

—¿Ah sí?

—Sí, también el más guapo... —comencé a pasar mi lengua por su oído provocativa. Gimió ante el gesto cerrando los párpados— Y el más inteligente... —bajé hasta su cuello mordisqueándolo, respiró con dificultad. Me fascinaba hacerlo perder los estribos.

—Kya... —susurró contra mi rostro. No me detuve, estaba eufórica, agradecida con él, con la vida, con el destino, con todo. Proseguí hasta su frente, luego sus ojos, sus mejillas.

—Y el hombre más maravilloso que puede existir... —De un solo movimiento tomó mi nuca emitiendo un gruñido ansioso y me besó. De inmediato todos mis interruptores se encendieron.

—Eso solo es porque yo tengo a la mujer más increíble y noble del mundo, a mi ángel personal.

El día marcado llegó demasiado rápido. Caminando hacia él, envuelta en aquel vestido blanco que se adhería a mi aún delgado cuerpo como un guante y que tenía cierto vuelo por debajo, sentí que nada, absolutamente nada podría volver a empañar la felicidad que sentía. Estaba completa, plena y satisfecha.

Liam, al final de aquel angosto pasillo tapizado de delicadas flores blancas, no quitaba sus ojos revolcados de los míos. Se veía espectacular, con aquel traje claro, su cabello peinado hacia atrás y su porte serio, seguro. Podía leer sin dificultad en su mirada lo mucho que esperó ese momento, lo mucho que deseaba que nuestras vidas se terminaran de unir. Mis pasos eran decididos, firmes, no existía ningún otro camino que deseara recorrer, nunca.

Era consciente de que estaba ahí toda la gente que nos acompañó siempre, que nos vio luchar incansablemente para que un día como ese ocurriera; pero yo, yo solo podía verlo a él. Con mi pulgar acaricé mi incipiente vientre,

ahora nada me hacía falta. Al llegar a su lado, alargó el brazo y entrelazó sus dedos con los míos al tiempo que mi padre me daba un beso en la frente y se alejaba.

—Por fin estás donde siempre quise... —musitó llevándose mi mano a su boca.

—De donde nunca me iré —susurré perdida en su mirada.

Nuestra playa, nuestros amigos, nuestras familias, todos presenciaron nuestra unión, regalándonos gritos y aplausos cuando al fin Robert, con voz quebrada aunque infinitamente solemne, nos declaró: «Marido y Mujer».

Ahora, mucho tiempo después estoy sentada en la playa, en «nuestra playa». Y mi vida no puede ser mejor. Quisiera capturar una imagen de lo que mis ojos ven. Él está ahí, en el mar, jugando, sonriendo, gritando, con los dos productos más maravillosos y completamente perfectos de nuestro amor. Y yo los puedo observar deleitada desde mi posición, sintiendo las pequeñas pataditas de la que pronto llegará.

He sido feliz y sé que lo seguiré siendo, porque mientras lo tenga a mi lado no puede ser de otra forma. Ahora vivo con intensidad, aprovecho los momentos y río todo el tiempo, jamás dejo de sentir y mientras viva sé que será así, pues aprendí, de una forma dolorosa, que la felicidad no es algo dado, es algo por lo que hay que luchar, por lo que hay que pelear, que cuando has sufrido, la valoras aún más. Amo mi vida, lo que soy, lo que tengo y amo al hombre con quien la comparto y me despierto cada mañana.

Esta es parte de nuestra historia. Tenía que escribirla aun sabiendo que nunca podría olvidarla, pues sería como borrar todo lo que ahora soy, lo que ahora tengo.

∞FIN ∞

Nota de la autora

Escribir *Muy profundo* me sumergió en una atmósfera de dolor, pero también de esperanza.

Esta historia es una más de las que en mi cabeza siempre existen y habitan

día a día, con las que convivo, sueño y respiro.

Lo narrado aquí es completamente ficción, por lo que los personajes y situaciones son única y exclusivamente resultado de mi imaginación y ahora parte de la suya.

Espero visiten la página de Facebook: *Muy profundo*.

Gracias, lo digo ahora y siempre lo diré.

Índice

— Parte uno — «TÚ Y YO»

- 1 El comienzo
- 2 Confundida
- 3 inesperadamente deseado
- 4 difícil verdad
- 5 nuestro secreto
- 6 avanzando
- 7 ¡quema!
- 8 libre
- 9 Te amo
- 10 nuestros planes
- 11 DEUDA SALDADA
- 12 INQUEBRANTABLE

— Parte dos — «Estás en mí»

- 13 ALGO IMPREVISTO
- 14 ES MI PESADILLA
- 15 FIN DE MI PRIMAVERA
- 16 ODIADO INVIERNO
- 17 SIN FINAL FELIZ
- 18 CONSTRUYENDO SOBRE FANGO
- 19 CERCA DE LA FELICIDAD
- 20 REGRESANDO EL MIEDO
- 21 INCONSCIENTE
- 22 PRUEBAS
- 23 DE NUEVO EN MÍ
- 24 LUCHANDO POR MI CIELO

Epílogo: perpetua primavera